



Para
el chico
que nunca
me amó

Carolina L. Aguirre

MURDERERMONSTER



GROUP STATION
WORLD

Para el
chico que
nunca me
amó

Carolina L. Aguirre

© 2019 Carolina L. Aguirre
© 2019 de la presente edición en castellano para todo el mundo: Litworld
ISBN:978-84-17832-53-7

Primera edición: septiembre de 2019

Portada: Litworld

Maquetación: LITWORLD

Corrección: LITWORLD

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

*A todas las personas con el corazón roto.
Por ser tan valientes para seguir adelante, a pesar de que cada latido sea
un martirio.
A mi mamá, por enseñarme a siempre ser fuerte; por ser paciente con cada
uno de mis errores; y por
amarme por encima de todo.
A ella, porque siempre será mi ejemplo a seguir.*

PRÓLOGO

Recuerdo que de pequeña me gustaba que mi madre me leyera cuentos de hadas, de esos en los que el príncipe debe enfrentar distintas adversidades para rescatar a la dulce princesa. Y aunque me encantaran todas aquellas heroicas acciones, mi parte favorita siempre era cuando se enamoraban.

En ese entonces no comprendía lo que en realidad significaba enamorarse. Creía que era casarse y vivir en un enorme castillo, luciendo hermosos vestidos mientras bailaba toda la noche con mi salvador.

Oh, pequeña e inocente Ana, qué equivocada estabas...

Conforme fui creciendo la ilusión del amor fue rasgándose con golpes de realidad. Uno tras otro. Sin embargo, el último atisbo que conservaba de aquél, oculto y protegido en mi pecho, fue destruido a mis dieciséis años, cuando conocí a un muchacho de hermosos ojos castaños.

Esa falsa creencia se tornó dolorosa y realista cuando me enamoré de mi mejor amigo, del chico que nunca me amó.

CAPÍTULO 1

Mirarme en el espejo definitivamente no era mi pasatiempo favorito. No sabía qué hacer con mi alborotado cabello naranja, ni con la irremediable tortura de las pequeñas pecas que manchaban mis mejillas, las que durante años me otorgaron horribles apodosos por parte de mis compañeros de secundaria.

A veces eran días buenos... y a veces no. A veces me gustaba lo que veía en el reflejo... y a veces no. Todo dependía de mi estado de ánimo, o de la simpleza de un mal ángulo en mi posición frente al espejo.

Y aquella tarde me encontraba en un punto intermedio, en el que me gustaba como lucía mi cabello, pero detestaba el atuendo que llevaba, por ello me quité la blusa y la arrojé sobre la pila de ropa que había en mi cama. Era, quizás, la doceava prenda que me probaba, incapaz de elegir alguna que me convenciera. Supongo que esa era una desventaja de ser delgada y sin curvas en los lugares apropiados: nada me hacía parecer, aunque fuese un poco, más atractiva. Aunque, después de dieciséis años viviendo bajo mi piel, ya me estaba acostumbrando a dicha inseguridad conmigo misma.

Suspiré, un tanto exhausta. Me convencí de que solo se trataba de una reunión con unos completos desconocidos, a los cuales quizá nunca volvería a ver, así que no tenía por qué preocuparme tanto por mi apariencia.

Sin embargo, a pesar de esta última reflexión, fui al armario, di una rápida escaneada con la mirada y cogí una blusa de color rosa que estaba colgada en un gancho. Me cambié los *jeans* por tercera vez y me puse unas sandalias antes de volver a mirarme en el espejo. Nada mal, aunque no era mi mejor día.

Detestaba esa contradictoria actitud, donde decía que no debía importarme lo que otros dijeran sobre mi persona, pero siempre terminaba buscando una apariencia que pudiese agradarles.

Terminaba de cepillar mi cabello cuando la puerta de la habitación se abrió, tajando el silencio que reinó durante varios minutos a mi alrededor. Al otro lado apareció Cristina, portando la expresión que solía utilizar cuando le era imposible contener su entusiasmo por algún acontecimiento.

—¿Estás lista? —preguntó. Su voz estaba tintada por la alegría.

Asentí. —¿Tu papá nos va a llevar?

—Sí, nos está esperando en el carro. —Hizo un gesto con la mano para que la siguiera fuera de la recámara—. Anda, date prisa.

Reí. —Relájate, solo es una reunión con los amigos de Cat.

Eché una última mirada en el espejo; ya no había nada qué hacer, cualquier oportunidad para retractarme por mi atuendo había desaparecido.

—Lo sé, pero ya sabes que no me gusta llegar tarde.

Tomé las llaves de mi hogar que estaban sobre el buró y salí del cuarto caminando con Sam a mi lado. Su perfume era una esencia semejante a la menta, pero discernía por ser una combinación entre ésta y un aroma distinto que no conseguí distinguir, uno apenas perceptible.

Lucía increíble, y la verdad es que esforzaba mucho por hacerlo, deseosa por darse a notar ante los demás, cosa que, lastimosamente, no conseguía muy a menudo. Llevaba su largo cabello negro suelto, ondeando con cada paso que daba, y su vestimenta era encantadora, pero toda esa apariencia no era suficiente para hacerla destacar del resto porque, en un universo como el nuestro, era muy complicado alcanzar los estándares máximos de belleza.

—Es eso, ¿o hay algo más? —cuestioné con una risa burlona.

—¿A qué te refieres? —Indagó, a modo de queja.

—Ya sabes, ¿no tiene nada qué ver el hecho de que habrá chicos ahí? —Sujeté la baranda mientras bajábamos por las escaleras.

—Sí, tal vez un poco. —Se encogió de hombros—. Supongo que es una oportunidad para conocer a alguien más interesante que... Héctor —dijo aquel nombre con cierta dificultad.

Héctor. El primer amor y único de Cristina hasta el momento. Un chico carismático, pero con un terrible defecto: infiel. Engañó a mi amiga luego de un año de relación. Y su separación la tenía bajo un manto de melancolía.

Mi mamá se encontraba en la cocina, terminando de preparar la masa para hornear mis galletas favoritas: de vainilla con chispas de chocolate. Tenía la blusa ligeramente manchada de harina, y llevaba el cabello trenzado con la apariencia de una cocinera experta.

—Mamá, ya nos vamos. —Anuncié, acercándome a ella para darle un beso en la mejilla.

—Está bien, pequeña. —Correspondió dándome un beso en la frente y un abrazo superficial para no ensuciarme—. Tengan cuidado. —Intercambió miradas con ambas—. No beban, no fumen, ni consuman alguna sustancia extraña. Y, por favor, no lleguen muy tarde.

La misma advertencia de siempre, teñida por la característica preocupación maternal de Arantxa, la cual no podía conciliar el sueño hasta cerciorarse de que llegara con bien a casa después de cualquier salida.

—No se preocupe, señora. —Intervino Sam, dedicándole una afable sonrisa—. Catalina nos traerá de regreso.

Mi madre suspiró, relajándose, pues sabía lo responsable que era la prima de Sam, la cual se trataba de una chica madura, de firmes convicciones, y con plenitud en las facultades que se le otorgaban a pesar de solo ser un año mayor que nosotras.

—De acuerdo. —Sonrió con tranquilidad—. Por cierto, las dos se ven hermosas.

—Gracias mamá —dije, mirando mi atuendo—. Volveré más tarde.

—Gracias, señora. —Mi amiga también se despidió de ella con un beso en la mejilla, y rápidamente se acercó a mí.

—Salúdame a Rubén. —Le dijo con gustoso ánimo.

Asintió como respuesta, manteniendo la calidez de su expresión.

Nuestros padres eran muy buenos amigos, pues daba la tremenda casualidad de que fueron compañeros de clases durante la universidad, y se reencontraron cuando Cristina y Rubén se mudaron a dos casas del hogar de mi madre, lo que dio como resultado que ella y yo nos convirtiéramos en un dúo inseparable desde los cinco años.

El trayecto fue animado gracias a una anécdota de Rubén, quien era un hombre de palabras. Le gustaba hablar y transportarnos a otro lugar con sus historias, y aquella noche no fue la excepción. Su voz significó una memoria más almacenada dentro de mi colección de relatos.

Fueron minutos agradables, el clímax de la historia nos mantuvo entretenidos y, ciertamente, emocionados hasta llegar a nuestra parada. Tal vez esa era una de las razones por las que prefería quedarme en casa de Cristina conversando con su padre en lugar de salir con otros compañeros: a veces me gustaba más imaginar que experimentar; aunque estaba trabajando en mis relaciones interpersonales, cansada de ser tan solitaria.

Y eso último era el motivo que me había llevado a estar afuera de la vivienda de un desconocido, sintiendo la desenfrenada rapidez con la que latía mi corazón por la incertidumbre a la que nos enfrentábamos.

Sam me insistió durante varios días para que la acompañara. Ella quería hacer nuevos amigos, conocer a chicos mayores que pudieran adentrarnos a un mundo más interesante, y así tener la oportunidad de conocer a alguien que le

ayudara a olvidarse de Héctor, su exnovio, obrando bajo el dicho “*un clavo saca a otro clavo*”.

Acepté, sin saber lo que el destino tenía preparado para mí.

Esperamos afuera durante un par de minutos después de que Sam le enviara un texto a su prima Catalina, avisándole que habíamos llegado. El clima era agradable, y el cielo teñido por arreboles violetas y anaranjados era hermoso. No me disgustaba estar ahí, a merced de la cálida brisa de verano al comienzo de la noche.

Unos pasos llamaron mi atención, haciéndome olvidar de la efímera distracción que encontré en el parpadear de la luz de un faro al otro lado de la calle. Dirigí mi atención hacia la delgada figura que salió de la casa, luciendo un semblante amigable y sonriente.

—Hola chicas. —Nos saludó a ambas con un beso en la mejilla y un afectuoso abrazo.

La verdad es que no hablaba mucho con ella, pero las pocas veces que pude tratarla encontré en ella a una chica simpática, comprensiva e inteligente, además de ser una romántica empedernida como yo, a diferencia de que ella sí tenía con quién expresar esos ideales teñidos por el más puro amor.

—Adelante, pasen. —Subió los dos escalones de la entrada y se quedó bajo el marco de la puerta, esperando para que entrásemos primero que ella —. Siéntanse como en su casa.

Sentirme como en mi casa en un lugar como ese era imposible, pues la primera y única palabra que se me ocurrió para describirlo era: lujoso. Muy, muy lujoso. Los muebles se veían costosos, la araña de cristal que colgaba en el techo de sala resplandecía tanto como los centenares de monedas que seguramente valía, pero lo que más destacaba en aquella escena eran las puertas francesas abiertas de par en par, entre las cuales se vislumbraba la imagen de una moderna terraza, y detrás de ella un extenso jardín verde donde convivía un grupo de chicos que hablaba con ímpetu, a un lado de la atractiva piscina.

Mi admiración fue tan grande que me perdí la mitad de la conversación que mantuvieron mis dos acompañantes mientras caminábamos hacia el patio, recuperando el hilo de aquella mientras Catalina hablaba.

—... ellos son unos chicos grandiosos.

Cristina asintió. —Ya lo creo, para que sean tus amigos deben de ser muy simpáticos.

—Algunos más que otros —comentó con una risa, a modo de broma.

Mi amiga volvió a asentir antes de hablar, un gesto que hacía cuando estaba nerviosa. —No te preocupes, nosotras sabremos lidiar con ellos.

Nuestras pisadas hicieron crujir el césped. Conforme nos acercábamos al grupo de personas también comencé a experimentar una sensación de inquietud, preguntándome cómo se desarrollaría la velada en compañía de unos desconocidos, esperanzada a que mi fiel compañera nos librara de la situación en caso de que las cosas se pusieran incómodas. Comenzado por el chico de cabello ondulado que se irguió sobre sus codos para observarnos mejor.

Cuando estuvimos lo suficientemente cerca de ellos, Catalina dio un paso adelante.

—¿Recuerdan a mi prima Cristina? —La señaló con la mano. Una chica de cabello corto y Alberto, el novio de Catalina, asintieron. Los demás respondieron que no—. Y ella es su amiga, Ana.

Fue mi turno de ser el punto de enfoque de las miradas, y aquello ocasionó que mis mejillas ardieran por el rubor. No me gustaba ser el centro de atención, en nada. Pues me generaba un estado de vergüenza con el que no sabía lidiar.

Cada uno de los integrantes del grupo se presentó, comenzando por la chica que afirmó reconocer a Cristina. Su nombre era Melissa. Llevaba el cabello peinado como un chico, pero aquello enmarcaba su rostro y hacía resaltar el color aceitinado de sus ojos.

A ella prosiguió otra chica. Se llamaba Ximena. Su voz era dulce, tintada por la cortesía, muy a juego con su adorable apariencia, similar a una muñeca de porcelana.

Continuó un chico llamado Mario, el cual nos hizo sentir bienvenidas, asegurando que su casa era nuestra casa. Y por esa primera impresión podía creer que se trataba de alguien alegre.

Después se presentó el curioso muchacho que se levantó sobre sus codos para observar con especial atención a Cristina. Andrés, así se llamaba. Parecía ser uno de esos chicos extrovertidos y espontáneos.

El siguiente en presentarse fue David. Un chico rubio de afable sonrisa y voz ronca, pero gentil. De todos, quizás, el más amable.

Y entonces llegó el turno del último de ellos en hacer su presentación.

El verdadero momento donde comenzó esta trágica historia de amor.

—Yo soy Adrián.

Adrián, un nombre que jamás olvidaría.

Seis letras que quedarían grabadas en mi corazón.

Era un chico castaño, de escandalosos ojos cafés y atractiva sonrisa. Hasta ese momento se había mantenido oculto, camuflado por las voces de sus amigos, pero una vez que mi mirada se encontró con la suya, aquélla se mostró reacia a separarse de él.

Experimenté una extraña sensación que invadió cada centímetro de mi piel, haciéndola cosquillar, y tirando de las comisuras de mi boca hacia arriba para dibujar una apenada sonrisa. Mis mejillas ardían, y estaba segura de que él lo notaba.

Catalina se sentó entre las piernas de su novio Alberto, y éste la abrazó con cariño por la cintura, acercándola a su cuerpo y dándole pequeños besos en la cabeza. Nuestra anfitriona nos hizo un gesto con la mano, invitándonos a tomar asiento donde más nos apeteciera. Cristina, consumida por la inseguridad, se acomodó a un lado de ella. Yo decidí ser un poco más atrevida, sentándome entre Melissa y David, quienes me dedicaron una sonrisa amigable.

—¿Ustedes también entrarán a bachillerato? —Mario nos preguntó.

Ambas respondimos que no, pero fui yo quien completó: —Apenas entraremos a tercer semestre.

—¿Están en el IEMS? —continuó con su interrogatorio—. ¿Por qué no las he visto antes?

—Solemos pasar la mayor parte del tiempo en el salón o la biblioteca —respondí. Decirlo en voz alta sonó un tanto desalentador.

Melissa bufó. —Definitivamente se llevarán bien con David.

El susodicho se rio, pero se defendió con sus siguientes palabras: —Melissa apenas sabe leer, pero estoy seguro de que también se llevarán bien con ella.

Todos rieron a carcajadas ante su comentario, incluida la ofendida. Bueno, casi todos. Mis ojos viajaron hacia Adrián, quien permaneció callado ante la broma mientras bebía de su cerveza, observándome.

Esa inexplicable atención me puso nerviosa. Mi mirada permaneció en la suya apenas durante unos segundos, antes de que el nerviosismo me invadiera y me hiciera agachar la cabeza. La realidad era que yo también quería mirarlo, pues me sentía cruelmente atraída por su apariencia, a pesar de que no tuviese una característica sobresaliente. Era un chico común, tan común que quizás eso era lo que me interesaba. El poder que su simple presencia ejercía sobre mí.

—¿Quieren algo de beber? —Mario preguntó, dirigiéndose a nosotras.
Negué. —Yo estoy bien, gracias.

Miré a Sam, la cual también negó con la cabeza, sin emitir palabra alguna.

Todavía se veía nerviosa, con los labios apretados para no hablar, y la mirada centrada en sus manos, las cuales jugueteaban con trocitos de pasto. Aquella era una característica que la atormentaba: era demasiado insegura de sí misma, y le costaba trabajo relacionarse con otros cuando llegaba el momento de hacerlo.

Impulsada por mis deseos de ayudarla, y con la intención de cumplir mi propósito de ser menos tímida, participé en la conversación durante un buen rato de la velada, a pesar de que a veces se hablara sobre anécdotas que ellos compartieron o de amistades que evidentemente no conocía. Di mis puntos de vista, opiné, incluso debatí con Mario cuando habló sobre *Super Smash Bros* de *Nintendo 64*. Bromeé, intercambié ideas, y en cada una de mis activas participaciones intenté incluir a Sam, añadiéndole fluidez al modo en el que se desenvolvía con los demás.

Todos resultaron ser increíblemente simpáticos. Nos aceptaron, no se mostraron incómodos por nuestras repentinas presencias. Cada uno mostró la mejor de sus facetas, todos excepto Adrián. De nuevo. Quien no había vuelto a hablar desde que dijo su nombre, y si no hubiese sido por tal hecho, creería que no tenía la capacidad para hablar o que, simplemente, no le agradábamos. Sin embargo, por la manera en la que sus ojos me escanearon durante ese rato, supe que no le disgustaba que estuviese ahí.

—Eh, Adrián, ¿qué sucede?, ¿te encuentras bien? —David, el chico que estaba sentado a mi lado, se dirigió a él, denotando una expresión preocupada —. Hoy estás muy silencioso, lo que es extraño en ti.

La atención de todos recayó en él y sus ojos se apartaron de mí para enfocarse en David, por lo que pude escrutar su rostro con calmoso detenimiento. Su piel se veía suave, tersa; tenía un pequeño lunar cerca de la comisura izquierda de su boca, la cual se elevaba ligeramente más que la otra cuando sonreía.

—La verdad yo no quería venir, pero dijeron que habría comida — respondió con seriedad.

Su comentario hizo que la alegría de los demás se desvaneciera, siendo sustituida por una emoción más pesada, rozando la incomodidad. Sin embargo, no sé qué fue lo que sucedió conmigo, tal vez fue la manera en que su voz se expresó, o la mirada despreocupada que le dedicó a su amigo, no lo sé, pero

aquello me hizo reír. Y mi risa pronto se convirtió en el punto de enfoque, los ojos de todos se posaron sobre mí, consiguiendo que el calor anidara en mi rostro, haciendo arder mis mejillas.

—Oh... Lo lamento. —Intercambié miradas con todos, hasta detenerme en el responsable de mi absurda actuación—. ¿No era una clase de broma? —Le pregunté, avergonzada de que hubiese entendido mal.

Sin embargo, esa efímera preocupación se esfumó cuando una sonrisa se dibujó entre sus labios y dijo: —Creo que fuiste la única que entendió.

Nuestras miradas se encontraron, y mi alterado corazón luchó por mantenerse dentro de mi pecho, pues brincaba con rápida alegría, martilleando contra mis costillas con desesperación. Su latir pronto se convirtió en una animosa danza que me hizo estremecer de una manera dulce.

Adrián se levantó mientras los demás se reían con cierta incomodidad de su broma e intentaban recuperar la armonía de la conversación. Mis ojos lo siguieron en su camino hacia una hielera que se encontraba cerca de la entrada de la cocina, donde tomó una cerveza y la abrió para darle un trago.

A nadie más le importaba las acciones de aquel chico, pero yo no podía apartar mis ojos de él. Me encontraba ensimismada en su figura cuando se giró y su mirada se encontró con la mía, sorprendiéndome, por lo que no pude disimular la atención que le estaba prestando. Ya era muy tarde, me había descubierto observándolo.

Y, muy distinto a la reacción que esperé de su parte, hizo una seña con la cabeza, invitándome a ir con él.

Me pregunté si era una buena idea, y respondí que tal vez no, pero mis impulsos, cegados por el cosquilleo que su presencia generaba en mi interior, me obligaron a ponerme de pie, consiguiendo con ello que Cristina me observara con alarmante confusión.

—Enseguida regreso —dije, sin darle oportunidad para interrogarme.

Mis piernas me guiaron con cierta inestabilidad hacia donde él se encontraba. Era como estar a merced de una fuerza ajena a mi cuerpo, la cual deseaba descubrir qué me esperaba al reunirnos. Nunca antes me había aventurado a conversar a solas con un completo desconocido.

Un desconocido de hermosos ojos, murmuró una voz dentro de mi mente.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó una vez que estuve a su lado.

—No, gracias —respondí con timidez. No me gustaba beber.

—De acuerdo. —Sonrió—. Ven, sígueme, *Ana*. —Mi nombre se escuchaba tan lindo con su voz.

Caminamos en silencio hacia una esquina del jardín, donde había un tronco tumbado en el suelo, y el cual utilizamos como un improvisado asiento. Desde nuestra posición las voces del grupo era un murmullo sin sentido, apenas perceptible, lo que nos brindaba un entorno parsimonioso y cargado de privacidad. Lo que, ciertamente, volvía a generar un descontrol en el medio de mis costillas.

—Y dime, ¿cómo fue que terminaste aquí? —preguntó luego de darle un trago a su bebida.

Dudé, pero opté por decir la verdad, encogiéndome de hombros. —Catalina invitó a Sam, y ella no quería venir sola.

—La ley de las chicas: nunca ir solas a ningún lado —comentó con una tonalidad burlona.

Me reí. —Dijo que era una buena oportunidad para relacionarnos con chicos distintos a los de nuestra generación.

—Buena idea. —Apuntó—. Así que son bienvenidas con nosotros cuando gusten.

—Gracias. —Su comentario me hizo sentir apenada.

—Y bueno, Ana, ¿qué puedes decirme sobre ti? —cuestionó, mirándome fijamente.

—No hay demasiado qué contar sobre mí. —Mantuve mis ojos en los suyos, queriendo ocultar la inquietud que me embargaba.

—¿No? —Negué como respuesta y prosiguió—. Yo creo que sí. Dime, ¿qué te gusta?

—Eh... —Había decenas de cosas que me gustaban, pero quería encontrar aquellas que resultasen más interesantes para una conversación—. Me gusta leer.

Se quedó callado, quizás a la espera de una respuesta más profunda, pero no tuve suerte buscando más cuestiones que pudieran hacerme parecer una chica divertida. Y entonces pensé que era patético intentar mostrar una faceta específica de mí, no tenía por qué atarme a las apariencias, así que decidí contar aquello que me pareciera relevante, aunque para otras personas pudiese resultar insignificante. Le conté acerca de mi gusto por los tulipanes, mi amor por el chocolate, y mi odio por los deportes, así como otros pequeños fragmentos de mi vida que eran los que me conformaban.

Adrián se mostró realmente interesado durante toda la conversación y no como un simple compromiso moral. Solo intervenía para enfatizar en aquello en lo que concordaba conmigo, o con lo que difería, revelándome partes de él.

Podría decirse que la charla estuvo enfrascada en temas superfluos, hasta que se atrevió a cuestionarme sobre mi familia, lo que me causó un sentimiento de nostalgia, con el cual intentaba no fraternizar.

—Se divorciaron hace más de dos años —respondí ante su pregunta de cómo era la vida con mis progenitores—. Y aún intento acostumbrarme, ya sabes, es complicado tener dos hogares, dos horarios, dos reglamentos. De hecho... —Me quedé callada, absorta en uno de los recuerdos más dolorosos.

—De hecho... ¿qué? —cuestionó.

Lo siguiente que sucedió me dejó confundida, pero fue un gesto que necesitaba en ese momento de debilidad; Adrián tomó mis manos y las sujetó entre las suyas, transmitiendo con ello el apoyo que me brindaba, lo cual agradecí con un asentimiento.

—Tuve que ir a terapia por un año —respondí tras unos segundos de dificultoso silencio, controlando el temblor de mi voz—. Su separación me generó muchos conflictos emocionales, incluso padecí un cuadro depresivo

—Mis padres también están separados —comentó—. Hace casi siete años de eso, pero mi padre sigue ingeniándose las para fastidiarnos. Es irresponsable y un holgazán, a veces me alegro de que se haya marchado, aunque otros días me siento fatal... Siento que todo fue mi culpa.

—¿Por qué? —Interrogué. Era la primera vez que escuchaba que alguien se culpaba por el divorcio de sus padres.

—Mi padre siempre lo decía cuando discutían; me señalaba y decía que su matrimonio se fue a la basura desde que nació. —Sus ojos se tiñeron de tristeza—. Mi madre sufrió mucho cuando se fue.

—Eso es horrible. —Fue lo único que conseguí decir antes de que una tercera voz nos interrumpiera.

Ambos volteamos hacia las personas que se acercaban a nosotros, y con un veloz movimiento Adrián soltó mis manos, pareciendo avergonzado, lo que comprendí, pues podría malinterpretarse que dos extraños, sumergidos en la parcial oscuridad de un jardín, estuviesen tomados de la mano mientras conversaban en voz baja, embriagados de complicidad. Por ello, le sonreí como un pacto.

—Lamento que los interrumpa —Catalina se detuvo a escasos pasos de nosotros, con Cristina detrás de ella—, pero ya es tarde y tengo que llevar a las chicas a casa.

—Yo llevaré a Ana. —Las palabras de Adrián fueron sorprendidas para las tres, consiguiendo que lo miráramos.

Pero me gustó que las dijera, aunque por un momento fui incapaz de declarar que estaba conforme con su ofrecimiento, enmudecida por la emoción que me invadió.

—Sí, él me llevará a casa —dije después de un instante.

—Eh... de acuerdo. —Catalina no se mostró muy convencida—. Pero tengan cuidado, ¿sí? Recuerda que estuviste bebiendo, Adrián.

—No debes preocuparte de nada. —Afirmó, dedicándole un guiño.

Cristina me abrazó para despedirse como siempre solía hacerlo, aunque ese gesto llevaba una intención oculta, la cual fue reprenderme por la decisión que acababa de tomar acerca de irme con un completo extraño. Aunque, para ese momento de la noche, ya no les temía a los misterios que ese chico pudiese esconder.

—Ten mucho cuidado. —Advirtió contra mi oreja por segunda ocasión—. Y, hagas lo que hagas, no te beses con él. Los hombres solo quieren sexo en estos tiempos —comentó con amargura.

—Te lo prometo, no tienes de qué preocuparte.

Se apartó de mí, mirándome como una última advertencia.

Catalina se despidió con un beso en la mejilla y ambas se marcharon, dejándonos de nuevo en la soledad. Adrián hizo énfasis en el hecho de que mi amiga ni siquiera se inmutó ante su presencia, marchándose sin decir adiós, por lo que tuve que darle una breve explicación sobre la pasajera situación por la que Cristina estaba atravesando respecto a su odio por los chicos gracias a su reciente ruptura.

Miré la hora en el reloj de mi celular, casi era medianoche y mi madre seguramente estaría esperándome, preocupada, por lo que le pedí a mi acompañante que me llevase a casa, resultando absurdo al haberme despedido de las chicas, cuando solo apenas unos minutos después quería irme a mi hogar. Aunque me otorgaba más tiempo para compartir con Adrián, el cual accedió sin condiciones.

Nos acercamos al resto de los integrantes del grupo para despedirnos, quienes me dieron a conocer lo agradable que les resultó el haberme conocido. Compartí ese gusto con ellos, animada por volver algún día a otra reunión.

Adoptando una actitud despreocupada, enganché mi brazo al de Adrián para caminar hacia su automóvil, el cual se encontraba estacionado frente a la cochera de la casa de Mario. Caminamos juntos, muy cerca, todavía conversando sobre trivialidades. Me abrió la puerta del carro y esperó a que

subiera para cerrarla, después caminó por el frente del vehículo dedicándome una sonrisa.

Mediante indicaciones lo guie a través de la ciudad hacia la casa de mi madre, donde vivía de lunes a viernes. Siendo la adoración de Aratxa, la niña de sus ojos. Y durante ese rápido trayecto continuamos hablando, sin pausas ni silencios incómodos. Había tanto que queríamos saber el uno del otro, pero el tiempo no nos alcanzó. Nuestras voces charlaban, ansiosas por más, aunque cuando reparamos en el entorno que nos rodeaba, nos dimos cuenta de que habíamos llegado a nuestro destino, marcando así, el final de una exitosa e inesperada velada.

Pero yo no quería que terminara, no aún. Tenía tanto por contar, y tanto por saber de él, que hubiese deseado que el reloj se detuviera, aunque fuese solo durante otros minutos, o que un profundo sueño invadiera a mi madre, haciéndola dormir, aunque sabía que esto último era menos probable que una conspiración del cosmos en nuestro favor.

Tal vez solo era parte de mi fantasiosa imaginación, sin embargo, algo me decía que Adrián tampoco estaba listo para despedirse.

Rompió el abrumador silencio con una profunda exhalación. —¿Puedo ser sincero contigo?

—Por supuesto. —Asentí.

—Hace bastante tiempo que no me la pasaba tan bien —dijo, esquivando mi mirada.

Y sentí un mundo de ilusiones anidando en mi interior, floreciendo.

—Yo igual, y te lo agradezco —Mi voz se escuchó como un tímido susurro—. La verdad creí que sería una noche aburrida, pero contigo la pasé muy bien.

—Me gustaría que se repitiera. —Guardó silencio por unos segundos, y cuando volvió a hablar levantó la vista hacia mí—. En realidad... El sábado iremos al lago Múnik, y... me gustaría que fueras con nosotros, ¿qué dices?

Mi corazón latía con desbocada fiereza.

—Me encantaría. —Agradecí que la oscuridad de la noche camuflara el color sonrojado de mis mejillas.

—Fantástico. —Le vi sonreír con ánimo—. Te enviaré un mensaje con los detalles del viaje, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Un resplandor proveniente de la casa llamó mi atención, me giré hacia allá para descubrir que mi madre había encendido la luz de su habitación. Probablemente se asomaría por la ventana—. Será mejor que entre

antes de que ella salga a buscarme —comenté con un ápice de humor—. Nos vemos el sábado.

Atrapada por un incontrolable sentimiento, me incliné hacia Adrián y le di un rápido beso en la mejilla para despedirme, y bajé del auto antes de que tuviese oportunidad para quejarse o interrogar el motivo de mi acción. Caminé con pasos presurosos hacia la entrada de mi hogar, sintiendo que mi boca se curvaba hacia arriba en una sonrisa.

Oh, pobre e ingenua de mí, cómo no pude darme cuenta que ese atractivo muchacho significaría mi mayor martirio y mi perdición.

CAPÍTULO 2

A Cristina le preocupaba la facilidad con la que Adrián se apoderó de mis sueños y pensamientos durante los últimos días, argumentando que las falsas ilusiones eran las principales causantes de los corazones rotos. Me reí por su precipitada inquietud, pues le aseguré que entre nosotros no surgiría nada más que una simple amistad.

Aunque tal vez le mentí un poquito.

La verdad era que pasé todas esas noches conversando con él mediante mensajes de texto y notas de voz, y mi corazón se sentía terriblemente agitado y emocionado. Y una sonrisa florecía cada que su nombre aparecía en la pantalla.

Era la primera vez que experimentaba una emoción tan prematura causada por un chico. Había tenido citas, algunos pretendientes, y mi primer beso cuando tenía catorce años, pero ninguna de esas situaciones se comparaba al cosquilleo que me generaba la simpleza de decir su nombre.

Sam tenía razón, me estaba apresurando demasiado, pero no podía controlar mis sentimientos, especialmente aquél con el que soñaba desde que era pequeña: el amor. No, no estaba enamorada de Adrián, pero no podía evitar pensar en él cada que cerraba los ojos.

Ese incontrolable júbilo fue en incremento conforme se acercaba el sábado y nuestro próximo encuentro. Me sentía entusiasmada por ir al lago Munik con ellos, robándome tiempo del día en imaginaciones sobre cómo sería aquel día, y que tan pintoresca se volvería la realidad con Adrián, si todo continuaría tan alucinante como era mediante letras a la distancia, o la fantasía terminaría.

Después de una larga espera el día tan deseado se materializó. Me levanté muy temprano para tomar un baño y alistarme, indecisa entre cuál atuendo sería apropiado para una aventura como esa. Opté por ropa cómoda y guardé mi bañador en la mochila por si me animaba a entrar a nadar, a pesar de la inseguridad que me causaba mi delgado cuerpo.

Suspiré profundo mientras esperaba a mi padre en la sala, tratando de calmar el temblor que se extendía a lo largo de mi cuerpo. Temía que los nervios me traicionaran y me hicieran actuar como una tonta frente a ellos.

Mi padre llegó conmigo y nos dirigimos hacia el vehículo estacionado en la cochera. Cada paso que avancé significó una distancia menor hasta mi destino, el cual aún me traía inquieta.

El trayecto lo recorrimos casi en completo silencio, a excepción de las típicas advertencias de un progenitor preocupado por su pequeña. Recordándome los peligros de ingerir bebidas alcohólicas, las consecuencias de fumar tabaco o cualquier otra sustancia de procedencia desconocida, e hizo especial énfasis en los problemas que era enrollarse con un muchacho: embarazos, ETS, y una larga lista de terribles secuelas. Me reí, asegurándole que solo iríamos a nadar al lago y que no debía preocuparse de nada.

Avanzamos por una calle solitaria de los suburbios, y en la lejanía vislumbré a un par de chicos que acomodaban suministros en el maletero de una camioneta.

—Es ahí. —Señalé con la cabeza hacia donde se encontraban Adrián y David.

Observé a Jorge con fijeza cuando se orilló a dos casas de distancia, lejos de ellos. Ni siquiera apagó el motor, pero apartó su atención del camino para mirarme, su semblante estaba teñido por la preocupación.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Centró sus ojos en los chicos por un segundo, y después volvió a enfocarse en mí.

—Quiero que tengas mucho cuidado —respondió con seriedad—. No te dejes influenciar por esos muchachos; no hagas nada que no quieras.

—Papá... —Despeiné su cabello con los dedos, como él solía hacerlo conmigo—, no debes preocuparte, de verdad.

Suspiró. —Lo siento, *rojita*. Es sólo que a veces olvido que estás creciendo.

Lo abracé y le di un beso en la mejilla, enternecida por su momento de dulce debilidad. Mi padre no solía ser muy expresivo respecto a sus sentimientos, pero cuando lo hacía tendía a ponerse melancólico.

Bajé del vehículo tras una despedida y una nueva ronda de consejos protectores. Le dije adiós con la mano antes de que echase el carro en reversa y virara en U para regresar por el mismo camino que nos llevó hasta ahí.

—Hola chicos. —Saludé mientras caminaba hacia ellos con los brazos cruzados sobre el estómago—. ¿Solo somos nosotros tres?

—Sí, por el momento. —David me saludó con un beso en la mejilla—. Esperemos que los demás no tarden en llegar, debemos irnos pronto si

queremos encontrar un buen lugar cerca de la orilla del lago.

Le sonreí a Adrián, en un vano intento por disipar el nerviosismo que amenazaba con embargarme, e intentar apaciguar el disparatado latir de mi corazón. Estar de nuevo frente a él desató una oleada de intensas emociones, una combinación contradictoria entre la alegría y el temor.

Me acerqué a él para saludarlo con la misma sutileza que a su amigo, pero la mala coordinación en nuestros movimientos hizo que él se agachara al mismo tiempo en el que yo me puse de puntillas, consiguiendo que nuestras mejillas chocaran en un golpe que me sacudió la mandíbula.

—¡Auch! —Me reí mientras frotaba mi pómulo—. Eso no fue muy lindo de tu parte

—Sé que no soy muy agradable, pero no es razón suficiente para que me golpees —comentó con una cautivadora sonrisa.

Verlo sonreír causó un vuelco en mi estómago, pero me esforcé en no denotar esa sensación acelerada dentro de mí.

Unos instantes después llegó otra camioneta, en la que iban apretujados el resto de nuestros acompañantes, quejándose por lo fastidioso que les resultó el viaje hasta ahí. De ella únicamente se bajaron Andrés y Mario, los cuales comenzaron a discutir sobre quién de ellos sería el copiloto y el que tendría el control del radio en el vehículo de David.

Me reí cuando la disputa llegó a un nivel crítico, en el que ambos escondieron su mano detrás de la espalda y contaron al unísono hasta el tres para mostrar la elección que les daría el triunfo o la derrota. Todos los observábamos con divertida atención, esperando el resultado. Mario dejó la mano extendida, como una hoja de papel, y Andrés cerró la mano en un puño, mostrando una piedra, y siendo éste último el perdedor.

Cada quien ocupó el lugar que le correspondía. Me tocó ir sentada entre Andrés y Adrián, argumentando que mi estatura era la indicada para ir en medio, así no le estorbaría la vista del retrovisor a David. No supe si reír o enfadarme con ellos al utilizar un tono burlón refiriéndose a lo baja que era, pero decidí no quejarme, pues tenían razón.

Poco a poco fuimos dejando la ciudad atrás, adentrándonos en un camino menos transitado y libre del bullicio de la población. La carretera a nuestro alrededor estaba teñida por diversas tonalidades verdes, cambiando paulatinamente conforme avanzábamos.

Me encontré ensimismada en el panorama durante un largo rato, mirando a través de la ventana del lado en el que iba Andrés, sin embargo, mi verdadero

deseo era observar por donde estaba Adrián, aunque no me atrevía, pues sabía que mi rostro se encendería en un matiz rojizo que me delataría.

Reprimí aquel absurdo anhelo, manteniendo mi vista en el extenso valle arbolado que nos rodeaba. Estaba emocionada por lo que nos depararía aquel día.

—El panorama es lindo, ¿no? —preguntó Andrés, sustrayéndome de mis pensamientos.

—Sí, me gusta.

—¿Sabes cuántos cuerpos han encontrado en ese bosque?

—¿Cuerpos? —Interrogué, confundida por el abrupto cambio de conversación.

Asintió.

—Eh... no —respondí, observándolo con intriga.

—Desde 1968 han encontrado 193 cuerpos en estado de descomposición.

Noté que Mario y David se sintieron atraídos por el tema en cuestión, pues detuvieron su plática para escuchar la nuestra. Miré de soslayo a Adrián para averiguar si él también se interesó en la charla, pero se mantuvo absorto en su mente, más allá de nosotros.

—¿Cómo lo sabes? —Mario cuestionó, girándose para encararlo.

—Lo leí en una revista de ciencias forenses —respondió mientras alborotaba los rizos de su cabello.

Un murmullo llamó mi atención, haciéndome mirar a Adrián, el cual movía los labios y tamborileaba con los dedos sobre su pierna al compás de la canción que embriagaba el interior del vehículo, y hasta ese momento escuché la melodía: *Here comes the sun* de *The Beatles*.

Se sintió atraído por mi repentino interés y giró su cabeza para mirarme, sin dejar de susurrar la canción. Con un ademán de la mano le pedí que elevara el tono de su voz, se rio ante ello, pero aceptó, y todos pudimos escucharlo.

Little darling

The smiles returning to the faces...

No era el mejor cantante, ni estaba cerca de serlo, pero su actuación nos hizo reír, y durante el estribillo Adrián tomó mis manos y comenzó a mover mis brazos de un lado a otro, bailando conmigo en ese limitado espacio.

Su tacto era cálido y gentil, me hacía sonrojar, y eso me gustaba. Aquella sensación febril en mis mejillas nunca antes había sido tan placentera, y todo se lo atribuía a él. A la manera en la que sus ojos se conectaban con los míos,

y generaba un temblor en mi columna, rozando cada terminación nerviosa de mi ser. No quería que ese momento terminara, pero la última nota de la canción significó el término de nuestro contacto físico, aunque mi piel permaneció con esa calidez durante el resto del día.

Luego de cuarenta minutos de un divertido camino, llegamos a un improvisado estacionamiento de tierra en una explanada. La mayoría de los lugares estaban ocupados, pero David no se rindió hasta que encontró uno que estaba cerca del sendero que conducía al lago. Bajamos de la camioneta y Mario se encargó de repartir los suministros del maletero para que los llevásemos al lugar elegido para reposar. A Adrián le dieron tres cajas de cervezas y a mí solo me tocó llevar una hielera vacía, la cual se equiparaba a la tercera parte de mi estatura.

David se mostraba desesperado por ir a conseguir un buen lugar entre todos los grupos de personas que andaban por el lugar, así que tomó el rol de líder y guio a los demás sendero abajo, hacia la orilla del lago. Los otros lo siguieron de cerca, emparejándose a su acelerado andar, pero Adrián y yo emprendimos un lento camino, permitiéndome disfrutar del paisaje que nos rodeaba.

Los árboles crecían en diversas direcciones hacia el cielo, sacudiendo sus hojas con el murmullo de la brisa. El reflejo del sol hacía resplandecer el agua donde niños chapoteaban y elevaban gotas que brillaban como cristales. Y el vaivén de los visitantes acompasado el bullicio de sus voces creaba un entorno agradable y familiar.

Me gustaba lo que veía y lo que nos rodeaba, pero mi mayor interés se hallaba en el muchacho que caminaba a mi lado.

Cuando llegamos con el resto del grupo, apenas unos minutos después, habían transformado un simple terreno pedregoso en un campamento con los suministros organizados sobre la mesa y las sillas desplegadas.

Catalina y Alberto corrieron tomados de la mano para arrojarse al lago, riéndose e intercambiando dulces gestos. A ellos le siguieron Andrés y Mario, quienes se adentraron entre un coro de risas y un estruendoso chapoteo que sacudió el agua, consiguiendo que las personas más próximas a ellos los miraran de mala gana.

Melissa se despojó de su ropa e hizo ademán de correr para unirse al resto, sin embargo, noté que Ximena le dedicó una mirada de advertencia, la cual fue suficiente para detenerla y obligarla a sentarse para que ambas se pusiera protector solar.

Observé con curiosa atención a ese par, pues desde el día anterior me percaté del cariño que ambas desbordaban entre sí. Melissa permitió que Ximena masajeara su espalda con suaves movimientos, untando el bloqueador, y después cambiaron de lugar. Esas caricias llegaron a los rostros, donde la sonrisa de Mel creció con el roce de los dedos de su amiga, en especial cuando ésta le dio un beso en la mejilla y le susurró un secreto al oído, con el que ambas rieron.

—Ya estamos casi listas, ¿y ustedes? —preguntó Melissa, mirando nuestros atuendos con especial énfasis.

—Yo los esperaré aquí —respondió Adrián mientras tomaba una lata de refresco.

Una casual oportunidad jugó a mi favor, la cual no pretendía desaprovechar.

—Los alcanzaré en seguida, tengo que ponerme el bañador —dije, aunque mis intenciones eran otras.

—No tardes demasiado. —Ximena me dedicó una afable sonrisa.

Entrelazaron sus manos y corrieron para unirse a los chicos que reían a grandes carcajadas mientras jugueteaban con el agua.

Adrián acercó una silla a aquella que estaba detrás de mí y me invitó a sentarme a su lado, ofreciéndome un refresco de limón, el que acepté con gusto.

—¿Y tú que haces durante las vacaciones de verano? —preguntó luego de darle un trago a su bebida.

—Me gusta ir a visitar a mis abuelos paternos. Viven en Noria —respondí, recordando aquellas amenas tardes en su compañía—. Solemos ir a museos o exhibiciones históricas, a veces vamos a iglesias solo a observar.

—Es grandioso que pases tiempo con ellos —comentó, mirándome atentamente.

Asentí. —También tenemos la agradable costumbre de ir a tomar un café a diferentes restaurantes de la ciudad cada tercer día.

—¿Cuántos días pasas allá?

—Dos semanas. —Centré mi atención en las piedrecillas debajo de nuestros zapatos—. Después regreso aquí y continúo con mi divertida rutina de vivir en dos hogares diferentes durante la semana.

—Es una mierda, ¿no? —Se rio sin verdadera gracia—. Tener que cargar con los errores de nuestros padres.

Cada que tocábamos el tema de nuestras familias era evidente que un

manto de melancolía nos cubría, pero era fácil hablar con él, sobre cualquier cosa, incluso sobre eso. Y es que en solo una noche aprendí que no necesitaba máscaras cuando estábamos juntos, pues ambos mostramos una transparencia que sería complicado volver a ocultar.

Le sonreí, y correspondió al gesto.

Durante el transcurso de las siguientes dos horas nuestra conversación continuó con la misma fluidez e interés mutuo. Hablábamos con emoción sobre aquello que nos gustaba, de nuestros sueños y anhelos. Me contó que quería entrar a la Universidad de Quiroz en la facultad de nutrición, a pesar de los negativos pronósticos, pues solo su madre confiaba en que lo lograría, y le dije que yo era la segunda que lo creía.

Cada uno compartió una parte nueva de su vida, sin miedos ni restricciones, quizás convencidos de que dos tontos se entenderían en un mundo como el nuestro, donde los deseos se reservaban para los genios dentro de una reluciente lámpara.

En la mitad de esa conversación confesé que era la primera vez que iba al lago Munik, pues nunca antes había tenido un amigo que me invitara, y a mis padres casi no les gustaba salir de la ciudad, y aquella revelación hizo que se pusiera de pie, mirándome con tierna alegría.

—Entonces no pretendo que pases aquí todo el día conmigo. —Extendió su mano hacia mí y lo miré con duda por un segundo, nerviosa por lo que su tacto podría desencadenar en mí—. Vamos a dar un paseo, pero te aconsejo que te quites los zapatos.

Nuestros dedos se entrelazaron cuando acepté su ayuda para ponerme de pie, y una corriente atravesó mi extremidad, dispersándose a todo mi cuerpo. Lo solté, pero sentí que mis mejillas se ruborizaron, y mi único escape fue agachar el rostro para ocultarlo detrás mi cabello mientras fingía que desabrochaba las sandalias.

Caminamos hacia la orilla del lago y sumergimos los pies en la fresca del agua. Los demás continuaban disfrutando de aquél placentero lugar con diversas actividades. Mario nadaba hacia un montículo de rocas; Alberto caminaba con Catalina sobre su espalda, la cual le daba pequeños besos en la cabeza; y el resto conversaba mientras flotaban apaciblemente.

—¿Hace cuánto que Melissa y Ximena son pareja? —Me aventuré a preguntar, decidida a eliminar la curiosidad que me embargaba.

—Cerca de dos meses —respondió mirando hacia donde ellas se encontraban.

—Se les ve muy felices. —Declaré, encantada por la manera en la que reían juntas.

—Sí, la verdad es que lo son. —Volvió su atención a mí—. Aunque la madre de Melissa no está de acuerdo con eso.

—¿Por qué no? —Interrogué, llena de sorpresa.

Las miró de soslayo. —Cree que solo es un experimento de jóvenes y que Melissa se arrepentirá por manchar su reputación.

—Debe ser difícil estar con alguien que tus padres no acepten. —Opiné, pensando por un momento cómo sería salir con alguien que mis progenitores repudiaran.

—Quiero comprenderlo desde los dos puntos de vista. —Bajó la vista hacia el agua que lo cubría hasta los tobillos—. La madre de Melissa debe estar preocupada por ella, a esta edad es poco probable que una relación sea estable. —Levantó la cabeza y me observó—. Además, aún no muchos aceptan las diferentes orientaciones sexuales que hay. Tal vez tiene miedo de que puedan discriminarla. —Reflexionó durante unos segundos—. Sin embargo, debe aceptar que su hija está enamorada de Ximena y debería apoyarla.

Tal vez no sería tan valiente como Melissa para retar a mis padres con mi decisión, pero creía firmemente en el poder del amor, el cual, siendo real y sincero, podía vencer cualquier cosa.

—Puedes llamarme cursi, pero yo creo que no hay una edad para encontrar el amor verdadero. —Sonreí—. Y es importante luchar por él cuando lo encuentras. No importa si se trata de un chico o una chica.

—Sí, creo que tienes razón —dijo después de varios segundos de silencio.

—¿De verdad? —Me sentí emocionada de que Adrián compartiese aquél pensamiento.

—Sí. —Su sonrisa se amplió—. Eres una cursi.

Le di un leve codazo en las costillas, asegurando que era una persona terrible mientras reíamos.

—¿Siempre te sonrojas cuando ríes? —preguntó con un ápice de burla.

—Lo odio —dije, sintiendo que el calor de mis mejillas aumentaba ante su comentario. E intenté esconder el rubor mirando hacia otra dirección—. Le hace creer a las personas que me siento avergonzada...

Me interrumpió, y hubiese deseado que no lo hiciera, pues sus siguientes palabras se grabaron en mi interior como una cruel jugarreta.

—Me gusta. En realidad, el rojo es mi color favorito, y creo que te sienta

bien.

No quería mirarlo, pero aun así lo hice. —¿Es una clase de broma?

—¿Por qué te cuesta aceptar un cumplido? —cuestionó tras una risa.

—No lo sé. —Regresé mi vista hacia el camino por el que andábamos—.

Supongo que no estoy acostumbrada a recibirlos.

Nos sentamos en una roca debajo de la sombra de la copa de un árbol, y volví a sumergir las piernas en el agua, aquella vez hasta las rodillas, moviéndolas de adelante hacia atrás disfrutando del sonido del chapoteo. Sonriendo.

Miré hacia donde se encontraban los demás, quienes se habían reunido de nuevo y reían. Siempre se veían tan divertidos y alegres, como si los problemas no existieran. Y los envidiaba por ello, porque parecía que sabían cómo olvidarse del mundo cuando era necesario.

—¿No crees que a ellos les moleste que esté aquí? —pregunté con seriedad, señalando con la cabeza hacia donde se encontraban.

—No. —Me miró—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque en lugar de estar divirtiéndote con ellos estás aquí conmigo.

—No eres una intrusa —comentó con diversión, pero esa efímera alegría se desvaneció, siendo sustituida por una tierna sonrisa—. Ana, la verdad es que casi nunca entro al agua con ellos, prefiero quedarme sentado en la base de algún árbol bebiendo una cerveza.

—¿Por qué? —Su declaración me sorprendió.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. A veces puedo ser un poco antipático.

—A mí no me lo pareces —dije con un susurro.

Silencio.

Un silencio agradable, en el que nuestras miradas se encontraron y permanecieron unidas por varios segundos, en los cuales mi corazón comenzó a palpar con desmedida rapidez.

Tranquilízate, por favor.

Pero ¿cómo lo haría? Si de un momento a otro los brazos de Adrián me rodearon, llevándome hacia él en un cálido abrazo.

Hay momentos en la vida que marcan un *antes* y un *después*. Y ese fue uno de ellos.

Mi cuerpo tembló, experimentó una sensación incomparable, pues nunca antes me había sumergido en un pozo tan profundo como aquél, en el que mi respiración se detuvo, pero mis pulmones estaban llenos del aroma que Adrián

desprendía, una esencia embriagante. Cerré los ojos y me dejé llevar, permití que mis brazos rodearan su cintura, y recargué mi cabeza en su hombro.

El calor de su cuerpo me hizo suspirar, pero entonces reparé en lo fatídico que resultaba esa cercanía, haciéndome abrir los ojos a la realidad, tan lejana a lo que englobaban mis ensoñaciones.

Me aparté de golpe, exaltada por las sensaciones que me abordaban, tan irreales, pero a la vez tan ciertas y profundas, tanto que incluso dolía.

—Lo lamento. —Me apresuré en decir. Mis labios temblaban—. Me dejé llevar.

—No te disculpes. —Sonrió, pero se veía confundido, tratando de recobrar el control de la situación—. Fui yo el que comenzó con esto.

Por un segundo dejé de respirar.

—En serio lo siento, no volverá a suceder. —Hablé con evidente nerviosismo—. No quisiera incomodarte, a veces puedo llegar a ser muy cariñosa, y eso a muchas personas no les agrada...

Apartó su mirada de mí apenas por unos segundos, observando hacia el lago, pero después volvió a centrar su atención en mi rostro.

—De verdad no tienes de qué disculparte. —Tomó mis manos entre las suyas—. Me agrada que seas así, ¿de acuerdo?

—¿Lo dices en serio? —Sentía un revoloteo en el estómago.

Sonrió. —Lo digo tan en serio que ya tengo el apodo ideal para ti.

—¿Cuál? —pregunté, no muy segura de querer escuchar la respuesta. Todos los apodos que había tenido hasta el momento eran vergonzosos o una clase de insulto.

Sin embargo, su respuesta me dejó conmovida.

—*Little Darling* —respondió con gentileza.

A partir de ese instante fue que Adrián se convirtió en el protagonista de mi historia romántica.

O tal vez no tan romántica como me hubiese gustado.

CAPÍTULO 3

Era una romántica empedernida.

Apasionada de las vanas ilusiones.

Enamorada de un sentimiento que no conocía.

Y una fiel admiradora del amor.

Sabía que aún existían chicos con pensamientos semejantes a los míos, cursis y detallistas, aunque a mis dieciséis años aún no había encontrado a alguno, sin embargo, mi mente se aferraba a la idea de que tal vez Adrián era uno de ellos.

Tales ilusiones radicaban en su apariencia de caballero, educado y atento, y a que su mirada carecía de malicia. La manera en la que me trataba era digna de admirar; me hacía reír, me escuchaba con atención y no juzgaba. Pero no quería que dichas fantasías me llevaran a cometer el terrible error de idealizar a una persona, aunque comenzaba a ser difícil no sonreír con la imagen que evocaba de su rostro, tan real que incluso en la soledad me hacía suspirar.

Mientras intentaba disipar el estupor que nublaba mis pensamientos, observé mi figura sobre el reflejo en una de las ventanas del salón. La chica que me sonreía era idéntica a mí, pero lucía un tanto diferente, alejada de la realidad a la que estaba acostumbrada. El maquillaje de su rostro, el atuendo menos convencional que portaba, y la sonrisa, aquella que delataba la emoción que embargaba su pecho. Era una faceta mía que no acostumbraba a usar, pero la cual me agradaba.

Entré al aula y saludé a todos los presentes de manera general, los cuales respondieron cordialmente. Me llevaba bien con cada uno de mis compañeros, se trataban de personas amables, pero solo consideraba a una de ellos como una amiga.

Me senté en el pupitre frente al escritorio del profesor, mi lugar favorito de siempre; donde podía escuchar la clase con atención, pero también con la posibilidad de distraerme con el panorama de las canchas de baloncesto y la entrada de la cafetería, por donde transitaban decenas de estudiantes, al otro lado de la ventana.

—Buenos días. —Saludó una voz irreconocible.

Dirigí la mirada hacia la persona en cuestión. Se trataba de un chico

nuevo. Era delgado, llevaba puesto un suéter azul a pesar de que estuviésemos a mediados del verano y el calor a veces fuera insoportable. Sujetaba las correas de su mochila con nerviosismo mientras escaneaba el lugar.

Mis ojos se posaron sobre los suyos, y los suyos en los míos, encontrándose. Sonrió con discreta amabilidad y en su mejilla derecha se dibujó un hoyuelo. Lo observé caminar hasta detenerse a mi lado. No era muy alto, pero sí lo suficiente para que tuviese que inclinar la cabeza hacia arriba para encararlo.

—Disculpa, ¿este asiento está ocupado? —preguntó, haciendo referencia a la banca que se encontraba a mi derecha. Se veía inquieto, pero no dejaba de sonreír.

—Eh... no —respondí con una afable sonrisa—. Creo que no.

—Gracias. —dijo con cierta timidez. Dejó su mochila en el suelo y se sentó, todavía mirándome. Sus ojos eran cafés y estaban ocultos detrás de unas enormes gafas redondas—. Mi nombre es Miguel, mucho gusto.

Extendió la mano en mi dirección y correspondí a ese educado gesto, resultándome extraña tal amabilidad en un joven de mi edad.

La piel de su mano estaba tibia.

—Yo soy Ana. —Escruté su rostro con más atención. Tenía pequeñas cicatrices redondas en las mejillas, y su dentadura era muy blanca—. El gusto es mío.

El saludo se extendió por más tiempo del que era habitual, y centré la mirada en nuestras manos aún unidas. Se percató de esto y me soltó, mostrándose avergonzado.

—¿Entonces eres nuevo en la ciudad? —Le pregunté, tratando de aminorar la incomodidad de los últimos segundos.

Asintió. —Soy de Risco, cerca de la capital. A casi cinco horas de distancia de aquí.

—Supongo que debe ser difícil dejar toda una vida atrás —comenté, tratando de denotar empatía.

Dudó antes de responder. —Realmente nunca he vivido en una ciudad el tiempo suficiente para crear una vida que extrañe. —El timbre de su voz era inseguro—. Transfieren a mi padre una vez al año a otro lugar por cuestiones de trabajo.

—Qué pena —dije, observando cómo jugueteaba con sus dedos.

—Sí. —Su semblante perdió un ápice de alegría—. A veces resulta complicado hacer amigos.

—Bueno, ya tienes a tu primera amiga aquí. —Le ofrecí la más sincera de mis sonrisas.

Sus mejillas adquirieron una tonalidad rojiza, apenas perceptible.

—Te lo agradezco, Ana. —Rascó la parte trasera de su cuello y subió la mano por su cabello castaño, despeinando algunos mechones del frente—. Eres una chica muy amable.

Cristina llegó al salón acompañada de Natalia, una de las pocas compañeras con las que solíamos entablar amenas e interesantes conversaciones. Ambas se acercaron para saludarme, y la primera de ellas se sentó en el asiento detrás de mí, y la otra atrás de Miguel, quien no pasó inadvertido para ella.

—Hola. —Saludó Natalia. Él se giró para mirarla—. Chico nuevo, eh.

Miguel asintió.

—Yo fui la chica nueva el semestre pasado, así que entiendo cómo te sientes —comentó con una tonalidad afable—. Y Ana también fue la primera en hablar conmigo.

Me dedicó una mirada llena de agradecimiento, a la cual respondí con una media sonrisa.

—Así que... ¿te gustaría que diéramos un recorrido a la escuela durante el descanso? —continuó, jugando con un mechón de su cabello rizado.

—Eso sería estupendo. —Declaró e intercambió miradas con las tres.

Las butacas comenzaron a llenarse conforme avanzaron los minutos y el resto de nuestros compañeros fueron integrándose al aula. El lugar estaba inundado por un agradable bullicio de voces, entre saludos, divertidas risas y anécdotas sobre las vacaciones.

A nuestra conversación se unieron Marlene, Joaquín y Roberto, tres compañeros con los que Cristina y yo no solíamos convivir a menos que se trataran de asuntos escolares, pero quienes no aminoraron la alegría del entorno a nuestro alrededor.

La última en llegar, a las siete en punto, fue la profesora Meléndez, tan resplandeciente y formal como la recordaba del semestre anterior. Era una mujer joven, rozando los treinta años, soltera y exitosa. Su experiencia como docente la volvía una de las mejores catedráticas de la escuela, desbordaba su vocación en cada clase, convirtiendo las materias de índole administrativo en un tema interesante. Aunque todo buen atributo conllevaba un lado contrario. Su lema era “Para llegar al triunfo hay que esforzarse”, y aquello lo proyectaba mediante tareas, trabajos y sinfín de actividades escolares que nos

ayudasen al buen entendimiento de los temas vistos.

Las dos horas de clase corrían veloces bajo la explicación de Raquel, a quien le gustaba utilizar la totalidad del tiempo otorgado para su materia.

—Un minuto desperdiciado se convierte en días desperdiciados a través de la vida. —Solía decir, como argumento del porqué no le gustaba dejarnos salir diez minutos antes para tomar un descanso antes de la siguiente clase.

Para mí era un gusto escucharla hablar, aprender de su sabiduría adquirida con los años, y me di cuenta de que Miguel también era un apasionado del aprendizaje. Le vi escribir cada concepto e idea, a pesar de que la profesora no hiciera mención que la anotásemos. Su mirada permaneció atenta, y su semblante denotaba el interés que le generaba el tema. Era tan parecido a mí en ese aspecto.

—Y por último... —Raquel miró el reloj de su muñeca y yo vi la hora en la pantalla de mi celular. Solo faltaba un minuto para las nueve, tan característico de ella—, para la próxima clase necesito que traigan algún libro de la bibliografía que les proporcione. Puede ser en físico o digital. Eso es todo por hoy, jóvenes.

Algunos de mis compañeros suspiraron, aliviados, y salieron del salón con premura, deseosos por tomar un respiro antes de adentrarnos en el interesante mundo de la Geometría Analítica con el catedrático Zuno, conocido por su relajada actitud.

—Iré a la cafetería. —Anunció Natalia—. ¿Alguien quiere venir?

—Yo —respondieron Joaquín y Marlene al unísono.

Roberto se negó.

—¿Y ustedes?

—Aquí los espero. —Cristina nos dedicó una sonrisita—. Quiero comenzar a leer este libro. —Mostró la portada de su lectura. Un thriller.

—Los acompaño. —Declaré.

—Yo también. —Miguel me miró, y una sonrisa se dibujó entre sus labios cuando notó la atención que le presté.

Él era tan amable.

Caminamos hacia la cafetería, conversando sobre las actividades realizadas durante las vacaciones. Todos participaron en la plática, excepto yo. Lo más interesante que me había sucedido fue conocer a un simpático muchacho que me hacía suspirar, y no creía que aquello fuese un tema prudente para charlar con ellos.

Entonces comencé a pensar en Adrián, y en la ridícula idea que me había

impulsado a usar una blusa roja ceñida a mi delgado torso, esperanzada a que la simpleza de una prenda me ayudara a conseguir su atención, lo que en realidad esperaba que sucediera.

Levanté la vista del suelo, donde permaneció durante varios segundos sin que lo hubiese notado, y de pronto mis ojos se encontraron con un grupo de chicos que reía a la lejanía, desprendiendo su característica y contagiosa alegría.

Una leve corriente de emoción cruzó por mi sistema cuando hallé a la persona que anhelaba ver, quien lucía una amplia sonrisa que resplandecía a la distancia, haciéndome experimentar un cosquilleo en el estómago, manifestado como pequeños revoloteos.

Había esperado ese momento con ansiosa inquietud desde que desperté por la mañana, imaginando las posibles reacciones que Adrián tendría al verme de aquella manera: bonita, maquillada y, de cierta manera, con un atisbo de coquetería. Aquél absurdo plan surgió después de las dulces palabras que me dedicó en el lago Munik., antes de que nuestros cuerpos se unieran en un afectuoso abrazo, teñido por una exquisita sensación de seguridad.

Querida yo, si tan solo hubieses sabido interpretar las señales desde un comienzo, nuestra historia sería tan diferente.

—Eh, muchachos... —Hablé por primera vez desde que salimos del salón. Ni siquiera estaba segura de a quién interrumpí, pero conseguí atraer la atención de todos mis acompañantes—. Los veré en el salón, necesito ir a resolver un asunto.

Aceleré el paso para llegar con el grupo de personas que caminaba frente a nosotros, casi trotando. La verdad era que no tenía prisa, bien pude esperar para llegar acompañada a la cafetería, pero la incertidumbre me carcomía el pecho, haciéndome actuar de manera precipitada, impulsiva y levemente descontrolada.

—¡Chicos! —Grité cuando estuve a pocos metros de ellos. Mi voz apenas se escuchó entre el sonido de las voces de los otros estudiantes que caminaban por el sendero.

Melissa y Adrián fueron los únicos que me escucharon, los cuales se detuvieron para esperarme, generando una reacción similar en los demás, quienes se giraron para buscar el motivo de la pausa en su andar.

Me emparejé a ellos, con una leve agitación en la forma en la que respiraba, cansada por la pequeña carrera que emprendí para alcanzarlos. Los deportes no eran lo mío, así que trotar o correr implicaban un gran esfuerzo

para mi cuerpo carente de condición física aeróbica.

—Hola *Little Darling*. —Sonrió.

Si supieras lo que tu voz generaba en mi interior, especialmente cuando me llamabas de aquella manera.

Adrián fue el primero en acercarse a mí para saludarme, dándome un gentil beso en la mejilla. Se detuvo un segundo con su rostro cerca del mío, y en la simpleza de ese acto le vi inhalar con mayor profundidad.

Por lo menos notaste el perfume que compré con esencia de vainilla.

—Ana, ¡te ves hermosa! —Catalina fue la siguiente en saludarme, expresando una faceta de dulce admiración mientras apartaba a Adrián de mi lado para acercarse.

Me sujetó por las manos y me miró, expresando una adorable fascinación. Enseguida me obligó a dar una vuelta sobre mí misma para observarme desde todos los ángulos posibles.

No pude evitar sonrojarme.

—Es cierto, luces muy bien, Ana. —David comentó, deslumbrando con una amable sonrisa.

Obtuve más comentarios positivos por parte de los demás, lo que agradecí de corazón, sin embargo, mi atención se encontraba en Adrián, al que observaba de soslayo esperando una reacción más alentadora, pero se quedó muy serio, callado, aunque su mirada estaba sobre mí.

—Te ves estupenda. —Ximena fue la última en expresar su opinión, manteniendo el color rojizo de mis mejillas.

Hubo un efímero momento de silencio cuando Adrián de nuevo se acercó a mí, sonriendo. Me sujetó por los hombros y bajó las manos para acariciar mis brazos, lanzando pequeñas chispas sobre mi piel. Después me llevó hacia su cuerpo en un abrazo, una caricia que no tenía precedentes, solo fue una demostración de cariño que surgió de él. Y la cual me hizo temblar, hasta que habló.

—Qué bien te ves, amiga —comentó en voz baja. En un tenor que solo era perceptible para ambos.

Amiga.

¿Por qué etiquetarme tan rápido? ¿Por qué simplemente no decir mi nombre sin limitar las posibilidades?

Me aparté unos centímetros de él para mirarlo, mostrando una faceta alegre, aunque esa expresión no fuese del todo honesta, decepcionada por el resultado que obtuve con mi fallido intento por hacerlo suspirar, así como él lo

hacía conmigo.

Centró su atención directo a mis ojos, buscando algo que no comprendí, y que no supe si descubrió.

—Gracias Adrián. —Mi voz salió con un tono mecánico, carente de emociones.

Pero no lo culpaba por mostrarse inmutable ante mi cambio en un sentido estrictamente romántico.

Sentirse atraída por un extraño era normal, a cualquiera podía sucederle; por el físico, por un misterio que pudiese ocultar, por la razón que fuese. Lo que tal vez no era del todo común consistía en cómo la presencia de Adrián conseguía alterar mi tranquilidad, elevando la rapidez con la que mi corazón latía, y la facilidad con la que podía desvanecer las ilusiones de una chica tan ingenua como yo.

CAPÍTULO 4

Eran casi las cuatro de la tarde del viernes. Estaba en mi habitación, terminando de acomodar la ropa que llevaría el fin de semana a la casa de mi padre.

Se trataba de la misma rutina todas las semanas: de lunes a viernes vivía en los suburbios con mi madre, en una casa adoquinada y moderna, a pocos minutos de distancia de la escuela. El viernes por la tarde, hasta el domingo por la noche, mi vivienda era el chalet urbano cerca del centro donde vivía mi padre con su perro, Phili, un simpático schnauzer de dos años.

Tenía dos habitaciones, dos roperos, dos itinerarios, dos casas. Y aunque en cualquiera de ellas era fácil sentirme como en un hogar, aún no me acostumbraba al hecho de tener dos familias chiquitas, viviendo a merced de un constante vaivén, cansada de llevar mi equipaje de un lado a otro, a veces olvidando objetos importantes en alguna de las casas, sin una estabilidad real a la cual aferrarme.

Mis padres fueron felices juntos durante casi quince años, hasta que mi madre descubrió que mi progenitor la engañaba con una de sus compañeras de trabajo: Carla, una contadora viuda de atrevidos atuendos.

A comparación de muchas mujeres, Arantxa no le dio una segunda oportunidad a su matrimonio para que funcionara. No. Ella simplemente le pidió a Jorge que se marchara, diciéndole que lo único que necesitaba de él era una pensión, única y exclusivamente para mis estudios. Llegaron a un acuerdo legal, el cual me convirtió en una ambulante de hogares hacía apenas un par de años.

Me recosté en la cama, a la espera de que el tiempo avanzara. Faltaba una hora para que mi padre saliera del trabajo y pasara por mí. En algunas ocasiones tomaba una siesta en lo que aguardaba su llegada, otras tardes me gustaba ver la televisión, y a veces simplemente me quedaba ahí, observando el techo de la habitación, perdida en alguno de mis pensamientos.

Cerré los ojos.

Y le permití a mi imaginación que divagara por la finita extensión de mis recuerdos y anhelos, una combinación que usualmente me gustaba mezclar, obteniendo diversos paraísos dentro de mi cabeza.

Cada fragmento comenzó a unirse entre sí, formando una imagen en particular, lo que me hizo sonreír. Poco a poco fue dibujándose la faz de Adrián, adquiriendo fuerza, volviéndose tan vívida que por un instante creí que estaba de pie frente a mí, luciendo una expresión alegre por verme.

Se acercó, y cada paso que avanzó fue un incremento para la velocidad con la que mi corazón palpitaba, más y más de prisa, que incluso sentí que me costaba respirar. Aquella sensación de adrenalina cada vez era más constante en mi torrente, haciéndome creer que ese chico se trataba de una clase de sustancia que se filtraba a mis venas, fundiéndose a mi sistema.

Quise tocar su rostro con la punta de los dedos, ávida.

Sin embargo, la vibración de mi celular sobre el colchón me hizo volver a la realidad de golpe con un sobresalto por el susto.

Tomé el teléfono con ambas manos y lo levanté sobre mi rostro para leer el nombre en la pantalla de la llamada entrante y, ante esto, mi corazón dio un vuelco.

Adrián.

El real.

Sentí cómo las comisuras de mi boca se curvaron hacia arriba, tan arriba que resultaba terriblemente hilarante y catastrófico.

Dejé escapar un chillido de emoción, cual adolescente alborotada. Tal, que me vi en la necesidad de respirar profundo antes de responder, reacia a expresar aquella fase desbocada que me hacía sentir vergüenza de mí misma.

—Hola. —Saludé, forzando una tonalidad neutra.

—*Hola, Little Darling.* —Bostecé, para fingir que la alegría no me carcomía—. *Oh, lo lamento ¿estabas dormida?*

—No. —Mi risa fue una combinación de nerviosismo y emoción—. Solo terminaba de arreglar unas cosas antes de que mi papá llegue por mí. ¿Por qué?

—*Mmm... ¿crees que se moleste si te robo por unas horas?*

¿Escapar contigo? El tiempo que quieras y a donde quieras.

—No lo sé... —Fingí desinterés, pero no pude ocultar la tonalidad secuz de mi voz—. Depende de qué tengas en mente.

Se rio. —*Ya lo verás. Pasaré por ti en veinte minutos.*

—De acuerdo. —Me convertí en una presa de la felicidad—. ¿Debo ir vestida de alguna forma en particular?

—*No.* —Quería creer que él también sonrió cuando pronunció sus

siguientes palabras —. *De todas formas, te ves bien con lo que sea.*

Hubo un efímero momento de silencio.

A veces unas simples palabras podían transformar tu mundo, una oración que tomaba un sentido diferente, más especial, más intenso, haciéndote experimentar sensaciones incomparables.

—G-gracias... —Tartamudeé. No podía controlar el temblor que de pronto invadió a mi cuerpo, volviéndome débil. Tan débil que resulté patética—. Entonces nos veremos dentro de un rato.

—*Sí, recuerda que pasaré en solo veinte minutos, Ana* —Aclaró con un tono divertido.

—¿Solo veinte? —pregunté, utilizando un timbre verdaderamente preocupado. Era muy poco el tiempo que me daba.

—*Veinte* —repitió con diversión.

—Entonces deja me doy prisa, ¡adiós!

Terminé la llamada antes de que él pudiera despedirse, terriblemente nerviosa.

Mis manos sudaban.

Y mi cuerpo en general temblaba.

No podía hacer nada al respecto para calmar la ferocidad con la que mi corazón latía contra mi pecho, robándome parte del aliento, agitando cada parte de mí. Una sensación tan irreal que por un segundo me creí en otro lugar, donde todo sueño parecía convertirse en una hermosa realidad.

Una realidad que tiempo después me dejaría caer de cara al suelo.

Me levanté de la cama con esfuerzo, ansiosa, y me paré frente al espejo que estaba detrás de la puerta de mi habitación. Mi atuendo no era el mejor, llevaba unos *jeans* y una camiseta azul que dejaba al descubierto mis pecosos hombros. Aquella tarde mi cabello no me favorecía en lo absoluto, por lo que decidí atarlo en una coleta alta con algunos delgados mechones sueltos.

No era mi primera cita con un chico, pero sí era *la primera cita* con Adrián. Bueno, si es que a ese encuentro se le podía denominar de tal forma.

Mi reflejo delataba la agitación de mi ser, la cual se manifestaba acompañada de una sonrisa que no conseguía reprimir, aunque lo intentara.

Esa embelesada sensación era peligrosa en un sentido meramente irreal, pues estaba exponiendo mis sentimientos al riesgo de ser dañados sin importarme las consecuencias, como si aquel juego denominado como *amor* no fuese el causante de cientos de dolorosas decepciones y corazones rotos que, incluso, tardaban años en sanar.

Pero no me importaba, en ese momento no lo hacía, porque la alegría se anteponeía sobre cualquier otro pensamiento y emoción. Nada importaba si mis latidos continuaban así de acelerados por él.

Le llamé a mi padre para avisarle que llegaría a su casa más tarde, que no debía de molestarse en pasar por mí, pues saldría un rato con Cristina al centro comercial. Su respuesta fue una simple afirmativa, suficiente para mí. Estaba mal engañarlo, pero sabía su opinión respecto a los chicos, y quería evitarme todo el escándalo y los sermones advirtiéndome sobre lo contraproducente que resultaría salir con alguien del sexo opuesto en una tarde de viernes. Así que mentir fue la mejor de las opciones.

Aproveché los últimos quince minutos para terminar de arreglar mi mochila y retocar algún detalle de mi apariencia: acomodar mis mechones de cabello en una posición diferente, alisar mi blusa para verme impecable, asegurarme de que el color de mi labial no hubiese perdido intensidad.

Quería verme bien, a pesar de que mi último intento hubiese sido fallido.

Y tras una *no tan* larga espera, el momento deseado llegó.

Recibí un mensaje de parte de Adrián, avisándome que estaba afuera. Fui a la habitación de mi madre y me despedí de ella, diciéndole que saldría con un amigo, y, como lo esperaba, pidió explicaciones sobre ello, pero no me detuve a dárselas, pues lo único que quería era salir y encontrarme con él, así que le prometí que después hablaríamos de él. Me dejó ir, no muy convencida, pero animada por la felicidad que me veía desbordar.

Salí de la casa, luciendo un semblante manchado por el exquisito anhelo de comenzar aquella tarde en compañía de Adrián, suspirante por saber lo que sucedería. Me subí al coche y lancé la mochila a la parte de atrás de éste.

—¡Hola! —Le di un beso en la mejilla.

Y a continuación, me dejé llevar por mis impulsos, deteniéndome cerca de él para abrazarlo, rodeándolo por los hombros. Sentí que su cuerpo se tensó, pero enseguida esa rigidez se desvaneció, siendo sustituida por el complemento de aquella caricia; me sujetó por la cintura, y me mantuvo tan cerca como pudo. Mi respiración se agitó, y noté que la suya también sufrió un cambio en su velocidad.

No nos movimos por varios segundos, y disfruté de la cercanía, aspirando su aroma, su presencia, y grabando en mi memoria ese momento, tan simple, pero tan lleno de sentimientos.

Me negaba a demostrar que su calor era adictivo, por ello decidí apartarme, apenas unos centímetros, para mirarlo y escanear su rostro. Sus

mejillas estaban levemente sonrojadas, pero no comenté nada al respecto. Quise guardar esa imagen para mí, como una muestra de que él también experimentaba *algo* cuando estaba a mi lado.

—Te ves estupenda —dijo en voz baja, de repente, sin una explicación.

Sentí que la piel de mis mejillas ardía, tanto que me imaginé el color de éstas, a la par de las suyas. No pude responder, ni siquiera con un sencillo agradecimiento, simplemente me aparté de él y me acomodé en el asiento

—¿A dónde iremos? —cuestioné, tratando de aniquilar el rastro que quedó de la última escena.

Sonrió con un atisbo de gracia. —Te llevaré a uno de mis lugares favoritos.

—¿Dónde es? —Volví a interrogar ante la falta de una respuesta clara.

—Lo sabrás cuando lleguemos. —Su gesto burlón se intensificó.

—¿No me lo dirás?

—No.

—¿Ni siquiera una pequeña pista? —Insistí.

—No.

Me reí, tratando de mostrarme indignada. La verdad era que su actitud misteriosa resultaba atractiva, aunque eso me ponía nerviosa al no saber qué podía esperar.

Así que sólo me entregué a la incertidumbre, permitiendo que él fuese el guía de nuestro destino, avanzando a través de las transitadas calles de la metrópolis, explorando con la mirada cada imagen que se desarrollaba a nuestro alrededor, disfrutando del entorno en el que nos hallábamos. Poco a poco fuimos alejándonos del bullicio de la ciudad, acercándonos al límite de ésta, dejando atrás todo ápice de escenas grises y monótonas. Estaba tan emocionada por la situación, que en un pestañear me di cuenta de que estábamos adentrándonos a la carretera, viajando lejos de lo habitual.

—¿A dónde estamos yendo? —pregunté al notar que continuábamos por el rápido camino de tres carriles.

—Sólo faltan unos minutos para llegar. —Le vi sonreír por la insegura tonalidad que utilicé—. ¿Crees poder esperar un poco más?

—Más te vale que sea un lugar impresionante —respondí a cambio.

—Lo es. —Aseguró, mirándome de soslayo por un segundo.

El trayecto continuó por varios minutos, hasta que el vehículo se adentró en un sendero menos concurrido, el que se hallaba bordeado por pastizales de distintos matices. Mi atención estaba fija en el paisaje al otro lado de la

ventanilla, donde me encontré con la imagen de un imponente edificio de ladrillo acercándose a nosotros, el cual tenía en la punta una cúpula de cristal.

Aquél lugar se asemejaba a la construcción retratada en una linda postal, tan distante a lo que estaba acostumbrada a ver en la cotidianidad de mis días. Parecía una vieja fotografía a colores, tan llamativos que me era imposible apartar mis ojos de ahí.

Adrián aparcó el carro en el estacionamiento contiguo, y bajamos, tal vez yo un poco más apresurada que él, para encaminarnos hacia la entrada de ese majestuoso lugar, viéndome invadida por la curiosidad.

—¿Qué es este lugar? —cuestioné, absorta, apenas despegando la mirada de la estructura que se alzaba a nuestro lado izquierdo.

—Es una cafetería —respondió con simpleza.

—No lo parece —comenté—. Pensaría que es una clase de museo.

—Quizás esa es la razón por la que ninguno de mis amigos conoce este sitio. —Apuntó con una risa.

El acceso principal consistía en un imponente arco de madera que parecía antigua, donde una chica rubia de lindos ojos azules nos recibió con una sonrisa, permitiéndonos la entrada mientras nos entregaba un menú a cada uno. Caminamos a través de un estrecho pasillo que terminaba en un pequeño recibidor, dando inicio al área del comedor. Nos dirigimos hacia una mesa del centro, donde Adrián recorrió mi silla para que me sentara, lo que agradecí con cierta timidez al no estar acostumbrada a una muestra de caballerosidad como tal.

Era un lugar espectacular, en el que me perdí quizá por varios minutos, observándolo. Sobre nosotros se hallaba la cúpula, la cual estaba cubierta por enredaderas que apenas comenzaban a crecer, permitiendo la vista del cielo atardeciendo, teñido de colores violetas y anaranjados, donde las aves surcaban con envidiable libertad. El aroma predominante era el del café, combinado con una armoniosa melodía que embriagaba cada rincón de la cafetería. Había cuadros colgados en diferentes puntos, atrayendo mi atención. Sin embargo, aquello que realmente me cautivó, fueron las luces que se encendieron, varias series distribuidas a en todo el perímetro del comedor, y sobre cada mesa se iluminó una pequeña lámpara, brindando un ambiente más... ¿romántico?

—Siempre vengo solo —dijo, extrayéndome de mis pensamientos—, pero creí que te gustaría.

—¿Gustarme? —Sonreí, embelesada—. Me ha encantado.

—Lo supuse. —Él también sonrió.

—Pareciera que me conoces bien.

—Eso es lo que intento hacer.

Sentí que mis mejillas se ruborizaron —de nuevo—, y traté de esconder aquella vergüenza agachando el rostro, concentrándome en la carta de bebidas y alimentos, sabiendo que él aún estaba mirándome.

Una mesera uniformada se acercó a nosotros para tomar la orden; para mí un té helado de limón con menta, y Adrián pidió café moca frío. La mujer, igual de amable que su compañera, nos dedicó una sonrisa antes de retirarse hacia la cocina.

Le di una última mirada a la cúpula antes de centrar toda mi atención en el chico al otro lado de la mesa, quien no había apartado sus ojos de mí desde que llegamos, y lo cual me tenía terriblemente nerviosa.

—¿Qué tal estuvo tu primera semana de clases? —preguntó, manteniendo su interés sobre mí.

—Pues bien... —Me incliné hacia adelante, recargando los codos sobre la mesa y descansado mi barbilla sobre mis manos entrelazadas—. Mis maestros son agradables, algunos aburridos, pero supongo que será un buen semestre.

—¿Y tus compañeros?

—Mmm... hay un chico nuevo en mi clase. —Recordé—. Se llama Miguel, es agradable, pero a veces intenta aparentar que es un sabelotodo, y eso es un poco molesto.

—¿No te gusta tener competencia? —preguntó, intensificando su gesto burlesco.

—¡Oye! —Exclamé, utilizando una expresión de falso enfado.

—Solo bromeo, Ana. —Se rio.

Me gustaba cuando lo hacía. Reír. Porque durante ese efímero momento me hacía creer que yo era la causa de esa felicidad.

—¿Y cómo te está yendo a ti? —Le pregunté, fascinada por todo lo que estaba sucediendo—. Catalina nos contó que un profesor los puso a trabajar en parejas y que a ella le tocó una clase de acosador... ¿Cómo es tu compañero?

—En realidad es una chica, se llama Tania, y la verdad no sé qué decirte sobre ella. —*Por favor no digas que es hermosa*—. Supongo que la describiría como una persona... “comprometida”.

—¿*Comprometida*? —Suspiré en mi interior por el alivio que me generó su respuesta—. ¿Qué clase de adjetivo es ese?

—No lo sé. —Se encogió de hombros mientras se reía—. Casi no hablo

con ella y fue lo único amable que se me ocurrió para decir.

Una mesera diferente a la que nos atendió trajo las bebidas. Tras agradecerle decidí probar la mía, la cual tenía un delicioso sabor, tan placentero en esa calurosa tarde de verano. Degusté la sensación de la menta en mi paladar y me fue inevitable lamer mis labios para recoger hasta la última gota del refrescante líquido. Adrián también probó su bebida, pero ésta le resultó indiferente, quizás era lo que siempre ordenaba, restándole emoción a cada visita.

—Cuéntame algo que nadie más sepa sobre ti —pregunté luego de darle otro trago al té, mirándolo fijamente.

—¿Cómo qué?

—Un secreto. Un sueño. Lo que sea...

Cualquier cosa sobre ti me interesa.

Se quedó callado por varios segundos, ensimismado en sus pensamientos, tiempo durante el cual escruté su rostro, encontrándome con un leve cambio en su expresión, una mutación que en primera instancia no conseguí identificar.

—Cada que mis padres discuten quiero desaparecer —respondió con una tonalidad diferente tras su momento de reflexión.

Oh.

—¿Es por lo que me dijiste la otra noche? —Indagué, insegura de continuar, pero deseosa por conocer la respuesta a mis interrogantes—. ¿Porque sientes que todo fue tu culpa?

Analicé su semblante con mayor detenimiento, con lo que conseguí descubrir que esa nueva faceta estaba teñida por la tristeza y confusión. Sus ojos perdieron el brillo que los había dominado durante el rato que llevábamos juntos, se apagaron, mostrando el dolor que le causaba el haber dicho lo anterior.

—Ana... —Me sujetó de las manos, sorprendiéndome. Mis ojos viajaron hacia la reciente unión física, para después volver a encontrarse con los suyos —, no tienes por qué sentirte mal por mí.

—No me siento mal por ti —dije en voz baja, apenas perceptible—. Solo quiero que seas feliz, Adrián.

Suspiró pesadamente, pero aquello pareció devolverle una parte de su tranquilidad.

—Gracias, Ana. —Acarició mis nudillos con dulzura, lo que me hizo sentir un cosquilleo a lo largo de mi columna.

—No tienes nada de qué agradecerme. —Le dediqué una sonrisa, en un

vano intento por animarlo un poco más.

—No pretendo arruinar la noche. —Me soltó, echándose para atrás en su asiento—. Así que olvidemos lo que dije.

No estaba de acuerdo en dejar de lado una cuestión tan delicada y significativa para él, por ello, proseguí a hacer mi siguiente pregunta.

—¿Estás seguro de que estás bien? —Interrogué.

Asintió. —Si estás aquí conmigo, estoy bien.

CAPÍTULO 5

Estaba recostada en la cama de mi habitación en la casa de mi padre. Muy apenas podía escuchar la melodía emitida por el radio en la sala de estar en el primer nivel. A esas horas de la tarde a Jorge le gustaba sintonizar una estación con canciones de antaño que le recordaban sus mejores años, los cuales había vivido con mi madre cuando eran novios, y lo que se negaba a aceptar.

Era preocupante la facilidad con la que me perdía en la inmensidad de mis ajetreados pensamientos, considerando que en mi vida siempre reinó la paz y tranquilidad, situación que cambió desde que conocí a Adrián. No lo culpaba por el estupor que me embargaba, pero él era el principal motivo de aquél, invadiendo mi mente cada que me sumergía en el ocio.

La vibración del celular me extrajo del fantasioso mundo donde yacía, arrojándome a la realidad de golpe. Las cortinas de la ventana se movían con calma a merced de la tibia brisa que se colaba al interior. Las manecillas del reloj colgado en la pared marcaban el constante paso del tiempo con un calmoso tic tac. La soledad, tan habitual, me rodeaba.

Observé la pantalla de mi teléfono, tenía un mensaje nuevo de Cristina.

«Ya llegué, estoy afuera».

Suspiré y me levanté de la cama con un leve esfuerzo, entumecida de los músculos por la falta de movimiento en un prolongado lapso. Caminé descalza, dirigiéndome a la entrada principal, desde donde podía ver a mi padre sentado en su sofá favorito mientras leía —quizá por cuarta vez— un libro sobre la historia mundial.

Abrí la puerta, y al otro lado me encontré con el rostro sonriente de mi amiga, la cual llevaba en una de sus manos una bolsa de plástico azul con una considerable cantidad de golosinas.

—¡Ana! —Saludó con ánimo, acercándose para darme un beso en la mejilla.

—¡Sam! —Caminé dos pasos hacia atrás para dejarla pasar.

Jorge miró en nuestra dirección, bajando el libro hacia su regazo.

—Hola, Sam. —Le dedicó una afable sonrisa.

—Buenas tardes, señor. —Correspondió al gesto con la misma

amabilidad.

—Estaremos en mi habitación. —Anuncié, a pesar de que ello fuese evidente.

Mi padre asintió con falso interés y regresó su atención a la lectura que tenía entre las manos.

Entramos a la recámara y cerré la puerta detrás de mí. Sabía que a mi padre no le interesaban las conversaciones de dos adolescentes, y que jamás se atrevería a espiar en mi intimidad, pero prefería conservar la privacidad de ambas, encerrándonos en mi pequeño espacio de mundo.

—Entonces... ¡cuéntamelo todo! —Se sentó en mi cama de un brinco, lanzando a un lado de ella la bolsa de provisiones que llevó—. Quiero saber cómo estuvo tu *cita* con Adrián.

—No fue una *cita*. —Recalqué, sintiendo un escozor en las mejillas—. Fue una salida casual entre dos amigos.

—Ajá... lo que tú digas. —Ladeó la boca en una mueca de fastidio—. Anda, dime qué hicieron, a dónde fueron. Pero, por favor, no me digas que se besaron.

—¡Por supuesto que no! —El calor en mi rostro se intensificó—. Tú sabes que yo no hago ese tipo de cosas...

Se rio. —Solo bromeo.

Palmeó el lugar a su lado sobre el colchón, invitándome a tomar asiento junto a ella. Accedí, riéndome por su previo comentario.

Cristina no era solo mi mejor amiga, la consideraba como una hermana, a la cual apoyé a través de todos esos años, tratando de llenar el vacío que la muerte de su madre dejó dentro de su corazón. Quizás era una figura que no podría ser reemplazada por nadie, pero siempre intentaba mostrarle una faceta protectora y comprensiva ante cualquier adversidad, lo que ella correspondía con el mismo apego, escuchándonos, llamándonos la atención cuando era necesario, y protegiéndonos mutuamente.

—Fuimos a un café a las afueras de la ciudad. —Comencé con el relato, sintiendo pequeños aleteos en mi interior que cosquillearon cada terminación nerviosa—. Es un lugar hermoso, parece salido de un cuento de hadas. Había resplandecientes luces que pendían del techo, una hermosa melodía que embriagaba el lugar, y una cúpula de cristal teñida por los colores del cielo. Pedimos unas bebidas, y conversamos durante varias horas. —Suspiré profundamente—. Y él... Adrián, fue todo un caballero, tan atento, divertido, complejo, aunque al mismo tiempo tan sencillo.

Me di cuenta que, conforme avancé en la historia, las comisuras de mis labios se elevaron en una sonrisa. Un gesto que intenté disimular cuando me percaté de él, avergonzada por la ligereza con la que mi cuerpo reaccionaba ante su simple recuerdo.

Me aclaré la garganta, cubriendo mi boca con la mano hecha puño.

—Entonces... ¿fue una buena tarde? —preguntó, mirándome fijamente de forma acusadora.

Asentí, descubriéndome. —La pasé de maravilla. Adrián es un chico increíble.

—Tan increíble como para decir que... ¿te gusta? —Elevó las cejas en una expresión inquisitiva.

Aparté la mirada de ella, pues conocía el significado de aquel semblante, y centré mi atención en el jugueteo de mis manos.

—No lo sé, apenas lo conozco —respondí a regañadientes.

—Exacto. —Alargó el brazo hacia la bolsa de plástico a su costado derecho, de donde sacó dos barras de chocolate oscuro. Se quedó con una de ellas y la otra la extendió en mi dirección, la cual acepté sin dudar—. Te conozco de toda la vida, Ana, y sé que ese chico te gusta, pero creo que es algo prematuro. No sabes realmente quién es.

—Estoy conociéndolo porque quiero saber *quién es*. —Citó sus palabras para hacer énfasis en ello.

Abrió el empaque del chocolate y le dio un crocante bocado. No dijo nada mientras masticaba, por lo que decidí imitar su acción y enfocarme en la barra que tenía entre las manos. Retiré todo el envoltorio y me dejé atrapar por el sabor del cacao, mi favorito.

—Te diré algo —comentó de repente—. No creo que Adrián tenga buenas intenciones contigo.

Levanté la vista hacia ella. —¿Por qué lo crees?

—Solo piénsalo. —El timbre de su voz era serio—. Tiene toda la pinta de ser uno de esos chicos que solo quieren jugar.

Sentí una opresión en el pecho, pero me obligué a no demostrarla, pues no quería que Sam supiera el control que Adrián ejercía en mis emociones sin siquiera estar presente. Contuve el aliento un par de segundos y lo dejé escapar con lentitud.

—¿A qué te refieres? —Indagué, no muy segura de querer escuchar la respuesta.

—Veamos. —Se acomodó, girándose muy apenas para mirarme con mayor

fijeza y atención—. ¿Hace cuánto lo conoces y a cuántas citas te ha invitado?

—No lo sé, poco más de una semana... —Medité—, y han sido solo dos *encuentros amistosos*.

—¿No crees que es un poco apresurado? —Negué y expresé molestia con la mirada—. Además, retrocedamos a la noche en la que se conocieron, ¿bien?

—¿Qué hay de malo con ello? —Interrogué, cada vez más confundida por sus propias dudas.

—Dime, ¿no crees que fuera raro que te llevara a una esquina del lugar para hablar a solas? —No respondí, a lo que continuó—. ¿Por qué un chico apartaría de los demás a una chica cuyo nombre apenas conoce?

Tenía una respuesta para ella, cargada de juicios y estereotipos que manchaban la imagen de Adrián, pero la cual me rehusaba a aceptar, aunque, ya que ambas pensábamos muy similar, y la contestación era una generalidad, Sam decidió exponerla por mí.

—Seguramente quería saber qué podía conseguir de ti: un beso, un toqueteo, o incluso algo más... —Dejó abierto el número de posibilidades para la imaginación.

Pero no quería creerlo, no quería que mi perspectiva de ese grandioso chico se basara en la opinión de terceros y clónicos ideales a los cuales la mayoría se sujetaban. A mí no me gustaba crear un concepto de las personas, especialmente cuando carecía de fundamentos válidos para esa apariencia.

Y hasta entonces Adrián había demostrado ser educado, libre de vicios que pudiesen poner en peligro mi reputación o seguridad.

Aunque quizá permitía que lo dulce e inocente de su sonrisa eclipsara la realidad.

—No ha insinuado algo de lo que deba preocuparme —dije tras un corto momento de silencio.

—¿No? —cuestionó, un tanto sorprendida.

—Te lo hubiese dicho de ser así.

Suspiró, parecía no estar muy convencida. —Ana, me preocupas, no quiero que te lastimen.

Los labios me temblaban. Ese tipo de situaciones sentimentales me afectaban mucho, pues no era buena controlando todo lo relativo a mis sentires.

—Si tienes razón con él, entonces déjame equivocarme —dije.

—¿Qué clase de mejor amiga sería si permito que te hagan daño? —Ladeó la boca en un gesto de verdadera angustia.

—Confío en él, así que no debes preocuparte.

—No creo que Adrián sea la clase de chico que se enamora... —Acercó el chocolate a su boca y lo dejó al borde de sus labios antes de continuar—, pero supongo que podemos darle el beneficio de la duda.

Reí y me incliné hacia ella para recargar mi cabeza sobre su hombro, sintiendo el movimiento de su mandíbula en cada mordida contra mi sien.

Comprendía su postura protectora contra Adrián, quien, en teoría, era un completo extraño, sin embargo, atribuía una parte de ese pensamiento al dolor que la ruptura con Héctor generaba en ella, causándole una terrible desconfianza en los hombres, llevándola a no querer que yo pasara por una situación similar.

* * *

La tarde en compañía de Sam avanzó con vertiginosa rapidez, entre risas, chismes, deliciosas golosinas, y proyectos juntas a futuro. Con ella gozaba de pensar en lo que nos depararía la vida, siendo siempre amigas. Aunque a veces esas ensoñaciones rebasaban ciertos grados de realidad, empujándonos a plantear ideales muy difíciles de conseguir, mas no imposibles.

Pasaban de las once de la noche cuando su padre pasó por ella, saludándome desde la lejanía dentro de su vehículo, tan sonriente como siempre. A veces me cuestionaba cómo consiguió recuperar su felicidad después de perder al amor de su vida a causa de una enfermedad.

Una historia así, tan agridulce, era la clase de relatos que me atrapaban al leer, cargados de sentimientos reales y ambivalencias entre ellos que me mantenían al borde del asiento. Aunque de saber que me convertiría en la protagonista de una de esas crónicas quizá hubiera rechazado el papel estelar.

Regresé a la soledad de mi habitación con un plato de vegetales hervidos, pasta y carne que mi padre preparó para la cena, la cual me salté unas horas antes al tener el estómago lleno de caramelos.

Me senté en la cama y cené en silencio mientras revisaba el inicio de mi Facebook, pasando de largo las graciosas imágenes que mis contactos compartían. Bostecé. Estaba cansada y quería dormir, pero una regla de mis padres era cenar algo antes de acostarse, concepto que añadieron a la rutina familiar luego de que en la secundaria les impartieran una plática sobre los riesgos de los desórdenes alimenticios, tales como la anorexia y bulimia, muy comunes en el entorno de los adolescentes.

Terminé la comida y dejé el plato sobre el buró. Enseguida me cambié de ropa, ataviándome con el pijama y despojándome del incómodo sujetador.

Apagué la luz y me acosté en la cama, sin cubrirme con las cobijas, y continué dentro del ocio, observando la vida que algunos aparentaba en las redes sociales. Relucientes sonrisas de personas que pasaban la mayor parte del día enfadados; vacaciones con amigos que en la realidad compartían su tiempo cada uno enfrascados en sus teléfonos; parejas enamoradas en las que, tristemente, alguno de ellos no era fiel al otro. Aunque en el medio de esas máscaras también existía veracidad en las imágenes retratadas. No todos eran infelices o hipócritas, pero en internet era sencillo aparentar ser alguien más para agradar al resto.

Y a comparación de otros, mi perfil estaba casi vacío, carente de fotografías de situaciones emocionantes o publicaciones graciosas, pues no solía dedicarle mucho tiempo a ese rubro de la tecnología. Añadiendo el hecho de que prefería mantener mi vida en privado y que no contaba con una amplia gama de amistades con las cuales pudiera interactuar mediante las redes.

Bloqueé el celular y lo dejé a un lado del plato.

Cerré los ojos, acostumbrándome al primer pensamiento que se plasmaba en mi mente durante esos momentos de quietud, cediendo a la dulzura que aquel rostro generaba dentro de mí.

Un suspiro involuntario, el cual también formaba parte del estado al que sucumbía con la simpleza de su recuerdo.

Poco a poco fui sumergiéndome en el mundo onírico, guiada por la presencia de un Adrián ficticio, el cual me tomó de la mano y me llevó a través de un sendero desconocido.

Su tacto era tan vívido que ardía en mi piel, pero me gustaba la sensación de tener sus dedos entrelazados con los míos.

La figura que caminaba a mi lado era una réplica exacta del chico que robaba mis sonrisas. Cada detalle en él era como lo recordaba, haciéndome reír por el desmedido interés que le prestaba, pero así jugaban los sentimientos en mi contra. Lo entregaba todo cuando creía que alguien valía la pena y, aunque fuere muy pronto —así como lo afirmó Cristina—, ponía mis románticas esperanzas en Adrián, otorgándole un delicado poder sobre mí.

En mi sueño nuestras manos continuaban entrelazadas a pesar del transcurso del tiempo. No hablábamos, solo existíamos dentro de un recuadro de vibrantes colores que formaban un escenario semejante al de la Cafetería Estrella. Luces resplandecían sobre nuestras cabezas, y la parsimonia que nos rodeaba era cautivadora.

Me hubiese gustado quedarme ahí por horas, incluso días, presa de la felicidad que anidaba en mi pecho por compartir ese momento con él. Sin embargo, hubo un cambio en la estabilidad cuando un repiqueteo comenzó a fragmentar las imágenes, dibujando grietas que pronto se convirtieron en abismos, tan grandes que me vi obligada a retroceder y romper todo contacto con Adrián, el cual me observaba con desesperación al haberse alejado tanto de mí.

Y, de pronto, toda fantasía desapareció, dejando espacio únicamente para una solitaria y oscura realidad. Me encontraba en mi habitación, levemente aturrida por la interrupción de mi descanso. Tardé un par de segundos en comprender lo que estaba sucediendo. Mi teléfono vibraba sobre la madera del buró, semejante a un estrepitoso terremoto.

¿Quién interrumpe mi sueño?

Tomé el celular y leí el nombre de la pantalla con los ojos entrecerrados. La revelación ocasionó que mi corazón diese un brinco ante la sorpresa: Adrián. Y arriba de ese conjunto de letras aparecía la hora, dos con catorce minutos. Era muy tarde, o demasiado temprano, según el punto donde se le viese.

Durante esa tarde no mantuve contacto con él, por lo que no sabía que esperar de la llamada. No sabía si debía preocuparme o no, pero mi condición soñolienta me llevó a experimentar un atisbo de irritación. Quizá ese era uno de los pocos motivos que conseguía perturbar mi tranquilidad, el despertarme a la mitad de la noche.

Respondí a tiempo antes de que la llamada cesara, a la dudosa espera de lo que pudiese escuchar al otro lado de la línea.

—Adrián... ¿qué sucede? —pregunté, distinguiendo mi tono molesto.

—Ana, ¿qué estás haciendo? —Denotó un tajo de torpeza.

Al fondo se escuchaba el amortiguado sonido de una canción, como si estuviese encerrado en alguna habitación, lejos de la fuente de la melodía.

No pude evitar bostezar. —Son más de las dos de la madrugada, ¿qué más podría estar haciendo además de dormir?

—N-no lo sé. —Su voz temblaba, y la cual acompañó con una repentina risa que me obligó a apartar el auricular de mi oído por unos segundos.

—¿De qué te ríes? —cuestioné. Su extraña actitud me incitó a poner mayor atención a las palabras que recitaba—. ¿Te encuentras bien?

—*Sip*, de maravilla —respondió con otra risita. Un simple acto que demostró demasiado.

Entonces todas las piezas se unieron, y el panorama adquirió una nueva claridad, revelándome qué estaba sucediendo en ese lado de la conversación. Sin embargo, quería intentar confirmar mi suposición con una confesional de Adrián, con la que podría tener mayor certeza.

—¿Estás ebrio? —Interrogué, realmente preocupada.

—Nooooo. —Alargó la palabra con exasperante diversión—. Bueno, sólo poquito, muy, muy poquito.

La molestia que sentía por ser despertada aumentó gracias a la actitud embriagada de Adrián, aunque un atisbo de angustia floreció entre aquellas adversas emociones.

—Ajá... —No sabía cómo proceder ante una situación así. Nunca había lidiado con algo similar y no tenía a quién recurrir en ese momento, por lo que necesitaba ayuda de quien fuese—. ¿Está David contigo o alguno de los chicos?

—*Nop*, sólo un atractivo joven y yo —contestó.

—¿Con quién estás? —pregunté, ciertamente desesperada.

Quería ayudarlo, pero me sentía con las manos atadas.

—Ahora estoy solo.

—Adrián... —Me levanté de la cama, despabilándome—, necesito saber que estarás bien, ¿puedes comunicarme con alguno de tus amigos?

—*Nop*. —Volví a reírse.

—¿Por qué no? —Comencé a enfadarme con él y conmigo misma por no saber cómo actuar.

Al otro lado escuché unos pasos, apenas perceptibles por el leve bullicio que rondaba a su alrededor. Descifré que estaba en alguna clase de bar o antro, pero en la ciudad había cabida para diversas opciones.

—Ana... —Soltó un prolongado suspiro—. Solo quiero decirte una cosa...

—¿Qué cosa? —No me interesaba su vana conversación.

O por lo menos no me interesó hasta que emitió sus siguientes palabras.

—Te quiero.

Todo lo negativo se disolvió, tan fugaz como una estrella, y en su lugar aterrizó un nerviosismo combinado con una incontrolable emoción. Olvidé lo malo por unos segundos, especialmente el infundado juicio de Sam sobre Adrián.

Ella no lo conocía, ni un poco. Y mi intuición me dictaba que esas palabras eran sinceras a pesar de lo prematuro que podía parecer.

Adrián me quería.

—Yo también te quiero. —Fue lo único que atiné a responder, sintiendo cómo mi corazón palpitaba sin control, alocado.

Aguardé por una siguiente oración, ansiosa por conocer el rumbo que tomaría aquella absurda plática. Pero su voz nunca llegó, y en su lugar se escuchó una profunda respiración, seguida por un golpe hueco que terminó con la llamada.

—¿Adrián? —pregunté a la línea muerta—. ¡Adrián! —Repetí, en vano.

Alejí el teléfono de mi oreja y observé la pantalla negra.

—Maldición. —Susurré, apretando el artefacto entre mi puño—. ¿Qué hago?

Entré en un estado similar al pánico, sintiendo que la ansiedad me consumía. No podía hacer nada, ¡absolutamente nada! No tenía el contacto de alguno de sus amigos, no sabía en dónde se encontraba, y no tenía los medios para aventurarme a una búsqueda.

Solo me quedé ahí, sentada en la oscuridad, torturándome con mis pensamientos, imaginando lo peor, y deseando que el tiempo transcurriera con mayor velocidad hasta el amanecer.

CAPÍTULO 6

El domingo fue un completo martirio. Intenté comunicarme con Adrián en reiteradas ocasiones, pero su teléfono permaneció apagado, carente de señal, impidiéndome conocer si se encontraba bien. Quise salir corriendo a buscarlo, pero las palabras de Sam me sujetaban y resonaban dentro de mi cabeza, recordándome que ni siquiera sabía dónde vivía, pues se trataba de un desconocido.

Fue hasta el lunes por la mañana que el rumbo de la situación cambió cuando llegué a la escuela, faltando apenas diez minutos antes de que iniciara la primera clase de las siete. Aquella ocasión tomé un camino distinto al habitual, con la única intención de encontrarme con el chico desaparecido, cuya existencia puse en duda durante algunas horas.

Caminé por el pasillo que guiaba a los salones de tercer grado, buscando con la mirada al castaño de imponente estatura que solía resaltar del resto por esa última característica. Adrián se trataba de un chico ordinario, tan común que a veces me cuestionaba por qué llamó tanto mi atención, pero aquella pregunta no parecía tener una respuesta concreta. Solo era distinto al resto, así de simple.

Avancé con paso presuroso, y entonces mis ojos se encontraron con una delgada figura a unos cuantos metros por delante, la cual conseguí reconocer de inmediato. Hizo ademán de subir las escaleras, pero lo detuve al gritar su nombre.

—¡Adrián!

Comencé a correr hacia él cuando se giró para mirarme. Ni siquiera sabía por qué emprendí aquella carrera, si no había necesidad de hacerlo, sin embargo, la desesperación y alivio de verlo ahí me hizo querer llegar a su lado cuanto antes.

Mi cabello ondeó, agitándose de un lado a otro mientras me acercaba. Mi respiración se volvió rápida, inestable y nada profunda, apenas podía proporcionarles oxígeno suficiente a mis pulmones. Mi condición física era nula, y ese corto camino no mayor a quince metros significó un gran esfuerzo para mi cuerpo, el cual se cansó.

Llegué con Adrián, el cual me dedicó una burlona sonrisa antes de que me

viera en la necesidad de doblarme sobre mí misma, sujetándome de las rodillas, para intentar recuperar un poco de aire. Sentía el rostro caliente y con atisbos pegajosos de sudor.

—¿Te encuentras bien? —preguntó. Y por el rabillo del ojo pude ver cómo se agachó para buscar mi rostro entre mi cabellera.

¡Tonto!

¡Desvergonzado!

¿Cómo te atreves...?

Me enderecé y encontrándome con su rostro, pero éste distaba de lo cotidiano por una herida que dividía a su labio inferior, el cual estaba hinchado y moreteado, lo que le restaba virtud a su encantadora sonrisa.

—¿Estás tonto o qué te pasa? —Olvidé todos los modales que mis padres me enseñaron durante años, y sucumbí a mis instintos más agresivos, actuando en contra de Adrián cuando lo empujé de los hombros hacia atrás, aunque mi fuerza no bastó ni siquiera para moverlo un par de centímetros de su posición —. ¡Casi me matas de un susto!

—¿De qué hablas, *Little Darling*? —cuestionó, riéndose.

Su risa, aquella que en otros momentos causaba un revoloteo en mi estómago, me hizo enfadar. Parecía que se estaba burlando de mi preocupación, mofándose de su irresponsabilidad y de la tortura que infligió en mí durante más de un día.

—No te hagas el loco, ¡solo mírate!

La loca parecía ser otra. Gritándole en medio del pasillo, donde otros alumnos nos observaban con diversión cuando pasaban por nuestro lado.

Me sujetó de los hombros, pero me aparté con brusquedad. No me gustaba que jugaran así conmigo, menos cuando se trataba de una situación tan delicada.

—Ana, realmente no sé de qué estás hablando —comentó con seriedad.

Escruté su rostro, prestando especial énfasis en su mirada, buscando algún ápice que me revelara que estaba mintiendo, sin embargo, parecía que era honesto conmigo.

—¿No lo recuerdas?

—Lo lamento, pero no —dijo con tono apenado.

¿En verdad no recordaba nada?

Sentí un pequeño hueco en el estómago. Pasé horas atormentada pensando en su bienestar, sin poder conciliar el sueño dos noches seguidas mientras él vagaba con la consciencia tranquila en lo que respectaba a mí, sin tener un

vago recuerdo de la llamada.

—Me llamaste por teléfono a las dos de la madrugada. —Le dije, creyendo que tal vez con ello recordaría algo.

—¡Oh, no! —Palmeó su frente—. Por favor dime que no dije alguna estupidez. Y si lo hice, por favor, discúlpame.

Suspiré. —Tienes suerte, no dijiste nada de lo que debas preocuparte.

—Uh, bueno, eso me tranquiliza un poco.

Realmente no lo recordaba.

Ni siquiera sus últimas palabras. Las que, entonces, no tuvieron un significado real.

Nadie puede quererte tan pronto... ¿o sí?

—Sí, pero no significa que te disculpo por dejarme preocupada durante todo un día. —Me crucé de brazos para seguir aparentando molestia—. Ni siquiera sabía a quién llamar para preguntar si estabas bien, incluso pensé en ir a buscarte a tu casa, pero ¡oh, sorpresa!, ni siquiera sé dónde vives.

—Lo lamento. —Agachó el rostro, esquivando mi mirada—. ¿Cómo puedo compensártelo?

—No lo sé. —Callé unos segundos. En mi interior anidaba una ambivalencia de emociones, las cuales competían entre sí, muy a la par, buscando una vencedora—. No puedo resolver tus problemas, así que es tu deber pensar en una solución.

—Te invito a comer hoy a mi casa —comentó tras solo un instante de silencio, levantando sus ojos hacia mí.

—¿Qué? —Sus palabras me tomaron por sorpresa, consiguiendo con ello que el rubor se extendiera en mi rostro, tan ardiente—. No, por supuesto que no.

—¿Por qué no? —Sonrió, recobrando su postura firme y galante—. Sería estupendo que cocináramos juntos y pasáramos la tarde viendo películas en mi sala de estar.

—S-suena bien. —Mi voz expresó el nerviosismo que comenzaba a embargarme—. Pero ¿qué dirá tu madre?

—Ella estará encantada de que vayas. —Apuntó. Su seguridad a veces resultaba abrumadora.

Lo observé. Su semblante, a pesar de tener una rasgadura, continuaba viéndose encantador. Cada facción de su rostro armonizaba con las demás, tan bien que me era difícil no suspirar.

—No creo que sea una buena idea... —Observé, retrocediendo un par de

pasos.

Quería irme, alejarme de esa estela que me envolvía, del aroma de la colonia de Adrián que endulzaba a mi sentido del olfato. Solo anhelaba dirigirme a la seguridad de mi salón, bajo el manto de protección de Cristina.

Di otro paso hacia atrás, pero entonces Adrián descubrió mi cometido, obstruyéndolo cuando me sujetó de los antebrazos y tiró de mí acercándome a su cuerpo. Mi primera reacción fue tratar de liberarme de su poder, moviendo los brazos con brusquedad, pero su fuerza era mayor a la mía, imposibilitándome, sin embargo, luché con más salvajismo y golpeé su hombro con mi codo en el medio de mi rabieta. Pero entonces me sometió, tirando de mi cuerpo tan cerca del suyo que mi rostro se estrelló contra su pecho y me vi en la necesidad de mirar hacia arriba, donde me encontré con su faz, tan cerca de la mía que su respiración rozó mi mejilla.

—No hagas eso. —Me quejé, sintiendo que el color rojizo de mi piel incrementaba considerablemente.

—¿Qué cosa? —Se burló.

—Adrián, las personas nos están observando. —Miré a nuestro alrededor. Varios pares de ojos curiosos nos observaban con divertido interés.

—No me importa —comentó con un tono relajado—. Entonces, ¿aceptas mi invitación?

—Sí, sí, está bien, acepto. —Cerré los ojos. Tener su rostro tan cerca del mío era una clase de tortura, una que me gustaba, pero la cual intentaba disimular—. Pero ya suéltame.

Contra todo pronóstico, similar a una cruel jugarreta, y consiguiendo que el suelo debajo de mis pies tambaleara, Adrián besó mi frente. Fue un gesto rápido, superficial, pero liberó una sensación de bienestar en todo mi cuerpo, semejante a una cálida brisa que rozó cada fibra de mi ser. Tan tibia que incluso sentí que la piel me cosquilleaba.

Pero me aparté de él, entendiendo de pronto lo que acababa de suceder. Una acción inusual, tan improbable que no supe cómo reaccionar ante ella más que creando distancia entre ambos.

—Entonces nos vemos más tarde. —Me dedicó una sonrisa—. Te esperaré en el estacionamiento para irnos.

Asentí.

Di media vuelta y me marché por el mismo pasillo por el que llegué hasta ahí. Mis piernas temblaban ligeramente, como resultado del último contacto físico que mantuve con él.

El corazón me palpitaba con fuerza, y sobre la piel de mi frente aún ardía el sutil roce de sus labios. Aquella sensación jugaba conmigo, como un vaivén de cosquillas que aparecían y se esfumaban.

Subí el primer peldaño de la escalera para dirigirme a mi salón en el segundo piso de un edificio diferente al del aula de Adrián, y seguí avanzando hacia arriba, embelesada por el centello que resplandecía dentro de mi pecho, alumbrando los pensamientos negativos que me dominaron durante las últimas horas.

Iba tan ensimismada en esa simple caricia que no escuché la primera vez que una voz detrás de mí me llamó, hasta que elevó su tenor, casi en un grito.

—¡Ana!

Me giré para mirar a la persona que caminaba dos escalones más abajo.

Miguel tenía aferrada entre sus dedos una de las correas de su mochila y respiraba con cierta irregularidad, parecía que había emprendido una carrera hasta ahí. Tan parecido a mí tan solo unos minutos antes.

—Hola. —Saludé con una sonrisa.

—Te llamé varias veces —comentó mientras se emparejaba a mi andar y ajustaba los anteojos sobre el puente de su nariz.

—Lo lamento. —Sacudí la cabeza—. He estado un poco despistada el día de hoy.

Rio muy apenas. —Descuida.

Lo miré de soslayo, percatándome de que él me observaba con fijeza. En su semblante yacía una amplia sonrisa que relucía en color blanquecino.

Caminamos varios metros en silencio a través del largo pasillo que conducía hacia nuestro salón, al final de ese nivel, pero antes de llegar a la entrada del aula Miguel tajó aquella parsimoniosa atmósfera que nos rodeaba con su voz.

—No quisiera ser atrevido, pero considero oportuno mencionarte que... —Pausó un par de segundos, agachando la mirada hacia el suelo y lamiéndose los labios con la punta de la lengua— el día de hoy te ves radiante.

—¿En verdad lo crees? —Consiguió hacerme sonreír.

Asintió. —Quiero decir, todos los días te ves bien, pero hoy en particular luces con un aspecto distinto. Te ves alegre, más de lo habitual.

Me reí con cierto grado de nerviosismo. —Te lo agradezco.

Su comentario fue uno de los más amables y dulces que había recibido hasta entonces, aunque no estaba segura del motivo que lo llevó a decírmelo, considerando las oscuras bolsas debajo de mis ojos y la palidez de mi piel,

resultado de dos largas noches en vela que arrojaron sus efectos de inmediato.

Tal vez el cumplido solo fue parte de su encantadora personalidad.

O tal vez no.

Entramos al salón, donde ya se encontraba Sam en su lugar, sujetando un grueso libro entre sus manos. Me senté frente a ella y Miguel a mi lado derecho como lo hacía desde el primer día de clases.

Mi amiga desprendió la vista de su lectura apenas un momento para mirarnos.

—Hola chicos —dijo, y enseguida su atención volvió a las páginas.

—Hola. —Saludamos al unísono.

—¿Qué estás leyendo? —pregunté, a sabiendas de que no respondería, por lo que incliné la cabeza para leer el encabezado de la portada. *Legado Rojo I: Atada al peligro*.

Un pasatiempo que nos unía a ambas era la lectura, pero Sam era toda una devoradora de historias, teniendo un record de nueve libros en una sola semana, lo que yo no podría conseguir con facilidad.

Bostecé.

—Te ves cansada —comentó, contradictoriamente, sin mirarme.

—No he dormido bien.

—¿Por qué? —preguntó Miguel—. ¿Estás bien?

Mis estúpidos sentimientos por un chico me han mantenido despierta.

Le sonreí. —El trabajo del profesor Perdomo me tiene estresada.

—Necesitas relajarte un poco. —Se le veía animado, más de lo usual—. Y tengo una idea para ello. Qué les parece si las invito al cine el sábado, y quizás también podamos ir por un helado...

Tales palabras consiguieron atraer la atención de Sam, aunque su respuesta no fue la esperada.

—Lo siento Miguel, pero ese día iré a la casa de mis abuelos. —Y dicho aquello, volvió a su lectura. Así como podía ser una grandiosa amiga, a veces podía ser la persona más grosera.

—De acuerdo... —Ladeó la boca—. Y tú, Ana, ¿qué dices?, ¿aceptas?

Miguel era un chico encantador, tan amable y simpático, pero no quería salir a solas con él y que el panorama pudiese malinterpretarse, encaminándonos a una incómoda situación que llegara a trascender a una cuestión más delicada y bochornosa.

—Lo lamento. —Me daba vergüenza rechazar su propuesta—. Pero ese día quedé con unos amigos.

—Oh. —Su efímera felicidad se esfumó tras mi contestación—. Supongo que será otro día.

* * *

La casa de Adrián se encontraba a no más de diez minutos de la escuela, en una colonia tranquila de caminos con espesas arboledas que proyectaba sus sombras irregulares sobre las aceras y calles, y construcciones similares entre sí, con pequeños jardines delanteros cubiertos por ramilletes de flores.

El interior de su hogar era acogedor, no había muchos muebles, pero los pocos que decoraban el lugar combinaban, dando un aspecto rústico y cálido. No podía dejar de mirar hacia cada rincón, deleitándome con el buen gusto que tenían. Sobre la chimenea vislumbré un pequeño marco, donde se hallaba una fotografía de —quien supuse— su madre y él de bebé. La imagen me hizo sonreír, muy en desacuerdo a la actitud molesta que aún intentaba mostrar con él.

Dejamos las mochilas sobre un banco largo de madera que estaba en la sala, y lo seguí hacia la parte posterior donde se encontraba la cocina. Él se acercó al refrigerado y me senté en uno de los taburetes frente a la barra, recargando los codos sobre ésta para recargar mi mentón sobre las manos.

—¿Qué vamos a comer? —Le pregunté. A esa hora de la tarde el hambre comenzaba a hacer rugir a mi estómago.

Abrió el frigorífico y se quedó frente a él observando su contenido. Desde mi posición pude notar que cada compartimiento estaba lleno de diversos alimentos empaquetados y bolsas de verduras de vivas tonalidades.

—Podemos... mmm... —Abrió un cajón— asar pollo, cortar unos vegetales y... —Se giró para mirarme— ¿preparar pasta con salsa de tomate? —preguntó, levantando una ceja de forma inquisitiva.

—De acuerdo. —Sonreí—. Entonces, manos a la obra.

Los siguientes treinta minutos consistieron en la divertida tarea doméstica de cocinar unos platillos sencillos, los cuales sabía preparar desde que era pequeña gracias a la enseñanza de mi abuela. La elección de alimentos que hizo Adrián no requería de una gran destreza para elaborarlos, pero a él parecía que no se le facilitaban los dones culinarios. Se encargó de preparar la pasta, argumentando que su madre tenía una receta deliciosa que a él le gustaba seguir, yo me dediqué a cortar los vegetales y a poner los filetes de pollo sobre la plancha, los cuales desprendía una deliciosa estela de aroma que se filtraba por mis fosas nasales, haciéndome salivar.

Al terminar los preparativos, nos sentamos en la mesa del comedor y

degustamos la comida. Por la reacción que ambos tuvimos era evidente que hicimos un buen trabajo, eso o tal vez el hambre jugó un importante papel en la placentera sensación sobre nuestras papilas gustativas. Fuera lo que fuese, disfrutamos de ese momento, acompañando el ámbito culinario con una amena conversación sobre las trivialidades de nuestro día.

Me contó que sus compañeros y amigos se burlaron de él por la herida de su labio y que, inclusive, fue punto de tiro de las miradas de sus curiosos profesores. Dijo que estaba acostumbrado a recibir ese tipo de burlas por parte de su grupo más íntimo, pero le fastidiaba que lo juzgaran por sus malas decisiones, como si ellos jamás se equivocasen.

—Todos cometemos errores —dijo.

Cuando terminamos de comer nos dirigimos hacia la comodidad de su sala, provistos con un gran tazón de rosetas de maíz caseras, las cuales serían nuestra golosina para disfrutar de una película sentados en el sofá.

—Es todo tuyo. —Extendió el control remoto en mi dirección y lo sujeté—. Elige lo que quieras ver, no me quejaré ni opondré alguna condición.

—Mmm tengo tantas opciones en mi mente que será difícil decidir.

—¿Cuál es tu favorita? —preguntó, observándome con atención.

—El canto de un pájaro —respondí de inmediato, sin dudas—, pero ya la he visto más de diez veces. —Encendí la televisión y elegí la aplicación para desplegar el catálogo de películas disponibles, así como el buscador—. Y en cada una de ellas he terminado llorando, y no quiero que te burles de mí. —Me reí, un tanto avergonzada por mi confesión.

—Si es tan buena para hacerte llorar más de diez veces yo también quiero verla. —Se levantó de su lugar y me guiñó un ojo antes de marcharse hacia la cocina.

Filtré las opciones con la palabra terror. Detestaba ese género, pero prefería aventurarme a algo diferente, fuera de lo habitual, deseosa de explorar una faceta nueva de mí, aunque fuese en algo tan burdo como aquello. En la lista aparecieron decenas de imágenes de las recomendaciones más nuevas y entre ellas vislumbré la fotografía de la recámara de un viejo hospital, donde resaltaban en color rojo el título de la película.

Adrián venía de regresó cuando decidí optar por tal, seleccionándola con un botón.

Mi acompañante dejó un par de bebidas energizantes de color azul sobre la mesita que estaba frente a nosotros, y de nuevo se sentó a mi lado de un brinco.

—¿Cuál elegiste? —Pasó su brazo por encima de mis hombros—. ¿Debo traer pañuelos?

Me reí, mirándolo de soslayo. —La mujer del quirófano.

—¿Es de terror? —cuestionó, girando su cabeza para observarme. Le dediqué un asentimiento como respuesta—. ¿Estás segura? A ti no te gusta esa clase de películas.

No, la verdad ya no estaba tan convencida de mi decisión, especialmente después de ver el entorno en el que la primera escena se desarrollaba: un hospital descuidado con ambientación en los ochentas.

No respondí.

En su lugar me incliné hacia adelante y me apoderé del plato de palomitas y de mi respectiva bebida, abriéndola y a la cual le di un largo sorbo que refrescó a mi boca.

Minuto a minuto fui lamentándome por mi errada decisión de querer parecer una chica atrevida que enfrentaba sus absurdos miedos, pues la película fue tornándose más sombría y tenebrosa conforme avanzaba. Los paisajes eran oscuros, y a ellos se sumaba la tensión de los efectos de sonido que se acoplaban a los misterios que la cinta desarrollaba. Estaba hecha un ovillo en el sillón, con las piernas pegadas contras mi pecho y el rostro ocultos detrás de aquellas, en un vano intento por cubrirme de la inevitable emoción de terror.

A la mitad de una escena donde el protagonista, un médico no mayor de treinta años, caminaba por un pasillo oscuro del hospital, perseguido por una presencia que no conseguía distinguir entre las sombras, recibí uno de los mayores sustos.

La puerta de la casa de Adrián se abrió al mismo tiempo en el que Frederick emitió un chillido de terror cuando descubrió el ente que lo seguía. Mi primera reacción fue apretujarme contra el respaldo del sillón, tratando de mantener mi corazón desbocado dentro del pecho, conteniendo un grito que raspó mis cuerdas vocales al cubrir mi cara con ambas manos.

El aullido cesó y escuché que Adrián se rio, seguramente por mi reacción, pero entonces una dulzona voz proveniente desde la entrada terció nuestras presencias.

—Perdón si los asusté.

Me descubrí el rostro, encontrándome entonces con una mujer de estatura promedio, delgada y de piel blanca. Tan parecida a Adrián, exceptuando el oscuro color de su cabello. Me levanté del sofá, utilizando la mayor sutileza

que conseguí desbordar. Sonreí cortésmente, aunque sentí más miedo incluso que con las escalofriantes escenas de la película.

Era un sentimiento desconocido, muy ajeno y distante a lo que había experimentado, pues aquél simple hecho estaba cargado de un verdadero significado, o por lo menos así lo veía desde mi perspectiva, en la que creía que conocer a la madre de alguien era un gesto importantísimo, ya que significaba que se me otorgaba la confianza de conocer a una de las personas más destacadas en la vida de alguien, adentrándome de cierta forma en una intimidad más profunda a la que cualquier desconocido tiene privilegio.

—Mamá, ella es Ana. —Me acerqué a la mujer, extendiendo mi mano hacia ella—. Es una amiga.

—Mucho gusto, señora. Soy Ana Salazar. —Correspondió al saludo. Su palma estaba fría.

—El gusto es mío, Ana. Yo soy Valeria Rivera. —Me dedicó una cálida sonrisa—. Tienes un nombre muy lindo, y tú eres una chica preciosa.

Sentí que mi rostro ardió.

—S-se lo agradezco.

Me soltó la mano, aún sonriente, y se acercó a Adrián para darle un tierno beso en la mejilla. Sin embargo, pude notar que, sin decir palabras, le reprochó su apariencia moviendo la cabeza en una negativa.

—¿Qué estaban haciendo? —Nos miró a ambos, intercalando su atención—. ¿Ya comieron?

Adrián fue quien respondió. —Preparamos algo hace rato, y estábamos viendo una película.

—¡Oh! Entonces no los entretendré más. —Avanzó varios pasos en dirección hacia las escaleras—. Estaré en mi habitación. Con la puerta abierta y el volumen de la televisión bajo...

¡Qué!

Acaba de insinuar que no hagamos... Oh no.

—Fue un gusto conocerte, Ana. —Continuó, dedicándome una última sonrisa—. Aquí tienes tu casa, no dudes en venir cuando gustes.

—Muchas gracias —dije en voz bajita.

Subió las escaleras emitiendo un pequeño repiqueteo con sus zapatos. Ambos la observamos hasta que desapareció en el nivel superior.

Enseguida, regresamos al sofá y reanudamos la tortura. La trama continuó por otros treinta minutos, llegando casi a su fin, sin embargo, ello no le restaba suspenso y terror, sino que parecía que aquellos aumentaban para otorgar un

desenlace memorable.

Realmente no recuerdo cómo fue que sucedió, pero en el transcurso de ese lapso, enganché mi brazo con el de Adrián, como si con ello pudiese armarme de valor y continuar mirando sin tiritar, aunque fue en vano para ese cometido. Sin embargo, el contacto con su cuerpo generaba una sensación de bienestar que solo me ayudaba a sentirme plena cuando olvidaba el terror que había frente a nosotros.

Y entonces una niña gritó.

Y yo quise gritar también.

Pero me contuve y lo único que pude hacer fue apretujarme contra el brazo de Adrián, sujetándolo con fuerza.

—Ana... —Susurró de pronto.

No le hice caso hasta que la imagen se congeló en la pantalla, luego de que mi compañero pausara la película y me observara con fijeza. Aquello consiguió que la presión ejercida entre mis costillas disminuyera lo suficiente para que pudiese respirar con profundidad y me viese en la necesidad de alejarme de Adrián, el cual tenía el rostro levemente teñido por el rubor, lo que resultó un tanto extraño, pero enternecedor.

—Lo lamento —recité, percatándome de la inquietud en mi estabilidad—. Te dije que odio las películas de terror.

—¿Entonces por qué elegiste esa?

—Porque sé que a ti te gustan. —Confesé, un tanto avergonzada.

—No tenías por qué hacerlo —Afirmó—. Se supone que era una tarde para compensarte por todo, no para asustarte.

Reí con esfuerzo. —¿Podemos cambiar de película?

—Por supuesto. —Sonrió—. ¿Cuál quieres ver?

—Sé que no disfrutarás de ver algo cursi, pero es tu turno de sufrir.

Sus siguientes palabras fueron un dardo que atinó en el centro de mi pecho, cosquilleando con las fibras de mi corazón, haciéndolo latir incluso más rápido que el frenesí causado por el temor.

—Por ti, lo que sea *Little Darling*.

CAPÍTULO 7

La tarde pintaba para ser terriblemente calurosa, a pesar de que la brisa agitara las hojas de los árboles con fuerza y algunas de ellas se desprendieran para fluir juntos. El clima, aún veraniego, era húmedo, algunas veces sofocante. En la ciudad así se afrontaban los últimos días antes de la llegada del otoño, el calor aumentaba su temperatura a grados irracionales, para después poco a poco ir descendiendo a un ambiente más agradable, el favorito de la mayoría.

Estaba contenta por el ligero atuendo con el que iba ataviada: unos pantaloncillos cortos de mezclilla y una blusa a florada de tirantes delgados. No era usual que vistiese de aquella forma, revelando gran parte de las pecas que cubrían gran parte de mi cuerpo, pero con Adrián me sentía cómoda, inclusive así.

Íbamos en la comodidad de su automóvil, disfrutando de la frescura del aire acondicionado mientras avanzábamos por las desoladas calles de los suburbios. Ambos llevábamos gafas oscuras, luciendo como dos aventureros que emprendían el sendero hacia un nuevo y desconocido destino.

Adrián se veía increíble, como una estrella de cine: atractivo, un poco pretencioso, con un atisbo de rebeldía, pero con una humilde sonrisa entre sus labios. Siempre creí que él no se daba cuenta de lo encantador que era, pues jamás le vi presumir por su apariencia. Tal vez no era guapo, ni un poco, quién sabe, pero a mí me parecía el chico más fascinante que existía.

—Entonces, ¿a dónde iremos? —Me dio unos golpecitos en la pierna.

—Hoy me toca elegir a mí, ¿cierto? —Asintió como respuesta, sin despegar su mirada del camino—. Déjame pensarlo... Tengo antojo de un helado, pero sería la cuarta vez en la semana que vayamos por uno. —Miré a través de la ventana, hacia las casas que rodeaban la calle—. Hace demasiado calor para ir por un café.

—Podemos pedir un café frío.

Volteé a mirarlo y su atención se centró en mí solo por un instante. Esa rápida conexión fue suficiente para que ambos, al mismo tiempo, respondiéramos con un: —*Naaaah...*

—Mmm... creo que tengo una idea —dije—, aunque puede ser un poco

ridícula.

—¿Cuál? —Sujetaba el volante solo con una mano, demostrando una posición desinteresada.

—Podemos ir a casa de Mario a pasar el rato en su jardín —respondí, sintiendo que mis mejillas se ruborizaban. Decir la idea en voz alta resultó muy distinta a como la había imaginado en mis pensamientos.

Lo vi dudar ante mi propuesta, por lo que me apresuré en agregar: —Olvídalo, creo que es una pésima...

—No. —Me interrumpió—. La verdad es que me parece genial.

—¿En serio?

—Sí —respondió con verdadero entusiasmo—. ¿Cómo no se me ocurrió antes?

Verlo así de animado hizo que yo también desbordara alegría.

Emprendimos el camino hacia la casa de Mario. El sol a esa hora de la tarde era insoportable, por lo que detesté cada momento en el que la protección de la sombra desaparecía y los rayos se filtraban al interior de la cabina, reduciendo la frescura generada por el aire acondicionado. Sin embargo, incluso en situaciones tan desagradables como aquella, el chico que iba a mi lado sabía cómo mejorar todo con alguna banalidad.

Su acción heroica de aquél día consistió en subir el volumen del radio y cantar Bohemian Rhapsody del grupo Queen como si estuviera solo. Elevando y bajando el tenor de su voz en las diferentes notas, moviendo la cabeza con divertido ímpetu y denotando pasión a través de los gestos de su semblante. Durante toda esa actuación reí, disfrutando del espectáculo que me brindaba.

Solo en momentos así creía que el mundo era un lugar lleno de luz, carente de dolor y problemas. Adrián me ayudaba a olvidar aquello que me atormentaba, la presión de la realidad, cualquier cosa que no tuviese cabida en un entorno de parsimonia y felicidad. No importaba cuán ruidosos pudiéramos ser, a su lado siempre me sentía tranquila. En calma.

Cuando llegamos a la casa de Mario, estacionó el auto afuera de la cochera, obstruyendo el acceso a ésta. Había cuatro lugares para aparcar, pero solo tres de ellos estaban ocupados por vehículos lujosos y muy bonitos.

Adrián chasqueó la lengua. —Creo que no están.

—¿Por qué lo dices? —pregunté, curiosa. La carencia de un auto restaba las posibilidades de su presencia en tan solo una cuarta parte.

—Ellos solo utilizan la camioneta cuando salen juntos.

—¿Quiénes?, ¿Mario y su padre? —Asintió como respuesta—. Oh,

entonces creo que será mejor que pensemos en otra cosa para hacer.

—Descuida, todo tiene solución —comentó con una sonrisa galante mientras bajaba el volumen de la música que nos envolvía.

Sacó el celular del bolsillo de su pantalón y deslizó el dedo sobre la pantalla para desbloquearlo. Enseguida le vi buscar entre su listado de contactos hasta detenerse en un nombre. Oprimió el botón verde para iniciar una llamada y después seleccionó la opción del altavoz. La línea de espera inundó la cabina hasta que al otro lado respondió la ronca voz de su amigo.

—*Hola, Adrián.* —Saludó afectuosamente.

—Hola. —No se entretuvo en miramientos—. ¿Tu padre o tú están en casa?

—*Eh... no, salimos al club desde temprano, ¿por qué?*

—¿Me demandarías por allanamiento de morada?

Cubrí mi boca para contener una risa.

—*¿De qué estás hablando?* —Sonaba confundido—. *¿Qué quieres decir con eso?*

—Escucha, a Ana y a mí nos gustaría pasar el rato en tu piscina. —Se rascó el cuello, como un símbolo de inquietud por sus siguientes palabras—. Y queremos saber si podemos entrar a tu casa, aunque ustedes no estén.

Rio. —*Saben que mi casa es su casa, el problema es que dejamos todas las puertas cerradas. No hay manera de que puedan entrar.*

Me miró fijamente con malicia.

—Descuida, nosotros nos las ingeniaremos —dijo con tonalidad aventurera.

—*Adrián, no vayas a hacer una estupidez en mi casa, ¡te lo advierto!*

Fue su turno de reír. —Solo serán un par de vidrios rotos, nada que no pueda arreglarse.

—*¡Adrián...!*

Y le colgó, dejando la amenaza por la mitad.

Bloqueó el teléfono y volvió a guardarlo en su bolsillo.

—¿Estás lista? —cuestionó. Y acto seguido apagó el motor del vehículo, cortando con ella la refrescante ventisca que nos mantenía cómodos.

—¿Qué tienes en mente? —Interrogué, un tanto preocupada por la mirada que me dedicó, cargada de picardía.

Me guiñó un ojo y se bajó del auto. Lo vi caminar enfrente del vehículo hasta llegar a la puerta del copiloto para abrirla y ayudarme a salir. Extendió su mano en mi dirección, en un ofrecimiento, sinónimo de una clara invitación

para que fuese su cómplice en los desconocidos y turbios planes que lo dominaban. Durante unos segundos permanecí quieta, observándolo dubitativamente. Sin embargo, todo rastro de duda desapareció cuando habló.

—Anda, *Little Darling*, será divertido.

Frente a mí se alzaba la imponente imagen de aquello que siempre idealicé en un chico: atractivo, simpático, atento, gracioso, y entre otros cientos de cualidades. El destino lo puso en mi camino por un motivo, y quién era yo para querer ir en contra de la naturaleza del cosmos. No podía resistirme a la inevitable atracción que sentía por él, ni ignorar la velocidad con la que latía mi corazón cuando estábamos juntos. Por ello, acepté su oferta, sabiendo que quizá no sería la última vez que cediera a su control indirecto.

Entrelacé mis dedos con los suyos y permití que me condujera a donde él quisiera.

El hogar de Mario era una construcción de dos niveles y una terraza en la azotea, imponente desde donde fuera que se le viese. Los acabados de la fachada eran modernos, elegantes y sofisticados. En la esquina del tejado había dos cámaras que apuntaban a direcciones opuestas, abarcando el panorama completo de la entrada. Y, a un costado, se extendía un corto pasillo que conducía directamente hacia el jardín, aunque hasta entonces no había visto que alguno de los chicos lo utilizara para entrar en las reuniones.

—Por aquí —dijo, haciendo referencia al estrecho sendero de adoquines grises que terminaba en una puerta de madera, cubierta por enredaderas decorativas.

—Bien, ¿y ahora? —cuestioné, observando la altura de aquella. Por lo menos dos metros hacia el cielo.

—Y ahora es cuando te ayudó a subir. —Se acercó a la puerta, recargando su costado izquierdo contra ella, y juntó las manos, simulando que se trataba de un escalón.

—Bromeas, ¿cierto? —pregunté con una risa nerviosa.

Pero él no se rio. —Si no, ¿cómo crees que entraremos?

—Estás loco.

—Te recuerdo que fue tu idea venir aquí —dijo con tono burlón.

—Sí, pero no creí que sería así. —Me crucé de brazos, fingiendo indignación.

Se enderezó, sin apartar su mirada de la mía. —Ana, por favor... —Se acercó a mí y puso sus manos sobre mis hombros—, no es tan difícil como

parece. Al otro lado hay una jardinera de concreto que te ayudará a bajar. Además, será divertido.

Era peligroso. Es decir, yo era muy torpe cuando se trataba de actividades que involucrasen la coordinación motriz, o un esfuerzo físico extra al que empleaba con normalidad en cada movimiento, y el simple hecho de imaginarme trepando por una puerta de más de dos metros de altura resultaba una completa locura.

Una locura que, evidentemente, hice.

—Por favor... —repitió, sonriendo de una manera en la que era imposible resistirme.

Había circunstancias en la vida que sabía que estaban mal, y cuyas consecuencias conocía, sin embargo, en esa ocasión no me importó, pues me sentí impulsada por la necesidad de saciar la curiosidad, llenando ese espacio con adrenalina, la cual comenzó a circular por mi torrente sanguíneo, tan rápido que no dudé ni un segundo más en arriesgarme.

—De acuerdo —dije con una firmeza que desconocía de mí misma.

—¡Eres increíble! —Me dio un brusco beso en la frente y regresó a la posición en la que entrelazaba sus manos para que las usase como apoyo.

Respiré profundo antes de acercarme a él y sujetarlo por los hombros para impulsarme hacia arriba. El primer intento fue fallido, pues no conseguí elevarme lo suficiente para izarme de la orilla de la puerta. Lo intentamos de nuevo, aquella vez apreté los músculos del abdomen y me estiré tanto como pude, abusando de la ayuda que me brindaba Adrián con sus manos. Me aferré a la puerta y mi cómplice elevó mis piernas, lo suficiente para que pudiera pasar una de ellas al otro lado y girar mi posición con mi vientre recargado contra la madera. Bajé los pies hacia la jardinera que Adrián mencionó, lo que me costó un poco de trabajo debido a mi baja estatura. Sin embargo, conseguí plantar los pies en el borde de aquella, terminando con éxito la misión.

Pequeñas gotas de sudor en mi espalda hacían que la blusa se adhiriera a mi piel de forma molesta, ocasionadas por el esfuerzo que esa actuación requirió. De igual manera mi respiración estaba agitada, y mi corazón latía con fiereza, pero aquella sensación era precisamente lo que buscaba cuando acepté su propuesta. Y me gustó. Fue placentero saber que salí de mi atuendo de chica buena y correcta, para hacer algo que, por lo menos, parecía ser arriesgado e ilícito.

¡Mamá, me colé a la casa de un desconocido solo por diversión!

Seguramente se enfadaría si lo descubriera, lo que no sucedería.

Al otro lado escuché los pasos de Adrián acercándose con rapidez a la puerta, y enseguida su cabeza se asomó por encima de ésta. Se inclinó hacia arriba con los brazos e imitó mi acción al pasar una pierna primero y girar sobre su tronco para después dejarse caer, sin la necesidad de apoyarse en la jardinera, pues él tan solo era más bajo que la puerta por veinte centímetros.

—Te dije que sería divertido —comentó, sonriéndome.

Su sonrisa no era un simple gesto, sino un poema. Mi favorito.

Negué y denoté falsa molestia con la mirada. No le respondí, sino que recorrí los pocos metros que aún nos separaban del jardín, ese lugar donde comenzó la magia —o el embrujo—, y que ahora nos unía de nuevo, en la soledad y parsimonia.

Adrián pasó a mi lado. Observé cada uno de sus movimientos, a la espera de cada uno de ellos. Primero se quitó los zapatos y los calcetines, los cuales arrojó sin precaución sobre el césped. Enseguida caminó más cerca de la alberca y se detuvo en la orilla, sumergiendo el pie derecho en el agua.

—Maldición, ¿por qué no traemos bañadores? —preguntó, mirando hacia el cielo mientras empuñaba las manos.

Me reí y caminé hacia él, deteniéndome a su lado. —Hagamos lo mismo que en el lago.

Su sonrisa se intensificó. Sus ojos brillaban, tal vez por el reflejo de los rayos del sol sobre la superficie del agua, la cual, a su vez, se proyectaba en aquéllos. Se encorvó sobre sí mismo y comenzó a doblar su pantalón hasta las rodillas para no mojarlo.

En lo que él hacía eso, yo me despojé de mis zapatillas y me senté bajo la sombra del árbol más cercano a la alberca, la cual alcanzaba a cubrir la mitad del agua, permitiéndonos tener un lugar en la orilla para sumergir los pies en la frialdad de aquella.

Pero, entonces, la siguiente acción de Adrián hizo que sintiera que todo se calentara. En el entorno, claro. Lo miré para saber por qué tardaba tanto en unirse a mi lado, y me encontré con la sorpresa de que estaba deshaciéndose de su camisa, dejando al descubierto su torso.

Diablos.

Era delgado, no tenía los abdominales marcados ni el pecho desarrollado, pero una línea a cada costado marcaba sus oblicuos, dando la impresión de que se ejercitaba de vez en cuando. Lo que yo sabía que no era cierto. Sin embargo, él era una excepción a mi creencia de que los chicos más atractivos debían ser musculosos y bien parecidos, como en las revistas y fotografías de

internet.

Tragué saliva cuando se acercó, nerviosa, pero tratando de esforzarme en parecer calmada, como si su presencia no me afectara en lo más mínimo. Acomodó su gorra con la visera hacia adelante, lo que no era muy usual en sus atuendos, y se sentó a mi lado, copiándome al meter los pies en el agua y chapotear como un niño pequeño lo haría.

Durante varios minutos no dijimos nada, nos permitimos perder la noción del tiempo y la realidad en aquel momento, disfrutando de la serenidad que nos rodeaba, y del arrullador sonido que la naturaleza nos proporcionaba con el cantar de un pájaro y el cálido viento silbando entre las hojas de las copas de los árboles.

—Fue una grandiosa idea, *Little Darling*. —Su voz sonaba relajada, pero contento—. Podría hacer esto por lo menos una vez a la semana, contigo.

Acomodé un mechón de cabello detrás de mi oreja. —¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. —Apartó su atención del agua para mirarme—. A tu lado paso los mejores momentos.

Mi corazón brincaba de felicidad, bombeando con velocidad.

—Me alegra escucharte decirlo. —Agaché la mirada, incapaz de mantener la conexión entre ellas—. Porque me pasa lo mismo contigo.

Colocó su mano sobre la mía, la cual se encontraba recargada contra el suelo blanco que rodeaba el perímetro de la piscina. Su tacto desprendía cosquillas en todo mi cuerpo, en cada terminación nerviosa existente.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto?

De soslayo noté que apartó su atención de mí y se enfocó en otro punto, lo que aproveché para mirarlo de nuevo.

—¿El qué?

—Que es para siempre.

Atribuí el calor de mis mejillas al clima húmedo, pero sabía que ese no era el motivo verdadero. La razón real por la que me sentía así: poderosa, invencible, feliz, capaz de cualquier cosa; era el chico que sujetaba mi mano con cariño. Él era el responsable de todas esas positivas emociones que me embargaban, haciéndome creer que los matices de la vida solo eran coloridos.

Un error que después pagaría.

Pero entonces no comprendía la gravedad de ceder ante sus encantos, y ante el inevitable hecho de que, como había aprendido en el transcurso de los años, nada era para siempre. Ni siquiera un momento así.

Y dolía saber que un “para siempre” nunca había durado tan poco.

—¿Qué cosa? —Me atreví a preguntar, en voz baja, apenas perceptible.

—Lo nuestro. —Sonrió muy apenas, con dulzura, sin percatarse de que lo estaba observando—. Nuestra amistad.

Asentí. —Sí, definitivamente es lo mejor.

—Aunque, aún hay algo que podría volver este día inolvidable... —Se giró para mirarme.

No me dio tiempo ni siquiera para parpadear antes de que sus brazos me rodearan por la cintura y tirasen de mí para llevarme con él hacia el agua. El golpe en el cambio entre las temperaturas fue abrumador, pero, tras unos segundos sumergida, disfruté de esa refrescante sensación en todo mi cuerpo.

Abrí los ojos a pesar del insistente regaño de mi padre en el transcurso de los años: Cuando estés debajo del agua y no tengas puestos tus gafas de protección, no abras los ojos porque el cloro y los químicos que utilizan para limpiar la piscina pueden dañar tu visión. Y me encontré con el rostro de Adrián a pocos centímetros del mío, quien también me observaba a través de la cristalina capa que nos rodeaba.

Le sonreí y él correspondió al gesto.

Enseguida pataleé para ir hacia la superficie y tomar una bocanada de oxígeno. Mi acompañante permaneció abajo por otros segundos, pero terminó cediendo a la necesidad del aire, saliendo de ahí e inspirando con profundidad.

—¡Eres un cretino! —Le grité.

Pero mi insulto solo pareció causarle gracia.

Verlo así, con su coraza abierta, tan desprotegido, me recordó uno de los muchos motivos por los cuales lo consideraba el chico ideal. No temía ser él mismo conmigo, un humano común y corriente, consciente de sus defectos y algunas virtudes. No necesitaba de la aprobación de nadie, solo pretendía disfrutar de su vida, superando los altibajos. Cada vez, con una sonrisa plasmada en su rostro, impartiendo felicidad a aquellos que lo rodeaban.

Haciéndome feliz a mí con su simple existencia.

CAPÍTULO 8

Fue una noche de viernes cuando me di cuenta de que todo había cambiado. Algo nuevo surgió en mi interior. Algo *irreversible*. Decidí llamarlo de esa manera porque hizo que mi vida cambiara por completo, para siempre. Fue como pequeñas partículas de polvo flotando en el aire, iluminadas por los rayos del sol; al principio no las percibes, pero, con solo un poco de atención, te das cuenta de que están a tu alrededor, a donde quiera que mires. Y algo similar sucedió con mis sentimientos. Era una situación que no podía permanecer oculta por mucho tiempo.

El inicio fue relativamente sencillo, solo necesité de una de sus sonrisas para que el mundo se pintara de colores más animados. Después siguieron esas largas noches en vela, conversando sobre tonterías como el estampado de nuestros calcetines, hasta cuestiones más profundas como la comparación de mis mejillas con pequeñas estrellas que manchaban al cielo.

Con Adrián podía hablar de todo y de nada a la vez. Podía ser una chica común y corriente, o convertirme en la científica más codiciada. Con él me sentía capaz de cualquier cosa. Y quizás eso fue lo que desató el hermoso caos. El torbellino que su mirada generaba en mi estómago, el terremoto de mis extremidades con su tacto, el huracán que se robaba mi aliento con su cercanía, el incendio que causaba en mis mejillas con sus palabras; el maremoto de emociones que desataba en mi interior. Fue inevitable perderme en ese desastre.

Pero en el amor así era, perder el control de todo, y aunque a veces te des cuenta de ello, realmente no te importa, porque crees que la otra persona te salvará, o que por lo menos te ayudará a amortiguar la caída.

Yo salté, creyendo que abajo me esperaba una red de seguridad. Lo que no sabía, era que me lancé directo a la perdición.

A una perdición de hermosos ojos castaños.

Ese viernes, mientras los amigos de Adrián conversaban sobre lo odioso que era uno de sus profesores, nosotros dos estábamos un tanto apartados de ellos, charlando. Yo estaba sentada en una jardinera alta de piedra que bordeaba el sendero hacia la piscina, y él estaba recargado contra aquella,

observando levemente hacia arriba para mantener nuestras miradas conectadas. Solo con un asiento así de alto era posible que estuviese de su altura, y ese hecho parecía divertirlo.

Le gustaba reírse de mi estatura, decía que era demasiado pequeña. Exageraba. Mi altura era del promedio, un metro con cincuenta y seis centímetros. Una medida apropiada para alguien como yo: delicada y apacible, dos adjetivos que me describían bien.

—Entonces no te gusta beber...

—Nop —respondí.

—Ni fumar.

—Tampoco. —Negué con la cabeza.

—¿Drogas?

—Mucho menos. —Me encogí de hombros.

—¿Acaso tienes algún defecto? —preguntó, mirándome con divertida fijeza.

Reí, sabiendo que sus palabras habían conseguido manchar mis mejillas con una tonalidad rojiza.

—Tengo demasiados. —Aseguré con el último aliento de mi risa.

—No lo parece. —Fingía indignación e incredulidad—. Dime uno solo de ellos.

Revelar un defecto en anonimato era sinónimo de confesar un punto débil. Podía ser contraproducente. Aunque estaba convencida de que Adrián nunca me traicionaría ni me haría daño, por ello no dudé en responder con la imperfección que mayor auge tenía en mi vida.

—Soy demasiado sentimental.

—Eso no es un defecto. —Objetó, girándose hacia mí de forma en la que mis rodillas chocaron contra su estómago.

—¿No?

—¡No! —Colocó ambas manos a los costados de mi cadera, aprisionándome—. ¿Por qué lo crees así?

—Porque.... —Me perdí en la profundidad de su mirada, la cual estaba conectada a la mía, buscando una respuesta lógica para mi posición—, a veces puede resultar demoledor —respondí tras un momento de silencio.

—¿A qué te refieres?

Exhalé ruidosamente por la nariz. —Todo parece ser más grave de lo que es. Más intenso. Más hermoso, o más doloroso... Aunque es más usual que pase esto último.

—¿Y qué hay de malo con sentir? —Se inclinó hacia adelante. Su rostro estaba a tan solo unos centímetros por debajo del mío—. Muchos no se permiten hacerlo. Ni lo bueno, ni lo malo.

—¿Y tú te lo permites? —Quise preguntarle.

—No hay nada de malo, supongo. —Me apresuré a contestar, negando con la cabeza—. Solo que estoy un poco cansada de ello.

De llorar por cualquier insignificancia. De experimentar una opresión en el pecho ante cualquier duda. De sentirme herida por algún comentario negativo sobre mi persona. De perder la noción de la realidad cuando fuertes emociones me embargan.

Continué. —Creo que sería más feliz si pudiera eliminar eso de mi persona.

Quería pensar fríamente, y no seguir aquello que, metafóricamente, dictaba mi corazón...

—Yo creo que eres perfecta así —dijo.

... pero era difícil cuando el chico que te gustaba te decía algo semejante.

Palabras. Tantas palabras y adjetivos conocidos en el español, y Adrián tuvo que utilizar aquellas para describirme. ¿Es que acaso no entendía la magnitud que una oración podía tener?, ¿o el impacto de éstas?

Y ahí estaba de nuevo, esa terrible combinación de sensaciones.

No tuve la oportunidad de responderle para objetar que su opinión era descabellada, ni siquiera pude hacer el ademán de agradecer por ello, aunque no estuviese ni de cerca de estar de acuerdo con él, pues en cuanto emitió la última palabra, el silencio que nos rodeaba fue tajado por una onda de sonido, producida por la música transmitida a través de las bocinas que colgaban del techo en la terraza de la casa de Mario.

Ambos miramos en aquella dirección, encontrándonos con la imagen de Melissa sujetando su vaso de vidrio como si se tratase de un micrófono. Los demás la animaron con ruidosos aplausos, y un chiflido de Mario que la incitó a dar una vuelta sobre su eje, agradeciendo a su fiel público.

Todos comenzaron a cantar, excepto David, quien se mantuvo de brazos cruzados con su postura firme contra el respaldo de la silla, aunque eso no impidió que sonriera de oreja a oreja, divertidísimo por el espectáculo que estaba brindándole sus amigos.

El tenor de sus voces era terriblemente elevado, lo suficiente para que Adrián hiciera una mueca de desagrado que me hizo reír. Apartó su atención de ello y me miró, lo que noté de soslayo, haciéndome centrar mi atención en

él. Hizo un movimiento con la cabeza, pidiéndome que lo siguiera. La historia se repitió, similar a la del día en que nos conocimos.

Me ayudó a bajar de la jardinera, sujetándome por la cadera para darme soporte al momento de dar el brinco que me ancló al suelo sobre los dos pies. Enseguida me tomó de la mano y me encaminó hacia el mismo tronco donde esta historia dio inicio. Le seguí, tan dócil como una hoja a merced del viento.

—¿Melissa siempre actúa así cuando está ebria? —pregunté con una risa.

—Por lo general. —Soltó mi mano, pero enganchó su brazo con el mío. Aquél gesto parecía haberse convertido en una costumbre para ambos cuando caminábamos juntos—. Aunque hoy está más tranquila de lo normal.

—¿Crees que algún día se llevará bien con su madre? —Interrogué, abandonando la faceta despreocupada.

Exhaló. —No lo sé. Parece que las cosas van demasiado en serio con Ximena, y eso le disgusta a su madre, así que... —Dejó su pensamiento al aire.

—Entiendo.

Nos encontramos de frente con el tronco tumbado. Adrián hizo una seña para que me sentara primero. Mi espalda apuntaba hacia la dirección donde se encontraban los demás, por lo que mi visión únicamente podía enfocarse en el chico que se sentó a pocos centímetros de mí, su rodilla rozando mi pierna sin preocupaciones.

—¿Y qué hay de David? —Ladeé la cabeza muy apenas—. ¿Cómo fue que ustedes se convirtieron en mejores amigos?

—La verdad, es una historia muy divertida. —Una sonrisa se dibujó entre sus labios—. No sé si lo sepas, pero somos amigos desde los seis años. —Asentí, lo que dio pauta para que continuase con su relato—. Ambos íbamos en el mismo salón, pero no nos hablábamos. Él era el típico niño que se quedaba detrás de la maestra, a su sombra. No le gustaba hablar con los demás, prefería quedarse en el salón antes que salir a jugar.

Podía imaginarme una versión más joven de David. De mejillas rosadas y sonrisa tímida.

—Un día, un compañero lo animó para que jugara fútbol con nosotros en el recreo. —Su sonrisa fue haciéndose cada vez más amplia, sin perder la sutileza—. Apenas comenzaba el partido, creo que fue la primera jugada que hubo, cuando alguno de nuestros compañeros...—Comenzó a reírse—. No entiendo cómo alguien puede tener tan mala suerte...

—¿Por qué? —pregunté, sonriendo al sentirme contagiada por su ánimo.

Limpió una lágrima imaginaria. —Un compañero pateó el balón y lo golpeó en la cabeza. El impacto fue tan fuerte que lo tiró al suelo de bruces. Todos rieron, yo también lo hice, pero cuando noté que David estaba llorando me acerqué a él para ayudarlo. —Su burla poco a poco fue disminuyendo, hasta convertirse en una expresión de añoranza—. Y desde entonces somos inseparables...

—Eso es adorable —comenté con un ápice de emotividad.

—¿Realmente lo crees? —Su mirada estaba fija en la mía.

Asentí. —El ayudar a otra persona puede convertirse en una gran satisfacción.

—Siempre eres tan buena. —La tonalidad de su voz me hizo estremecer.

Los demás seguían cantando al compás de la música, emocionados, dejándose llevar por el momento que vivían, y aquello era algo que gozaba al estar en su compañía. Parecía que no se preocupaban de nada más, como si no existiera un mundo fuera de la casa de Mario, y como si los problemas cotidianos se desvanecieran. Eran tan diferentes a mí.

De pronto el viento sopló con fuerza, arremolinando las hojas abandonadas que estaban sobre el césped, formando un espiral de colores cenizos que contrastaban contra la verde fresca del jardín. A pesar de que fuesen casi las siete de la noche, los rayos del sol aún alumbraban el cielo tintado de arboles que se elevaba sobre nosotros, como una cúpula de cristal que brillaba en diferentes matices.

Adrián se quedó callado por varios segundos, mirándome. Su atención siempre conseguía ponerme nerviosa, era como si activase un encendedor dentro de mi pecho, desencadenando toda clase de reacciones posibles, empujándome a un desliz, a un trance del que me era difícil salir a pesar de que supiese que estaba alejada de la realidad.

—Ya hablamos suficiente de mí. —Acarició mi rodilla con dulzura.

Me reí. —¿De qué quieres hablar ahora?

—Sobre ti —respondió con energía.

—¿Sobre mí? —Mi risa se intensificó, siendo un reflejo de mi nerviosismo—. No hay nada interesante para hablar, entonces.

—¿Bromeas? —Levantó los brazos a sus costados para añadir énfasis a su aparente confusión—. Eres la persona más fascinante que he conocido hasta ahora. Tienes todas esas historias dentro de tu mente. Siempre sabes qué decir en el momento adecuado. Además, eres inteligente y divertida, ¿qué más necesitas para admitir que eres alguien terriblemente interesante?

—¿Un poco de autoestima? —pregunté con verdadera inseguridad, aunque él pareció entenderlo como una más de mis bromas.

—No tienes remedio, *Little Darling*. —Apretó mi rodilla y quitó la mano para acomodar su cabello con los dedos.

Suspiré. —Bien, dime, ¿qué quieres saber sobre mí?

Se quedó pensativo durante algunos segundos, intercalando su mirada entre mi rostro y el panorama que estaba detrás de mí, quizás, observando lo que estaban haciendo sus amigos mientras entonaban la voz de una famosa cantante contemporánea.

—De niña, ¿qué querías ser cuando *fueras grande*?

—Modelo —respondí con honestidad, aunque aquella revelación tiñera de rojo mis mejillas—. Pero después descubrí el estilo de vida que llevan, y realmente no me consideraba capaz de hacerlo.

—Hubieras sido una modelo increíble. —Formó un recuadro con los dedos y me enmarcó en ellos a la distancia, observándome a través de él, como si fuese el lente de una cámara—. Habrías hecho que el cabello pelirrojo y las pecas se pusieran de moda.

Le di un golpe en la pierna que nos hizo reír a ambos. —¡No te burles!

—Lo siento. —Borró su sonrisa y fingió una cara de seriedad para proclamar su siguiente pregunta—: Ahora que abandonaste tu sueño de ser modelo, ¿qué quieres ser cuando seas grande?

—No lo sé... —Reflexioné la pregunta por un momento—. Alguna profesión que me permita ayudar a mejorar la vida de las personas, supongo.

Todo ápice de diversión desapareció de su semblante, siendo sustituido por una expresión más enfocada.

—Dime... ¿qué es lo que más odias del mundo?

—La discriminación —respondí sin dudar—. ¿Y tú? —pregunté, cansada de ser la única que respondiera.

—La violencia. Me considero un chico pacífico. —Se encogió de hombros, divertido, cuando me vio sonreír con burla—. Ahora, dime, ¿qué es lo que más amas?

—A mis padres.

Rio. —Esa respuesta era obvia.

—¿Y tú?, ¿qué es lo que más amas en el mundo?

Su sonrisa se borró, siendo remplazada por una mueca vacía. Sus ojos se apartaron de los míos y miraron hacia el cielo, lejos de la intimidad que creamos alejados del resto.

—Realmente no lo sé —dijo—. Supongo que a mi madre... Ella ha entregado su vida por mí.

Observé la expresión de su rostro, parecía confundido, y dicha sensación le causaba una evidente molestia. De pronto había perdido todo ápice de alegría, convirtiéndose en un muñeco inanimado que apenas respiraba.

—Adrián... —Entrelacé su mano con la mía, y solo así conseguí regresarlo a la realidad.

Me miró, y sonrió. —¿Qué sucede?, ¿dijiste algo?

—No. —Negué con la cabeza, riéndome con sutileza—. Sabes que puedes decirme cualquier cosa, ¿cierto?

—Lo sé. —Apretó mi mano y su sonrisa se intensificó.

Había gente que sonreía bonito, pero él convertía ese gesto en una pieza de arte. Tan hermosa que podría observarla durante horas sin aburrirme, experimentando diversas emociones.

—Tú también puedes decirme lo que sea —continuó.

¿Lo que sea?

¿Incluso decirte que me gustas?

Yo creo que no.

—Entonces déjame decirte que me alegra estar aquí esta noche, contigo.

—Estoy feliz de tenerte aquí. —Recargó su cabeza sobre mi hombro—. Me ayudas a olvidar todo lo malo.

—¿Lo malo? —cuestioné con curiosidad.

Inclinó la cabeza hacia un lado para mirarme, sin apartarse. —Ya sabes, toda la mierda diaria que soportamos en la escuela.

Reí. —No es tan terrible como lo pintas.

—¿No? —Se volteó—. Tú puedes decirlo porque eres la alumna que todos los profesores quieren en su clase, sacas buenas notas y tienes buenos amigos.

—¿Amigos? —Mi tonalidad fue sarcástica, lo que hizo que levantara la cabeza de mi hombro y me mirase con atención—. Mi única amiga en el salón es Cristina. Los demás son solo... mis compañeros.

—Nosotros sí somos tus amigos. —Desvió su mirada hacia el grupo de chicos que ahora solos conversaban alrededor de la mesa llena de latas de cerveza.

—Gracias, por todo esto —dije en voz bajita, apenas perceptible incluso para él.

—¿Por qué? —cuestionó con alegre curiosidad—. Yo no he hecho nada.

—Por permitirme estar con ustedes, por ser mi amigo, ya sabes. —Agaché la mirada, avergonzada. Comenzaba a sacar a relucir el defecto que tanto detestaba de mí.

Simplemente, por aparecer en mi vida...

—Ana, soy yo quien te agradece. —Sujetó mis manos entre las suyas, consiguiendo que lo mirara de nuevo—. Ana, soy yo quien te agradece. Quizá no lo has notado, pero has hecho tanto por mí. Me has escuchado sin juzgarme, me has apoyado cuando lo he necesitado, y estar aquí el día de hoy es un gran detalle. Todo eso, y más, te lo agradezco. Realmente no sabes lo que significó para mí conocerte.

Tal vez para él fue bueno conocerme.

Pero, para mí, significó la destrucción.

Nunca vi la bola de demolición hasta que estuvo lo suficientemente cerca para que no pudiera esquivarla, destruyéndome en cientos de pedazos.

CAPÍTULO 9

En mi sueño, el mundo era de matices opacos, casi traslúcidos. No había ruido. Ni siquiera las gotas que caían de un cielo inexistente producían eco cuando se estrellaban contra el suelo.

No sé en dónde estaba, pero me encontraba a la mitad de una calle desolada. Alrededor de mí había altos edificios, todos parecidos entre ellos, de color gris. Sus ventanas y puertas estaban cerradas, los vidrios cubiertos con cortinas, y ninguno tenía algún anuncio que revelara qué podía haber en el interior.

Avancé tan etérea como un fantasma, observando cada detalle del lugar. La lluvia no me mojaba, pero la sentía sobre la piel, fría. Pequeños atisbos de mis recuerdos comenzaron a salir a flote, poco a poco, armándose como un complejo rompecabezas que fue adquirieron una forma determinada. Yo conocía ese sitio, pero, ¿de dónde?

Seguí caminando hasta que me topé con el final de la calle. Frente a mí se alzaba un edificio, levemente distinto al resto, la principal diferencia era que la puerta principal estaba abierta de par en par. No dudé en dirigirme al interior, sintiendo que la curiosidad me carcomía el pecho.

Adentro había una luz que discrepaba con el entorno. Tan intensa que necesité entrecerrar los ojos para acostumbrarme a ella. Cuando pude ver con normalidad, descubrí que estaba en el vestíbulo de un lujoso hotel. Pero ahí tampoco había alguien. Me di cuenta de que mi única acompañante, era mi sombra proyectada sobre el suelo a mi lado izquierdo.

Me acerqué a la recepción. Las tres computadoras estaban apagadas, y el único objeto sobre el largo escritorio además de aquéllas era una campanilla. Tuve la inquietud de saber si también estaría silenciada, por lo que la toqué, aunque no emitió ningún sonido, como lo esperé. Sin embargo, cuando menos lo creí, sorprendiéndome, se escuchó el ruido de un cristal rompiéndose en miles de pedazos en algún punto del edificio, muy cerca, en realidad.

Giré, encontrándome con la imagen de una niña. Una niña pelirroja que llevaba su cabello trenzado en dos, y un vestido amarillo que resaltaba las pecas de sus delgados y pálidos brazos. La pequeña observaba con tristeza el jarrón hecho añicos sobre el suelo de mármol. Su mirada denotaba

culpabilidad y nerviosismo, el cual se acrecentó cuando un hombre delgado se acercó a ella.

—¡Ana, te dije que tuvieras cuidado!

—¿Papá? —Quise preguntar, pero mi voz estaba enmudecida.

—¡Mira lo que hiciste!

Mi yo del pasado se quedó callada, observando el desastre que ocasionó.

—¿Qué te dije sobre jugar con objetos frágiles?

Ana lo miró, avergonzada, y respondió. —Que no lo hiciera.

—¿Entonces...?

La pequeña hizo un puchero. —Lo siento.

Mi padre continuó hablando, o por lo menos eso supuse por el movimiento de sus labios, aunque de nuevo el silencio reinó en el recinto. Observé la escena más de cerca, notando la tristeza que cualquier niño siente cuando es reprendido por una travesura. Y entonces recordé lo que mi madre me dijo aquella noche, cuando regresamos a la habitación del hotel luego de que Jorge pagase el lío que hice con un jarrón —por fortuna— nada costoso.

Sentada en su regazo, mientras deshacía mis trenzas, habló conmigo sobre lo sucedido.

—¿Papá está enojado conmigo? —cuestionó, lamiendo la paleta que tenía entre sus pequeñas manos.

—No. —Cepilló su cabello con los dedos—. Pero yo estoy preocupada por ti.

—¿Por mí? —Inclinó la cabeza para intentar mirar a su madre.

—Sí, porque quiero que seas más cuidadosa. —Sonrió con dulzura—. Escucha, Ana, en la vida hay cientos de cosas frágiles, una de ellas es el cristal, pero hay algo que es mucho más vulnerable y valioso.

—¿Qué cosa? —La pequeña se bajó de las piernas de su madre y se plantó frente a ella, poniendo toda su atención en las palabras.

—Esto. —Tocó el centro de su pecho con la punta del dedo índice.

—Pero ahí está mi corazón, mami.

—Exacto. —Acarició el contorno del rostro de su hija—. Pero, a diferencia del cristal, éste puede romperse sin siquiera ser tocado.

Ana se cubrió el pecho con ambos brazos, protegiéndolo. —¡Yo no quiero que rompan mi corazón! —Gritó con la inocencia de un infante.

—Yo tampoco quiero que lo hagan —dijo, manchando su sonrisa con una pincelada de melancolía.

Aquél día fue mi cumpleaños número seis. Y por muchos años olvidé uno

de los mejores regalos que mi madre pudo darme: una lección de vida sobre lo delicados que eran los sentimientos. En ese entonces no lo comprendí, pero, diez años después de ello, por fin comenzaba a entenderlo.

Desperté con un sobresalto, respirando con dificultad. Miré a mi alrededor, no estaba en mi habitación, lo que resultó confuso por varios segundos, hasta que recordé en dónde me encontraba.

Adrián estaba sentado a mi lado con los brazos extendidos sobre el respaldo del sillón, mirando una película en silencio y con subtítulos en la pantalla de su sala.

—¿Hace cuánto que estoy dormida? —pregunté, irguiéndome.

—Casi treinta minutos —respondió sin apartar su atención de la cinta.

Peiné mi cabello con los dedos. En algún momento me dejé caer sobre la comodidad del sofá, descansando la cabeza en uno de los esponjosos cojines. Toqué las comisuras de mi boca para buscar un rastro de saliva, pero no encontré nada.

—¿Y por qué no me despertaste?

Pausó la imagen y me miró.

—Porque eres adorable cuando duermes.

Sentí las mejillas tan calientes que me fue inevitable no agachar el rostro para intentar ocultar ese vergonzoso color detrás de los mechones de mi cabello.

—Y —continuó— porque me transmites mucha paz.

—¿Paz? —Levanté la vista hacia él.

Asintió. —Realmente no sé qué es lo que sucede cuando estoy contigo, Ana, pero me siento tranquilo. —Exhaló—. Ya te lo había dicho: haces que me olvide de todo lo malo, como si todo estuviera bien.

Me quedé callada, observándolo, incapaz de responder.

—Y te lo agradezco. —Añadió con una media sonrisa.

—Pero... no he hecho nada —repetí las palabras que él me dijo ese día.

Comprendió de inmediato y se rio.

Le sonreí, y dije: —Además, es lo menos que puedo hacer por ti.

Se inclinó hacia mí y rozó mi mejilla con la punta de sus dedos, deteniéndose en mi mentón.

—Ya haces demasiado por mí.

Mi corazón palpitaba con fuerza. Con insistente emoción. Estar tan cerca de él, escuchándolo expresarse de aquella manera sobre mí, era una descarga de adrenalina difícil de soportar. Sentía que cada fibra de mi ser temblaba, se

agitaba al compás de mis latidos. Podía ser abrumador, pero me gustaba, era placentero perder el control de todo, aunque fuese por unos segundos en los cuales Adrián tomaba la batuta de la situación y dirigía el transcurso del tiempo y el peso del aire a nuestro alrededor.

Estaba tan cegada por el sentimiento que no comprendía realmente lo que sucedía. La escena estaba teñida de hermosos colores y sensaciones, todo era tan pintoresco que se asemejaba a algún cuadro de un importante museo. Adrián era el pintor, yo era la musa que posaba a su antojo, permitiendo que él eligiera cada detalle, cada matiz, y que él detuviera el arte cuando creyese que fuese suficiente por un día.

Cuando apartó su mano de mi rostro, la realidad volvió a ser normal, menos mágica.

—¿Qué estabas soñando? —preguntó, apartándose.

—Era un recuerdo de mis padres, del día en que cumplí seis años — respondí, intrigada por el significado que podía englobar en ese momento.

—¿Puedo saber de qué se trataba? —Su mirada estaba tintada de curiosidad.

—Rompí un jarrón de la recepción de un hotel —dije, sonriendo al recordar la torpeza que me perseguía desde que era una niña. Antes de que él hablase, pregunté—: ¿Tienes algún recuerdo divertido o especial de tu infancia?

Se desparramó sobre el sillón, resoplando mientras peinaba su cabello con una mano. —Debo tener cientos de ellos, pero, ¿alguno especial? —Negó—. Realmente no lo sé.

—Vamos, debe haber alguno que te haya marcado.

El atisbo de sonrisa que estuvo dibujado en su rostro hasta ese momento, desapareció. Su semblante adquirió una expresión seria, la cual emanó cuando su mente pareció perderse en un abismo muy alejado de donde nos encontrábamos.

—Sí, hay uno —comentó, aunque aún parecía estar en otro lugar—. La última navidad que pasamos juntos en familia, los tres. Mi padre colgó muérdago en la puerta de la cocina como pretexto para besar a mi madre cada que ella entrara y saliera de ahí. —Apretó los labios un segundo—. Se veían tan felices que, incluso a mi corta edad, imaginé tener un matrimonio así cuando creciera. Aunque, como ya sabes, todo eso se fue a la mierda gracias a las decisiones de mi padre.

—Adrián, no tienes que hablar de ello si no...

—Descuida. —Me interrumpió, regresando toda su atención a mí—. No dejaré que eso arruine esta noche.

De nuevo se acercó, aquella vez recargando su barbilla sobre mi hombro. Su boca estaba a pocos centímetros del lóbulo de mi oreja, por lo que cada una de sus palabras era un soplo de aire que me hacía cosquillas, aunque no se lo dije, reacia a que se alejara.

—¿Qué más quieres hacer? Mi madre no regresará hasta muy entrada la noche.

—¿A dónde fue? —cuestioné.

Se encogió de hombros. —Creo que salió con unas amigas. Lo hace cada fin de semana.

—Mmm, de acuerdo. —Solo podía verlo de soslayo. —Entonces, quiero que hablemos.

—¿Sobre qué? —Ladeó levemente la cabeza.

—De lo que sea —respondí con ánimo—. De ti, de tus amigos, de lo que esperas del futuro. Cualquiera cosa es válida esta noche.

Se rio. —Eres la primera que se interesa tanto por mi aburrida vida.

—No creo que tu vida se aburrida. —No mentí—. Además, quiero saber más sobre ti.

Era curioso que cada uno creyese que su vida resultase monótona, carente de emoción, y que el otro no lo considerara así, sino lo contrario. Adrián creía que mi cabeza era una colección de historias divertidas y entretenidas, lo cual, de cierta manera, era verdad, pues el padre de Cristina gozaba de contarnos relatos vividos por él o crónicas de sus conocidos. Lo que para mí resultaba común, para mi amigo era una cuestión sorprendente. Y, en mi caso, las aventuras que él había emprendido con sus amistades, tan cotidianas para ellos, eran magníficas, envidiables, quizá porque yo no había experimentado algo similar en mis casi diecisiete años de edad.

Suponía que era una situación normal, acostumbrarse a los hechos, repetir la rutina, olvidar el significado de cada día vivido, convirtiéndolo en una página más de cada capítulo, de cada mes de un libro anual, el cual tenía varios tomos, traducidos como lustros y décadas.

—Bien, es tu turno de preguntar. —Su mentón seguía recargado en mi hombro, y con cada movimiento de su quijada me encajaba la punta de aquél, pero no me quejé.

—¿Prefieres el frío o el calor?

—El frío.

—¿El día o la noche?

—La noche.

Inicié con preguntas fáciles, las cuales, por ende, tenían respuestas sencillas.

—Rock o Pop.

—El Rock, mil veces.

Reí. —¿Vainilla o chocolate?

—¡Vainilla! —Le vi lamer su labio superior como un ademán de énfasis.

Continué por varios minutos cuestionándolo sobre trivialidades, aunque poco a poco fui incrementando la magnitud de las interrogantes, pasando de gustos a amistades, reafirmando que su mejor amigo era David y, que antes de mí, Catalina era su mejor amiga. Con esto último no supe si sentirme bien por ser la nueva chica que ocupaba ese lugar en su vida, o experimentar pena por haberle arrebatado el título a alguien como Cat.

Descubrí, también, que detestaba que lo llamasen por su primer nombre: Luis. A mí me parecía que era lindo, pero él insistió en que lo olvidara. Cuando pregunté el porqué de ello, se limitó a responder que su padre fue quien lo eligió, por eso detestaba que se dirigieran a él de esa manera.

—¿Por qué decidiste que quieres estudiar nutrición?

—Porque creo que es interesante. —Meditó unos cuantos segundos, y en ese corto lapso giró su cabeza, recargando entonces su mejilla contra mí—. Una tía es nutrióloga, y de pequeño la escuchaba hablar sobre su profesión con tanto entusiasmo que, para ser honesto, consiguió convencerme sin siquiera intentarlo.

—Ojalá yo pueda encontrar una profesión que me guste tanto como a ti — comenté con un suspiro de añoranza.

—Estoy seguro de que lo harás. —El tenor de su voz denotaba parsimonia—. Y, sea lo que sea, serás la mejor.

Sonreí, sabiendo que no podía verme.

Miré el reloj que estaba en la sala, faltaban menos de quince minutos para las ocho de la noche, la hora donde el encanto terminaba y debía volver a casa de mi padre, quien estaría esperándome para llevarme a cenar a uno de nuestros lugares favoritos en la ciudad.

Así que quise ir un poco más allá con las preguntas, intentar encajonar a Adrián para que me diese alguna pista sobre lo que sentía por mí, si lo suyo se limitaba única y exclusivamente a una amistad, o si en su interior también anidaba una clase de atracción más íntima.

—¿Qué fue lo primero que pensaste de mí cuando me viste?

¡Bingo!

Conseguí que, por lo menos, se sintiese intrigado por la interrogante en cuestión.

Se apartó de mí, mirándome con mucha atención.

Me giré hacia él y crucé las piernas frente de mi cuerpo para estar más cómoda, y así denotar una posición de confianza plena para que respondiese con total honestidad. También lo observé con fijeza, aunque intenté no presionarlo.

—Bueno... —Tragó saliva disimuladamente—, la verdad es que no podía dejar de mirarte. Tú físico es tan particular.

—¿Eso es un halago o una ofensa? —cuestioné a modo de broma.

Se rio. —Es evidente que es un halago.

—Gracias —Utilicé un tono burlesco—, pero eso no responde a mi pregunta. —Apunté, incitándolo a continuar.

Se removió en su lugar, quería creer que estaba nervioso, pero no se permitió demostrarlo con plenitud. A veces Adrián parecía ser un experto en esconder sus emociones, y aquella vez era una de esas ocasiones, en las que no reveló un ápice de duda.

Negó como reproche. —Desde el primer momento pensé que eras única.

—¿Por qué? —Sentía ese familiar martilleo en el pecho.

Escruté su rostro, quería leer sus pensamientos a través de su mirada, pero fui yo quien terminó siendo escaneada. Sus ojos estaban fijos en mí, como si con ellos fuese capaz de acorralarme y retenerme por el tiempo que deseara. Me convertí en la presa de mi propia cacería, permitiendo que Adrián se adentrara a mi mente con tanta facilidad. Pero con él así eran las cosas: me volvía débil, un tanto sumisa, descuidada, simplemente no podía estar a la defensiva.

—Porque, a pesar de que digas que eres una persona tímida, te acoplaste a nosotros de inmediato —respondió con cierta fascinación—. No te importó que fuésemos unos completos desconocidos. Te sentaste entre nosotros y fuiste tú misma, sin máscaras, sin temores. Fuiste tan real que eso me dejó sorprendido.

Quería ocultar el rostro entre mis manos, sabiendo que éste estaba teñido por el color rojo, pues incluso sentía el cuello caliente de la vergüenza, pero no pude mover ni un solo músculo de mi cuerpo, me quedé paralizada frente a él.

—Te escuché hablar durante toda la noche, presté atención incluso en aquellos temas que en otras circunstancias no me hubiesen importado, y todo porque tenías una opinión interesante para cada cosa. —Él también acomodó su postura, de tal forma en la que su cuerpo quedó de frente al mío. Recargó su brazo en el respaldo del sillón y continuó—: Después, simplemente, no pude contener mis ganas de conversar contigo a solas.

—Espero no haberte decepcionado demasiado con eso último —comenté a modo de broma.

—Te aseguro que fue todo lo contrario. —Se quedó muy serio, aún sin apartar su mirada de la mía.

Quería preguntarle qué era lo que podía ver a través del color castaño de mis ojos, porque yo en los suyos veía la galaxia más bonita. La verdad es que no sabía demasiado del universo, pero estaba segura que en ellos radicaban los secretos más entrañables de todos los tiempos.

Nos quedamos callados por casi un minuto, inmutables, el uno frente al otro, escuchando el tic tac del reloj que marcaba el inevitable final de nuestro encuentro.

Observé cada detalle de su presencia. La lentitud de su pestañear, lo calmado del vaivén de su respiración, la seriedad englobada en sus labios, el parsimonioso estado que expresaba con su semblante. La totalidad de su ser era cautivante.

—Tengo que irme. —Tajé el silencio con mis palabras susurrantes.

—Lo sé —respondió con el mismo tenor—, pero no quiero que te vayas.

Me reí de nerviosismo. —No puedo quedarme.

—Eso también lo sé —dijo, compartiendo la risa.

—Entonces... —Dejé las palabras al aire para que fuese él quien completara la oración.

—¡Entonces ven aquí un momento!

Se inclinó hacia mí con una brusca velocidad, sus movimientos fueron tan repentinos e inciertos que al principio no supe cómo reaccionar. Me sujetó de los hombros y tiró de mí, acercándose a su cuerpo. Lo único que conseguí hacer fue girarme de costado, el cual se estrelló contra su torso y ambos emitimos un quejido ante el impacto, aunque rompimos en carcajadas de inmediato.

Sus brazos rodearon mi cintura y me sujetaron con fuerza, impidiendo que creara distancia entre nosotros. La presión de sus extremidades me apretujaba las costillas, lo que me hacía reír. Intenté liberarme de su agarre, pero él se

rehusaba a soltarme. Durante esa corta lucha que enfrentamos su boca rozó mi cuello, y sentí que todo se desbordaba a mi alrededor, derritiéndose, convirtiéndose en un mundo etéreo, tan distante que parecía irreal, solo el sonido de su risa era lo que me mantenía atada a la materialidad del mundo.

Me removí bajo su poder, suplicando compasión. Me gustaban las cosquillas, pero todo tenía un límite, especialmente cuando el tacto de Adrián también conseguía ponerme a temblar por lo que significaba para mí.

Entonces la frenética guerra por el poder se detuvo, ambos respirábamos con dificultad debido al ataque de risa que tuvimos. Sin embargo, muy a pesar de que aquel momento parecía haber terminado, sus brazos aún me sujetaban y me mantenían cerca de él.

Ahí, en ese lugar, me sentía bien.

Me sentía querida.

CAPÍTULO 10

En el taller de gramática y redacción la profesora Lourdes pidió que formáramos equipos de cinco personas para el análisis del fragmento de un texto literario. Me reuní con Sam, Miguel, Natalia y una chica llamada Fabiola, la cual era bien conocida por la pasión que desbordaba por la fotografía.

Sumando nuestras cualidades, resultamos ser un grandioso grupo de trabajo. Cada uno atribuyó una parte importante a la labor según sus dotes, llevándonos a ser los primeros en terminar. Lú —como le gustaba que le llamásemos a la catedrática— se sorprendió por la rapidez y facilidad con la que elaboramos su tarea. Éramos, citando sus palabras, el tipo de estudiantes que todo profesor desearía tener. La manera en la que premió nuestro rendimiento, fue otorgándonos la libertad una hora antes de que terminase su clase, causando envidia al resto de nuestros compañeros.

Nos dirigimos a la cafetería, hambrientos. Así como nos gustaba estudiar, también disfrutábamos de la comida. Fabiola admitió que su sobrepeso se debía a su afición por la comida chatarra y su odio hacia las actividades físicas. Los demás compartíamos ambas características, pero ella las llevaba a un nivel más elevado que no sabía controlar. Aun así, la chispa de su personalidad era lo único que nos importaba.

Natalia contó una divertida anécdota que experimentó durante sus vacaciones en la playa, consiguiendo que todos riéramos con sus palabras. La risa de Sam, tan escandalosa como siempre, hizo que el coro de carcajadas aumentara su volumen.

Ese simple momento me hizo reflexionar. Hacía mucho tiempo que mi amiga y yo no pasábamos un rato así de grato en compañía de otros compañeros. Solíamos apartarnos, mantener una distancia con el resto porque no creíamos que fuésemos lo suficientemente interesantes como para que otros nos tomaran en cuenta. Pero descubrí que estábamos equivocadas. Nuestras inseguridades nos llevaron a alejarnos, encerrarnos en una burbuja que explotaría con un alfiler sin dudarlo.

Mi risa cesó, pero en su lugar una sonrisa se dibujó entre las comisuras de mi boca.

—¿Estás bien? —preguntó Miguel.

Las chicas continuaron conversando sin prestarnos atención.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —Interrogué con amabilidad.

—No me gustaría que creas que soy un loco —Sonrió—, pero te he estado observando...

Me reí, interrumpiéndolo por un segundo.

Continué: —Y he notado que algo sucede contigo.

—¿A qué te refieres?

Sentí curiosidad, pues a pesar de lo poco que llevábamos conociéndonos se percató de los cambios en mi estado de ánimo durante los últimos días.

—A veces te ves demasiado alegre, pero otros días no pareces ser tú.

Sus ojos escrutaban mi rostro con atención.

Atención que me generaba cierto bochorno, haciéndome preguntar si mis mejillas estaban sonrojadas como de costumbre, o por fin conseguía dominar el rubor que se apoderaba de mi rostro.

Seguramente era la primera de las opciones.

—He tenido unos días muy complicados, es todo —respondí, fingiendo simpleza.

—¿Por la escuela? —Indagó—. Si es así sabes que puedo ayudarte con los trabajos.

Cuando sonreía se le formaban unos hoyuelos que enmarcaban su boca. Miguel era esa clase de chico que volvería loca a cualquiera en su sano juicio: caballeroso, inteligente y divertido. Aunque parecía que nadie en el mundo tuviese bien sus facultades mentales. Incluyéndome.

Ninguna chica podía enloquecer por él, si todas ya estábamos locas por alguien más.

—Gracias. —Toqué su mano, la cual estaba encima de la mesa—. En verdad aprecio tu ayuda.

Sus mejillas poco a poco fueron adquiriendo una tonalidad rojiza. Tal vez era la primera vez que veía a un chico sonrojado con tal magnitud, lo que me hizo apartar mi mano de la suya, como parte del reflejo de mi confusión.

—Tú eres una chica grandiosa, Ana —comentó—. Y así como tú me ofreciste tu amistad el primer día, yo quiero ofrecerte la mía.

Por un momento no dije nada, simplemente me limité a observarlo. En su mirada anidaba un atisbo de inquietud, reflejado a través del color castaño de

sus iris. Sin embargo, mostraba una faceta que denotaba alegría, la que no quise atribuir únicamente a sus previas palabras.

—Te lo agradezco —repetí. Aquella vez siendo yo la que se mostraba avergonzada.

De soslayo me percaté de que Sam nos echó una rápida mirada, curiosa, pero no apartó su atención de la conversación que mantenía con Natalia y Fabiola, las cuales ni siquiera se percataron de nuestra fugaz distracción de lo que decían.

Mi celular vibró sobre la mesa, a un costado del plato vacío que dejé del emparedado con patatas fritas que ordené para saciar mi hambre. Lo levanté con una mano, poniéndolo frente a mi rostro, cortando con ello cualquier contacto visual con los demás.

» *¿Qué estás haciendo?*

Leer el nombre de Adrián en la pantalla desató un estremecimiento en mi cuerpo.

«En la cafetería con unos amigos.

Sus respuestas eran inmediatas.

» *Qué envidia.*

» *Yo estoy en clase, aburrido.*

«Entonces deberías poner atención.

» *Es más divertido hablar contigo.*

El poder de las palabras era sorprendente. Una simple unión de letras, un conjunto de éstas. A veces tan vanas, pero a veces tan significativas, todo dependiendo de quién era el emisor, sus intenciones y el momento en que las decía.

Le sonreí al teléfono. Podía imaginarme a Adrián, desparramado en su asiento, con el teléfono oculto debajo de la paleta de la banca, encorvado hacia adelante con la mirada gacha. Quizá sonriendo cuando recibía mi respuesta a sus mensajes.

A mi lado izquierdo se encontraba un chico grandioso, el cual no dejaba de mirarme, arriesgándose a que lo descubriera, pero al cual no le prestaba la debida atención.

Tal vez ese era el problema de muchos corazones rotos. Nuestra falta de simpatía por los sentimientos ajenos. Y el terrible error de aferrarnos a un ideal utópico sobre una persona, el que muchas veces terminaba destrozándonos cuando caíamos en la realidad, una muy distinta a la que dibujábamos en nuestros sueños.

» *¿Estás libre esta tarde?*

«Sí, ¿por qué?

» *¿Quieres ir a mi casa a pasar el rato?*

«Claro.

«¿A qué hora?

» *¿Sales a las dos?*

«Sí.

» *Entonces te esperaré en el estacionamiento.*

» *Podemos ordenar algo de comer, ¿qué dices?*

Cualquier proposición que él me hiciera solo podía tener una respuesta.

Sabía que no era lo correcto, de ninguna manera posible, pero tenía una venda sobre mis ojos, ocultándome todos los problemas que aquella situación acarrearía. Supongo que el dicho “el amor es ciego” se refería a eso, a actuar irracionalmente cuando se está enamorado.

* * *

El viento ajeteaba las hojas de la copa del árbol que yacía sobre nosotros. El pulular de las hojas emitía un ligero sonido que se acompasaba al canto de un pajarillo que descansaba en una de las ramas. Lo refrescante del césped se filtraba a través de la tela de mi pantalón, contrarrestando el húmedo y caluroso clima que ondeaba por la ciudad, pronosticando la cercanía de la lluvia.

Estaba sentada con la cabeza de Adrián recargada en mi regazo. Él se hallaba recostado sobre el verde manto que se extendía en todo su jardín, tenía los ojos cerrados y disfrutaba de mis caricias sobre su cabello. Jugeteaba, lo enredaba entre mis dedos, rozaba su cuero cabelludo con las yemas.

Y ante mi tacto él sonreía.

Una sonrisa tan bonita. Esa clase de sonrisa que se clava dentro de ti y te hace suspirar cuando la recuerdas.

Yo también estaba disfrutando del momento, sin embargo, me vi en la necesidad de cesar las caricias cuando una pequeña mariposa amarilla sobrevoló cerca de mi rostro, tan cerca que incluso creí que detendría su vuelo sobre mí.

No me gustaban los insectos, por más hermosa que pudiera resultar su apariencia. Cualesquiera de ellos me causaban una desagradable sensación, una combinación entre asco y miedo. No estaba segura del porqué, pero así era desde mi infancia.

—No te hará nada. —La voz de Adrián consiguió apartar mi atención de

la mariposa que se alejaba con el veloz revoloteo de sus alas, centrándome en él. Tenía los ojos abiertos.

—Ya lo sé, pero sigue sin gustarme —comenté, reanudando los roces en su cabello.

Es como si cientos de ellas volaran en mi interior cuando estaba cerca de Adrián.

—Mmm... —Sonrió de forma burlesca—, ¿y qué te gusta además de los dulces?

Me quedé callada, pensando en mi respuesta. Durante ese corto lapso, de apenas unos segundos, Adrián movió su cabeza y lo miré, en silencio me pidió que continuara con las caricias, a lo que respondí con una risa.

—Me gustan los libros. Las galletas, especialmente si son de chocolate. Los tulipanes, y el color morado. —Pensé un instante en qué más podía añadir a la lista—. Me gusta el té por las noches, antes de dormir. Y las películas por las tardes. Y a ti, ¿qué te gusta?

—Los videojuegos. El café bien cargado. Los fines de semana porque puedo ir a alguna fiesta. La cerveza... —Suspiró—. También me gustan las chicas delgadas que tienen un buen sentido del humor.

Las chicas delgadas.

Miré hacia abajo, justo a un lado de su cabeza. Ahí donde ninguna chica como yo quería que los demás enfocaran su atención: en mi abultado vientre. Era una persona delgada, sí, pero eso no significaba que mi abdomen estuviese tonificado y esbelto como el de una modelo. Tenía llantitas, lonjas, agarraderas, como fuese que se les conociere. Y no me gustaba, pero no conseguía eliminarlas, ni siquiera con los ejercicios que recomendaban en diversas páginas de internet. Parecía que no tenían forma para desaparecer.

Y escuchar a Adrián decir aquello, fue como un golpe en el estómago.

Pero no quería demostrar que me sentí desilusionada ante su comentario, pues sería patético de mi parte hacerlo.

Lo único que pude hacer fue refunfuñar, como si me resultase gracioso lo dicho.

—Pues a mí me gustan los chicos músculos —No mentía—. Lástima que no haya de esos en la escuela.

Como para cualquier adolescente promedio, un chico de buen cuerpo era una fantasía.

—¿Y yo qué soy? —preguntó, haciendo una flexión con sus bíceps.

Adrián era delgado, no estaba ni cerca de ser uno de esos modelos de

revista.

Me reí. —Tú eres un tonto.

—¿Sabes qué otra cosa me gusta? —preguntó, inclinando su cabeza para mirarme.

—¿Qué cosa?

—Tus pecas, son lindas —dijo.

Y yo sentí que todo el mundo temblaba.

Mi rostro ardió, ardió y ardió. Sonrojado por la vergüenza, por las ilusiones que unas simples palabras sembraron en mi interior.

Sin embargo, no podía permitir revelar aquella inestable sensación.

¿Y qué fue lo único que pude hacer al respecto? Le di una palmada en la frente, sin demasiada fuerza, pero el repentino contacto lo sorprendió, haciéndolo dar un pequeño brinco.

—¡Oye! —Apartó mi mano, la cual dejé sobre el punto de impacto—. ¿Qué fue eso?

—Ay, lo siento. —Fingí confusión, pero la sonrisa me delataba—. Creo que fue un tic.

Lo observé por unos segundos, aprovechando su momentánea distracción en algún punto lejano en el cielo. Me inquietaba la forma en la que mi corazón latía a cada segundo en su compañía, tan descontrolado y salvaje, como si estuviese en el medio de un agitado torbellino que lo movía de un lado a otro, saltando, girando.

No era la primera vez que me gustaba un chico, pero con Adrián algo era diferente. La intensidad de mis emociones, la velocidad con la que dominó mis pensamientos, la facilidad con la que se introdujo a mi vida. Él era un chico común y corriente, pero no para mí.

—¿Puedo entrar un momento a tu casa? —pregunté.

—Claro. —Volvió su atención hacia mi rostro.

Quitó su cabeza de mi regazo y me levanté, limpiando los pequeños trozos de pasto que quedaron pegados en mi ropa. Enseguida caminé hacia el interior de la casa, aun con el palpitar acelerado y un revoloteo en el estómago.

Entré al baño y cerré la puerta, donde me recargué, ciertamente frustrada. Frente a mí se encontraba un espejo redondo, en el que veía a mi confundido reflejo. Mi semblante era el mismo de siempre, una sonrisa decoraba mi faz, mis ojos se veían menos cansados que días anteriores, y mi piel tenía una tonalidad aceptable. Me veía normal, pero la realidad era otra.

Estaba diferente, y él único que lo había notado era Miguel.

No me sentía mal, ni bien.

Quizá solo estaba confundida por todo lo que sucedía, aunque era un estado que no me gustaba. Estar a la deriva de mis sentimientos, a veces en el cielo y otras ocasiones cerca de resbalar a un abismo.

¿Se suponía que el enamoramiento siempre era así?

Abrí el grifo del lavabo y me incliné hacia abajo, acercándome al chorro. Con mis manos formé un cuenco y lo llené de agua para después arrojarla a mi rostro, con el afán de despabilarme, aunque fuese un poco. El frío de aquella me hizo contener una exhalación. Pequeñas gotas quedaron adheridas a mi piel, las cuales observé con atención a través del espejo.

Limpié mi rostro con la toalla que había y le eché un último vistazo a mi reflejo.

—No hay nada de qué preocuparse —susurré.

Salí del baño y regresé al jardín, donde me encontré con la imagen de Adrián, aún acostado sobre el pasto. Me acerqué a él e hice ademán de sentarme a su lado, pero levantó la cabeza e hizo un gesto con ella para pedirme tácitamente que de nuevo le prestase mi regazo para recargarse. Lo que acepté con gusto, riéndome por su actitud aniñada.

El silencio nos rodeó, y una agradable sensación de tranquilidad me embargó. Tal vez Adrián había llegado para poner mi mundo de cabeza y hacerme perder el control de todo aquello que conocía, pero eso no significaba que debía temer, sino que lo mejor quizás era entregarme a esa nueva experiencia, sin miedos ni juicios.

—Sólo déjate llevar. —Me dije.

Acaricié su cabello con dulzura, embelesada. Pero entonces su siguiente acción perturbó mi efímera paz. Levantó la mano para detener mis roces, entrelazando sus dedos con los míos. La calidez de su mano descargó una corriente en todo mi cuerpo, tan agradable que por poco dejé escapar un suspiro de bienestar, el cual contuve por mero orgullo.

—¿Puedo preguntarte algo?

Asentí. —Claro. Dime.

—Estoy feliz de haberte conocido. —Apretó mi mano con cariño, y correspondí al gesto.

—A mí también me alegra —comenté en voz baja.

Apenas lo conocía, pero él me hacía experimentar emociones y sensaciones distintas. Podía brindarme momentos de paz que atesoraba, hasta impulsarme a situaciones donde parecía que mi corazón sufriría un colapso.

Muy pocas veces había puntos intermedios entre esas extremistas situaciones, pero me gustaba. Todo lo relacionado con Adrián me gustaba, en realidad.

Lo que me hacía sentir.

La chica alegre en la que me convertía cuando estaba a su lado.

El exceso de parsimonia que experimentaba en momentos como aquél.

Momentos a los que estaba acostumbrada, pero los cuales tomaban un sentido diferente en su compañía.

—Te quiero, Ana —dijo de pronto.

Contuve el aliento por unos segundos.

Él sonreía, y tal vez ni siquiera se daba cuenta de la manera en la que me estaba observando; sus ojos escrutaban mi rostro con ternura. Y ese gesto me confundía, haciéndome preguntar si él también se sentía igual que yo... o si solo se entregaba a esa escena sin pensar a fondo lo que podría significar entre ambos.

No lo sabía, y en ese instante no quería descubrirlo.

—Yo también te quiero, Adrián.

Realmente quería dejarme llevar, así como lo había reflexionado ese corto lapso de soledad en el cuarto de baño, pero algo me lo impedía. El sentido común, seguramente.

En las historias la protagonista se entregaba al amor sin dudarlo, pero aquella era la vida real, y sabía que no todo era así de sencillo. No todo sería de color rosa, ni mucho menos. Había consecuencias y probables riesgos, los cuales me asustaban.

Ya habían rasguñado mi corazón con anterioridad, ¿estaba segura de que quería exponerlo con tanta facilidad de nuevo?, ¿iba a permitir que fuera flechado tan pronto?

Solté la mano de Adrián y acomodé un mechón de mi cabello detrás de la oreja, simplemente como un pretexto para terminar con aquella unión. Vi que su sonrisa aminoró, volviendo su boca en una simple línea, inexpresiva, aunque en sus ojos yacía una expresión de desosiego.

—¿Qué harás hoy por la noche? —pregunté. Decidida a terminar con ese cuadro de confuso romanticismo.

—Mmm... —Dudó su respuesta—. Creo que saldré con David.

—No irán a beber, ¿cierto? —cuestioné.

—No después de lo que pasó la otra noche —respondió con una risa.

—Adrián, esto es serio —dije, recordando su desaparición y el terror que me embargó durante ese fin de semana, reacia a experimentarlo de nuevo—.

No quiero que vuelvas a lastimarte, me preocupas. —Observé la costra de su labio—. Además, te expones al manejar. A ti y a muchas otras personas. Y también...

Me interrumpió. —*Little Darling*, tranquila.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? —Negué con la cabeza—. Tan solo mira la cicatriz que te quedará en la boca, ¡pareces un delincuente!

Rompió en carcajadas ante mi comentario, aunque yo no le encontré el lado divertido. Me limité a observarlo con seriedad, esperando que mi actitud le demostrase que hablaba en serio. Al percatarse de ello comenzó a disminuir la intensidad con la que se reía, y poco a poco fue aminorando hasta desaparecer, aunque aún yacía una sonrisa entre sus labios.

—Ana, ¿ya te he dicho que eres mi mejor amiga?

Solo eres eso para él.

Una amiga.

Pero, ¿qué más esperabas, Ana?

—No, no lo habías hecho.

—Pues lo eres. —Sonrió con amplitud.

—Tú... —*Me gustas*—, tú también eres mi mejor amigo.

Entonces así se sentía que te dejaran en la *Friendzone*.

La famosa, pero odiada *Friendzone*.

Sonreí. Era muy poco el tiempo que llevábamos conociéndonos, así que no había posibilidades reales de que lo nuestro fuese algo más que una simple amistad. No perdería la esperanza tan pronto.

CAPÍTULO 11

A veces quería convertirme en otra persona, en alguien más interesante.

En alguien que los demás miraran y pensarán: *Eh, quién es ella. Es hermosa, quiero conocerla.*

Pero eso no sucedía conmigo.

Y una vez que me conocía, no muchos se quedaban en mi vida.

Era esa clase de persona que no deja una huella en los demás, simplemente pasaba y me esfumaba tan rápido como el revoloteo de un colibrí. A ello se debía mi limitado número de amistades.

Me costaba trabajo expresarme con otros. Me daba miedo hablar y decir alguna tontería, o que mi voz no fuera lo suficientemente segura para que me escuchasen.

Desde mi punto de vista, la inseguridad era el peor de los defectos, repleto de limitantes, temores que te frenaban a actuar, a expresarte o pensar si quiera en múltiples posibilidades.

Era una característica con la que luchaba desde años atrás, luego de que fuese víctima de acoso escolar en la secundaria. A esa edad los niños tendían a ser crueles con otros; los humillaban, los golpeaban y se burlaban por una diferencia que no les gustaba. Y mis pecas y el color anaranjado de mi cabello fueron motivos suficientes para que me convirtiera en el blanco de tiro de las burlas de la mitad de mis compañeros de clases.

Nunca fui una chica muy extrovertida, pero a raíz de esos acontecimientos fue que me encerré dentro de una coraza, con el único afán de repeler los ataques, fingiendo que no me interesaban y que sus palabras eran como el viento, me rozaban sin hacerme daño. Aunque la realidad era que me herían tanto como un cuchillo.

Conforme pasaron los años las burlas fueron desapareciendo, supongo que se cansaron de no obtener una respuesta de mi parte, o quizá solo maduraron lo suficiente para entender que molestar a otros por sus diferencias no era divertido ni *genial*. Fuera lo que fuese, ellos sí dejaron una huella en mí que repercutió en mi carácter, volviéndome aquella chica tímida a la que se le dificultaba socializar con otros.

A veces solo estaba ahí, escuchando las voces de los otros. Pensando.

Opinando dentro de mi mente. Simplemente existía.

Pero con Adrián todo era diferente.

Con él sí podía ser yo. Sin miedos, carente de máscaras.

Y quizás eso era lo que más me gustaba de él.

Desde el primer día supo cómo abrir la fortaleza que me rodeaba. Entró sin permiso. Se infiltró mediante su encantadora personalidad, y tocó una fibra que creía haber perdido.

Había salido con varios chicos antes de conocerlo. Tuve mi primer beso a los catorce años. Dije la frase *te quiero* con sinceridad.

Pero, insistiendo, con él todo era diferente.

Froté mi rostro con ambas manos. Estaba recostada en la cama de mi padre mientras él terminaba de perforar la pared para colocar un clavo, donde iría colgado un pintoresco cuadro que me compró en una subasta que hizo el vecino de enfrente.

Levanté el celular sobre mi rostro y observé la hora, pasaban de las siete de la noche, y durante ese día no había tenido comunicación con Adrián y, siendo sincera, extrañaba escuchar su voz, expresando tonterías que me hacían sonreír. Durante unos segundos dudé sobre mi siguiente acción, pero luego de una rápida lucha interna me animé a teclear su número para llamarle, decidida a tomar esa insignificante iniciativa.

El tono de espera se escuchó varias veces, cada uno pareciéndome tan prolongado, antes de que la llamada brincara al buzón.

Un intento fallido.

El cual no pensaba repetir.

Suspiré y alejé el teléfono de mi rostro. Seguramente estaría ocupado, y no pretendía atosigarlo con más llamadas que pudiesen resultar una molestia.

Mi padre entró a la habitación, obligándome a apartar mis pensamientos de aquel chico y centrarme en la realidad que me envolvía.

—Ya quedó —comentó con una sonrisa triunfante.

—Gracias —dije, sonriendo.

Me levanté de la cama y caminé hacia él, lo abracé, poniéndome de puntillas para recargar mi mentón sobre su hombro. Rodeó mi cintura con sus brazos y me apretujó contra su torso con dulzura.

—Mi pequeña rojita —susurró. Su boca estaba cerca de mi oreja.

Mi padre nunca fue un hombre muy cariñoso, aunque eso no significaba que no disfruté de mi infancia a su lado. Jugábamos, pasábamos tardes enteras viendo películas, y gozábamos de los viajes que emprendíamos los tres juntos.

Sin embargo, después cometió un terrible error que destrozó su matrimonio y rompió a nuestra familia.

Al principio estuve furiosa con él, no quise verlo por más de cinco meses, aunque ese tiempo me sirvió para comprender en lo complejo que era una unión como aquella. Yo creía firmemente en el amor verdadero, pero sabía que era complicado —por no decir *imposible*— encontrarlo. Y quizá mis padres no fueron tan afortunados en ello.

Desde el divorcio también mi padre aprendió varias lecciones de vida, y una de ellas era que debía de mostrar sus sentimientos, fuesen positivos o negativos, siempre que esa manifestación no lastimase a terceros. Su cambio inició conmigo, abrazándome cada que era posible, diciéndome lo mucho que me quería, y recordándome durante la semana cuánto me extrañaba.

Se apartó de mí y acarició mi cabeza, despeinándome como solía hacerlo cuando era una niña. Le di un rápido beso en la mejilla y regresé a mi habitación.

Cerré la puerta, volviéndome a escapar del mundo, viajando hacia ese rincón de mi mente donde anidaban mis más bochornosos pensamientos y fantasías, aquellas cursilerías de las que cualquiera se avergonzaría.

Me senté en la silla del escritorio. En él había una de las carpetas que utilizaba para la escuela, un estuche con bolígrafos de diferentes colores y mi laptop apagada. Me detuve un segundo a observar los objetos frente a mí, y una terrible idea floreció en mi mente, tan horrorosa que incluso yo misma quise abofetearme después. Saqué un par de hojas y tomé varias plumas.

Y te escribí una carta.

Querido Adrián:

¿Por dónde puedo comenzar?

Lo más sencillo, o lo correcto, sería darte una explicación del porqué te estoy escribiendo esto, aunque la verdad es que ni siquiera yo lo sé. Simplemente, y de pronto, me sentí ahogada por tantas emociones y sentimientos, y para mi mala, o buena suerte, encontré una hoja en blanco y un bolígrafo con el que hallé el valor para plasmar todo lo que guardo, todo lo que callo, aquello que tal vez no debería ser dicho ni escrito.

Sé que es poco el tiempo que te conozco, unas cuantas semanas, en realidad, pero... es mucho lo que me haces sentir. Demasiado.

Una sonrisa tuya es suficiente para alegrar mis días, y no importa qué tan mala parezca una situación, siempre sabes cómo hacerme reír. Conoces las palabras adecuadas, el momento indicado, la forma precisa, el tenor

perfecto. Tú sabes cómo sanar una de mis heridas.

Estoy siendo muy cursi, ¿verdad?

Lo siento, pero no puedo evitarlo.

De eso se trata todo esto, de la facilidad con la que puedo ser yo, Ana, la verdadera. Porque tú no me juzgas, no te ríes de mis defectos ni te asustas de mis inseguridades. Sabes que soy humana, como todos, y esa humanidad, la que muchas veces me resultó abrumadora, contigo pareciera ser una virtud de la que debo estar orgullosa. Me recordaste que yo también puedo experimentar, aventurarme a nuevos escenarios. No soy un inanimada ni una chica de piedra. No soy solo una estudiante que se sienta en la esquina frente al profesor. No soy un fantasma, no soy invisible.

Día con día me has recordado las alegrías que existen, me has recordado que los pequeños momentos a veces son más significativos que una enorme conmemoración pública. Haces que lo pequeño abarque la inmensidad de una galaxia. Haces que lo etéreo se materialice frente a mí.

Y todo, a veces, solo con el poder de tu mirada.

Tienes algo diferente al resto, algo que te vuelve único. Algo... que ni siquiera yo sé qué es, pero me encanta. Tal vez sea la manera en la que llegaste, tan repentino que me sorprendió, tan rápido que ni siquiera tuve tiempo para respirar. Solo llegaste, así como una estrella fugaz, aunque espero que tú hayas llegado para quedarte.

No has cambiado mi vida, pero me has cambiado a mí.

Simplemente quiero agradecerte por lo mucho o lo poco que me has brindado. Y no hablando en un sentido material, sino en lo intangible, en aquello que deja una huella en tu corazón.

Te quiere, Little Darling.

Solté el bolígrafo, intimidada por el sentimiento que me embargaba en ese momento.

Cada palabra surgió sin consentimiento, como un extensible de mi ser, sin que realmente me detuviese un segundo a pensar en lo que estaba escribiendo.

Releí las líneas, sorprendiéndome a mí misma por la intensidad de aquellas. Era una confesión amorosa, declarando mi prematuro amor por Adrián, sin censura ni manchas. Esos versos, en su totalidad, eran los que expresaban los pensamientos que intentaba arrumbar juntos a otros cachivaches de mi mente. Pero estaban ahí, frente a mí, plasmados con tinta negra.

Tan reales que asustaban.

Leí la carta, quizás por quincuagésima vez, y suspiré profundamente.

—¿Qué es esto? —pregunté en voz baja.

Qué clase de broma cruel quería gastarme a mí misma, humillándome con algo semejante como esa carta.

Te escribí una carta, pero nunca la envié.

En lugar de ello tomé la hoja entre mis manos y la arrugué hasta formar una bola de papel, tan comprimida que sería difícil volver a su estado original. La observé, molesta y confundida, una coyuntura de sentimientos que me hacía estremecer hasta la médula.

—No seas tonta. —Me reprimí—. Él se reirá si descubre cómo te sientes.

Arrojé la bola de papel al cesto de basura. Me mostré reacia a pensar de nuevo en ella, sabiendo que solo se trató de un momento de debilidad, en el que mi mente jugó en mi contra, como una prueba que superé, siendo más fuerte que los impulsos que extrañamente solían dominarme y obrar en mi lugar.

Me dejé caer en la cama, agobiada. Y observé el techo con atención, como si en él pudiese encontrar las respuestas a preguntas que aún ni siquiera formulaba. En ocasiones utilizaba ese lienzo en blanco para visualizar un panorama entero, pero aquella tarde parecía que mi mente solo podía enfocarse en un único pensamiento, uno del que deseaba desprenderme, aunque fuese por unas horas.

Adrián, estabas presente en cada momento de mi día.

Pasé casi tres horas recostada, pensando en silencio, reflexionando sobre lo que ocurría conmigo.

Y llegué a la única y simple conclusión de que me estaba enamorado de ese chico.

Faltaban cinco minutos para la diez. A esa hora de la noche ya estaba preparada para ir a dormir, ataviada con mi pijama, con el cabello sujeto en un chongo alto, con el rostro limpio, y los dientes cepillados. Seguía un simple ritual antes de acostarme, y aquella noche no fue la excepción a pesar de la abrumadora cantidad de pensamientos que rondaron en mi cabeza.

Estaba en la comodidad de mi cama, buscando en una lista de internet cuál era una buena opción para ser mi siguiente lectura. El género que elegí para esa semana era el suspenso, y una novela en particular llamó mi atención: Las diez razones por las cuales te asesiné. Cliqué sobre el enlace que conducía a la sinopsis y la conexión con la librería más cercana para apartar un ejemplar. Sin embargo, mi lectura fue interrumpida por una ventana en la parte superior

de la pantalla.

Un nuevo mensaje.

Con solo leer el nombre supe que debía prepararme para lidiar con otra ronda de acelerados latidos.

» *¿Estás dormida?*

«Sí.

Respondí de inmediato.

Por favor, Ana, ten un poco de dignidad.

Aunque sus respuestas también eran igual de rápidas que las mías.

» *Ja, ja, ¿puedo llamarte?*

«Te dije que estoy dormida.

» *Te llamaré de todas formas.*

Contuve la respiración cuando en la pantalla apareció el recuadro de una nueva llamada entrante, donde una vez más apareció aquel nombre que perturbaba mi paz. Exhalé con profundidad y respondí.

—Hola Adrián. —Me esforcé por parecer desinteresada.

—*Hola... eh, ¿sigues dormida?*

Quise reírme.

—Mmm, depende de para qué me estás llamando.

—*Para disculparme por no responder hace rato.* —Al otro lado de la línea se escuchó un ruido semejante al de un cuerpo moviéndose sobre una superficie, como un colchón—. *¿Está todo bien?*

—Ah, sí. —Inhalé y exhalé con calma—. Solo quería hablar contigo, pero supongo que estabas ocupado.

—*Estaba con Catalina* —respondió—. *Tuvo un problema.*

—¿Se encuentra bien? —cuestioné, sintiéndome preocupada por ella.

—Sí, después te contaré. —Bostezó—. Por lo mientras dime cómo estás tú.

Como reflejo, yo también bostecé, lo que hizo que él se riera.

—Bien. —*No lo digas*—. Pero extraño salir contigo.

¡Torpe!

Tardó un par de segundos en hablar. —*¿Mañana estás libre?*

—No lo sé, mi padre quiere ir a desayunar a un restaurante nuevo del centro. —Apunté, recordando los planes que hice con mi progenitor apenas unas horas antes.

—*Podemos vernos en la tarde. ¿Qué dices?* —Su voz sonaba un tanto cansada—. *Pasaré por ti e iremos a donde tú quieras.*

Reí. —¿No tienes otro lugar secreto que quieras mostrarme?

—*Podría pensar en alguno.* —Exhaló con un tajo de diversión—. *Entonces, ¿puedo considerar que aceptas salir conmigo?*

—Sí, pero no te emociones, sólo acepto porque no tengo nada mejor que hacer —dije con tono burlón.

Volvió a bostezar. —*Entonces pasaré por ti a las cinco, ¿de acuerdo?* — Le escuché respirar con pesadez—. *Te veo mañana, Little Darling.*

—Espera...

—*¿Qué pasa?*

Me daba vergüenza responder a su pregunta, pero mis palabras ya habían sido dichas, y no tenía manera de retractarme... o tal vez sí, aunque decidí no hacerlo.

—No cuelgues, todavía no. —Pedí con voz temerosa.

—*¿Por qué no?*

—Es que... ah... no quiero que te burles, ¿sí? Pero extraño hablar contigo. —Tragué saliva—. Es como si estuvieras desapareciendo de mi vida.

Exageraba. Solo habían sido unos cuantos días en los que estuvimos distanciados. Seguramente él tenía muchas cosas que hacer. Su ausencia no era sinónimo de abandono, pero mi corazón se sentía solitario cuando Adrián no estaba cerca.

—*No me he ido a ningún lugar, Little Darling.* —Aseguró, utilizando un tenor serio.

Suspiré. Escucharlo fue un analgésico para el dolor de mi pecho.

—¿Podemos hablar solo un poco más?

—*Claro.* —Lo imaginaba sonriendo—. *¿Sobre qué quieres hablar?*

—De lo que sea. —Abracé la almohada que tenía a mi lado—. De lo que tú quieras contarme, de lo que quieras saber de mí.

—*De acuerdo.* —Emitió un largo bostezo—. *Dime, ¿qué estabas haciendo antes de que te llamara?, ¿en verdad estabas dormida?*

No. Intentaba distraer a mi mente de la carta que te escribí.

Me reí. —No. Estaba... leyendo.

—*¿Qué leías?* —preguntó.

—Una novela de romance.

Un romance trágico entre nosotros.

—*Cuéntame.* —Pidió en voz baja.

—Bueno, lo último que leí fue la protagonista le escribió una carta al chico que le gusta.

—*Oh.* —Calló un segundo—. *¿Y qué le respondió él?, ¿también está enamorado?*

—Mmm... no lo sé. —Quería reírme por los nervios—. Ella no le envió la carta.

—*¡Vaya!, después tendrás que decirme si ella se animó a hacerlo.*

—Por supuesto, te lo contaré si sucede.

Miré en dirección del cesto de basura, desde mi lugar podía ver la bola de papel que contenía mis más profundos sentimientos, y los cuales se quedarían ahí por un largo tiempo.

Me gustaba Adrián, y lo quería, pero no era el momento adecuado para confesarle mi amor por él.

CAPÍTULO 12

El domingo por la mañana quedé con Sam en una cafetería del centro para desayunar juntas y conversar. Nuestro lugar favorito para ir a ese tipo de encuentros era un establecimiento llamado Café&Poesía. Por las noches se convertía en un punto de reunión para los poetas y aficionados, donde se recitaban versos y rimas al aire desde un escenario, abierto para cualquiera que deseara mostrar su arte.

Sam, además de ser una lectora empedernida, era una poeta amateur, la cual probó suerte una noche de jueves, sujetando el micrófono con fuerza entre sus dedos, y utilizando un tenor que erizó mi piel. Le gustaba componer sobre el romance y las decepciones amorosas. Y en aquella ocasión tuvo un público que mostró ferviente admiración por sus estrofas, aplaudiéndole de pie cuando terminó de recitar.

Aquel día solo nos dedicaríamos a charlar en la terraza a merced de la cálida brisa de verano. Los rayos del sol resplandecían por el cielo, escondiéndose detrás de las nubes que seguían un parsimonioso trayecto por aquél lienzo azul.

Entré a la cafetería, y desde ahí vislumbré a mi amiga con una acompañante: Catalina, su prima. No me había avisado que iría con ella, pero no me molestaba que nos acompañase. Caminé hacia la mesa donde se encontraban, dedicándole un cordial saludo a Fabián, el mesero que solía atendernos cuando íbamos, y quien correspondió con una afable sonrisa.

—Hola. —Saludé cuando estuve lo suficientemente cerca.

—Hola —respondieron al unísono. Una más animada que la otra.

Primero me acerqué a Sam para saludarla con un beso en la mejilla y un caluroso abrazo, después fui hacia Catalina, quien solo levantó el rostro muy apenas para corresponder al gesto.

Sus ojos estaban hinchados, y las ojeras debajo de ellos eran más oscuras de lo normal. Su semblante reflejaba con claridad el sentimiento de tristeza que la embargaba. Su boca estaba curvada hacia abajo, y su mirada carecía del singular brillo que poseía, según lo recordaba, volviendo el color miel de aquellos más opaco. Se veía pálida, tenía su cabello castaño atado en una coleta, de la cual se escapaban algunos mechones. Parecía que ni siquiera se

preocupaba por su apariencia.

—Ya ordenamos —comentó Sam—. Te pedí lo de siempre: tres *waffles* con chocolate, fruta variada, y un batido de frutos rojos.

—Gracias. —Le sonreí.

Miré a Catalina, al parecer no nos estaba escuchando. Le dediqué una fugaz mirada a mi amiga, mediante la cual le pregunté que le sucedía a su prima. Como respuesta me dedicó un encogimiento de hombros y una mueca ladeada de ignorancia.

Tal vez no era apropiado hacerlo, pero me aventuré a preguntar.

—¿Te encuentras bien, Catalina?

Levantó la vista hacia mí y asintió.

—Solo estoy un poco cansada —respondió, intentando fingir una sonrisa, lo cual no consiguió—. Y puedes llamarme Cat.

Conocía esa mentira, pues en muchas ocasiones la utilicé para librarme de las preguntas que me hacían mis padres cuando me veían decaída y sin ganas de salir de la cama.

—Cat, te invité con nosotras porque quiero que hablemos —dijo Cristina, inclinándose hacia adelante sobre la mesa para sujetar las manos de su prima entre las suyas—. Quiero saber qué es lo que pasa contigo, has estado rara y...

Se rio sin algún ápice de diversión. —No es nada.

—Puedes confiar en nosotras. —Aseguró.

Intercambió miradas con ambas, pero se detuvo sobre la mía. La fijeza con la que me observó me hizo sentir un poco intimidada, como si mi presencia le molestara. Aunque esa errónea creencia se desvaneció tan rápido como llegó, cuando sus ojos se cristalizaron por las lágrimas, las cuales se rehusaron a salir.

—Lo sé. —Y aun mirándome, dijo—: No conozco mucho a Ana, pero sé que puedo confiar en ella.

Asentí. —Te agradezco la confianza.

Fabián se acercó a nosotras, llevando sobre su mano izquierda una bandeja negra con tres platos grandes y dos más pequeños, e hizo entrega de los respectivos alimentos. Los platillos de ellas eran iguales: *omelette* de jamón con queso panela y vegetales, y jugo de naranja, con la diferencia de que Sam también ordenó un plato de fruta para acompañar el plato fuerte. Agradecemos por el servicio y el mesero se retiró, no sin antes dedicarnos otra de sus gentiles sonrisas.

—Entonces... —Sam sujetó los cubiertos, pero no hizo ademán de

empezar a comer.

—Terminé con Alberto. —Declaró, sonriendo de lado, con los labios temblorosos—. Bueno, en realidad, él terminó conmigo.

—¿Por qué?

—Dijo que se sentía asfixiado. —Su voz comenzó a adquirir una tonalidad aguda—. Dijo que necesitaba su tiempo y su espacio.

—Pero llevaban más de dos años juntos... —Apuntó Sam, sin poder ocultar su incredulidad.

—El tiempo no es un factor importante para el amor.

... puedes estar diez años con una persona y no amarla.

Así como puedes conocer a alguien hace un mes y quererle con toda la intensidad que tu ser te permite...

Observé con atención a Cat mientras nos contaba sobre el fatídico día donde Alberto terminó con ella. Era evidente que hablar de él le dolía. Sus ojos luchaban por no derramar las lágrimas, y su boca se esforzaba por continuar articulando palabras.

Quería abrazarla y hacerle saber que todo estaría bien, pero no quería mentirle. Por lo que había leído y escuchado de terceros, un corazón roto era uno de los peores sufrimientos. No querías comer, no podías dormir, no hacías otra cosa más que pensar en la otra persona. Era como si todo tu mundo se volviera de matices grises, como si todo estuviera en tu contra. El tormento se prolongaba por horas, la soledad a veces era tu mejor compañía, y el silencio podía convertirse en una oleada de abrumadores pensamientos.

Yo había sufrido decepciones amorosas, pero nunca atravesé por una ruptura real, por lo que no había experimentado aquel dolor tan temido. Sin embargo, contra todo pronóstico, esperaba que mi primer amor fuese mi amor verdadero, evitándome una situación tan melancólica como esa.

—Nunca creo volver a enamorarme —comentó luego de darle un trago a su bebida—. Y no creo que alguien vuelva a amarme tanto como él lo hizo.

—¡¿Bromeas?! —Mi tenor indignado pareció sorprenderlas, pues ambas me miraron, confundidas. Aun así, proseguí—: Eres una chica hermosa e inteligente. Por supuesto que encontrarás a alguien que te amé como lo mereces, alguien que se quede a tu lado sin importar lo que suceda.

Su tristeza pareció desvanecerse por unos segundos, los suficientes para que una sonrisa iluminara su rostro.

—¿Eso crees?

—No lo creo, estoy convencida de ello.

Siempre recordaré la mirada llena de gratitud que me dedicó.

Apenas conocía a Cat, quizás era la quinta vez que hablábamos, aunque la primera en la que manteníamos una verdadera conversación, pero si de algo estaba segura, era de que esa chica se merecía lo mejor.

* * *

Ese mismo día, Adrián me invitó por la tarde a caminar en un parque del sur de la ciudad que le gustaba. Sin duda acepté. Pero primero pasamos por una famosa heladería del centro y me compró un barquillo de chocolate que endulzó a mis papilas. Ahí me contó lo que sucedió entre Catalina y Alberto. No quise decirle que horas antes salí con ella, pues consideraba que se trató de un momento muy íntimo y era mejor conservarlo como un secreto.

—Yo los envidiaba. —Le confesé—. Porque la manera en la que se veían el uno al otro era, simplemente, cautivadora.

Y añadí que, ojalá, algún día alguien me mirase de esa forma.

Cuando bajamos al parque, a la lejanía se veía un equipo de baloncesto mixto que practicaba sus tiros frente a la canasta. Sus voces apenas eran perceptibles, aunque el sonido del insistente silbato sí se mezclaba con el susurro del viento.

Caminábamos con calma, disfrutando del paisaje que nos rodeaba, debajo del follaje desteñido de los árboles. El otoño se acercaba, así que las hojas comenzaban a caer sobre el césped y la pista de gravilla por la que andábamos.

Sin pensarlo, enganché mi brazo al suyo y pegué mi costado al suyo, disfrutando de aquel agradable y calmoso momento. Él no pareció inmutarse ante mi acción, por lo que quise creer que no le incomodaba mi cercanía.

—¿Crees que se reconcilien? —pregunté, dándole un mordisco al cono.

—Sí, pero no será fácil —respondió tras un momento de duda—. Catalina está convencida de que el amor es una basura.

—Creo que todos pensamos eso cuando nos rompen el corazón.

—Supongo.

Nuestros pasos se dirigieron hacia una banca de piedra que se encontraba a pocos metros de distancia. Para llegar hasta ahí tuvimos que cruzar por encima de un estrecho sendero repleto de maleza, y Adrián me ayudó sujetándome de la mano para que pudiese dar una zancada hacia el otro lado.

Tomamos asiento, estábamos muy cerca. Tan cerca que cualquier movimiento que hiciésemos el otro podía percibirlo con su tacto.

Le di la última mordida al barquillo y limpié mi boca con una servilleta,

la cual hice bolita y la guardé en mi bolso.

—Sabes... extrañaba esto —comenté, mirando en dirección de las canchas de baloncesto.

—¿El helado? —preguntó con tono burlón. Y como primera respuesta le di un golpe en las costillas—. ¡Auch! —Se quejó.

—¿Por una vez en tu vida podrías dejar de ser un zopenco? —cuestioné, un tanto molesta. A veces quería hablar seriamente con él, pero terminaba mostrando un lado infantil.

—Lo siento.

—Hablo en serio, Adrián. —Negué por lo bajo—. Extrañaba salir contigo, pasar el tiempo juntos haciendo cualquier cosa, en cualquier lugar. —Me atreví a recargar mi cabeza sobre su hombro, y él hizo lo mismo, sorprendiéndome—. Reírnos, conversar. Lo que sea.

—Yo también lo extrañaba —dijo con un bajo tenor—. No volveré a alejarme.

—¿Lo prometes?

—Sí. —Lo escuché respirar profundamente—. Lo prometo.

Le creí.

Pero muchas veces las promesas no se cumplen.

Permanecimos en silencio por un lapso que me pareció un lustro. Su cabeza aún recargada en la mía, y mi cabeza aún recargada en su hombro. Me gustaba estar así con él. En silencio, perdidos en una escena que solo nosotros compartíamos, como dos cómplices, alejados de todos los problemas y las banalidades de la vida cotidiana.

Mi corazón latía con fuerza, pero a un ritmo tranquilo. Podía sentir cada palpar dentro de mi pecho. Ese era el poder que Adrián tenía sobre mí, me inquietaba, me hacía sentir invencible. Era una sensación a la que podría acostumbrarme.

El cuadro en el que nos hallábamos enfrascados se resquebrajó cuando el celular de Adrián emitió un sonido acompañado de una vibración que sentí contra mi pierna. Ese hecho hizo que apartara mi cabeza de él y centrara mi atención en un árbol más allá de nosotros. Hubiese deseado que ese momento no terminara, pero la realidad se encargaba de alejarme de mis ensoñaciones.

—Solo espera un momento, revisaré quién es.

—Claro.

De soslayo le vi sacar el teléfono del bolsillo de su pantalón. Mientras él contestaba, lo que supuse era un texto, me centré en el partido de baloncesto

que se desarrollaba al otro lado de la pista de gravilla. La verdad es que no entendía del todo las normas del juego, por lo que no me entretuve demasiado viéndolo. Regresé mi atención al chico que estaba a mi lado, el cual parecía haberse olvidado de que estaba ahí con él.

Resoplé. Me molestaba que las personas utilizaran sus celulares cuando estaban con otros. Se suponía que estábamos ahí para conversar, no para distraernos con la tecnología. Busqué dentro de mi bolso la servilleta que minutos antes convertí en una bola, y al encontrarla no dudé respecto a aventársela a la cabeza, dando justo en el blanco, y con ello consiguiendo que me mirase.

—Adrián... —Torcí la boca, enfadada.

—¿Qué? —preguntó.

—Lo estás haciendo de nuevo... —Observé su teléfono solo un instante.

—Lo lamento. —Sonrió, como si con eso pudiera hacer que me olvidara de todo, y guardó el celular.

—¿Podrías dejar de usarlo cuando estamos juntos? —Interrogué con seriedad—. A veces siento que estoy hablando con una pared.

—Tienes razón. —Agachó la mirada—. Lo siento *Little Darling*, no volverá a suceder.

Reflexioné durante unos segundos, uniendo pequeñas piezas que hasta ese momento no habían sido significativas. Cuando nos conocimos Adrián mostró un gran interés en mí, el cual se mantuvo igual durante las primeras semanas, pero después, poco a poco, fue alejándose o mostrándose indiferente cuando estábamos juntos.

¿Acaso se estaba aburriendo de mí?

Me negaba a creerlo, porque sería un duro golpe para enfrentar.

Era difícil —y un tanto vergonzoso— de aceptar, pero Adrián se había asentado dentro de mi corazón, e intentar sacarlo de ahí sería complicado y tal vez doloroso. En algún momento se infiltró, sin autorización, ganándose una parte importante de él.

—Has estado actuando extraño últimamente, ¿está todo bien? —pregunté. Indecisa entre querer o no escuchar la respuesta.

—Sí. —Sonrió—. ¿Por qué lo dices?

—Parece que no estás aquí. —Escruté su rostro—. Te la pasas en el celular, siempre estás distraído, y desapareces continuamente.

Río. —La verdad es que no lo sé. No me había dado cuenta de ello.

Esa vez no le creí.

Cada vez lo conocía mejor, y sabía que estaba mintiendo, pero no quise exponer la falsedad de sus palabras. Decidí sonreír, haciéndole creer que fui víctima de su juego. Si él no quería contarme la verdad yo no tenía por qué insistir, aunque eso dolía, saber que quizá no me tenía la confianza de la que se jactaba.

—Tal vez estoy exagerando —dije, para así restarle importancia al momento—. No me hagas caso.

Me abrazó por los hombros y me acercó a él tanto como pudo, apretujándome con dulzura.

—Descuida. Ya sabes que a veces puedes ser un poco dramática —comentó a modo de broma, sonriéndome.

Reí, pues tenía razón.

Yo era dramática.

Pero él estaba mintiendo.

Y no sabía que descubrir aquella verdad oculta podría resultar en uno de los errores más costosos.

* * *

Consideraba la casa de mi madre como mi primer hogar, pues en él pasaba la mayor parte de la semana, y ahí fue donde vivimos los tres como familia los últimos años antes de que mis padres se divorcieran. Aunque desde la partida de Jorge, ese lugar adquirió una esencia extraña, diferente a la que estaba acostumbrada, oscurecida por las discusiones que escuché durante varios meses entre sus paredes.

Subí a mi habitación después de darle un beso a Sandra, la cual terminaba una presentación para su trabajo en la sala de estar, ensimismada en la pantalla de su computadora portátil, y con una taza de café a su lado.

Estaba cansada después del largo, pero divertido día que tuve en compañía de mis amigos. Los momentos así los atesoraba, aunque fuesen comunes, sin alguna experiencia memorable. A lo largo de mi vida había aprendido a ser agradecida con lo que tenía y con la felicidad que podía disfrutar en compañía de aquellos a los que quería, sin motivos especiales.

La simpleza de las cosas a veces abarcaba su verdadero valor.

Me puse el pijama y entré al baño para cepillarme los dientes. Frente a mí había un espejo, y en él observaba mi reflejo. Mi cabello estaba levemente despeinado, en mis labios ya no había rastro del lápiz labial que utilicé cuando salí con Adrián, y, después de varios días, el color de mis ojeras había disminuido. La chica que me miraba por fin comenzaba a parecerse a la Ana

de siempre.

Las últimas semanas habían sido confusas, repletas de sentimientos y emociones diversos, experimentando antítesis entre ellos que me mareaban e, incluso, abrumaban. Y cuando parecía que todo comenzaba a acomodarse en su lugar, apareció Adrián con sus mentiras, las cuales hicieron que la calma se desvaneciera y en su lugar se quedara un panal de extrañeza.

Mi único pensamiento desde ese momento era que él estaba enfadándose de mí.

Incierto, aunque muy posible.

Regresé a la comodidad de mi habitación y saqué mi teléfono del bolso. Una pequeña luz verde brillaba en la esquina superior derecha, avisando que tenía una nueva notificación, desbloqueé la pantalla y me encontré con un aviso de una llamada perdida de Adrián. Cuando intenté ver los detalles de aquélla, su nombre volvió a aparecer.

Respondí, y antes de que pudiese hablar, su voz llegó hasta mí.

—*Ana...* —La manera en la que dijo mi nombre me hizo estremecer.

—Adrián, ¿qué pasa? —pregunté con una tonalidad angustiada.

—*¿Estás ocupada?* —Podía reconocer su desesperación.

—No. Dime qué sucede.

—*Pues... Yo...*

—Tómate tu tiempo. —Me senté en la orilla de la cama.

Durante casi un minuto no hablamos, pero lo escuchaba respirar con fuerza al otro lado de la línea.

—*Ana, ¿sigues ahí?* —cuestionó.

—Aquí estoy. —Le aseguré.

—*No me cuelgues, por favor* —suplicó.

—No lo haré hasta que tú me lo digas.

Suspiró pausadamente antes de hablar. —*Sabes, a veces solo quisiera irme muy lejos, desaparecer.*

Yo también.

—Entonces algún día nos fugaremos, a un lugar donde nadie nos encuentre. —Sonreí contra el auricular.

—*A donde nadie nos encuentre* —repitió.

—Tú puedes elegir el lugar, si quieres. —Me dejé caer hacia atrás.

Se rio. —*¿Te gusta la playa?*

—Sí.

—*Entonces podemos conseguir una cabaña a la orilla del mar.*

Despertar todas las mañanas con el sonido de las olas.

Cerré los ojos e imaginé una situación semejante con él, ocasionando que surgiera un revoloteo en mi estómago, tan familiar que ahora lo disfrutaba en lugar de preocuparme.

—Eso suena bien.

—*Contigo todo siempre está bien, Little Darling.*

CAPÍTULO 13

—¿Quieres que hablemos de lo que sucedió la otra noche? —cuestioné—. Ayer te busqué en la escuela, pero David me dijo que no habías ido. Después te mandé un mensaje y no respondiste.

Le vi sonreír, pero sus manos se aferraron con fuerza al volante. Incluso, pude notar una alteración en su manera de respirar, el compás se volvió más lento y profundo, como si le costase trabajo obtener oxígeno suficiente. No despegó la mirada del camino. Se mantuvo firme, manteniendo una faceta rígida, tratando de engañarme con aquella sonrisa.

Nuestra conversación del domingo terminó como cualquier otra. En ese momento no quise indagar en la situación, pues sabía que Adrián no se encontraba bien, y hablar sobre lo sucedido no me resultó una buena idea. Traté de consolarlo, hablando sobre otras cosas menos relevantes, pero interesantes, para que así sus pensamientos pudiesen despegarse un poco de la tragedia.

—Lo lamento —dijo, con una verdadera expresión de vergüenza.

—También intenté llamarte —Observé—, pero tu celular estaba apagado, por lo que creí que no querías ser molestado...

Ladeó la boca.

—Necesitaba tiempo a solas, pero la verdad es que me gustaría hablar de ello contigo —respondió.

Bajó el volumen de la música emitida por la radio.

Me acomodé en el asiento de forma en la que pudiese verlo casi de frente, luchando contra el cinturón de seguridad que me mantenía atrapada contra el respaldo.

—¿Qué fue lo que pasó? —Interrogué—. ¿Todo está bien con tu madre?

Asintió. —Mi padre es el problema. Siempre lo es.

—¿Qué hizo esta vez?

Apretó los labios y después lamió la comisura izquierda de éstos. Hacía ese gesto cuando se le dificultaba hablar. Durante casi medio minuto no respondió. Su atención parecía haberse centrado en una imagen ajena a nosotros, enfrascándolo dentro de su mente.

Exhaló pesadamente. —Se va a casar con una de sus alumnas.

—¿Cuándo?

—En dos semanas. —Se burló—. Mi madre quería mantenerlo en secreto, pero encontré la invitación. El maldito tuvo el descaro de invitarnos a ambos.

—¿Y qué dice tu madre de todo esto?

Tal vez eran demasiadas preguntas, pero solo así podría conseguir que Adrián hablara y librara un poco de la angustia que lo aprisionaba.

—No le interesa, supongo. —Giró el volante hacia la izquierda, y con ese movimiento pude percibir la tensión de sus extremidades—. Hace años que lo olvidó, sentimentalmente hablando.

—¿Y a ti, aún te interesa? —pregunté, aunque creía conocer la respuesta.

Dudó unos segundos antes de responder. —Si digo que no, estaría mintiendo. Pero si digo que sí, resultaría muy patético de mi parte.

—Sentirse así no es patético, Adrián. —Acaricié su antebrazo con dulzura un par de veces—. Todos tenemos derecho a estar tristes.

Me enseñó que yo era humana repleta de sentimientos, pero a veces parecía que a él mismo se le olvidaba que también lo era.

Fue disminuyendo la velocidad del auto cuando nos acercamos a una hilera de vehículos estacionados en el lado izquierdo de la avenida, cerca de una de las plazuelas principales del centro de la ciudad.

—Descuida. —Apartó la mirada un instante del frente y me observó, regalándome una sonrisa—. Encontré una forma de librarme de esos absurdos pensamientos.

Se estacionó detrás de una camioneta Pick Up de color gris y bajó con rapidez, impidiéndome preguntar cuál era esa forma de olvidarse de sus problemas. Imaginé cientos de cosas, pero no quería tener una idea errónea, así que decidí olvidarme de ello, lo único que importaba era que él estuviese mejor.

Lo primero que hice al bajar del auto fue observar el cielo nocturno. Estaba tapiado por grandes y oscuras nubes grises que pronosticaban una inminente lluvia. El viento soplaba con fuerza, frío por primera vez desde que el verano inició, y anunciando así la proximidad de su fin.

Abotoné mi suéter y caminé a un lado de Adrián por las iluminadas y transitadas calles del centro, rumbo a la galería de arte Van Gogh. Estaba emocionada por asistir a una de las exposiciones de Fabiola, a quien por primera vez se le dio la oportunidad de presentar sus fotografías en un lugar tan prestigiado como aquél. Añadiendo el simple y modesto hecho de que yo fui una de sus modelos, y mi rostro aparecería dentro de su exhibición.

El recinto estaba repleto de personas a pesar de que la presentación había comenzado tan solo una hora antes. Los presentes hablaban en voz alta, halagando el trabajo de mi compañera, embelesados por las coloridas imágenes y fascinados por la delicadeza de las mismas.

Me separé de Adrián unos metros, adentrándome en la muchedumbre, abriéndome paso entre las personas con pequeños empujones, emocionada por encontrar mi retrato. Me hubiese gustado ser más alta para ver por encima de las cabezas de los demás, pero desde mi estatura solo podía ver sus espaldas y cabelleras de distintos colores. En mi camino me topé con varios de mis compañeros, a los cuales saludé amablemente, pero con los que no me detuve a conversar.

Frente a mí apareció la fotografía de un chico que reconocí de inmediato: Miguel. Estaba sentado en la acera observando hacia el cielo, tenía el mentón recargado en una de sus manos y el codo sobre su rodilla. Su pose era despreocupada, llevaba su cabello castaño levemente despeinado y en sus gafas se reflejaba un rayo de sol que no cortaba la imagen. Aquel cuadro representaba a la perfección su tranquila personalidad. Y su sonrisa, tan afable, denotaba lo gentil que era.

Inspeccioné el lugar con la mirada, lo poco que alcanzaba a distinguir de las fotografías no me servía para encontrar la que estaba buscando. Sin embargo, eso cambió cuando mis ojos se encontraron con Adrián, al otro lado de la galería. Me dirigí hacia él para saber cuál fue el cuadro que consiguió captar su atención, y sentí un vuelco en el estómago cuando me di cuenta de que estaba admirando con demasiada atención mi fotografía.

Lo observé desde un ángulo en el que no podía verme, aunque quizá ni siquiera se hubiese percatado de mi cercana presencia al hallarse tan ensimismado en la imagen frente a él. Estudié su mirada, la cual parecía no querer desprenderse de lo que veía. Y entre sus labios, aquellos que tanto me hacían suspirar, estaba dibujada una sonrisa. Me sentí halagada ante esa actuación, pero lo que realmente creció en mi interior fue una sensación de calidez y ternura, fue una dulce vergüenza que tiñó mis mejillas de un rojizo rubor, tan caliente que podía sentirlo sobre la piel.

—Por fin la encontraste —dije, acercándome a él.

—Pareces una estrella —comentó sin mirarme, a mí, a la Ana real.

En la fotografía salía retratada una faceta mía que no había explorado aún. Denotaba picardía y seducción con la mirada, sonriendo como si quisiera conquistar a la persona al otro lado del lente de la cámara. Mi cabello estaba

sujeto y algunos mechones salían del nudo, cayendo sobre mi rostro con elegancia, y a ello le sumaba un adorno floral blanco atorado en mi peinado. Mis hombros estaban al descubierto, mostrando las pecas que los manchaban. Parecía ser una Ana diferente, aunque me gustaba.

Reí. —¿Una estrella de cine?, ¿de teatro?

—No. —Por fin apartó su mirada del cuadro y se centró en mí—. Una estrella de verdad. Radiante, única, hermosa.

Nunca antes había experimentado algo similar. Sentí una opresión en el pecho que me impidió respirar con normalidad. Todo a mi alrededor se detuvo por un instante, pero cuando el tiempo empezó a transcurrir de nuevo fue de una manera vertiginosa, tan intensa que me sentí mareada.

—Adrián... no digas tonterías.

Tenía calor, mucho, a pesar de que hiciera frío a nuestro alrededor. Sentí pequeñas gotas de sudor en mi espalda, adhiriendo la tela de mi blusa a la piel. Mi boca comenzó a secarse de a poco. Era un estado abrumador.

—No estoy diciendo tonterías, solo mírate —dijo en voz baja, apenas para que yo pudiese escucharlo.

Era demasiado.

Quise marcharme, alejarme del bullicio que hacía retumbar mi cabeza. Hice ademán de querer salir, pero Adrián me detuvo sujetándome del antebrazo. Tiró de mí y mi costado se estrelló contra su pecho, aprovechando esa oportunidad para rodear mis hombros con su brazo, manteniéndome cerca.

—Te ves increíble —susurró, de nuevo centrando su atención en la imagen.

No más, por favor.

—¿Podemos irnos? —pregunté, sintiendo una pesadez en el cuerpo.

—¿Por qué? —Me miró.

—Hay demasiada gente —respondí con un jadeo, agachando el rostro—. Comienzo a ponerme nerviosa.

Y aquello también era cierto. Las personas comenzaban a amontonarse a nuestros costados, empujando, tratando de avanzar y observar cada cuadro. Los cuerpos de algunos chocaban contra mí, con fuerza, sin detenerse a pedir una disculpa por su falta de precaución.

Adrián me tomó de la mano, entrelazando nuestros dedos, y comenzó a avanzar entre la multitud, abriéndonos el paso. Me mantuve cerca de él para utilizar su cuerpo como una barrera contra los demás. Salimos de ahí tan rápido como pudimos, entregándonos a la frescura de la noche.

Solté su mano, convencida de que en ese momento no me interesaba el romanticismo. Me incliné hacia adelante, sujetándome de las rodillas para encorvarme y respirar profundamente.

—¿Te encuentras bien? —Acarició mi espalda con movimientos ascendentes y descendentes.

—Sí. —Mi voz temblaba—. Lo lamento, no sé qué me sucedió allá dentro.

Me sujetó del mentón y levantó mi cabeza para que lo mirara. Sus ojos se posaron en los míos, escrutándolos.

—No tienes nada de qué disculparte. —Su pulgar me acarició—. Yo también me sentiría abrumado si de pronto me convirtiera en alguien famoso.

Sonreí.

—¿Alguna vez te he dicho lo tonto que eres?

—Solo algunas veces, pero creo que no las suficientes para que lo recuerde —comentó con falso tono petulante, lo que me hizo reír.

Negué por lo bajo mientras me enderezaba, un poco más tranquila. Por fin había conseguido respirar con normalidad, llenando mis pulmones con el suficiente oxígeno para disipar el mareo.

—¿Quieres hacer algo más o te llevo a casa?

Miré hacia el cielo y el viento arremolinó mi cabello, agitándolo como una bandera izada. El color gris de las nubes se había transformado en un lienzo casi negro, iluminado de vez en cuando por relámpagos.

—Creo que es hora de regresar a mi hogar. —Bajé la cabeza y lo miré—. Ya fueron suficientes emociones por el día de hoy.

—Estoy de acuerdo. —Rio—. Pero la próxima vez tendremos que ir a una exposición donde yo sea el protagonista.

—¡Por supuesto! —comenté con un timbre burlón.

Lo sujeté del brazo como solía hacerlo cuando caminábamos juntos, y nos unimos al andar de las demás personas que transitaban por la acera con pasos veloces, huyendo del fenómeno natural que se acercaba. Me di cuenta que Adrián no intentó acelerar nuestra caminata, sino que se entregó al momento, disfrutando conmigo del parsimonioso momento en el que nos encontrábamos.

Las primeras gotas comenzaron a caer, fundiéndose con el aroma a café desprendido de un restaurante a nuestra derecha. Los comensales del lugar nos miraban, como si el simple hecho de caminar bajo la llovizna fuera una acción de locos. Otras miradas se sumaron a ellos, los ojos de los cobardes que se refugiaban debajo de los tejados de los establecimientos que bordeaban la

calle. Caminamos lentamente, bajo el agua y las críticas de otros, despreocupados.

Adrián fue el primero de los dos en subirse al auto. Yo me quedé otros segundos disfrutando de la lluvia, levanté el rostro hacia el cielo y cerré los ojos, recordando la manera en la que mi acompañante se perdió en mi imagen, y en las palabras que me dedicó. Mi pensamiento comenzaba a perder fuerza, él no estaba enfadado de mí, simplemente tuvo días ocupados que lo mantuvieron un tanto distante.

No tenía nada de qué preocuparme.

Mi oportunidad con él seguía viva. Tan viva como la alegría que desbordó apenas unos momentos atrás viendo mi fotografía.

Sacudí la cabeza, estaba comenzando a divagar demasiado. Abrí la puerta y entré al vehículo dando un leve portazo. Adrián tenía los ojos cerrados y la cabeza recargada contra el asiento. Lo observé durante unos segundos, se veía más tranquilo que cuando llegó a mi hogar.

Durante unos minutos estuvimos así, callados, escuchando el sonido producido por las gotas de lluvia golpeteando contra el parabrisas, la cual comenzó a caer con mayor rapidez y fuerza, consiguiendo que los vehículos transitaran más lento, precavidos. Nuestras respiraciones hicieron que los vidrios se empañaran, nublando la visión que teníamos del panorama de fuera.

—Creo que tendremos que quedarnos aquí por un rato —comenté. Con la palma de la mano limpié el vidrio, dibujando una ola que dejaba ver el exterior.

—Eso parece.

Más silencio, el cual no incomodaba en lo absoluto. Podía estar con Adrián así durante horas, sin sentirme presionada por entablar una vana conversación para llenar ese vacío acústico. Era uno de los tantos motivos por los que me gustaba estar con él. Solo aquellos que realmente sabían valorar la presencia de otro eran capaces de permanecer sumergidos en el silencio sin bochorno.

Lo observé por un minuto... dos, tres, cuatro, cinco minutos, pero él parecía no darse cuenta de ello. Estaba tan perdido en sus pensamientos que parecía ajeno a la realidad, lo que me hizo sonreír.

—Tengo una idea —dije de pronto, consiguiendo que se alejara de su mundo de ensoñaciones.

—¿Cuál? —Me miró fijamente.

No le respondí. En lugar de ello ejecuté mi plan. Crucé a la parte trasera

del vehículo a través del estrecho espacio entre los asientos delanteros. Mi pequeña estatura me ayudó a moverme con facilidad y gracia hasta que me senté y lo miré, el cual me observaba por el retrovisor.

—¿Qué haces? —preguntó.

Me reí y le mostré la lengua como una niña pequeña.

Se mostró indignado, aunque sabía que estaba bromeando. Permitted dejarse llevar por ese infantil momento e intentó imitar mi acción, aunque él no fue tan agraciado. Debido a su prominente estatura, cuando trató de cruzar hacia atrás, su cabeza se estrelló contra el techo, lo que hizo que me riera a carcajadas, burlándome de él. Sin embargo, mi risa cesó cuando consiguió atravesar la angosta abertura y se dejó caer sobre mí, aplastándome contra el asiento. Chillé desesperadamente para quitarlo de encima, pero se rehusó a hacerse a un lado durante varios segundos, durante los cuales disfrutó de mi sufrimiento, riéndose como venganza.

Se quitó de encima y le di un golpe en el brazo, haciendo que su risa elevara el tenor.

—Ja, ja, muy gracioso. —Me crucé de brazos, fingiendo molestia.

Batió sus pestañas con encanto, esforzándose por no reírse de nuevo. En su semblante yacía una expresión ridícula, la cual me incitaba a ceder y perdonar su broma.

—Deja de hacer eso. —Le dije, ocultando mi diversión.

—Solo quiero verte sonreír, ¿es demasiado pedir? —Inclinó su rostro cerca del mío.

Esa cercanía era intimidante, pero, al mismo tiempo, tentadora.

—Creo que eres el único que me hace sonreír así. —Admití en voz baja, revelando uno de mis más turbios secretos.

No me moví, y él tampoco lo hizo. Permanecimos así de cerca por varios segundos, por un instante creí que me besaría, cumpliendo uno de mis más vergonzosos deseos. Me imaginé la suavidad de sus labios contra los míos, aunque la simple idea me hacía temblar. Nunca me consideré una buena besadora, y temía arruinar esa escena con mi torpeza.

—¿Ya estás mejor? —Su voz se escuchó ronca.

—Sí. —No era el momento adecuado para ello, por eso decidí alejarme de él, aunque sintiera frío ante la distancia—. Aunque me gustaría saber si tú realmente estás bien. Ayer me preocupé demasiado por ti.

Asintió. Parecía avergonzado.

—En realidad, hay algo de lo que me gustaría hablarte —dijo con cierta

vacilación.

—¿Sobre qué? —pregunté con verdadera curiosidad al notar la seriedad de su semblante. Me acomodé en el asiento de forma en la que pudiera verlo de frente.

—Eh... bueno... —Rascó la parte posterior de su cuello—. ¿Recuerdas que dijiste que siempre estoy distraído y que desaparezco sin dejar rastro?

—Sí. —Levanté una ceja.

—Te mentí cuando dije que no me había percatado de ello. —Su mirada se apartó de la mía.

¿Más mentiras?

Se supone que nuestra amistad se basaba en la confianza, o por lo menos eso creí desde el día en que nos conocimos, cuando ambos fuimos capaces de abrirnos al otro y hablar sobre cuestiones íntimas que nos dañaban, como si llevásemos años de conocernos.

—¿Y por qué mentiste? —La tonalidad de mi voz reflejaba una tristeza que no pude ocultar—. ¿Qué es lo que estás ocultando?

Levantó la vista hacia mí. —Debí decírtelo desde antes, pero hay una chica.

Sentí un pinchazo en el pecho. No estaba segura si era felicidad o nerviosismo, o una combinación de ambas. Todo apuntaba a que Adrián también sentía algo por mí, las señales no eran claras, pero al unir las podía parecer que abrían una posibilidad muy grande que llevaba hasta mí. La manera en la que miró mi fotografía, esa cercanía entre nuestros rostros, la alegría que ambos desbordábamos juntos. No podía haber duda, no podía significar otra cosa.

—Una... ¿chica?

—Llevo muy poco tiempo conociéndola —dijo después de un asentimiento—, pero cada momento junto a ella es especial. Me escucha, es divertida, tenemos muchas cosas en común. —Sonrió—. Y creo que me estoy enamorando de ella.

Perdí el aliento por un instante.

Cada característica encajaba conmigo.

Quería decirle que yo también me estaba enamorando de él.

Pero decidí esperar a que fuera Adrián el que lo dijese por primera vez.

—Oh... —Una sonrisa se dibujó entre mis labios—. ¿Y quién es ella?

Sonrió, tan bonito como siempre.

—Su nombre es Tania.

En el transcurso de la vida experimenté diferentes clases de dolores, tanto físicos como emocionales, pero aquél sería inolvidable.

Sentí que mis costillas se quebraron, arañando mis pulmones, robándome el aliento, y a mi corazón. A éste último rasgándolo en dos. Sin embargo, ahí no se detuvo el martirio. El sufrimiento se extendió hacia cada fibra que componía a mi ser. Mis terminaciones nerviosas vibraron, se sacudieron tan violentamente que no creí ser capaz de soportarlo.

La vida perdió un poco de brillo tras las palabras de Adrián, todo se volvió un tanto opaco, deslavado y monótono, como si aquella confesión se hubiese robado una parte considerable de la alegría y de los animados matices.

Aquél día, por primera vez, mi corazón se agrietó.

—Y bien... ¿no piensas decir algo?

¿Qué podía decirte, Adrián?

¿Qué rompiste algo dentro de mí?

—Ah, sí, lo siento. —Recargué la cabeza en el asiento, esquivando su mirada—. Es solo que... estoy sorprendida.

—¿Sorprendida? —Su voz denotaba una tonalidad molesta—. ¿Es lo único que vas a decirme?

Negué por lo bajo. —Me alegro por ti... y por ella. —Me apresuré en agregar.

—¿Gracias? —No parecía haberlo convencido con mi terrible actuación.

Un incómodo silencio nos rodeó, contrariando a la previa reflexión que tuve sobre los momentos como ese, donde las palabras a veces sobran, y la parsimonia era el mejor entorno para convivir.

Me dolía el estómago, como si su me hubiesen golpeado con fuerza en el centro. De nuevo no podía respirar bien, cada bocanada de aire era semejante a una caliente calada que ardía en mi interior.

—Adrián... —dije de pronto, consiguiendo atraer su atención.

—¿Qué pasa? —De soslayo vi que me estaba observando.

—Lo lamento —respondí. Me costaba hablar, pero necesitaba hacerlo, sacar, aunque fuese, una pequeña parte de la estaca que estaba enterrada en mi pecho—. Es solo que no lo esperaba de ti.

—¿Por qué no?

—No lo sé. —Me encogí de hombros y sonreí. Sonreí para no llorar—. Supongo que por todo lo que me has contado, pero creo que debo hacerme a la idea de que, a pesar de la situación, tú también te puedes enamorar.

Sam se había equivocado respecto a él.
Dijo que Adrián era la clase de chico que nunca se enamoraría.
Y esa equivocación dolió mucho.
Porque él estaba enamorado, pero no de mí.

CAPÍTULO 14

—Entonces estás enamorada de Adrián.

Suspiré antes de responder con cierta melancolía un simple: —Sí.

Cat despegó la mirada del camino solo un par de segundos para mirarme. El color miel de sus ojos desprendía preocupación y empatía.

—¿Desde cuándo? —Fue su siguiente pregunta. La tonalidad que utilizó denotaba pesar, lo que me hizo sentir un poco más diminuta.

—Realmente no lo sé. —Agaché la mirada hacia el anillo que tenía en el dedo anular derecho. Un obsequio que me dio mi padre en mi cumpleaños número quince—. Simplemente desperté un día y me di cuenta de ello.

—¿Y él lo sabe? —Observó por el retrovisor y giró el volante con ambas manos hacia la izquierda.

—No. —Tragué saliva—. Ni siquiera lo sospecha. Está demasiado ensimismado en su propio romance.

Las palabras de Adrián resonaban en mi cabeza, como un insistente martilleo que me causaba jaqueca. Escuchaba su voz una y otra vez diciendo que estaba enamorado de Tania. No comprendía cómo era que algo etéreo pudiese ser tan hiriente y demoledor. No me tocó, pero sentí que su confesión fue un duro golpe en el centro de mis costillas que robó mi aliento.

Pasé varias noches imaginando el rostro de Tania. Preguntándome qué tan bonita era, si su cabello era largo o corto, castaño o rubio; si sus ojos eran verdes, azules, grises, cafés o de un color no descubierto que pudiese haber enamorado a Adrián; si era robusta o delgada, como a él le gustaban. Martiricé mis pensamientos durante mis horas nocturnas, intentando imaginar a la chica que le robó el corazón a mi mejor amigo, desplazándome.

Cat exhaló pesadamente, trayéndome de vuelta al mundo real.

—¿Te dijo el nombre de la chica?

—Mmm sí. Se llama Tania —respondí con dificultad.

—Me lo imaginaba. —De nuevo me miró, aquella vez por un periodo más prolongado, pero lo suficientemente corto para no causar un accidente vial. Parecía que estaba escrutando mi reacción.

—¿Lo imaginabas? —Parpadeé varias veces, confundida—. ¿La conoces? No estaba segura de querer escuchar la respuesta, aunque no pude hacer

nada para evitarlo.

—Sí. —Movi6 los dedos sobre el volante, similar a un gesto de ansiedad —. Es nuestra compañera de clases.

—Oh. —Tal vez no sería capaz de soportar otro golpe de esa índole—. Debe ser una gran chica...

Tan grandiosa como la dibuje en mis pensamientos: hermosa, inteligente, simpática, con un cuerpo de revista, y una linda sonrisa. Tan perfecta que seguramente no podría competir contra ella.

—La verdad es que ella no es de mi total agrado —coment. Not que su boca se ladeo con disgusto.

—Por que?

—Sabes que no me gusta hablar mal de las personas —Rio sin algún ápice de diversn—, pero debo confesar que creo que Tania es una manipuladora.

—Hay algún motivo para que lo creas? —Indagué, cada vez más curiosa.

Era muy poco lo que conocía de Catalina, hacía apenas unos días que comenzamos a tener contacto mediante mensajes de texto, todo a raíz del desayuno que compartimos con Cristina en la cafetería del centro. Desde ese encuentro nos volvimos un poco más unidas, atribuyndoselo a la gratitud que mostr luego de que la apoyase con su situación respecto a la ruptura amorosa que tuvo con su exnovio Alberto y quien, para ese momento, ya estaba saliendo con alguien más, contradiciendo el falso pretexto que le dio a Cat para terminar.

—Absorbe a Adrián en todos los sentidos posibles... —respondí tras un momento de silencio—. Estos días creía que él estaría para mí, apoyándome como yo lo hice cuando él lo necesit, pero ha estado desaparecido. Y ahora conozco el motivo. —Chasque la lengua—. No puedo creer que nos st cambiando a todos por ella...

Su voz comenzó a temblar y se detuvo. Vi la manera en la que mordí el interior de su mejilla, aquel era un gesto que también Cristina hacía cuando quería llorar, pero se contenía. Hablar de Alberto aún le dolía y le resultaba difícil, por lo que comprendí su repentino silencio.

La historia de ese par había tocado una fibra importante de mi corazón, porque durante un tiempo los consider la pareja más feliz que conocía. Los vi juntos solo unas cuantas ocasiones, quizá el número lo podría contar con los dedos de una mano, pero me bastaron esos pocos momentos para envidiar su relación. Alberto siempre se mostr como un verdadero caballero con ella, le

abría la puerta y la dejaba pasar primero, la besaba con cariño y tomaba su mano en cada oportunidad, halagaba hasta el más pequeño detalle de su apariencia y siempre le recordaba lo hermosa que era. Yo creía que ya no había hombres como él, y que Cat fue afortunada por encontrarlo, pero, lastimosamente, me equivoqué con ellos.

Su relación terminó y se esfumó con el viento.

La razón por la que Alberto terminó con ella fue porque necesitaba un tiempo para concentrarse en él mismo, en la escuela y sus actividades, estaba ansioso por lo relativo al ingreso a la universidad, y dijo que requería de su espacio para recuperar la vitalidad que poco a poco lo abandonaba. Cat aceptó y decidió esperarlo, sin saber que ese *tiempo y espacio* tenía unos envidiables ojos azules y una sonrisa de ensueño.

Cómo alguien pasaba de amarte a convertirse en un completo desconocido, al cual no le importaba romperte en miles de pedazos. ¿Cómo era posible?, ¿cómo... alguien podía ser tan cruel y despiadado?

—Cat... —Toqué su antebrazo para intentar consolarla, pero negó por lo bajo.

—Ana, te daré un consejo como amiga, y como alguien que conoce a Adrián desde hace ya varios años. —Hizo otro breve silencio, tratando de inspirar profundo, y en el que pude notar su expresión de angustia—. Lo mejor es que te olvides de él.

El cambio en la dirección de la conversación hizo que sintiera una opresión en la garganta que me impidió respirar con normalidad. No pude hablar, aunque la verdad era que ni siquiera quería hacerlo, pues no sabía qué decir, nada parecía ser apropiado para utilizar como respuesta a lo dicho por Catalina.

Me hice pequeña contra el asiento. De pronto sentí mucho frío, a pesar de que minutos antes le supliqué a Cat que encendiera el aire acondicionado del carro. Me crucé de brazos para frotarlos e intentar entrar en calor, era como si una corriente helada me envolviese, arrojándome a un lugar oscuro y desolado, carente de una protección que pudiera mantenerme concentrada y con mis cinco sentidos activos.

Olvidarme de Adrián.

Olvidar algo que ni siquiera había comenzado, y quizás eso era lo que más conflicto me causaba, saber que no existió ni una posibilidad para hacernos felices.

El resto del trayecto no hablamos, lo que agradecí, a sabiendas de que mi

voz se escucharía temblorosa a causa del nudo en mi garganta que aprisionaba a mis palabras, como un mecanismo de defensa ante el llanto, el cual amenazaba con ahogarme si permitía que saliese a flote.

Ambas estábamos sufriendo, atrapadas en las mazmorras de nuestros pensamientos, entre las telarañas de las ilusiones rotas. Vi que Cat limpió una lágrima que se deslizó por su mejilla, sin inmutarse realmente.

Yo fui tan fuerte como pude, y reprimí mis sentimientos por primera vez, incluso controlando el vaivén de mi agitada respiración. Era terriblemente doloroso pretender que esa corta plástica no me asfixiaba ni causaba una perturbación en mi estado emocional, pero me obligué a mostrar una faceta indiferente. Tan falsa como una máscara, aunque tan necesaria en ese momento de calvario.

Tras varios minutos de silencioso camino, llegamos a la casa de Mario, donde mi acompañante se estacionó atrás de la camioneta de David. Cuando apagó el motor del vehículo hice ademán de querer salir, pero Cat no quitó los seguros, impidiéndome bajar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, mirándome fijamente por primera vez desde que iniciamos con el recorrido hasta allí. Sus escleróticas estaban levemente enrojecidas por el llanto.

Asentí, aunque no pude mantener mis ojos en los suyos.

—Ana... —Tomó una de mis manos a forma de consuelo—, tú me ayudaste cuando Alberto terminó conmigo, ahora es mi turno de apoyarte.

Su semblante manchado por el dolor había desaparecido, siendo sustituido por una expresión dura, casi indiferente, como si no hubiese estado al borde de un quiebre emocional tan solo unos minutos antes.

—Gracias. —Mi voz se escuchó tan melancólica, que yo misma sentí pena por mí.

—No sufras por un chico al que no le importa nada más que su bienestar. —Me dedicó una sonrisa ladeada—. Vales demasiado para eso.

Le sonreí con esfuerzo. —En verdad te lo agradezco, Cat.

Soltó mi mano y acarició el contorno de mi rostro con las yemas de sus dedos, deteniéndose en la punta de mi mentón.

—Te invité esta noche porque quiero que pases un agradable momento con nosotros, ¿de acuerdo? —Sonrió con mayor firmeza—. Así que no importa lo que pase allá dentro, quiero que muestres la mejor de tus sonrisas. Y si en algún momento quieres irte solo házmelo saber.

—De acuerdo.

Cat quitó los seguros y fue la primera en bajar del auto. Aguardé un par de segundos antes de seguirla, respirando con profundidad varias veces, solo para tratar de controlar el temblor que se extendía a todo mi cuerpo.

Al principio me sentí entusiasmada por la invitación de ir con ella a casa de Mario a pasar el rato, sin embargo, esos ánimos se esfumaron tras la plática que mantuvimos en el camino. Sus palabras fueron un recordatorio de que, en la mayoría de los casos, las cosas no resultan ni suceden como las planeas, mucho menos en lo relativo al amor.

La seguí al interior de la casa caminando detrás de ella como una sombra. Cat tampoco reparaba en formalidades en ese lugar, por lo que entramos sin avisar. Atravesamos la sala de estar hacia las puertas dobles que conducían al jardín donde un murmullo de voces nos esperaba. Sentados alrededor de una pequeña mesa de cristal, se encontraban todos, a excepción de Adrián.

Suspiré de alivio al notar su ausencia. Tal vez él ni siquiera iría aquella tarde, considerando que cada vez estaba más distanciado del grupo, y más cercano a su conquista, la cual esperaba no durase más que un par de semanas, cuando la emoción se disolviera.

Ambas nos acercamos a cada uno de ellos para saludarlos, lo que hizo que me sintiera más animada al recibir sus amables comentarios sobre lo mucho que les alegraba que estuviese ahí con ellos. Aunque fuesen palabras dichas por Adrián, él tenía razón respecto a los chicos: eran increíbles, y su amistad era una luz dentro de la oscuridad.

Nos sentamos entre Andrés y David, el primero a un lado de ella, y el mejor amigo de Adrián a mi izquierda. Cat pidió una cerveza para comenzar, argumentando que su ánimo aumentaba ante el primer trago de cualquier bebida alcohólica. En mi caso, lo único que acepté fue una lata de refresco de sabor limón. Ninguno hizo un comentario burlesco por mi preferencia, no como solían hacerlo los chicos de mi generación, quienes creían que emborracharse era el más divertido pasatiempo.

—¿Sobre qué estaban hablando? —preguntó mi fiel acompañante.

—Mario preguntó qué le pediríamos al genio de la lámpara si solouviésemos un deseo —comentó Andrés, intercalando su mirada entre ambas—. Fácil. Yo sería millonario.

—Yo pedí que mi madre no fuera homofóbica. —Melissa apretó la mano de Ximena por encima de la mesa y le dedicó una mirada repleta de cariño.

—Y yo un final feliz con el amor de mi vida. —La dulce chica respondió, mirando de igual manera a su pareja.

Mario comentó: —A mí me gustaría que mi madre aun estuviese aquí.

Me sorprendió que ninguno se inmutara ante las últimas tres respuestas, como si todos conocieren el deseo más profundo del otro. Quizá se conocían tan bien, que expresar aquellos deseos en voz alta era innecesario para su amistad, aunque muy requerido para sentirse un poco más liberados.

—¿Y tú, David? —Todas las miradas se dirigieron hacia él, incluida la mía—. ¿Qué pedirías?

—Que mis padres no fueran tan estrictos. —Negó mientras le daba una calada a su cigarrillo. Después añadió—: Con eso no necesitaría de nada más.

—¿Cat...?

Suspiró antes de responder. —Me gustaría olvidar todo aquello que no quiero recordar.

Fue entonces que la atención de todos se posó sobre mí, haciendo calentar mis mejillas.

—Es tu turno, Ana. —David me dedicó una afable sonrisa—. ¿Cuál sería tu deseo?

Podía pedir decenas, centenares, millares de cosas, pero en mi mente solo tenía lugar para una de ellas. Aunque, en realidad, no era la imagen de un objeto lo que anidaba dentro de mi cabeza, sino una persona. Un chico de cautivadores ojos castaños y una resplandeciente sonrisa. Un pensamiento terriblemente egoísta, incluso para mí, por ello lo deseché con rapidez, consciente de que se trataba de una tontería que me haría quedar en ridículo.

—Que el matrimonio de mis padres hubiera funcionado —dije. Pensando, por fin, razonablemente—. Como tú dijiste, David: con eso no necesitaría de nada más.

Una taciturna manta nos cubrió a todos, haciendo que el silencio reinara entre nosotros. En aquella ocasión el entorno carecía de la usual música que escuchaban en todas las reuniones como aquella, dejando que los sonidos de la naturaleza interactuaran con nuestro sentido del oído. Grillos chirreaban, las hojas ondeaban, y el viento cantaba en un bajo tenor.

—Le dije a Ana que pasaríamos un buen rato. —Cat interrumpió aquella tranquila escena, atrayendo la mirada de todos—. Así que, por favor, hagamos algo divertido, si no creará que somos una bola de perdedores.

Melissa juntó las manos, dando un pequeño aplauso. —Entonces traeré más bebidas de la cocina, más golosinas, y ¡muchas más bebidas!

—Eso último ya lo habías dicho —comentó Ximena, riéndose por la actitud de su novia.

Catalina se levantó de su asiento y me tomó de la mano, incitándome a que la siguiera a una mesa un poco más alejada de la que estábamos. No comprendí el porqué, pero decidí seguirla sin oponer alguna clase de resistencia. El nuevo lugar donde nos sentamos se trataba de dos taburetes altos que dejaban nuestros pies colgando, donde no dudé en balancearlos de adelante hacia atrás con el ritmo de la música que Andrés se encargó de poner a través de las bocinas.

—¿En serio no quieres algo más fuerte para beber? —preguntó, elevando el timbre de su voz para que la pudiera escuchar claramente.

Negué con la cabeza. —Estoy bien.

Pero esas dos palabras perdieron su sentido cuando miré hacia las puertas francesas de la sala que se abrieron, revelando detrás de ellas una imagen que agrietó a mi dañado corazón. Ahí, en un momento que pareció detenerse en la eternidad, me encontré con Adrián y su acompañante, una hermosa chica castaña que sonreía sin cavilaciones.

Tania. Ella en definitiva era Tania.

Y ese instante significó otro punto clave dentro de mi historia. Volviéndose el día donde todo cambió para mal.

Adrián me observó desde la lejanía, y en silencio me pidió que fuese a apoyarlo con aquella incómoda situación, donde todos los observábamos con inquietante atención, atribuyendo aquello a la chica que lo tenía tomado de la mano y se adentraba a nuestro pequeño y privado espacio. Una intrusa, así como yo lo fui un día entre ellos. Pero, en lugar de ir a su lado como estaba acostumbrada a hacerlo cuando me lo pedía, me giré y observé a Cat, quien no parecía estar tan sorprendida como yo.

—¿Sabías que ella estaría aquí?

—No. —Mintió, pues tiempo después descubrí que ella sabía de la presencia de Tania en la reunión de aquella tarde.

—¿Qué se supone que haga ahora? —cuestioné, sintiendo que los nervios comenzaban a aflorar en mi interior.

—Actuar como lo has estado haciendo hasta ahora. —La firmeza de su voz me hizo recobrar un poco de estabilidad—. No permitas que te vean vulnerable, especialmente ella, ¿me entiendes?

Asentí.

De soslayo vi, que cuando terminaron de saludar a los demás, caminaron en nuestra dirección. Tania se veía radiante, llevaba puesto un vestido que acentuaba lo delgada que era cintura y lo prominente de sus caderas,

añadiendo que su escote revelaba casi la mitad de sus pechos sin llegar a ser precisamente vulgar. Y su cabello, maldición, era tan radiante y daba la apariencia de ser tan suave como la seda. Todo en ella parecía ser demasiado bueno para ser verdad. Como si la acabasen de sacar de un empaque nuevo de muñecas. Hermosa, como la había imaginado.

—Aquí vienen. —Cat susurró.

Mi compañera se levantó con un agraciado movimiento, tan propio de ella, y saludó a Tania con un beso en la mejilla. Ambas se sonrieron, pero sabía que las sonrisas de las dos eran falsas, se veían forzadas y un tanto incómodas.

Y entonces, fue mi turno de actuar utilizando un antifaz que me permitía ser una persona, una más fuerte e inquebrantable.

Sonreí tan cortésmente como pude. —Mucho gusto, soy Ana.

—El gusto es mío, Ana. —Se mostró alegre—. Yo soy Tania.

Sé quién eres.

—Chicos, enseguida regreso. —Catalina me dedicó una mirada de advertencia, la cual no comprendí debido al pánico que me invadió al saber que me dejaría a solas con ellos—. No he comido en varias horas, y comienzo a marearme. Iré a buscar algo en la cocina.

Los tres asentimos, aunque Tania pareció no prestarle verdadera atención.

—Adrián me ha hablado tanto de ti, tenía mucha curiosidad por conocerte.

Observé a Adrián por un segundo, preguntándome qué era lo que le había contado sobre mí. Después regresé la mirada hacia ella.

—Espero que hayan sido cosas buenas —comenté a modo de broma, consiguiendo que los tres riéramos.

—¡Por supuesto! —Lo abrazó, colocando una mano sobre su pecho—. Ha hablado tantas maravillas que ya hasta te considero amiga mía.

¿Disculpa?

—Eso suena grandioso. —Mi sonrisa se atrofizó.

—¡Eh, chicos! —La voz de Mario nos llamó desde la entrada de la cocina—. ¿Quieren algo de beber?

Tania asintió como respuesta. —¿Tú quieres algo, *mi amor*?

—¿Puedes traerme una cerveza? —Le dio un beso en la frente.

—Claro, *mi amor*. —Sujetó a Adrián de la camisa y le dio un beso en los labios. Y con ello sentí que moría un poco—. Y tú, ¿quieres algo, Anita?

¿Acaba de llamarme Anita?

—No, estoy bien, gracias.

Por supuesto que no lo estoy.

—De acuerdo, entonces enseguida regreso. —Le dedicó un guiño coqueto a Adrián antes de encaminarse hacia la cocina, desde donde podía ver a Catalina en el interior conversando con Andrés.

Agaché la mirada cuando noté que Adrián no podía apartar sus ojos de ella, siguiéndola hasta que desapareció en el interior de la casa, acompañada de Mario. Yo quería que él me mirase de aquella manera, aunque cada vez estaba más convencida de que eso no sucedería.

—¿Qué sucede, *Little Darling*? —preguntó, sujetándome por los hombros y, con ello, haciendo que lo mirara de nuevo—. ¿Te encuentras bien?

Sus últimas palabras fueron una cruel revelación, pues su aliento estuvo tan cerca de mi rostro que fue imposible no olfatear el aroma que lo teñía: alcohol. Adrián había estado bebiendo antes de llegar hasta ahí. Aún era temprano, no comprendía por qué decidió beber fuera, en otro lugar, si con sus amigos también podía hacerlo y sin alguna clase de preocupación. Y entonces recordé de las palabras de Catalina sobre Tania: “Absorbe a Adrián en todos los sentidos posibles...”

¿Realmente ella era la responsable de las actitudes despreocupadas de Adrián?

—¿Has estado bebiendo? —pregunté, a pesar de conocer la respuesta.

Como acto reflejo, dio dos pasos hacia atrás, alejándose de mí.

—Tal vez... —Trató de fingir inocencia.

Era absurdo de mi parte sentirme así de decepcionada por una actuación tan simple, pero quizás iba más allá. Con él siempre todo aumentaba su importancia, fuese una situación buena o mala. No había puntos intermedios, y ese era un terrible problema con el que no sabía lidiar. No aún.

—A veces te desconozco —dije, refiriéndome a tantas cosas.

Se quedó callado, muy serio, observándome. Sus ojos escrutaron mi rostro con velocidad, denotando confusión combinada con miedo. Parecía estar alejado de la realidad, ensimismado en sus pensamientos. Sin embargo, cuando volvió al plano donde se hallaban nuestros cuerpos, se acercó a mí, tanto que podía sentir su torso contra mi cuerpo, y me sujetó del mentón con su mano derecha, elevando mi rostro para que lo mirase fijamente.

—Soy el mismo de siempre —dijo con una tonalidad dolida—. Soy Adrián, tu mejor amigo.

Sentí que mis labios temblaron. —Sí, lo eres, mi mejor amigo.

Solo eso.

—Entonces no hay razón para que pienses de esa manera, ¿o sí? —
Acaricié mi mentón con el pulgar.

—Ustedes dos son tan lindos como amigos.

La voz de Tania hizo que retrocediera varios pasos, alejándome de Adrián, encandilada por aquél momento. Observé a la chica que sostenía una lata de cerveza en cada una de sus manos. Noté que las sujetaba con fuerza, pero midiéndose para no aplastar el aluminio.

—Te traje tu bebida, amor. —Le entregó su bebida a Adrián—. ¿Y tú, Ana, segura que no quieres una? Te veo un poco tensa, quizá te ayudaría a relajarte.

Siempre creí que las mujeres teníamos una buena intuición en cuanto a otras chicas se tratase, y sabía que no me equivocaba al suponer que las intenciones de Tania conmigo no eran las mejores, especialmente por la manera en la que sonreía, tratando de aparentar una faceta dulce, pero la cual no consiguió engañarme.

—No, gracias. —Probé suerte, incitándola a equivocarse con su actitud—. Estoy en contra de usar las bebidas alcohólicas como medio de diversión... o, en este caso, de relajación.

—Me sorprendes. —Sonrió maliciosamente mientras abría su lata de cerveza—. No creí que hubiera alguien de nuestra edad que pensara así.

—Supongo que me salgo del estereotipo. —Me encogí de hombros, devolviéndole la sonrisa—. Ah, y soy menor que ustedes por un año.

—Ya veo... —Perdió un poco de seguridad, aunque intentó recuperarla cuando le dio un trago a su bebida y se lamió los labios de una forma atrevida, incitadora y seductora.

Levanté las cejas, perpleja, y solo pude exhalar ruidosamente, como una muestra de aburrimiento.

—Bueno, iré a la cocina por algo de comer. —Miré hacia allá, donde ahora me encontré con la imagen de Catalina conversando con David en la entrada—. ¿Gustan algo?

—Estamos bien, ¿verdad, *bebé*? —Lo abrazó, exagerando el gesto.

—Sí. —Adrián correspondió, rodeándola por la cintura y acercándola a él—. Gracias, *Little Dalirng*.

Les dediqué una última sonrisa antes de marcharme de aquella incómoda situación, la cual me tenía inquieta desde que inició.

Por un momento fui capaz de armarme de valor y, de cierta manera, enfrentarme a la chica que consiguió enamorar al chico del cual yo estaba

enamorada.

El primer deseo que pedí aquella noche fue,
Que él me quisiera tanto como yo lo hacía.

CAPÍTULO 15

Estaba recostada en mi cama, observando el techo. Sentía una terrible opresión en el pecho, la cual volvía más difícil mi respirar. Era aquel abrumador momento en el que estás al borde del llanto, pero intentas ser fuerte y contienes las lágrimas, sabiendo que tarde o temprano saldrán a evidenciar tu dolor. Ahí estaba, fingiendo ser irrompible y que los latidos de mi corazón no resonaban como una carcacha descompuesta que intentaba funcionar con normalidad.

Mi mente me torturaba, recordándome a cada segundo el rostro de Tania. No podía olvidar lo hermosa que era, su sedoso cabello y lo tersa que era su piel, esa sonrisa tan brillante a pesar de que estuviese oculta detrás de unos frenillos rosas; tal vez sus ojos no eran los más extravagantes, pero ellos consiguieron atrapar la atención de Adrián. Y lo dulce de su voz cuando se dirigía a Adrián, quien respondía con tanto cariño.

Era imposible competir contra alguien así.

Cerré los ojos en un vago intento por conciliar el sueño. Era tarde, el reloj marcaba las dos de la mañana menos quince, pero no estaba cansada, ni mostraba algún ápice real de querer dormir. Simplemente existía en ese momento, sobrellevando el sufrimiento. Inspiré profundo, deseando no quebrarme.

La luz de la lámpara sobre el buró era lo único que me mantenía alejada de la oscuridad. Literalmente. En situaciones así detestaba estar a oscuras, pues creía que era un factor que podía añadir dramatismo a hechos de por sí ya complicados.

Conforme transcurrieron los minutos, comencé a sentirme un poco más tranquila. Mi respiración fue recuperando su calmoso ritmo, y la punzada en mi pecho fue disminuyendo hasta convertirse en un pequeño piquete, apenas perceptible.

Pero, entonces, me convertí en el peoncillo de un mal juego y, como es bien sabido, esa pieza no es muy importante al inicio, se le desvaloriza injustificadamente, tal como en mi caso, cuando recibí un mensaje de texto que denotaba que yo estaba al final de los pensamientos nocturnos de Adrián. Eran las dos en punto de la mañana, varias horas después del encuentro; tiempo

suficiente para que pensara en sus palabras, las cuales, quizá, estarían llegando tarde para ser significativas.

Leí el contenido del mensaje y sonreí con esfuerzo como un reflejo del estallido que hubo en mi interior.

» *Lamento lo de hace rato.*

¿Realmente por qué te disculpabas, Adrián?

¿Por adoptar una actitud despreocupada respecto a tu salud?

¿Por besar a Tania en frente de mí?

¿O por no quererme más que a una simple amiga?

Ah, mi mente ya comenzaba a divagar a esas altas horas de la madrugada.

Le respondí de inmediato: «Descuida, no soy nadie para juzgarte.

» *Pero eres mi mejor amiga para aconsejarme.*

Podía mentir, diciendo que desconocía el motivo por el cual de pronto sentí las mejillas húmedas por las lágrimas, pero esa noche no pude continuar ocultándome lo que sucedía en mi interior.

Ese dolor era una grieta en mi corazón.

«¿Qué haces despierto tan noche?

Decidí cambiar el tema de la conversación. No me creía capaz de seguir hablando sobre lo ocurrido en casa de Mario, no después de saber que todas esas ilusiones y sueños que tuve junto a Adrián se convirtieron en cenizas, las cuales poco a poco se esfumaban con el viento.

» *No puedo dormir, ¿y tú?*

«Catalina acaba de traerme.

Mentí. Llevaba casi dos horas en la casa de mi padre.

Luego de que Tania y Adrián se marcharan muy temprano, con el pretexto de que los padres de ella no querían que llegase muy noche a casa, me quedé otro rato con los chicos, conversando sobre trivialidades de la vida, escuchándolos sin realmente hacerlo; sus voces se convirtieron en ecos lejanos que perdieron fuerza y se asemejaron a revoloteos sin sentido. Después Cat me llevó a casa.

—¿Segura que estás bien? —Me preguntó.

—Sí, solo necesito asimilarlo —respondí con el mejor ánimo que pude fingir.

» *Lamento si esta noche no fui yo quien te llevara a casa.*

«Lo comprendo —intentaba hacerlo—, estabas con tu novia.

Esperé durante casi una hora una respuesta que nunca llegó.

* * *

Cuando abrí los ojos, después del mediodía, me dolían. Estaban hinchados y sentía los párpados pesados.

No sabía en qué momento me quedé dormida, tal vez eran las cuatro o cuatro con treinta minutos de la mañana, quizás las cinco, la verdad es que no lo sé. Solo recordaba que, cuando el sueño por fin comenzó a vencerme, estaba ahogada por las lágrimas, casi al borde de un colapso nervioso.

Lloré hasta que no pude más. Lloré tanto que ni siquiera lo creí posible. Lloré hasta el punto en el que me desconocí, convirtiéndome en una sombra consumida por los primeros atisbos del amanecer.

Quedé tan seca como un desierto. Despoblada de esperanzas, con una nueva perspectiva del amor, igual de etérea que los granillos de arena.

Qué lejos se escuchaban las notas musicales del radio de papá en la sala, tan distantes y desconocidas, como si se encontrasen en un plano diferente. Reconocía la voz del Rey del Rock and Roll, melodías que me acompañaron en la infancia.

Por un instante, presa del dolor, deseé que todo se hubiese tratado de un mal sueño, sin embargo, cuando desbloqueé la pantalla de mi celular y leí los últimos mensajes que intercambié con Adrián, me di cuenta de que esa decepción estaba incrustada en la realidad, como una daga clavada en el centro de mi pecho.

A veces, la peor tortura se manifestaba en la forma de un atractivo chico de ojos castaños.

Me levanté de la cama con un inmensurable esfuerzo, cada músculo me dolía como si hubiese recibido una paliza. No entendía el porqué de ello, pero estaba convencida de que se vinculaba a la terrible noche que pasé, tensa y nerviosa por la situación. Fui hacia el cuarto de baño con un cambio de ropa entre mis manos, andando en puntillas para no alertar a mi padre sobre mis movimientos, en ese momento lo único que deseaba era convertirme en un ente invisible para el mundo, con el ánimo de desaparecer.

Observé mi reflejo sobre el espejo.

—Te ves horrible. —Me dije.

Y sonreí para no volver a llorar.

Tomé una rápida ducha con agua tibia, despabilándome lo suficiente para que mi cuerpo recobrase cierta estabilidad y fuerza. Me puse la ropa limpia que llevé, sequé mi cabello con la toalla y cepillé mis dientes. De nuevo me miré en el espejo, por lo menos aquella vez mi piel no se veía desvitalizada ni mis ojos contra una lucha por no cerrarse. Recuperé un ápice de normalidad.

Regresé a mi habitación solo para recoger las llaves que dejé dentro de mi bolso. La música de Elvis Presley fue adquiriendo fuerza conforme fui acercándome a la sala de estar. Inventé una rápida excusa para salir —iría a casa de Sam porque me prestaría un libro—, aunque la cual no necesité al notar que mi padre ni siquiera estaba ahí. Aproveché esa ausencia para escabullirme fuera de casa, aliviada de no tener que mentir.

Caminé por la acera con pasos lentos, casi arrastrando los pies. El viento soplabla y arremolinaba los mechones de mi cabello como una flama que se propagaba detrás de mí. El cielo estaba despejado, pero el sendero por el que avanzaba se hallaba tapiado por las sombras de los árboles proyectados sobre la calle, dibujando formas irregulares.

Durante varios minutos anduve sin rumbo fijo, siguiendo las líneas dibujadas en el suelo, escuchando el trinar de los pájaros que descansaban sobre las ramas, escondidos entre el amarillento follaje. Mi viaje concluyó cuando el cemento fue convirtiéndose en césped, y el sonido de la naturaleza gruñó. Frente a mí se encontraba el parque de la colonia, un sitio de amplias áreas verdes que eran circundadas por árboles de diversas especies. Ahí todo se veía en calma, silencioso, y solitario.

Justo lo que estaba buscando.

Me dirigí hacia una banca de concreto cerca de los columpios. En ese lugar cubierto por la sombra de un viejo árbol con su tronco torcido, donde creí que podría pasar desapercibida para los ojos del resto.

El viento comenzaba a soplar con mayor intensidad, anunciando la llegada del otoño. Las hojas volaban libres por el aire, danzando entre ellas, arremolinándose, trazando un camino que se alejaba de mí.

Observé mis manos, algunas pecas manchaban la piel del dorso, recordándome que una vez, algún día de mi niñez, le dije a mi madre que cada una de ellas era una oportunidad en mi vida para equivocarme, ella simplemente se rio y besó mi frente, pero no sabía que lo decía en serio. En ese momento elegí una pequeña peca, en el nudillo de mi dedo meñique de la mano izquierda.

—Tú —La toqué— representas el irremediable error de haberme enamorado de Adrián.

Sentí frío sobre la mejilla, un punto que pronto fue convirtiéndose en un hilo que se alargó hasta el borde de mi rostro, para después perderse en el abismo de mis clavículas.

Al parecer me equivoqué: aún no estaba seca, había más lágrimas que

ansiaban salir y desahogar el dolor que se acumulaba en mi interior, como leves punzadas que de nuevo se presentaron en mi pecho.

Nunca fui buena escondiendo mis sentimientos, o tal vez nunca quise hacerlo. Creí firmemente en que aquellos eran los que pintaban de colores la vida, a veces con tonalidades alegres, y en otras ocasiones con matices más apagados. Pero esa combinación era la que mantenía un equilibrio. Ser siempre felices restaría importancia a los momentos, volviéndolos monótonos y carentes de un significado especial, por ello se requerían de situaciones que contrastaran.

Me incliné hacia adelante y limpié mi rostro con el dorso de la mano con la que marqué un error más. Una lágrima fundiéndose con el símbolo de aquél. Mi cabello cayó, funcionando como una cortina que podía ocultar mi semblante, una muestra de tristeza que quizás nadie vería.

O por lo menos eso creí.

—¿Ana? —Una voz me hizo levantar la cabeza de golpe, sorprendida.

Conocía esa voz a la perfección

—¡Adrián! —Volví a limpiar mi rostro, aquella vez con los dedos, asegurándome de no tener una lágrima adherida a la piel—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Eh... —Parecía nervioso. Ladeaba ligeramente la boca cuando hablaba, lo que era un ademán de aquello—. Pasé por la casa de tu padre para buscarte, pero no sabía si estabas ahí. Así que decidí irme para no molestar.

Sus ojos buscaron los míos, pero me rehusé a entablar una conexión entre ellos, apartando mi atención hacia el suelo.

—Pudiste llamar —comenté, intentando parecer desinteresada, aunque mi corazón palpitaba con demasiada fuerza.

—Ahora eso es lo de menos. —Se sentó a mi lado tras un segundo de duda. Y su primera acción fue un vago intento por sujetar mis manos entre las suyas, pero lo esquivé, distrayéndome al peinar mi cabello con los dedos. Sé que lo notó, pero no dijo nada al respecto, simplemente continuó—: Dime qué sucede, ¿por qué estás aquí sola, llorando?

—No es nada. —Fingí una sonrisa.

—¿No es nada? —Utilizó un tono acusador—. Las personas no lloramos por nada.

—Solo olvídalo. —Lo miré por mero instinto, como una costumbre.

No lo entenderás.

—Ana, dime si alguien te hizo daño y le daré una paliza.

Quise reír ante esa ironía, pero el nudo en mi garganta amenazaba con quebrarme de nuevo.

Oh amigo, no puedes darte una paliza a ti mismo.

—Adrián, no... —Tuve que callar unos segundos, mis labios temblaban y hablar me dolía—. Nadie me hizo daño. Es solo que, ¿recuerdas el libro sobre el que te hablé?

Pensó su respuesta un instante: —¿Ese donde la protagonista le escribió una carta al chico que le gusta?

—Sí, ése. —Sonreí, una de las cosas más difíciles que había hecho hasta entonces, pero debía esforzarme para que mi mentira pareciese creíble—. Terminé de leerlo, y no hubo un final feliz para ella.

—Mmm... —Arqueó las cejas—, ya veo.

No me creíste, ¿cierto? Pero preferiste no indagar en ello, pues sabía que detestaba que preguntaras de algo cuando no quería hablar al respecto. Aunque en esa ocasión, quizás, me hubiese gustado que lo hicieras.

—Sí, ya sabes cómo soy. —Resoplé—. El romance fallido y las cursilerías no correspondidas me ponen un poco mal.

—¿Y cómo terminó el libro? —preguntó.

Oh.

—Él se marchó, la abandonó. —*No te fuiste, pero te sentía tan distante*—. Le rompió el corazón.

Rompiste mi corazón en miles de pedazos, pero aún podía sentir cómo cada uno de ellos latía por ti.

—¿Y no hay una segunda parte? —cuestionó, mirándome fijamente—. Donde tal vez todo cambie.

¿Habría una segunda oportunidad para lo nuestro?

—No.

Aunque la respuesta a la anterior pregunta fuese la posibilidad de un sí.

—Vaya, es una lástima. —Ese tenor, tan falso como mis palabras.

Miré hacia el cielo, la tarde comenzaba a caer sobre nosotros, tiñendo el cielo de arboles anaranjados y violetas. Regresé mi atención a Adrián, el cual me observaba, escrutando mi rostro, lo que me hizo sentir diminuta e incómoda, por lo que tuve la necesidad de agachar la mirada de nuevo.

—Tengo que irme. —Avisé mientras me ponía de pie. Sacudí mi pantalón con ambas manos, más como un ademán de nerviosismo—. Nos vemos mañana en la escuela, ¿sí?

—Ana, ¡espera!

Me alcanzó para detenerme, sujetándome con sutileza del antebrazo izquierdo, y, sin soltarme, se posicionó frente a mí con la única intención de buscar mi rostro. Permanecí quieta, tratando de parecer serena, aunque supe que fallé en mi intento, sintiendo a la vez cómo se tensaban mis músculos ante su tacto, el cual me quemaba.

—¿En verdad tienes que irte? —Me soltó.

—Sí —dije con forzada seriedad—. Mi padre me está esperando.

Quería irme, huir de ahí. La fortaleza se me estaba acabando, no podría contener por más tiempo el resto de lágrimas que ansiaba salir a relucir como pequeños diamantes perdidos para siempre. Solo necesitaba alejarme de él, aunque al mismo tiempo no quisiera hacerlo.

—¿No puedes esperar un poco?

Sí, tengo todo el tiempo del mundo.

—La verdad no lo creo. —Avancé varios pasos hacia el frente, esquivándolo, pero me detuve y giré levemente la cabeza para mirarlo.

Entre el vaivén de miradas que le dediqué, no me había detenido a analizarla con verdadero interés, pues mi único deseo era irme. Sin embargo, en ese momento me decidí a averiguar qué era lo que anidaba dentro de sus pupilas, más allá de lo que intentaba aparentar en su semblante y, con lo que me encontré, me hizo sentir confundida. Dentro de su mente, en ese lugar donde conseguí entrar, florecía angustia y temor, pero ¿de qué? Si él no tenía nada de qué preocuparse, si en su vida todo marchaba de maravilla.

Me resistí a preguntarle qué sucedía, a pesar de que la curiosidad me calara hasta los huesos. Tal vez esas cuestiones ya no eran de mi incumbencia, y la tristeza que pudiese estar embargándolo debía ser remediada por Tania.

Recorrió los mismos pasos que caminé y volvió a colocarse frente a mí, bloqueando mi paso.

—¿Está todo bien entre nosotros? —Interrogó en voz baja, como si temiese que alguien más pudiese escucharlo.

—¿Hay alguna razón para que no lo esté? —pregunté con una risa nerviosa.

—No lo siento así —comentó.

—Yo... no sé qué decirte, Adrián. —Negué, cabizbaja.

Predije su cercanía, mas no esperé que aquella sería tan íntima. Acortó la distancia que nos separaba y me sujetó del mentón, inclinando mi rostro hacia arriba para que lo mirase. Sus ojos se encontraron con los míos, y entonces sentí que el llanto anhelaba aprisionarme otra vez, debilitándome, por fin

terminando con esa faceta endurecida que me obligué a demostrar, y la cual se estaba desvaneciendo con vergonzosa rapidez, gracias al simple tacto de Adrián.

Su piel quemaba contra la mía, me lastimaba, especialmente porque sabía que sus manos habían acariciado con cariño a Tania la noche anterior, pero ahí estaba, conmigo, fingiendo que nada marchaba mal, y que ese gesto se trataba únicamente de un cariño vano, sin verdadero significado, aunque para mí era recibir una bofetada que me devolvía a la cruel realidad.

Me aparté con brusquedad, incapaz de controlar el dolor por más tiempo. Estaba cansada, y a diferencia de cuando llegué hasta ahí, ahora solo quería marcharme a casa y refugiarme en la seguridad de mi habitación, donde nadie pudiera dañarme, donde Adrián no pudiese tocarme.

—Tengo que irme —repetí, usando un timbre serio.

—Por lo menos déjame llevarte a casa. —Sugirió, señalando hacia su auto estacionado en la calle.

—No. —Respiré profundo—. Puedo irme sola.

—Ana, yo solo...

No pude seguir con esa farsa.

Simplemente me rompí un poco más.

Y lo único que conseguí hacer fue salir corriendo de ahí.

Asustada.

Herida.

Desconsolada.

Corrí tan rápido como mis piernas me lo permitieron. Corrí, aunque mis pulmones quemaran por la falta de oxígeno. Corrí, a pesar de que mi cuerpo me pidiese una tregua.

Solo corrí, alejándome de Adrián.

Alejándome del problema de todo.

CAPÍTULO 16

—¿Estás segura de que te encuentras bien?

Asentí. —Solo estoy un poco tensa.

—Debes intentar relajarte. —La voz de Miguel era calmada, tranquilizadora—. Tu salud es más importante que una calificación de trigonometría.

—Lo sé. —Le dediqué una sonrisa de gratitud.

Durante los últimos días encontré en Miguel un inesperado apoyo. La preocupación que denotaba por mí era real, honesta y desinteresada. Me ayudaba con las tareas, a veces me llevaba comida a la escuela para almorzar juntos e iba a mi casa para asegurarse de que todo estuviese bien conmigo. Era un completo caballero, disfrazado de un chico común y corriente.

Sin embargo, él no conocía el verdadero motivo por el cual me sentía así. Le mentía, diciéndole que mis ojeras eran a causa de un inexplicable insomnio, que la palidez de mi piel se debía solo a esa falta de sueño, y que no había nada como trasfondo. La distracción que me asaltaba la camuflaba detrás de un semblante serio, atribuido exclusivamente a lo difícil que estaba costándome entender los temas de clase, lo cual era la única verdad a medias. Para todo tenía una excusa, para todo había una razón que justificaba mi errado y distante comportamiento.

—Puedo ayudarte con la tarea. —Sugirió con su característica amabilidad.

—¿También a mí? —Cristina interceptó su ofrecimiento—. La verdad es que no entiendo nada de lo que dice el profesor.

—¡Por supuesto! —respondió, sonriendo—. Puedo ayudarlas a ambas. Era tan atento.

Continuamos con nuestro camino bajando por las escaleras rumbo a la cafetería. El segundo periodo de clases había terminado, y lo único en lo que podíamos pensar a esa hora del día era en comida. O por lo menos ellos dos. Mi apetito, desde el trágico momento en el que mi corazón se fracturó, había disminuido considerablemente. Ingerí mis últimas comidas únicamente porque sabía que tenía que hacerlo, pero mis papilas gustativas no distinguían los sabores ni disfrutaban del más delicioso platillo, era como si estuviese

masticando un trozo de cartón, insípido.

De pronto, en el medio de aquella escena, me sentí atraída por la extrañeza de una presencia en la lejanía. Mis ojos buscaron entre los alumnos que ahí se hallaban, algunos caminando y otros conversando a las orillas del pasillo central del edificio.

Y entonces lo vi.

Fue como recibir un golpe en el centro del pecho, el cual casi me hizo trastabillar en las escaleras como un reflejo del nerviosismo. Adrián ahora estaba a pocos metros de distancia, observándome con molesta fijeza. Por un instante creí que mi cuerpo no reaccionaría a lo que le ordenaba, preso del miedo, pero conseguí avanzar con normalidad, como si su presencia no me causare un estremecimiento.

Nos observamos durante varios segundos, los suficientes para sentir que la eternidad de prolongaba un poco más. Sus ojos, en silencio, me suplicaron compasión, una cualidad de la cual carecía en ese momento. El dolor que sentía me impedía pensar en ser bondadosa con él, especialmente porque *él* era el causante de mi sufrimiento. El responsable de tener las costillas astilladas al recibir el martilleo de mi angustiado y adolorido corazón.

Me sonrió, y noté que lo hizo con desmesurado esfuerzo.

Quise corresponder, quise ir con él y preguntarle qué le sucedía, pues lo conocía casi a la perfección, y la manera en la que sus cejas se curvaban hacia arriba mientras sonreía era una clara muestra de que no estaba bien. Quise acercarme, decirle que no importaba lo que estuviera sucediendo, yo estaría ahí con él, ayudándolo como lo hice durante tantas noches, ignorando el avanzar de las manecillas del reloj.

Pero solo un latido me bastó para recordar el motivo por el cual estábamos alejados.

Él no te quiere, Ana.

Él quiere a Tania.

Me sonrió, y solo pude negar por lo bajo, reprochándome por haberle querido tanto.

—Entonces las veré a las cinco en casa de Sam —comentó Miguel, consiguiendo con ello atraer mi atención.

Fue difícil romper la conexión que se creó entre nuestras miradas, pero sabía que era lo mejor. Terminar con aquello que, quizá, nunca había comenzado. Cortar la raíz de mis males, a sabiendas de que la jardinería no era lo mío.

No me giré una última vez para ver a Adrián, simplemente continué con mi camino, ajena a la presencia que aún me hacía temblar, pero la que estaba intentando olvidar.

* * *

La casa de Sam era un lugar acogedor, repleto de historias y arte, embriagado por un delicioso aroma a incienso. No era una casa muy grande ni extravagante, pero eso no disminuía la elegancia guardada en el interior. Su padre y ella se esforzaban por mantener un ambiente agradable, a donde cualquiera quisiera regresar por lo menos una vez más.

No había demasiados adornos ni cachivaches, se trataba de un estilo levemente minimalista, a excepción del estudio de Rubén, el cual era el espacio más espectacular en cuanto a cultura que conocía. Tres de sus paredes estaban tapizadas por libreros llenos de diversos ejemplares de obras literarias, abarcando varios siglos, géneros, autores y naciones. Ahí había un poco de todo. La esencia que predominaba en esa recámara era el de los libros envejecidos, guardado por los años que transcurrían con velocidad. Recordaba que, desde niña, era el sitio favorito de Sam, donde pasó largas tardes sentada en el regazo de su padre mientras le contaba historias, de donde surgió el gusto de mi amiga por la lectura.

Cuando llegué, solo diez minutos después de la hora acordada con mis compañeros, Miguel ya estaba ahí, sentado en una silla del comedor con su laptop desplegada frente a él sobre la mesa y una carpeta azul a un lado junto a una calculadora científica. Desde antes nos había dejado en claro que todo lo relativo a lo académico no se trataba de un juego para él, era minucioso en cuanto sus estudios y admirablemente dedicado al aprendizaje.

—Hola. —Saludé, acercándome a él. Con Sam caminando detrás de mí.

—Hola, *pecosa*. —Se levantó de la silla y recortó con rapidez los pocos pasos que nos separaban—. Me da gusto que hayas llegado.

Me dio un amigable beso en la mejilla y me abrazó.

Al apartarse, noté que su rostro estaba levemente teñido por el rubor, y que su sonrisa se había manchado por el nerviosismo, lo cual resultó enternecedor, pues eran pocos los hombres que denotaban una emoción como la vergüenza.

—*¿Pecosa?* —Le pregunté con una risa.

El color rojizo de su piel se intensificó. —Oh, lo lamento... creí que sería un buen apodo... perdóname si te ofendí...

—No —Toqué su brazo con cariño—, descuida. No me ofende, por el

contrario, me gusta.

—¿En serio? —Sus ojos se iluminaron detrás de las gafas.

—¿Por qué llegaste tan tarde? —Sam preguntó a modo de broma. Sin embargo, percibí que ese entrometimiento en la conversación no fue una simple casualidad.

Me dedicó una mirada de soslayo, la cual comprendí de inmediato, pero no dije nada al respecto.

—Lo siento. —Descolgué la mochila de mis hombros y la dejé en el suelo. Enseguida me senté en el lugar frente a Miguel al otro lado de la mesa—. ¿En qué estaban?

—Apenas íbamos a comenzar a repasar las funciones trigonométricas —respondió Miguel, retomando su lugar en la mesa—. Por aquí tengo un archivo que nos puede ayudar... —Centró su atención en la pantalla de la computadora.

Sam se sentó a mi lado, recorriendo su silla más cerca de mi asiento. Esa proximidad le dio la oportunidad para, en silencio, con el simple movimiento de sus labios, decirme que fuese más cuidadosa con mi actitud hacia Miguel. No comprendí el motivo de su advertencia, la verdad es que ni siquiera intenté descifrarla, pues sabía que a ella a veces le gustaba exagerar las situaciones, cautivada por las fantasías e hipérboles que leía en las novelas. Aunque tal vez debí tomar en cuenta la seriedad de su semblante.

Decidí ignorarla y concentrarme en la actividad por la que estábamos ahí reunidos. Saqué los útiles necesarios de mi mochila y me incliné más cerca de Miguel para ayudarlo a examinar el documento que aparecía en la pantalla completa. Había gráficas, fórmulas y ejercicios resueltos que explicaban paso a paso cómo se resolvían los problemas trigonométricos en cuestión.

Durante un buen rato estuvimos ensimismados en las letras y números que se desplegaban frente a nosotros, tiempo durante el cual me cambié de lugar, a un lado de Miguel. Mientras tanto, Sam investigaba en uno de los libros que encontró en alguna de las repisas del estudio de Rubén.

Los tres nos entretuvimos en el complejo mundo del estudio por varias horas. Compartiendo ideas, exponiendo dudas y, sobre todo, escuchando las explicaciones que Miguel nos daba a ambas sobre la materia. Parecía que a él solo le bastaba leer y observar para comprender en su totalidad un tema, lo que resultaba terriblemente increíble, denotando que su capacidad intelectual era sobresaliente.

El reloj marcó las siete con cuarenta minutos cuando solté el bolígrafo y

recargué la cabeza en el respaldo de la silla. Mi cabeza palpitaba, la información era demasiada y, ciertamente, no había entendido del todo a pesar de que le aseguré a mi compañero que no tenía dudas, avergonzada por atrasarlos en varias ocasiones. Sam demostró que había comprendido y disipado las lagunas que el profesor dejó durante la clase, sin embargo, yo solo comprendí que no era una gran idea estudiar cuando en tu mente solo había cabida para el rostro del muchacho que te rompió en pedazos.

En varios momentos de la tarde, mi mente se perdió, alejándose del mundo físico en el que mi cuerpo se hallaba. Divagué, recordando lo sucedido en la casa de Mario y el encuentro que tuve con Adrián en el parque cerca de la casa de mi padre. Solo podía pensar en él, en lo mucho que me dolía la situación y el rumbo que estaba tomando mi vida tras ello. Era difícil prestar atención a lo que sucedía a tu alrededor, si nada de eso te importaba en realidad.

—Creo que es suficiente por hoy —comentó mi amiga, observando el malestar que me embargaba—. No creo que debamos presionar más a Ana de lo que ya está...

La miré, aún recostada sobre la silla. —Gracias. Si veo la abreviatura de coseno una vez más, creo que mi cabeza explotará.

Miguel rio. —Está bien. De todas formas, solo faltó un problema por resolver. —Cerró su carpeta y se agachó para guardarla en su mochila—. Puedo hacerlo y mañana se los explico antes de que empiece la clase.

—Intentaré resolverlo —dijo mi amiga.

—Yo también. —Mentí. No quería saber nada más de trigonometría, ni de la escuela, ni de nada más.

—Estupendo. —No entendía cómo Miguel podía seguir entusiasmado después de tantas horas de estudio.

Yo también comencé a guardar mis cosas dentro de la mochila. En cualquier otra situación me hubiese quedado en casa de Sam más tiempo, para conversar, ver películas o simplemente para pasar el rato, pero aquella noche lo único que quería hacer era ir a casa a recostarme, reacia a continuar pensando en aquello que tanto me torturaba, aunque sabía que no importaba cuánto intentase dormir, los recuerdos me asaltaban y me daban una paliza que me dejaba casi inconsciente, pero lo suficientemente despierta para saber que el dolor era real y no desaparecía así de fácil.

—Tengo que irme. —Anuncié, levantándome de la silla. Mis piernas estaban entumecidas tras el largo lapso que duré sentada en la misma posición

—. Es tarde y no le avisé a mi mamá que saldría. Además, no le gusta que llegue noche a casa en día de escuela.

Hice además de dirigirme a la puerta principal, sabiendo que Sam me observaba con cierto ápice de confusión. Hablaría con ella al día siguiente, a solas, para explicarle con detalles qué era lo que estaba sucediendo. Tuve la oportunidad solo de contarle una pequeña parte de lo ocurrido durante la noche en casa de Mario, cuando conocí a Tania y supe que mi mundo de fantasías con Adrián debía ser desechado e incinerado. Enterrado muy en el fondo del pasado, ahí donde yacían los sueños que no cumplí en su tiempo y las metas que abandoné por miedo a fracasar. Ahora, también había un lugar reservado para el primer amor no correspondido.

—Ana, espera... —La voz de Miguel me detuvo.

Me giré para mirarlo.

—Déjame acompañarte a casa. —Continuó, apresurándose a guardar la computadora dentro de su funda. Me observó con cierta desesperación, como si una oportunidad se le estuviese escapando de las manos.

Mi hogar estaba a tan solo dos viviendas de ahí, lo que él sabía a la perfección. Aun así, acepté.

—De acuerdo. —Sonreí.

La compañía no sería una molestia en ese pequeño camino que concluiría en apenas un minuto y medio.

—Hasta mañana, Sam. —Regresé sobre mis pasos para despedirme de ella, abrazándola y dándole un beso en la mejilla. Mi tristeza no era motivo suficiente para ser indiferente con mi mejor amiga.

—Cúidate, Ana. —Me detuvo en el abrazo por varios segundos—. Y, por favor, intenta descansar.

Asentí y en un susurro le dije: —Te escribiré si te necesito.

—Entonces estaré atenta al celular.

Miguel se despidió de ella con un rápido y cordial beso en la mejilla, acompañado de un agradecimiento por permitirle estar en su hogar y brindarle un trato afable, digno de una encantadora anfitriona.

Ambos salimos de la casa y, en un gesto de caballerosidad, me pidió mi mochila para que él la cargara, argumentando que me veía cansada y quería ayudarme, aunque fuese con una acción tan simple como esa. Le permití hacerlo porque no estaba de humor para discutir y renegar por algo así, lo que en otra circunstancia hubiera dudado solo por evitar molestias.

Caminamos por la acera con pasos lentos, en la inevitable proximidad de

mi hogar, desde donde podía verse que las luces del primer nivel estaban encendidas.

—Gracias, Miguel, por lo de hoy —dije en un bajo tenor.

—No tienes nada qué agradecerme. —Ajustó sus lentes sobre el puente de la nariz—. Es un placer ayudarlas, especialmente en algo que me gusta.

Reí. —Espero poder compensártelo, por hacerte perder el tiempo.

Solo faltaban dos cinco para llegar a mi casa.

Aclaró su garganta—. Estar contigo nunca será una pérdida de tiempo.

Sonreí, y sentí que mi rostro se enrojecía, por fortuna, la oscuridad de la noche escondió lo que su cumplido generó en mí.

—Llegamos... —dije con cierta pena.

Nos detuvimos frente a la fachada de mi hogar. El silencio estaba presente, y ninguna sombra perturbaba la serenidad del interior, indicando que mi madre no estaba en la sala.

—Si necesitas algo no dudes en avisarme, ¿de acuerdo? —Se descolgó mi mochila y me la entregó—. Puedes llamarme a la hora que sea, o simplemente escribirme un texto. Yo responderé, no importa si es a mitad de la madrugada...

—Te lo agradezco. —Mis mejillas ardían.

—Ana, tú eres una chica increíble. —Su mirada no podía permanecer fija en la mía mientras hablaba, aunque se esforzaba por hacerlo, fallando en repetidas ocasiones—. Y no me gustaría saber que estás mal, cualquiera que sea la situación con la que estés lidiando...

—Solo estoy cansada.

Negó por lo bajo. —No es solo eso, pero no preguntaré.

Me quedé callada, avergonzada por ser descubierta, aunque, quizá, nunca conseguí engañarlo con las mentiras que le contaba. Al final de cuentas, Miguel era un chico brillante, y era posible que incluso el comportamiento humano le resultase solo una materia más para estudiar, tan fácil de comprender como una ecuación donde la respuesta ya estaba despejada.

—Miguel... —No sabía qué decirle.

—Descuida. —Sonrió de lado—. Entiendo que no quieras hablar de ello. Es comprensible para cualquiera, pero solo quiero dejarte en claro que ahí estaré para ti.

Tuvo el atrevimiento de acariciar el contorno de mi rostro con la punta de sus dedos, deteniéndose en mi mentón. Su roce hizo que mi respiración fuese más lenta, calmada. Y, por primera vez, noté seguridad en su mirada, lo que lo

impulsó a obrar de la siguiente manera. Se acercó a mí y besó la comisura de mis labios, apenas rozándome, pero consiguiendo que se encendiera una pequeña chispa en mi interior.

—Hasta mañana. —Susurró antes de soltar mi rostro y retroceder dos pasos, aun observándome.

No le respondí. Simplemente dejé que se alejara por el mismo camino que recorrimos juntos, dirigiéndose a su auto, el cual dejó estacionado afuera de la casa de Sam. Le vi marcharse por la desolada calle, alejándose como una hoja a merced del viento, perdiéndose en la deriva hasta la que mis ojos alcanzaban a ver.

No supe cuánto tiempo permanecí de pie afuera de mi hogar, intentando comprender qué era lo que había sucedido. Si realmente Miguel tuvo la intención de besarme, o si solo fue un malentendido, causado por la confusión que se mezclaba con mis pensamientos, haciéndome perder la noción de la realidad con alarmante frecuencia durante las últimas veinticuatro horas.

Tras ese confuso rato, entré a la seguridad de la vivienda, aun extrañada. En ese entonces no me percaté de ello, pero la acción de Miguel me ayudó a olvidarme de Adrián por varios minutos, lo que no pude agradecer al no darme cuenta.

Saludé a mi madre, la cual se encontraba en la cocina, terminando de preparar la cena para ambas. El olor de la carne era delicioso, aunque mi estómago continuaba rehusándose a mostrar interés por la comida.

Lo único que anhelaba era dormir, pero sabía que eso tampoco sería posible una vez que Adrián volviese a ocupar su lugar dentro de mi mente, desplazando cualquier otra idea o imagen que pudiese florecer, marchitándose ante la opacidad de su existencia.

Me gustaba la soledad de mi habitación, aunque ésta siempre estaba teñida por pincelazos de la compañía de mi madre. Podía estar ahí, recluida y alejada del resto de la casa, pero mi progenitora siempre hacía notar su presencia en el hogar con la simpleza de sus actos: el olor de la comida que preparaba, el sonido de sus zapatos sobre el suelo de madera, el ruido que su televisión emitía al otro lado del pasillo en la segunda planta. A veces estaba sola físicamente, pero nunca emocionalmente.

Aunque esa noche en particular, me sentí más sola que nunca.

Despreciando a mis amistades, a mi familia, e inclusive a mí misma.

CAPÍTULO 17

—Mi amor, despierta. —Una dulzona voz habló, rompiendo el silencio que me rodeaba—. Llegarás tarde a la escuela.

El mundo onírico poco a poco fue desvaneciéndose, siendo parchado por retazos de realidad que dibujaron una imagen completamente distinta a la que estaba plasmada detrás de mis párpados. Aquella etérea escena en la que viví durante la noche se esfumó, llevándose consigo la figura del muchacho de ojos castaños que permaneció frente a mí durante todo mi sueño, sin hablar ni inmutarse, limitándose a observarme mientras me dedicaba una cálida sonrisa.

—Cariño... —Mi madre me tocó el hombro con la punta de los dedos.

Estaba acostada dándole la espalda, por lo que no pude verla ni siquiera cuando entreabrí los ojos con cierta dificultad.

—No quiero ir. —Le respondí con tono cansino.

—¿Por qué no? —Su interrogante denotó sorpresa, puesto que no era normal que yo quisiese faltar a clases.

—No me siento bien.

—¿Qué tienes, amor? —Se sentó en el borde de la cama, y se inclinó sobre mi cuerpo para buscar mi rostro, sin embargo, me moví para ocultarlo debajo de mi cabello, lo que no pasó desapercibido para ella—. Ana, dime qué sucede.

—Me duele la cabeza. —Mi voz se volvió aguda. De pronto sentí unas inmensas ganas de llorar.

Habían transcurrido dos semanas desde que Adrián me presentó a Tania, y durante esos días no pude hacer otra cosa más que pensar en ellos y en todo aquello que podían hacer juntos como pareja. Eso que yo nunca podría hacer con él. Y ese pensamiento me dolía, pues desperdicié horas de mi vida imaginando un futuro que no tenía potencial para convertirse en realidad, siendo solo una ilusión que se clavó en mi pecho como una daga, la cual trataba de desenterrar, pero que, con cada intento, lo único que conseguía era lastimarme más.

—Ana... —Insistió, aquella vez tirando de mí para que me girara y la mirase.

Obedecí su tácita petición y me volteé, saboreando la primera lágrima que

resbaló por mi rostro hasta perderse sobre mis labios.

Nunca podría olvidar la expresión que anidó en el rostro de mi madre tras la revelación del llanto que me agobiaba. Sus ojos denotaron dolor y confusión. Cada que me veía llorar hacía énfasis en lo mucho que ello le calaba, pues el saber que yo sufría era motivo suficiente para que su corazón se estrujara. Y ese día, tan temprano por la mañana, fui la causante de su malestar.

—Mamá... —dije en un susurro, sintiendo cómo me quebraba.

Me erguí con dificultosa premura, sintiendo que más lágrimas se desbordaban de mis ojos para evaporarse con el contacto ardiente de mis mejillas. Sandra me abrazó, sujetándome con fuerza contra ella, acariciando mi cabeza con una mano y mi espalda con la otra. Oculté el rostro en el espacio de su cuello, inhalando el fresco aroma de su cabello recién lavado.

Gimoteé contra su hombro, temblando, respirando muy apenas cuando el dolor que me embargaba se extendió a todo mi cuerpo, robándome la fuerza con la que podía seguir aferrándome a la estabilidad emocional que necesitaba.

—Necesito saber qué tienes —dijo en un susurro, sin apartarse de mí, sin interrumpir sus dulces caricias que eran como fuego en el medio de un glaciar.

Negué. No podía hablar, aunque lo intentase.

—¿Discutiste con Sam? —preguntó con el mismo timbre comprensivo.

Volví a negar.

—¿De nuevo comenzaron a molestarte en la escuela?

Mi respuesta fue otra negativa con la cabeza.

Se quedó callada durante algunos segundos, sospesando su siguiente interrogante. —¿Tiene algo que ver con ese chico?, ¿Adrián?

Al notar que no respondí, continuó: —¿Te dijo o hizo algo de lo que deba hablar con sus padres?

Con un desmedido esfuerzo, le dije: —Solo me rompió el corazón.

Esa confesión generó que todo mi interior ardiera, quemándome, calcinando mis sueños y ridículas fantasías sobre el amor, recordándome que un sentimiento como aquél no siempre podía ser correspondido como en la mayoría de las historias que solía leer, donde él protagonista se enamoraba incondicionalmente de la chica que le ofrecía la mejor parte de sí. Pero yo estaba en la vida real, donde los finales felices parecían no existir, y los sentimientos solo eran un adorno que podían ser quebrados sin mayor importancia.

Lloré con fuerza.

Estaba rota.

Mi mejor amigo me rompió.

Y ni siquiera se dio cuenta.

—Pequeña... —Se apartó de mí apenas unos centímetros, pero no rompió el contacto de su mano con mi rostro. Sus dedos pincelaban la piel de mis mejillas—, no puedes permitir que esto te frene.

—Duele mucho —dije con voz quebradiza.

—Lo sé. —Me dio un beso en la frente—. Duele muchísimo, sientes que no puedes ni quieres continuar, pero te prometo que no será el final de tu mundo.

—Mamá, yo lo quiero... —Decirlo en voz alta era una tortura, pero necesitaba expresárselo a alguien como método de consuelo, buscando empatía de mi situación.

Sonrió cálidamente. —No lo conozco bien, pero lo detesto por hacerle daño a mi niña.

Me sujetó de la nuca y me acercó a ella para continuar con su tierna demostración de consuelo. Siempre creí que el mejor lugar para llorar y sanar una herida, era entre los brazos de mi madre. Ella sabía cómo reconfortarme, era la única luz en el medio de un sendero oscuro, me escuchaba y nunca minimizaba mis problemas, por más ridículos que pudiesen llegar a ser.

Transcurridos casi cinco minutos hasta que fui capaz de respirar con normalidad y de controlar el temblor que cosquilleaba en mis labios. Tenía varios mechones de cabello pegados a mi rostro por las lágrimas y los fluidos nasales, y dejé empapado el hombro de la blusa de mi mamá, aunque, a ella, parecía no importarle. Despejó mi faz con la punta de sus dedos y limpió el rastro que el llanto dejó sobre mis mejillas, deteniendo su caricia en el borde inferior de mi rostro.

—Puedes quedarte en casa —Anunció—, pero no quiero que estés en cama todo el día. Levántate, desayuna algo y báñate. Después lee un buen libro, y cuando regrese del trabajo, tú y yo iremos a comer al lugar que más te guste, ¿de acuerdo?

Asentí, sintiendo un molesto escozor en los ojos.

Alguna vez, en algún lugar, leí que las lágrimas de felicidad no existían, sino que se trataban de lágrimas acumuladas por tensión que no permitimos liberar en su momento, cuyo brote aguardaba hasta que llegábamos a un límite, donde las emociones y sentimientos se desbordaban y no podíamos seguir

albergándolos dentro de nosotros.

—Gracias —dije, intentando disimular mi tristeza.

—No tienes nada que agradecerme, cariño. —Pellizcó mi mentón y movió mi rostro con dulces movimientos—. Te amo, y tu bienestar es lo más importante.

—Yo también te amo, mamá. —Sonreí por primera vez en el día.

—Tengo que irme a cambiar o se me hará tarde a mí para el trabajo. —Acarició mi rostro una última vez antes de levantarse de la cama—. Hoy pediré permiso para salir antes, llegaré después de las dos.

—Está bien —hablé con voz queda, más tranquila.

—Te veré más tarde. —Me dedicó otra sonrisa cargada de empatía.

Salió de mi habitación sin cerrar la puerta detrás de sí, como una clara muestra de que no me permitiría encerrarme en esa oscura cueva manchada de melancolía y dolor.

La soledad era peligrosa cuando parecía que todo estaba perdido. Por fortuna, yo nunca me sentí así, pues siempre conté con el cariño de mi madre y, a pesar de los problemas que existieron, mi padre también estaba ahí para mí, para cualquier cosa en que lo necesitase. Fui una chica afortunada al tenerlos a ambos, aunque ellos ya no se tuviesen el uno al otro.

* * *

Se suponía que ese sería nuestro lugar secreto, el sitio donde podríamos ser nosotros mismos, sin tabúes ni temores. Donde nos olvidaríamos del mundo y solo existiríamos los dos. Pero eso se había desvanecido, y la Cafetería Estrella ya no era símbolo de unión e intimidad entre Adrián y yo, ahora se trataba de un hermoso espacio, manchado de los recuerdos de una inolvidable noche.

Un amable mesero nos condujo a una mesa del centro, a unas cuantas de aquella donde compartí la velada con Adrián varias semanas atrás. Mi mamá, al igual que yo, quedó impresionada con la decoración del establecimiento y de la cúpula que llamaba desde arriba, iluminando una zona del comedor.

Ambas ordenamos la comida del día, consistente en una sopa de fideos, un plato de carne de res, arroz y ensalada, acompañando el platillo con una jarra de agua de sabor. La comida estaba igual de estupenda que la primera vez que la probé, solo que en aquella ocasión la velocidad con la que latía mi corazón era muy diferente, y mis piernas no temblaban por los nervios.

Mientras disfrutábamos del platillo principal, nuestra conversación fue amena y fluida, muy distante al motivo que nos había llevado hasta ahí. Podría

decir, incluso, que durante esos minutos olvidé el mal que me acechaba, el cual se ocultó detrás de las risas que compartí con mi madre, quien me contó una anécdota de cuando era una joven estudiante de universidad.

La vida de Sandra siempre fue tranquila. Era una chica inteligente y responsable, le gustaba salir de fiesta, pero nunca perdió el control por el exceso de alcohol. Sabía divertirse con cierta medida, sin caer en equivocaciones de las que después pudiese arrepentirse. Mis abuelos, un día, me dijeron que ella era una enamorada empedernida y que yo había heredado esa cualidad, sin embargo, esa faceta suya fue perdiéndose conforme se presentaron los problemas en su matrimonio con mi padre.

Ellos se separaron luego de que Jorge tuviese una aventura, y desde entonces mi madre no había salido con alguien con propósitos amorosos, y al parecer no tenía intenciones de hacerlo muy pronto. Disfrutaba de su trabajo, de sus amistades, y del tiempo que pasábamos juntas por las tardes, aunque, esto último disminuyó considerablemente cuando empecé a salir a diario con Adrián, perdiéndome de esos momentos inolvidables con mi progenitora...

La única que realmente me amaba.

El mesero, después de retirarnos los platos vacíos, regresó con el postre, mi favorito: pastel de trufa de chocolate. Cuando se marchó, no esperé ni un segundo para darle el primer bocado, percatándome entonces que los sabores habían regresado a mi boca y que, por primera vez en varias semanas, realmente estaba disfrutando de la comida.

—Quiero que me lo cuentes todo —comentó mi madre, cortando un pedazo de su rebanada con la cucharilla.

Aparté mi atención del delicioso manjar que se encontraba frente a mí para mirarla. En su rostro yacía una expresión de serenidad, aunque en su mirada anidaba la preocupación. Era una ambivalencia de emociones dentro de ella, lo que era comprensible analizándolo desde el punto en que jugaba su papel maternal conmigo.

Recordar lo sucedido dolía, pero ese ameno rato junto a ella me había servido para aminorar el ardor que sentía en la herida dentro de mi pecho. Era como si por fin comenzara a cicatrizar, aunque fuese solo en las comisuras. Así comenzaba el proceso de superación, restándole importancia al sentimentalismo que una situación nos causaba, volviéndola solo una experiencia más.

Respiré profundo y dejé la cuchara sobre la mesa. El pastel estaba delicioso, pero tuve un mal sabor de boca, causado por la bilis que

experimenté al vislumbrar el rostro de Adrián en mis pensamientos.

—¿Todo? —cuestioné con inseguridad.

Asintió. —Sé cómo es físicamente, sé dónde vive y sé que estudia en tu escuela. —Le dio un trago a su café, sin dejar de mirarme—. Pero nunca tuve la oportunidad de presentarme con él. Ni siquiera todas esas veces que fui por ti a su casa. —Sonrió de lado—. Así que cuéntame.

—Es una historia muy larga.

—Descuida. —Miró el reloj de su muñeca izquierda—. Tenemos tiempo suficiente. ¿O tienes prisa?

Suspiré con pesar. —De acuerdo.

Había más detalles que ella conocía sobre mi amistosa relación con Adrián. Algunas veces le conté sobre mis anécdotas con él, como el día que fuimos al lago, y sobre las reuniones en casa de Mario. Sin embargo, no entré en demasiados detalles respecto a lo que me hacía sentir; le hablé sobre lo atractivo que me parecía, y lo mucho que me hacía reír, sobre su actitud relajada y divertida, y que odiaba estar solo.

Quizá la imagen que creé de él era muy diferente a la realidad. Plasmé ideales míos, lo que me gustaba ver en su persona, e ignoré los defectos que lo complementaban. En mi mente dibujé a un chico divertido, de bonita sonrisa y envidiable carisma, pero olvidé trazar la antítesis de aquellas cualidades. Y, por doloroso que fuera, por fin lo estaba descubriendo.

Comencé con la historia, hablándole a mi madre sobre el día en que lo conocí, y la inevitable cercanía que experimenté con él, como si fuésemos amigos de años, o como si en otra vida hubiésemos sido confidentes o unos fieles amantes. Le relaté cada uno de los días que viví a su lado, lo importante que me hizo sentir, y las noches en vela que pasé consolándolo por la tristeza que lo embargaba. Le dije que fui una amiga incondicional, desinteresada respecto a lo que pudiese obtener al ser buena con él, pues lo único que me importaba era que estuviera bien. Después llegó la parte donde todo comenzó a tambalear. El relato que comenzó tintado por felicidad fue convirtiéndose en una trágica historia de amor, donde el protagonista se enamoró de una chica diferente, rompiéndole el corazón a aquella que le entregó todo.

Cuando reviví la tarde en la que Adrián me presentó a Tania, mi voz comenzó a temblar, y de nuevo me faltaba el aliento. Hablar de ellos fue mucho más difícil de lo que creí, inclusive, aunque estuviese bajo el cálido manto que me proporcionaba la compañía de mi madre. Sentía frío, y no se lo atribuía al clima que comenzaba a refrescar, la sensación de mi cuerpo era

extraña, ajena, simplemente no era parte de la realidad en la que ambas nos encontrábamos.

Me detuve, creyendo que no sería lo suficientemente fuerte como para continuar con la última parte de la anécdota, aquella en la que confesaba lo mucho que me dolió perder al chico del cual estaba enamorada. Sin embargo, lo que más me atormentaba, era el hecho de que mi amistad con él terminó, y todo por culpa del amor, tan traicionero.

—Adrián ahora está con ella... —Fue lo último que dije antes de quedarme callada, tratando de disolver el nudo que se formó en mi garganta.

—Ay, pequeña. —Me sujetó de las manos por encima de la mesa. Para ese punto, ambas habíamos terminado de degustar el postre y sobre la mesa únicamente yacían dos tazas de café—. Sé lo difícil que es, también a mí me rompieron el corazón cuando tenía tu edad.

—¿En serio? —cuestioné con voz chillona.

—Por supuesto. —Acarició mis nudillos—. Antes de casarme con tu padre salí con otros chicos, me enamoré de alguien más, experimenté el dolor de una ruptura, y jugaron con mis sentimientos, pero, ¿qué crees? Pude salir delante de ello.

—¿Cómo lo hiciste? —Observé su semblante, buscando una respuesta—. ¿Cómo olvidaste al chico que te hizo sufrir tanto?

Sonrió. —No hay una poción mágica para ello, pero hay algo llamado *tiempo*. Tendrás que aprender a ser paciente, pues no puedes olvidar a alguien en un abrir y cerrar de ojos. —La seguridad de su voz me serenaba—. Tal vez pase un mes, o quizás un año, quien vaya a saber, pero te prometo que, en un futuro no muy lejano, Adrián ya no será el causante de tus lágrimas.

—¿Y cómo hago para que el tiempo avance más rápido? —pregunté a modo de dolorosa broma.

—No mires el reloj ni cuentes los días en el calendario —respondió de inmediato, convencida de sus palabras—. No escuches el tic tac ni veas el transcurso de la luna. Que tus oídos sean sordos ante preguntas sobre él, y que tus ojos se enceguezcan cuando lo vean pasar.

—¿Realmente funcionará? —Interrogué, angustiada.

¿Y si mi amor por él nunca se desvanecía?

¿Tendría que vivir por siempre pensando en su existencia?

¿Sabiendo que nunca me amó?

—Tal vez —contestó con tranquilidad—. Y si no, yo estaré ahí contigo, mi amor.

Apreté sus manos tratando de contagiarme de su actitud positiva, y de la valentía con la que ella enfrentaba cada problema que se le atravesaba.

—Por supuesto que puedes olvidarlo. —Me dije—. Si mamá pudo superar al hombre con el que estuvo quince años, tú puedes olvidar a un muchacho que no hizo nada más que plantar falsas ilusiones en tu pecho, y vagas fantasías en tu cabeza.

Observé hacia el cielo a través del cristal de la cúpula, el cual estaba moteado blancas nubes que avanzaban bajo el compás del viento. No se veían pájaros revoloteando cerca como la primera vez que estuve ahí. Solo había ausencia, soledad en el lienzo azul que nos cubría.

CAPÍTULO 18

Aprendí que el tiempo es subjetivo. Para algunos, un momento se trata de apenas un efímero parpadear, y para otros, es un cuadro suspendido en la prolongada eternidad.

A veces un día duraba veinticuatro horas, a veces parecía durar cuarenta y ocho. Entendí que el tiempo perdía su constante velocidad cuando se extraña a alguien, cuando se está a la espera de un acontecimiento importante, o cuando, simplemente, te miras en el espejo y no te reconoces.

Eso último me pasaba cada mañana al levantarme de la cama. Frente a mí había una chica pelirroja con las mismas pecas que yo, el mismo tono de piel, y el mismo triste matiz en su mirada, pero a ella no la reconocía. Su nombre era Ana Salazar, una chica de dieciséis años, aunque no era la misma que recordaba. Ya no. Sus ojeras eran muy oscuras, sus ojos apenas podían mantenerse abiertos por el cansancio, su semblante perdió la chispa de felicidad que le distinguía. La chica que me veía desde el otro lado era la víctima de un corazón roto.

Me quebré, ¡sí!, ¿qué hay de malo con ello?

Todos tenemos derecho a hacerlo cuando nos rompen, aunque sea un poquito, el corazón.

Uno nunca sabe cuándo, cómo, o quién va a quebrarse, simplemente sucede, y puede ser cuando menos lo esperas. Cuando estás ahí, sentado entre tus amigos, riendo, y todo a tu alrededor comienza a perder nitidez a causa de las lágrimas. Tu visión se empaña por el dolor, y una opresión en el pecho te cierra la garganta, haciendo que un estremecimiento te recorra desde las costillas hacia dentro. Intentas sonreír, como si nada estuviese sucediendo, pero, la realidad, es que sientes que tu interior arde en llamas, y la única forma de apagarlo es permitir que el llanto moje tu rostro.

O, también, puede ocurrir durante una noche de soledad, cuando tus pensamientos hacen eco, retumban como pasos de guerra, acechándote. Quieres silenciarlos, pero ni siquiera el más fuerte de los gritos podrían aminorar su intensidad. Porque no importa cuánto sonido te rodee, el bullicio de tu mente siempre será el más poderoso.

Estaba sometida a una de las peores torturas que había experimentado

hasta entonces y, lo irónico, era que yo misma fungía como verdugo. Solo yo era capaz de jalar del gatillo, la tiradora que apuntaba el arma contra mi pecho. No había nadie que me obligase a estar ahí, nadie más que mis propios atormentados sentimientos.

La única que me comprendía era Sam, pues ella sabía lo que era sentir dolor en cada respiración, y angustia cada que los ojos se cerraban en la noche, cuando cientos de preguntas asaltan tu cabeza, confundiéndote, haciéndote pensar qué fue lo que salió mal, quién fue el culpable, y por qué. Y si, acaso, existía una solución que pudiese volver a pegar tus fragmentos en uno.

Recuerdo que en alguna conversación que mantuvimos con Miguel, Fabiola y otros del salón, la mayoría de ellos estuvo de acuerdo en que olvidar a alguien era sencillo, solo se necesitaba dejar de pensar en esa persona. ¡Sí, así de simple! Sin embargo, los pocos que realmente conocían lo que era tener una presencia grabada en la mente, objetaron —yo decidí no participar en la conversación— que borrar las memorias de un amor fracasado era una de las cuestiones más difíciles y abrumadoras por las que alguien podía atravesar.

Me quedé al margen del debate que suscitó entre mis compañeros por una buena razón: nadie, además de mi amiga incondicional, sabía por lo que estaba pasando, y no quería que lo supiesen, aunque era complicado esconder mi faceta desanimada y lo débil que me sentía. Incluso, los profesores se percataron de mi radical cambio, preguntándome en más de una ocasión si todo estaba bien. Les aseguré a todos que solo estaba cansada, sufriendo de insomnio por alguna causa desconocida o una clase de enfermedad cuyo nombre era extraño —Adrián, así se llamaba mi malestar—. Quién sabe si me creían, seguramente algunos no lo hacían, pero trataba de ser la mejor mentirosa.

Uno miente por muchas razones. Yo lo hacía para protegerme, porque, tal vez, intentando convencer a los demás de que estaba bien, me convencería a mí misma de ello. Vaya una a saberlo, pero estaba segura de que entre menos dijera el nombre de mi martirio, más sencillo era enfrentar su ausencia.

Aunque a veces la negación no funcionaba, especialmente cuando el silencio gobernaba a mi alrededor, y la soledad me acompañaba. Descubrí que los lugares aislados representaban un peligro, porque cuando uno se escucha a sí mismo es capaz de desentrañar aquellos pensamientos más ruidosos, y los cuales tienden a ser más crudos. Y así era cuando me quedaba en el desierto

de mi hogar, durante las horas que separaban mi llegada con la de mi madre, quizás no era un lapso muy largo, pero bastaba para que mi mente divagara en el pasado, excavando tan profundo que dolía.

Un pasado de apenas unas semanas atrás. Tan cercano, pero el que me parecía tan lejano.

Fue un viernes, terminando las clases, que el cosmos trató de mostrarme que el mundo no se limitaba a un lugar, ni a un momento, y mucho menos a una persona. Que, quizás, encajonarse era uno de los peores errores al tratar de superar una crisis, creer que la salida estaba bloqueada, cuando la realidad era que había decenas de caminos para elegir.

Ese día, caminaba junto a Sam hacia la entrada principal de la escuela, donde su padre nos estaría esperando para llevarnos a casa. Conversábamos sobre su última lectura, una historia ambientada en la época de la segunda guerra mundial, donde un militar herido se enamoraba de su enfermera. A pesar de su decepción amorosa, ella no dejaba de ser una romántica empedernida, lo que me demostraba que las personas aún podían creer en aquel sentimiento, sin importar las malas experiencias por las que uno pudiese atravesar.

—¡Pecosa! —Una voz agitada llamó por detrás.

Me detuve un instante para girar y encontrarme con la imagen de Miguel acercándose a nosotras con pasos presurosos mientras sujetaba sus anteojos con la punta del dedo índice para que no fuesen a caerse de su pálido rostro.

—¿Ya se van? —preguntó con voz forzada, una vez que se emparejó a nuestro lado.

—Sí. —Fue Sam quien respondió—. ¿Por qué?

—Eh... necesito hablar con Ana —dijo, centrando su atención en mí. Y, rápidamente, sin escrutinios, añadió —: A solas.

—¿Conmigo? —cuestioné, sorprendida ante la petición.

Asintió. Tenía los labios apretados.

—Mi padre ya nos está esperando. —Apuntó mi amiga—. Tenemos que darnos prisa, porque él tiene que regresar a la universidad para dar su clase...

—Yo puedo llevarte a casa. —El tenor de la voz de Miguel estaba levemente teñido por el nerviosismo.

Ambas miradas se posaron sobre mí. Por un lado, estaban los ojos de Sam, que me escrutaban de forma acusadora, insinuando aquella conversación que aún no teníamos, de la cual me daba una idea en torno a qué giraba; y en su opuesto, se hallaba la atención de Miguel, quien parecía estar al borde de un

desmayo mientras esperaba por mi respuesta. Tenía miedo de emitir una palabra, pues se asemejaba a una balanza, en la que los platillos solo aguardaban a uno de mis movimientos para descompensar el balance.

Sabía lo que un lado me depararía: monotonía, tranquilidad y un rato agradable entre cuatro paredes embriagadas de sabiduría. La idea no era de mi desagrado, pues en esos momentos lo que más necesitaba era de la parsimonia. Sin embargo, una parte de mí suplicaba que buscara más allá de lo habitual, que me arriesgara a dejar a un costado la rutina que amenazaba con devorarme, consumiéndome.

Entonces, tomé la decisión, sin demorar demasiado en emitirla.

—De acuerdo —dije. Los ojos de Miguel se iluminaron ante ello—. Hablemos.

Aunque él no pareció ser el único sorprendido ante mi respuesta.

—Entonces supongo que te veré después... —El timbre de Sam denotaba cierta inconformidad, pero sabía que ella comprendería una vez que le contase todo.

—Te llamaré en la noche. —Le sonreí antes de acercarme a ella y darle un beso en la mejilla—. Salúdame a tu papá.

Asintió, mostrándose un poco más comprensiva. —Adiós, Miguel.

Él le sonrió. —Hasta luego, Sam. Que tengas un excelente fin de semana.

Ví partir a mi amiga, alejándose entre el grupo de estudiantes que caminaba en la misma dirección. Me detuve un instante a observarlos, preguntándome cuántos de ellos estarían atravesando por una situación similar a la mía, o una diferente que también los tuviese despiertos durante las noches, cuestionándose hasta el mínimo detalle. Cuántas sonrisas serían falsas, cuántas reales. Quiénes eran realmente felices, y quiénes no. Era sencillo juzgar a las personas por la faceta que mostraban al resto, pero su sentir podía distar de la máscara que lucían.

Regresé mi atención al chico que estaba de pie a mi lado. La expresión de Miguel continuaba mostrando un estado de inseguridad, lo que no era muy extraño en él, pero en aquella ocasión había una pequeña diferencia que no pude pasar por desapercibida, aunque decidí no hacerla relucir.

—Déjame ayudarte con tu mochila. —Extendió la mano hacia mí.

Seguí el consejo que un día mi madre me dio: *Permite cada acto de caballerosidad por parte de un chico, porque, conforme pasa el tiempo, es menos común encontrar a uno de ellos, y debemos valorar ese detalle.*

Por lo que acepté su ofrecimiento y le entregué el objeto solicitado.

Colgó el bolso en su hombro izquierdo y lo sujetó por la correa. Me dedicó una afable sonrisa antes de emprender el camino hacia el estacionamiento, donde se encontraba su automóvil.

—¿Sobre qué quieres hablar? —cuestioné, sonando tan tranquila a pesar de que la curiosidad me picara en cada centímetro del cuerpo.

Río. —¿Crees que tu madre se moleste si llegas más tarde a casa de lo habitual?

—¿Qué tan tarde? —pregunté con tono alarmado. Ese día tenía que ir a casa de mi padre.

Su risa se intensificó. —Descuida. Me refería a algo como las seis.

—Ah. —Suspiré internamente—. No, no creo que tenga algún inconveniente, ¿por qué?

—Hmm... ¿te gustaría ir a comer conmigo?

—¿Tú y yo solos? —No pude evitar preguntarlo.

Asintió. —¿Hay algo de malo con ello?

—No. —Me apresuré en responder, un tanto avergonzada—. Es solo que es algo... sorprendente. Supongo —comenté con la mejor y más cordial sonrisa que pude ofrecer.

Se burló. —Entiendo. La verdad es que no lo tenía planeado, simplemente se me ocurrió cuando te vi salir del salón con Sam.

¿Entonces me observaba cuando no me daba cuenta?

¿Y por qué no invitó también a Cristina si estábamos juntas?

—Además —continuó—, has estado muy preocupada, y creo que es una grandiosa idea para que te relajés.

—Es un gran detalle de tu parte —dije, sintiendo un leve escozor en las mejillas.

Nuestro andar era lento, despreocupado, a pesar de que la muchedumbre a nuestro alrededor caminara deprisa, ansiosos por abandonar el complejo y por fin ser libres durante dos días. Había dos clases de estudiantes: los que asistían a la escuela por mera obligación, como la mayoría; y los que iban cargados de placer y verdaderos deseos del aprendizaje, como era el caso de Miguel, y, a veces, el mío.

Ya en el estacionamiento, mi acompañante continuó demostrando una de sus características más destacables: la caballerosidad. No importaba cuántas veces o quién lo hiciera, pero el hecho de que me abriesen la puerta del carro me parecía uno de los gestos más encantadores.

Cuando él subió, se apresuró en encender el aire acondicionado. Entonces

me percaté de que tenía pequeñas gotas de sudor adheridas en la piel de su frente, y que sus movimientos eran rápidos y poco certeros, como el hecho de que no atinó la llave dentro de la ignición sino hasta su tercer intento.

—¿A dónde iremos? —pregunté, con la única intención de dispersar los nervios que, evidentemente, lo embargaban.

—¿A dónde te gustaría ir? —cuestionó, logrando poner el automóvil en marcha.

Poco a poco fuimos dejando atrás las instalaciones escolares. El tráfico de la ciudad fluía con extraña rapidez, a pesar de que la cantidad de vehículos circulantes fuera considerable.

—Me gustaría algo sencillo. —Medité durante algunos segundos. Estaba hambrienta, y tenía cientos de ideas en mente, sin embargo, uno emergió con mayor fuerza, haciendo gruñir mi estómago cuando pronuncié su nombre—. ¿Qué te parece una pizza?

—¿Pizza? —interrogó, mostrándose un tanto desconcertado.

Asentí.

—Podemos ir a mi casa, ordenar la comida y platicar mientras esperamos. —Sugerí, volteándome para mirar su reacción.

Se limpió el sudor con el antebrazo. —¿A tu casa?

—Sí. —Levanté una ceja de manera inquisitiva—. ¿O preferirías ir a otro lugar?

—No, no. —Negó con la cabeza, nervioso—. Tu idea es estupenda.

El trayecto a mi hogar estuvo templado por una interesante conversación. Miguel era la clase de chicos que le gusta hablar, pero también poseía la cualidad de ser bueno escuchando a los demás.

Con él era fácil conversar, lo cual me sorprendía. Los primeros días creí que solo intercambiaríamos vagas palabras, como lo hacía con la mayoría de mis compañeros, especialmente porque, en algunas ocasiones, era un tanto desalentador que sus pláticas solo versasen sobre la escuela y estudios. Sin embargo, esa faceta intelectual fue apartándose para mostrar al simpático chico que había detrás de esas enormes gafas.

Cuando llegamos a mi hogar Miguel comenzó a tensarse, lo que me resultó normal, considerando su personalidad introvertida. Por lo que me había dicho en alguna otra ocasión, las situaciones de esa índole, algo nuevo, le causaba nervios e, incluso, incomodidad.

—Bienvenido. —Le dije una vez que estuvimos dentro—. Siéntete como en tu casa.

—Gracias —comentó con cierta timidez.

—¿Quieres algo de beber? —Hice ademán de dirigirme a la cocina, esperando que me siguiera, pero se quedó quieto, observándome casi de soslayo—. Anda, ven, acompáñame.

Me miró y le dediqué una sonrisa despreocupada.

Le vi exhalar con pesadez antes de animarse a seguirme. Sus pasos eran cuidadosos, como si temiese dejar alguna marca sobre el suelo.

—¿Puedes ordenar la pizza mientras sirvo algo de beber? —Asintió como respuesta—. ¿Prefieres refresco de cola, de sabor o agua natural?

—Agua, por favor. —Apartó su atención de mí—. ¿Pizza de...?

—Especial —respondí mientras sacaba dos vasos de la alacena.

Tecléo sobre la pantalla de su celular y se alejó para hacer la llamada.

Lo observé con detenida atención.

Miguel era un chico encantador, en todos los aspectos posibles. Sin embargo, en ese momento me centré en sus cualidades físicas, las cuales eran fáciles de destacar.

Aunque, admitiéndolo, la que más me gustaba de ellas era el hoyuelo que se dibujaba en su mejilla cada vez que sonreía.

Asintió y terminó con la llamada. Ni siquiera le escuché hablar.

Retomé mi labor de servir las bebidas para ambos, fingiendo que no desperdicié ese par de minutos en observarlo.

—Tardará treinta minutos en llegar. —Anunció.

Extendí un vaso en su dirección y lo aceptó con una sonrisa, agradeciéndome. Enseguida, con un gesto de la cabeza le pedí que me siguiera de regreso a la sala, donde estaba dispuesta a enfrentar aquella charla que nos había llevado hasta ese momento.

Ambos tomamos asiento en el mismo sofá, a una distancia prudente, pero más cercana de lo que esperé. Su rodilla rozaba la mía de vez en cuando, poniéndome nerviosa, pero creía que alejarme resultaría una acción descortés, y lo que menos deseaba era mostrar esa actitud con Miguel, quien me apoyaba tanto.

—¿Y bien...?

Entornó los ojos. —¿Qué?

Reí. —¿Sobre qué querías hablar?

—Oh. —Dejó el vaso sobre la mesa de su lado, y limpió las palmas de sus manos en la tela de su pantalón.

Acomodó su postura sobre el sofá, irguiéndose para verse con mayor

imponencia, sin embargo, la palidez que su semblante adquirió delató el nerviosismo que comenzaba a dominarlo.

Aclaró su garganta. —Verás, Ana, lo que sucede es que... —Se quedó callado mirándome fijamente a los ojos.

Y ya no dijo nada más.

Se quedó en blanco, observándome.

—Lo que sucede es que... —copié, incitándolo a continuar.

Suspiró. —Demonios...

Me sorprendí al escucharlo.

Prosiguió: —Ana, sabes que soy pésimo expresándome con los demás, ¿cierto?

—Eso creo —respondí, dubitativa.

—Y también soy un asco actuando. —Negó para sí mismo—. Pero me gustaría intentar algo... ¿puedo?

—Eh... por supuesto.

Apretó sus párpados un par de segundos antes de tomar una profunda bocanada de aire y mirarme de nuevo. Su inseguridad era evidente, lo que me hacía poner nerviosa también a mí, pues la confusión de sus palabras me tenía a la deriva.

Esperé demasiadas cosas de Miguel en ese instante, menos lo siguiente que hizo.

Acortó la distancia entre nuestros cuerpos, con cuidado, destilando una sutileza ajena a la que acostumbraba presenciar en los hombres. Fue acercándose cada vez más, y más, y más, hasta que su rostro quedó a poco menos de cinco centímetros del mío.

—Miguel, ¿qué haces? —pregunté en bajo tenor.

Su mirada estaba fija en la mía, escrutándola con tierno detenimiento.

—Ana... —Susurró, acercándose todavía más.

—¿Qué haces? —repetí.

Su boca estaba tan cerca de mí.

—Me gustas. —Confesó.

Dejé de respirar.

Dejé de respirar el tiempo suficiente para que comenzara a marearme.

Realmente no sé cuánto tiempo transcurrió antes de que alguno de los dos hiciera su siguiente movimiento, los cuales estuvieron coordinados: respiré con profundidad y Miguel sujetó mi rostro con ambas manos, aprisionándome.

Y me besó.

CAPÍTULO 19

En la noche, mi mente divagaba. En un momento se hallaba en el vívido recuerdo de los labios de Miguel contra los míos, atrapados en ese segundo del tiempo, pero, de pronto, aquella escena se disolvía, transformándose en partículas muy finas de polvo que eran arrastradas por el viento hasta convertirse en nada, y en su lugar crecía una imagen, tan distinta, que me mareaba: los lentes desaparecían y eran sustituidos por una intensa mirada castaña, con una profundidad abrumadora. Era así como mis pensamientos comenzaban a ser controlados por la presencia de Adrián, quien siempre sonreía ante mí, incitándome a olvidarme de todo... y de todos.

Giraba de un lado al otro de la cama mientras intentaba conciliar el sueño, tan inestable como un bote en un salvaje oleaje. Me mecía, yendo y viniendo, como un péndulo, como un vaivén de a merced de la corriente. A veces me calmaba, a veces mi corazón palpitaba con demasiada fuerza. A veces me gustaba lo que veía al cerrar los ojos, y a veces me sentía aterrada, incapaz de controlar las emociones que me embargaban.

Poco a poco fui durmiéndome, agotada. Tal vez eran las diez de la noche, así como también podían ser las tres de la mañana. En esos instantes las manecillas del reloj no me importaban. Se sentía como si el tiempo no transcurriese o, si lo hacía, era de una manera frenética.

Dentro de un sueño, me encontraba atrapada en la curva de un torbellino, angustiada por no poder escapar, sin embargo, dos chicos extendían la mano para intentar rescatarme. Ambos rostros me eran familiares, y ambos se esforzaban por salvarme. Me sentía desesperada por la indecisión que me azotaba al no saber hacia qué lado apostar. Realmente lo dudé, pero, cuando por fin elegía el socorro de alguno de ellos, y me estiraba hacia él para asirme de su extremidad, se alejaba y el cuadro que se materializaba frente a mí era similar al de una daga atravesando mi pecho. Adrián era arrastrado hacia atrás por los brazos de Tania, alejándolo, abandonándome en la peligrosidad del amor.

Entonces caía, caía, y caía en picada, hasta que pocos centímetros me separaban del suelo, llevándome a una inminente colisión contra la cruda verdad.

Y, así, despertaba empapada en sudor frío.

El sol aún no salía, mi habitación continuaba sumergida en una parcial oscuridad, la cual era tajada únicamente por los rayos de un farol de la calle que penetraban al interior por una pequeña rendija entre las cortinas de la ventana. Sombras irregulares se proyectaban contra la pared opuesta, donde posé mi mirada.

En esa quietud me di cuenta de que la mandíbula me dolía, al igual que mis hombros, como una clara muestra de tensión. Me incorporé en la orilla de la cama, aferrando mis manos en el colchón para intentar apaciguar el temblor de mis extremidades. Estaba un poco mareada, desorientada, como si mi jaula dentro del torbellino hubiese sido real.

Quién sabe por cuánto tiempo estuve así, pero cuando recobré la noción de la realidad, ya era de día. Afuera se escuchaba el trinar de los pájaros y las voces de algunos vecinos que conversaban animadamente. Recobré la capacidad para moverme y ser consciente de cada parte de mi cuerpo, aunque aun así me sentía un poco ajena.

Me levanté de la cama y fui hacia el baño, arrastrando los pies al caminar. Llevaba sobre mí una carga cuyo origen no conseguía descubrir, solo sabía que me pesaba, tanto física como emocionalmente. Cerré la puerta detrás de mí y recargué las manos sobre el lavabo, encorvada, después miré hacia el frente y me encontré con mi demacrado reflejo.

Sonreí.

—Perdóname. —Le dije.

Y un hilo de lágrimas recorrió cada una de mis mejillas.

Mi cabeza estaba recargada sobre el hombro de Miguel. Él estaba callado, ensimismado en su lectura, un thriller. El silencio no era incómodo entre nosotros, aunque tampoco era un momento acogedor, se trataba de una escena aceptable. Existíamos, juntos en el mismo lugar, pero había una pequeña brecha que nos distanciaba.

Habían transcurrido tres días desde el icónico beso, y no habíamos vuelto a hablar de ello. Tal vez ambos estábamos demasiado avergonzados como para tocar el tema, quizás Miguel se arrepentía y quería olvidarlo, o, simplemente, se trató de uno de esos momentos que quedan inmortalizados en un silencio, como el pacto secreto entre dos personas que lo llevan hasta la tumba. Un secreto de cómplices, de dos amantes que ni siquiera lo saben.

Me gustaba estar junto a él, aunque todavía intentaba comprender todos

aquellos sentimientos que se arremolinaban en mi interior. Sentía cierto nerviosismo cuando le veía, mi estómago se hacía chiquito y las mejillas me ardían, era algo similar a una atracción, pero no se comparaba a lo que un día Adrián me hizo experimentar. Seguramente era porque, como algunos decían, nunca sientes lo mismo dos veces, nunca con la misma intensidad, nunca se podía comparar algo así. Y cada vez estaba más convencida de eso.

Acarició mi rodilla izquierda con su mano, sin bajar el libro del alcance de su visión. Su tacto estaba teñido por ternura, sus dedos acariciaban mi rótula, lento, con movimientos circulares, ocasionalmente subiendo y bajando. Cerré los ojos y disfruté de su roce. Me calmaba, un poco, pero lo hacía. Solía asemejar su presencia a una luciérnaga en medio de la neblina, abriéndose paso en la oscuridad, avanzando poco a poco hasta llegar a su cometido, el cual era hacerme sonreír.

—¿Estás bien? —preguntó, rompiendo un silencio de casi veinte minutos.

Asentí, aún recargada en su hombro. —Sí.

—Me da gusto saberlo.

—Te lo agradezco —comenté en voz baja.

Se rio muy apenas. —Ya te lo dije, no tienes nada de qué agradecerme.

Levanté la cabeza y lo miré. Por primera vez desde que inició con su lectura, bajó el libro a su regazo y me dedicó toda su atención. Sus ojos siempre buscaban los míos, como el metal se siente atraído por un imán.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Acabas de hacerlo. —Bromeó.

Yo reí, y proseguí: —¿Por qué te preocupas tanto por mí?

—Porque eres especial —respondió sin titubeos, sorprendiéndome.

—¿Por qué?

—Dijiste que me preguntarías *una* cosa, no dos. —Me sonrió con burla.

—Estoy hablando en serio. —Apunté, denotando seriedad en mi semblante.

Exhaló. —Ana, sé que no lo notas, pero eres una chica increíble.

—¿Realmente lo crees?

Se acomodó en el sillón de forma en la que su cuerpo quedó volteado hacia mí.

Miguel era un chico serio, la mayoría de las veces poco expresivo, pero se trataba de una persona prudente y acertada, decía las palabras apropiadas en el momento apropiado. Su honestidad y gentileza eran cualidades que destacaban en él. Sus convicciones eran claras, sus modales ejemplares, y los

valores que sus padres le dieron eran, simplemente, admirables. Por lo que recibir un cumplido de su parte era común, pues le gustaba resaltar los atributos de los demás, como una muestra de su simpatía.

—Por supuesto. —Se atrevió a tomar mis manos entre las suyas—. Eres bonita, inteligente y divertida. —Su rostro comenzó a sonrojarse—. Nunca lo dudes.

Dudar.

Dudar de lo que soy.

¿Realmente era todo eso que Miguel decía?

Y, si lo era, ¿por qué Adrián no se enamoró de mí?

Adrián...

¿En dónde estabas?, ¿qué estabas haciendo?

¿Pensabas en mí tanto como yo lo hacía en ti?

Apreté sus manos y le dediqué una sonrisa. —En serio te lo agradezco.

—Ya te dije...

Lo interrumpí cuando llevé mi mano hacia su rostro para acariciar el borde de éste. Se quedó quieto, mirándome con enternecedora atención, casi pidiendo una explicación de mi tacto, pero no tenía una respuesta para esa pregunta no formulada, pues ni siquiera yo sabía qué estaba haciendo. Me dejé llevar por ese momento manchado de romanticismo y comprensión.

En ese entonces no sabía que mi actuar era errado, guiado por lo mal que me sentía, aprovechándome de la bondad del muchacho que estaba sentado a mi lado; jugando, de cierta manera, con sus sentimientos, pues éstos eran reales, y yo lo comprendía, pero no me detenía a pensar en que de ser víctima me estaba convirtiendo en verdugo de la misma forma de tortura a la que mi corazón fue sometido.

—Solo quiero que estés bien —susurró.

No estaba bien, pero intentaba estarlo.

Fingiendo.

Quién no lo había hecho antes... engañar a los demás respecto a su estado de ánimo. Creía que era la mentira más contada de todos los tiempos, cuando alguien te preguntaba: “Eh, ¿cómo estás?” Era más sencillo mentir diciendo un simple “bien”, a tener que contar el verdadero motivo por el cual tus ojos se humedecían de la nada. Un “*nada*” que lo significaba *todo*.

—Lo estoy. Estoy bien.

No sé si me creyó, pero no insistió en ello. Simplemente sujetó mi mano entre la suya, entrelazando nuestros dedos.

Permanecí en silencio, observándolo con detenimiento. Sonrió, aunque creo que ni siquiera se daba cuenta de que lo estaba haciendo. Entonces, lentamente y sin previo aviso, se fue acercando a mí, midiendo cada centímetro que acortaba hasta detenerse a una distancia peligrosa, en la que nuestras respiraciones se fundieron en una. Su nariz rozaba la mía, y nuestros ojos apenas podían verse entre sí debido a la cercanía.

—Ana... —susurró.

—Miguel... —Cerré los ojos, permitiendo que él decidiera el desenlace del momento, sin saber a qué clase de revoltoso juego me estaba entregando.

Sus labios se unieron con los míos, disparando un centenar de chispas que me quemaron en la piel, en el interior de mi cuerpo, en cada fibra que me recorría. Arrastró mi mano hacia la parte posterior de su cuello, y enseguida imitó aquella acción, sujetándome de la nuca para acercarme lo más posible a él.

Esa vez el beso fue distinto, más apasionado, cargado de cierta necesidad. Una desesperación a la que ambos sucumbimos, deseosos de perdernos ahí. Realmente no sabía qué pasaba por la mente de Miguel, pero podía imaginar que él anhelaba ese momento desde hacía demasiado tiempo. Su boca buscaba a la mía con deliciosa fiereza, mostrando un lado desconocido, pero seductor.

Debo admitir que no fue el mejor beso de mi vida, ni siquiera se asemejó a aquellos que había leído entre las páginas de los libros más románticos. Sin embargo, no podía desmeritar el revoloteo que me embriagó, ni la incontrolable emoción que me hizo suspirar cuando se apartó apenas unos centímetros de mí para inspeccionar mi rostro.

Le sonreí de forma coqueta, incitándolo a volver, lo que no dudó en hacer.

Esa tarde fue muy diferente a las que había tenido hasta entonces, repleta de dulces caricias y tiernos besos en los labios y mejillas. Era extraño pensar con quién estaba compartiendo ese tipo de situación. No, no quisiera crear un malentendido haciendo menos a Miguel, pero quizás él era de los últimos chicos con los que creí que compartiría gestos tan íntimos y secretos.

Aunque esa complicidad me ayudó a olvidar, aunque fuese por unas horas del día, la miseria que me había mantenido recostada en la cama debajo de las cobijas durante ya varias semanas, en las cuales me dediqué a maldecir la capacidad humana para enamorarse. Y la fragilidad con la que un corazón podía romperse.

El tic tac del reloj desapareció, y el tiempo transcurrió con calma paz junto a Miguel, quien se dedicó a sacarme sonrisas y carcajadas con sus

divertidas ocurrencias. Era seriedad, de la que tanto hablaban, solo era una máscara que ocultaba a un chico inseguro que, en la compañía correcta, mostraba su lado más simpático y atrayente.

Sí, Miguel representó una salvación en mis momentos más oscuros y tormentosos, me aproveché de esa ayuda que me brindó, dejé que me ayudase a salir a flote en el medio del mar de lágrimas que comenzaba a ahogarme poco a poco hasta casi no ver una salida.

Fui egoísta con el chico que sí me quería.

CAPÍTULO 20

El calendario se quemó con la velocidad con la que transcurrieron las últimas semanas, durante las cuales mi *cercanía* con Miguel fue incrementando. Él mostraba su interés en mí, los detalles ocasionales que antes tenía conmigo se convirtieron en algo cotidiano, una clase de costumbre que nos hacía sonreír a ambos.

Estaba dotado de modales y gestos que cualquier chica desearía en su enamorado. Siempre fue educado, atento, pero en esos días mostró mayores atenciones y preocupaciones. Algunas veces le pedí que no tomase tantas molestias para ayudarme, pero objetó asegurando que cada acción la realizaba con cariño y sin pesar, por lo que no se detendría, aunque se lo pidiera. Si era algo que nos gustaba a los dos, ¿para qué olvidarlo?

Nunca antes recibí tantos cumplidos y halagadoras palabras, incluso llegué a creer que era la chica más hermosa del mundo.

Una noche, embriagado por el romanticismo, mientras cenábamos en el jardín trasero de su hogar, Miguel acarició mi rostro con la punta de sus dedos, su tacto era tan cálido y suave, y, mirándome directamente a los ojos, susurró:

“Por cada una de tus pecas podría decir un motivo diferente por el cual soy el chico más afortunado al estar contigo esta noche.”

Aún recuerdo la fiereza con la que mi corazón latió tras sus palabras, robándome el aliento por algunos segundos, los suficiente para que me diera cuenta de que no se trataba de un sueño más.

Realmente estaba en compañía de un caballero de resplandeciente armadura. Y, gracias a él, comprendí que no todos los príncipes tienen ojos del color del cielo, ni una estatura imponente que te somete, ni siquiera un cuerpo escultural para admirar. El físico no era relevante cuando de romance y amor se trataba. Y tal vez ese era uno de los errores más comunes que se cometían, creer que el cuerpo –una vana y temporal caratula- era lo que nos definía, cuando la realidad era que aquello que almacenábamos dentro de ese ente material era lo de verdadera significancia.

No tenía duda sobre lo que Miguel sentía por mí.

Sin embargo, yo no estaba tan segura de lo que sentía por él.

Qué gran tontería, ¿cierto?

Aunque así eran las cuestiones del amor, uno nunca decidía de quién se enamoraba, cuándo ni dónde, simplemente sucedía, cuando menos lo esperabas, en el lugar menos predecible, y de la persona menos pensada. Así como sucedió con Adrián, un completo desconocido que se clavó en mi pecho y quedó grabado en mis pupilas desde el primer momento en que lo vi. Si fuese posible decidir, quizás nunca me hubiera enamorado de él.

Pero no era el caso, pues caí rendida ante su existencia.

* * *

Un domingo por la mañana, Miguel me invitó a desayunar a un acogedor restaurante del centro. Creí que se trataría de otra salida habitual, en la que ambos disfrutaríamos de nuestra compañía, pero esa vez me sorprendió desde el inicio de la cita con un enorme ramo de tulipanes rojos. Mis favoritos. Me los entregó cuando subimos a su auto, quizá no pensó en que lo mejor sería dejarlos en mi hogar dentro de un recipiente con agua, o tal vez quería que los llevase conmigo durante nuestro encuentro, presumiéndole al mundo que tuvo ese tierno detalle conmigo.

Era adictivo sentirse querida por alguien, saber que se preocupaban por ti y que tenías un apoyo incondicional para cualquier situación a la que te enfrentases. Era algo que se olvidaba con facilidad, pero a lo que se acostumbraba con mayor rapidez.

Decían que donde alguien te quiere, ahí es el lugar más bonito del mundo.

Y sí, estar con alguien que tiene sentimientos por ti, es eso... bonito.

En fin, últimamente nos gustaba visitar diferentes lugares de esa zona de la ciudad, pues había una gran diversidad de establecimientos, y ambos creíamos que era una forma interesante de conocernos, explorando gustos en común y aquellos en los que diferíamos. Éramos muy parecidos, nos gustaba el chocolate, el estudio y estar en sitios más reservados, como una cafetería o la seguridad de nuestros hogares. Odiábamos la comida picante, el bullicio, la gente interesada, y las injusticias de las que todos éramos, por lo menos una vez, víctimas.

La elección de aquél día para visitar fue “La Colmena”, se trataba de un lugar infiltrado entre un grupo de imponentes, pero monótonos edificios ejecutivos. Su colorida fachada desentonaba con la paleta de matices aburridos que lo rodeaban, y las llamativas flores en su terraza eran la única muestra de vida silvestre, por lo menos, dentro de un radio de más de medio kilómetro a la redonda. Era curioso encontrar un pintoresco atisbo de arte en

el medio de una calle donde reinaba la cuadrada mente de trabajadores de oficina.

Por el día y la hora que era la calle no estaba muy transitada, pocas personas andaban por las aceras, bajo los cálidos rayos del sol a mitad de una brisa otoñal cargada de olor a inminente lluvia. El pavimento de casi toda la ciudad estaba manchado por hojas desteñidas, las cuales, de vez en cuando, alzaban el vuelo a merced del viento, formando una estela que se iba lejos hasta desaparecer o fundirse con otra semejante.

El lugar donde aparcamos estaba a una cuadra de La Colmena, y el camino que recorrimos era igual de sobrio que los edificios que le rodeaban, iguales entre ellos, sin mayor distinción más que el nombre que los caracterizaba. En las banquetas, en lugar de haber árboles cada cierta distancia, había altos faros con algunos cables eléctricos conectándolos entre sí. La verdad era que esa zona en particular de la ciudad no me gustaba, y no entendía cómo un restaurante tan llamativo como aquél podía estar ahí, en medio del mundo laboral, pudiendo tener una ubicación más acorde a su estilo.

No quise dejar las flores en el vehículo; no hacía calor, pero sabía que al estar expuestas por demasiado tiempo a los rayos del sol podría significar que se marchitarían más rápido que en un proceso normal. Eran hermosas, y deseaba que se viesen así por el mayor tiempo posible, por lo que decidí llevarlas conmigo, consiguiendo a la vez que la sonrisa y el orgullo de Miguel se incrementaran. Mi acompañante se ofreció a llevarlas por mí, completando con ello el atractivo atuendo con el que iba ataviado.

Mientras caminábamos, Miguel hablaba sobre lo emocionado que estaba por las convocatorias para las becas universitarias de la ciudad de Santacruz, lugar donde estaba la facultad de Bioquímica más grande del país, y de la cual egresaban las personas más influyentes en dicha rama. Era su sueño desde pequeño, entrar ahí y convertirse en uno de los bioquímicos más reconocidos e importantes de la nación, no tanto por la cuestión de la fama, sino por la grandeza que podría obtener para su currículum y los envidiables puestos que podría conseguir, transformándose en un orgullo para sí mismo al haber cumplido un sueño más de su lista.

Los chicos como él tendían a triunfar en la vida, porque eran perseverantes y dedicados, no se rendían cuando deseaban algo. Hacían lo que hiciera falta para cumplir sus metas planteadas. Y sabía que Miguel no aceptaba un *no* por respuesta ante aquello que anhelaba. Era de admirar, pues no cualquiera se entregaba por completo a sus propósitos, lo común era que

los dejásemos a la deriva, a la espera de que se cumplieran solos. Por ello, creía que él era especial y que lo aguardaba un futuro prometedor.

Al llegar a la entrada del establecimiento, observé que el par de mesas de la terraza estaban ocupadas por dos parejas tan diferentes entre sí. Unos parecían amarse a pesar de la edad que arrastraban, y los otros, jóvenes, alejados por la materialidad y superflua tecnología de sus celulares. En antaño, al salir con alguien, tus ojos solo prestaban atención a la persona que estaba al otro lado de la mesa, lo que poco a poco iba perdiéndose por el afán de llevar una vida interesante en las redes sociales. Una vida, quizá, falsa.

Nos recibió una joven de cabello rubio y afable sonrisa, en la blusa del uniforme tenía abrochado un gafete con su nombre: Leticia. Nos informó que el lugar se encontraba casi lleno, pero había una pequeña mesa en el centro, cuestionó si estábamos de acuerdo con ello o si esperábamos a alguien más, para así asignarnos una mesa distinta cuando hubiese disponibilidad. No teníamos problema, por lo que nos guio hacia nuestro destino.

Analiqué a los comensales con curiosa rapidez, me gustaba impregnarme con la esencia de todos, aunque fuese únicamente con la vista. Había gran diversidad de personas, niños, jóvenes, adultos e, incluso, ancianos. Las voces se elevaban por lo alto, risas, el sonido metálico entre cubiertos, la parsimoniosa música de fondo, los meseros corroborando las órdenes, una sinfonía compuesta por instrumentos de diversos orígenes.

Todo apuntaba para ser otro magnífico día, repleto de tranquilidad, acompañado de una amena conversación con mi acompañante, pero el destino tenía otros planes para mí. Una forma de ayudarme a ver que la vida es dura.

Dirigí la vista hacia una esquina del lugar, sintiéndome atraída por la presencia de una persona situada por allá; mis ojos se dirigieron hacia ese punto, curiosos por descubrir quién se había fijado en mí en un sitio tan poblado como aquél. Esperé encontrarme con alguien de morboso interés por el color de mi cabello o el incontable número de pecas en mi piel, sin embargo, lo que me encontré más allá de nosotros, fue un duro golpe de realidad que me sacudió todo el esqueleto.

No encontré a un chico común y corriente observándome, no estaba ni cerca de ser alguien más del montón. Se trataba de aquella persona cuya existencia generaba un estremecimiento en todo mi ser, en cada célula, cada fibra y cada nervio de mi sistema. Fue como ser empapada por un balde de agua helada. No lo esperaba, nunca lo hubiese llegado a imaginar. Tantos lugares, tantos momentos, y coincidir, cada uno acompañado por personas

ajenas a la confusa relación que un día compartimos.

Su mirada se encontró con la mía, y creí que el mundo a mi alrededor se desquebrajaba, temblaba, se hacía añicos bajo mis pies. Toda la paz por la que luché en las últimas semanas se evaporaba y se marchaba junto con la fría ventisca que nos rozaba la espalda.

Esos ojos castaños que un día me hicieron soñar ahora estaban acompañados de alguien más.

Adrián se quedó estático, mirándome con dolorosa atención. Parecía igual de sorprendido que yo, a excepción de que, seguramente, él no se sintió débil ni angustiado ante mi presencia en ese recóndito lugar. ¿Cómo podría estarlo, si frente a él se hallaba la chica que le robaba los suspiros?

Nuestras miradas permanecieron unidas por algunos segundos, y podría jurar que el mundo se detuvo durante el tiempo que duró esa conexión.

Mi pecho dolió, pues era la primera vez que nos veíamos después de varias semanas.

En la escuela evitaba salir del salón, con la única intención de abstenerme de esa clase de tormentosos momentos, huyendo del indeseable encuentro con Adrián. Me refugiaba en las cuatro paredes del aula, como una cobarde, como si evitando salir de ahí fuera la mejor manera de escapar de los problemas. Pues, desde nuestro último avistamiento en casa de Mario, no nos habíamos vuelto a topar, o por lo menos no hasta ese día, en el que era imposible dar media vuelta y alejarme. Estábamos ahí, y no había manera de decirle a Miguel que quería marcharme porque, a pocas mesas de distancia, se hallaba el chico que me impedía entregarme al amor, aceptando el suyo ciegamente.

Permanecí dentro de esa escena por más segundos de los que me hubiesen gustado, ensimismada en los confusos sentimientos que me dominaban. Escruté la mirada de Adrián, y él lo hizo con la mía. Sentí un retorcijón en el estómago, sabiendo que los cadáveres de las mariposas en mi estómago luchaban por revivir y comenzar a revolotear de nuevo, aunque algo las obligaba a mantenerse en el suelo, muertas como se suponía que debían de estar mis sentimientos por él.

Mis ojos ardieron y mis labios temblaron, porque muy en el fondo sabía que aún lo amaba.

Pero no me podía permitir demostrarlo, no de nuevo. No quería humillarme frente a tantas personas, menos después de haber luchado por conseguir una estabilidad emocional, aunque fuese falsa.

Le dediqué un último fragmento de mi atención, cargado de

sentimentalismo y cierto reproche. Al percatarme de que había comprendido ese gesto, me di la vuelta y tomé asiento en la silla que le daba la espalda, cortando así con el instante suspendido en el tiempo, y recobrando de esa manera un poco de tranquilidad, a sabiendas de que ni Tania ni él podrían ver la manera en la que mis ojos se humedecieron.

Miguel, rebosante en su felicidad e ignorante de mi tristeza, se sentó en la silla al otro lado de la mesa y dejó el ramo en la orilla de ésta. Era un chico inteligente en lo relativo a cultura y estudios, pero sus conocimientos en cuanto a relaciones interpersonales eran casi nulos. Al ser tan introvertido le era difícil ser empático, pues no conocía muchas de las experiencias que la vida brindaba. Tal vez, él no sabía cómo era que te rompieran el corazón.

—Este lugar es fascinante —comentó, embelesado, mirando en todas direcciones hasta detenerse en un punto detrás de mí—. Eh, ¿ese no es tu amigo?

—No. —Me apresuré en responder.

—Creo que sí es —insistió, aún con la mirada fija en la mesa de atrás—. El que es un año mayor que nosotros... ¿cuál era su nombre? ¿Antonio?

—Adrián —corregí, fingiendo desinterés, aunque por dentro me quemase el hecho de que él realmente estuviese ahí—. Y estoy segura de que no es él.

—Pero ni siquiera has mirado hacia allá...

—Miguel —Lo interrumpí cortésmente—, ¿podemos hablar de otra cosa?

—Oh, claro. —Regresó su atención a mí. A veces era tan inocente, que no sabía si reírme o preocuparme por él—. ¿Sobre qué te gustaría hablar?

—De lo que sea...

Menos sobre el amor.

Sonrió. —¿Recuerdas el proyecto sobre el que te conté?

—¿El del laboratorio de biología? —Asintió—. Sí, lo recuerdo, ¿qué ha sucedido con ello?

Sus ojos se iluminaron, hablar sobre sus logros y metas siempre lo ponía de buen humor, incluso aunque desde antes ya se mostrara alegre. Ante la mención de su proyecto extraescolar, comenzó a explayarse, contándome hasta el último detalle de la planeación y realización de las actividades establecidas para el desarrollo de aquél.

Al principio lo escuché con la debida atención, pero mi mente poco a poco fue dispersándose, alejándose de la conversación que suscitaba entre ambos, pues en lo único que podía pensar era en la triste situación en la que me hallaba.

Detrás de mí había una pareja feliz, una pareja a la cual envidiaba, porque yo quería estar en el lugar de esa chica, ser quien sujetara la mano de Adrián y lo escuchara mientras hablaba de todas esas interesantes historias que tenía para contar, historias que me hacían creer que la vida no tenía que ser tan aburrida como la había vivido hasta entonces.

De pronto, no escuché nada. Solo veía a Miguel frente a mí, hablando y hablando, aunque sus palabras no penetraban en mis oídos. Él ni siquiera parecía darse cuenta de que no lo estaba escuchando, quizás estaba demasiado emocionado con sus pensamientos que no se percataba de la lejanía de mi atención.

Fue hasta que una amable mesera se acercó a nosotros que recobré la noción de la realidad de nuevo. Se dirigió con amabilidad, sonriendo y ofreciéndonos la especialidad del día: *waffles* con frutos rojos y miel de abeja natural. Cualquier cosa dulce era bien recibida por ambos, por lo que no dudamos en aceptar la sugerencia. La chica se marchó y nos dejó solos de nuevo.

—... y es así como creo que puedo obtener el primer lugar con ese proyecto —concluyó, sonriendo con satisfacción.

—Eso es... sorprendente —dije, sin entender absolutamente nada.

Asintió. —Tengo un buen presentimiento.

—Me alegra saber que cumplirás otro de tus objetivos —comenté, aquella vez con verdadero interés.

—Gracias. —Agachó la mirada un par de segundos, mostrándose un tanto avergonzado ante mis palabras, sin embargo, volvió a fijar sus ojos en mí—. Aunque aún hay algunos más importantes que me gustaría realizar.

—Lo harás.

De soslayo vi pasar dos figuras, muy cerca de nuestra mesa. Centré mi atención en la pareja que caminaba hacia la salida, iban tomados de la mano, la felicidad que irradiaban los hacía resplandecer, y desbordaban un envidiable amor. El chico caminó erguido, sin inmutarse por nada ante su camino. Sin embargo, la chica giró levemente su cuerpo, lo suficiente para que su mirada pudiese encontrarse con la mía. Tania me observó con divertida malicia y me dedicó un guiño burlón antes de voltearse y continuar con el sendero que la llevaría a, quizás, otro romántico momento con Adrián, lejos de mí.

La grieta de mi corazón crujió, y con ello comenzó a hacerse más profunda y larga. Mucho más dolorosa.

Pero no podía decir nada.

Y quizás eso era lo que más desesperación me causaba. El silencio. El haber sido tan cobarde para no decirle a Adrián lo que sentía por él, y ahora tener que conformarme con verlo siendo feliz con alguien más, una chica que tal vez no merecía a alguien como él, o quizá sí.

Quién sabe si en verdad estaban hechos el uno para el otro, o si solo eran una bonita coincidencia que cambiaría el rumbo de un destino preestablecido. Bah, a veces los hilos de las personas se enredaban por error, y esperaba, aunque fuese cruel de mi parte, que lo de ellos solo se tratara de una mala jugada que terminaría en cuestión de semanas o meses.

—¿Ana?

—¿Mmm? —Volteé a ver a Miguel, quien me miraba con tierna curiosidad —. Disculpa, ¿me dijiste algo?

Rio mientras apuntaba al plato que tenía frente a mí, del cual no me percaté en qué momento lo dejaron. —Tus *waffles*

—¡Oh! —Realmente estaba despistada—. Estupendo, muero de hambre.

—Yo también.

Observé una última vez hacia la salida. Ya no había rastros de Tania ni de Adrián.

Respiré profundo para controlar el acelerado vaivén con el que se inflaba mi pecho en cada inhalación.

Pasé el rato como cualquier persona, disfrutando de la compañía de un agradable chico, riendo y conversando sin mayores contratiempos. Durante las últimas semanas había aprendido a lidiar con la punzada que me cruzaba los costados, podía fingir que estaba bien y que nada dolía, que mi corazón palpitaba con normalidad.

Esos prolongados minutos fueron divertidos, entretenidos y amenos, la perfecta combinación de lo que necesitaba en un momento como aquél. Solo necesitaba una distracción para olvidarme de la escena que presencié en el lugar, solo requería de algo que ocupase el lugar que Adrián solía ocupar en mi mente, casi todos los días. Bien decía mi madre que una mente ocupada no tiene espacio ni tiempo para extrañar a alguien, y hasta entonces lo comprendía.

Miguel era la anestesia que necesitaba.

Su risa me ayudaba a calmar mis males.

Él sabía cómo encaminarme hacia la temporal salvación.

Sucumbí a ese falso bienestar, generado por el incondicional amor que ese

chico sentía por mí, demostrándomelo en cada ocasión que fuese posible. Sin temores ni vergüenzas, cegado por la ilusión de un amor primerizo, teñido de inocencia.

Me hacía reír tanto, aunque realmente no disfrutaba de esa sensación.

—Tu risa es la más bonita —comentó, sujetando mi mano entre las suyas.

Me hizo ruborizar al mirarme con tal intensidad.

—Gracias, Miguel. —Le dediqué un gesto avergonzado.

—Ana... —Sonrió con amplitud, de una manera distinta, una que no había visto antes en él—, hay algo que me gustaría preguntarte.

—¿Qué cosa? —Indagué, ignorante.

—¿Recuerdas que hace rato te dije que había objetivos más importantes que quería cumplir? —Asentí como respuesta—. Bueno, hoy quisiera cumplir otro de ellos.

—¿Cuál es?

Acarició mis nudillos con la punta de su pulgar. —Lo pensé casi desde el primer momento en el que te conocí. Cuando te vi quedé impresionado, pero cuando te escuché... uf, quedé flechado.

—¿Flechado?

Oh, no.

—Sé que puede ser un poco apresurado, considerando que apenas llevamos unos meses conociéndonos, pero me siento orgulloso de siempre estar seguro de lo que quiero. —Lamió sus labios—. Y estoy convencido de que tú eres la chica que quiero a mi lado, por eso me gustaría saber si: ¿quieres ser... mi novia?

Y entonces sentí que el mundo comenzó a avanzar con lentitud, siendo una antítesis de la rapidez con la que mi corazón latía.

Me quedé callada por varios segundos, repitiendo en mi cabeza sus palabras, tratando de reflexionar si las había escuchado bien, o si mi mente me estaba jugando una mala pasada, pero, cada que lo reiteraba, llegaba a la conclusión de que Miguel sí había formulado tal pregunta y no había cabidas para confusiones o malas interpretaciones.

—¿Lo dices en serio? —pregunté con torpeza—. ¿O es una broma?

Parecía no comprender mi incertidumbre, haciéndolo notar con su expresión angustiada —Sí, hablo en serio, ¿por qué bromearía con algo así?

—*Porque, simplemente, no puedo creerlo.* —Pensé.

Nunca había tenido novio.

Nunca había funcionado con algún otro chico.

¿Realmente acababa de preguntarme... *eso*?

No podía creerlo, no podía hacerlo.

Y todo por una buena razón, la cual les contaré enseguida.

La verdad es que imaginé y soñé con ese momento muchas veces, el momento en que alguien por fin me pidiese ser su novia, y tales ensoñaciones eran muy similares a la escena en la que me encontraba. Frente a mí estaría el chico del cual estaba enamorada, luciendo un atuendo si no elegante, por lo menos formal. Estaríamos en un lindo restaurante, rodeados de personas enmudecidas, pues su plática no sería de relevancia para nosotros. La música de fondo sería tranquila y nos ayudaría a ambientar el cuadro. Después él sujetaría mis manos y haría la gran pregunta, esperando por respuesta un evidente *sí*. Concluiríamos esa promesa de amor con un corto, pero emotivo beso en los labios, y nos abrazaríamos. Similar a una propuesta de matrimonio, sin embargo, tratándose únicamente del inicio de un noviazgo.

Y ahí estaba Miguel, cumpliendo la mayoría de los detalles de una de mis más ansiadas fantasías.

Solo había un pequeño problema: él no era el chico del cual estaba enamorada.

Él no era Adrián.

Era patético que aún pensara en él de esa manera, especialmente después de verlo tan feliz en compañía de Tania hacía apenas unos minutos. Sin embargo, aunque quisiera negarlo y lo ocultara en el mejor escondite de mi mente, aún albergaba la pequeña esperanza de que Adrián me quisiera, de que un día despertara dándose cuenta de que la chica indicada para él era yo, nadie más que yo.

En las noches todavía me despertaba con su nombre atrapado entre mis labios después de una pesadilla. Aún lo veía detrás de mis párpados cuando cerraba los ojos. Seguía siendo la primera persona a la que quería llamar para contarle algo importante que me había sucedido. Él lo era todo, mi primer y último pensamiento del día.

No podía jugar así con Miguel.

Aunque... ¿qué era lo que realmente pensaba de ese chico?

¿Tan siquiera me sentía atraída por él?

¿O solo se trataba de un mero consuelo para mi soledad?

No estaba segura, y no creía que lo estuviese hasta intentarlo.

Tal vez después me arrepentiría, pero en ese momento no pensaba con claridad. Mi mente estaba confundida, atormentada y dolida por todo lo que

estaba sucediendo, mis pensamientos estaban opacos, oscurecidos por la angustia.

Solo quería sentirme mejor.

Quería estar bien.

A pesar de que solo fuese una mentira.

—Sí. —Uní mi otra mano a las tuyas—. Sí quiero ser tu novia.

CAPÍTULO 21

Es fácil juzgar las acciones de otros. Apuntar, resaltar, y criticar. No sabemos qué trasfondo puede haber, qué sentimientos están involucrados, ni los motivos que los llevaron a actuar de tal manera. Solo cabe el defecto de creernos superiores, de ser jueces en la vida de otros y pensar que tenemos la facultad para minimizar sus ideales, tachándolos como erróneos solo porque son diferentes a los nuestros.

Y es que realmente no sabemos nada.

Pero siempre ha sido más sencillo quejarnos que tratar, siquiera, de comprender a los que nos rodean. Es más simple ver el lado negativo de las cosas, creer que el vaso está medio vacío, pero ¿por qué?, ¿qué será eso que nos lleve a pensar de tal forma?

¿Ignorancia?, ¿falta de empatía?, ¿simple egocentrismo?

¡Vaya uno a saberlo!

Lo que sabía, era que estaba en contra de las decisiones y acciones de Adrián. Creía que él se había equivocado al elegir a Tania como su pareja, puesto que ni siquiera parecía que tuvieran algo en común. La edad, tal vez; las materias y maestros que compartían, los compañeros de clase, las tareas y los deberes escolares. No más.

Me consolaba contándole a un público silencioso que el amor entre era pareja sería efímero, tan insignificante que la arena en su reloj estaba por terminarse. Pocos granos eran los que me separaban de una segunda oportunidad con él...

¿Segunda oportunidad? Ni siquiera tuve una primera.

Menos ahora que tenía novio.

Novio.

Miguel.

¿Qué?

Abrí los ojos. Estaba en mi habitación, recostada en mi cama, con una cobija sobre mi cuerpo. El lugar se hallaba en completo silencio a pesar de que hubiese alguien más conmigo en la recámara. Dirigí mi atención hacia la persona que estaba sentada en la silla de mi escritorio, la cual no se había percatado de que desperté de un sueño en el que no recordaba haber caído.

Observé a Sam durante varios segundos —quizá minutos— mientras leía. Su atención estaba absorta en las páginas frente a sus ojos. Apenas se movía. El único gesto que demarcaba la diferencia entre una estatua y ella era su ocasional parpadear. Se veía tan tranquila, lo que era envidiable.

Habían pasado ya varias semanas desde que terminó con Héctor. El tiempo suficiente para que sus heridas estuviesen cicatrizando y que el dolor anidado en su pecho comenzara a emprender el vuelo, lejos. Esto último se notaba en su actitud menos taciturna, y en su manera de expresarse sobre los chicos, pues por lo menos ya no se refería a ellos como la escoria del mundo que solo existía para ayudar a las mujeres a engendrar hijos. Un tanto radical, pero comenzaba a entender esa postura tan descabellada.

Giré mi cuerpo sobre mi costado, consiguiendo que la base de madera de la cama emitiera un leve chirrido que atrajo la atención de mi acompañante. Bajó el libro y lo dejó sobre su regazo, centrando toda su atención.

—Por fin despiertas —dijo con tono burlón.

—¿Cuánto tiempo dormí? —pregunté, estirando los brazos por encima de mi cabeza.

—No mucho. —Se levantó del asiento y dejó su lectura sobre el escritorio—. Tal vez quince minutos.

Apreté los párpados un par de segundos y volví a abrirlos.

—Me siento un poco mal —comenté, haciendo alusión a una leve punzada que me cruzaba el cráneo.

—Si yo fuera tú, también me sentiría mal. —Se acomodó en la orilla de la cama, cerca de mí—. Bueno, considerando lo de Miguel.

Me mostré seria, observándola con cierta molestia. —Creo que me siento lo suficientemente culpable para que remarques mis acciones. —Me erguí sobre los codos—. Además, Miguel me gusta, e incluso creo que lo quiero.

—¿Crees? —Enarcó una ceja.

—Lo quiero. —Afirmé.

—Pero no más que a Adrián.

—No vuelvas a decir su nombre.

—No lo has negado...

Exhalé. —Me estás fastidiando, Sam.

Se rio. —Lo lamento, Ana, pero solo quiero que estés bien, y sé que no serás feliz con ese chico. He visto cómo actúas cuando estás con él. —Negó por lo bajo—. Te hace reír, la pasas bien a su lado, pero *algo* te hace falta. Mejor dicho, *alguien*.

—Sam... —Amenacé.

—Lo lamento. —Insistió, aquella vez mostrándose más comprensiva—. Solo intenta dar lo mejor de ti en esa relación, ¿sí? —Ladeó la boca—. Él en verdad te quiere, y, aunque sea un poco egoísta, quizás te pueda ayudar a olvidarte de... ya sabes quién.

Me acomodé de tal manera en la que terminé sentada a su lado, en el borde de la cama. Como tierno gesto me dio tres palmaditas en la rodilla.

—No voy a jugar con él —dije con firmeza.

¡Por supuesto que no quería hacerlo!

—Plantéalo como un apoyo temporal, del cual puede surgir un romance.

—Se encogió de hombros.

Aún juzgaba a Adrián por su romántica elección y por las acciones que había realizado en los últimos meses, pero... ¿por qué no me juzgaba a mí misma por lo que estaba haciendo? Lo mío, pensándolo bien, era más cruel y egoísta, porque, por lo menos, él sí admitía sin dudas estar enamorado de Tania, y yo... *creía* querer a Miguel. Pero, como dije, era más fácil fijarse en los errores de los demás que en los propios.

Recargué mi cabeza sobre el hombro de mi amiga y ella puso la suya sobre la mía.

Ese era un momento de quietud, uno de mis favoritos, cuando el silencio reinaba entre dos o más personas —o incluso en mi soledad—, pero los sentimientos se mantenían a flote, dispersos por el aire sin prejuicios ni absurdos temores, y con Sam podía expresar hasta el más vergonzoso de mis pensamientos, originado por mis sensaciones y vivencias. Podía ser yo misma, Ana, la chica con el corazón roto.

Ella estaba al tanto de todo, de lo sucedido con Adrián, de las noches en vela que me perseguían, del dolor y la desesperación, de los celos e inseguridades causados por Tania, de mis encuentros no tan secretos con Miguel, de las tiernas caricias que suplían a la soledad. Con ella era transparente, no podía mentirle, aunque lo intentara, porque me conocía tan bien, incluso más que yo misma.

Cerré los ojos.

Otra noche se acercaba y, con ella, una pesada incertidumbre sobre los pensamientos que me abordarían a manera de tortura. Estaba cansada, a pesar de que apenas me estuviese despertando de una siesta, pero dormir ya no era sinónimo de descanso, porque incluso en mis sueños me sentía agobiada, con cierta agitación, y miedo a que las imágenes en mi cabeza fueran reales.

Dormía porque mi cuerpo me lo pedía, sin embargo, mi mente no descansaba. Pensaba, suponía, imaginaba. Cualquier momento era bueno para trabajar en ideas, buenas o malas.

Quería que todo eso terminara. Pronto.

Pero sabía que olvidar a alguien no era sencillo, y que, a veces, no era cuestiones de meses o semanas, sino de años, y ese era uno de mis más grandes temores. Sufrir por Adrián durante mucho tiempo.

¿Cómo fue que terminé enamorada de él?

Esa corta parsimonia se desvaneció por el sonido del timbre en la sala de estar y se propagó hasta mi habitación. Quería creer que era una clase de broma, por fin comenzaba a sentirme un poco más tranquila, y entonces alguien llegaba a interrumpir esa escena.

—¿Quieres que abra? —preguntó Sam, levantando su cabeza.

—No, yo iré —respondí tras un suspiro—. Tal vez buscan a mamá.

Me enderecé con esfuerzo, sintiéndome débil. Estaba comiendo bien, o por lo menos eso intentaba, pero parecía que tampoco una buena alimentación me ayudaba a aminorar los efectos secundarios de una ruptura no-amorosa... ¿o se consideraba amorosa, aunque solo uno estuviera enamorado? Quién sabe.

Bajé las escaleras hacia el primer nivel de la casa, caminando rumbo a la puerta de entrada mientras arrastraba los pies en cada paso que daba, maldiciendo por lo bajo a la persona que estaba al otro lado, pues su inesperada presencia acabó con mis pocos minutos de añorada tranquilidad.

Imaginé el rostro de muchas personas una vez que abriera: un vendedor ambulante, un miembro de algún grupo religioso, un vagabundo pidiendo dinero, un vecino solicitando un favor, un sinfín de posibilidades diferentes, sin embargo, la faz que me encontré al otro lado de la puerta me dejó sin respiración durante unos cuantos segundos.

—¿David? —pregunté con notoria sorpresa.

—Hola, Ana. —Saludó con una incómoda sonrisa—. ¿Cómo estás?

Mal.

Todo por culpa de tu amigo.

—Eh... bien —contesté con torpeza—. ¿Y tú?

—Excelente —dijo con la misma cortesía que lo caracterizaba.

Silencio, silencio, y más vergonzoso silencio.

La mirada acaramelada de David me parecía curiosa, pues daba la impresión de que siempre estaba escrutando a las personas, analizándolas y

haciendo un criterio de ellas que no manifestaba en voz alta.

Su presencia me absorbió por varios segundos, en los cuales me dediqué a observar su rostro con detenimiento. Esa situación se trataba de un acontecimiento extraño, lo que me hizo cuestionarme cuál podría ser el motivo para que estuviera ahí, delante de mi puerta un domingo por la noche, cuando el clima no era el más favorable para un paseo nocturno.

Y entonces otra pregunta me asaltó, consiguiendo que mi corazón diera un pequeño brinco por el susto: ¿venía solo... o no? Divagué por un momento, apartando mi atención de él para dirigirla hacia su vehículo estacionado frente a la acera. No había nadie en el interior de aquél, y no aparentaba haber otra presencia cerca. Respiré profundo y me tranquilicé, recordando que él seguía a solo unos metros de distancia.

—¡Oh, disculpa! —Me percaté de mi mala educación, y sentí el rostro caliente por el rubor—. ¿Quieres pasar?

Dudó por un instante antes de responder. —Claro, te lo agradezco.

Volví sobre mis pasos hacia el interior de la casa y me hice a un lado para permitirle el paso. Me dedicó una afable sonrisa y se detuvo a limpiar la suela de sus zapatos en el tapete de la entrada, acción que nunca había visto en algún otro invitado hasta ese momento.

Recordé que, en alguna ocasión, Adrián me contó sobre lo alucinante que parecía ser la vida de David, y lo mucho que le angustiaba ser así, todo a causa de la presión que sus padres ejercían en él. Los Arana, según lo que me dijeron, se trataban de una familia de dinero y gran prestigio a nivel estatal; los progenitores eran médicos especialistas y *ellos* tenían planeado que su hijo siguiera sus pasos en el ámbito profesional —y en casi todo—. Sus modales eran inigualables, personas cultas que estaban en constantes capacitaciones y cursos para cada día ser mejores. Reconocidos en la sociedad, ambiciosos, pero siempre amables. Tenían una hermosa casa en una residencia privada y automóviles hermosos. Muchos querían una vida así, repleta de lujos.

Menos aquellos que estaban cansados de esa vida, tal como David.

Estaba harto de ser precavido en todo lo que hacía por miedo a decepcionar a sus padres. No podía demostrar sus sentimientos mundanos frente a ellos, porque no había tiempo para esas insignificancias, el tiempo era oro, y debía aprovecharse en inversiones. La estricta crianza que tuvo lo impulsó a ser más reservado, temeroso de equivocarse ante los ojos de otros, acostumbrado a que cada error era un castigo.

La perfección no siempre era tan buena como la contaban, a veces era una

clase de tortura.

Pero David no destacaba por el estatus que tenían sus padres, ni por la inteligencias y responsabilidad escolar que encantaba a los catedráticos; sus verdaderas virtudes radicaban en lo educada que era su actitud ante los demás, lo discreto que podía ser, y la amabilidad que teñía cada una de sus acciones. Era el chico más agradable que conocía, considerando que no hablábamos mucho.

—¿Quieres algo de beber? —pregunté, caminando hacia la sala de estar.

—Estoy bien, gracias —respondió sin dejar de seguirme.

Ambos nos sentamos en el mismo sofá, el más largo de los tres que había, pero el espacio entre nuestros cuerpos era considerable, ya que los dos pensamos igual y tomamos asiento en los extremos opuestos.

Se le veía nervioso, jugaba mucho con sus manos y evitaba mirarme al rostro. Su atención estaba enfocada, especialmente, en el suelo. Comprendía esa postura de inseguridad, pues en muchas ocasiones me tocó jugar en ese papel, aunque aquella vez tenía la ventaja de estar en mi terreno, donde la seguridad de mi hogar me brindaba cierto apoyo emocional, haciéndome parecer menos agitada que él. Pero, la verdad, era que yo también me sentía inquieta, lo que intentaba no demostrar.

—David...

—Ana...

Hablamos al mismo tiempo y reímos.

—Adelante, dime. —Hizo un ademán con la mano para incitarme a continuar.

—No quiero parecer grosera, pero...

—Te gustaría saber qué estoy haciendo aquí, ¿cierto? —cuestionó con una sonrisa.

Asentí como respuesta.

—Bueno... —Levantó los ojos hacia mí—, traje algo para ti.

—¿Qué cosa? —Ladeé la cabeza, confundida.

Buscó en el bolsillo de su pantalón y sacó un trozo de papel doblado en cuatro partes iguales. Lo observó durante un par de segundos antes de extenderlo en mi dirección.

—Lo envía Adrián.

Era patética la manera en la que el ritmo de mis latidos cambiaba ante la simpleza de la mención de su nombre. Solo eso, una palabra que realmente no tenía importancia, pero que englobaba un significado muy grande.

No lo acepté de inmediato, solo me quedé ahí, mirando fijamente la pequeña carta que estaba entre los dedos pulgar e índice de David.

—¿Una nota?

—No me preguntes qué dice, porque no lo sé. —Insistió, acortando la distancia que me separaba del papel.

—Pero sabes por qué la envió. —La tomé con cuidado, como si pudiera quemarme con ella.

Su expresión de culpabilidad lo delató. —Tú no me hagas esto, Ana.

Reí. —Él fue el primero en involucrarte.

No podía apartar la mirada del pequeño objeto que ahora tenía entre mis manos. Era tan simple, tan común, que quizás en ello radicaba un poco de su relevancia. Tal vez formaba parte de mí ya atrofiada imaginación, pero podría jurar que olía a su loción, mi favorita. E, incluso, imaginaba que la temperatura del papel era porque parte de su tacto aún estaba impregnado en ella.

—¿Por qué lo hizo? —Interrogué, aún centrada en el papel—. ¿Para qué?

—Se siente mal —dijo en voz baja, el tenor de un secreto al ser revelado.

—¿De qué? —Lo miré. Sus ojos estaban fijos en mi rostro.

—Por lo que sucedió entre ustedes. —Suspiró con pesadez—. Ana, tú eres su mejor amiga, te extraña cada día, a cada hora, aunque no lo creas.

—Tienes razón. —Sonreí con dolorosa melancolía—. No te creo.

—¿Puedo leerla contigo aquí? —Desdoblé la primera parte.

—Si crees que eso te ayudará: sí.

Abrí por completo el papel.

Solo dos palabras.

Dos palabras que se clavaron en mi pecho como filosas dagas.

Te extraño.

Mis labios temblaron y mis ojos ardieron.

Un día, cuando te pregunté desde la lejanía: ¿Pensarás tanto en mí como yo lo hago en ti? Nunca creí que obtendría una respuesta, pero ese insignificante pedazo de hoja me otorgó una respuesta.

Adrián sí pensaba en mí, y me extrañaba, así como lo expresó con un bolígrafo negro. Quizás no era la forma más apropiada para hacerlo, fue una actitud cobarde de su parte, pero busqué cientos de razones para justificarlo. En ese momento no me importaba su carencia de valentía ni lo atrevido de David para actuar como un mensajero, como un cupido particular.

Quería llorar, no estaba segura si era de tristeza o alegría, pero un

sentimiento amenazaba con asfixiarme. Todo me dolía: el pecho, las costillas, la garganta, el estómago. Me sentía atrapada, apretujada contra cuatro paredes que poco a poco iban cerrándose sobre mí, haciéndome chiquita y acorralándome. Y sabía que aquella sensación solo podía significar una cosa.

La lluvia emanó de mis ojos como frías lágrimas que recorrieron un trayecto iniciado en mis mejillas hasta el borde de mi rostro, donde cayeron y se perdieron en un vacío para siempre. Tardé, tal vez, un minuto en darme cuenta de que el dolor había decidido manifestarse en forma de llanto, cuando me apresuré en limpiar el rastro que aquellas habían dejado en mi piel.

—Lo siento... —susurré.

—Descuida. —Me dedicó una sonrisa ladeada—. Todos debemos quebrarnos de vez en cuando.

—Yo lo hago todo el tiempo. —Confesé.

—Qué envidia.

—¿Ah? —Levanté la cabeza para mirarlo. En su semblante anidaba una expresión de angustia.

—Por lo menos tú puedes ser humana. —Su voz se escuchaba monótona, pero en su mirada anidaba un sentimiento que se esforzaba por mantenerse en el anonimato—. En cambio, yo solo puedo decir que estoy bien. Sin dolor ni problemas. —Se rio—. Es mi turno de disculparme, no quisiera agobiarte con mis cosas, ya tienes suficiente con las tuyas.

—David, yo no...

Me interrumpió. —¿Hay algo que quieras decirle?

Sí, un centenar de cosas.

Que yo también lo extrañaba.

Que me hacía tanta falta.

Que lo odiaba un poco.

Que me dolía su lejanía.

Que aún lo amaba.

—No, la verdad es que no. —Sorbí por la nariz—. Pero quisiera pedirte un favor a ti.

—¿Cuál? —Se mostró un tanto confundido.

—Sé que él es tu amigo, y que lo correcto sería que le dijeras lo sucedido, sin embargo, quiero pedirte, suplicarte en realidad, que no le digas... bueno, pues, *esto*, que me quebré por él.

Se quedó muy serio.

—Por favor, no le des más poder sobre mí —continué. El timbre de mi

voz denotó el pesar que me causaba estar así por la situación.

Ni siquiera me importaba que Sam estuviera arriba esperándome, ya tendríamos tiempo para continuar con la conversación que teníamos pendiente. Lo único que me importaba en ese momento era conservar la poca dignidad que aún tenía, la poca que no había sido pisoteada por los pasos de Adrián alejándose de mi vida.

Tardó algunos segundos en decidirse para hablar, pero cuando lo hizo, sentí que el peso del mundo se caía de mis hombros.

—¿A qué te refieres? —preguntó con escalofriante seriedad—. Si lo único que hiciste fue darme las gracias.

CAPÍTULO 22

Las historias siempre toman rumbos interesantes, especialmente cuando acontecen hechos insólitos, el desenlace puede cambiar, tornándose más complejo. Y la mía no fue una excepción.

Durante la preparatoria nunca tuve un apodo que me desagradara: Anita, pecosa, pelirroja, rojita, *Little Darling*... Sin embargo, en las últimas semanas se me clasificaba como una chica taciturna que no hablaba, la cual se la pasaba ensimismada en sus pensamientos. Nadie me juzgaba por ello, en realidad, o por lo menos eso creía, pero algunos no tardaron en expresar su opinión respecto al cambio que tuve cuando mis encuentros secretos iniciaron con Miguel.

Beatriz, una chica simpática del salón, en una ocasión me preguntó qué era lo que había sucedido conmigo, cuando le pregunté el motivo por el cuál pensaba eso, me dijo que me recordaba como una persona alegre, y que después simplemente me convertí en una chica distinta, una chica que parecía tener el corazón roto. No supe qué responder, solo me reí. Y a ello, se limitó a decir que le daba gusto que por fin estuviese saliendo adelante.

De nuevo tendría que tratar sobre el tema de las mentiras y sobre los cientos de razones por las cuales los humanos lo hacemos. Escondí el motivo por el cual me sentía devastada, pero ya no quería seguir fingiendo, pues eso también era agotador. Así que decidí mostrar los atisbos de felicidad que Miguel me brindaba, exponiéndole al mundo nuestra nueva relación.

Ambos éramos chicos tímidos, reservados en cuanto a la vida personal se trataba, hablábamos solo cuando la situación lo meritaba. Aunque los dos decidimos que sería una romántica idea exteriorizar que ahora nos pertenecíamos el uno al otro, hablando meramente en un sentido metafórico manchado por la cursilería, había una pequeña y simple regla que debíamos respetar: nada de besos en los labios en público.

Estábamos en contra de ese tipo de demostraciones afectuosas fuera de la intimidad, reservándolo entonces solo para aquellos momentos en los que estuviéramos solos o protegidos por el anonimato. Era vergonzoso imaginar que otros nos vieran besándonos, quizá resultaba asqueroso, por ello preferíamos evitar esas incómodas situaciones.

El lunes por la mañana, se dio la pauta para un cambio en la historia, ése del que hablaba con anterioridad. Fue cuando llegué al salón de clases, como la mayoría de los días, denotando cansancio en mi semblante, pero con una afable sonrisa dibujada en mi rostro para ofrecerle al mundo. En mi pupitre había una pequeña caja dorada y un rosa a un lado. Esos simples detalles resaltaban dentro de la monótona escena escolar.

Varios compañeros ya estaban ahí, y su atención recayó sobre mí cuando me acerqué y tomé ambos objetos entre mis manos.

—Creo que alguien tiene un admirador... —El comentario de Santiago me hizo mirar hacia su dirección.

—¿Quién te lo regaló, Ana? —preguntó Marina, haciendo entonces que dirigiera mi atención a ella.

Poco a poco fui sintiendo cómo el calor subió hasta mis mejillas y fue expandiéndose a todo mi rostro.

Tragué saliva, incapaz de responder. —Eh...

No necesité completar mi ridículo balbuceo, pues una voz proveniente desde la entrada del aula fue la que respondió en mi lugar, salvándome de esa situación, pero introduciéndome a un momento más bochornoso.

—Fui yo. —Todas las miradas se dirigieron hacia Miguel.

Sentí calor, mucho, mucho calor, a pesar de que afuera el clima estuviese frío.

—¡Uy! —Se formó un coro de pícaras y burlonas voces.

Miguel se acercó a mí, luciendo una amplia sonrisa que marcaba el hoyuelo de su mejilla. También estaba levemente sonrojado, pero eso parecía no importarle, solo mostraba interés en mí, olvidándose que había más gente con nosotros. Se veía absorto en mi rostro, lo que me hizo sentir más nerviosa.

Cuchicheos, risas y un silbido se juntaron como música instrumental de fondo para aquella dramática, pero tierna escena.

Mi enamorado se detuvo frente a mí, y no escatimó en su cariño al sujetarme con una mano por la cintura.

—¿Te gustó? —preguntó en voz baja, lo suficiente para que solo yo pudiese escucharlo.

—¿Qué es? —respondí con otra interrogante.

Río. —Ábrelo. Es solo un pequeño detalle, ojalá te guste.

Exhalé y reí, presa de los nervios al saber que la atención de todos los presentes aún continuaba sobre nosotros, curiosos por descubrir qué había en el interior de esa cajita envuelta en papel dorado.

Quitó la tapa con torpeza y la dejó sobre la banca, apartando mi atención apenas un segundo del contenido. Tenía miedo de mirar, no estaba segura del porqué, pero siempre que abría un obsequio experimentaba esa inseguridad, una clase de angustia al no saber cómo reaccionar ante ello.

—¿Qué opinas? —cuestionó cuando mis ojos se encontraron con lo que había dentro.

—Es hermoso... —susurré, enternecida.

Dentro, había un collar dorado con un dije en forma de corazón, en el cual estaba grabado mi nombre en el centro con letra cursiva: *Pecosa*. Lo rocé con la punta del dedo índice y no pude contener un suspiro.

—¿Qué es? —preguntó alguien del fondo, pero ninguno de los dos respondió.

—¿Quieres que te lo ponga? —Las ansias por hacerlo eran evidentes.

Asentí con una sonrisa.

Le entregué la caja y di media vuelta para facilitarle el trabajo, haciendo mi cabello a un lado para que mi cuello quedara despejado. Centré la mirada en un punto del panorama que se veía a través de la ventana. Entonces pasó la cadena por enfrente de mi rostro y tiró de ella levemente hacia atrás para cerrar el broche. Sus movimientos fueron suaves, tiernos, como siempre.

—Ya está —comentó, aún en bajo tenor.

Me giré hacia él.

Más comentarios flotaron a nuestro alrededor, aunque, para mi sorpresa, no me importó. Realmente me olvidé de lo que estaba más allá de nosotros, me permití encapsularnos en ese momento, olvidando todo lo demás, centrándome solo en aquello que importaba.

Y lo único que importaba, era el chico que tenía delante de mí.

El chico que me quería.

Y por única ocasión, rompí la regla que habíamos impuesto.

Lo sujeté por ambas mejillas, maniobrando con la rosa para no golpearlo con ella, y acerqué su rostro al mío, dándole un rápido beso en los labios, el cual terminó por teñir su rostro de rojo, y aumentar el nivel en el bullicio de las entrometidas voces que zumbaban.

—Gracias —dije con verdadero entusiasmo—. Me encantó.

—También a mí —confesó, enceguecido por un estupor que lo mantenía atento en mis labios.

Reí, apartándome de él un par de pasos. Era curiosa, pero alentadora la manera en la que un revoloteo me cosquilleaba el estómago. Entonces, me di

cuenta de que aquella sensación me gustaba, aunque cometí el error de compararla con lo que experimentaba cuando estaba cerca de Adrián; era similar, cierto nerviosismo acompañado de alegría, pero en algo difería... algo faltaba.

—*Solo olvídale* —Una voz susurraba dentro de mi cabeza—. *Él no te quiere, él ama a Tania.*

Él no te quiere.

Él no te quiere.

Él no te quiere.

¡Adrián no te quiere!

—Te quiero. —Le dije al chico que estaba frente a mí.

—Yo también te quiero, Pecosa. —Habló con voz queda, fascinado.

Era una completa... egoísta, permitiéndome utilizar una palabra amable para describirme, aunque la realidad era que merecía adjetivos diferentes para puntualizar mis acciones y mi conducta, adjetivos un tanto elevados de tono.

Estaba jugando con fuego, si es que así se le podía denominar a los sentimientos de Miguel. Quería quemarme, derretirme para así poder fundir nuestros sentires... ¡Qué cursi! Pero había meditado las palabras de Sam del día anterior, estar con él era un apoyo temporal, del cual podía surgir un romance, y eso era lo que pretendía: enamorarme perdidamente y olvidar lo que un día sentí por Adrián.

Tal vez era cierto cuando decían que “un clavo saca otro clavo”.

Yo ni siquiera sabía martillar, pero era un riesgo que quería correr, esperando no causar daños colaterales.

* * *

Durante el transcurso de la mañana, lo más hablado dentro de las cuatro paredes del salón fue acerca de mi nueva relación. Llovieron preguntas, felicitaciones, más y más preguntas, buenos deseos, y muchos comentarios; incluso, la noticia llegó hasta varios profesores, quienes se mostraron sorprendidos ante el acontecimiento, pues argumentaron que ambos éramos los más serios del salón y, sin ofender, no pintábamos para ser la clase de chicos que entablaban relaciones amorosas.

Me resultó un tanto abrumador ser el centro de atención por tantas horas, recibiendo miradas y escuchando palabras sobre lo mío con Miguel. Siempre me gustó mantenerme al margen, entre la delgada línea de ser una chica invisible y recibir el cordial saludo de todos en el salón. Pero últimamente luchaba por un lugar entre todos, un lugar más notable, aunque nunca imaginé

que comenzaría a serlo gracias a un noviazgo. No me malinterpreten, no es que no me gustase que los demás supieran sobre sobre ello, simplemente que me hubiera gustado conseguir una posición por méritos propios, y no gracias a Cupido.

Sam fue la única que siguió tratándonos normal, a ella no le era de relevancia mi situación sentimental, yo seguía siendo Ana, su mejor amiga, y Miguel continuaba siendo el chico inteligente que se sentaba a mi lado. Eso era todo. Agradecía su discreción y la imparcialidad que demostraba, su parsimonia era necesaria en ese ajetreado día de bullicios y especulaciones.

Sin embargo, se marchó antes de que la última clase terminara, pues su padre la necesitaba para hacer unos trámites respecto a un seguro de vida que tenía. Su ausencia fue un duro golpe, pues de nuevo me sentí un tanto desprotegida, en la mira de mis compañeros. Quizás exageraba, pero eso era parte de pasar de ser un fantasma para de pronto materializarme frente a los ojos de los demás, por mera curiosidad y por sus incontrolables deseos de entrometerse en mi vida, como si ellos no tuviesen sus propios problemas.

—Es todo por hoy, jóvenes. —El profesor guardó una carpeta en su portafolios, el cual colgó en su hombro—. Que tengan excelente día e inicio de semana.

Varios compañeros siguieron sus pasos de cerca, deseosos por salir de ahí e irse a casa para descansar. Yo, a propósito, demoré más de lo habitual guardando las cosas en mi mochila, como una estrategia para que los demás fueran saliendo del salón, así pronto quedaría en la soledad, alejada de la atención de todos, afortunada de que al día siguiente se presentara algo más interesante que el hecho de que *los nerds del salón estuvieran saliendo*.

—Sobrevivimos a la prensa en nuestro primer día público como novios —comentó Miguel, acercándose a mi lugar.

Reí sin mucha gracia. —Solo quiero que dejen de hablar.

—Lo harán. —Sonrió, pero ese gesto apenas duró unos segundos—. Lo lamento, fue mi culpa. Debí preguntarte si podía revelar lo nuestro.

Su mirada se manchó con un atisbo de tristeza.

Negué con la cabeza. —No te disculpes, tarde o temprano se sabría...

—Entonces, ¿no estás molesta? —Me miró fijamente.

—No. —Me levanté de la banca y colgué mi mochila en ambos hombros, sujetando las correas—. Solo necesito acostumbrarme a la idea de... ya sabes, todo esto. Soy primeriza.

Se rio. —Es lindo que *ambos* seamos nuevos en esto.

Sí, era lindo, obviando la parte en la que el despecho me llevó a aceptar esa relación, aunque en ese momento me aferraba al pensamiento de que decidí ser su novia porque en verdad sentía algo por él, algo más que una simple amistad.

Ví el reloj en la pantalla de mi celular, faltaban diez minutos para las dos de la tarde.

—Será mejor que nos vayamos, no quiero que llegues tarde a tu compromiso —dije, emprendiendo el camino hacia afuera.

—De acuerdo.

Me tomó de la mano y permití que entrelazara nuestros dedos. Esa acción aún me parecía un tanto extraña, insólita, porque hasta entonces solo había caminado tomada de la mano de alguno de mis padres o de mis abuelos. Me daba vergüenza pensar que mi piel sudaría, o que lo apretaría demasiado a causa del nerviosismo. Suponía que era una situación a la que me acostumbraría con rapidez, o por lo menos eso esperaba.

Su tacto contra la palma de mi mano era terriblemente agradable, como si fuese capaz de transmitir su paz mediante esa carnal y simple conexión.

—Lamento no poder llevarte a casa —comentó con evidente pesar mientras caminábamos por el pasillo hacia las escaleras del edificio.

—Descuida. —Le sonreí para intentar apaciguar su preocupación—. Aunque no lo creas, no será la primera vez que tome el autobús.

Dejó escapar una risa. —Lo sé, pero detesto saber que te irás sola.

—No te preocupes por eso. —Le di un leve y gentil golpecito en el estómago—. Tú necesitas ir a terminar ese proyecto. Es importante, no puedes aplazarlo por mi culpa.

Se mostró agradecido por mis palabras.

—Te lo compensaré después.

Reí. —Ya sabes que me gusta el chocolate.

Lo solté, perdiendo la calidez en mi extremidad.

—Hablares más tarde, ¿sí? —Me dio un beso en la mejilla—. Cuídate, y avísame cuando llegues a casa.

—Lo haré. —Le dediqué otra sonrisa.

Se mostraba reacio a marcharse, pero el deber lo llamaba desde el laboratorio de biología, al otro lado del lugar en el que nos hallábamos en ese instante. Sin embargo, contrariando a aquello que quería, continuó con su camino por el pasillo de ese nivel, rumbo a la zona de la escuela destinada para ese rubro.

Lo observé caminar durante algunos segundos, analizando su figura. En serio me gustaba, no era un chico terriblemente atractivo, pero poseía cualidades físicas que me hacían sentirme atraída por él. Solo esperaba que pronto cayera rendida ante sus pies, así como lo manejaban en esas dulces historias de amor, cuando a la protagonista se le escapa un suspiro causado por el inevitable deleite que le causaba su enamorado.

Pronto, Ana, pronto.

Fue mi turno de continuar con mi trayecto, bajando por las escaleras con rapidez. A esa hora de la tarde había una larga fila en la parada del autobús, la cual demoraba a veces hasta treinta minutos para que tocara tu turno. Aquel día no tenía prisa por llegar a casa, pero continuaba temerosa de un encuentro con... el chico indeseado.

Avancé entre los demás alumnos, siguiendo la corriente. Era bueno mezclarse con otros, con personas que no te conocían y solo te veían como a una persona más, sin pasado ni errores, ni motivos que te encajonaran en una tonta clasificación.

Los rayos del sol sobre el jardín delantero de la escuela fueron un alivio para la fría humedad que había en el interior del edificio. Caminé con paso tranquilo, disfrutando del panorama que me rodeaba, observando el rostro de los estudiantes que estaban cerca de mí. También atesoraba esos momentos de simpleza de la vida, tan comunes que muchas veces no les prestábamos la debida atención hasta que se esfumaban y se convertían en borrosas imágenes en nuestra memoria.

El flujo de alumnos se detuvo en la orilla de la acera cuando el semáforo peatonal cambió a rojo. En la avenida comenzaron a transitar los vehículos, algunos deteniéndose frente a la escuela a la espera de alguien. Al otro lado de la calle vi la fila del transporte público, aún no era demasiado larga, quizá debería esperar diez minutos como máximo.

Estaba ensimismada en aquellos banales pensamientos, cuando, de nuevo, la historia cambió.

—Ana...

Esa voz.

Sentí que mi cuerpo se petrificó.

No me podía mover, ni siquiera cuando el semáforo cambió a verde y las personas que me rodeaban comenzaron a avanzar, esquivándome con cierta molestia.

Me quedé ahí, como una presa fácil de cazar, sin posibilidades de un

escape. Nada. Estaba acorralada en el medio del campo.

Una persona se emparejó a mi lado, pero no fui capaz de apartar la mirada del suelo para observarle. Ni quería hacerlo, pues ni siquiera tenía el valor para hacerlo. Sabía que, si mis ojos se encontraban con los de él, me quebraría y tal vez no podría controlar el llanto.

—Ana, ¿estás bien? —preguntó.

¡Contesta!

Pero mis labios estaban sellados.

Solo pude negar con la cabeza, y ese simple gesto significó un gran esfuerzo.

—¿Qué sucede? —pregunto, acercándose un poco más.

Todo mi cuerpo se estremeció. Me sentí atrapada en una marea que me agitaba de un lado a otro, de forma tan violenta que incluso sentí que me ahogaría por la falta de oxígeno, llevándome a una crisis nerviosa.

Bastó escuchar mi nombre entre sus labios para que cada sentimiento arrumbado reviviera en mi interior, adquiriendo demasiada intensidad.

Pero no podía demostrarle el poder que aún tenía sobre mí, porque era entregarle un arma para que me atacara y pudiese acabar conmigo una vez más. Tenía que obligarme a ser fuerte y valiente, a poder controlar aquellas sensaciones que me embargaban, y olvidarme del dolor que se expandía en mi pecho como una caliente ola.

—¿Qué quieres, Adrián? —cuestioné de forma tajante.

Todo me dolía.

Suspiró. —Necesito hablar contigo.

—¿Sobre qué? —No me atrevía a mirarlo.

—¿Podemos ir a otro lugar para conversar?

¡No!

Tenía miedo, y tardé varios segundos en responder.

—No creo que sea buena idea. —Respiré con profundidad para mantener el timbre sereno de mi voz—. Veré a mi... —*novio*— Miguel para estudiar más tarde.

—Oh, comprendo.

Necesitaba irme de ahí con urgencia, antes de que la debilidad me consumiera y me hiciera actuar de forma errónea.

—Nos veremos después. —Le dije.

Pero no quería volver a verlo, ¡nunca!

O sí, pero no quería admitirlo.

¡Huye!

Caminé sobre la primera línea del cruce peatonal, decidida a marcharme y conservar la dignidad que recuperaré con la declinatoria de su invitación. Mi consciencia estaba agitada, revuelta por la gran cantidad de imágenes que comenzaron a dispararse en mi mente: recuerdos con Adrián, los cuales eran tan vívidos que aún podía experimentar cada emoción de esos momentos. No me fijé en nada, la realidad había desaparecido.

Di un par de pasos, y una combinación de hechos me hicieron regresar al mundo. Escuché el claxon de un vehículo justo al mismo tiempo en el que una mano se cerró en mi antebrazo, tirando de mí hacia atrás hasta que mi cuerpo se estrelló contra un cuerpo, donde el agarre pasó a rodear mi cintura, sujetándome con poca delicadeza.

—¡Qué diablos fue eso! —Conocía aquel tenor de su voz. Estaba preocupado. Por mí.

Algunos alumnos se nos quedaron mirando con atención. Grandioso, otra vez era el punto de enfoque, justo de lo que pretendía escapar apenas unos minutos atrás. Aunque en esa escena era lo que menos me importaba. Cuando reparé en la gravedad de lo que acababa de suceder, me sentí mareada... Estuve a punto de morir a causa de una tontería, de un descuido por culpa de lo frágil y tonta que me volvía en presencia de Adrián. Y eso me asustó.

Sin embargo, en lugar de sentirme protegida entre sus brazos, me sentí humillada. Él no podía ser mi verdugo y mi salvador al mismo tiempo.

—¿Estás bien?

—Estaría mejor si no estuvieras tan cerca —respondí.

—Oh, lo lamento. —Me soltó y percibí que caminó dos pasos hacia atrás. No lo hagas, Ana.

Pero lo hice.

Me giré para mirarlo.

Sus ojos escrutaron mi rostro, y el color de ellos aún me parecía el más bonito del mundo. Le vi sonreír, no comprendí porqué, pero esa efímera alegría se desvaneció al mismo tiempo en el que sentí que mi rostro adquiriría una tonalidad delatora. Era imposible no sonrojarme, especialmente ante su presencia.

—Tengo que irme. —Me apresuré en informar. Quería alejarme cuanto antes de él.

Di media vuelta e intenté seguir a las personas que avanzaban sobre el cruce, aquella vez asegurándome de tener el paso para hacerlo. Pero una nueva

interrogante me detuvo.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Conocía la respuesta.

No.

Pero había tanto de qué hablar.

Nunca nos despedimos, y quizás ese sería el mejor momento para hacerlo. Conversar una última vez, agradecernos por los buenos meses que pasamos juntos y por la amistad que compartimos.

Sería una cálida despedida en el medio de un frío otoño.

Me sentí una completa estúpida cuando pronuncié mi decisión.

—Sí, está bien.

CAPÍTULO 23

Mi corazón palpitaba con mucha fuerza, tan fuerte que me daba miedo pensar que Adrián pudiera escucharlo, delatando que aún se aceleraba por él. Respiré profundo, en un vano intento por aminorar el salvajismo que anidaba en mi pecho, pero no funcionó.

En el interior de su vehículo me sentía atrapada, pues no había posibilidades de escape. Solo éramos Adrián y yo, encerrados en un irritante silencio, el cual apenas era tajado por la música emitida en la radio. Fueron los quince minutos más incómodos que viví, pretendiendo que no moría por hablar con él y preguntarle tantas cuestiones que me carcomían la mente. Aunque últimamente me estaba convirtiendo en una experta para fingir que nada malo me pasaba.

Observé el panorama a través de la ventana, apenas íbamos por un vecindario transitado que quedaba casi a la mitad del trayecto hasta mi hogar.

—Mmm... ¿cómo has estado? —preguntó, rompiendo con ello el sigilo de la situación.

—Bien —respondí con seriedad—. ¿Y tú?

—Bien, aunque he tenido algunos altibajos. —El tono de su voz aparentaba inseguridad.

¿Altibajos?, ¿en serio?

Aparte de nerviosa, estaba molesta. Su actitud me fastidiaba, esa falsa apariencia de que nada había sucedido entre nosotros, como si durante un mes no hubiéramos estado alejados, sin comunicación. Era ofensivo pensar que para él solo fueron cuatro semanas de descanso lejos de mi presencia, y que ahora quisiera regresar como si nada, como si el no fuese *el todo* que me hizo sufrir durante ese lapso.

—Y tus padres... ¿cómo están?

Giré el rostro para mirarlo. Tenía la boca torcida en una sonrisa, clara señal de su inquietud, y sus brazos se veían tensos sobre el volante. Tal vez ese momento también le estaba resultando difícil, aunque no creía que tanto como a mí.

—Bien... —Arqueé una ceja—, eso creo.

Yo también quería saber cómo estaba su mamá, aquella mujer tan amable

que conocí y me ofreció todas sus atenciones cuando la conocí, pero en ese momento mi orgullo podía más que otra cosa y me hacía callar, mostrando una faceta dura y un tanto desagradable. Sin embargo, eso era lo que necesitaba, ser menos sentimental en su presencia, exponer una actitud fría que le hiciera entender que ya no estaba rendida a sus pies.

El camino a casa se volvió más tedioso y lento, el tráfico de la ciudad a esa hora era infernal. Los conductores estaban enfadados por el calor, por las imprudencias de otros, y por la desesperación de su tiempo consumido a lo largo del asfalto de las avenidas. Un coro de cláxones se escuchaba de fondo, combinado con el sonido de los motores de los vehículos, se trataba de una típica escena de la ciudad.

—¿Y las clases?, ¿cómo vas con ello? —preguntó, sin despegar su mirada del frente.

Me pregunté si era un conductor prudente, o si tenía miedo de topar sus ojos con los míos.

Respiré hondo. —No he suspendido ninguna materia, entonces creo que voy bien.

—Estupendo. —Parpadeó varias veces.

Era difícil no hablar, no preguntar, limitarme a callar.

Sentía que la coraza que formé a mi alrededor para protegerme poco a poco iba fracturándose, sin algún motivo en particular, simplemente por la presencia de Adrián, lo que me hacía lamentarme. Luchaba por ser una chica fuerte, a la cual ya no le lastimaban las astillas de su roto corazón, pero el amor —aunque fuesen retazos— a veces era más vigoroso que el orgullo. El enojo se desvanecía, las dudas y los reproches, todo lo malo se disolvía sin mi autorización, permitiendo que se adentrara la esencia de ese chico, torturándome con crueldad.

—Dices que hoy estudiarás para un examen, ¿cierto?

Me limité a asentir.

Continuó: —¿De qué materia es? Tal vez pueda ayudarte.

—Historia —respondí de forma tajante.

—La verdad es que no soy muy bueno, pero podría buscar mis apuntes y...

Lo interrumpí. —Descuida, Miguel es un experto en la materia —*en todo, en realidad*—, él sí puede ayudarme.

Además, sé que tú estuviste a punto de suspender la materia, porque no te gusta la historia, y David fue quien te ayudó con el examen. Aún

recordaba el día en que me lo contaste.

Le vi tragar saliva y lamerse los labios.

—¿Miguel es el chico de anteojos de tu salón?

—Sí... —respondí con cierta confusión. Adrián lo conocía, a pesar de que no los hubiese presentado con formalidad, pues había hablado de él en varias ocasiones.

—Y... es el mismo con el que te vi el otro día —comentó, removiendo los dedos sobre el volante.

Chasquéé la lengua. —Sí, es él.

La calle por la que ahora transitábamos estaba despejada, solo unos cuantos vehículos venían detrás de nosotros. Adrián aumentó la velocidad, lo que me causó tranquilidad al saber que cada vez estábamos más cerca de llegar a mi casa, donde todo terminaría.

Quizá había sido un error aceptar que me llevara.

En realidad, ¿por qué acepté?

¿Para qué quería hablar con él? Si no había nada que quisiera decirle, o por lo menos nada prudente que me ayudara a sentirme mejor.

Tal vez solo fue un golpe de debilidad, ocasionado por la impresión de volverlo a ver después de tantas semanas, y de escuchar su voz diciendo mi nombre con tanto cuidado. Podía enlistar una larga cantidad de motivos absurdos por los cuales estaba ahí con él, pero ninguno parecía ser lo suficientemente bueno para justificar mi decisión.

No fue una buena idea, en lo absoluto, pero ya era muy tarde para retractarme, y hasta entonces aún no descubría la fórmula para viajar en el tiempo y remediar mis equivocaciones, así que debía conformarme con lo que estaba sucediendo en el presente.

—Y tú... eh... —Volvió a tragar saliva—, ¿solo estás saliendo con él o ustedes son...?

El tiempo se pausó por un momento, durante el cual pude mirarlo y escrutar su rostro. Su mandíbula estaba tensa y su mirada parecía estar muy alejada del lugar donde nos hallábamos. Y eso me confundía. Adrián denotaba una expresión de inconformidad ante su pregunta, como si eso le importara de una manera distinta a una casual pregunta.

¿Estaba celoso?

Negué.

No pienses estupideces, Ana.

Él no te quiere, él ama a Tania, ¿recuerdas?

—Somos novios —contesté cuando el tiempo corrió con normalidad—. Me lo pidió el día que nos viste en el restaurante.

—Oh. Pues felicidades. —Ladeó la cabeza y rápidamente añadió—: Supongo.

—Gracias —dije con una sonrisa.

Había disfrutado de ver su rostro durante el trayecto, recordando aquellos trazos que estaban garabateados en mi memoria, pero creía que ya había sido suficiente, pues de nuevo comenzaba a recordar los detalles que me gustaban, como las pequeñas cicatrices que tenía por la adolescencia y los primeros atisbos de barba en su mentón que se negaba a crecer.

Adrián subió el volumen de la música, muestra de que se había rendido con la conversación. Era evidente que nuestra relación estaba rota, y ya no parecía haber solución. Solo —y quizás— si ambos cediéramos, habría una oportunidad para olvidar lo sucedido, aunque no estaba segura de que quisiera borrar los dolorosos momentos que me llevaron hasta ahí, pues, al final de cuentas, era una lección de vida aprendida.

Había una pregunta que no dejaba de molestarme desde que todo ese drama inició:

¿Quién fue el culpable?

Adrián por nunca haberse dado cuenta de que estaba enamorada de él.

Yo por no ser lo suficientemente valiente para decírselo.

O ambos.

Hasta entonces no había podido decidir cuál de esas tres opciones era la más acertada, o, tan siquiera, la que más me ayudara a estar tranquila. Culparlo por todo, aceptar mi responsabilidad, o simplemente aceptar que el destino nos jugó una mala broma ambos, haciendo que perdiéramos una amistad que incluso valía mucho más que un amorío.

De soslayo vi que despegó la atención del camino y giró su rostro para mirarme, lo que hizo que yo volteara mi faz para encontrar su mirada apenas por una fracción de segundo, tiempo suficiente para que un estremecimiento me recorriera la espalda.

—Ana... —Mi nombre sonaba tan bonito cuando él lo decía—, en verdad lo lamento. —Negó—. Siento haberme alejado sin haberte dado una explicación.

Llegó el momento del camino que marcaba dos direcciones opuestas: si tomábamos el sendero de la derecha iríamos hacia el hogar de mi madre, pero si seguíamos el sentido opuesto, éste nos llevaría lejos, a un lugar diferente. El

semáforo en rojo me dio la oportunidad para decidir. Terminar con el encuentro que me traía nerviosa desde que había iniciado, o permitírnos otra oportunidad para conversar, un poco menos tensos y dispuesta a abrirme, aunque fuera un poco.

—¿Podemos ir a otro lugar? —Obvié sus disculpas, sin embargo, mi corazón estaba saltando tras haber escuchado sus palabras—. Mi madre está en casa, y ahí no podremos conversar.

Sonrió. En verdad lo hizo, no como un gesto de cordialidad ni un mal intento por mostrarse relajado. No. Aquella sonrisa fue real, y su existencia causó un revuelo en todo mi interior. Esa alegría que desbordaba seguía siendo mi favorita.

—Podemos ir a casa —sugirió, haciendo un ademán con la mano de inseguridad.

La luz cambió a verde, era momento de decidir.

—Sí, está bien.

Tomó el trayecto opuesto al que conducía a mi hogar y volvió a acelerar. En su rostro anidó una expresión más tranquila, de lo que no estaba segura si me alegraba o no, aún estaba molesta por todo, no podría olvidarlo así de sencillo, pero algo en mi interior me pedía que no fuera tan dura, mi lado torpe e inocente, supongo, porque si tuviera un poco de dignidad, ni siquiera hubiese aceptado subirme a su auto desde el inicio.

En él también afloraba un contradictorio cúmulo de sentimientos; sonreía, pero sus brazos todavía iban tensos sobre el volante. Se mostraba más sereno, aunque las comisuras de su boca expresaban que estaba pensativo. Esa era una ventaja de conocerlo tan bien, o de creer hacerlo, era fácil descifrar lo que sucedía en ese momento, aunque fuera superficialmente.

Aquella vez se inclinó hacia el radio y de nuevo bajó el volumen de la música, dejándonos en completo silencio.

—Quiero que me disculpes. —Insistió, lo que me hizo sonreír a mí—. Pero hay una buena razón para todo esto.

Suspiré, incapaz de esconder la pesadez que el tema me causaba. —¿Cuál razón?

Realmente había llegado el momento de descubrir lo que había dentro de la mente de Adrián. Por fin podría saber qué pensaba de mí, si alguna vez me quiso o no; si su amor por Tania era real, o se trataba de un simple relleno para su vacía existencia; descubriría las verdaderas razones que lo impulsaron a alejarse y terminar con nuestra amistad, aunque esa lejanía también fue

impuesta por mi propia decisión. Quería saberlo todo, deshilar parte por parte hasta llegar a las entrañas, exponer hasta el último de sus pensamientos, volver transparente su escudo.

Sin embargo, no estaba segura de poder soportar la verdad. ¿Y si eso dolía tanto, que el llanto acudía ante la primera sensación de tristeza?, ¿sería capaz de seguir fingiendo mi fortaleza? No quería admitirlo, pero Adrián todavía tenía un poder sobre mí.

Inhalé y exhalé profundo varias veces, controlando la intensidad del vaivén de mi pecho, reacia a mostrar la debilidad que me estaba embargando. Tenía que demostrar mi faceta dura e insensible, aunque por dentro estuviera repleta de sentimientos que burbujearan a la espera de estallar.

Pareció transcurrir una eternidad antes de que Adrián se animara a responder, utilizando una tonalidad quebradiza.

—Es una larga historia, y no sé si tenemos el tiempo suficiente para que la cuente... —respondió.

¿Tanto misterio para eso?

No te muestres desesperada.

—Tal vez si comienzas *ahora*, puedas terminar. —Insinué, tratando de parecer un tanto desinteresada.

Suspiró con fuerza, atrayendo toda mi atención con ello.

—Decidí alejarme de ti para mantener mi relación a salvo. —Confesó, y aquello parecía calarle en cada centímetro—. Sé que es una excusa tonta y egoísta, sobre todo egoísta, pero lo hice creyendo que sería lo mejor para todos.

—¿Y eso cómo podría ser bueno para mí? —cuestioné, confundida.

—Pues... —Exhaló, estaba perdiendo todo el aliento en cuestión de segundos—, existe un pequeño problema con la confianza de Tania acerca de mi amistad con... cualquier chica.

Quise reírme a carcajadas. No podía creer que Adrián fuera tan iluso para creer en esas patrañas.

—¿No confía en ti? —Indagué en voz baja, explayando apenas una parte de mis pensamientos. Iba a dejar mi cuestionamiento hasta ahí, pero ya no había nada más que perder. Quería ser clara, y si para ello debía olvidar mi prudencia, lo haría—. ¿O te dijo que no confía en *otras*?

En mí, por ejemplo.

Se rio al entender a qué me refería. —Honestamente no lo sé. Dice que confía en mí, pero sus acciones demuestran lo contrario.

Experimenté una leve tajada en el pecho, pues en ese entonces éramos mejores amigos, y por lo menos esperé que Adrián fuese capaz de defender esa amistad frente a otros, inclusive ante Tania, quien debió respetarla, independientemente de que yo estuviese enamorada de él. Ella no tuvo por qué entrometerse entre nosotros.

—¿Y por eso creíste que dejarme de hablar era una buena idea? — pregunté con añoranza—. ¿Para qué no tuvieras problemas con ella?

Asintió. Parecía avergonzado. —Cree que cualquier chica que me hable se va a enamorar de mí. —Dejó escapar un suspiro—. Ha querido discutir con ellas, pero no lo he permitido. Y creía que...

—Creías que también lo haría conmigo. —Completé la oración que dejó suspendida en el aire.

—Sí —dijo con pesar.

Habíamos llegado a su hogar más pronto de lo que imaginé, el tiempo a su lado siempre era así, inestable, a veces muy rápido y a veces lento. En un parpadear podían pasar cientos de cosas, y en una hora no podía pasar nada.

Noté la velocidad con la que desabrochó su cinturón de seguridad y bajó del vehículo, caminando por delante de éste para llegar hasta la puerta del copiloto. Quería ser caballeroso al abrir la portezuela para mí, no había nada de malo con ello, así que permití que realizara aquel acto. Sin embargo, no esperé que extendiera su mano en mi dirección para ayudarme a bajar; lo dudé durante algunos segundos, observando su extremidad con desconfianza.

—Es una mala idea. —Me dije.

Pero no me importó.

Acepté su ayuda y entrelacé mi mano con la suya. Y sí, fue una terrible idea. La calidez de su piel contra la mía me hizo temblar, sensación que se extendió a todo mi cuerpo. Solo bastó un toque para que una llama resurgiera dentro de mí, flameando de a poco, pero amenazando con convertirse en un incendio que me consumiría.

Contuve un suspiro. No debía expresar nada, ni un ápice de debilidad ante él. Adrián hizo ademán de caminar hacia la entrada, aún con nuestras manos entrelazadas, pero me aparté dando un paso hacia atrás y rompiendo con esa conexión, a pesar de que mi corazón pidiera a gritos que no soltara y dejara fluir el momento.

—Lo consideré —comentó luego de cerrar la puerta del auto, y retomando la conversación que tuvimos dentro de aquél. Caminó hacia la casa con pasos lentos, y lo seguí de cerca—. No quería hacerte pasar por un momento

desagradable como ése.

Me reí ante su aclaración, no porque me resultara divertida, sino porque me costaba trabajo creerle.

Metió la llave en la cerradura y la giró hasta que se escuchó un chasquido, el cual nos permitió entrar a la casa.

Ahí dentro había tantos recuerdos. Recuerdos que aún dolían cuando pensaba en ellos. Huellas que quedaron cruelmente grabadas en mi memoria, y las cuales no desaparecerían con tanta facilidad, pues, si cerraba los ojos, aún podía experimentar cada sensación vivida en el momento. Aunque esas memorias ahora se fundían con el dolor y la decepción.

—Entiendo a qué te refieres —musité mientras caminaba hacia el centro de la sala—. ¿Pero no consideraste que tal vez yo también tenía derecho a decidir al respecto?

—Mi relación era la que estaba en juego —aseveró.

—Sí, en eso tienes razón. —Lo miré fijamente. En su rostro yacía una expresión angustiada—. Pero eras mi mejor amigo, Adrián, y de pronto desapareciste.

Se quedó callado, observándome.

Decidí continuar ante su silencio. —De pronto nuestra amistad se volvió extraña... ¿y todo por Tania?

—Sí. —Frotó su rostro con ambas manos—. En verdad lo lamento, Ana. Pero me gustaría que... —Inhaló profundo—, me gustaría que lo nuestro vuelva a ser como antes.

Pum. Pum. Pum.

Mi corazón latía tan rápido.

Pum. Pum. Pum.

Solo Adrián era capaz de hacerlo enloquecer de aquella manera.

Me dejé caer en el sofá y cubrí mi rostro con las manos. Era complicado mantener un semblante serio cuando mis labios temblaban y los ojos ardían. Estaba expuesta para recibir cualquier flecha que él arrojase contra mí, dando siempre en el centro de mis costillas.

—Hablas como si me estuvieras pidiendo que no nos divorciemos. — Bajé las manos y volví a centrar mi atención en él—. Me recuerdas a mi padre cuando le pidió a mi madre que lo disculpara por su infidelidad.

Curveó la boca levemente hacia abajo, en una mueca de tristeza. Enseguida, avanzó con pasos lentos más cerca de mí e hizo ademán de sentarse a mi lado, pero no parecía estar demasiado convencido de hacerlo, como si

tuviera miedo, sin embargo, terminó acatando lo que quería.

—Fui infiel a nuestra amistad —comentó con un tenor burlesco.

Me reí muy apenas. —Comienzas a fastidiarme, podrías decirme de una buena vez: ¿qué esperas de todo esto?

Estaba cansada de los rodeos, quería descubrir el fondo del asunto. Llevaba semanas queriendo hablar con él, saber si había alguna solución para todo eso, o si debía resignarme de una vez por todas y poner el punto final a la historia que un día tuvimos. Era momento de disculparnos y decidir el trayecto que nuestras vidas seguirían, juntos o separados.

—Quiero que me disculpes. —Utilizó un bajo tenor, apenas audible, semejante a un temeroso susurro—. Y quiero que vuelvas a ser mi amiga.

Apartó su mirada de mí y me detuve a observarlo.

Ese chico ya no era el Adrián que yo conocía, ya no aparentaba ser tan extrovertido ni alocado como lo recordaba, ahora se la pasaba avergonzado, inseguro y con temores, era como si hubiese cambiado por completo, como si le hubieran robado una parte fundamental de su personalidad. Tal vez estaba malinterpretando todo, a lo mejor estaba así simplemente por la situación en la que nos encontrábamos, pero no creía que esa actitud tan distante solo fuese por causa mía. Adrián había cambiado, y no sabía si era para bien o para mal.

—¿Realmente crees que sea buena idea? —Jugueteé con los dedos de mis manos—. Ya sabes, por lo que acabas de contarme de Tania.

—Hablé con ella. Le aseguré que entre nosotros no podría haber algo más que una amistad.

No, ya no más.

—¿Y qué dijo? —pregunté.

Levantó la vista, encontrándose con la mía. —Que estaba bien, que no había motivos para enojarse.

Asentí. —De acuerdo... pero debes saber que no será sencillo olvidar todo lo que pasó.

—No esperaba que lo fuera. —Se encogió de hombros, casi disculpándose. A continuación, se acomodó en el sofá de forma en la que su cuerpo quedó más cerca del mío, pero tuvo la prudencia de mantener una distancia que me permitiera seguir teniendo mi espacio personal—. ¿Cómo puedo comenzar? Dime qué puedo hacer, lo que sea, lo que tú quieras.

—Lo que yo quiero no puede ser —respondí. Y de inmediato me arrepentí de mis palabras, pero no me dio tiempo a retractarme.

—Dime, e intentaré hacerlo por ti. —La firmeza de su voz me hizo

estremecer.

—No puedes retroceder en el tiempo.

—Pero podemos fingir que estas últimas semanas no existieron.

Agaché el rostro cuando sentí que mis ojos comenzaron a arder.

No ahora, por favor.

Las lágrimas amenazaban con desbordarse, delatando el dolor que todavía anidaba en mi interior desde el día en que Adrián rompió mi corazón.

—Ana... —Sin previo aviso, se acercó a mí y sujetó mi mejilla con la punta de sus dedos, levantando mi rostro para que lo mirara. Sentí cómo mis mejillas se ruborizaron ante su tacto. Con qué facilidad me hacía perder los estribos—, quiero que todo sea como antes. Te extraño, y tengo miedo de que no vuelvas.

Y entonces, aquella coraza que formé a mi alrededor para protegerme se quebró. Ya no era solo mi pecho el que estaba expuesto, sino todo mi ser, a la espera de cualquier golpe que quisiera acertar en mi contra.

—Aquí estoy —dije en un susurro.

Nunca me he ido.

—Este tiempo alejado de ti me hizo entender que eres la única que me comprende por completo. —Apretó los párpados por unos segundos y abrió los ojos con sus siguientes palabras—. Ni siquiera con Tania puedo ser yo mismo en su totalidad.

Pum. Pum. Pum.

Me aparté de él sintiendo que su tacto me quemaba la piel, y suspiré con una sonrisa dolida entre mis labios. —Eres un idiota, Adrián, pero no puedo negar que yo también te extrañé... y mucho.

—¿Significa que me perdonas? —cuestionó, esperanzado.

—Significa que lo intentaré.

—Haré lo que pueda para que me perdones.

No podía más, ya no podía seguir fingiendo. No podía estar más tiempo alejada de él, era una tortura estar así, tan cerca pero tan lejos a la vez. Necesitaba, aunque fuese un poco, impregnarme de su existencia, corroborar que aquella escena no era parte de otro de mis tortuosos sueños, quería, realmente, saber que ese momento estaba sucediendo.

Me atreví. Toqué el contorno de su rostro con la punta de los dedos. Se tensó por mi repentina acción, pero fue relajándose conforme avancé en la caricia. Lo sujeté con más confianza y toqué el borde de aquél con toda la palma, llevándola hacia atrás, hasta la parte trasera de su cuello, donde

jugueté con algunos de los suaves mechones de su cabello. Enseguida regresé por el mismo camino y terminé el recorrido en la punta de su mentón.

—Quiero saber cómo has estado. —Rocé su piel con suaves movimientos—. En especial, quiero que me cuentes cómo estuvo la boda de tu padre.

No lo había olvidado, pero quise fingir que no sucedió porque al pensar en ello era inevitable que imaginara a Adrián acompañado de Tania, la cual seguramente utilizó un vestido semejante al de una princesa de cuentos de hada.

—No fui —respondió al mismo tiempo en el que aparté mi mano de su rostro—. No estaba preparado para enfrentar algo como eso.

—Pudiste llamar y te hubiese acompañado. —Mentí. Yo tampoco hubiera estado lista para lidiar con una situación semejante.

Exhaló. —Pude hacer muchas cosas Ana, pero últimamente solo tomo malas decisiones.

—Todos lo hacemos en algún momento. —Sonreí—. La diferencia es que algunos cambian los resultados que no les agradan, y otros... bueno, otros solo huyen de ello.

—¿Así como yo? —preguntó con tristeza.

Asentí. —Sí, pero lo importante es que estás intentando corregir aquello que crees que hiciste mal, ¿no?

Él también asintió.

Permanecimos en silencio durante algunos minutos. De nuevo esa carencia de sinfonías comenzaba a ser tranquilizadora en lugar de incómoda. Era como si el presente estuviese siendo teñido por atisbos del pasado, cuando todo entre nosotros estaba bien, y podíamos ser felices en la soledad de nuestras compañías.

—¿Sabes lo mucho que te quiero? —Soltó, de pronto, sorprendiéndome.

—No —dije, melancólica. Realmente ya no lo sabía.

—Pues es una lástima, porque no pienso decírtelo —comentó a modo de broma.

—No esperaba que lo hicieras —objeté con tono de burla.

Pero si quería que lo hicieras.

Su siguiente acción me dejó perpleja. Me sujetó por la nuca con ambas manos y me acercó a él con cuidado hasta que nuestras frentes estuvieron unidas. Dejé que mis sentimientos dominaran sobre mi sentido común y que desplazaran a mi orgullo. Sonreí, y por un instante me creí feliz.

Adrián estaba ahí conmigo, y nada más importaba.

CAPÍTULO 24

¿Cómo me permití caer en una trampa como aquélla? A sabiendas de que nada bueno podría salir de ahí, nada más que otra posible herida para sumar a mi colección. Pude esquivar el problema, rodear el terreno, saltar lejos... en realidad pude hacer tantas cosas, pero me dejé llevar por los sentimientos. Otra vez. Y es que no podía negarlo, ya no podía seguir escondiéndolo: quería a Adrián de vuelta en mi vida, aunque eso implicara resignarme a verlo tomado de la mano con Tania, aprender a sobrellevar el insistente golpeteo de mi defraudado corazón dentro de mi pecho. Sin embargo, me preguntaba si su amistad realmente valía la pena para torturarme de esa manera.

Les diré una cosa, es difícil sacar a una persona que quieres de tu vida, sea quien sea. Buscas mil razones para que ella siga ocupando un lugar cerca de ti, inventas otros mil pretextos para olvidar y perdonar los motivos que los llevaron a alejarse. Excavas en sitios recónditos, surcas los cielos, y descubres nuevos mundos, todo con tal de no perder su compañía.

¿Yo? Lo mío era sencillo de describir: acepté seguir siendo la mejor amiga del chico que amaba, aun intentando enamorarme de alguien más para olvidarlo. No podía ser tan difícil sustituir una mirada por otra dentro de mis sueños, solo necesitaba concentrarme con más fuerza, necesitaba recordar que el corazón de Adrián nunca me pertenecería.

Los primeros días tras la reconciliación fueron los más complicados, tenía que acostumbrarme de nuevo a su presencia, a sus mensajes nocturnos, al sonido de su risa, a esas miradas que compartían un secreto. Tenía que acostumbrarme a observarlo cuando no se daba cuenta, a respirar su fragancia en cada abrazo, a verlo partir hacia los brazos de alguien más. Y esa... esa era mi manera favorita para torturarme.

Cada despedida era un alfiler que se sumaba a las dolorosas punzadas en mi espalda, porque no sabía si sería la última vez que hablaríamos. Tenía miedo de que un día se marchara y no regresara, así como lo hizo antes, a excepción de que, si aquello volvía a suceder, estaba segura de que sería definitivo. Me atemorizaba el hecho de que Tania le prohibiera volver a hablarme, que cumpliera aquellas promesas de terminar con su amor si Adrián seguía siendo mi amigo, pues sabía la decisión que él tomaría ante tal

disyuntiva. Yo era la segunda opción.

Y eso último me lo dejó en claro cuando estipuló ciertas condiciones para vernos en la escuela: nuestros encuentros serían secretos, en algún punto donde pocos estudiantes pudiesen vernos; Melissa y David serían los chaperones, como una medida de seguridad en caso de que Tania nos descubriera; solo podíamos vernos durante ratos entre clases, apenas unos cuantos minutos; y así se prolongaba la lista condicional para nuestra amistad. Patético, ¿cierto? Bien, la patética era yo, por permitir que me trataran así, como un juguete desechable.

Pero... ¿y Miguel dónde quedaba dentro de todo este drama? Bueno, aquí podíamos añadir una razón más por la cual me consideraba a mí misma como una persona desagradable, manipuladora y egoísta. Mi novio me daba toda la confianza para que yo me viera con Adrián, pues él creía que solo se trataba de un buen amigo —aunque, considerándolo, no estaba mintiendo—; no se preocupaba por nada, ya que su argumento se basaba en que yo era una chica increíblemente tierna y me llevaba bien con muchas personas.

Ah, cómo me hubiese gustado nunca haberlo involucrado. Él no lo merecía.

En fin.

Un día como cualquier otro, estaba sentada en la cafetería con mi nuevo grupo de amigos, conformado, en realidad, por las amistades que Miguel hizo gracias a su amabilidad, encanto y buen trato. No le gustaba socializar, pero era inevitable que lo hiciera cuando la mayoría de los chicos del salón querían pasar tiempo con él, con la esperanza de que un poco de su inteligencia se traspasara de su codiciado cerebro.

» *¿Qué estás haciendo?*

Mi celular vibró ante la llegada del mensaje de Adrián.

«Estoy en la cafetería. Mi maestra de la segunda hora no llegó.»

» *¿Con quién estás?*

«Los mismos de siempre, ya sabes.»

» *¿Te veo ahí en un rato?*

Miré a mi derecha, a donde se encontraba Miguel, el cual no había apartado su atención de la tarea que tenía delante de él desde que llegamos a la cafetería, casi una hora atrás.

A ese grupo de chicos, a mi grupo de amigos, le gustaba utilizar el tiempo libre para adelantar los trabajos escolares, y no es que fuese una cuestión mala, pero comenzaba a fastidiarme de tanta responsabilidad englobada en las

personas que me rodeaban. Yo quería usar esos minutos para relajarme y conversar con ellos sobre algo más interesante, sobre sus vidas, pero ellos se negaban a hacerlo, argumentando que el trabajo era más importante. Con pesar, debía resignarme a seguir la corriente, y no, no era por mí, sino por Sam, la cual disfrutaba de tener más compañía después de tantos años en la soledad junto a mí.

«De acuerdo, pero después huyamos de aquí.

» *¿Aburrida?*

«¡Muchísimo!

» *Descuida, yo me encargaré de eso.*

Dejé escapar un prolongado suspiro en el medio de aquel tedioso silencio. Solo dos de mis acompañantes me miraron: Sam y Miguel, pero ella no quiso interponer su curiosidad ante la de mi pareja, por lo que volvió a centrar su atención en la calculadora que tenía en su mano izquierda, con la cual terminaba de resolver uno de los problemas de la tarea.

—¿Te encuentras bien? —cuestionó, acomodándose los lentes sobre el puente de su nariz.

—Sí. —Guardé el teléfono en el bolsillo de mi chaqueta.

Observó la hoja en blanco de mi libreta. —No has resuelto ningún problema.

—Nop.

—¿Por qué? —Bajó su lápiz y lo dejó sobre la mesa, inclinándose un poco más cerca de mí—. ¿No entiendes el tema?, ¿quieres que te lo explique?

Negué frenéticamente, lo último que quería hacer era conversar sobre números.

—Tengo jaqueca —comenté, a modo de pretexto para sacarlo de su burbuja matemática.

—Oh, creo que tengo pastillas para el dolor de cabeza. —Hizo ademán de agacharse para sujetar su mochila, pero intercepté su movimiento y lo tomé de las manos, frenando su acción. Se mostró confundido y me miró fijamente—. ¿Qué sucede?

—Ya casi me voy. —Informé, sin poder ocultar mi sonrisa.

—¿De nuevo? —Se liberó de mi agarre y miró el reloj en su muñeca—. ¿Ahora a dónde irás?

—No lo sé. —Me encogí de hombros, despreocupada—. Supongo que a almorzar con Adrián... Melissa y David.

—Pero traje emparedaos —*otra vez*— para ambos. —Torció la boca en

una mueca desganada.

—En verdad lo lamento, pero ya quedé con ellos y no puedo retractarme —dije con verdadera vergüenza.

Suspiró. —Está bien, no tienes de qué disculparte.

—¿Podrían hablar en voz baja? —Fabiola nos dedicó una mirada molesta—. Estoy intentado resolver un problema que, por lo que veo, ustedes no han hecho.

Ambos callamos ante su petición, sin embargo, solo consiguió atraer un divertido huracán de risas que revoloteó en el interior de la cafetería. Y esas voces yo las conocía. La atención de todos los de mi mesa se dirigió hacia el grupo de chicos que entró al lugar. Eran tan diferentes a nosotros, y eso era lo que tanto me gustaba de ellos.

Catalina era tan bonita y simpática, su presencia se hacía notar en cualquier lugar al que fuese. La risa de Andrés era contagiosa, y a veces era más divertida que el motivo inicial de la burla. Mario llamaba la atención por su elegante apariencia, siempre denotando la posición social que el trabajo de su padre les brindaba. Melissa y Ximena se convertían en el punto de enfoque de las miradas curiosas a las que aún les costaba trabajo aceptar la diversidad sexual. Era un grupo repleto de diversidad, pero en conjunto formaban un lienzo de hermosos colores que me gustaba observar y, del cual, ansiaba formar parte.

Mis amistades los observaron durante varios segundos, en los cuales pude percibir el desagrado que sus risas y voces les causaban, rompiendo la parsimonia en la que habíamos estado ya por más de una hora.

Los chicos, al percatarse de que estaba ahí, se acercaron a la mesa para saludar. Me levanté de mi asiento y caminé los pocos pasos que me separaban de ellos. Cada uno me recibió con un abrazo y un cálido beso en la mejilla, acompañado de amables preguntas sobre cómo me encontraba y un ofrecimiento para ir a su mesa a desayunar.

—Estoy bien, gracias. —Les respondí, observando por detrás de ellos—. Aunque, en realidad, estoy esperando a Adrián...

Melissa bufó. —Era de esperarse.

—Se quedó en el salón hablando con David —comentó Cat, atrayendo mi atención con su voz y dedicándome una afable sonrisa—. ¡Qué tal chicos, buen día! —dijo hacia mi grupo de amigos, quienes se limitaron a ser cordiales.

A excepción de Sam, la cual también se levantó de la silla y se acercó a su prima para conversar.

—¿Creen que tarde mucho? —Saqué mi teléfono y observé la pantalla en busca de algún mensaje, pero no había notificaciones nuevas.

—Eh, tranquila. —La chica de cabello corto palmeó mi hombro cuando pasó a mi lado—. Recuerda que estás acompañada. —Hizo un gesto con la cabeza hacia donde se encontraba Miguel y me guiñó un ojo.

—Llegará en cualquier momento —dijo Andrés, caminando detrás de la enamorada pareja rumbo a la barra de comida.

Eché un último vistazo hacia la entrada de la cafetería, no se veían señales de que Adrián estuviera cerca, lo que significaba que debería esperar un poco más. Volví a mi lugar a un lado de Miguel y tomé un lápiz con mis dedos, solo para jugar con él. No estaba interesada en hacer la tarea, ni siquiera después de que mi pareja me insistiera en ofrecirme su ayuda para hacerla.

Los amigos de Adrián se sentaron en la mesa de un lado, lo que agradecí inmensamente. El bullicio de su conversación era música para mis oídos, poder escuchar algo distinto a las fórmulas que despejaban mis compañeros y rellenaban con números diversos y constantes. Seguía sin entender algunos puntos de su plática al no conocer el contexto donde la planteaban, pero me imaginaba cada una de las anécdotas que contaban, como si yo también las hubiese vivido con ellos.

Tic, tac. Tic, tac.

Los minutos pasaban y Adrián no llegaba. La verdad es que me estaba impacientando, ya quería verlo, salir de ahí y respirar el aire fresco de la mañana. Ansiaba escuchar una nueva aventura suya, o algún recuerdo de su infancia, cualquier cosa que él decidiera contarme era interesante.

Y, tras varias súplicas al tiempo, dos figuras se materializaron en la entrada del lugar. El momento por fin había llegado. Me apresuré en guardar mis cosas dentro de la mochila, preparándome para escapar y olvidarme de todo por un instante. Abandoné el asiento, ya inquieta, e hice ademán de marcharme, aunque de pronto recordé que algo me hacía falta...

—Te veré en un rato, ¿sí? —Le di un rápido beso en la mejilla a Miguel.

Y me di cuenta de que sus ojos estaban fijos en Adrián.

—Está bien.

Me alejé de la mesa con evidente rapidez.

David le dio una palmada en la espalda a Adrián, le dijo algunas palabras que no alcancé a escuchar, y se alejó de él para encaminarse hacia donde se encontraba el resto de sus amigos. Nos encontramos a la mitad de ese pequeño trayecto, y me sorprendió cuando me detuvo para saludarme con un inusual

abrazo, pues era la primera vez que lo hacía, aunque enseguida entendí para qué lo hizo.

—No tienes que aceptar si no quieres... —susurró contra mi oído.

—¿Qué cosa? —Quise preguntar, pero no me dio tiempo para hacerlo, pues se separó de inmediato de mí y solo me dedicó una sonrisa embustera.

Avancé los últimos metros que me separaban de Adrián, terriblemente confundida ante las palabras de su mejor amigo.

¿A qué se refería, exactamente?

—¡Hola! —Lo saludé con una sonrisa, tratando de restar importancia a lo sucedido.

Me abrazó, y sentí que el mundo debajo de mis pies temblaba con violencia.

—¿Qué fue lo que te dijo David? —cuestionó, apartándose de mí.

—¿Eh? —No sabía qué decirle, así que opté por mentir—. ¡Ah! Solo me dijo que le daba gusto verme.

—De acuerdo... —Pareció no creerme, pero no insistió en ello—. ¿Quieres que vayamos al jardín delantero?

Asentí. —A donde sea, lejos de aquí.

—Entonces vámonos —dijo tras una risa.

Detrás de nosotros podía sentir algunas miradas curiosas que nos escrutaban, pero no les hice demasiado caso. A esas alturas de la situación ya estaba comenzando a acostumbrarme a ser el centro de atención de rumores respecto a mi amistad con Adrián, de los cuales algunos eran ciertos, y otros no tanto.

Al llegar a nuestro destino elegido, nos sentamos en una de las bancas que rodeaban al árbol central de aquel acogedor jardín. El follaje de aquél ya estaba medio marchito por el otoño, pero ello no le restaba imponencia a su altura ni a la fuerza que cargaba con su tronco.

—¿Qué estaban haciendo? —preguntó, entregándome una manzana que llevaba en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Ellos? Tarea. —Negué por lo bajo—. Yo solo estaba viéndolos trabajar.

Se burló. —¿Tú ya la hiciste?

—No... —Mordí el jugoso fruto y se lo entregué—. Aún hay tiempo. Después.

—Supongo. —Y fue su turno de dar un crocante mordisco—. Mmm... ¿Ana?

—¿Sí? —Lo miré de soslayo, ambos estábamos mirando hacia el frente, o por lo menos así era hasta que formuló su siguiente pregunta, girándose levemente hacia mí.

—¿Tienes planes para el viernes?

Levanté una ceja de forma inquisitiva, y yo también me ladeé para observarlo. —Creo que no, ¿por qué?

¿Va a invitarme a salir?

—Que dirías si... —Rascó la parte trasera de su cuello—, bueno, si te invitara a una cena.

¡Lo sabía!

Pero rápidamente añadió: —Eh... en realidad, si te invitara a ti y a Miguel, y a Tania.

—¿Qué? —Me reí con nerviosismo al escuchar los tres nombres juntos en una misma oración.

—Lo siento, mis ideas están un poco revueltas. —Suspiró profundamente—. Qué dirías de una cita doble. Nosotros con Tania y Miguel. —Sus mejillas se ruborizaron—. Es decir... ustedes dos juntos, y Tania conmigo, claramente.

Me quedé callada durante algunos segundos, sospesando la situación, y, sin duda, conocía la respuesta a su interrogante, pero primero quería indagar un poco.

—¿Fue idea tuya? —Le quité la manzana de las manos y la mordí. Un hilo de jugo mojó mis comisuras, pero me apresuré a limpiarlas con la punta de mi lengua.

—No. —Apartó su mirada de mí—. Fue idea de Tania. Cree que es bueno que nos conozcamos.

—¿Y tú crees que es un buen plan? —Interrogué, un tanto insegura de la apresurada decisión que tomé apenas unos segundos atrás—. Conociendo su problema de celos y que, supuestamente, no le molesta que seamos amigos.

—Quiero darle una oportunidad... —comentó con cierto desánimo.

Era evidente que esa situación lo angustiaba, podía notarlo en su entristecida mirada.

Yo no quería ir, ¿para qué querría salir con una chica que me odiaba?

Sin embargo, la expresión en el rostro de Adrián removié una delicada fibra de mi interior, aquella que formaba parte importante de la compasión que sentía por él. Quizás me arrepentiría de ese desliz de buena samaritana, pero en lo único que pensaba era en el bienestar de *mi amigo*.

Exhalé con exagerada preocupación. —Está bien, pero primero deberé

convencer a Miguel, y déjame decirte que no será sencillo.

* * *

—No puedo creer que me hayas convencido de hacer esto. —Miguel se quejó por milésima vez.

—Vamos, no puede ser tan malo... —dije con tono animado.

O eso esperaba.

Suspiró. —Sabes que esto solo lo hago por ti, ¿cierto?

—Y te lo agradezco. —Me incliné hacia él y le di un tierno beso en la mejilla que lo hizo sonreír.

Íbamos camino al restaurante elegido por Tania y Adrián, un lugar llamado “Los tres molinos”. Se trataba de un establecimiento elegante, pero no tan sofisticado para sentirnos incómodos. No me gustaban los sitios donde debía levantar el meñique para dar un sorbo, ni limpiar la comisura de mis labios cada diez segundos.

Ahí reinaba el buen gusto, el adecuado para enfrascarnos en una atmósfera diferente de lo habitual. Nos encontrábamos en el tercer nivel de la plaza más grande de la ciudad, atrapados a la mitad de una armoniosa sinfonía instrumental, bajo las tenues luces que pendían del techo.

Para esa noche elegí un vestido guinda que se ceñía a mi torso y caía con agraciada lentitud desde mi cintura hasta por encima de mis rodillas. Miguel no dudó en hacerme saber lo mucho que le gustaba mi atuendo, y lo hermosa que le parecía aquella noche, mucho más de lo normal.

Él no cambió mucho su estilo al elegir una camisa a cuadros negros y rojos, y unos jeans oscuros. Su atuendo era más casual, cómodo, pero la seguridad que desprendía en aquella velada era el accesorio que lo hacía lucir mejor, más atractivo.

Apenas pasaron unos minutos desde que llegamos para que nuestros acompañantes aparecieran. Me costó trabajo admitirlo, pero sentí diminuta ante la presencia de Tania, quien llevaba puesto un vestido azul marino de mangas largas que, a pesar de ser holgado, la hacía verse esbelta y con curvas proporcionadas en los lugares correctos. Se veía imponente, hermosa, tan segura de sí que era abrumador.

Estaba tan ensimismada en ella, que ni siquiera me preocupé en Adrián, lo que era sorprendente.

Ambos nos pusimos de pie para saludarlos. Primero me acerqué a él, ya como un acto reflejo de mi confianza. Le di un rápido e insignificante beso en la mejilla, y en seguida me acerqué a Tania, aunque la realidad fuera que

quisiera estar a kilómetros de distancia. Mi intención era saludarla con la misma facilidad que a su novio, pero no dudó en abrazarme como si fuésemos amigas de toda la vida, lo que me resultó incómodo, a sabiendas de que no me soportaba.

El abrazo se prolongó más de lo que esperaba, por lo que tuve que apartarme dando varios pasos hacia atrás, reencontrándome con la poca seguridad que Miguel me brindaba en aquella extraña situación, de la cual ya no había escapatoria.

—Él es Miguel, mi novio. —Rodeó mi cintura con su brazo—. Y ellos son Tania, y Adrián.

—Mucho gusto. —Le vi sonreír, pero aquel gesto no fue genuino. Estaba manchado por la inseguridad. Aun así, extendió la mano para saludar a ambos, respetando siempre sus lineamientos de educación, admirable.

Los cuatro tomamos asiento y un mesero se acercó de inmediato a tomar nuestra orden. Ellos pidieron un corte de carne, ensalada y una copa de vino para cada uno; nosotros optamos por pasta, el pollo especialidad de la casa, y unas bebidas frutales sin alcohol.

Al principio se infiltró un silencio bochornoso entre todos. No sabía de qué hablarles o sobre qué preguntar, pues por lo poco que los conocía estaba al tanto de que éramos tan diferentes entre sí. A ellos les interesaban cosas que a Miguel le resultaban aburridas, y viceversa... entonces, ¿de qué hablar?

Tania fue quien decidió romper con la burbuja que nos inhibía. —Y... ¿cuánto tiempo llevan saliendo?

—El domingo cumpliremos tres semanas —respondí, sintiéndome nerviosa cuando me percaté de que los ojos de Adrián estaban sobre mí.

Sonrió, y creí percibir cierta malicia en su gesto.

—Qué lindos. —Sujetó la mano de Adrián por encima de la mesa, presumiendo—. Nosotros cumpliremos tres meses en unos días, ¿verdad amor?

Él solo asintió.

—Eso es... fantástico —comenté con una sonrisa forzada.

—Gracias. —Su voz era demasiado dulzona, falsa—. Por cierto, déjenme decirles que hacen una hermosa pareja. A la distancia se nota que entre ustedes hay un sentimiento muy fuerte.

Miguel se inclinó hacia mí y me dio un beso en la cabeza. Su acto fue tan dulce, que por un momento olvidé lo amargo de la situación y me reí, sabiendo que mis mejillas habían adquirido un color rojizo ante aquella tierna

vergüenza.

—Debo admitir que en eso tienes razón. —Habló por primera vez en la conversación.

—¿Y cuál es su historia? —Tania se dirigió hacia él, mostrándose tan amable que incluso le creí—. ¿Cómo fue que comenzó lo de ustedes?

Miguel rio, fascinado. —Bueno, la verdad es que al principio le caía mal. —Puso su mano sobre mi rodilla sin que ellos lo notaran—. Pero después nuestro profesor de química nos dejó hacer un proyecto, y no tuvo otra alternativa que pedirme ayuda porque ella no comprendía el tema. —Me miró de lleno—. Después de eso simplemente nos hicimos amigos.

—No me caías mal. —Aseveré.

Solo que no soportaba que tuvieras las respuestas a todas las preguntas de los profesores.

Y continué. —Solo que a veces tiendes a ser un poco exagerado con los trabajos de la escuela, y eso es un poco molesto.

Pasó su mano alrededor de mis hombros y me acercó a él para darme otro beso en la sien, lo cual me resultó extraño. En público no demostrábamos tanto cariño como lo estaba haciendo.

—Dice que soy un sabelotodo, pero no le gusta admitir que eso fue por lo que se sintió atraída —comentó con tono burlón.

Todos reímos ante sus palabras, pero estaba sorprendida ante esa actitud bromista que había adoptado, combinada con la faceta de chico dulce y cursi.

—¿Y qué hay de ustedes? —preguntó, terminando entonces con la actitud reservada que lo caracterizaba—. ¿Cómo se conocieron?

—Somos compañeros de clases, y un profesor nos emparejó para un proyecto. —Tania centró su atención en el rostro de Adrián, embelesada—. Él era un poco tímido al principio, así que yo tomé la iniciativa, aunque no tardó demasiado en demostrar su interés por mí. —Se rio—. El resto es historia: comenzamos a salir y después me pidió ser su novia, y ahora miren, casi tres meses después estamos aquí.

No pude evitarlo, pero sentí una tajada en el pecho cuando Adrián se acercó a ella y la besó en los labios con dulzura.

Conforme la noche avanzó, me di cuenta de que tal vez Tania no era tan mala como creí; la juzgué con base en mis sentimientos por Adrián. Se trataba de una chica alegre, tremendamente extrovertida y ocurrente. Tenía una respuesta para todo, creía con firmeza en sus opiniones sin llegar a ser intolerante. Aunque había algo que aún me molesta y lo cual no podía pasar

por desapercibido: ella en serio estaba enamorada de él, era notorio por la manera en cómo lo miraba, y cómo su sonrisa se intensificaba cuando lo escuchaba hablar.

Sentía celos de ella.

Porque, quizás, sí era la chica indicada para estar con Adrián.

Poco a poco iba convenciéndome de ello, muy a pesar, aunque mi corazón se sintiera derrotado y despellejado. Uno debía aceptar cuando todo terminaba, cuando las posibilidades se agotaban y lo único que quedaba era la resignarse a aquello con lo que tanto nos costaba lidiar.

Sin embargo, y sin querer, Adrián y yo encendimos la mecha de una bomba que haría estallar todo lo que conocíamos hasta ese momento. Fue un accidente, algo no planeado, que al final resultó ser más dañino que un macabro plan.

Lo que sucedió, fue que ambos cedimos a los recuerdos teñidos de melancolía que un día compartimos. La conversación pronto fue enfocándose solo en nosotros dos, excluyendo a las personas que nos acompañaban. Inició con una plática trivial, la cual comenzó a volverse más íntima, obligándonos a centrarnos el uno en el otro, ajenos a lo que sucedía alrededor.

Él sonreía, y yo también lo hacía.

Estoy convencida de que ninguno de los dos quiso encaminar la situación hasta ese punto, pues de haber conocido las consecuencias nos habríamos detenido a tiempo. No pudimos evitarlo, enceguecidos por la facilidad con la que nuestras mentes se conectaban, hasta que Miguel no pudo soportarlo más.

—Y es hora de irnos —comentó, utilizando una tonalidad desafiante.

—¿Qué hora es? —pregunté, recobrando la noción de la realidad muy apenas.

—Tarde —respondió Tania, sin molestarse en disimular su enfado.

Noté que Adrián quiso sujetar su mano, pero ella se apartó con un movimiento brusco.

Saqué mi teléfono para revisar la hora, percatándome de que mi viejo amigo hizo lo mismo a la par, aparentando que nuestros movimientos estaban sincronizados al igual que nuestras mentes. Un poco incómodo, a mi parecer, considerando el lío en el que estábamos metidos.

Miguel sacó varios billetes de su cartera, los suficientes para cubrir la cuenta de ambos y dejar una sustanciosa propina al mesero que nos atendió con tanta amabilidad, y sin dudar dejó el dinero sobre la mesa. Se levantó de su asiento con rapidez, arrojando la servilleta sobre aquella. No me dio

tiempo para reaccionar antes de que tirara de mi silla para atrás, como una incitación a que me levantara, consiguiendo que me desorientara ante su brusca acción.

—Eh, cuidado. —Adrián comentó con tono molesto—. ¿Qué no ves que Ana aún no quiere irse?

—Creo que ese no es asunto tuyo —vociferó con brusquedad.

—Ella no quiere irse, pero yo sí. —Tania se levantó de su asiento y adoptó una postura rígida—. Así que paga la cuenta y vámonos, ahora mismo.

¿Qué estaba pasando?

¿Cómo fue que todo se convirtió en un terrible caos?

Miguel me tomó de la mano y me obligó a levantarme. Su agarre era firme, no era posible librarme de él a menos de que mi captor lo quisiera, lo que, obviamente, no era una opción en ese momento.

Las personas sentadas en las mesas de nuestro alrededor nos observaron con descarada curiosidad, buscando entretenerse con la escena que estábamos montando en el restaurante. Me sentí avergonzada ante ello, viéndome de nuevo en el punto de enfoque de las personas, lo que últimamente detestaba con más fuerza.

Seguí a Miguel hacia la salida, no sin antes mirar hacia atrás, ahí donde se encontraba Adrián, y musitar con los labios un simple: lo siento.

CAPÍTULO 25

Sí, me equivoqué; cometí un terrible error, pero ¿quién nunca lo ha hecho?

No pretendía buscar excusas ni la manera de librarme de mis responsabilidades, estaba decidida a ser valiente y confrontar las consecuencias derivadas de aquello que hice mal, pero no sabía cómo hacerlo. Me estaba muriendo del miedo, de la incertidumbre, y de la decepción generada por la egoísta actitud que tuve, la cual aún me calaba en los huesos como una ardiente flama.

El silencio que reinaba dentro del vehículo era incómodo. Las ventanas estaban cerradas y eso me hacía sentir sofocada, creía que iba a hiperventilar en cualquier momento. Tenía las manos aferradas a los costados del asiento, tratando de apaciguar el temblor que dominaba en cada fibra de mi cuerpo, haciéndome ser más vulnerable.

Solo me atrevía a mirar a Miguel de soslayo, el cual no había vuelto a hablar desde que salimos del restaurante. Llevaba ambos brazos tensos sobre el volante, con la mirada fija en el camino, como si yo no estuviese a su lado, como si de nuevo volviera a ser una chica invisible que nadie notaba, ni siquiera él.

Limpié el sudor de las palmas de mis manos en la tela del vestido. Realmente estaba nerviosa, no sabía cómo lidiar con esa situación, y la ansiedad me carcomía por resolverla, tajándome desde diferentes puntos.

En varias ocasiones intenté hablar, decir en voz alta aquello que anidaba en mi mente a la espera de ser liberado, pero mi voz se rehusaba a salir, ni siquiera fui capaz de abrir los labios y articular las palabras con la mandíbula. Mi vergüenza quería sellar mi boca como a una tumba, tragándose todos los secretos.

Respiré profundo varias veces y me giré levemente hacia mi acompañante. Él no se inmutó ante mi acción a pesar de que se dio cuenta de ello, solo continuó con su atención centrada en el trayecto que recorriamos con inusual velocidad. A esa hora de la noche no había demasiado tránsito vehicular, por lo que era más factible aumentar la rapidez con la que el automóvil andaba sobre el asfalto de la ciudad.

Quise disculparme en cada segundo que transcurrió, pero no pude hacerlo.

No encontraba las palabras apropiadas, pues ninguna parecía ser lo suficientemente buena para expresar lo mal que me sentía y lo avergonzada que estaba por lo que sucedió.

Poco a poco fuimos acercándonos a mi hogar, el tiempo se me escapaba de las manos como pequeños granos de arena, y apenas podía sostener algunos de ellos entre mis dedos, los cuales no creía que me alcanzarían para decir todo lo que me estaba guardando.

Cuando se materializó el enorme sauce que estaba a la entrada de la calle donde residía mi hogar, fue que sentí una verdadera opresión en el pecho, causada por la cercanía del inevitable y trágico final.

Desesperada, tomé una larga bocanada de aire, y exhalé con el mismo ímpetu.

—Miguel... —Mi voz se escuchó ronca, diferente.

—¿Mmm? —No despegó la mirada del frente ni un segundo.

—Lo lamento. —Mis labios temblaron ante la mención de aquellas palabras.

No respondió.

Esperé unos segundos más, pero nada sucedió.

—Escucha —proseguí, dándome por vencida—, lo que sucedió allá, en el restaurante, no es importante...

—¿No? —Le vi levantar una ceja, inquisitivo.

—No. —La garganta me calaba al hablar—. Fue una tontería, algo insignificante.

—Yo no lo creo así, Ana. —Apretó el volante con las manos—. ¿Sabes lo humillado que me sentí?

—¿Humillado?

Mi pregunta pareció molestarle, pues el tenor de su voz cambió, volviéndose más serio. —Si no lo recuerdas, tú fuiste la que me insistió para que saliéramos con tus amigos. Yo no quería venir, ¿ahora entiendes por qué?

Exhalé, avergonzada. —En verdad lo siento, pero yo no quise...

—No, estoy seguro de que no quisiste ignorarme durante la mitad de la velada. —Negó por lo bajo, decepcionado.

Estacionó el auto afuera de la casa de mi padre. Las luces del interior estaban encendidas, lo que significaba que aún estaba despierto, seguramente esperando por mi llegada. Jorge tendía a preocuparse más de lo normal cuando salía de noche, argumentando que existían demasiados riesgos dispersos en la ciudad a esas altas horas, y no podía conciliar el sueño hasta

que regresara sana y salva, una característica que compartía con mi madre.

—Yo...

—¿Por qué me invitaste? —Sacó la llave de la ignición y dejó caer su mano sobre el regazo—. ¿Por qué, simplemente, no saliste a solas con él como lo haces en la escuela?

Auch.

Sentí el primer golpe certero en el centro de mis costillas.

—Quería que se conocieran... —Mentí, a medias.

Se rio sin gracia. —¿Y cómo resultó tu plan?

—Fue un fracaso. —Confesé—. Lo lamento.

Se negaba a mirarme, aunque parecía que deseaba hacerlo.

Aún tenía el brazo izquierdo sobre el volante, y con su mano derecha comenzó a jugar con las llaves. Su postura era rígida, denotaba lo incómodo que le resultaba la situación, tanto como a mí, o quizás más. Tamborileó con los dedos y apretó los labios unos segundos en una mueca de disgusto; conocía ese gesto, sabía que lo siguiente no sería bueno.

—Sé lo que está sucediendo —dijo con desgano.

—¿Qué...?

—Estás enamorada de él.

Dejé de mirarlo, pues no fui capaz de soportar ver la expresión dolida de su rostro, ni el pesar que irradió a través de sus ojos. Decir aquellas palabras seguramente fue como escupir filosas cuchillas, atragantándose con el veneno. Incluso, creí haber escuchado un crujido familiar, esa ruptura en el pecho, sinónimo de que su corazón fue rasgado.

Lo entendía, porque yo estuve en su lugar.

Pero aquella vez fui la responsable del dolor ajeno.

De víctima pasé a ser verdugo.

Ejecuté a un chico inocente que me quería.

De pronto mi visión se nubló y, sin imaginarlo, una lágrima escapó, cayendo rápidamente por mi mejilla hasta perderse en el abismo de mis clavículas. Y a ella le siguió otra, y otra, y otra, hasta que no pude controlar el llanto. Me arqueé sobre mí misma y cubrí mi rostro con ambas manos, avergonzada por mi infundada debilidad. Enseguida, puse los codos sobre las rodillas para tratar de calmarme, aunque parecía que eso no sería posible.

—¿Por qué lloras? —preguntó con calculada frialdad.

—Porque eso no es cierto —respondí, intentando convencerme con mis propias mentiras.

Se quedó callado.

Y así permanecimos por varios minutos.

Me enderecé, limpiando el rastro que las lágrimas dejaron sobre la piel de mis mejillas. No quería mostrarme como una chiquilla manipuladora que lloraba para salirse con la suya, porque la realidad era que en verdad me dolía la situación, el no poder controlar mis sentimientos y amar a la persona equivocada, cuando frente a mí estaba un chico que valía la pena, y al cual no valoraba de la manera correcta.

La primera imagen que vi cuando se disipó el estupor del arrepentimiento, fue a Miguel llorando, lo que entonces me hizo sentir más culpable que antes. Convirtiéndome en una traicionera, en alguien que ni siquiera merecería el perdón de ese chico.

—Miguel... perdóname —susurré.

No me escuchó o simplemente no le importaron mis disculpas.

—¿Me quieres? —preguntó en medio del silencio.

—Sí, te quiero —dije sin titubeos—. Claro que lo hago.

—¿Y a él?, ¿lo quieres? —Su voz tembló, temerosa.

Pude ser honesta en ese momento y terminar con todo de una buena vez, romper con esa relación manchada de mentiras para que él pudiese continuar con su camino, sin tener que llevar consigo una carga como lo era yo, una adolescente confundida que solo intentaba darle lugar a su sentimentalista ser.

Pero no lo hice, preferí continuar con el drama, la falsedad y el dolor.

—No. —Tragué saliva ante el nudo que se volvió a formar en mi garganta—. No lo quiero.

* * *

El día siguiente lo pasé recostada en mi cama, enredada entre las sábanas, buscando desaparecer o convertirme en polvo que se esfumara con el viento y se perdiera en el cosmos, lejos de todos los problemas.

Cerraba los ojos de vez en cuando, ansiosa por dormir y olvidarme del mundo por algunas horas, pero mi castigo era el revuelo de mi mente, el cual me mantenía despierta y preocupada, angustiada ante los recuerdos de mis últimos minutos con Miguel, quien aseguró que trabajaría en una mejor versión de sí mismo para enamorarme.

Yo no merecía a alguien así.

Merecía todo el sufrimiento que estaba sintiendo.

No supe qué responder, solo pude disculparme una vez más, lo cual no pareció escuchar por décima vez. Ambos estábamos cometiendo un error: él al

querer permanecer a mi lado, y yo por querer que él se quedara a mi lado. Lo correcto hubiese sido impulsarlo a que se alejara, contándole la verdad sobre mis sentimientos por Adrián, pero fui una cobarde que intentó volver a refugiarse bajo el velo protector de esa dulce persona.

Pasé largas horas hundiéndome en mi martirio, maldiciéndome por tomar las decisiones equivocadas y lastimar a personas inocentes. Aquel día ni siquiera me levanté para comer, mi malestar traspasó la barrera entre lo emocional y lo físico, tumbándome sin energía en ese lecho que tantas veces me proporcionó asilo, aunque esa vez me sintiera como una extraña dentro de la seguridad de mi habitación.

Observaba el techo, tratando de encontrarle sentido a mi errada conducta, buscando en la nada una respuesta para centenares de preguntas que rondaban entre mis pensamientos. Hasta que un mensaje de texto iluminó la pantalla de mi celular, regresando mi atención al plano carnal donde, tristemente, aún me encontraba a pesar de haber deseado desaparecer con todas mis fuerzas.

Adrián.

Lo correcto hubiese sido ignorarlo, considerando que mi deplorable estado era a causa suya, de nuevo, aunque fuera de forma indirecta, pero todavía no aprendía a ser indiferente con él, ni siquiera porque estuviera consciente de todo el daño que me estaba haciendo.

» *¿Estás en casa?*

Respondí de inmediato, tan patética como siempre.

«Sí.

» *¿Y estás ocupada?*

«Nop.

Solo estoy fundiéndome con la tristeza.

» *¿Puedo pasar por ti para ir a algún lugar a conversar?*

Tal vez era mala idea, pero necesitaba desahogar mis penas con alguien, y quién mejor que con el causante de ellas.

«*Por favor, creo que ambos lo necesitamos.*

» Iré en una hora.

Sostuve el teléfono sobre mi rostro por un rato, releendo las líneas que intercambiamos. Qué fácil era para él convencerme de cualquier cosa, un simple batir de pestañas o una sonrisa era suficiente para que me rindiera ante su existencia, aunque apenas unas semanas atrás jurara que ya no tenía ningún poder sobre mí, lo que, evidentemente, era mentira.

Me levanté de la cama con esfuerzo desmedido, mi cuerpo se sentía

pesado y, ciertamente, ajeno a lo que mi cerebro le ordenaba, era como si estuviera ahí, pero al mismo tiempo no. Extraño, pero no había mejor manera para describir cómo me sentía. Me dirigí al baño y tomé una ducha rápida, con la única intención de despabilarme y recobrar un poco de nitidez. El agua sobre mi piel se sintió bien, regresándome estabilidad y calma.

Volví a mi habitación para vestirme, eligiendo un atuendo casual. La verdad es que no me importaba lucir bien, estaba cansada tras otra larga noche en vela, ahogándome en mis pensamientos, y no tenía energía para preocuparme por mi apariencia. Así que me puse unos jeans, una blusa holgada y mis tenis favoritos.; estaba cómoda, y eso era lo único que necesitaba.

Aguardé en la sala a que se cumpliera el lapso pactado. Estaba un tanto ansiosa, con ganas de ver a Adrián, pues, aunque él fuese el responsable del caos en mi vida, también era el que conocía mis puntos débiles y mis gustos favoritos, los cuales combinaba para hacerme sentir mejor cuando las cosas no marchaban del todo bien. Solo esperaba que en esa ocasión supiera lidiar con mi estado de ánimo y que encontrara la manera idónea para sacar una de mis más sinceras sonrisas.

Y tras una espera de diez minutos, mi celular vibró por la entrada de un nuevo mensaje: Adrián había llegado y estaba afuera de mi casa.

No brinqué ni me emocioné como en otras ocasiones, aquella vez solo sentí un pequeño revoloteo en mi estómago, el cual se calmó apenas unos segundos después de haber iniciado. Tomé mis llaves y salí sin avisarle a mi padre, reacia a recibir uno de sus sermones sobre lo peligroso que era la ciudad camuflada por la oscuridad.

Al abrir la puerta me topé con la figura de Adrián parado en la entrada, con las manos metidas dentro de los bolsillos de su pantalón.

—Hola. —Saludé sin muchos ánimos.

—Hola —respondió con el mismo timbre desganado.

No hubo más absurdas cordialidades, simplemente nos dirigimos hacia el vehículo, avanzando en silencio, pero muy de cerca. Caminó a mi lado hasta la puerta del copiloto, la cual abrió para mí y extendió su mano como una gentil muestra de caballerosidad, la cual no rechacé. Su tacto en serio me ayudaba a sentir menos inquietud.

Lo observé recorrer el trayecto de un lado al otro del carro hasta que se subió en su respectivo asiento, y mientras se abrochaba el cinturón de seguridad, se giró para mirarme.

—¿Qué sucede? —preguntó, sonriendo levemente.

—Tú tampoco dormiste bien. —Acusé, respondiendo con cierta burla.

—¿Cómo lo sabes? —Se rio. Encendió el auto y arrancó, adentrándonos con ello en una nueva aventura.

—Parpadeas muy rápido cuando estás cansado —comenté, recordando aquellas tardes que pasábamos juntos después de la escuela, y lo único que él quería hacer era dormir—. Y se te hace una pequeña arruga en la frente cuando luchas para no quedarte dormido.

—Me conoces demasiado bien. —Apuntó, haciendo que me avergonzara—. Ni siquiera yo mismo sabía eso de mí.

—Solo hay una cosa que no sé de ti, algo que no logro comprender...

—¿Cuál? —Sonrió.

¿Qué sientes por mí?

—¿Cómo pudiste ser tan tonto para invitarme a esa cena? —cuestioné con falsa tonalidad molesta.

—Ya lo dijiste: ¡soy un tonto! —Se encogió de hombros.

Ambos reímos, y esa simpleza me bastó para contrarrestar algunos retazos de angustia que se adherían a mi piel como parches calientes que me quemaban, semejantes a un castigo impuesto por mi propio subconsciente.

—No vuelvas a pedírmelo, ¿quieres? —Exhalé con dramatismo—. Porque ya sabes cuál será mi respuesta.

—Lo siento, Ana. Creo que lo de ayer fue una terrible idea. —Apretó las manos sobre el volante, e instintivamente recordé a Miguel haciendo lo mismo la noche anterior.

—Hmm, ¿tú crees? —Me di cuenta de que no llevaba el cinturón de seguridad abrochado, olvidado gracias a la conversación, sin embargo, me acomodé en el asiento y me lo puse.

—Está bien... lo admito, fue una pésima idea. —Contuve una carcajada—. La peor que he tenido, en realidad.

Nos adentramos en las recónditas calles de la ciudad, allá donde pocos vehículos transitaban, y donde el bullicio de la población apenas nos alcanzaba. La tarde de los sábados eran ajetreadas en el centro, donde se reunía la mayoría de las personas a pasar sus ratos libres del fin de semana.

Conforme lo fui conociendo, descubrí que, al igual que a mí, a Adrián le gustaba estar alejado de los demás, prefiriendo la tranquilidad que la soledad nos brindaba. Aunque, a veces, esa misma situación era lo que más lo atormentaba: estar solo. No recordaba la cantidad exactas de las noches que

me marcó para sentirse mejor; siempre inventaba pretextos diferentes, quería hablar de lo que fuese, pero él no conseguía engañarme con tal cuestión.

Adrián, el verdadero, tendía a ser un chico taciturno y reservado, sus amigos eran la excepción para la segunda característica. No le gustaba hablar de ello, evadía el tema cada vez que surgía en la conversación, pero ese dolor, o por lo menos gran parte de ello, fue originado desde que su padre se marchó, dejándole una imborrable huella que se manifestaba en esa ambivalencia entre el placer de su compañía propia y el miedo a la soledad.

En mis más alocadas ensoñaciones, imaginaba que él era realmente feliz cuando estaba a mi lado, se olvidaba de todo aquello que le hacía daño en su mente, y se dejaba llevar por nuestra existencia, juntos.

—Tengo una idea —dijo de pronto.

—¿Cuál? —Observé hacia el cielo teñido de arborescencias de múltiples colores—. Pero, por favor, no me digas que es tan terrible como la cita...

Rio. —Descuida, ésta sí es una grandiosa idea.

—Cuéntame...

—Deberás esperar hasta que lleguemos ahí. —Planteó con tonalidad maliciosa.

—No sé, ya no confío en tu criterio —comenté a modo de broma.

—Bueno, tendrás que confiar en mí esta vez, ¿qué dices?

Confiar en él.

Hacía mucho tiempo que no lo hacía ya. No después de tantas mentiras y desilusiones, ni del hecho de que intentó mantener nuestra amistad como un secreto ante los ojos de Tania. Adrián perdió gran parte de su credibilidad gracias a sus erróneas acciones, pero... volvía al punto inicial de esto: yo también me equivoqué, cometí un terrible error y, así como me lo pregunté a mí misma, ¿quién nunca lo ha hecho?

Debía de comenzar a ser más comprensiva, considerando que yo también cargaba un costal con defectos que me llevaron a actuar de forma egoísta e interesadamente, jugando incluso con los sentimientos de un tercero ajeno, quien no tenía la culpa de nada en la inestable relación que mantenía con Adrián.

Suspiré. No estaba muy convencida de volver a cubrirme los ojos con una venda, para así fingir que nada malo había sucedido en las últimas semanas. Sin embargo, como dije, debía aceptar que todos nos equivocábamos, incluido él.

—De acuerdo. —Solté tras varios segundos de silencio—. Confiaré en ti.

Una vez más.

Sonrió, satisfecho, y ese gesto me hizo suspirar.

Recorrimos el trayecto sumergidos en una amena conversación, distante a lo que había sucedido en el restaurante. Decidimos no volver a tocar el tema a menos de que fuese realmente necesario. Era evidente que a ambos nos había afectado la situación, y no queríamos manchar ese momento con los atisbos de esa noche.

Sobre nosotros se extendía un cielo anaranjado con motas de tonalidades violetas, amarillas y rosadas. Apenas eran las seis de la tarde, pero en otoño la noche llegaba más pronto, y la oscuridad se hacía presente sin ser llamada. Solo quedaban algunos minutos de luz, los últimos que alcanzaron a iluminar el panorama que nos rodeaba.

Adrián tomó un camino con pendiente de la carretera, cada vez más alejado de la civilización. En cualquier otra circunstancia me hubiese preocupado, pues mis nervios siempre jugaban en mi contra y me hacían pensar en los cientos de posibilidades de que algo malo sucediera en el medio de la nada, sin embargo, aquella tarde no me importó. Nada me importaba más que el cuadro donde me encontraba, a un lado de Adrián.

—¿Qué es este lugar? —pregunté, asombrada cuando el paisaje a nuestro alrededor se volvió meramente forestal.

—¿Te gusta? —preguntó con orgulloso tenor.

—Me encanta...

Aparcamos en la explanada de un mirador. El perímetro estaba rodeado por faros que iluminaban toda la zona del estacionamiento, y, más allá, la oscuridad era tajada por las luces de la ciudad a varios kilómetros de distancia. Era una imagen digna de un artista, casi irreal, sacada de algún cuento de hadas.

—¿Quieres quedarte aquí o...?

—¿Bromeas? —Abrí la puerta del vehículo, emocionada—. ¡Vamos!

Bajé y no esperé a Adrián, simplemente caminé hacia un muro de concreto que funcionaba como barrera protectora. En él había sentadas otras parejas, las cuales compartían momentos íntimos de amor, besándose son desbordante pasión, abrazados o, simplemente, disfrutando de la vista. Decidí alejarme lo más que se pudiera de ellos, ansiosa por sumergirme en esa escena, para disfrutar cada cuadro y grabarlo en mi memoria para, dentro de un tiempo, recordarlo con la misma emoción que me embargaba entonces. Sin embargo, el lugar que elegí estaba demasiado alto para mí.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó una voz detrás de mí.

No me giré para mirarlo, solo asentí como respuesta. Ante ello, Adrián me sujetó de la cintura para ayudarme a tomar impulso y subir. Fue más sencillo de lo que creí, pero él no contuvo una carcajada ante la vergonzosa situación causada por mi baja estatura. Él subió como si se tratara de un simple escalón, lo que también me hizo reír.

—Este lugar es increíble —comenté, observando hacia el panorama—. ¿Por qué no habíamos venido aquí antes?

—No lo sé, nunca se me había ocurrido—. Lo miré de soslayo, su atención estaba más allá de nosotros—. Supongo que hay tantos lugares a los que me gustaría ir contigo, que no sabía cuál debería ser el siguiente.

¿Conmigo?

¿O con Tania?

—Tantos lugares, y cada vez parece haber menos tiempo. —Si es que no se nos había acabado ya.

Todos los planes que un día tuvimos parecían tan distantes e inalcanzables, convirtiéndose solo en sueños que quedarían como eso, “lo que nos hubiera gustado hacer juntos”. Después de lo ocurrido con nuestras parejas, estaba casi segura de que sería imposible volverlo realidad.

—Aún hay tiempo —dijo, pero no le creí.

Lo medité, concluyendo que todo estaba llegando a su fin. Mucho más pronto de lo que esperé.

—En seis meses te irás a la universidad —dije en un susurro, aunque consiguió escucharme—. Y después de lo sucedido en el restaurante... —Me quejé con un suspiro—, estoy segura de que Tania no querrá que vuelvas a hablarme.

—Ana... —Me sorprendió cuando tomó mi mano y la entrelazó con la suya. Lo miré, solo para percatarme de que él ya lo estaba haciendo. Su mirada desprendía arrepentimiento—, cometí un terrible error, pero aprendí la lección, y no volveré a permitir que Tania decida sobre mi vida de esa manera.

Pum. Pum. Pum.

—No quiero causarte más problemas con ella.

¿O sí?

—Escucha, lo de anoche fue una completa estupidez. —Apretó mi mano al mismo tiempo en el que sus ojos escrutaron mi rostro—. Pero es necesario que me disculpe contigo por lo que pasó. —Su boca se curvó hacia abajo—. Sé

que tuviste un problema con Miguel por esto.

Sonreí con tristeza. Para él era fácil desvelar mis pensamientos. — Discutimos, pero todas las parejas lo hacen, ¿no?

—Es cierto, pero pudieron ahorrarse todo este drama —comentó, taciturno.

—Tal vez. —Intenté fingir que no me afectaba—. Aunque hizo que me diera cuenta de muchas cosas.

—¿Cómo cuáles?

Que aún te amo.

Exhalé, esperando nunca arrepentirme de mis siguientes palabras. —Que nunca nadie entenderá lo que hay entre nosotros dos.

—¿Y qué hay entre nosotros dos? —Me miraba fijamente, desbordando curiosidad.

—Somos mejores amigos —Me reí, aunque sentí una opresión en el pecho al decirlo—, pero nunca amistad puede confundirse con algo más.

Cómplices y confidentes.

—Sí, eso creo.

Una furiosa y fría ventisca sopló a nuestro alrededor, agitando el follaje seco de los árboles, arrancando a su paso algunas de las hojas que aún estaban sujetas a sus ramas. Dejé que el viento despeinara mi cabello y rozara la piel de mi rostro, disfrutando de ese efímero momento.

Sonreí, a pesar de que esa acción dejó varios mechones sobre mi rostro, revueltos, en todas direcciones, cubriendo parte de mi visión y adentrándose entre mis labios. Adrián se rio, y me ayudó a despejar mi faz, usando sutiles movimientos, pero entonces algo sucedió... Peinó algunos cabellos detrás de mi oreja, y con ello rozó mi mejilla, la cual se encendió de inmediato.

No pude moverme, permanecí congelada en el tiempo, con su mano aún en mi rostro. Él tampoco reaccionó, se quedó quieto, mirándome fijamente a los ojos. No podía ni siquiera respirar.

—¿Y por qué solo somos amigos? —preguntó.

Sentí que mi mundo se derrumbaba de nuevo. Las paredes que construí durante esas semanas estando alejados se vinieron abajo, convirtiéndose en escombros inservibles, los cuales no me servirían para protegerme de él. Estaba expuesta, sin protecciones ni fuerzas para esquivar cualquier flechazo.

—Porque tú tienes novia —Tragué saliva—, y yo tengo novio.

Quitó la mano con brusquedad y apretó los párpados un par de segundos, mostrándose arrepentido. Lo cual me hizo sentir mal. Terriblemente mal. Yo no

debería de estar ahí con él. Lo correcto era que estuviese en casa, con Miguel, disculpándome por todas mis equivocaciones y graves faltas contra nuestra relación.

—Lo siento, fue una pregunta estúpida.

Lo era, pero yo me cuestioné eso durante demasiadas noches mientras lloraba abrazada a mi almohada, suplicando que el dolor en mi pecho cesara.

Me estaba quebrando.

Asentí como respuesta, apartando mi atención de él. —Y, ¿cómo están las cosas con Tania después de lo de anoche? —cuestioné, tratando de disimular mi tristeza.

—Realmente no lo sé. —Su voz se escuchaba angustiada—. Me pidió espacio y tiempo para pensar en lo nuestro.

Espera... ¿qué?

—Oh... Lo siento. —No sabía qué más decir.

—Descuida, es algo que me gané con mis decisiones.

Volví a mirarlo, pues la tonalidad de su voz comenzaba a teñirse de desesperanza, lo que a veces podía ser peligroso, no solo para él, sino para cualquiera. Y yo no permitiría que él se dejase vencer, aunque eso implicara convertirme en el centro de tiro que recibiera los impactos para protegerlo.

—¿Quieres hablar de ello?

Él también me miró.

—No. —Negó por lo bajo—. Mejor dime cómo te fue con Miguel. Se veía furioso cuando se marcharon.

—Lo estaba... —Incliné la cabeza hacia arriba, no soportaba verlo por demasiado tiempo—, pero tampoco quiero hablar de ello.

—Entiendo.

—La luna es tan bonita —dije con torpeza, en un vano intento por cambiar el rumbo de la conversación.

Suspiró. —Y yo creo que tú eres terriblemente divertida.

—Lo dices solo porque eres mi amigo. —Acusé, sintiendo cómo mis comisuras se elevaban en una sonrisa.

—Lo digo porque siempre sabes cómo animarme, y aunque tus bromas no sean muy buenas, me haces reír. —Lo empujé del hombro, fingiendo indignación—. Por favor Ana, eres la chica más carismática que conozco, y tu inteligencia es una cualidad para envidiar.

Callé durante unos segundos, sintiendo una agitación en mi interior.

—Por poco te creo —dije, destrozada porque eso no era suficiente para

él, pero fingiendo que sus palabras me daban gracia.

De pronto, me rodeó por los hombros con su brazo, tirando de mí para acercarme a su cuerpo. Me reí ante la inevitable sorpresa y decidí disfrutar de su compañía, después de tanto tiempo. sin miradas curiosas ni voces que se alzaban para juzgar lo que fuera que había entre nosotros.

Recargué mi cabeza en su hombro y lo abracé por la cintura, sujetándolo con fuerza, creyendo que eso sería suficiente para que no volviera a irse de mi lado. Tan tonta, tan ingenua.

CAPÍTULO 26

Mi cabeza iba recargada en la ventana del auto mientras observaba hacia la calle que se extendía por delante de nosotros, solitaria y parcialmente oscura.

El silencio entre nosotros ya no importaba, comenzaba a acostumbrarme a esos incómodos momentos en los que Miguel parecía estar enfrascado en sus pensamientos, tan distante de la realidad que ni me esforzaba en intentar traerlo de vuelta. Así había sido desde la noche en el restaurante con Tania y Adrián, a pesar de que creía que habíamos resuelto el problema. Me di cuenta de que no era así, él aún estaba dolido por lo que sucedió, y sus vanas palabras sobre ser mejor solo fueron eso: palabras.

Pero él no necesitaba ser mejor. Yo sí.

Y quizás por eso no hablaba cuando estaba a su lado, porque sentía cada letra de mi voz estaba teñida por mentiras y falsas promesas, y no quería continuar endulzando una relación que no estaba funcionando a causa de mis amargas decisiones. Por ello prefería callar, guardarme los discursos que solo prolongaban un inevitable final, el cual se aproximaba con rapidez.

Tan rápido que no tuve la oportunidad para frenar y evitar un impacto que me sacudió hasta los huesos.

—¿Quieres ir a algún otro lugar? —preguntó, sin apartar su mirada del frente.

—No —respondí de forma tajante. El tenor con el que últimamente hablaba.

—¿Entonces te llevo a casa?

—Sí, por favor.

El momentáneo sonido de la direccional fue lo único que rompió con la silenciosa atmósfera por algunos segundos.

Estábamos tan solo a unas calles del hogar de mi madre, quien había salido con unos amigos para celebrar el cumpleaños de uno de ellos, dejando toda la casa para mis ruidosos pensamientos y para mí, deseosos por encontrarnos y generar caos, un revoltijo de emociones, y malas decisiones.

Veníamos de regreso de la cena más vergonzosa que habíamos tenido hasta entonces, en la terraza de un bonito restaurante a pocos minutos de mi hogar. Pero ni siquiera el romántico lugar en el que estuvimos fue suficiente para que reavivara la llama que amenazaba con extinguirse y convertirse en pequeñas partículas de ceniza.

Estacionó en la acera frente a la casa y apagó las luces y el motor del carro. Hasta ese momento despegué la cabeza de la ventana desde que nos subimos y miré hacia la cochera vacía a nuestro lado. Solo quería entrar, alejarme de todo el mundo y perderme en la privacidad de mi habitación.

—Gracias —susurré, e hice ademán de abrir la puerta.

—Ana, espera. —Desabrochó su cinturón de seguridad y giró su cuerpo para mirarme.

—¿Qué sucede?

—Necesitamos hablar —respondió con seriedad.

—¿Sobre qué? —Fue mi turno de acomodarme en el asiento para adoptar una postura que lo encarara.

—*Nosotros.*

Estaba tan cansada, que realmente no pensé en lo grave que podía ser una simple palabra, y los miles de significados que podía englobar. Especialmente en una situación como aquella.

La luz de un faro en la banqueta iluminaba su faz, la cual reflejaba un pequeño destello contra la mica de sus anteojos. Su boca era inexpresiva, pero en sus ojos vislumbré un secreto que ansiaba ser revelado, el cual no demoró demasiado en cobrar vida.

—¿Qué hay sobre nosotros? —Ladeé la cabeza, confundida.

—Quiero que... —Respiró profundo mientras negaba con la cabeza—, quiero que terminemos.

Un golpe directo al pecho.

Al principio no supe qué responder, lo único que pude hacer fue observarlo fijamente a los ojos, tratando de entender sus palabras. Fue como perderme dentro de un remolino que daba vueltas, y vueltas, y más vueltas, mareándome hasta el punto en el que incluso mi nombre se revolvía, perdiendo todo su sentido.

Pero entonces lo comprendí. No era tan difícil entenderlo después de todo, él solo quería una simple cosa: terminar. Sí, solo eso. Acabar con las semanas que tuvimos de relación, olvidarlas o, por lo menos, dejarlas arrumbadas en una esquina polvorienta junto con otros cachivaches

inservibles. Quería que los besos y caricias se transformaran en fantasmas, invisibles e inexistentes. Botar todo a la basura, pero... ¿qué era todo? Si sentía que entre nosotros ya no había nada más que un compromiso marcado por una etiqueta de la sociedad. Noviazgo. Eso éramos, novios. O lo fuimos hasta ese momento.

—¿Cómo? —pregunté.

Resopló. Decirlo una vez quizás había sido difícil, no quise imaginarme qué tan malo fue tener que repetirlo.

—Quiero que terminemos, Ana.

—¿Por qué? —Realmente no quería escuchar un motivo, pero no sabía qué más podía decir.

—¿Cómo que por qué? —Parecía molesto, perplejo y sorprendido—. ¿No te has dado cuenta de que esto no está funcionando?

No respondí de inmediato, preferí meditar mis siguientes palabras por varios segundos, durante los cuales él no pudo quitarme la vista de encima, a la espera de una contestación.

—Eso creo.

—¿Crees?

La conversación se estaba convirtiendo en un interrogatorio mutuo.

—Miguel... —De pronto entendí la seriedad del asunto y todo rastro de estupor se desvaneció, permitiéndome pensar con claridad—, ¿estás seguro?

Tragó saliva e intentó hablar, pero las palabras no salieron de su garganta, sino una superficial exhalación. Cerró la boca y apretó los labios en una mueca de indecisión, lo que me hizo pensar si en serio él comprendía lo que estaba diciendo, tal vez estaba confundido y creyó que emitir aquella sentencia sería una manera para ayudarlo a entender todo lo que no estaba a nuestro alcance.

Sin embargo, su respuesta me sorprendió.

—Estoy muy seguro —respondió en voz baja, pero con la claridad suficiente para que lo escuchase y entendiera.

Otra vez me quedé callada, imposibilitada para reaccionar o expresar una opinión decente. En lo único que podía pensar en la fatídica noche que desató el desastre: los celos e inseguridades lo llevaron a creer que era la mejor decisión, aunque tal vez lo era, considerando que ambas emociones tenían verdaderos y buenos fundamentos para atraparlo.

—No sé qué decir...

Apretó los párpados un par de segundos, y al abrirlos noté que le era

imposible mirarme al rostro.

—Eso lo has dejado en claro estos últimos días —comentó con decepción.

Era miércoles, cuatro días después del suceso que marcó una diferencia en la historia, pues durante ese lapso me di cuenta de que mi amor por Adrián no había desaparecido ni disminuido, simplemente se mantuvo oculto, aguardando a cualquier acción que activara un detonante para estallar en el medio de mis costillas, y era algo contra lo que ya no podía luchar.

—Lo lamento —susurré, cabizbaja.

Tenía tantas cosas por las cuales disculparme que ni siquiera sabía por dónde comenzar, o si era prudente hacerlo, pues mis disculpas ya no servirían de nada, no después de haber agrietado el inocente corazón de Miguel con la filosa punta de mis descuidadas y egoístas acciones.

Asintió. —Aceptó tus disculpas.

Esa noche terminó muy diferente a lo que había imaginado. Creí que llegaría a mi habitación, cerraría la puerta con seguro y me pondría mis audífonos con la música a un alto volumen, para así olvidarme por algunos minutos de la realidad. Después tomaría un baño caliente, me vestiría con mi suave pijama y me cubriría con las sábanas de mi casa, para por fin poder caer en un profundo sueño que me transportaría hasta la mañana siguiente.

Pero, durante esas horas de oscuridad, lo único que pude hacer fue pensar en todos los errores que había cometido con Miguel y la repercusión que ello podría tener en su vida. Para ambos se trató de una experiencia romántica primeriza, nos entregamos sabiendo que podríamos caer, pero a la espera de que debajo de nosotros hubiera una red que nos detuviera. Y, desde mi posición, fui yo quien cortó esa seguridad que protegía a Miguel de los daños por un amor fracasado. Fui yo la responsable de que todo terminara con él.

* * *

Ya lo sabía, pero reafirmarlo no fue tan fácil como lo esperaba, darme cuenta de que algunos compañeros de mi salón solo comenzaron a ser amables conmigo gracias a Miguel, por dos distintas razones: la primera de ellas, y la más obvia, era que pretendían sacar algún provecho de la no tan apasionada afición de hacer las tareas varios días antes de su entrega; la segunda, menos evidente, pero también lógica, era que sus amigos dejaron de ser mis amigos, para convertirse de nuevo en alumnos que compartían el aula en todas las clases.

Ese jueves por la mañana me sentí terriblemente solitaria, gracias a que

Sam no asistió a la escuela debido a un fuerte resfriado que la mantuvo tendida en la cama, con las cobijas hasta el cuello, y un maratón de películas en la televisión.

Aquella era una desventaja de ser solo dos dentro de un círculo de amistades: cuando faltaba uno, el otro se quedaba solo. Situación a la que ambas ya habíamos enfrentado con anterioridad, pero que aquel día se sintió más pesada y complicada de sobrellevar, considerando que mi exnovio estaba tan solo a un lugar del mío, tan cerca físicamente, pero tan distante en lo emocional.

Las primeras horas fueron largas, un minuto se convirtió en cinco, y una hora... en una eternidad.

Pretendía estar bien, que la voz de Miguel no me afectaba cada vez que participaba en clases. Fingía que estar ahí sola no significaba un duro golpe para asimilar, lo contrariaba con una sonrisa, mostrándome tranquila frente a todos, quienes, por alguna extraña razón, ya sabían que nuestra relación había terminado.

Escuché algunos comentarios burlones de aquellos compañeros menos amables, haciendo referencia a que las personas como nosotros, definitivamente no estábamos hechos para el amor, sino para el estudio y ser unos mataditos, por eso el noviazgo fue tan efímero, de apenas unas semanas, un tiempo tan corto que incluso a mí me daba lástima.

No es que me importara demasiado lo que los demás dijeran, pero sí, dolía un poco, y eso solo me recordaba que no era la primera vez que fallaba en el amor. Estaba sola. Muchos me decían que era hermosa, que mis pecas eran cientos de motivos para suspirar, que mi cabello era único en la escuela, y mi personalidad era encantadora, pero no era suficiente. Yo no sabía querer, y no sabía dejar que me quisieran. Y creo, que eso ya estaba comprobado.

La situación con Miguel sí me dolía, porque él había sido un buen amigo, el cual me apoyó en los peores momentos, cuando creía que ya no podía más, y que mi corazón —metafóricamente hablando— iba a colapsar. Estaba convencida que no podría recuperar su amistad, aunque lo intentara, lo que me dejaba un pequeño hueco en el pecho; había escuchado historias, entre mis compañeros y los amigos de Adrián, de que una relación amistosa entre dos exnovios, casi nunca funciona, porque los sentimientos aún lastiman, o los recuerdos todavía duelen. Lo sé, no tuvimos tantas experiencias juntas como para escribir un libro ello, ni siquiera un folleto, pero no tenía duda de que su amor por mí fue real, y el no valorarlo como debía fue una puñalada que

tardaría en sanar-

Supongo que ese era mi mayor pesar, el que Miguel no fuera capaz de disimular la tristeza de su mirada; sus escleróticas estaban rojas y sus pupilas perdidas en algún punto del pizarrón. Sin embargo, ni siquiera eso consiguió arrebatar su atención de las palabras de los profesores. Ahí quedaba en claro cuál era su prioridad, y me alegraba que por lo menos la ruptura no lo distrajera de lo que era más importante para él.

El segundo periodo de clases terminó, y lo primero que hice fue escapar del aula. Ya no soportaba estar ahí, escuchando ni viendo actitudes que no me ayudaban a sentirme mejor, sino lo contrario.

Afuera hacía frío, el viento soplaba agitando las últimas hojas de los árboles, y levantó el vuelo de las que estaban en el suelo. Mi cabello se agitó, arremolinándose como una bandera izada. Metí las manos en los bolsillos de mi suéter y me hice pequeña, como si eso me ayudara a disipar la helada sensación que me envolvía, aunque no estaba segura si aquello se debía al clima o lo mal que me sentía por todo.

Divagué por los pasillos de la escuela, yendo y viniendo sin un rumbo fijo, a merced de la incertidumbre. Llegué a la cafetería, no iba a comprar nada, pues ni siquiera tenía hambre. Observé el reloj de mi celular y di media vuelta, habían pasado quizá quince minutos desde que decidí escapar, era hora de volver al interior de aquellas cuatro paredes.

Caminé de vuelta, temerosa por no conseguir soportar otras cuatro horas ahí. Entré al edificio donde se encontraba mi salón y me encontré con la desagradable imagen del clan de Miguel en el pasillo, parados en una orilla cerca de las escaleras. Era imposible evitarlos, necesitaba pasar por ahí si quería regresar al salón. Tomé una larga bocanada de aire y avancé por un lado de ellos, fingiendo que no me di cuenta de la atención que me prestaron.

Subí un pie al primer escalón, y entonces una voz me llamó desde la lejanía, consiguiendo que la mayoría de los presentes se giraran para mirar a la persona.

—¡Ana!

Me quedé quieta cuando vi que Adrián se acercaba, casi corriendo, hacia mí.

—Adrián... ¿qué sucede? —pregunté cuando estuvo cerca de mí.

Respiraba con dificultad. —¿Qué tienes?

—¿De qué hablas? —cuestioné, intentando disimular el temblor de mi voz.

—Ana... —habló a modo de advertencia.

Exhalé. —Es una larga historia.

—Te propongo algo —dijo luego de mirar la pantalla de su celular—, salgamos de aquí y vamos a otro lugar.

Observé hacia arriba, en dirección de mi salón, y después regresé mi atención a él. Sonreía con cierta malicia, como si tuviera un terrible plan entre manos.

—¿A dónde?

—A donde sea —respondió con el mismo atrevido tenor.

Extendió su mano hacia mí, como una incitación a que me entregara una vez más a la aventura. Lo dudé por un instante, aún hacían falta dos clases más, y no me estaba yendo demasiado bien en las materias como solía hacerlo, bajé mi rendimiento académico desde lo sucedido con Adrián y apenas comenzaba a recuperar esa excelencia académica.

Pero no quería regresar a un lugar donde no estaba bien.

—Dejé mi mochila en el salón.

Sonrió. —Eso tiene solución.

Sujeté su mano, sin entrelazar nuestros dedos, y casi corrimos escaleras arriba para ir hacia mi salón, sabiendo que detrás de nosotros algunas personas nos miraban con enfadosa atención. Saqué mis cosas del aula y nos dirigimos hacia el estacionamiento, olvidándonos de todo por algunos minutos.

Caminábamos cerca de la salida, cuando de pronto Adrián se detuvo, obligándome a hacerlo también. Sus ojos se dirigieron hacia un punto cruzando el jardín y los seguí para descubrir qué estaba observando. Y me arrepentí de inmediato, pues al otro lado estaba Tania, mirándonos con fijeza mientras negaba con la cabeza.

Solté la mano de Adrián, retrocediendo dos pasos como mero instinto. Estaba preparada para huir de ahí, sabiendo que las cosas no podrían terminar bien. Sin embargo, la siguiente acción de mi acompañante me sorprendió; en lugar de alejarse como lo esperé, respondió a la negativa de su novia con el mismo gesto y me sujetó por el antebrazo, pidiendo en silencio que lo siguiera.

Dudé por un instante, insegura de si estaba tomando la decisión correcta o no, pero entonces recordé la actitud que Tania tuvo conmigo, tan amenazante, y con una falsa amabilidad que me molestaba. Quizás era actuar de la misma forma, siendo egoísta, pero creía que era tiempo de que yo tuviese mi oportunidad de recuperar la amistad con Adrián, y ella no me detendría.

* * *

La situación se tornó incómoda después de ese inesperado encuentro, pues ninguno de los dos había vuelto a hablar en un largo rato. Estábamos en silencio, avanzando por una vialidad poco transitada.

Imaginaba qué clase de pensamientos podrían estar anidando en la mente de Adrián, todos ellos con un desenlace desfavorable para su relación, lo que me hizo reflexionar que, tal vez, había elegido la opción equivocada al haberme ido con él sabiendo que Tania lo esperaba.

Arruiné mi relación, y no quería que la de Adrián también se estropeara...
¿O sí?

—Te dije que no quería causarte más problemas con ella. —Froté mi rostro con ambas manos—. No quiero que tu relación se estropee por mi culpa.

—No me has causado ningún problema con ella.

Descubrí mi cara. —Es que, Adrián...

—Ana... —Advirtió sin decir más.

Resoplé.

No volvimos a hablar, ni siquiera me molesté en preguntarle a dónde íbamos, solo me giré hacia la ventana, para así poder apreciar las imágenes de fuera, conformadas por hileras de casas con maltratados jardines amarillentos, víctimas del otoño, y las personas que caminaban por las aceras, todas tan diferentes entre sí.

Conforme fuimos avanzando descubrí hacia dónde nos dirigíamos: su casa. No objeté, no me inmuté, nada. La verdad es que el lugar no importaba, mucho menos después de lo que pasó con Tania. La posible tarde de diversión se arruinó, y ello llevo a que de nuevo pensara en Miguel y en lo que hice, en el terrible error de lastimarlo.

Adrián estacionó el auto en la cochera y no esperé a que se bajara para abrirme la puerta como solía hacerlo, me bajé y caminé hacia la entrada de su hogar, dando rápidos pasos, quizás debido a la intranquilidad que me dominaba, expresándolo con un rítmico golpeteo con la punta de mi zapato en el suelo.

—¿Me dirás qué es lo que pasa? —preguntó mientras introducía la llave dentro de la chapa de la puerta.

¡Demasiadas cosas!

Quería gritar, pero no podía hacerlo. No *quería* hacerlo. Pero en la mayoría de las veces nadie era capaz de controlar su dolor ni el llanto que lo acompañaba. La desesperación me estaba asfixiando, como dos manos

alrededor de mi cuello. No sabía qué hacer, qué decir, ni qué pensar. Todo estaba tan confuso, algo me parecía bien, y al minuto siguiente creía que era una acción cometida por una mala persona, y así con todo lo que hacía, incluso me cuestionaba si era apropiado seguir respirando tan pesadamente, en un vago intento por disolver el nudo de mi garganta.

Pero no pude más.

Entré primero a la casa y me alejé de él cuando sentí que la primera lágrima amenazaba con salir. Ojalá hubiese sido capaz de detener el tiempo y quebrarme, llorar por horas hasta quedar secas y después correr los segundos de nuevo, aparentando que estaba bien.

—Ana... ¿por qué estabas llorando?

Comencé a respirar con dificultad, los ojos me ardían, y mis labios temblaron. Intenté inhalar con profundidad, pero me fue imposible, y, al momento de exhalar, sentí la piel de mi mejilla izquierda mojada.

—¿Ana? —Sus pasos hicieron ruido sobre el suelo de madera mientras se acercaba a mí—. ¿Pero qué...?

Mi corazón estaba a punto de estallar, necesitaba sacar todo lo que llevaba dentro o seguiría lastimándome al fingir fortaleza, cuando quizás lo único que requería era desahogarme, aunque hubiera preferido no hacerlo con él.

—Miguel terminó conmigo anoche —dije con voz temblorosa, impidiendo que terminara su pregunta.

Lo abracé rodeándolo por la cintura y enterrando mi rostro en su pecho, escondiéndolo entre los mechos de mi alborotado cabello. Me apretujó contra él, sujetándome con una mano por la espalda y con la otra acarició mi cabeza con dulces roces.

—Es un idiota —dijo.

Negué. —La idiota soy yo.

—¡Eh, no digas eso! —Intentó separarme de él, supuse que lo hizo para mirarme, pero no permití que lo hiciera, por lo que lo sujeté con más fuerza—. Ana, nada de esto fue culpa tuya.

—Claro que sí.

—¿Por qué lo dices? —cuestionó con tonalidad angustiada.

—Porque él cree que no estoy lista para una relación

O por lo menos no con él.

—Pero tú lo quieres. —Sus palabras me golpearon.

No respondí.

—No importa lo que él crea, ni lo que llegue a decir sobre ti. —Recargó su mentón sobre mi cabeza—. Nunca olvides lo que tú vales. Eres una chica increíble, y cualquiera daría lo que fuera por estar con alguien como tú.

Cualquiera menos tú.

—Supongo que a veces lo olvido.

Especialmente cuando se trata de ti.

Durante un rato no dijimos nada, permanecimos abrazados disfrutando del silencio. El calor de su cuerpo se acompañaba al mío de una forma tranquilizadora, tanto, que hubiese podía durar ahí por la mitad de una eternidad, por lo menos.

Pero la culpabilidad aún me picaba en cada centímetro de mi cuerpo, recordándome todo lo malo, diciendo que no era merecedora de un momento como ese, por lo que me vi obligada a separarme de Adrián, a pesar de que mis brazos quisieran aferrarse a él.

—¿Podemos, simplemente, hacer o hablar de otra cosa?

Se quedó callado durante algunos segundos, se veía indeciso, y cuando emitió sus siguientes palabras comprendí por qué dudo en decirlas.

—¿Quieres subir a mi habitación?

Fue mi turno de pensar en una respuesta.

Pero creo que era obvio lo que iba a decir.

Exacto. Dije que sí.

Sonrió e hizo una seña con la cabeza para que lo siguiera escaleras arriba. Ese día estaba repleto de malas decisiones, así que no pensé que añadir una más haría la diferencia, sin embargo, sabía que aquella era la más imprudente. No creía que fuera a suceder algo entre nosotros, nada, por lo que no estaba tan preocupada, pero entrar a la recámara de un chico para mí ya era otro nivel, pues nunca lo había hecho.

Avancé con torpeza, mirándolo cada determinado tiempo para asegurarme de que no hubiese sido una broma de mal gusto, pero Adrián solo se reía ante mi actitud. Llegamos a la segunda planta y me detuve en la pequeña estancia del centro, observando hacia ambos lados para intentar adivinar cuál era su habitación, pero todas las puertas estaban cerradas. Enseguida me sujetó de la cintura y me empujó hacia la izquierda, indicándome el camino.

Abrió la puerta y me dejó pasar primero. Su habitación era amplia y estaba iluminada por los rayos de sol que entraban por su alto ventanal. La decoración era sencilla, pocos muebles y solo algunos objetos que denotaban parte de su personalidad, como un perchero con varias gorras colgadas y un

par de suéteres.

—¿Puedo? —preguntó, acercándose a la cama para sentarme.

—Claro. —Hizo una seña con la mano—. Adelante.

Me senté con cuidado, midiendo cada uno de mis movimientos, y de inmediato se acomodó a mi lado. Su pierna rozó la mía, pero pareció no importarle, al parecer él estaba tranquilo con la escena en la que nos encontrábamos.

—¿Qué harás durante las vacaciones de invierno? —preguntó.

—No lo sé, creo que nada —respondí, recordando las palabras de mis progenitores—. Mi padre irá a unas cabañas con sus amigos. Y mi mamá quiere pasar tiempo en casa para descansar. ¿Y tú?

—No he hablado con mi madre sobre ello. —Se dejó caer sobre el colchón y el rebote de su peso hizo que mi cuerpo se moviera muy apenas—. Pero seguramente querrá salir con su novio, el señor desconocido.

Me giré para mirarlo. —Entonces ninguno de los dos hará algo interesante.

Negó.

Lo medité unos cuantos segundos y decidí hacer aquello que embriagaba a mis pensamientos, un deseo tan simple que parecía ridículo que me estuviese martirizando por ello. Me dejé caer al igual que él y mi cabeza quedó a pocos centímetros de la suya. Ambos volteamos y nos miramos de cerca, sonriendo.

—¿Te gustaría recobrar el tiempo que perdimos por mi culpa? —cuestionó.

Tardé un momento en responder. —Solo si prometes que no tendrás problemas por eso.

Refunfuñó. —Eso lo tomaré como un sí. Y para comenzar te propongo algo...

—¿De nuevo con tus propuestas? —Interrogué con una risa.

Se rio. —Admite que la última fue buena.

—Sí, lo admito. —Lo miré a los ojos—. Entonces, dime, ¿qué tienes en mente?

—¿Alguna vez has ido a una fiesta de fin de curso?

—No... ni siquiera sabía que existía eso —comenté, curvando una ceja.

—Es una fiesta que se organiza al terminar cada semestre. —Su atención también estaba fija en mi mirada—. Usualmente se hace en la casa de algún estudiante adinerado, ya sabes, de esos que tienen padres permisivos y con los recursos suficientes.

—¿Cómo Mario? —pregunté a modo de burla.

—Sí. —De nuevo emitió una risa—. Esta vez la organizó un chico de artes, no recuerdo su nombre, aunque dicen que su casa es una mansión. Y será este sábado.

—¿Estás invitándome a salir?

Pum. Pum. Pum.

No de nuevo, corazón.

Apartó su mirada de mí y observó hacia el techo antes de responder: —Sí, bueno, solo si tú quieres ir.

—Mmm... —Coloqué un dedo sobre mi mentón, y dejé pasar un cortísimo lapso—. Está bien, pero no quiero que pienses que es una cita, ¿de acuerdo?

—Intentaré no emocionarme más de lo debido —comentó con falso tono de decepción.

Me reí. Tal vez él lo dijo de broma, pero yo sí pensaba de aquella manera.

CAPÍTULO 27

Miré el reloj, faltaban solo veinte minutos para las nueve de la noche, la hora acordada con Adrián para que pasara a por mí a casa de mi padre. Después regresé mi atención a mi reflejo sobre el espejo y suspiré. Llevaba puesto unos pantalones ajustados de mezclilla de tiro alto y una blusa guinda corta que dejaba al descubierto una delgada franja de la piel de mi abdomen, demasiado atrevido para la Ana a la que todos estaban acostumbrados, pero estaba decidida a demostrar que no era la mojigata que todos creían.

Me senté en la orilla de la cama y me puse unos botines negros de tacón alto, los cuales había utilizado solo una vez desde que mi madre me los regaló en mi cumpleaños del año anterior. Me puse de pie y anduve unos pasos en el cuarto, practicando mi descuidado andar. Debía tensar las piernas para mantener el equilibrio y erguir mi espalda para verme más elegante. Tambaleaba de vez en cuando, pero me convencí de que podría lidiar con ello en el transcurso de la situación.

De nuevo me acerqué al espejo y recogí mi cabello en una media coleta que dejaba al descubierto mi rostro. Enseguida delineé mis ojos, difuminé maquillaje en mis párpados y pinté mis labios de un rojo intenso, recordando que era el color favorito de Adrián, remontándome a aquellos días en los que me esforzaba demasiado en verme bien para él.

Sonreí, satisfecha con el resultado.

Tomé una chaqueta negra de cuero del ropero y me la puse, enseguida colgué la bolsa en uno de mis hombros, completando así mi atuendo de la noche. Una vez lista, caminé hacia la sala, donde se encontraba mi padre sentado en el sofá frente al televisor, en el que se proyectaba un documental histórico sobre la última guerra. Mis pasos resonaron sobre el suelo, lo que captó su atención, y al toparse conmigo estuvo imposibilitado a disimular su asombro.

—Hija... —Apagó la televisión y dejó el control remoto sobre el descansabrazo—. Te ves hermosa.

Se levantó del sillón y caminó en mi dirección, aún anonadado mientras me escrutaba de arriba hacia abajo. Se detuvo frente a mí, inspeccionándome con cuidado, viéndome desde cada ángulo posible, y me sujetó de los

hombros.

—Gracias. —Le dije con una sonrisa.

—¿Realmente vas a salir? —preguntó con la típica tonalidad de un padre preocupado y celoso por su pequeña.

Asentí. —Descuida, no será la gran cosa. Es solo una reunión en casa de un chico del bachillerato de artes.

Exhaló con exageración. —Sabes que confío en ti, pero ese chico, el tal Adrián, más le vale que no te ponga un dedo encima o sabes de lo que soy capaz.

—Papá... —Me reí—, estoy segura de que él nunca haría algo así.

Porque no le gusto.

Porque no me quiere.

Porque solo me ve como una amiga.

—Más le vale. —Advirtió, sonando muy serio.

Mi celular vibró dentro del bolsillo trasero del pantalón y lo saqué para leer la notificación, un nuevo mensaje del susodicho:

» *Estoy afuera.*

—Llegaron por mí —Anuncié, volviendo a guardar mi teléfono—. Volveré más tarde.

No pudo esconder su expresión preocupada.

—Hija, recuerda que a esta edad los muchachos solo buscan una cosa... —comentó con furioso nerviosismo—. No quiero que tú...

Lo interrumpí, riéndome de nuevo. —Papá, ya te dije que no debes de preocuparte por nada.

—¿No debo preocuparme?, ¿y qué hay sobre las bebidas alcohólicas? —preguntó con indignación—. No quiero que ese amigo tuyo beba si va a conducir, ¿me entiendes?

—Le pediré que hoy no lo haga.

Se mostró un poco más tranquilo. —Está bien. Solo cuídate, por favor.

Me lancé hacia él y me recibió con los brazos abiertos, acercándose a él con demasiada fuerza, demostrando con ese gesto su cariño. Me gustaba que lo hiciera, considerando que durante los primeros cuatro días de la semana no lo veía ni un minuto, extrañándolo.

—Te amo, rojita.

—Yo también te amo, papá —respondí, apartándome de él.

Le dediqué un guiño de complicidad antes de dar media vuelta para dirigirme a la entrada. Sabía que me estaba mirando en cada paso que

avanzaba, así que me apresuré en abrir y cerrar la puerta para que no tuviese oportunidad mínima de encarar a Adrián, aunque fuera a la distancia.

—Wow. —Fue lo primero que dijo, observándome con inusual atención.

—¿Wow? —Le pregunté con una risa—. ¿Eso qué significa?

—Te ves... hermosa —respondió, pareciendo embelesado.

—Gracias. —Me encogí de hombros, fingiendo desinterés, aunque sabía que mis mejillas estaban sonrojadas, y que dentro de mí hubo un revuelo—. Tú te ves... mmm... aceptable.

Me reí. —¡Gracias!

Enganché nuestros brazos para que me guiara hacia su vehículo estacionado frente a la acera. Abrió la portezuela y me ofreció su mano para ayudarme a subir, disfruté de ese corto momento en el que nuestras pieles se fundieron en medio de un clima frío. Me acomodé en el asiento y le dediqué un asentimiento a Adrián para indicarle que podía cerrar la puerta, lo cual hizo.

Caminó por delante del carro y lo observé, percatándome entonces de que revisó su celular, lo que hizo que la expresión de su rostro cambiara durante apenas unos segundos. Pasó de verse alegre a curvar las comisuras de su boca hacia abajo. Volvió a guardar el teléfono en su bolsillo y se subió, fingiendo tranquilidad mientras metía la llave en la ignición.

—¿Estás bien? —cuestioné, mirándolo.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —Encendió el motor y prendió las luces que alumbraron el asfalto.

—No, por nada. —No pensaba insistir—. ¿Tus amigos también irán a la fiesta?

Arrancó, adentrándonos en la parcial oscuridad de la noche de la ciudad.

—¿Tú crees que se perderían de una fiesta así? —Negué como respuesta y continuó—: ¿Y los tuyos?

—Mmm... son amigos de Miguel, no míos. —Dejé escapar un suspiro—. Me caen bien, pero ellos lo apoyarán antes que a mí. Y nuestra ruptura me demostró que siguen siendo solo mis compañeros de clase.

Las calles por las que transitábamos estaban vacías, pero en la lejanía se escuchaba el bullicio del centro, donde se encontraban los edificios más imponentes y concurridos, a los que la mayoría asistía en el transcurso del fin de semana.

Tardó un rato en volver a hablar. —No necesitas de ellos si nos tienes a nosotros.

Reí. —Lo sé, lástima que sea un año menor que ustedes y no esté en su

generación.

Se quedó callado, mirando fijamente hacia el frente, como si de pronto la calle se hubiera convertido en el panorama más impresionante y misterioso que existiera. Su atención se quedó ahí, un tanto perdida, alejada de nosotros. Lo observé durante unos segundos, escrutando su rostro: se veía diferente desde nuestro reencuentro, más vivo.

—¿Adrián?

—¿Eh? —Noté que me miró de soslayo—. ¿Qué sucede?

—Hay algo que me gustaría decirte...

—¿Sobre qué?

—Mmm... —Medité mis siguientes palabras durante un par de segundos. Había imaginado decir las en varias ocasiones, pero no encontraba el valor necesario para hacerlo, hasta ese momento—: Estoy feliz de que volvamos a ser amigos.

—Yo también lo estoy. —Acarició mi rodilla con cariño y después regresó su mano al volante—. A pesar de todo lo malo que ha sucedido.

Exhalé. —Esta noche olvidemos todo eso, solo hay que divertirnos, ¿sí?

—Tus deseos son órdenes —comentó con falsa tonalidad de obediencia.

Nos fuimos adentrando en la zona norte de la ciudad, conforme avanzábamos las casas se volvían más y más bonitas, hasta que llegamos a la entrada de una residencia privada que contaba con una caseta de seguridad como filtro, donde había tres guardias; uno de ellos anotó las matrículas del carro, otro le pidió sus datos a Adrián, como su nombre, la dirección a la que iba y el motivo, y, el último, aguardaba a la espera de una señal para permitirnos el acceso. Luego de cumplir con todos los requisitos solicitados, éste último levantó la pluma que nos brindó el paso.

Las viviendas en ese lugar eran impresionantes. Entre cada una había un pequeño jardín, el cual fue incrementado de tamaño conforme fuimos avanzando hasta llegar, incluso, casi a los veinte metros de separación entre construcciones.

El camino se prolongó por más de cinco minutos, en los cuales permanecimos en silencios, absortos en la inmensidad del lugar en el que estábamos. Adrián viró en un circuito donde solo había dos casas, una de ellas abandonada, y la otra como su antítesis: repleta de gente que gritaba, reía y conversaba fundiendo sus voces con la música que hacía retumbar el suelo.

Encontramos un lugar para estacionar a varios metros de distancia de la casa. Mi acompañante bajó del auto y me abrió la portezuela, ayudándome a

bajar como siempre lo hacía. Lo sujeté de la mano, aprovechándome de su caballerosidad. Sin embargo, después decidí caminar a su lado solo enganchados del brazo, pero muy cerca.

En los escalones de la entrada había un grupo de personas reunidas, fumando y bebiendo de vasos de plástico rojo. Los conocía, eran mis compañeros de clases, aquellos con los que en extrañas ocasiones intercambiaba palabras, y encontrarlos ahí fue incómodo, pues solo dos de ellas tuvieron la educación de saludarme, aunque fuera con un gesto de la mano.

Entramos sin demora, esquivando a las personas que danzaban en los espacios entre muebles. La casa era inmensa, sus techos eran altos y la decoración denotaba la estable y favorecedora situación económica de la cual gozaba aquella familia. Sin embargo, esa noche el lugar estaba convertido en un desastre, repleto de colillas de cigarrillos y charcos de bebidas en el suelo, añadiendo la desagradable imagen de algunas parejas besándose con demasiado ímpetu a los ojos de extraños que los miraban con morbo.

—¡Bienvenidos! —Gritó una voz, elevándose muy apenas por encima del ruido de la música. Ambos nos giramos para mirar al chico—. ¡Soy Antonio, su anfitrión!

—¡Hola! —Saludamos al unísono.

—Hay bebidas en la cocina y en una hielera del jardín. —Apuntó en aquella dirección—. Y en los cuartos de arriba pueden ir a dormirse, o a hacer lo que quieran. —Le guiñó un ojo a Adrián y sonrió, dejando al descubierto una sonrisa torcida.

—¿Gracias? —comenté con tono sarcástico.

No dijo más, simplemente se marchó, tambaleándose.

—¿Quieres algo de beber? —Adrián se acercó a mi oreja—. Puedo buscar agua o alguna bebida sin alcohol.

—En realidad... me gustaría una cerveza —dije con seguridad.

—¿Una cerveza? —preguntó, sorprendido—. ¿Desde cuándo...?

—¡Eh, chicos! —Una voz terció la conversación, gritándonos desde unos metros de distancia.

De nuevo ambos nos giramos para buscar a la persona que nos hablaba. Cerca de ahí estaba David, quien avanzó hacia nosotros, consiguiendo atraer la atención de un grupo de chicas que conversaban entre ellas, mirándolo sin disimulo.

Primero se acercó a mí y me saludó con un beso en la mejilla. Después le

dio un afectuoso apretón de manos a Adrián.

David le preguntó algo al oído que no alcancé a escuchar, pero sí la respuesta de mi amigo.

—¡Acabamos de llegar!

—¡Vamos afuera, allá están los demás! —Anunció.

Adrián me tomó de la mano y tiró de mí para que lo siguiera de cerca, con el único objetivo de usar su cuerpo como protección para abrir el camino hacia el jardín trasero. En un par de ocasiones estrelló su costado contra personas que bailaban sin cuidado ni vergüenza en la sala, embriagados.

El grupo de chicos estaba sentado alrededor de una mesa de metal que se encontraba cerca de la valla trasera. En el centro de aquella había un par de botellas de vodka, varios vasos de plástico, y algunos platos con los restos de frituras saladas con salsa picante.

Todos se levantaron para saludarnos con gusto, pero Catalina fue la única que se mostró realmente entusiasmada por verme.

—¡Ana, me da tanto gusto que estés aquí! —Me abrazó y me vi en la necesidad de soltar la mano de Adrián, la cual había permanecido entrelazada con la mía—. Ven, siéntate con nosotras.

Cat recorrió una silla hacia el lado donde estaban sentadas las chicas. Melissa se sentó y abrazó a Ximena por encima de los hombros, acercándola a ella tanto como la situación se lo permitía. Ella siempre se mostraba tan cariñosa con su pareja, lo que me resultaba encantador.

Andrés nos sirvió un trago de vodka a cada uno, sin molestarse en preguntarme si quería. Lo acepté gustosa, pues una de mis decisiones, muy en contra del pensamiento de mi padre, era que me divertiría esa noche y me olvidaría de ser una chica buena. Bebería, reiría y, quién sabe, tal vez hasta bailaría a pesar de que no me gustara hacerlo. Y para ello, tomé el líquido de un solo trago, consiguiendo con ello que los demás exclamaran de asombro y que me aplaudieran; sonreí, pero la garganta me ardió y las arcadas amenazaron con traicionarme.

Adrián imitó mi acción, bebiendo el vodka de una. Hizo un gesto de desagrado, pero se recuperó de inmediato, dedicándome una sonrisa de complicidad.

Y a partir de ese momento comenzó la verdadera diversión.

Conversamos de todo y nada, sobre la creación del universo y del horrible color de la camisa de Mario. Reíamos, disfrutábamos de la noche, bebíamos. Cat estaba atrapada entre los brazos de Andrés, quien la mantenía muy cerca,

oliendo su cabello cuando creía que nadie se daba cuenta. Melissa era la más rápida en acabar con el contenido de su vaso, a pesar de que Ximena le advirtiera que bebiera menos, pues sabía que a veces le gustaba sobrepasarse. Y David, el amable de David estaba ensimismado en el placer que su séptimo cigarrillo le brindaba, un tanto ajeno a lo que sucedía.

Simplemente, era increíble.

En algún punto, Adrián se levantó de su asiento e hizo ademán de marcharse, pero David lo detuvo sujetándolo del antebrazo. Intercambiaron algunas palabras que no alcanzaba a escuchar, y se marcharon hacia el interior de la casa. Los observé hasta que desaparecieron en el interior, perdiéndose entre la multitud de personas que había esa noche en el lugar.

—¿Y bien? —Una voz a mi derecha me llamó. Melissa.

—¿Qué? —pregunté al no entender de qué me hablaba.

Comenzaba a marearme después de las siete cervezas que había bebido y los dos tragos de vodka. El lugar me daba vueltas y mis párpados pesaban, pero aún podía ver con claridad el rostro de mis acompañantes, quienes me miraban con atención o, por lo menos, eso intentaban al estar en una situación levemente similar a la mía.

—¿Qué hay entre Adrián y tú? —cuestionó sin miramientos.

La atención de los demás se posó sobre mí, a la espera de una respuesta que no lograba encontrar.

¿Qué había?

¿En realidad había *algo*?

Me reí. —Nada, solo somos amigos.

—¡Nadie te cree eso! —Vociferó, dándole un golpe a la mesa con su puño, moviendo los objetos sobre ella. Al parecer estaba perdiendo la prudencia gracias al alcohol—. ¡Es obvio que ustedes se aman!

—Melissa, basta. —Cat advirtió con su característico tono protector.

Mario se aclaró la garganta, atrayendo mi atención. —Lo que ella quiere decir, Ana, es que todos en esta mesa creemos que ustedes... bueno, ya sabes, deberían estar juntos.

Mis mejillas comenzaron a arder, mucho... tanto que empecé a sentir calor en todo el cuerpo a pesar de que hiciera frío y el viento soplara en diversas direcciones, refrescando la noche.

—No. —Objeté con nerviosismo, casi balbuceando—. Nosotros no debemos estar juntos.

—¿Por qué no? —Interrogó Andrés con una sonrisa traviesa. Divertido,

quizás, por los efectos del alcohol en su sistema.

¡Qué clase emboscada era esa!

—Porque él está con Tania —respondí, utilizando un tenor de obviedad.

Ximena se quejó. —A ninguno de nosotros nos agrada esa chica.

Oh.

—¿Por qué no? —Indagué, realmente interesada.

—Solo le hace daño a Adrián. —Andrés dijo, recargando su mentón en el hombro de Cat.

—En cambio, tú... —Ximena me dedicó una mirada coqueta, cargada solo de aprecio—, eres ideal para él.

Negué con la cabeza, sintiendo una opresión en el pecho. —No lo soy, ni lo seré.

—Silencio, ahí vienen. —Advirtió Mario, centrándose en la bebida que tenía entre las manos.

—Tan silenciosos como ratones —dijo Mel.

En cualquier otra situación ese comentario no hubiera resultado gracioso, pero cuando la embriaguez nublaba tu juicio, cualquier cosa era demasiado divertido, y sus palabras hicieron que todos nos riéramos a carcajadas, como un grupo de locos en la libertad de la pradera.

Observé a Adrián a la lejanía, venía caminando con tranquilidad mientras conversaba con David, quien tenía un cigarrillo entre los dedos y un vaso en la otra mano. Ellos también se estaban divirtiendo, todos lo estábamos haciendo, en realidad; pero yo quería más, quería sentirme poderosa y etérea al mismo tiempo, inalcanzable.

Tomé una cerveza y la levanté hacia el centro de la mesa. —Salud chicas.

—¿Por qué? —preguntó Melissa.

—¡No lo sé! —La miré con la molestia de una chica ebria que no entendía lo que hacía—. ¡Tú solo brinda conmigo!

Mis compañeras levantaron sus bebidas y brindamos por lo alto con una sonrisa. Incliné la cerveza hacia mi boca y le di un largo trago, tanto como mi garganta me lo permitió antes de generarme una sensación de asco. Bajé la lata e hice una mueca de amargura, la cual incrementó cuando noté que las chicas aún estaban bebiendo, terminándose el líquido como si de agua se tratara.

¡Veteranas!

No quería quedarme atrás, por lo que volví a empujar la lata contra mis labios, dando otro trago que terminó por desbordarse de mi boca, escurriendo algunas gotas fuera de las comisuras, lo que hizo que apartara el aluminio de

mí, riéndome.

—¿Ana, te encuentras bien? —preguntó un chico borroso, el cual se acercó demasiado a mí.

Enfoqué la mirada, solo para descubrir que era Adrián.

¡Qué gracioso!, ¿en qué momento había llegado? No lo recordaba.

—*Sipi*, ¿y tú? —Asentí.

—Yo estoy bien... —Su rostro adquiría claridad, pero después volvía a verse distorsionado—. Pero creo que es hora de llevarte a casa.

Sus manos tocaron los costados de mi torso, parecía que buscaba algo, pero nunca supe qué era aquello.

—Llevaré a Ana a casa —dijo hacia las demás figuras que estaban cerca.

—Será mejor que Melissa y yo también nos vayamos —terció una dulce voz.

Escuché a alguien más hablar, pero mi estado me impidió identificar su rostro. No lograba enfocar nada, ni siquiera las palmas de mis manos cuando las levanté frente a mi rostro. Era extraño, aunque divertido, nunca me había sentido así, como si pudiera volar en cualquier momento si lo deseara y dejar el mundo atrás.

Unas manos rodearon mi cintura y me obligaron a ponerme de pie, lo cual resultó más difícil de lo que creí, pues mis extremidades pesaban demasiado, columpiándome de adelante hacia atrás. Entonces mi cuerpo chocó con otro, uno más cálido. Di un paso, pero un abismo se abrió debajo de mí y creí que caería dentro de él, así que trastabillé, sin embargo, los brazos que me rodeaban impidieron que cayera en aquella perdición.

—Ana, necesito que me ayudes. —Reconocía la voz de Adrián, aunque parecía muy distante—. Trata de caminar derecha y de pisar con cuidado, ¿comprendes?

—No quiero irme todavía. —Lloriqué.

Me estaba divirtiendo tanto, ¿por qué teníamos que irnos? No lo comprendía. La noche era tan joven, así como lo había aprendido con todos ellos. Las horas pasaban, pero eso nunca importaba, lo que realmente pesaba era la diversión con la que disfrutábamos.

—Tenemos que irnos. Ya es tarde y tu padre se preocupará. —Me hizo dar otro tambaleante paso—. Así que anda, ayúdame.

Dos personas pasaron a nuestro lado, y lo único que conseguí reconocer fue la larga cabellera de una de ellas, alejándose.

—No quiero, no quiero, no quiero. —Intenté liberarme de su agarre,

moviéndome con cierta brusquedad y agitando los brazos.

Ya no era una niña pequeña, podía tomar mis propias decisiones, y quería quedarme más tiempo.

—De acuerdo, entonces no me dejas alternativa.

Se inclinó hacia abajo y pasó un brazo alrededor de mis piernas y con el otro me sujetó de la espalda, y así, con una sorprendente facilidad, me hizo levantar el vuelo. Dejé escapar un grito asustado ante la sorpresa, pero eso no lo detuvo. Comenzó a avanzar, alejándose un coro de voces y risas que estaba detrás de nosotros.

¡En serio estaba volando!

Me reí, fascinada por la sensación de estar en el aire como un ave. Extendí los brazos hacia los lados y simulé que surcaba el cielo nocturno, con las estrellas y la resplandeciente luna sobre mí. La fría brisa de otoño movía mi cabello, y una melodía de fondo tiñó la escena con un aura más agradable.

Esquivé montañas, floté por encima de volcanes ardientes que desprendían humo, y volé entre árboles que se movían al ritmo de la música. Aunque pronto todos esos obstáculos desaparecieron, dejándome en medio de la nada, a merced del frío viento que me calaba en cada centímetro del cuerpo.

Aquella situación me aburrió, y de nuevo me vi en la penosa realidad, con un cielo oscuro sobre mi rostro, y una presencia pegada a mí. Adrián, creía que aún era él. Se estaba quejando en voz alta, palabras que no conseguí discernir al confundirlas con un simple balbuceo.

De pronto comencé a bajar, perdiendo altura poco a poco hasta que mis pies tocaron el suelo. Me recargué sobre una superficie de metal fría. Tallé mis ojos, y con ello conseguí vislumbrar y reconocer un pedazo del panorama: recordaba ese lugar, estábamos a varios metros de la casa donde sería la fiesta de fin de ciclo.

Miré hacia el cielo una vez más, estaba teñido por pequeños puntos blancos.

—¿Tú crees que mis pecas parecen estrellas? —cuestioné, recordando que, alguna vez, alguien me lo había dicho.

—Sí, siempre te lo he dicho.

Sus manos me sujetaron de nuevo y me empujaron hacia el interior de un vehículo, al principio me resistí al no saber qué estaba pasando, pero pronto comprendí que era el automóvil de Adrián.

—Pero quiero seguir viendo el cielo. —Objeté, haciendo un puchero.

—Después lo haremos...

Se inclinó sobre mí y abrochó el cinturón de seguridad antes de cerrar la portezuela. Me quejé, en verdad no quería irme, deseaba seguir riendo y bebiendo con los chicos, no entendía por qué Adrián se estaba comportando de una forma tan aburrida y aguafiestas.

Se subió al auto y dejó escapar un largo suspiro.

—¿En verdad tienes que llevarme a casa?

El motor rugió y delante de nosotros se iluminó el camino. Enseguida comenzamos a avanzar a la dirección contraria a donde se encontraban todas las personas y el bullicio de la fiesta.

—Sí —respondió con voz tranquila, apenas perceptible—. Necesitas dormir para mejorarte.

—Mmm... —Cerré los párpados y descansé la cabeza en el asiento—. Quiero estar más tiempo contigo.

—También me gustaría pasar más tiempo a tu lado. —Abrí los ojos y giré la cabeza para mirarlo—. Pero será mejor que salgamos otro día, cuando no te hayas sobrepasado con el alcohol.

—¡Ash!

El camino fue tan silencio que en varias ocasiones estuve a punto de quedarme dormida, presa del mareo y un malestar que se presentaba como punzadas en mi cabeza. Luché por mantener los ojos abiertos, distrayéndome con las imágenes que pasaban a nuestro lado: casas, edificios, árboles con las ramas desnudas, lotes baldíos, y una numerosa lista de objetos que desaparecieron conforme avanzábamos.

Tarareé una canción, no recuerdo cuál era, pero aquél era el único sonido entre nosotros, rompiendo con la pequeña burbuja de incomodidad en la que me sentía atrapada. Estaba molesta con él por haberme alejado de la diversión sin algún buen pretexto.

El auto se detuvo de pronto, y solo así me di cuenta de que habíamos llegado a casa de mi padre. Observé con atención a través de la ventanilla, hacia la casa que estaba a nuestro lado derecho, reconociéndola y percatándome de que las luces del interior estaban apagadas, lo que, según recordaba en el estado de embriaguez, no era normal en mi progenitor durante las noches que salía, pues le gustaba esperarme hasta que volviera.

—Ya llegamos —dijo mi acompañante, tocando mi hombro.

—¿Podemos esperar solo un poco? —pregunté en voz bajita, girándome para mirarlo.

Realmente no quería que esa noche terminara.

No me respondió con palabras, sino que apagó el auto y quitó las llaves de la ignición.

—Adrián... —Su nombre cosquilleó en mis labios—, ¿tú me quieres?

—Por supuesto, eres mi mejor amiga. —Apagó las luces—. ¿Por qué lo preguntas?

—No, no. —Negué frenéticamente—. No me refiero a eso, no me estás entendiendo.

—¿Entonces? —Me miró.

—Me refiero a que, si me quieres, no como una amiga...

¡Maldición Ana, cállate!

—... sino como algo más.

Se quedó callado durante algunos segundos, en los cuales sentí que la cabina del vehículo comenzaba a encogerse, distorsionando las imágenes de una manera graciosa.

—Ana, no creo que debamos hablar de esto ahora. —Apartó su mirada de mí.

—Si no lo hacemos ahora, ¿cuándo lo haremos? —pregunté con una risa cuando sentí un revoloteo en el estómago que me hizo cosquillas.

—Habrá más días, te lo prometo.

—No... —susurré, acercándome a él.

Su rostro quedó a pocos centímetros del mío, tan cerca que podía sentir su respiración sobre mi mejilla. Incluso creía que saboreaba sus labios, un gusto amargo por la cerveza.

—No hagas algo de lo que te puedas arrepentir. —Él también susurró.

—No lo haré. —Escaneé su rostro con la mirada, a esa distancia resultaba más sencillo enfocar sus facciones y distinguir la media sonrisa que tenía dibujada entre sus labios—. ¿Y tú?

No respondió.

Acaricé su mejilla con roces suaves y lentos de la punta de mis dedos. Por un momento quise detenerme, porque sabía que aquel momento estaba cargado de errores y posibles futuros lamentos. Sin embargo, cuando noté que Adrián no se alejaba, sino que escrutaba mi boca con atrevida picardía, decidí de que era una oportunidad que no podía dejar pasar.

Me acerqué un poco más.

Hasta que mis labios rozaron los suyos.

Cerré los ojos, sintiendo la desenfundada velocidad con la que mi corazón latía.

Y, entonces... nos besamos.

Realmente no sé cómo fue que pude perder el control de esa manera. Solo me aloqué, en un sentido metafórico... a medias. Abrí su boca con mi lengua y toqué la suya con la punta, descargando una corriente a todo mi cuerpo, la cual me hizo temblar y liberar una exhalación de placer culposo.

Me sujetó de la nuca y tiró de mí, acercándose lo más posible, imposibilitando cualquier intento de escape. Sus manos revolvieron mi cabello, sus labios se movían con fiereza contra los míos, uniéndose con violencia, pero de forma exquisita.

Respiré su aroma, un tanto envenenado por la peste del cigarrillo, pero no me importó, su fragancia era el aroma más bonito del mundo, y el cual podría respirar cada segundo del día sin aburrirme un enfadarme.

Sentí el calor de su cuerpo contra el mío, como un abrigo en aquella fría noche de otoño, cuando el viento silbaba afuera, creando una parsimonia melodía que nos envolvía.

Disfruté de cada segundo que transcurrió, quién sabe cuántos, no me interesó contarlos, sino vivirlos para después ser capaz de recordar el cosquilleo de mi estómago y la suavidad de su boca contra la mía.

Sin embargo, y a pesar de que sabía que ese momento no sería eterno, me sentí vacía cuando Adrián se alejó, terminando con la magia y las chispas que volaban en el perímetro.

Y sus siguientes palabras me rasgaron el pecho.

—Estás muy ebria, Ana —dijo, negando por lo bajo—. Mañana ni siquiera recordarás esto.

Pero, por desgracia, sí lo haría.

CAPÍTULO 28

Estás muy ebria, Ana. Mañana ni siquiera recordarás esto.

Aquellas palabras fueron las que conformaron mi primer pensamiento al despertar por la mañana.

Estaba recostada, aún con los ojos cerrados, recordando lo último que había sucedido apenas unas horas antes, después de que Adrián me dejara en mi casa y se marchara.

Entré con sigilo... bueno, intenté hacerlo; me quité los tacones tanto por seguridad como para hacer el menor ruido posible, pero golpeé un mueble con los zapatos que llevaba colgados en la mano, y después mi hombro chocó con la pared del pasillo que conducía a mi habitación. Toda esa torpe actuación me hizo reír a carcajadas.

Continué con el camino hacia mi recámara, sujetándome de la pared para no perder el equilibrio. Mis movimientos eran descuidados e inciertos, pero no me era posible controlar mi cuerpo, se tambaleaba de un lado a otro, de adelante hacia atrás. Adrián me advirtió que no fuese a despertar a mi padre, o lo más probable sería que me castigaría, y no quería meterme en un lío innecesario.

Pero hice lo contrario. Estaba tan feliz, que solo quería llegar a abrazar a mi padre, decirle que había sido una de las mejores noches, y que le agradecía por haberme dado permiso para salir. Sin embargo, cuando entré a su habitación, me encontré con la triste noticia de que no estaba. Eso me molestó, porque quería compartirle mi felicidad, así que fui a buscarlo al baño, pero tampoco estaba ahí.

Recuerdo que refunfuñé por la indignación, y me dije que entonces él no merecía que le brindara un cachito de mi alegría. Fui directo a mi habitación y cerré la puerta con seguro, solo para molestarlo en caso de que quisiera entrar para darme un beso de buenas noches, el cual no esperaba.

Me quité la blusa, me desprendí de los jeans y me dejé caer en la cama, intencionada a reflexionar. Pero, apenas mi cabeza tocó la almohada, me quedé dormida.

Y entonces me encontraba ahí, con los ojos cerrados, atrapada entre las cobijas de mi cama. Consciente de casi todo lo que había sucedido la noche

anterior. Recordaba la fiesta, la numerosa cantidad de bebidas alcohólicas que ingerí, las frituras que comí, la música que se elevaba por el aire, y el interrogatorio que me hicieron los chicos sobre Adrián...

Adrián.

Maldición.

Abrí los ojos, pero hacerlo fue un terrible error. La cortina de mi ventana estaba deslizada, de forma en la que los rayos de sol penetraban en la habitación, semejante a un reflector que apuntó directo a mi cara, encegueciéndome y disparando una terrible punzada que se extendió a toda mi cabeza. Rápidamente me cubrí con la cobija, en un vago intento por disipar el dolor, sin embargo, el malestar fue en aumento hasta convertirse en un mareo y terrible dolor en el estómago que, incluso, hizo que me doblara sobre mí misma y contuviera un ataque de arcadas.

Lloriqué, el dolor en mi cabeza era casi insoportable, era como si estuviera siendo aplastada entre dos superficies, a punto de explotar. Dolía, dolía, dolía muchísimo. Y eso, combinado con las náuseas, era una sensación horrible. Y tenía sed, demasiada, con ganas de tomarme una garrafa entera de agua para refrescar mi garganta y remojar mis secos labios.

¿Qué diablos estaba pasando?

—¿Ana?

Golpearon la puerta desde el otro lado, y aquel sonido retumbó semejante al estallido de un cañón.

—¡Mande! —Hablar significó un gran esfuerzo.

—El desayuno está listo. —Anunció.

El simple hecho de imaginar la comida hizo que mi estómago se revolviere un poco más.

—¡Ya voy! —Me quité la cobija de encima y entrecerré los ojos para levantarme y caminar hacia la ventana—. ¡Me estoy cambiando!

—Te espero en el comedor. —Su voz se escuchó amortiguada a través de la madera.

Cerré la cortina y por fin pude abrir los ojos, enfocando la habitación. En el suelo estaba tirada la ropa que usé la noche anterior junto con mis zapatos. Las cosas, que en algún momento estuvieron dentro de mi bolso, también se hallaban esparcidas por doquier.

Sin embargo, lo que realmente me hizo trastabillar ante la sorpresa, fue mi apariencia: tenía el labial corrido hasta la mitad de la mejilla derecha; el delineador negro manchaba mis ojeras, volviéndolas más oscuras de lo

habitual; la mitad de mi coleta estaba dentro de la liga, y la otra mitad arremolinada en un nudo.

—Vaya... —Me miré con horror en el espejo, tocando mi reflejo con las yemas.

Solo esperaba que no me hubiese visto de aquella manera durante la fiesta.

Aunque, eso qué importaba, cuando aún había un hecho que me estaba quemando cada parte de mi cuerpo.

¡El beso!

Me besé con Adrián.

Rocé mis labios con la punta de los dedos, tratando de volver a sentir la misma cálida experiencia de la noche anterior. Y cerré los ojos, regresando a ese momento, saboreando la cercanía de Adrián, aspirando su fragancia hasta embriagarme de ella.

Mi corazón comenzó a palpar con fuerza y mi respiración se agitó, esto con el simple recuerdo. No podía ni imaginar qué tan frenético fue el revuelo que hubo dentro de mí cuando nuestras bocas se unieron. Quizás fue semejante a la colisión de dos estrellas en medio del universo, o el impacto de un trueno contra la tierra. Mi memoria estaba un tanto confundida respecto a los detalles, pero jamás podría olvidar que compartí aquella caricia con Adrián.

Volví a la realidad en la que me hallaba. En mi reflejo noté que mis mejillas estaban sonrojadas, y una sonrisa adornaba mi rostro, como la más sincera expresión de felicidad.

Me puse el pijama y salí directo hacia el comedor, donde ya se encontraba sentado mi padre frente a un plato humeante de huevos revueltos con tocino, algunas rebanadas de pan tostado, y dos tazas: una con café y la otra con leche chocolatada.

—Buenos días. —Saludó luego de darle un trago a su bebida caliente.

—Buenos días. —Arrastré la silla sobre el suelo, acción que le desagradaba a mi padre y lo que me prohibió hacer desde que era pequeña. Levantó una ceja, denotando su inconformidad—. Lo siento.

Me senté y observé la comida, con desagrado, nada se me antojaba, y el aroma del café me dio asco, pero no quería que mi padre descubriera mi estado. Tomé los cubiertos y removí el huevo con la punta del tenedor.

—¿A qué hora llegaste anoche? —preguntó, mirándome fijamente.

—Temprano. —Hurgué en mi memoria, intentando recordar la hora que marcaba el reloj en el tablero del carro de Adrián, pero no conseguí discernir

los números de la mancha rojiza que estaba plasmada en mi memoria—. ¿A dónde fuiste tú?

Rio. —José me invitó por un trago.

—No me avisaste. —Contraataqué, intentando cambiar el sentido de la conversación.

—Creí que volvería antes de que llegaras. —Le dio un mordisco a una rebanada de pan. Algunas boronas quedaron adheridas a las comisuras de su boca—. Pero vi la puerta de tu habitación cerrada, y supe que habías regresado. —Meditó—. Sí, más temprano de lo que dijiste.

Me encogí de hombros. —La fiesta estuvo aburrida.

—Pero estabas muy entusiasmada con ir —comentó, aún mirándome.

—Sí, pero... no fue lo que esperaba.

—¿Y qué esperabas de una fiesta a lo que solo van a embriagarse? —cuestionó con cierta tonalidad tajante.

Me burlé. —No lo sé, supongo que solo creí que sería más divertido.

Me costaba mantener los ojos abiertos ante el reflejo de la luz que se filtraba por la ventana detrás de mí. La cabeza todavía me palpitaba y eso dolía, era incómodo. Añadiendo el hecho de que el olor de los alimentos empeoraba la situación de mi estómago.

—¿No piensas comer? —cuestionó, centrando su atención en mi plato.

—¿Eh? —Yo también observé hacia abajo. En algún punto tiré parte de la comida sobre la mesa, entre mis jugueteos y despistes—. Ah, sí... es solo que no tengo antojo de esto.

—Entonces, ¿de qué tienes antojo, rojita? —Dejó sus cubiertos a un lado—. ¿Prefieres que salgamos a otro lugar a desayunar?

—No es necesario. —Me apresuré en responder—. Es que no tengo hambre.

—¿Por qué...? —Sus ojos buscaron los míos.

—No lo sé. —Me levanté de mi asiento y fui a servirme un vaso de agua, a sabiendas de que su mirada continuaba sobre mí—. Tal vez sea porque estoy cansada.

—O porque bebiste demasiado —dijo.

No me moví, no parpadeé, no respiré, no hice nada.

—Tu aliento apesta, creo que olvidaste cepillarte los dientes antes de venir a desayunar —comentó con un tenor inescrutable.

Desde mi posición no podía verlo, ni quería hacerlo, pues temía encontrarme con su semblante molesto, desprendiendo decepción a través de

cada poro de su cuerpo. Estaba consciente del próximo regaño, tan cerca que los oídos ya me retumbaban por sus gritos.

—Papá...

—Siéntate.

Maldije por lo bajo, de forma en la que no pudiera escucharme, y obedecí su orden. Caminé con el rostro oculto entre mi cabello, temerosa de encararlo. Sería la primera vez que mi padre me castigara por una situación semejante, por adoptar una actitud irresponsable y carente de prudencia, manchando la imagen que tenía de mí, de pureza e inocencia.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó una vez que estuve sentada.

—Sé que fue una tontería. —Me excusé—. No volverá a suceder, en verdad lo lamento.

—Quiero saber el motivo. —Insistió.

—Nadie me obligó, si a eso te refieres. —Jugueteé con mis dedos por encima de mi regazo.

—¿Lo hiciste por diversión?

Asentí con la cabeza. —¿Se lo contarás a mamá?

—Debería de hacerlo, pero no lo haré —respondió con un tono relajado.

Hasta ese momento no había tenido el valor para mirarlo, pero su contestación fue tan sorprendente que no pude evitar levantar la vista hacia él. Sonreía, no con orgullo ni alegría, sino como en una expresión de burla.

—¿Por qué no...? —Mi timbre denotaba asombro.

—Porque, creo, que debes aprender a divertirte solo un poco más. —Exhaló—. Es el peor consejo que podré darte como padre, pero a veces debemos perder los estribos.

—¿A qué te refieres? —cuestioné, mirándolo con toda mi atención.

Se rio ante mi expresión. —Tienes dieciséis años, Ana, ya no eres una niña, estás creciendo, y no podemos tenerte dentro de una caja de cristal por siempre, aunque lo quisiéramos. —Ladeó la boca en una mueca de melancolía—. Estás en la edad para disfrutar, para equivocarte, y para aprender de esos errores.

Me quedé muy seria.

Él continuó: —Una borrachera no es motivo suficiente para regañarte, mucho menos para llamarle a tu madre para que te castigue. —Extendió la mano por encima de la mesa y pidió que la sujetara, lo cual hice de inmediato—. Solo quiero que te cuides, en todos los aspectos posibles, ¿me entiendes?

Asentí. —Entiendo.

—Eso es, mi niña. —Apretó mi mano en un gesto cargado de dulzura.

Durante noches me atormenté, creyendo que el amor no existía, que era un sentimiento inventado por algún loco que experimentó náuseas y lo confundió con el revoloteo de las mariposas dentro de su estómago.

Pero no me había detenido a pensar, que no necesariamente el amor tenía que ser hacia una pareja o una persona que te atrajera para un romance. No. Existían diferentes clases de aquél, y me olvidé de uno indispensable, por lo menos, en mi vida: el amor de mis padres. No importaba que ellos ya no estuvieran juntos y que no quisieran verse más que para asuntos meramente legales; me apoyaban hasta donde sus posibilidades les alcanzaba, y cada día me demostraban que yo era lo más especial en sus vidas.

Aunque aún había uno que necesitaba aprender.

El más importante de todos.

* * *

—¿Te besaste con él? —El tono recriminatorio de Cristina hizo que me encogiera sobre mí misma en el sillón.

—Sí —respondí con timidez.

—¿Cómo pudiste? —Se hallaba de pie frente a mí, con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Ya te dije que estaba ebria.

Exhaló con fastidio. —Eso no justifica que te hayas besado con él. Con Adrián. Con alguien que, si no lo recuerdas, tiene novia.

—Eso ya lo sé. —Le dediqué una mirada de arrepentimiento—. ¿Pero no se supone que deberías de estar feliz por mí?

—No. —Sujetó el puente de su nariz con los dedos pulgar e índice—. Lo estaría si hubiera sido en otra situación... ¡No así!

Recargué mi cabeza en el respaldo del sillón. —Me siento culpable, pero al mismo tiempo no puedo dejar de pensar en lo bien que me sentí en ese momento.

—Ana... —Negó por la bajo, caminando hacia el sillón y dejándose caer en él a mi lado—, espero que no te ilusiones con algo como esto. Sabes que ese beso no fue real. Adrián solo se aprovechó de tu estado de ebriedad.

Auch.

Eso dolió, pero era cierto.

¿O no?

Recordaba vagamente que Adrián no opuso resistencia al beso, y que se apartó de mí con una risa nerviosa, justificándose con la excusa de que estaba

demasiado ebria para entender lo que sucedía. Si él se hubiese querido aprovecharse, tal vez habría alargado el beso y utilizado mi parcial inconsciencia para... otras cosas, aquellas a las que mi padre tanto les temía, pero eso no sucedió, sino que, por el contrario, me tomó de la mano y me llevó hasta la puerta de la casa, aunque eso implicara un riesgo al ser descubiertos por mi padre.

—No se repetirá. —Sentencié tras una pausa de reflexión.

No volvería a suceder porque Adrián no me quería de esa forma, de esa manera tan ansiada que solo ocurría en mis más alocados sueños. Sus sentimientos le pertenecían a otra, a una chica que tal vez los merecía, aunque yo terminaba por entenderlo ni aceptarlo.

Solo quedaba olvidar ese confuso momento, arrumbarlo entre los recuerdos que poco a poco se iban desintegrando, esfumándose en la oscuridad.

—¿Qué fue lo que él te dijo?

—Creyó que no lo recordaría por la mañana —contesté con cierta melancolía—, pero mírame, no he dejado de pensar en ello.

Recargó su cabeza sobre mi hombro. —No quiero que sigas sufriendo por él...

—Eso intento.

—Solo abriste más la herida, ¿lo sabes?

Me reí, sin algún ápice de gracia. —A veces necesitas dañarte solo un poquito más, para entender que ya no quieres sentirte así de miserable.

Permanecimos otro largo rato ahí, en silencio.

Agradecía la compañía de Sam en un momento como aquél, cuando me creía capaz ni siquiera de respirar por mí misma. Sentía el pecho oprimido, y cada respiración era un martirio que me recordaba que todo era real, que no podía escapar, aunque cerrara los ojos y deseara estar en cualquier otro lugar.

Estaba atrapada en la realidad.

No había escapatoria ni salidas de emergencia, solo existía un sendero el cual seguir, a pesar de que éste estuviese lleno de baches, trampas y dificultades. Así era la vida, continuar adelante, sobrellevando las adversidades, los problemas.

El beso fue solo un tropiezo más, pero estaba decidida a levantarme.

CAPÍTULO 29

Un corazón confundido tiende a ser una peligrosa arma; no te mata, pero cómo lastima.

Yo no era capaz de contar las heridas que tenía gracias a él.

Y en serio comenzaba a cansarme de eso.

Después de mi conversación con Sam pasé toda una noche en vela —qué extraño, ¿verdad? —, pensando en la situación en la que me hallaba, dentro de un terreno con arenas movedizas, en las que cualquier movimiento podría conducirme directo a la perdición, a un hundimiento no-tan metafórico dentro de la depresión. Ya contaba con algunos antecedentes, y tenía miedo de volver a caer en ello.

Recordaba las terapias con mi psicóloga; todas las veces que lloré dentro de su consultorio, preguntándome por qué la vida era tan complicada, y por qué los sentimientos jodían tanto. No extrañaba esas horas sentada frente a una extraña que conocía más de mi vida que otras personas “cercanas”. Simplemente no quería regresar a ser esa Ana, la chica que no sabía controlar sus emociones y necesitaba de la ayuda de una profesional.

Comencé a notar los primeros indicios de la odiada melancolía durante aquella noche de reflexión, cuando una lágrima escapó, pero no la sentí en mi mejilla, ni siquiera en la piel de mi rostro, sino en mi mente; una diminuta demostración de tristeza que me caló en los pensamientos. Esa sensación era más dolorosa que cualquier otra, cuando el martirio perforaba dentro de tu mente, arraigándose.

Mi escudo por excelencia era retraerme del mundo. Fingir que desaparecía. Alejarme de todo aquello que me hacía daño, y de las personas que influían en mi estado de ánimo. Y Adrián era el principal responsable de ese tambaleo emocional con el que estaba lidiando, por ello decidí crear distancia, con el único propósito de recobrar estabilidad.

Lo evité durante una semana, siete prolongados días que se asemejaron casi a una eternidad, pero en los cuales fui capaz de pensar con mayor claridad respecto a lo sucedido.

Sabía que mi actuar fue erróneo, porque, aunque Tania no me cayera bien y argumentara que ella fue quien se entrometió primero en mi amistad con

Adrián, eso no quitaba el hecho de que eran pareja, me gustase o no, y que me inmiscuí entre ellos. Y bien decía mi madre: “sé mejor persona que aquellos que te dañaron, nunca pagues con la misma moneda, porque no sabes cuándo puede regresar a ti”. Y tenía razón.

Sin embargo... no podía esconder que aún estaba enamorada de Adrián.
Decidí distanciarme.

Sabía que él me buscó en repetidas ocasiones, no solo mediante llamadas y mensajes de textos que no respondí, sino cuando lo vi saliendo de mi edificio en la hora del descanso, y al ver pasar su carro cerca de la casa de mi madre por la tarde.

Quizás mi actitud fue inmadura, hacer todo en silencio y sin explicaciones, pero creía que era lo mejor para mí, y debía obedecer aquellos instintos que me mantendrían segura, aunque eso pudiera llegar a resultar una acción egoísta. Me consolaba pensando en la ley de supervivencia, en la que solo el más fuerte lo consigue. Y yo tenía que hacerlo, costara lo que costase.

Mi mente era un caos. Cientos de ideas iban de un lado a otro, estrellándose, arrojando más preguntas sin respuesta; recuerdos borrosos que luchaban por no ser olvidados, sentimientos que se aferraban con tal de no desaparecer. Letras de canciones que solo empeoraban la de por sí ya desastrosa situación. Comentarios, opiniones, viejas conversaciones. Cualquier cosa relacionada con Adrián, de pronto apareció.

Apenas cerraba los ojos al anochecer y él estaba ahí, lo mismo sucedía al amanecer. Podía librarme de su presencia, pero no de mis propios pensamientos. Intentaba distraerme con lo que fuera: viendo televisión, leyendo, haciendo tarea o estudiando, pero nada parecía funcionar. Su imagen siempre volvía a aparecer detrás de mis párpados, de forma en la que comenzaba a creer que estaba grabada en ellos.

Era sencillo: estaba enamorada de él, y no había una pronta solución para el problema.

No importaba cuánto lo intentase, ni cómo quisiera suplir mis sentimientos, él tenía agarrado mi corazón con ambas manos e intentar quitárselo ya no parecía ser una opción. Entre más tiraba para alejarme, más lo resentía yo misma, lastimándome.

Entonces... ¿qué hacer?

¿Resignarme a vivir por siempre con una daga en el pecho?

No iba a resolver nada intentando separarlos, ni siquiera quería probar esa opción. No me iba a convertir en *esa* clase de chica. Además, estaba

convencida de que Adrián estaba enamorado de Tania, y, por experiencia propia, sabía que el amor era una cuestión muy fuerte, y no podía simplemente botarse o cambiarse de un día a otro.

—Solo continua con tu vida, Ana. —Me dije en alguna ocasión—. El olvido es difícil, pero no imposible.

—Lo quieres, pero él a ti no. —Me repetía—. Y tú no puedes mandar en su corazón.

Tantas veces escuché mi propia voz dentro de mi cabeza, reprendiéndome como un ser ajeno que veía la situación desde otra perspectiva. Consciencia, le llamaban. A veces era cruda conmigo, me decía las verdades que me dolían, pero cuando me veía mal se ablandaba, con tal de que no me derrumbara.

Y es que, cuando son las tres de la mañana, tú eres el único que está contigo mismo en la soledad de tu habitación. Apoyándote o destruyéndote.

Me encontraba en esa delgada línea.

Pero estaba cansada y quería dejar de tambalear de una buena vez.

Hasta el sábado por la mañana me creí capaz de enfrentar a Adrián. Necesitaba hacerlo para así aclarar mis pensamientos y llenar las lagunas suspendidas entre la confusión, y la mejor manera para ello era hablando con él. O por lo menos eso creía.

Durante varios minutos estuve recostada en mi cama con el celular sobre mi rostro y la pantalla de los mensajes de textos abierta. Estaba indecisa entre cómo iniciar la conversación, o si quiera Adrián respondería después de una semana de ausencia y silencio. Él comprendería... ¿cierto?

«Hola, perdón por desaparecer, he estado un poco ocupada... ¿Tienes planes para hoy en la tarde?

Releí las palabras varias veces. Tal vez no era buena idea comenzar todo con una mentira, aunque para ese entonces ya me había hecho una experta mintiendo. Suspiré y envié el mensaje, mentalizada a que quizás no recibiría una respuesta. Sin embargo, pasados tan solo algunos segundos, la pantalla se iluminó con su nombre.

» *No, ¿qué tienes en mente?*

Casi podía ver el acelerado palpitar de mi corazón debajo de la piel, chocando con mis costillas.

«¿Podemos vernos como a las seis?

Sus respuestas eran inmediatas.

» *Claro, ¿paso por ti a tu casa?*

«No, yo iré a la tuya, ¿bien?

No había un verdadero motivo para que no quisiera que viniera casa, quizás solo intenté parecer interesante.

«¿No importa que esté mi madre en casa?»

«No, ¿por qué debería de importar?»

» *No lo sé, tal vez podría incomodarte.*

«Por supuesto que no.

«¡Entonces te veo más tarde!

Bloqueé el celular y lo dejé a mi lado sobre el colchón.

Era inevitable que me sintiera así. Mi estómago se sentía comprimido, me costaba trabajo respirar, y cada esfuerzo suponía una punzada que se prolongaba hacia todo mi torso. Tenía la garganta seca y los labios partidos por tanto lamerlos. El corazón me latía tan, pero tan fuerte, que podía escucharle, suplicando que terminara con el martirio.

Todos hablan de lo lindo que es el amor, pero casi nadie te explica lo doloroso que puede llegar a ser.

Estuve con Sam durante el duelo que vivió tras su separación con Héctor. Descubrí cuestiones interesantes: algunos se sienten destrozados por la ruptura, otros se enfadan, algunos más se manifiestan rebosantes de felicidad. En las historias que solía leer, el final siempre era como el primero de los mencionados: repleto de lágrimas y sufrimiento. Pero las personas reaccionábamos de maneras diferentes a los estímulos de un corazón roto. Sam, por ejemplo, se enfadó y dijo que odiaba a los hombres. Y yo... bueno, creo que era obvio.

Con mi amiga aprendí muchas cosas sobre las rupturas, cosas teóricas y por contadas, pero nadie te prepara para que lo experimentes en carne propia. Puedes escuchar a alguien decir: “no dormí nada durante la noche”, y crees que eso no es nada, pues tú has vivido noches en vela viendo series o pensando en algún pendiente de la escuela. ¡Pero no es lo mismo! Nada se compara a esas horas en la oscuridad, sintiendo cada centímetro de tu cuerpo siendo apuñalado, ni el incontrolable dolor que te cierra la garganta.

Un corazón confundido es peligroso, porque lastima.

Pero un corazón roto... un corazón roto puede acabar con una vida.

* * *

Mi padre, no muy convencido, me llevó a la casa de Adrián a la seis de la tarde. No le gustaba el hecho de que fuera a la casa un chico, pero después de nuestra plática a la mañana siguiente de mi desliz en la fiesta de fin de curso, hicimos un trato que consistía en darme más libertades respecto a mis

decisiones, siempre y cuando no involucraran un peligro para mi bienestar. E ir a la casa de un compañero de escuela no era riesgoso, ¿verdad? O, bueno, no se supone que debería de serlo, por ello accedió a llevarme, aunque haya sido de mala gana.

Se despidió de mí con un beso en la mejilla y un *cuidate* cargado de preocupación. Lo vi marcharse por la calle principal, perdiéndose en la lejanía. Amaba a ese hombre, a pesar de la historia que lo perseguía y el error que le costó el matrimonio con mi madre.

Me acerqué a la puerta principal de la casa y toqué el timbre. Era un tanto incómodo estar en ese lugar, considerando la posición en la que nos encontrábamos de nuevo: como dos extraños. Aguardé a merced del frío viento que me quemaba la piel del rostro, prestando atención a los sonidos en el interior. Había aprendido que cada movimiento se escuchaba ahí: el rechinado de la madera, los pasos sobre el suelo. Y éstos últimos fueron los que distinguí tan solo unos segundos después de mi llamado.

Retrocedí un metro y escondí las manos dentro de los bolsillos de mi chaqueta. Estaba nerviosa, mucho, pero me obligué a mostrar una faceta animada, distante a lo que florecía en mi interior o, mejor dicho, lo que marchitaba mi interior.

La perilla emitió un leve clic, y la puerta se abrió, revelando a Adrián del otro lado.

—¡Hola! —Se veía agitado—. Adelante, pasa.

—Gracias. —Le dediqué una afable sonrisa.

Se hizo a un lado para dejarme pasar. La cercanía de su cuerpo me hizo temblar, pues desprendía una cálida estela combinada con una exquisita fragancia.

—¿Cómo has estado? —preguntó.

Me quité la bufanda que llevaba puesta y me giré para mirarlo mientras la doblaba. —Bien. Muy ocupada, pero bien... ¿y tú?

—Confundido —respondió de inmediato, sin preocuparse en disimular la seriedad de su semblante.

—¿Por qué? —Yo tampoco fui capaz de esconder mi perplejidad, poniéndome un poco nerviosa.

¡Dilo Ana, para eso viniste hasta aquí!

Era cierto. Mi única intención para aquel encuentro era aclarar todo de una vez.

—¿Por lo del beso en la fiesta? —cuestioné, tratando de parecer

indiferente.

—¿Sí lo recuerdas? —Sus ojos se abrieron ante la sorpresa.

Asentí. —¿Creíste que lo olvidaría?

Pum. Pum. Pum.

Diablos, corazón, ¿podías tranquilizarte, aunque fuera solo una vez?

—Si te soy honesto... sí. —Apartó su mirada de mí.

Lo mejor hubiera sido que lo olvidara, pero es casi imposible algo que te causó tanta felicidad, y con un sueño que se hizo realidad tras tantos meses de plasmarlo en tu cabeza.

Me dejé caer en el sillón, rendida. En mi hogar planeé aquel encuentro, escribí un libreto con lo que diría y las respuestas más probables de Adrián, pero, penosamente, para ese punto ya se me había olvidado todo, y no tenía cabeza para intentar recordarlo. Solo quedaba la improvisación, aunque me di cuenta de que no era muy buena para ello.

Suspiré con pesadez. —Lo mejor es que ambos lo olvidemos. Simplemente finjamos que nunca sucedió.

—¿Eso es lo que quieres? —Caminó hacia el sillón y se detuvo frente a mí. Sus ojos me miraban con inusual fijeza.

—¿Tú no?

Se sentó en una orilla del sofá, lejos de mí. De nuevo comenzábamos con ese infantil juego, querer estar alejados dentro de un espacio tan pequeño, fingir que nuestros cuerpos no se reconocían, aunque fuera, a un nivel meramente superficial. Pero tal vez eso era mejor, mantener una distancia prudente que nos evitara más malentendidos innecesarios que solo causaban confusión.

—Sabes... la verdad es que pensé que venías por otro beso —dijo.

¡Qué!

Volteé para mirarlo. Sus mejillas estaban sonrojadas y el enfoque de su mirada clavada en el suelo entre sus pies, reacio a encararme. Reconocía esa expresión sin problema: se encontraba avergonzado, pero esa sensación de pena no era por la seriedad de su comentario, sino porque se trató de una mala broma de su parte. Sabía discernir entre ambas cuestiones. Y aquella fue una broma que, evidentemente, nunca debió hacer.

—Tus bromas me hacen reír la mayor parte del tiempo —comenté con una combinación entre doloroso enojo y decepción—, pero a veces creo que eres un completo imbécil. Como ahora.

—Ana... lo siento. —Levantó el rostro y me miró directo a los ojos—.

Fue un comentario estúpido.

Mis dudas respecto a lo que debía sentir por Adrián poco a poco se fueron disipando. No fue un hecho realidad, sino una pesadilla. Un embarazoso error que nunca debió suceder, y el cual pudo haber evitado si así lo hubiera querido, pero, como dijo Sam, se aprovechó de mi ebriedad. Y ahora estaba pagando las consecuencias por haber actuado de aquella manera, por haberme emborrachado para tratar de parecer una persona interesante que podría acoplarse a su estilo de vida.

¡Qué tonta fui!

—¿Sabes qué fue estúpido? —No le di tiempo para responder—. El beso.

—¿Por qué lo dices? —Su semblante era inescrutable.

—Estaba ebria, Adrián. —Cerré los ojos y negué por lo bajo, realmente enojada conmigo misma—. No sabía lo que estaba haciendo, y me arrepiento tanto de ello.

—¿En verdad te arrepientes? —Utilizó un bajo tenor.

Abrí los párpados. Sentía un escozor en los ojos.

—Sí, porque no sentí nada. —Mentía, claro que lo hacía—. Y solo generé confusión entre nosotros.

Mis palabras estaban teñidas de falsedad, pero, como dije, me estaba convirtiendo en una experta en mentir, principalmente cuando se trataba de mis sentimientos.

Me hice hacia adelante para buscar el rostro de Adrián. Nuestras miradas se encontraron, y la suya escrutó la mía con muchísima atención, como si pudiera buscar alguna respuesta que no dije o un secreto que jamás revelé. Pero ya no le permitiría ver más allá de lo que yo quería que viese, y en ese momento solo deseaba que se encontrara de frente con una Ana fortalecida.

—Tienes razón. —Sonrió de lado—. Lo mejor será olvidarlo.

Sonreí, aunque por dentro estaba hecha trizas.

¿Qué esperabas, Ana?

¿Que él dijera que ese beso lo significó todo?

—Entonces... ¿estamos bien? —pregunté con falsa tranquilidad.

Repentinamente me sujetó de los hombros y tiró de mí para acercarme a su cuerpo. Emití un pequeño grito ante el susto de sus rápidos movimientos, pero me tranquilicé cuando sus brazos me rodearon, acercándose a su pecho cuando se hizo hacia atrás, recargándose en el respaldo. Me reí, aunque esa cercanía era tan filosa como un cuchillo, por lo que debía tener mucho cuidado de no confiarme demasiado, o saldría de ahí con otra indeseada herida.

—Estamos bien —respondió, acompañado de un asentimiento.

—¿Amigos? —pregunté con una media sonrisa, a sabiendas de que no podía verme.

—Mejores amigos.

Todo estaba claro, entre nosotros no podía existir algo más que una simple amistad, y debía de conformarme con ello y aprender a lidiar con los ataques de melancolía que me darían por el mismo motivo. Aprender a ser fuerte en las noches de soledad.

Adrián estaba enamorado de Tania, y lo repetiría las veces que fueran necesarias para entenderlo.

Las siguientes horas estuvieron teñidas de diversión. Es como si el beso nunca hubiese existido, como si mis sentimientos por él tampoco influyeran en mi manera de comportarme. Simplemente éramos dos chicos que se llevaban bien, que se comprendían y conocían casi a la perfección la vida del otro. Podíamos hablar de cualquier cosa, sabiendo que no nos juzgaríamos.

Tal vez no sería sencillo acostumbrarme a esa postura de ser solo una mejor amiga incondicional, pero había aprendido que mi vida sin él se sentía vacía. Lo quería de vuelta, aunque me limitara a una amistad, y que eso implicara soportar cada imagen de él con su pareja.

Fingir que no importa, puede hacer que con el paso del tiempo realmente no importe.

Recuerdo que estábamos conversando sobre un estricto profesor que me impartía clases, cuando la historia dio otro inesperado giro, el cual significaría el principio del fin.

El celular de Adrián vibró, lo que interrumpió nuestra amena charla. Se disculpó, dijo que solo quería ver de quién se trataba.

—Lo siento, solo dame un segundo —dijo, dando a entender que leería el texto.

Su expresión sufrió un cambio radical, pasó de mostrarte tranquilo a denotar miedo. Sus ojos se engrandecieron y su boca se abrió en una mueca de preocupación. Noté la manera en la que apretó el celular con las manos y el leve temblor de sus brazos. Todo en él se transformó.

—Adrián... ¿te encuentras bien? —Me acerqué un poco a él—. Te pusiste pálido, y estás sudando.

Se limpió la frente con el dorso de la mano.

—Alguien nos tomó una fotografía y se la envió a Tania —respondió, entregándome el celular.

—Oh, mierda.

La imagen era de nosotros juntos en la fiesta de fin de curso, en algún momento en el que Adrián me llevaba cargada entre sus brazos. El contexto era tan errado, pues mi rostro estaba enterrado en su cuello con un toque de romanticismo y él se veía despreocupado, lo que no era cierto, ninguna de las dos cosas. Pero alguien que no conocía la verdadera historia podía malinterpretar aquella escena.

Y entonces leí las palabras que venían debajo:

“Ahora comprendo por qué te disculpabas el otro día... Te acostaste con ella, ¿verdad?”

—¿Quién le envió esto? —pregunté, espantada.

—No lo sé, pero fue alguien que quiere fastidiar.

Le devolví el celular, no quería seguir viendo eso. —¿Por qué cuando todo parece estar bien, tiene que surgir algo nuevo que lo estropee?

—Solo es una fotografía, no hay nada de malo con ella —comentó, tomando mi mano entre las suyas.

—Lo dices porque tú sabes la historia detrás de ella, pero Tania no. —Aparté mi mano, esa situación no me gustaba en lo absoluto—. Una simple imagen se puede prestar para muchos malentendidos.

—Hablaré con Tania, no tienes de qué preocuparte. —Sonrió, pero ese gesto se veía forzado—. Las cosas ya no son como antes, sé que comprenderá.

Negué por lo bajo. —¿A qué te refieres con que las cosas ya no son como antes?

—Prometió que confiaría en mí —respondió con un tinte de seguridad.

—Comienzo a creer que nuestra amistad...

—Ni siquiera lo digas. —Trató de interrumpirme.

Pero continué: —... solo es un problema.

—Solo debo hablar con ella para explicarle la situación. —La mirada desconfiada que le dediqué hizo que se quedara callado por un par de segundos—. Claro... exceptuando la parte en la que nos besamos.

Suspiré. —Nadie puede saberlo, ¿entiendes?

—No significó nada, así que no hay razones para contárselo.

—Bien. —Me crucé de brazos. Sentía un hueco en el estómago—. Entonces respóndele y dile que necesitas hablar con ella. Si quieres puedo irme para que lo hagas hoy mismo.

—No. —Ladeó la boca, disgustado—. La conozco, y sé que lo mejor será esperar hasta mañana, así sus ánimos se calmarán.

No estaba muy de acuerdo, pero él tenía razón respecto a conocerla, yo no sabía nada de ella.

Solo que era una celosa posesiva.

Y ese pequeño defecto sería el que cambiaría todo a partir de ese momento.

CAPÍTULO 30

El domingo por la mañana salí a mediodía a caminar al parque cercano a la casa de mi padre. En esa época del año el suelo estaba cubierto de hojas secas de diferentes colores: cafés, amarillas, naranjas; y las copas de los árboles estaban casi desnudas. Estábamos a mediados de otoño, el clima era frío y el viento soplaba con fuerza, pero me gustaba.

En la mayoría de las ocasiones esos paseos significaban un escape a la cotidianidad de mis pensamientos. Mi mente se despejaba con las imágenes que me rodeaban: las sombras proyectadas sobre la acera, las personas que andaban por los alrededores, las aves que surcaban el grisáceo cielo. Cualquier escena de la naturaleza me servía para distraerme.

Aquel día me compré un paquete de gomitas y recorrí la pista de gravilla que cubría el perímetro del parque mientras lo comía. A veces la soledad no era tan mala, si sabías cómo disfrutar de tu propia compañía. Estaba gozando del momento, avanzando debajo de los atisbos de los rayos de sol que se filtraban a través de las aberturas entre las espesas nubes que presagiaban lluvia. Mi cabello se arremolinaba con la brisa y tenía fría la nariz, el clima jugaba a su antojo con los peatones.

Me senté en la misma banca donde semanas atrás estuve con Adrián, esa ocasión en la que creí que todo había terminado con él, cuando ambos decidimos alejarnos el uno del otro para intentar ser más felices. El concreto también estaba frío, y la temperatura traspasó la tela de mi pantalón, haciéndome tiritar durante algunos segundos en lo que me acostumbraba a ella.

Y ahí estaba, siendo Ana, existiendo únicamente.

Devoré una gomita y miré hacia el cielo con los ojos entrecerrados. Me preguntaba si llovería pronto o no, y si aquella era la razón por la que me encontraba sola en el parque. De pronto las pocas personas que habían estado cerca desaparecieron, solo el susurro del viento me acompañaba, como un fantasma que rozaba mi piel y se manifestaba entre el baile de las hojas que flotaban libres.

Mis pies colgaban y los columpiaba de adelante hacia atrás sin un ritmo establecido. Intentaba vaciar mi mente, despejarme de todos esos pensamientos que me atormentaban, olvidar las emociones que me dominaban.

Mi escape parecía estar funcionando, pues en ese momento en lo único que podía pensar era en lo agradable del clima y lo entretenido que me resultaba ver el ajeteo de las partículas de polvo suspendidas.

Todo parecía estar terriblemente en paz.

Aunque esa parsimonia no duró demasiado tiempo antes de que un huracán azotara contra mí.

Engullí la última de mis golosinas y me levanté de la banca para dirigirme a unos de los cestos de basura que se hallaba cerca de un árbol desnudo. Mis pies crujieron sobre el césped seco, y a ese sonido lo acompañó el rugir de un motor en la avenida de enfrente, el cual aparcó en un espacio prohibido por un señalamiento.

Dirigí la mirada hacia aquel punto y observé a las primeras dos chicas que se bajaron de la parte trasera, riéndose. Las reconocí de inmediato, eran compañeras de Adrián en la escuela. Después se bajó la conductora, una chica un poco regordeta que se tronó los nudillos y sacudió las manos a sus costados, y, por último, haciendo una aparición de espectáculo, Tania, la cual me miró desde la lejanía.

Las cuatro se reunieron y caminaron en mi dirección. Cuchicheaban, se reían y sus miradas no se apartaron de mí en ningún momento.

No supe qué hacer, porque en mi mente jamás cupo la posibilidad de que sucediera lo que pasó.

Me quedé ahí, quieta, observándolas mientras se acercaban de manera prepotente y amenazadora, señalándome

¿Qué se supone que debía hacer?, ¿correr?, ¿pero por qué?

—¡Ana! —Una de ellas saludó. Una chica rubia que sonreía con exageración—. ¡Hola!

—¿Cómo estás? —preguntó la conductora, a lo que las otras rieron.

No respondí.

Acortaron la distancia que nos separaba con violenta rapidez. Parecían apuradas, ansiosas, en especial Tania, quien había mantenido una postura erguida y segura de sí desde que se bajó del vehículo.

Las cuatro chicas se detuvieron a un metro de mí, rodeándome contra el árbol y el cesto de basura. Instintivamente traté de retroceder dos pasos, pero mis pies chocaron con el tronco, obstaculizando cualquier oportunidad de huida. Estaba atrapada.

—Hola, chicas —dije en voz baja, nerviosa.

De pronto comencé a tener miedo.

Mi mente dibujó diferentes imágenes, todas ellas fatales.

—No me has respondido, ¿cómo estás? —Su sonrisa era horrible, a pesar de que su dentadura fuese perfecta.

—B-bien. —Apreté los labios para no mostrar el temblor de éstos—. Pero ya es tarde, tengo que volver a casa.

—Apenas es la una. —Señaló la tercera de ellas, mirando el reloj que llevaba en su muñeca—. Quédate un rato con nosotras.

—No creo que pueda... mi padre me está esperando en casa —comenté, e hice ademán de abrirme paso entre sus cuerpos.

Pero Tania me sujetó del hombro y me hizo retroceder con fuerza, casi empujándome contra el árbol.

—Basta de juegos —dijo con una tonalidad seria.

Hizo una seña con la cabeza y dos de ellas se abalanzaron en contra mía, cada una tomó uno de mis brazos y me inmovilizaron de forma brusca, apretándome. Me removí de manera violenta, luchando por liberarme, pero ambas eran más fuertes que yo, y mis vagos intentos solo consiguieron que sus uñas se enterraran en mi carne, traspasando la sensación por debajo de la tela de mi blusa.

—¿Qué están haciendo? —Chillé—. Tania...

—Oh, no te hagas la malentendida, mojigata.

Me dio un golpe en el estómago y me doblé sobre mí misma ante el dolor. Exhalé y todo el aire escapó de mis pulmones, fue una sensación semejante a asfixiarme debajo del agua, desesperada por recobrar el oxígeno, pero el malestar me impedía respirar con normalidad, haciéndome jadear desesperadamente.

—Brenda, enséñale a foto. —Ordenó.

La conductora se inclinó cerca de mi rostro para enseñarme una fotografía en su teléfono, la cual apenas conseguí reconocer debido a la confusión que aquella escena me estaba causando. La imagen era la misma que Tania le envió a Adrián la noche anterior, donde ambos salíamos retratados en una situación un tanto... comprometedor, en la fiesta de fin de curso.

—¿Ahora lo recuerdas? —cuestionó. Su timbre era seco, enfadado.

—Yo no... —Intenté hablar, pero aún no conseguía hacerlo.

—Tú no... ¿qué? —Tomó un mechón de mi cabello y me obligó a levantar el rostro para mirarla.

Negué con la cabeza.

—Me molesta tu actitud de niña inocente. —Me soltó y retrocedió un paso

—. Finges ser tan tierna, como si no mataras ni a una mosca, tal vez Adrián te crea ese cuento, pero yo no.

Levantó la mano y la dejó caer contra mi rostro a forma de bofetada. El golpe fue tan duro, que mi rostro giró varios centímetros hacia un costado. La piel de mi mejilla quemaba, ardía como un incendio, y el sabor metálico de la sangre se apoderó de mi boca. Escupí, y vi unas gotas de aquel líquido ámbar que ensució el suelo a mis pies.

—Yo no hice nada. —Completé mi previa oración. Apenas se me entendió.

—¿No? —Su pregunta se escuchó como un siseó—. Que descaro el tuyo.

Emparejé la situación y me dio una bofetada en la otra mejilla, aquella vez menos certera, pero el dolor se expandió a todo mi rostro e, incluso, a la parte trasera de mi cráneo, como una punzada que me apretaba.

—¡Querías acostarte con mi novio! —Vociferó como una chiflada.

Levanté el rostro para mirarla, y sentí varias lágrimas deslizándose por mis ardientes mejillas, la sensación se asemejó al trayecto de dos perlas de cristal andando por encima de una plancha caliente, las cuales estuvieron a punto de evaporarse, pero consiguieron llegar hasta el final, para después perderse en la inmensidad del mundo a nuestro alrededor.

—No hicimos nada. —Repetí con voz temblorosa.

—No lo hicieron porque Adrián me ama. —Acercó su rostro al mío. Y su aliento rozó mi piel con sus siguientes palabras—: Y tú solo eres una maldita zorra.

Sus cómplices habían permanecido en silencio desde que inició la golpiza hasta entonces.

—Acaba con ella de una vez. —Sugirió la regordeta.

—Sí, ya me estoy aburriendo. —Secundó la rubia.

La tercera de ellas solo asintió para confirmar que había llegado el momento para cumplir con el objetivo que las había llevado hasta ahí.

Hay diferentes clases de dolores, algunos más profundos que otros.

Durante las últimas semanas experimenté el dolor emocional, aquél del que tanto hablé respecto a los sentimientos y el malestar que los pensamientos causaban en tu interior.

Sin embargo, ese día experimenté uno distinto: el dolor físico, pero en una manifestación que no conocía. Claro, de pequeña sufrí algunas caídas que rasparon mis rodillas; golpes con la esquina de algún mueble en el dedo meñique de mi pie; ese impacto en el codo contra cualquier objeto, cuya

sensación se expande a todo tu brazo. Tuve muchos momentos en los que experimenté esa clase de dolor, pero ninguno de ellos se asemejó a lo que Tania y sus amigas me enseñaron.

Las dos chicas me obligaron a ponerme de rodillas. Luché por oponerme a sus exigencias, retorciéndome bajo su poder, chillando y maldiciendo con palabras que nunca creí que utilizaría fuera de mi mente. Manoteé, pero era tan débil que mis esfuerzos solo les causó gracia.

Una vez hincada, a merced de lo que quisieran hacerme, empecé a llorar con más fuerza, temiendo incluso por mi vida. Nunca me había encontrado en una situación similar, ni siquiera cuando mis compañeros me molestaban en la secundaria. Jamás me sentí de esa forma, tan intimidada y vulnerable.

Estaba asustada.

Mucho.

Pero mi imagen debilitada no fue suficiente para que se compararan de mí.

Se rieron. Y esas risas quedarían grabadas en mi memoria para siempre, como un mal recuerdo de lo que sucede cuando cometes un pequeño error que es interpretado por un inexperto. Eso sucedía cuando se juzgaba sin conocer, basándose en falsas apariencias que manchaban la historia y el entorno donde se desarrolló la historia.

Lo primero que sentí fue un golpe que nubló mi visión con puntos de colores. La cabeza me daba vueltas, era incapaz de centrar mi atención en algún punto. Todo giraba a mi alrededor, como un torbellino oscuro que solo me hacía girar y girar, llevándome como a una muñeca de trapo, sin esqueleto ni alguna clase de soporte.

Al ver la poca estabilidad que tenía, mis dos captoras me soltaron, y apenas alcancé a poner las manos para no estrellarme contra el suelo. Mis manos recibieron ese impacto, y sentí el ardor de pequeñas heridas en la palma de ellas.

—¿Te darás por vencida tan pronto? —Alguien preguntó.

No, por supuesto que no.

Me impulsé hacia arriba con ayuda de mis brazos. Los movimientos que hacía eran lentos, torpes y tambaleantes, por lo que ninguna de ellas se preocupó de que representara algún tipo de amenaza. Permitieron que me levantara, riéndose a carcajadas por mi deplorable condición. Parecía ebria, meciéndome de adelante hacia atrás, en un vano intento por recobrar la seguridad.

—Así me gusta —comentó la misma voz que habló segundos antes—. Es más interesante.

Creí que un chorro de saliva se había escapado de mi boca, pero entonces vi que mi blusa se manchó de rojo a la altura de mi esternón. El color de la sangre me recordó al día del lago, cuando Adrián me dijo que ese matiz era su favorito.

¡Qué triste e irónica era esa situación!

Enfoqué mi visión sobre el rostro de Tania, recordando lo que un compañero de clases me dijo en alguna ocasión: “Dicen que la violencia no se combate con más violencia, pero no permitas que tu agresor se vaya sin aprender, aunque sea, una pequeña lección de contra quién se metió”.

No creo que haya sido una buena decisión seguir su consejo, pues ni siquiera fui capaz de hacerle un rasguño a Tania cuando me lancé contra ella.

Utilicé la poca fuerza que aún me quedaba para arremeter en su contra, la suficiente para tumbarla al suelo conmigo. Ambas nos estrellamos con fuerza contra el césped amarillento, y escuché el escándalo generada por la sorpresa de sus amigas. Me subí en ella, en un inútil intento por someterla; mis brazos estaban debilitados y solo conseguí darle una patética bofetada que la hizo reír luego de que se recuperara por el impacto en su costado.

—Tonta —susurró.

No necesitó del apoyo de sus secuaces, ella fue suficiente para girarme y ponerme debajo de su cuerpo, donde comenzó la verdadera tortura. Aquella vez luché con torpeza, moviendo los brazos en el aire para intentar detener los golpes que descargó contra mí., pero no se detuvo ni siquiera cuando sus nudillos se enrojecieron. Prosiguió a rasguñar mi rostro, descargando toda la frustración que la envolvía.

Por un instante creí que terminaría conmigo cuando rodeó mi cuello con ambas manos, maldiciendo cada letra de mi nombre y apellidos mientras lo apretaba. Sin embargo, la voz de una de sus acompañantes le gritó una oración que no conseguí entender, librándome así de un inevitable y cruel fin, el cual únicamente quedó como un rasguño más en mi cuello.

Solo podía ver el rostro enfadado de Tania sobre el mío; me hablaba, lo recuerdo, pero sus palabras son solo huellas borrosas que nunca podré descifrar, me amenazaba, tal vez quería que le respondiera algo, quién sabe, fuera lo que fuese, no pude decirle algo coherente.

Se quitó de encima y la vi hacer una seña. Enseguida, dos pares de brazos me obligaron a ponerme de pie. Mis piernas temblaban, me costaba trabajo

mantenerme como ellas querían que lo hiciera, estaba al borde del desmayo, pero aún parecía que tenían planes para mí y no me permitirían descansar hasta cumplir con todo aquello que anidaba dentro de sus retorcidas mentes.

—Por favor... —dije en voz baja, apenas perceptible. Incluso hablar resultaba doloroso—. Basta...

Tania se puso de pie frente a mí. Para ese punto ya no conseguía distinguir las facciones de su rostro, por lo que no sabía si estaba molesta o sonriendo. Solo quería que desapareciera, que todo el martirio se detuviera.

Quería ir a casa con mis papás.

—Claro, Anita, esto ya terminó —dijo la dulzona voz de Tania—. Solo necesito que me prometas que recordarás que Adrián es mío. —Su figura se acercó tanto a mí, que del miedo me hice pequeña—. Y que espero que no vuelvas acercarte a él, ¿entiendes?

Asentí con la poca fuerza que me quedaba. —E-entiendo.

—Suéltenla —dijo como última petición.

El apoyo que sus amigas me brindaban desapareció, y mi cuerpo no tenía la fuerza suficiente para mantenerse erguido. Traté de resistir, pero no pude. Me tambaleé varios pasos hacia adelante mientras veía cómo las siluetas se alejaban más y más, a una rápida velocidad. Huyendo del mal que habían hecho, fingiendo que nada había sucedido, y que no eran responsables de mi situación.

Quise sujetarme del tronco donde todo inició, pero mi mano no consiguió aferrarse a él y caí. Sin embargo, no fue una caída cualquiera, pues mi cabeza se estrelló con la orilla del cesto de basura, arrebatándome el conocimiento.

CAPÍTULO 31

Desperté cuando una punzada me atravesó el cráneo. Intenté abrir los ojos, pero sentía los párpados pegados y con un peso descomunal, lo que significó un gran esfuerzo que disparó otra oleada de dolor en mi cabeza, haciéndome gruñir.

—¡Ana! —Una voz angustiada habló cerca de mí—. ¡Jorge, date prisa, llama al médico!

Unos apresurados pasos se escucharon en el recinto, perdiéndose luego del leve chirrido de, lo que supuse, era una puerta.

Conseguí entreabrir la mirada, ganando otra terrible sensación en mis sienes ante la luz que se proyectaba desde un rectángulo a mi lado derecho: una ventana con las persianas abiertas.

Escaneé el lugar con lentitud, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo en su totalidad. Me encontraba en una habitación pequeña, de paredes blancas y pulcras, con solo un cuadro verde colgado en el centro de una de ellas. Además, había dos sillas de metal a un lado de la cama donde estaba recostada. Y, casi sobre mí, encontré el rostro de mi madre.

—Hija, amor... —dijo con un tenor tembloroso.

—¿Estoy en el hospital? —cuestioné. Tenía la boca seca y el pecho me dolía—. ¿Por qué?

No respondió.

Dos siluetas masculinas se dibujaron al pie de la cama. Mi visión aún no se acostumbraba a la iluminación que me rodeaba, por lo que no conseguía enfocar a los hombres que estaban frente a mí, sin embargo, la voz de uno de ellos no la podría confundir ni olvidar jamás, mucho menos la ternura con la que mencionó el apodo que solo él utilizaba conmigo.

—Rojita...

—Qué tal, Ana, buenas tardes. —Una voz ronca se incluyó en la conversación—. Soy tu médico, Fernando Ortega.

Traté de enfocar mi atención en él, pero la distancia me lo impedía. Solo era una mancha borrosa de color blanco.

—¿Te molesta la luz? —preguntó, moviéndose hacia la fuente de mi principal malestar.

Quise asentir, pero el dolor me lo impidió.

Poco a poco la habitación fue oscureciéndose parcialmente; aún se filtraban algunos atisbos de los rayos del sol entre cada persiana. Esa poca luz era suficiente para que ellos pudieran continuar ahí con tranquilidad, y la carencia de aquélla resultaba agradable para mí.

—¿Mejor? —preguntó. Podía imaginarlo sonriendo con la amabilidad de un profesional.

—Sí —susurré.

—¿Cómo está? —preguntó la voz de mi madre—. ¿Necesita alguna otra curación?

Mi madre retrocedió cuando Fernando se acercó a mí, y por primera vez pude ver las facciones de su rostro. Era un hombre entrado en sus cuarentas, de piel blanca y con pequeñas arrugas alrededor de sus oscuros ojos. No tenía bigote ni barba, pero una gruesa cicatriz recorría su mejilla izquierda, como el recuerdo de una mala experiencia. Se veía cansado, pero ello no le restaba delicadeza a su sonrisa.

—Ana, voy a tocar algunos puntos de tu cuerpo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Necesito que me digas, en una escala del uno al diez, cuánto te duele o si te genera alguna molestia mi tacto. —Se acercó un poco más—. Uno es la sensación normal, y diez es insoportable, ¿bien?

—Está bien.

Comenzó por mi antebrazo izquierdo, subiendo lentamente solo con los dedos, apretando con delicadeza cada determinada cantidad de centímetros.

—Número...

—Tres —respondí.

Asintió y continuó con el camino por mi brazo hasta llegar a mi hombro. Sentí cierta molestia, pero mi respuesta se mantuvo en el mismo lugar de la escala. Repitió el proceso con mi otra extremidad, aunque en ella el número subió a cuatro. Fue hasta ese momento que noté los moretones que cubrían mi piel y la manchaban como un lienzo descuidado.

El procedimiento siguió en mis piernas descubiertas hasta la mitad de los muslos. En algún momento el personal del hospital me despojó de mi ropa y me puso un bata azul que me quedaba demasiado grande. El tres se prolongó por otro rato, hasta que las manos del médico palparon mis rodillas. Contuve un quejido y respondí a su pregunta:

—Seis.

Se apartó de mí.

Para ese punto había recobrado gran capacidad de mi visión, aunque algunos puntos de colores aún manchaban las imágenes de vez en cuando.

Se dirigió a mis padres: —Las radiografías no muestran fracturas ni fisuras, por lo que solo es una herida *superficial* que necesita reposo, antiinflamatorios y un medicamento para el dolor.

—¿No pueden existir lesiones futuras o problemas derivados de esto? — Mi madre no podía esconder su preocupación.

—Por ahora no podemos saberlo —respondió Fernando, volviendo a mi lado—. Será cuestión de tiempo, pero al parecer el dolor de sus rodillas es a causa de los hematomas que tiene por la caída. —Sujetó mi mejilla con su mano—. Bien, Ana, esto puede causarte un poco de molestia, pero debo revisarte.

Sacó una pequeña linterna del bolsillo superior de su bata, y la apuntó hacia mis ojos. Traté de agachar el rostro, pero no me permitió hacerlo, sujetándome con un poco de más fuerza, sin llegar a ser brusco.

—Mira hacia la derecha. —Lo obedecí—. Y ahora hacia la izquierda. — De igual manera lo hice y me soltó—. Todo se ve bien.

—¿Bien? —La voz de mi padre sonó molesta—. ¿Cómo todo esto puede verse bien?

Fernando se enderezó a un lado de la cama y guardó la linterna en su bolsillo. Denotaba una actitud tranquila, pues seguramente lidiaba con familiares molestos y alterados todos los días. Medicina era una profesión en la que se tenía que contar con cierto tacto hacia las personas al momento de hablar, pues, así como un médico podía portar buenas noticias como el nacimiento de un bebé sano, también le tocaba ser el encargado de decirle a otros que un familiar falleció.

Lo que hacían era admirable, y por ello estaba segura de que esa era la carrera que elegiría para estudiar en la universidad.

—Me refiero a que la salud de Ana no peligra. —Su postura era firme, sin llegar a ser prepotente—. Sus heridas son superficiales y sanarán con normalidad en un tiempo. La única con la que debe tenerse mayores cuidados es con la curación de su frente.

—¿Mi frente? —cuestioné, y llevé los dedos hacia ahí.

Con la punta de aquellos palpé una textura diferente a la de mi piel, se trataba de un parche.

—¿Qué...?

—Tuvieron que darte tres puntadas para cerrar la herida —comentó mi madre.

—Pero cómo...

—Te caíste y te golpeaste con la orilla de un cesto metálico. —Fue el turno de responder de mi padre.

De pronto comencé a recordarlo todo.

Esas imágenes distorsionadas comenzaron a adquirir una tenebrosa claridad. Recordaba estar sola en el parque, disfrutando de unas golosinas, cuando un automóvil se estacionó en la calle de enfrente y cuatro chicas se bajaron... cuatro chicas que yo conocía, especialmente a una de ellas. Y entonces todo se volvió oscuro, repleto de dolor y miedo.

Aún podía escuchar sus risas burlándose de mí, de la debilidad que me dominaba, de la facilidad con la que podían manipular mi cuerpo a su antojo para torturarme. Los puños, los rasguños, los insultos. La escena volvió a recrearse en mi mente. Podía ver a Tania frente a mí, furiosa, decidida a aniquilarme como venganza de un malentendido, un error que alguien utilizó a su favor, o como una mala broma que terminó casi en perdición.

Me hice pequeña en la cama, y ese movimiento desencadenó una oleada de dolor a lo largo de todo mi cuerpo. Cada moretón dolió, y cada herida ardió. Sentía las manos de todas ellas sobre mí, apretujándome como lo hicieron en ese momento, aunque, en realidad, fueron demasiadas las personas que creí me estaban presionando. Era como si un ente invisible me estuviera golpeando en cada punto adolorido de mi cuerpo.

—¿Querida? —Mi madre se acercó, empujando a Fernando—. ¿Qué sucede?

—Nada —respondí con voz quebrada—. Solo quiero ir a casa.

—¿Por cuánto tiempo tiene que estar aquí? —Le preguntó mi padre al médico.

Exhaló. —No es necesario que se quede en observación, por lo que pueden llevarla a hogar hoy.

—¿Eso quieres, amor? —Interrogó Sandra con dulzura—. ¿Quieres que te llevemos a casa?

Asentí. —Ahora, por favor.

—Entonces iré a tramitar el alta y hacer la receta respectiva —comentó Fernando.

Dio media vuelta y se marchó sin decir más. Sus pasos resonaron durante algunos segundos sobre el suelo del pasillo fuera de la habitación mientras se

alejaba. Allá había demasiada calma, el silencio dominaba en cada rincón del lugar donde nos encontrábamos, pero dentro de mi mente había un bullicio que se manifestaba como un martilleo en mi cabeza, incómodo y molesto.

—Cariño... —Mi madre se sentó en la orilla de la cama, lo más cerca que pudo de mí—, necesitamos que nos digan quién te hizo esto.

Mi padre también se acercó, pero mantuvo una distancia prudente entre Sandra y él.

Miré a ambos. Era evidente que mi madre había llorado, y mucho; las escleróticas estaban rojas, no dejaba de sorber por la nariz y su boca estaba curvada hacia abajo, como cuando no le era posible sonreír, aunque lo intentara. Y mi padre, tan serio, pero tan transparente cuando se trataba de mi bienestar: estaba destrozado, pero trataba de esconder aquella faceta debajo de un semblante molesto.

Negué. —No... no lo sé.

—No mientas, Ana. —Mi madre tomó mis manos entre las suyas—. *Ya no más, por favor.*

Esas palabras retumbaban en mi mente como una pelota que iba de un lado a otro tirando y rompiendo objetos a su paso. Eran las mismas que un día mi madre utilizó, cuando descubrió la infidelidad de mi padre y él trató de mentirle, fingiendo que todo estaba bien... pero no era así.

—¿Quién fue? —Interrogó mi padre con un tono serio.

Debía decirles la verdad, señalar a las responsables para que pagaran por lo que habían hecho, recibir su merecido y que así aprendieran una lección de moral, y quizás así no volvieran a olvidar los valores que, supuestamente, sus padres les habían inculcado desde pequeñas.

Pero algo me detenía.

¿Miedo? Tal vez.

O no, creo que iba más allá que ese sentimiento. Sabía que mi paliza sería un escándalo, y añadirle protagonistas solo serviría para aumentar su popularidad, engrandeciéndolas como las bravuconas que eran... ellas, contradiciendo lo anterior, no tenían alguna clase de valores, eran personas malvadas, cuyo bienestar era lo único que les interesaba. El dulce sabor de la venganza las alimentaba, volviéndolas más poderosas e indestructibles. Por lo que, acusarlas, no serviría de nada más que ganarme un odio más grande y temible.

—No sé quiénes sean. —Insistí, pero mi voz tembló ante la mentira.

—Ana, si no nos dices quién fue, no podemos ayudarte. —Sandra acarició

mis nudillos con gentileza, como una incitación para confesar.

—Solo di sus nombres y nosotros nos encargaremos de hablar con sus padres.

Intercambié miradas con ambos. En sus rostros yacía una expresión de angustia y desesperación combinadas, dando como resultado una feroz preocupación, la cual solo incrementaría si hacíamos de aquella situación algo más grande, entrometiendo a los padres de mis agresoras e, inclusive, a las autoridades y a la mesa directiva de la escuela.

Solo necesitábamos olvidarlo y continuar, así como lo habíamos hecho antes.

—No lo sé. —Volví a mentir, aquella vez con mayor facilidad.

* * *

La seguridad de mi habitación nunca me pareció tan perfecta como esa tarde. Aquellas cuatro paredes significaban un verdadero refugio, alejado de los peligros del mundo exterior y de todas las personas que habitaban allá afuera. Estar ahí, recostada en la comodidad de mi cama, sumergida en el silencio y escondida detrás de las cortinas que se ondulaban con el viento, era como estar dentro de un cuadro en el que nadie podía penetrar sin mi autorización.

El cuerpo me dolía, cada centímetro, lo sentía pesado y, ciertamente, ajeno. Se asemejaba a estar dentro de otra piel, la de un extraño, pues las sensaciones eran tan diferentes a las habituales, cada roce contra las sábanas disparaba un horrible cosquilleo en alguna de mis extremidades, era un estado que nunca había experimentado, y el cual comenzaba a enfadarme.

La parsimonia que me rodeaba fue interrumpida cuando mi celular comenzó a vibrar sobre el buró que estaba a un lado de la cama. El móvil repiqueteaba contra la madera con molesta insistencia. En ese momento no quería hablar con nadie, lo único que deseaba era desaparecer, fingir que no existía y que lo demás era solo un producto de mi alocada imaginación. La oscilación cesó tras varios segundos, lo que me dio un poco de paz, sin embargo, ésta volvió a empezar apenas un instante después.

Con molestia, extendí el brazo hasta tomar el teléfono con los dedos. Me quejé, pues ese simple movimiento requirió de un gran esfuerzo y del horrible hecho de rozar mi piel contra el colchón. Llevé el artefacto enfrente de mi rostro y leí el nombre de Cristina en la pantalla, era una llamada.

Respondí.

—Hola, Sam. —Saludé.

—*¡Ana, por Dios!* —La tonalidad de su exclamación hizo que alejara el teléfono de mi oreja por un segundo—. *¿Cómo estás?, ¿dónde estás?, por Dios, Ana.*

Reí sin ganas. —Estoy en casa.

—*¿Puedo ir a verte?, por favor di que sí, necesito verte.* —Hablabla con rapidez—. *Ana, por Dios.*

Exhalé. —No te ofendas, pero solo quiero descansar.

—*¡Claro, claro! Entiendo a la perfección.* —Podía imaginarla con los labios temblorosos—. *Gracias a Dios que estás viva.*

—No es para tanto, son solo unos cuantos golpes...

—*¿Golpes?* —repitió con indignación—. *Por Dios, Ana, cuando tus padres me llamaron creí que estarías muerta, o en coma. Quería ir al hospital con ellos, pero me dijeron que sería mejor que esperara a que te dieran de alta.*

—Tranquila. —Sonreí, a pesar de saber que no podía verme—. Estoy viva, o por lo menos eso creo. Quizás estás hablando con mi fantasma.

—*¡Dios, eso no es gracioso!*

Me reí. —Solo bromeo.

—*Iré en cuanto pueda y cuando tú quieras.* —Le escuché tragar saliva—. *Creí que seguirías en el hospital, ¿por qué estás en casa?, ¿no deberías estar bajo observación?*

—El médico dijo que podía venir a casa —respondí con voz cansina—. Mis heridas son superficiales, a excepción de una... —Bostecé.

—*Me alegra escucharlo, supongo.* —Chasqueó la lengua—. *Creo que será mejor que te deje dormir, ¿verdad?*

—Te llamaré cuando despierte.

—*En serio, Ana, iré cuando tú me lo pidas.* —Su voz se escuchaba temblorosa—. *No importa la hora, estaré ahí cuando me necesites.*

—Gracias Sam. —Fue mi turno de emitir palabras resquebrajadas por la amenaza del llanto—. Te quiero.

—*¡Yo también te quiero, pelirroja!* —Mandó un beso desde el otro lado de la línea—. *¡Llámame!*

Y colgué.

No esperaba más llamadas, ni mensajes de texto, o alguna notificación por cualquier medio de comunicación posible o mediante redes sociales, pues Sam era la única amiga verdadera que tenía, la única que se preocupaba con creces por mí. Sin embargo, tenía una leve esperanza de una visita, la cual solo era

parte de una mala jugarreta de mi mente, de una ensoñación manchada de falso romanticismo.

Esperaba que, de pronto, la puerta de mi habitación se abriera y al otro lado estuviese Adrián, sujetando un ramo de hermosos tulipanes con ambas manos, sonriendo con pesar por lo que su exnovia había hecho, pero sabía que eso era tan improbable como un deseo cumplido por alguna traviesa estrella fugaz que surcaba el cielo en una hermosa noche de otoño.

Aunque tal vez esa probabilidad no estaba tan distante como creía, y las estrellas sí cumplían los deseos si los pedías con la suficiente fuerza.

Escuché la voz de mis padres en la primera planta, hablaban sobre algo que no conseguía entender. Saber que ambos estaban conviviendo bajo un mismo techo, después de tantos años, me resultaba extraño, pero demasiado real. Antes me hubiese sumergido en la fantasía de volver a verlos juntos, pero esa incoherencia ya no ocupaba un lugar en mi mente. Sabía que el amor entre ellos se había extinguido ya hace un tiempo.

Unos pasos resonaron sobre la madera del suelo de la estancia de afuera, acercándose a mi habitación. Sería la quinta vez en un lapso de veinte minutos en el que mi madre subiría para asegurarse de que todo estuviera bien conmigo. Quizás continuaría con su ofrecimiento de prepararme mi comida favorita, o de mandar a mi padre por una caja de chocolates para una pronta recuperación, pero declinaría su oferta por enésima vez. Solo quería estar sola.

Sin embargo, me sorprendió que la persona al otro lado de la puerta anunciara su presencia al tocar la madera muy apenas con, lo que supuse que serían, sus nudillos.

—Adelante —dije con voz forzada, apenas perceptible.

La puerta fue abriéndose con lentitud y mi corazón dio un vuelco cuando vislumbré el rostro de mi visitante, ese chico castaño con el que soñé durante tantas noches, y al cual anhelaba ver cada segundo de mi día.

—Hola. —Saludó con bajo tenor.

—Adrián... —Estaba sorprendida, pero no quería demostrarlo.

Mi corazón comenzó a latir con desmedida fiereza, y aquel violento vaivén dentro de mi pecho me causaba cierta molestia, pues los costados de mi torso también me dolían, ya que fueron el blanco de varios golpes asestados por Tania.

—¿Puedo pasar? —preguntó con una media sonrisa, tímida.

Asentí. —¿Quién te avisó?

En serio, estaba muy sorprendida por tenerlo ahí, materializado.

Cerró la puerta detrás de sí y avanzó con pasos lentos en mi dirección, como si estuviera midiendo cada uno de sus movimientos, temeroso de hacer algo en falso o de equivocarse en el avanzar de su trayecto hacia mi cama.

—Catalina —respondió. Entonces me di cuenta de que tenía la mirada agachada, mostrándose reacio a mirarme—. Me llamó y dijo que te llevaron al hospital para curar tus heridas.

—Ya veo... —Ahora las cosas tenían un poco más de sentido—. Mis padres le avisaron a Sam, y supongo que ella le dijo a Cat.

—Vine en cuanto pude —comentó con cierta vergüenza.

—Mmm... si quieres puedes sentarte aquí conmigo. —Palmeé un espacio en el colchón, cerca de mí, y me hice a un lado para dejarle un lugar suficiente para que tomara asiento.

—Sí, está bien.

Caminó con la cabeza agachada. Nunca lo había visto así de dócil, ni siquiera cuando se disculpó por todo lo que había sucedido respecto a nuestra amistad. Era evidente que él conocía el motivo de mi situación actual.

—¿Por qué no quieres mirarme? —Le pregunté después de que se sentara en la orilla de la cama, un tanto alejado—. ¿Te da miedo?

¿Temes ver lo que hizo tu novia?

—No, no es miedo. —Lamió sus labios—. Solo que no creo poder hacerlo.

Me reí. —No es tan malo como piensas.

Es peor.

—¿No?

—Aún puedo mirarme en el espejo y pensar que soy terriblemente atractiva. —Bromeé. Estaba cansada, pero no podía mentirme a mí misma: la presencia de Adrián me devolvió un poco de alegría.

—¿Cómo haces para que tu sentido del humor siga intacto? —preguntó.

—Ya lloré demasiado —No solo hoy—, creo que es turno de reír un poco.

Levantó el rostro, y se quedó callado cuando sus ojos se encontraron con el resultado de una disputa derivada por una estupidez infundada. Su mirada me escaneó con detenimiento, deteniéndose en aquellos puntos donde sabía que había alguna de las marcas que Tania me hizo para hacerme recordar que ese chico era suyo, y que yo solo significaba una piedra que obstaculizaba su camino hacia la felicidad.

—Dijiste que no estaba tan mal. —Volvió a apartar su atención de mí.

—Podría ser peor.

Negó por lo bajo, pero de nuevo me miró, —¿Qué le dijiste a tus padres?

—No es la primera vez que me molestan en la escuela. —Recordé la expresión decepcionada de mis progenitores cuando me rehusé a decirles los nombres de las malhechoras—. Cuando iba en secundaria una compañera me agredió porque le daban asco mis pecas. —Inspiré profundo—. Así que dejé que creyeran que fue derivado de algo similar.

Se acomodó más cerca de mí. —Debiste ser honesta con ellos.

—¿Para qué? —Ladeé la boca—. No hubiera cambiado nada.

—Por supuesto que sí. —Se acercó y me sentí en la necesidad de mirarlo—. Pueden hablar con sus padres, denunciarlas, algo que las haga pagar por lo que hicieron.

Sonreí, pero hacerlo me dolió. —Estoy segura de que los padres de esas chicas ni siquiera se preocupan por ellas, así que hablar con ellos sería una pérdida de tiempo.

—¿Y qué hay sobre denunciarlas? —Se veía seguro de lo que decía—. Puedes solicitar una orden de restricción.

Pero yo había desistido de esos pensamientos.

—Adrián... —Lo interrumpí—, no importa. Habrá alguna forma en que ellas mismas se castiguen.

—Sé que no se compara en nada con lo que te hicieron, pero creo que el castigo de Tania ya comenzó porque... terminé con ella.

Espera... ¿qué?

Lo observé con atención, esperando el momento en que me dijera que solo había sido una broma, un comentario de mal gusto originado por la molestia que sentía, pero eso no sucedió. La expresión de su rostro permaneció imperturbable, mostrándose firme con sus palabras. Y yo, simplemente no podía creerlo.

—Estaba con ella en su casa cuando Catalina me habló. —Exhaló pesadamente—. Enloquecí cuando la enfrenté, pero admitió lo que hizo, y dijo que se arrepiente... la verdad es que no le creí.

No podía creerlo.

—¿Terminaste con ella por mi culpa? —cuestioné, todavía esperando a que se retractara de lo dicho.

—No —respondió sin titubeos—, pero todo esto, lo que sucedió contigo... hizo que me diera cuenta de la clase de persona que es.

—Pero tú la quieres...

¿No?

—Sí. —Mis palabras parecieron incomodarle, pues apartó su mirada de mí—. Aunque estoy cansado de lidiar con su actitud y sus enfermizos celos. Y todo sentimiento tiene un límite, incluido el amor.

Asentí. —Tienes razón.

—Además no podía estar con alguien que le hizo daño a mi mejor amiga.

Pum. Pum. Pum.

Extendió la mano en mi dirección y me sujetó con delicadeza del antebrazo, sin embargo, la sensibilidad de mi piel era demasiada, por lo que su roce generó una oleada de dolorosas cosquillas que me hizo emitir un gemido, lo que hizo que apartara su mano de mí.

—¿Qué sucede? —cuestionó con preocupación—. ¿También te duelen los brazos?

Suspiré, no quería mostrar mi debilidad, pero era imposible no hacerlo. Todo mi cuerpo estaba adolorido. Quise mostrarle una pequeña parte de mi sufrimiento, y para ello subí la manga de mi blusa hasta mi codo, dejando al descubierto la piel de mi herido antebrazo; los moretones cubrían gran parte de aquél, desvelando solo una porción de todo lo que la ropa escondía debajo.

—Mis piernas están igual —comenté con melancolía al recordar el tortuoso momento—. Supongo que desquitaron todas sus frustraciones conmigo.

—¿Estás segura de que no quieres hacer algo al respecto?

—Muy segura. —Fue mi turno de crear contacto entre nosotros, sujetando una de sus manos entre las mías—. Por cierto: gracias por venir.

Sonrió. —No tienes nada que agradecer, es lo mínimo que podía hacer. —Acercó su cuerpo al mío, solo un poco—. Además, yo también me siento responsable por todo esto.

—¿Por qué? —Le pregunté, sorprendida.

—No debí permitir que te embriagaras en la fiesta, si lo hubiera impedido nunca nos habrían tomado esa foto. —Negó por lo bajo, decepcionado—. Y porque debí terminar con ella cuando comenzó a desconfiar de nuestra amistad.

—No debes culparte por sus acciones. —Acaricié sus nudillos con ternura—. Tú no sabías que esto llegaría a tanto, además no podías evitar que actuara de esa manera.

—Tal vez no, pero...

No le permití continuar. —Nada de lo que digamos ahora podrá cambiar

lo sucedido, así que será mejor que sigamos adelante.

—Sí, bueno, ahora tú eres la que tiene razón. —Trató de sonreír con sinceridad, pero su mueca estaba manchada por la frustración—. Aunque aún sentiré un remordimiento todas las noches.

—Que tu remordimiento dure el mismo tiempo en el que tarden en sanar mis heridas —dije con una sonrisa pequeña.

—Será un lapso muy corto. —Apuntó, avergonzado.

Durante varios minutos no hablamos, nos dedicamos a perdernos en nuestros propios pensamientos. Mi mente divagaba en el tormentoso momento cuando el puño de Tania me golpeó por primera vez; su tacto era tan vívido que aún podía sentir la calidez de su piel contra la mía, y aquella sensación era espantosa, especialmente porque tardaría demasiado en olvidarla.

Noté que Adrián me estaba observando, pero fingí no darme cuenta de ello. Me gustaba que lo hiciera, que me mirara de esa manera, como si frente a él, en alguna parte de mi ser, pudiera encontrar la respuesta a la pregunta más compleja que nunca nadie había podido encontrar. Me gustaba, porque parecía que me quería tanto como yo a él.

CAPÍTULO 32

Las mejillas de Sam estaban mojadas por las lágrimas, las cuales no dejaban de salir desde el momento en el que su mirada se encontró con la imagen de mi maltratado rostro. Por la situación, ella parecía ser la que más estaba sufriendo, le costaba respirar por el llanto y sus hombros se sacudían ante la desesperación que le causaba verme así.

—Tranquila... —Froté su espalda con la palma de mi mano, cuidadosa no de arrancar alguna de las pequeñas costras que comenzaban a formarse sobre las heridas—. No pasa nada.

—¡Solo mírate! —Lloriqueó, inconsolable, con la cabeza agachada y oculta detrás de sus manos—. Mira lo que te hicieron, Ana.

Sonreí con ternura ante su actitud preocupada. —Nada que no mejore con el tiempo.

Las heridas se convertían en cicatrices, los moretones perdían su color, y el dolor se desvanecía.

—Todo por culpa de ese imbécil. —Sentenció con rabia, negando por lo bajo.

Suspiré. —Adrián no tiene nada qué ver en esto.

—¿De qué hablas? —Levantó la cabeza para mirarme directamente a los ojos—. ¡Todo es su culpa!

Ni siquiera así me daba cuenta del mal que me hacía la relación con él. Sam siempre era honesta conmigo, me daba su opinión a pesar de que fuese diferente a la mía, y me hacía ver las cosas de distinta manera. Ella no se reservaba ningún comentario, pues sabía que la sinceridad era un pilar importante en una amistad.

—No. —Insistí con calma—. Fue mi culpa, por aceptar ser su amiga de nuevo sabiendo los problemas que podía desatar.

—¿No lo entiendes? —Apartó mi mano de ella y se echó para atrás, denotando inconformidad—. Él es un embustero, sabía que su novia era una enferma, y aun así te expuso a ese riesgo.

Me quedé callada, observándola.

Quizá tenía razón.

Pero un corazón enamorado nunca entiende de razones, solo de locos

sentimientos que te ciegan y te hacen actuar de forma... impulsiva, por no decir una palabra altisonante que atentara contra mi propia integridad.

El amor es un arma de doble filo, así como puede hacerte sentir en las nubes, es capaz de sumergirte en lo más profundo del subsuelo. Pero, si uno lo piensa más a fondo, en ambas circunstancias es peligroso, porque significa que poco a poco te quedas sin respiración, y eso, traduciéndolo a la realidad, es sinónimo de perdición.

Una hermosa, pero dolorosa perdición.

—Ya pasó. —Fue lo único que se me ocurrió decir—. No puedo cambiar lo sucedido.

Se limpió las lágrimas con el dorso de su mano derecha. —Eres una tonta.

—¿Por qué? —cuestioné, sorprendida por su repentino cambio de actitud preocupada, a una molesta.

—Por no hacer algo al respecto, por permitir que se salgan con la suya. —Ladeó la boca en una mueca de desaprobación—. Y por seguir siendo amiga de ese canalla miserable.

Su expresión era el de una persona decepcionada, lo cual comprendía a la perfección, pues no era la única a la que le estaba fallando con mis actitudes inmaduras e imprudentes. Mis padres, quienes me habían dado todo en la vida, también estaban molestos conmigo por la decisión que tomé de callar y no inculpar a los responsables. Estaban tristes porque creyeron que aprendí la lección luego de tanto tiempo siendo la víctima de burlas e insultos durante la secundaria, cuando les aseguré que no volvería a esconder algo semejante, sin embargo, me excusaba diciendo que no era una situación similar, sino que se trataba de un confuso ataque, sin verdaderos motivos, sin embargo, y obviamente, no me creían.

—Lo siento —dije en voz baja, avergonzada.

—Ana —Su voz aún temblaba por el reciente llanto, el cual apenas comenzaba a disminuir—, lo que menos quiero es que te lastimen más de lo que ya lo hicieron.

—No volverá a suceder —dije.

Pero pareció que no me escuchó.

—Aléjate de él, por favor —pidió con voz suplicante.

Recordé cada momento junto a Adrián, cada risa y cada lágrima; cada tarde juntos y cada noche en vela pensando en él; cada revoloteo en mi estómago, y cada herida que en ese momento me dolía. Pensé en todo, en lo bueno y en lo malo, porque no todo era color negro, ni todo estaba teñido de

blanco. Se decía que había un equilibrio en los extremos de la vida, en eso que te hacía feliz y en lo que te envolvía de melancolía, pero yo creía que no era cierto, siempre había un lado que pesaba más que el otro, y era trabajo de uno decidir cuál dominaba en tus días.

Ya había pasado los mejores momentos con él, y también sufrí los peores momentos de soledad en su ausencia. Conocía en carne propia lo que era sufrir por alguien que estaba cerca de ti, y hacerlo cuando estaba lejos, y, aunque, a veces disfrutaba solo de mi presencia, se era menos miserable en compañía, a pesar de que la persona que estuviera a tu lado fuera la causante de tu sufrimiento.

Tal vez tiempo después me arrepentiría de mis palabras, quién iba a saberlo, pero en ese entonces mi decisión me parecía la correcta. Por lo menos para mí.

—No puedo, y no quiero hacerlo. —Sentencié.

—Pero Ana...

La interrumpí. —Lo quiero, Sam.

Creo que, incluso, lo quería más que a mí misma.

* * *

El lunes no fui a la escuela, por obvios motivos, los cuales no estarían de más mencionarlos: los golpes en cada parte de mi cuerpo aún me dolían; mis piernas flaqueaban por las punzadas que atravesaban mis rodillas, causadas por los hematomas, los que habían adquirido un color negruzco, muy desagradable; las demás marcas me hacían parecer una muñeca sucia, descosida de las extremidades, pero remendada de la frente.

Para ese punto me causaba un poco de gracia mi apariencia cuando me veía en el espejo. ¿Por qué? Sencillo, porque no había nada que pudiera hacer para solucionarlo, no pretendía maquillar cada centímetro herido ni aparentar que mi apariencia era de la de una chica normal. Como le dije a Sam, todo sería cuestión de tiempo, solo así podría contar las cicatrices restantes y los daños secundarios que cualquier herida pudiera dejar. Hasta ese entonces sería capaz de medir los daños, aquellos sanados y los que quedarían como una marca que me recordaría que superé un ataque.

Ya eran casi las dos de la tarde cuando le envié un mensaje a Adrián para avisarle que decidí no ir a clases, y para pedirle, si no se trataba de una gran molestia, que fuera a visitarme. Me sentía mal y opté por quedarme en casa a descansar, aunque, debo admitir, que también fue una orden del médico y de mis padres.

Si hubiese sido un poco más dura y valiente, habría ido a clases, solo para mostrarle a mis agresoras que no me intimidarían, ni siquiera después de lo que me hicieron, pero la realidad era que solo quería estar en cama, acurrucada en su comodidad y enredada entre las sábanas. Al final de cuentas, ¿a quién no le gustaba quedarse en casa, consentido con todo lo que quisiera durante un día de colegio? Por lo menos a mí no me molestaba del todo.

Después de casi treinta minutos de espera, recibí un mensaje de texto de Adrián, en el que me avisaba que estaba afuera de la casa. Su cercana presencia desató una oleada de calor en todo mi cuerpo, una sensación a la que comenzaba a acostumbrarme de nuevo.

«Pasa. Dejé la puerta sin seguro.

Respondí.

Mis padres intentaron dejarme provista de cualquier objeto, medicamento o alimento que pudiera necesitar durante su ausencia, con la finalidad de que no tuviera que levantarme de la cama por ningún motivo, bajo la creencia de que pudiera lastimarme. Sin embargo, a mediodía me terminé la jarra de agua que dejaron sobre mi buró y me vi en la necesidad de bajar para ir por más, viaje que aproveché para quitar el pequeño pestillo de la puerta y dejar el acceso libre.

Escuché el chirrido de aquélla al abrirse, anunciando la llegada de mi amigo. No sería la primera vez que estuviera en mi habitación, pero me era inevitable pensar en la confianza que había de por medio para que subiera conmigo en medio de la soledad.

—¿Ana? —Habló en un alto tenor, sin gritar.

—¡Estoy en mi habitación! —Pero yo sí lo hice.

Le escuché subir las escaleras. Sus pasos resonaban sobre el suelo de madera, acercándose, y con ello haciendo que los latidos de mi corazón se dispararan a una velocidad alarmante. Su andar se detuvo afuera de mi habitación, y rompió el silencio que había cuando llamó a la puerta con los nudillos. Ésta no estaba completamente cerrada, por lo que su acción hizo que se moviera unos centímetros hacia adentro.

—¿Puedo pasar? —preguntó desde el otro lado.

—Sí —respondí con nerviosismo.

Entró con cautela, casi de puntitas, tratando de no hacer ruido, pero las bolsas de plástico que llevaba en ambas manos emitieron su característico sonido al moverse.

—Hola, *Little Darling*. —Sonrió con timidez mientras caminaba hacia la

cómoda, donde dejó las bolsas—. ¿Cómo estás?

Se acercó a la cama, adquiriendo un poco más de seguridad en sus movimientos, y se sentó en la orilla de ésta, cerca de mí.

—Cansada, adolorida —respondí con tranquilidad—. Y un poco preocupada por mis próximos exámenes... aunque Sam habló con los profesores y tres de ellos le dijeron que no debía preocuparme, que mi rendimiento era suficiente para acreditar la materia con un promedio destacable. Los demás me darán oportunidad de presentarlos después.

Se quedó callado, mirándome fijamente.

—¿Qué sucede? —Le pregunté al notar su expresión perpleja.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —dijo, aún ensimismado en mi rostro—. Creía que David era inteligente, pero tú sobrepasas esos niveles.

Sentí que mi rostro se ruborizó, y lo agaché, en un vano intento por esconder la vergüenza que sus palabras me hacían sentir. —Eres un charlatán.

Se rio, apartando su atención de mí. Le vi observar cada rincón de mi sobra habitación, entretenido con los pequeños detalles que se hallaban sobre una repisa alta, donde, además, estaban mis osos de felpa favoritos.

—¿Estás segura de que puedo estar aquí?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

Sonrió a medias. —Tu padre no parecía muy feliz de que estuviera aquí.

Exhalé. —La mayoría de los padres tienen miedo de que lastimen a sus hijas, por eso desconfían de los chicos, porque no quieren que les rompan el corazón. —Recordé el rostro afligido de Jorge—. Especialmente si ellos ya lo hicieron primero.

Yo era esa clase de chica, cuyo padre fue el primer hombre en romperle el corazón.

—Pues él tiene razón en desconfiar de mí. —De nuevo me miró—. Solo mira lo que ocasioné.

—¿Seguiremos hablando al respecto? —pregunté con molestia. Solo quería dejar el asunto en el pasado.

—No, lo lamento. —Se acercó a mí, acomodándose sobre el colchón, lo suficiente para alcanzar a sujetar mis manos y sostenerlas entre las suyas.

Le sonreí, pues tuvo precaución con sus movimientos, cuidadoso de no lastimar los pequeños cortes que tenía en las palmas ni de apretar los hematomas que manchaban la piel del dorso.

Durante un rato no dijimos nada. Adrián parecía haberse enfrascado con mi imagen. Sus ojos escaneaban mi rostro con detenimiento, se detenía en cada

detalle originado por la disputa con Tania, pero notaba lo incómodo que le resultaba aquella situación.

Adrián también estaba dolido, no solo porque se sentía culpable —o por lo menos eso fue lo que manifestó—, sino porque su relación con Tania había terminado. No me atrevía a preguntarle sobre ello, pero sabía que su corazón estaba un poco roto. Lo entendía a la perfección, pues nunca es sencillo alejarse de la persona que amas, cualquiera que fuera el motivo.

Él dijo que terminó su relación por diversas cuestiones, todas muy válidas, pero eso no significaba que ya no sentía nada por ella. Cuando alguien realmente te importa, no puedes olvidarla así de fácil, de un día a otro. No. El olvido tarda, a veces demasiado, y es doloroso, tanto que, en ocasiones, crees que esa opresión en el estómago nunca desaparecerá.

Pero después aprendí que sí, todo pasa.

Me soltó y llevó su mano hacia mi rostro, haciendo un ademán de querer acariciar mi mejilla, sin embargo, un recuerdo asaltó mi mente, llevándome al momento en el que las manos de Tania asestaron golpes contra mi rostro. Instintivamente me eché para atrás, esquivando su caricia, lo que no pudo pasar desapercibido para él.

—No... —susurré, con miedo.

—¿Por qué no? —Dejó la mano suspendida en el aire, a pocos centímetros de mi rostro—. Solo intento...

—Sé lo que intentas hacer. —No me atreví a mirarlo a la cara—. Y no estoy lista para eso.

—Está bien —dijo, retractándose de su única intención al bajar el brazo hacia su costado.

Mi respiración estaba levemente agitada, me sentía nerviosa por lo que acababa de suceder. Cualquier clase de tacto, no solo el de Adrián, me ponía ansiosa. Incluso los dulces besos de mi madre me generaban un estado de inquietud, perturbada por los vívidos recuerdos, aunque no fui capaz de rechazar sus caricias llenas de amor, a pesar de la reacción arisca de mi cuerpo.

—Ana, ¿qué puedo hacer por ti? —cuestionó de repente.

—Nada. —Le dediqué una afable sonrisa—. Lo único que necesito es que el tiempo transcurra, para así, quizás, poder olvidar.

Exhaló con pesar. —No importa cuánto tiempo necesites para eso, yo estaré contigo. —Sus ojos buscaron crear una conexión con los míos—. Y haré lo que sea necesario para ayudarte.

—Gracias, Adrián. —Volvió a tomar mis manos entre las tuyas, limitándose a esa caricia menos íntima.

—Es lo menor que puedo hacer por ti. —Su voz sonaba tortuosa.

CAPÍTULO 33

Las últimas tres semanas se desvanecieron con rapidez y falta de relevancia, a pesar de que ese corto lapso englobó días tan importantes como la Navidad y la celebración de Año Nuevo. Dichos acontecimientos habían perdido la chispa de alegría en mi hogar tras el divorcio de mis padres. En el pasado disfrutábamos de esos días juntos, como una familia aparentemente *feliz*, sin embargo, su separación significó que debía elegir con quién quería pasar cada día; usualmente pasaba Navidad con mi madre, y Año Nuevo con Jorge, aunque ese año pude celebrar ambas fechas con Sandra, puesto que mi padre optó por irse con sus amigos a unas cabañas.

Durante las vacaciones de invierno la ciudad sufría una considerable pérdida de habitantes que preferían salir a disfrutar de otros paradisíacos destinos, por lo que el bullicio y el tráfico disminuía, volviendo la urbe un lugar más pacífico y agradable para los que decidíamos quedarnos en la comodidad de nuestro hogar.

Aunque ese panorama se convirtió en el escenario de una taciturna situación, donde Adrián y sus amigos fueron los protagonistas.

Las despedidas siempre eran dolorosas, especialmente cuando se trataba de una persona que estuvo contigo en los buenos y malos momentos ofreciéndote su amistad, como un apoyo tanto moral como físico.

Adrián me había comentado que Mario, uno de sus mejores amigos desde hacía ya varios años, se mudaría al otro lado del país a causa del trabajo de su padre, al ser transferido a un mejor puesto dentro de la matriz de la empresa donde laboraba. Cuando me lo contó, no le tomé demasiada importancia, pues aún faltaban varias semanas para que llegase el día, sin embargo, el tiempo transcurre con demasiada velocidad cuando no quieres que llegue alguna fecha, como una clase de cruel broma.

El grupo le organizó una despedida a Mario en su casa, como un adiós a todas las tardes que pasaron juntos en el jardín trasero, recordando buenos momentos, entre los cuales hubo alegría compartida y tristeza consolada. Fueron casi tres años los que compartieron con él, algunos se volvieron más unidos que otros, pero todos se sumergían en un estado de melancolía ante la inevitable separación.

Permanecí la mayor parte del tiempo en silencio, escuchando, pues no creía que fuera conveniente participar en la conversación de viejas memorias en las que no estuve involucrada.

Fue grato formar parte de ese momento, aunque adopté un papel como mera espectadora. Ver sus reacciones ante cada recuerdo y la emotividad que los embargaba. Todos se veían tristes, las chicas no fueron capaces de contener las lágrimas tras el primer comentario sobre la distancia; Mario cedió al sentimentalismo luego de que Andrés, dominado por la embriaguez, le dedicara unas palabras de agradecimiento por su amistad, y le dijera lo mucho que lo extrañaría, pues alejarse de su mejor amigo significaba que una parte de él se iría al otro lado del país.

David también se mostró emotivo, derramando solo un par de lágrimas que mancharon sus mejillas, y las cuales no se avergonzó de limpiar. Incluso yo me sentí al borde del llanto, conmovida por la escena que se desarrollaba frente a mí.

Sin embargo, uno de ellos no demostró su dolor mediante lágrimas, sino que mantuvo una postura serena y, ciertamente, indiferente. Adrián pasó la noche con los brazos cruzados sobre el pecho, interactuando de vez en cuando, solo para hacer comentarios divertidos que los hizo reír a todos, tajando los minutos amargos. Pero no manifestó algún ápice de sufrimiento. Se mostró tan sobrio, que me cuestioné si alguien más notaba esa actitud. Miré a todos, pero nadie parecía notarlo o, si lo hacían, no les interesaba.

A veces me sorprendía su actitud distante, parecía que absorbía sus sentimientos, los guardaba bajo llave, y después los exprimía en algún sitio alejado, allá donde nadie podía verle, un lugar secreto, el cual me encantaría descubrir, solo para saber qué había ahí, y si en alguna parte estaba plasmado mi nombre.

Catalina nos incitó a todos a decirle algunas palabras a Mario, no como despedida, sino como un recordatorio de aquello que extrañaríamos de él. Cada uno le dedicó una oración, un buen deseo, o el recuerdo de algún momento que compartieron juntos; inclusive yo participé, diciéndole que estaba feliz por haberle conocido, y que agradecía por haberme ofrecido su hogar como el mío, gesto que apreciaba.

Al final de aquel conmovedor momento se hizo una promesa: esa no sería la última vez que veríamos a Mario. Todos ahorráramos la cantidad suficiente de dinero para hacer un viaje a su nueva ciudad, donde él aseguró que nos recibiría con la misma alegría con la que lo hacía ahí.

Aunque, si se me permite contarlo, diré que esa promesa nunca se cumplió.

Me atormentaba ver tanta melancolía reunida en un espacio tan pequeño, especialmente si emanaba de personas tan increíbles como ellos, quienes no merecían sentirse así por ningún motivo... o por lo menos yo lo consideraba de esa manera. Cada uno de ellos había demostrado ser alguien merecedor de cosas positivas y de mucha felicidad.

Aunque, como en cualquier cuestión, similar a un análisis previo que hice respecto a Adrián, no todo era bueno ni malo, blanco o negro. Y ese día no solo el cielo estaba teñido de gris, sino también el corazón de los que estábamos ahí reunidos. La tristeza era evidente, pero todos intentaban sonreír para aminorar el amargo sabor del final.

Las manecillas del reloj se movieron con vertiginosa rapidez, consumiendo las horas en cuestión de parpadeos, entre las risas manchadas por lágrimas y los ocasionales brindis por la salud de Mario. El tiempo jugó en contra, avanzando hasta casi las dos de la mañana, cuando el señor Montenegro salió al jardín para terminar con la velada. Nadie quería irse, pero el vuelo que tomarían saldría muy temprano por la mañana, y necesitaban descansar, aunque fuese unas cuantas horas.

Adrián fue el primero en despedirse, se notaba un tanto ansioso, no podía seguir disimulando su urgencia por irse de ahí, pero no entendía el porqué de ello. Se acercó a todos sus amigos, a aquellos que volvería a ver, y les dijo que le escribieran para la siguiente reunión. Al final, se acercó a Mario y lo abrazó, susurrándole un discurso que nadie más pudo apreciar, y el cual solo ellos dos sabrían hasta sus últimos días. Al viajero se le escaparon algunas lágrimas más, pero una sonrisa se dibujó en su rostro, como forma de agradecimiento por aquello que escuchó.

—Hasta pronto. —Le dije cuando fue mi turno de despedirme y abrazarlo con cariño—. Te deseo lo mejor, y no te olvides de nosotros.

—Gracias, Ana, y nunca podría hacerlo. —Me apretujó con fuerza contra él, y, en voz baja, me dijo—: Cuídate, y también cuida de Adrián, por favor.

Asentí contra su hombro. —Descuida, él estará bien.

—Lo sé, está en buenas manos. —Se apartó varios centímetros de mí y sujetó mi mejilla con su mano—. Te agradezco por este tiempo, te llevaré en mis pensamientos como a una gran amiga.

Le di un pequeño beso en la mejilla.

Aquella fue la última vez que hablé con Mario, pero gracias a los demás

supe que él estaba bien, viviendo el sueño de todo adolescente adinerado: estudiando en una prestigiosa universidad, conduciendo un auto deportivo, y rodeado de personas similares a él.

Esa noche le dije adiós sin saberlo, pero agradecida por lo poco que vivimos juntos como —quizás— buenos amigos.

Caminé en silencio junto a Adrián hacia el automóvil estacionado afuera de la cochera. La calle estaba sola, parcialmente iluminada, y ambientada únicamente gracias al sonido producido por el travieso viento que andaba de un lugar a otro, silbando con misteriosa actitud.

Me abrió la puerta y esperó a que me subiera para cerrarla, después caminó por el frente del vehículo y se quedó quieto, observando hacia la casa. Desde mi posición podía ver su semblante: nostálgico y dolido, añorante por un futuro lejos de esa casa, el lugar donde nos conocimos varios meses atrás. Tras unos segundos de pausa, recobró su actitud normal y subió a la cabina, encendiendo el motor sin mayor demora.

Comenzamos con el camino de vuelta a mi hogar. El reloj marcaba cinco minutos después de las dos de la mañana. Ya era un poco tarde, pero sabía que mi madre estaría despierta, esperando por mí. No le gustó la idea de que saliera con Adrián, considerando lo que había sucedido, pero aún respetaba el acuerdo sobre permitirme tomar mis propias decisiones, aunque no les gustase del todo a mi padre y a ella.

Observé a Adrián durante un prolongado lapso, analizando su expresión y postura: estaba tenso, lo cual se manifestaba en la forma con la que sujetaba el volante. Se hallaba tan ensimismado en sus pensamientos, que ni siquiera se daba cuenta de mi mirada estaba sobre él, podía, incluso, bajarme del auto en movimiento, y quizás él no se enteraría de ello.

—¿Estás bien? —pregunté tras varios minutos en silencio, quizás más de la mitad de los que se necesitaban para llegar a mi hogar.

—Sí —respondió con seriedad.

Entonces noté que relajó los brazos.

—De tus amigos fuiste el único que no lloró —comenté, esperando ver un cambio en su semblante.

—Lo sé... —Se quedó callado unos segundos, pensativo—, pero no me gusta hacerlo.

—¿No? —pregunté con verdadera curiosidad—. ¿Por qué?

El tiempo se nos estaba acabando, pues ya íbamos en la calle donde estaba mi hogar. La casa de Mario no estaba muy lejos de ahí, y a eso le

sumábamos el hecho de que, debido a la hora, no había tráfico que nos retrasara.

—Es una tontería mía. —Tamborileó con los dedos sobre el volante—. Creo que es la mayor muestra de debilidad.

Me reí. —Entonces soy una persona débil —dije con un ápice de diversión—, porque yo suelo llorar por todo.

—No, no es eso —respondió con premura—. Es solo que no lo hago desde hace mucho tiempo. Desde que era un niño, en realidad.

¿Qué diablos?

—¿Es una broma? —pregunté con verdadera sorpresa, incapaz de esconderla—. ¿Por qué?

Sonrió. —Te dije que era una tontería.

Quería saber más.

Su confesión me dejó desconcertada, lo que me hizo recordar cada día junto a él.

En algunas ocasiones sus ojos se humedecieron y enrojecieron, como una clara muestra de dolor y deseos por liberarlo mediante las lágrimas, pero eso nunca sucedió.

¡Adrián no lloraba!

¿Por qué?

Detuvo el carro frente a mi hogar y vislumbré que la luz detrás de una de las ventanas del segundo nivel estaba encendida, la habitación de mi madre, para ser más específica, lo que significaba que mi suposición era correcta: estaba despierta esperándome.

—Bueno, hemos llegado —dijo mientras miraba hacia aquella dirección. Apagó el motor del auto y se desabrochó el cinturón de seguridad, haciendo ademán de abrir su puerta—. Anda, tengo que llevarte hasta la puerta.

Lo sujeté del antebrazo, deteniéndolo en su intento por salir.

—Quedémonos un poco más. —Pedí con voz suave.

—¿Y qué hay de tu madre? —preguntó, intercalando su atención entre la casa y mi rostro—. ¿No se enfadará porque estamos aquí afuera?

—No sabe que hemos llegado —comenté con una sonrisa rebelde—, así que puedo tardar otro rato en llegar.

De nuevo miró hacia allá, pero terminó enfocándose en mí. —De acuerdo, tú ganas; pero si tu madre se enfada le diré que todo fue tu idea. —Levantó las manos en forma de rendición—. Yo me negué rotundamente.

Me reí con él. —Bien, aceptaré la culpa.

Permanecimos en silencio durante un rato, mirándonos fijamente a los ojos. Aquella noche ninguno de los dos había bebido, ni siquiera porque los otros se entregaron a la etérea sensación causada por la embriaguez. La condición que impuso mi madre para dejarme salir era que ni Adrián ni yo bebiéramos, pues hacerlo significaba un peligro para nuestro bienestar, especialmente si él lo hacía, considerando que conduciría; le prometí que no lo haríamos, por lo que no debía preocuparse. Entonces, ambos estábamos conscientes, rebosantes de nuestros cinco sentidos.

—A pesar del motivo de la reunión, me la pasé muy bien esta noche — dije en voz baja.

—Sí, yo también. —Me dedicó una afable sonrisa—. Gracias por acompañarme, Ana.

—No hay de qué. —Hasta ese momento me di cuenta de que seguía sujetándolo por el antebrazo, y opté por acariciarlo con dulces movimientos—. Me necesitabas, así que no podía dejarte solo.

Exhaló y apartó su atención de mí, recargando la cabeza en el asiento para mirar hacia el techo de la cabina.

No comprendí que significaba aquella acción, por lo que me alejé de él y también me acomodé en el asiento, recobrando una posición neutral, donde no demostraba que quería estar más cerca de él, pero tampoco aparentando estar deseosa por marcharme, aunque tal vez esto último era lo mejor, considerando que su presencia me inquietaba, y ejercía un terrible poder sobre mis sensaciones.

—Tal vez sea mejor que entré. —Apunté, girándome hacia la puerta.

De pronto el sonido de su teléfono tajo el silencio en el que nos hallábamos. Ambos centramos nuestra atención en el aparato que Adrián sacó del bolsillo de su pantalón. Me resultó extraño que alguien le llamase tan tarde, pero intuí que se trataría de su madre, preocupada por la hora.

Pero estaba equivocada, terriblemente equivocada.

Percibí su expresión confundida e incrédula, por lo que me incliné algunos centímetros hacia él, desde donde alcancé a leer el nombre de la persona que llamaba: Tania. Sentí una opresión en el pecho que me hizo perder gran parte del oxígeno almacenado en mis pulmones, fue como recibir un golpe directo en el estómago que me sofocó.

—¿Por qué te está llamando? —La voz me tembló.

—No lo sé.

—Pues entonces... contesta. —Le dije, aunque no quería que lo hiciera—.

Tal vez sea algo importante.

El teléfono dejó de vibrar, oscureciéndose cuando la llamada terminó. Experimenté un gran alivio, sin embargo, éste apenas duró unos segundos, pues la pantalla volvió a iluminarse con el nombre de su exnovia. Me miró, preguntándome sin palabras si podía responder, a lo que respondí con un gesto afirmativo de la cabeza.

La parsimonia ahí en englobada me permitió escuchar la voz al otro lado de la línea.

—*Adrián...* —Hablabla con temblores.

No quería ceder a lo que mi cuerpo ordenaba, pero escuchar la voz de Tania era un mal recuerdo de lo que había sucedido, y esto se manifestaba con un terrible dolor en mi pecho que me hizo respirar con dificultad, al punto de necesitar exhalar por la boca varias veces para intentar normalizar el ritmo de ésta. Mi acompañante ni siquiera se percató de ello al estar enfrascado en un estupor ocasionado por la misma persona, pero, quizás, en un sentido opuesto al mío.

—Tania, ¿te encuentras bien? —cuestionó con nerviosismo.

—*No, no estoy bien.* —Sollozó.

—¿Qué sucede?

—*Te extraño.* —Lloriqueó—. *Por favor, vuelve conmigo.*

Adrián me miró, y estoy segura de que notó la expresión atormentada de mi rostro.

No estaba segura si quería escuchar la respuesta que él daría ante esa súplica, así que le hice señas con la mano para indicarle que bajaría del auto y me iría; sin embargo, negó bruscamente, pidiendo que me quedara. Le dije que no e insistí en mi huida, así como también continuó negándose a que me marchara. Durante unos segundos discutimos en silencio, lucha que Adrián ganó gracias a la fijeza de su mirada.

Me crucé de brazos, inconforme por la debilidad que mostraba por él.

—Tania, no sé qué decirte —respondió, mostrándose incómodo.

—*No tienes qué responder ahora.* —Su voz apenas era entendible entre los lamentos.

Se quedó callado durante unos segundos, denotando duda, y de pronto cuestionó: —¿En dónde estás?

—*En mi ha-habitación.* —Tartamudeaba—. *¿Por qué?, ¿vendrás a visitarme?*

—No. —Exhaló con pesadez—. Tania, tienes que dormir.

—*Lo haré si vienes.* —Se escuchó un hipido—. *Estoy sola en mi casa.*

¡Oh, por favor!

—Ya te dije que no. —Cambió el teléfono a su otra oreja, en un vano intento por alejarlo de mí.

—*Pero... pero... dame una oportunidad.*

—Escucha, Tania, no quiero ser grosero —Inhaló con profundidad—, pero no quiero que vuelvas a llamarme. No me interesa regresar contigo, así que evita todo este tipo de dramas, ¿sí?

—*¡Dijiste que me amabas!* —Gritó, y Adrián alejó el celular de su oreja por un instante, aturdido.

—Lo hacía... —Lo vi agitarse ante de emitir sus siguientes palabras—, pero mi mejor amiga es primero que cualquier otra chica. —Cerró los ojos un momento—. Que estés bien, Tania.

Y colgó.

Su respiración era violenta, podía escucharse similar a un huracán que arrancaba todo a su paso. Sus hombros se mecían al compás de la desesperación que lo embargaba, y en su rostro anidaba una expresión de tristeza.

Y yo no encontraba las palabras adecuadas para alentarle después de lo mencionado.

Por un fragmento de tiempo me sentí feliz, dichosa por lo que acababa de escuchar, Adrián me había elegido a mí; sin embargo, esa alegría se desvaneció cuando noté lo mucho que le dolió hacerlo.

—Ana, lo siento... —dijo tras un minuto sumergido dentro de sí.

—No te disculpes, yo te dije que respondieras. —Agaché el rostro, avergonzada—. Aunque aún me es difícil escuchar su voz.

Se acercó a mí y sujetó mi mentón con delicadeza, haciéndome levantar el rostro para que lo mirara.

—Lo lamento —dijo en una baja tonalidad—, no volverá a suceder.

—Gracias. —Sentí el rubor apoderarse de mis mejillas—. También por eso que dijiste sobre mí.

Se quedó ahí, mirándome de cerca, escrutando mi rostro como si yo no pudiera darme cuenta de ello. Sus ojos viajaban por cada rincón de mi faz, deteniéndose un segundo en cada facción, hasta llegar a la costra de mi frente, la cual estaba a nada de desaparecer.

Me sonrió, y le correspondí con la misma gentileza.

Condujo su mano por mi mejilla hacia la parte posterior de mi cabeza,

utilizando movimientos lentos y suaves, los cuales pronto se convirtieron en un jugueteo con los mechones de mi cabello.

Reí, pues sus dedos me hacían cosquillas en la nuca. Me acerqué a él, presa de la sensación, hasta que apenas unos centímetros nos separaban. Tan cercanos que nos fue inevitable cambiar nuestro estado a un más serio, de acuerdo con el momento que vivíamos.

—¿Te he dicho lo increíble que me pareces? —cuestionó en voz baja, aún con su mano en mi cabello.

—Tal vez —respondí con otra sonrisa.

—¿Y te he dicho alguna vez lo hermosa que eres?

Mi corazón palpitaba con fuerza.

—Lo recordaría si lo hubieras hecho —dije después de negar con la cabeza.

Entonces, poco a poco, Adrián fue acercándose a mí, reduciendo la distancia que nos separaba. Yo permanecí inmóvil, a la espera de analizar sus acciones, sintiendo la desesperación con la que los latidos aumentaban su velocidad, hasta un punto en el que lo creí imposible, quizás al borde de un colapso cardíaco.

—Di que no si quieres que me detenga —susurró, todavía acercando su boca a la mía.

No respondí.

Pero a veces el silencio también era una respuesta.

Nuestros labios se unieron apenas en un roce, y un leve cosquilleo que hormigueó en todo mi rostro hasta, pronto, extenderse a cada fibra que conformaba mi cuerpo. Fue como el chisporrotear de un cerillo, el cual comienza siendo una pequeña flama, pero que, con el tiempo y los factores necesarios, puede causar un incendio.

Intenté apartarme, pues estaba consciente de que mis labios temblaban ante la caricia, y no quería que Adrián notara lo ansiosa que me ponía la situación. Sin embargo, no me permitió alejarme, sosteniéndome con firmeza a tan solo un centímetro de distancia. Me reí ante ello y eso pareció fascinarle.

Volvió a llevarme hacia su boca, aquella vez con movimientos más rápidos y menos cuidadosos. Abrió sus labios y permití que su lengua tocara la mía. Sufrí un estremecimiento en todas mis terminaciones nerviosas, y un suspiro escapó de mi boca, haciéndolo reír. Sus manos se entretuvieron con mi cabello, enredando sus dedos en él, acariciando la piel de mi cuello y, ocasionalmente, tocando el lóbulo de mi oreja con el pulgar.

Tal vez nos besamos por treinta segundos, quizás fueron dos minutos o, incluso, una hora, ¡quién sabe! Pero hubiera podido permanecer en ese momento por una eternidad, aunque ni siquiera así hubiese sido el tiempo suficiente para saciar mi deseo de Adrián.

Cuando nos apartamos, las ventanas del carro estaban empañadas, respirábamos con dificultad, y sentía los labios hinchados por las mordidas que intercambiamos.

Fue un beso apasionado, tan distinto al que recordaba de la noche en la fiesta de fin de curso. Esta nueva caricia contaba con todas las cualidades para ser un beso real, cargado de sentimientos y consciencia, de ambos, lo que significaba que Adrián también sentía algo por mí.

—¿También quieres que me olvide de esto? —pregunté con una risa, tratando de respirar con normalidad.

—No. —Me sonrió—. Pero será mejor que me vaya.

—Sí, pero te veré mañana, ¿cierto?

—En unas cuantas horas, en realidad.

Me acompañó hasta la entrada de mi hogar, lugar donde se disparó un cuadro de confusión entre ambos al no saber cómo despedirnos, si era correcto un simple beso en la mejilla, o si a partir de aquella escena tendríamos que traspasar esa cordialidad a algo más.

—Yo... eh... te veré en un rato, ¿sí? —dijo, nervioso.

—Sí, está bien. —Le sonreí muy apenas, inquieta. Me giré para meter la llave en la cerradura—. Gracias por esta noche, fue espectacular.

—Buenas noches, *Little Darling*.

—Buenas noches, Adrián. —Abrí la puerta e hice ademán de entrar.

Pero él no estaba conforme con esa trivial despedida. Rápidamente, y sin previo aviso, se acercó a mí y me sujetó por ambas mejillas, levantando mi rostro para robarme un último beso en los labios que me hizo suspirar.

Eso, querida Ana, fue entregarse a un doloroso juego, cuyas reglas no conocía.

CAPÍTULO 34

Yo juro que no era mi plan volver a quedar atrapada dentro de las redes de Adrián, no después de todo el sufrimiento que experimenté en los últimos meses, ni de las conversaciones que tuve con mi madre y Cristina, las cuales me hicieron abrir los ojos a la realidad, pero, como una tonta enamorada, volví a cubrirlos con una venda, reacia a creer que lo nuestro no estaba destinado a ser.

Pero no me daba cuenta —o no quería hacerlo— de que no se suponía que el amor fuera así, tan doloroso e incierto, o por lo menos no al comienzo, cuando todo debía ser color de rosa, romántico y repleto de cursilerías, aunque, analizándolo con detenimiento, quizás ese martirio se derivó de que entre nosotros nunca hubo algo más que una amistad.

Tal vez.

A mi mente le gustaba divagar en las decenas de posibilidades, encontrando parajes menos tormentosos que me permitieran dormir durante las noches. Esa clase de lugares donde todo estaba pintado por atisbos de felicidad y parsimonia; un mundo repleto de imágenes donde Adrián y yo éramos dos enamorados que disfrutaban de su compañía.

Ay Ana, ¿por qué te mentías de aquella manera?

Es que todo era tan confuso. A veces sentía que Adrián me quería como algo más que a una simple amiga, sin embargo, en otras ocasiones su actitud me daba un golpe de realidad, recordándome que lo nuestro se limitaba a... ¿algo? Algo que ni siquiera podía describir con palabras... éramos, pero al mismo tiempo no.

Durante la última semana fui jugadora en una clase de trampa, en la que cada día fue un motivo más para enamorarme de Adrián, sin saber el verdadero trasfondo de la situación, ni detenerme a pensar en qué revoloteaba por su mente. Solo cedí a las lindas caricias, teñidas por una dulzura que no conocía en él.

En cada beso sus manos jugaban con mi cabello con tiernos movimientos; acariciaba mi rostro con la punta de sus dedos, con lentos y cálidos pincelazos; me sujetaba con fuerza cuando sus brazos me rodeaban, como si temiera que me alejara de su cuerpo. Mi tacto se acostumbró al suyo,

pidiéndolo durante todas las horas del día, anhelante en las noches en las que estábamos alejados.

El amor era tan poderoso, te podía reconstruir o destrozarte en miles de pedazos.

Y por las circunstancias dadas, yo creía que cada trozo de mi corazón volvería a unirse, haciendo que creyera ciegamente en ese sentimiento tan complejo. Cada acelerado palpitar, era una esperanza para recobrar —o por lo menos olvidar— las noches en vela que pasé llorando por el mismo chico que, entonces, era el causante de mis sonrisas.

Esos fríos días no se asemejaron a ningunos otros, a ningún invierno, en realidad. La calidez de la compañía de Adrián me mantenía en un estado ameno, haciéndome olvidar de todo aquello que ocurría fuera de la burbuja en la que nos encerrábamos la que, usualmente, se trataba de mi habitación.

Una tarde, estábamos recostados en mi cama viendo una película romántica: Mil noches antes de decir te quiero. Tenía la cabeza recargada sobre su pecho, y sus brazos rodeaban mi cuerpo, en un sutil intento por mantenerme lo más cerca posible de él. A ambos nos gustaba esa proximidad, en la que podíamos sentir cada movimiento del otro, hasta la más sutil respiración.

Sin embargo, aquello que llevaba días carcomiendo mi mente, no tardó en comenzar a hacer de las suyas, bombardeándome con cientos de preguntas que viajaban de un lado a otro de mis pensamientos, volviéndolos opacos y confusos.

Necesitaba alguna respuesta, aunque fuera solo a una pregunta.

Y sabía bien cuál era la que deseaba conocer.

Pausé la cinta, justamente en una escena donde el protagonista sujetaba de las mejillas a la chica y la acercaba a él para besarla. Esa imagen quedó congelada frente a nosotros, como una burla de lo que sucedía dentro de mi cabeza.

—¿Qué sucede? —preguntó, acariciando mi espalda con la palma de su mano.

Por un momento creí que no sería lo suficientemente valiente para emitir las palabras que raspaban mi garganta, ansiosas por conocer la luz. Pero, el simple hecho de estar ahí, atrapada entre sus brazos, fue suficiente para que me armara de audacia.

Me erguí unos centímetros para poder mirarlo al rostro. —Adrián, nosotros... ¿qué somos?

Apartó su mano de mí con brusquedad, lo que me hizo sentir un pinchazo en el pecho.

¿Eso qué significaba?

Inhalé profundo y me levanté para sentarme en la orilla de la cama. Durante esos segundos no pude apartar la mirada de su rostro, en la búsqueda de alguna señal que me revelara qué era lo que estaba pensando, pero su semblante era inescrutable.

Se quedó muy serio, observándome con la misma fijeza con la que yo lo hacía. Enseguida, con ayuda de sus codos, se enderezó sobre la cama y se hizo hacia atrás, hasta que su espalda quedó recargada contra la cabecera de la cama.

—Somos amigos —respondió sin titubeos.

Cada grieta de mi corazón que creí haber curado, volvió a fracturarse. El sonido fue claro, tan ruidoso que me sorprendió que Adrián no se cubriera los oídos ante ello.

¡Crash!

Como un vidrio quebrándose en cientos de pedazos, ¡en miles!

Giré mi cuerpo, tratando de esconder la expresión de mi rostro al darle la espalda.

—¿Solo somos eso? —El vaivén de mi respiración podía notarse en mi tórax—. ¿Amigos?

—Sí. —La seriedad de su voz quemaba.

Después de todo él aún me consideraba solo como a una amiga más... pero, los amigos no se besaban, ¿o sí? No se tomaban de la mano, no dormían juntos por las tardes, no intercambiaban secretos tan íntimos, no luchaban por saber quién quería más al otro.

¡No lo hacían!

Y si así era, no quería continuar, no a sabiendas de que todas las caricias eran vacías, sin sentido ni verdadero amor, sino meramente como un roce entre dos cuerpos que desean la compañía de otro.

—De acuerdo —dije, sintiendo una horrible opresión en mi estómago.

—Ana... —Gateó por encima del colchón hasta llegar a mi lado, sentándose también en el borde de la cama—, ¿alguna vez has escuchado el término “amigos con derechos”?

¡Claro que lo había escuchado!

Lo miré, fingiendo confusión. —No.

—Bueno... —Exhaló—, es cuando dos amigos se besan e intiman, pero

son solo eso... *amigos*. Sin una etiqueta de noviazgo.

¡Cállate, por favor! No digas más.

No continúes.

—Y sin exclusividad —comenté en voz baja.

—¿Eso es lo que te preocupa? —Escaneó mi rostro, deteniéndose de nuevo en mis ojos—. ¿Qué esté con alguien más?

¡Por supuesto que no, idiota!

—No lo sé... —Me encogí de hombros y aparté la mirada de él, centrándola en el suelo.

Me preocupa ser solo un juego para ti.

Se rio y tomó mis manos entre las suyas, un gesto que, con anterioridad, me hubiera acelerado el corazón y ocasionado que mis mejillas se sonrojaran, pero aquella vez experimenté algo distinto, una sensación fría.

—No hay nadie más.

—¿Y entonces por qué...? —No fui capaz de completar otra de las muchas preguntas que rondaban por mi mente—. Agh, olvídalo.

—Y entonces, ¿qué? —Levantó las cejas de forma inquisitiva.

—No importa —dije tras una negación con la cabeza.

—Ana...

No quería seguir con lo que fuera que tuviéramos, pero una parte de mí tenía miedo de que todo terminara. Por fin estaba con él, por fin tenía esa pequeña oportunidad de poder ser feliz a su lado, y no quería desperdiciarla, ¿cómo podría hacerlo? Era como rechazar un diamante en bruto... aunque tal vez lo estaba confundiendo con un trozo maltratado de carbón.

Mis ojos ardían, sentía la necesidad de llorar, pero no era una opción.

Cuando creí que no podría contener las lágrimas por más tiempo, me acerqué a Adrián, terminando la conversación con un beso. Uní nuestros labios, a pesar de que realmente no quisiera hacerlo, pero aquello fue lo único que se me ocurrió para controlar el temblor de mi cuerpo, y el incesante deseo por huir de la realidad.

Correspondió a la caricia con la misma intensidad, sujetándome por la cintura y acercándose a él como siempre solía hacerlo. Sin embargo, esa ocasión fue más allá de lo acostumbrado, cuando, con delicadeza, me recostó sobre la cama con la misma facilidad con la que el viento arrastra una hoja y la mece a su antojo.

Se inclinó sobre mí, sosteniéndose con las manos a los costados de mi cabeza para no aplastar mi cuerpo debajo del suyo.

¿Qué se supone que debía de hacer ahora?

Me dejé llevar por aquella traicionera caricia, besándolo como si la previa conversación no hubiese sucedido, borrando de mi memoria sus filosas palabras, las cuales aún acuchillaban en el centro de mis costillas.

Aferré mis manos a sus hombros, pero después las subí hacia su cuello y jugueteé con sus castaños mechones, enredándolos entre mis dedos, tirando de ellos con sutileza, robando algunos suspiros que se escapaban entre sus labios y los míos.

Con cada segundo que transcurría la intensidad de aquella caricia iba en aumento. Las respiraciones agitadas, los corazones latiendo con fiereza al unísono, la piel mojada por pequeñas gotas de sudor a pesar del frío.

Acercó su cuerpo al mío, tanto que apenas unos centímetros nos separaban. Podía sentir la agitación de su respiración contra mi torso mientras saboreaba sus labios con mi lengua.

No sabía qué me estaba sucediendo, no comprendía por qué estaba actuando de una manera tan atrevida y descontrolada, como si nada importara, como si esa fuera la última tarde del mundo y tuviera que disfrutarla al máximo, temerosa de la proximidad del final.

Por casi veinte minutos estuvimos así, embelesados por el éxtasis de una pasión no consumida. Necesitados de cariño, sedientos de amor, cegados por una necesidad carnal, embelesados por una ensoñación lejana. Todo aquello era una mentira originada por la confusión, la cual nos hacía creer que lo que hacíamos era correcto, y que los sentimientos involucrados de por medio eran reales, cuando la realidad se trataba de algo tan distante.

A eso yo no le llamaba amor, era semejante a una obsesión por no perder al que creí que era mi primer amor.

Un amor no correspondido.

* * *

Estaba recostada boca abajo en la cama, escuchando música a través de los audífonos mientras hojeaba un catálogo de zapatos. La melodía que me envolvía era una de mis canciones favoritas de ese entonces, pues cada uno de sus versos era una representación de mi vida amorosa: a veces tan alegre y envidiable, otras veces tan confusa y dolorosa.

Me asustaba tener un instante de soledad, en el que mi mente divagaba en el pasado, en aquellas memorias más tormentosas, las que más anhelaba olvidar. Pero era inevitable remontarme a esos momentos, me atraían como un imán, sin posibilidad de escape. A pesar de que intentara pensar en lo que

fuese, cualquier cosa, cuando cerraba los ojos había alguna imagen que me retornaba algunas semanas atrás, esos días de sufrimiento.

Esa situación, repleta de melancolía, hacía que me cuestionara demasiadas cosas. Si realmente quería volver a confiar en Adrián ciegamente, o si debiese ser más precavida con mis acciones. No quería entregarme a una posición defensiva, en la que no pudiera ser honesta con él y mintiera sobre lo que pensaba, pero tampoco pretendía ser una chica que ponía su pecho para recibir cualquier puñalada.

Era complicado, tambalearse entre una delgada línea de inseguridad.

¿Qué era lo mejor para mí?

¿Entregarme al amor?

¿O no creer en él de nuevo?

De pronto me di cuenta de que me había quedado estática, con una hoja sujeta entre mis dedos. La música había terminado, y la pantalla de mi celular estaba oscura. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que me perdí dentro de mis pensamientos, aunque eso ya no era sorprendente para mí, pues me pasaba por lo menos una vez al día.

Cerré el catálogo y lo hice a un lado. Llevaba hojeándolo casi cuarenta minutos, pero no había visto nada en realidad. No tenía cabeza para otra cosa que no fuera el asunto relacionado con Adrián, y lo mucho que me dolía el saber que él solo me seguía considerando como una amiga.

Una amiga con derechos.

Eso hacía que me preguntara si yo no valía lo suficiente para que me quisiera como a una novia.

La verdad, es que toda esa situación hizo que me sintiera inferior: fea, sin gracia, carente de cualidades, pero repleta de defectos, boba, ridícula, invisible. Podría continuar con un largo listado de adjetivos que me describían, o que creía que lo hacían, cada uno de ellos desvalorizándome, haciéndome creer que no era nada, y que no merecía a alguien como Adrián.

Eso no era normal, ¿o sí?

Quizá no, y ahí radicaba el problema: no sabía cómo volver a amarme, si todo mi amor estaba enfrascado en él.

Creí que de nuevo me sumergiría en ese estado de indefensión, gobernado por la inseguridad y la falta de autoestima, cuando el silencio de mi hogar fue tajado por el sonido del timbre en el primer nivel de la casa. Mi madre no estaba, por lo que tuve que levantarme de la cama para ir a abrir la puerta. Estaba en pijama, resignada a pasar la tarde en la comodidad de mi

habitación; no me importaba quién pudiese estar al otro lado de la puerta, pues sabía que no me estarían buscando a mí, pero, si fuera así, la persona se trataría de alguien de confianza, quien seguramente me había visto así de informal en alguna ocasión pasada. Aunque, después de eso, aprendí que tal vez sí era necesario arreglarse un poco antes de abrir.

Mi mirada se topó con los ojos castaños del visitante, los cuales me escrutaron con rapidez de la cabeza a los pies.

—¡Miguel! —Exclamé, sorprendida.

—Ana, hola. —Su atención se posó en algún punto del suelo—. ¿Cómo estás?

Me escondí detrás de la puerta, en un vano intento por hacerle olvidar mi apariencia.

—Yo... eh... bien. —Tenía el rostro caliente por la vergüenza—. ¿Y tú?

Le vi sonreír. —Bien, gracias. Mmm, ¿estás demasiado ocupada?

—No —respondí, maldiciendo por lo bajo.

—Entonces, ¿crees que podemos hablar un momento? —Levantó la vista hacia mi rostro.

¡Diablos!

—Claro —dije de forma amable—. Eh... ¿quieres pasar?

Asintió. —Sí no es mucha molestia.

—No, no, claro que no lo es. —Salí de mi escondite, a pesar de que me sintiera terriblemente avergonzada.

Sumándole a mi ridículo conjunto, llevaba el cabello amarrado en un moño chueco, con algunos mechones sueltos que caían sobre mi rostro. Mis pies iban ataviados con unas pantuflas de conejo, y una mancha de chocolate caliente decoraba la parte central de mi blusa.

Fantástica forma de hablar con mi exnovio.

Miguel se despojó de su abrigo y lo colgó en el perchero detrás de la puerta una vez que cerró ésta. Iba bien vestido, como siempre, luciendo más seguro de sí mismo de lo que le recordaba. Su andar ya no era tímido ni inseguro, se asemejaba más al de un chico común, el cual no teme que el mundo descubra su gran intelecto y lo discrimine por ello.

—Puedes sentarte donde gustes. —Le dije, una vez que llegamos a la sala.

—Gracias. —Me sonrió, y tomó asiento en el sillón más grande—. Puedes sentarte aquí conmigo, si quieres. —Sugirió.

No estaba en una posición favorable para rechazar su invitación.

Seguí su indicación y me senté a su lado, todavía apenada por el

descuidado atuendo que lucía, haciéndome parecer una persona poco higiénica y descuidada.

—Y... ¿sobre qué querías hablar conmigo? —pregunté, observando el suelo, empequeñecida por su repentina presencia.

—Mmm. —Se acomodó de forma en la que sus rodillas apuntaron hacia mi cuerpo—. He venido a disculparme.

—¿Disculparte? —cuestioné con tono sorpresivo—. ¿Por qué?

—Por todo lo sucedido. —Dejó escapar una risa melancólica.

Levanté la vista hacia su rostro. —Yo soy quien debería pedir disculpas.

—No lo tomes a mal —Se inclinó más cerca de mí y sujetó una de mis manos entre las suyas—, pero nunca debí pedirte que fueras mi novia si sospechaba que estabas enamorada de Adrián.

Incluso Miguel lo notó antes que el susodicho.

O quizás no, y Adrián siempre supo que estaba enamorada de él y nunca le importó.

Negué. —Yo no debí aceptar ser tu novia.

Rio. —No es una competencia de quién se equivocó más que el otro, Ana.

—Lo sé. —Le dediqué una sonrisa—. Pero déjame sentirme culpable por tan solo unos segundos.

—Creo que ya fue suficiente. —Apretó mi mano con cariño—. No quiero que esta incómoda situación entre nosotros continúe... por ello quiero que ambos nos disculpemos el uno al otro. No importa quién se los dos cometió el peor error, creo que es momento de olvidarlo.

Correspondí a su gesto. —Te lo agradezco.

—Entonces... ¿amigos?

Justo en ese momento me di cuenta de la diferencia entre una amistad sincera, y una amistad interesada. Miguel pretendía volver a mi vida con las mejores de las intenciones, limitando lo nuestro a una relación meramente afable y consensual; en cambio, Adrián buscaba sacar provecho, exprimir hasta el último de las oportunidades conmigo, buscando cada ámbito posible del que pudiera conseguir una pizca de beneficio.

No sabía quién era más idiota: él por querer jugar conmigo, o yo por permitírselo.

Tal vez era un empate, pero estaba decidida a inclinar el tablero a mi favor.

—Amigos. —Uní mi otra mano a ese afectuoso enlace.

—Ahora que somos amigos de nuevo —Sonrió de forma nerviosa—,

quiero pedirte que no estés triste.

—¿A qué te refieres? —Observé sus ojos a través de las micas de sus lentes.

—Te conozco lo suficiente para saber que esas ojeras no son por dulces desvelos.

Denoté tristeza con mi sonrisa. —En las noches, uno pierde la noción del tiempo.

Asintió. —Durante las noches los sentimientos son más fuertes y abrumantes. —Acarició mis nudillos—. Todo aparenta ser peor de lo que es. Los problemas parecen no tener solución. Y el extrañar a alguien se vuelve más difícil.

El problema era que me extrañaba a mí misma, extrañaba a la vieja a Ana, a esa chica que sonreía de todo, despreocupada de la vida, pero siempre con una postura positiva frente a los demás.

Esa alegría me la había arrebatado yo misma con mis acciones, al haber decidido sucumbir a un romance perdido, del cual todos me advirtieron, a quienes no les quise creer, cegada por las falsas ilusiones pintadas tras largas horas leyendo sobre un amor utópico que reinaba dentro de las páginas de las más bellas historias de amor.

Pero ¡oh, sorpresa! La vida no era un cuento de hadas, ni se asemejaba un poco a ello.

—¿Y qué puedo hacer para aminorar el malestar? —pregunté, interesada en escucharlo.

—Obligarte a olvidar. —Aconsejó con seriedad—. La mente es muy poderosa, pecosa. No muchos lo creen, pero tú puedes decidir qué te importa y qué no.

—Lo dices como si fuera muy sencillo —comenté con inocente molestia.

—Tal vez no lo sea, pero debes aprender a discernir entre aquello que realmente te hace feliz, y lo que *quieres* que te haga feliz.

Exhalé. —¿Por qué no viniste antes a hablar de esto conmigo?

—Todo sucede a su debido tiempo. —Sentenció con su característica madurez.

Él tenía razón.

Quizás había llegado el momento adecuado para olvidarme de todo aquello que me hacía daño: recuerdos, fotografías, canciones, e incluidas algunas personas. Para olvidar, a veces, se necesitaba empezar desde cero, reiniciar el caset y desechar la información que solo impedía un avance al

ocupar demasiado e innecesario espacio en la memoria.

Pero... ¿por dónde iniciar?

Y, aún más importante, ¿cómo hacerlo?

Continuó: —Porque cuando te cansas, y lo haces de verdad, es el momento indicado para cambiar lo que no te hace feliz.

CAPÍTULO 35

Era extraño, pero la conversación que tuve con Miguel resultó ser más influyente que cualquier otra; no estaba segura del porqué... Quizás porque no era común que un chico, especialmente si se trataba de tu exnovio, te aconsejara sobre tu vida amorosa con tanta preocupación. Cualquiera hubiese pensado que él aún estaba enamorado de mí, sin embargo, la manera en la que me miró aquella tarde era distinta a como solía hacerlo antes. Hubo un cambio significativo en su actitud, de una forma positiva, y sabía que sus palabras estaban teñidas por una buena intención.

Esa noche, después de tantas semanas, dormí tranquila, aunque una hora antes de ceder al sueño estuve pensando, rememorando las palabras de mi vieja —o nueva, según se le viese— amistad. Su voz resonaba dentro de mi cabeza, como un insistente eco que iba y venía, a veces tan etéreo como la brisa de invierno, y a veces tan pedregoso que lo sentía a lo largo de todo mi cuerpo.

Porque cuando te cansas, y lo haces de verdad, es el momento indicado para cambiar lo que no te hace feliz.

Pero aún no me sentía capaz de abandonar aquello que creía que me hacía sonreír.

Y de nuevo aparecía la sabia voz de Miguel: *Debes aprender a discernir entre aquello que realmente te hace feliz, y lo que quieres que te haga feliz.*

¿Cómo pasó de ser un chico retraído, a ser un experto consejero en el amor?

Las personas cambian, Ana. No todos se quedan en una zona de confort por miedo al cambio.

Si se me dejaba ser honesta: estaba aterrada, y no entendía el motivo de ello.

Creo que cuando se trata de cuestiones románticas, el cerebro tiende a perder la conexión con la realidad, aunque sea durante algunos meses o años. Alguna vez escuché, no recuerdo dónde, que la primera etapa en toda relación se basa en los buenos momentos combinados con una terrible ceguera. Todo parece estar bien, los defectos de la otra persona te resultan graciosos e inofensivos, a eso le llaman *enamoramiento*, cuando el mundo se tiñe de rosa,

y ningún error cuenta.

Después viene una fase confusa, en la que la realidad comienza a desplazar a las ensoñaciones, mostrándote que las cosas no siempre son tan buenas como parecen, y es ahí donde las discusiones comienzan y las inseguridades siembran semillas en el terreno. Hay gritos, desconfianza e inseguridades. Muy pocas parejas consiguen sobrellevar ese momento y pasar al tercer escalón, ese que veía tan lejano e inalcanzable.

Al final se encontraba la paz y la estabilidad, las cuales se hallaban cuando desvelabas los defectos de tu pareja, pero sabías lidiar con ellos, porque comprendías que nadie es perfecto, y así como uno tolera las diferencias del otro, él también lo hace contigo.

Lastimosamente, me quedé atrapada en los primeros centímetros del camino durante mucho tiempo, creyendo que Adrián se trataba de un chico magnífico, cuyas equivocaciones eran simples niñerías que se resolvían con una disculpa y una sonrisa. No importaba qué tan profundo clavara el puñal en mi espalda, siempre hallaba la manera de curar la herida.

Tonta, siempre tan tonta.

Sin embargo, los hechos que acontecerían a la mañana siguiente, serían decisivos para un desenlace.

* * *

Los labios de Adrián se unían a los míos con fiereza, en un atisbo de desesperación y necesidad. Nuestras respiraciones estaban agitadas, como el resultado de una apasionada escena protagonizada en la comodidad de mi cama. Sus manos se aferraban a mi cintura con fuerza mientras yo jugueteaba con su cabello.

La cercanía entre nuestros cuerpos era peligrosa, pero mi mente se sentía tan distante de aquel cuadro en el que me hallaba de forma carnal. Sí, nuestras pieles se rozaban en cada caricia, sus manos me sujetaban y las mías a él, sin embargo, no estaba ahí.

Había una galaxia entre mis emociones y mis sensaciones.

Algo cambió, no estoy segura del qué, pero sus besos ya no aceleraban mis latidos de la misma manera, ni siquiera conseguían rodearme de un delicioso estupor como solían hacerlo antes. Su presencia parecía estar vacía, al igual que un hueco dentro de mí.

De pronto, sin un motivo aparente, Adrián comenzó a besarme con mayor intensidad y rapidez, abriendo mi boca con su lengua para buscar la mía y jugar con ella. Movía sus labios con brusquedad, me mordió en un par de

ocasiones, y sus manos me sujetaron por la nuca, aprisionándome a su voluntad.

Confundida, seguí el ritmo de su desliz, decidida a averiguar si mi carencia de afinidad era debido a una simple distracción, o si había algo más allá que me estaba dominando, y lo cual me mantenía distanciada del momento que estaba viviendo.

Lo sujeté por los hombros y dejé escapar un suspiro tras varios segundos sin respirar, consiguiendo que mi cuerpo se tensara a su lado, lo cual pareció hacerle perder el control.

Con un ágil movimiento, giró mi cuerpo de forma en la que el suyo quedo encima, apretujándome contra el colchón. Dejó descansar su cuerpo, apoyándose únicamente sobre uno de sus codos, mientras su otra mano acariciaba mi rostro y mi cuello de forma aleatoria.

Entonces, sucedió aquel acontecimiento que marcó un quiebre irreparable.

Su mano abandonó mi rostro y viajó hacia mi cintura, sus dedos traviesos levantaron mi blusa y se metieron por debajo de ella, donde se apresuraron a acariciar la piel de mi abdomen. Lo que comenzó con delicados toques, pronto se convirtió en una caricia más apasionada y abrumante. Dibujó el contorno de mis costillas con la punta de aquellos, consiguiendo que me hiciera pequeña contra la cama, presa de las cosquillas.

Y ahí, en ese punto de inflexión, fue cuando Adrián subió la mano hasta que sus dedos rozaron la varilla de mi sostén, y su pulgar hizo un estúpido intento por adentrarse en él.

—Adrián, no, espera... —Le dije, apartando mi boca de la suya y girando mi cabeza hacia un lado.

—¿Qué sucede? —Intentó volver a unir nuestros labios, pero no se lo permití.

—¡Solo detente! —Metí las manos entre nuestros cuerpos y lo empujé, aunque mi fuerza no fue suficiente para moverlo ni un centímetro.

Sin embargo, entendió mi deseo por alejarme de él y se apartó, sentándose en la orilla de la cama mientras se acomodaba la playera.

—¿Qué pasa? —Insistió, jadeando.

Me limpié la boca con el dorso de la mano, realmente incómoda. Una extraña sensación de aversión me invadió, y me vi en la necesidad de hacerme hacia atrás, para así crear una mayor distancia entre nuestros cuerpos.

—No estoy lista para... eso —respondí sin poder mirarlo.

—¿Para tener relaciones sexuales? —preguntó con molesta naturalidad.

Asentí como respuesta.

—¿Por qué?

—No lo sé. —No me gustaba hablar de ello, pero sentía que debía hacerlo, dada la situación—. Tal vez porque no es así como lo he imaginado.

—¿Entonces?

La indiferencia con la que trataba el tema era decepcionante.

Trató de acercarse a mí, pero pegué mi cuerpo a la cabecera de la cama, como una seña de mi deseo para que permaneciera alejado. De soslayo podía notar que observaba mi rostro con fijeza, sin embargo, su atención se desvió hacia mi torso, lo cual hizo que me pusiera aún más desconfiada, por lo que crucé las piernas y las llevé hacia mi pecho, haciéndome un ovillo.

—Yo... —Me sentí nerviosa, pues no creí que llegaría el día en el que tuviera que hablar con Adrián sobre tal cuestión—, simplemente no creo que sea correcto. Porque nosotros no somos... ya sabes, novios.

Se frotó el rostro con ambas manos. —Ana, ¿recuerdas la definición que te dije de “amigos con derechos”?

Me limité a asentir.

Continuó: —Bueno, también puede haber intimidad entre nosotros, y eso no significa que se vuelva menos especial a que si fuéramos novios.

Dicen que la decepción es más fuerte que el enojo. Puedo decir que es cierto. El enojo puede ser pasajero, derivado solo de un malentendido o por la diferencia en algún asunto, algo que puede solucionarse con una conversación; pero la decepción, ¡vaya! Eso sí que cambia mucho tu perspectiva de una persona, y ya nada vuelve a ser como antes.

Y desde ese momento, no volví a ver a Adrián de la misma manera, nunca más.

Lo miré y analicé su rostro varias veces, buscando algún ápice de arrepentimiento por lo dicho, pero en él solo encontré un deseo por cumplir lo que albergaba entre sus pensamientos, lo cual distaba mucho de lo que yo esperaba de él.

Ambos permanecemos en silencio por algunos minutos, contagiados por la extrañeza, y suspendidos en un fragmento de tiempo dentro de la eternidad.

No sabía qué decirle, ni siquiera estaba segura de que fuese correcto hablar con él, pues no había algo que quisiera hacerle saber. Ya todo estaba dicho, pues las acciones hablaban más que las vanas palabras, y Adrián demostró suficiente con su actitud y su intento por llevar nuestra amistad a algo más allá, a un plano desconocido y temido por mí, y al cual no pretendía

entrar solo para recibir un amor a medias.

—Creo que será mejor que te marches —dije, mirándolo a los ojos.

Una parte de mí quería que se quedara, que hiciera algo para demostrar que se equivocó y que estaba arrepentido de ello. Solo necesitaba una señal que me enseñara que todos estaban equivocados respecto a él, y que realmente podíamos ser felices juntos si ambos nos esforzábamos. En algún lugar dentro de mí guardaba aquella esperanza, de que de pronto me dijera que todo estaría bien, que no quería lastimarme...

Pero eso no sucedió.

—Está bien, si eso quieres.

Se levantó de la cama y caminó hacia la cómoda, donde dejó su chaqueta cuando llegó casi una hora atrás, con la promesa de que sería una tarde inolvidable, como todas aquellas que habíamos compartido hasta ese momento.

No te vayas.

No te vayas.

No te vayas.

Todavía había tiempo para perdonar, aún había una oportunidad de remediar todos nuestros errores. Podíamos luchar por alcanzar ese final feliz como en los cuentos de hadas. Solo necesitábamos dedicarnos un poco más a nuestras cualidades.

Por favor, no te vayas.

Demuestra que me quieres.

Me dedicó una mirada inexpresiva, en esa ocasión no fui capaz de desvelar lo que ocultaba detrás de sus pupilas, solo me encontré con un chico diferente al que había conocido ya varios meses atrás, o quizás, no se trataba de alguien ajeno, sino del verdadero Adrián, del que nunca me había atrevido a mirar por miedo a sufrir una decepción, pero ya no podía seguir viviendo con una venda en los ojos que me impidiera ver la realidad.

Nos miramos una última vez.

Y se marchó.

Dejándome con el corazón a medio romper.

* * *

—Te lo advertí. —La voz de Sam era recriminatoria, pero tenía tintes de preocupación.

—Lo sé —respondí en bajo tenor, un tanto avergonzada—. Pero no quería creerlo.

Acarició mi cabello con la punta de sus dedos, subiendo y bajando con un ritmo tranquilo.

—La mayoría de los hombres son así, Ana.

—Y dejé ir a uno de los pocos que no son así —comenté, recordando a Miguel.

—Lo que pasó con él ya es pasado. —Detuvo su mano cerca de mi cuello—. Ya no te atormentes por lo que hiciste o por lo que no hiciste.

Suspiré. —¿Y ahora qué se supone que voy a hacer?

—¿A qué te refieres?

Levanté la cabeza de su regazo unos centímetros para mirarla, sus ojos denotaban confusión, los cuales me observaban con demasiada atención.

—Con Adrián —dije.

—Mandarlo al...

—Sí. —La interrumpí y volví a recargar la cabeza sobre sus piernas—. Pero no sé cómo hacerlo, ni siquiera estoy segura de querer...

Dejó escapar una exhalación de fastidio. —¡No empieces otra vez!

Reí sin ánimos. —¿Cómo le dices adiós a alguien que quieres?

Se quedó callada durante algunos segundos.

—Primero debes quererte a ti —respondió con seriedad—. Y entonces sospesar si el amor de la otra persona es correspondido. Y si no... te tienes que marchar. No puedes quedarte en un lugar donde no te quieren.

—Donde no me quieren —repetí en un susurro.

Él no me quería, ¿verdad?

Solo era una pieza más dentro de su juego.

Ya habían transcurrido cuatro largos días desde el incidente, durante los cuales estuve evitando a Adrián, y lo que comenzaba a hacerse una costumbre un tanto inmadura, pero ¿qué más podía hacer? La única forma de protegerme era alejándome de él, y para ello debía cortar la comunicación y esconderme en la seguridad de mi hogar, lejos de todos los peligros que su presencia pudiera significar en mi bienestar.

—Tranquila, yo estaré aquí para ti, así como tú lo estuviste para mí. —Me apretó el brazo con dulzura, como un gesto de apoyo.

—Gracias, Sam.

Hubo un breve momento de silencio entre ambas, el cual terminó antes de lo que hubiera deseado, pues, sobre el buró a un lado de la cama, comenzó un repiqueteo emanado de mi teléfono celular. Ambas miramos en aquella dirección, y sé que ella también adivinó quién estaría al otro lado de la línea.

Me levanté con esfuerzo, atormentaba por una terrible indecisión entre qué hacer. Caminé hacia la mesita y le eché un vistazo a la pantalla iluminada, confirmando entonces mi suposición sobre quién era el remitente.

—No lo hagas. —Me advirtió.

Pero no le hice caso.

—¿Hola? —respondí sin ánimos.

—*Little Darling, hola.* —Su voz era tranquila, como siempre—. *¿Cómo estás?*

—Bien... un poco cansada. —Miré a Sam, la cual cubrió su rostro con una mano como demostración de fastidio.

Después dirigí mi atención hacia el reloj colgado en la pared: las nueve con cincuenta minutos de la noche. Tal vez la hora también influía en mi estado decaído, o por lo menos quería tenerlo como un pretexto más.

—*Lo siento, ¿estabas a punto de dormir?* —preguntó. Podía imaginar su rostro de vergüenza.

—No. —Fingí un bostezo—. Es solo que no he dormido bien estos últimos días.

—*¿Por qué?, ¿todo está bien?* —Alcancé a escuchar el rechinado de su cama, lo que indicaba que se había levantado—. *¿Necesitas algo?*

—Necesito que desaparezcas de mi vida. —Pensé.

—No, no, descuida. —Reí, lo que hizo que Sam me dedicara una expresión de reproche—. Mi padre regresó hace unos días del viaje con sus amigos y quería pasar tiempo conmigo. —Mentí a medias—. Hemos estado viendo películas hasta muy tarde, ya sabes, nada fuera de lo común.

—*Oh, comprendo.* —Se escuchaban sus pasos sobre el suelo de madera—. *¿Entonces te estás quedando en su casa?*

—Sí.

—*¿Por eso no me hablabas?* —preguntó de forma directa.

Me volví a reír, aquella vez de forma sarcástica. —Tú sabes cuál es el verdadero motivo por el cual no lo hacía.

Mis palabras captaron la atención de Sam, la cual me hizo señas para que pusiera la llamada en altavoz. Negué con la cabeza, reacia a revelar lo que Adrián me estaba diciendo, pero ella insistió y se acercó a mí, tratando de quitarme el celular de las manos. Tuvimos una pequeña y silenciosa lucha, donde ella fue la vencedora y consiguió arrebatarme el aparato y seleccionar la opción deseada.

—... *un idiota, ¿cierto?* —Fue lo que alcancé a escuchar antes de que

Sam dejara el teléfono sobre la cama, pero me imaginaba cuál fue la pregunta completa.

—Creo que ya conoces mi respuesta a esa pregunta.

¡Un completo idiota!

Suspiró. —*Ana, sé que estás cansada de escucharme decirte esto: pero lo lamento* —Sí, ya estaba cansada—, *y mucho*.

No respondí, pues no sabía qué decir al respecto. No tenía palabras amables para decirle, ni una contestación que pudiera ayudarnos en aquel embrollo y, alguna vez alguien me dijo, que, si no tenías nada bueno para decir, era mejor quedarse callado, no hacer ruido innecesario que pudiera lastimar a otros.

—*Entenderé si lo único que quieres es que me aleje de tu vida* — continuó con voz baja—, *porque lo único que he hecho es lastimarte*.

Miré a Sam, la cual expresaba hartazgo.

Y de nuevo no encontré una respuesta apropiada.

—*Y tú eres una chica que merece lo mejor*.

Comenzaba a entenderlo, un poco tarde, pero lo estaba haciendo.

—*¿Crees que algún día puedas perdonarme?*

Aunque, para eso, sí tenía una contestación.

—No lo sé —dije de forma tajante.

Cubrí mi boca para intentar hacer el menor ruido posible, e inhalé profundo por la nariz, ganándome con ello una caricia en la espalda por parte de mi amiga. Estaba segura de que ella entendía lo difícil que me estaba resultado ese momento, y lo frágil de mis emociones, las cuales, confundidas, podían causar un gran caos en mi interior.

—*Comprendo*. —Se quedó callado un instante—. *Pero me gustaría saber qué puedo hacer para que lo hagas*.

—Supongo que lo meditaré. —Cerré los ojos, apretando los párpados ante el primer indicio del llanto.

—*Si quieres puedo ir a tu casa para que hablemos*. —Sugirió con cierta timidez—. *Solo dame quince minutos para...*

Lo interrumpí, volviendo a mirar a mi alrededor. —No, hoy no puedo. — Sam me miró, sorprendida, pero llena de orgullo—. Un día que tenga tiempo te llamaré, y tal vez podamos salir para conversar, pero ahora estoy muy ocupada.

Estaba en pijama, despeinada, con la comisura de la boca llena de chocolate y boronas de las frituras que Sam y yo devoramos mientras veíamos

una película, momentos antes de enfrascarnos en la conversación que nos había conducido hasta ese incómodo cuadro.

—*De acuerdo...* —Su voz experimentó un leve temblor—. *Entonces esperaré tu llamada. Supongo.*

—Sí, y para serte honesta: no la esperes pronto. —Volví a fingir un bostezo, aquella vez más dramático y prolongado—. Tengo que irme, quiero dormir.

—*¿Podemos hablar solo un poco más?* —cuestionó.

Era la misma pregunta que yo le hice tantas noches, y a la cual él siempre respondió con un sí, hasta que Tania apareció en su vida y me dejó en un segundo plano, siendo la segunda opción, aquella carta que utilizaba cuando no tenía alguna otra alternativa.

Lo correcto hubiera sido decirle que sí, corresponder a todas esas noches en las que él se quedó al otro lado de la línea hasta que no podía más y el sueño nos embargaba a ambos.

Pero ya no era la misma chica de aquellos días.

—Lo siento Adrián. —Mi voz se escuchó tan distante, que incluso yo me sorprendí por ello—. Mañana saldré muy temprano por la mañana con mi padre, así que debo descansar... pero no te preocupes, ten por seguro que te llamaré, ¿sí?

—*Está bien.* —Se escuchaba diferente—. *Cuídate, y que te diviertas mañana.*

—Sí, eso haré. —Dejé escapar una risa, añadiendo indiferencia—. Nos vemos, Adrián.

Sujeté el teléfono con ambas manos con el propósito de finalizar la llamada, sin embargo, una exclamación llenó el silencio de la habitación.

—*¡Ana, espera!* —Sus palabras retumbaron en el lugar.

—*¿Qué sucede?* —Hasta ese momento me di cuenta de que mi corazón latía solo un poco ajetreado, ya no perdía el control ante la voz de ese muchacho.

—*Te quiero.*

Negué por lo bajo. —Gracias. —Chasquéé la lengua, a la espera—. *¿Esa todo?*

—*Eh... sí.*

—Que estés bien, Adrián.

Y colgué.

Me quedé observando el teléfono por algunos segundos, confundida por lo

que acababa de suceder: era la primera vez que rechazaba a Adrián de esa manera, y era la única vez que mi cuerpo no tembló ante una mínima demostración de afecto de su parte.

¿Qué estaba sucediendo?

—¿Estás bien? —Sam me preguntó, expresando preocupación.

La miré. Sus ojos buscaban en mi rostro algún indicio de tristeza o dolor, pero aquello había desaparecido, el riesgo del llanto se esfumó apenas comencé a tomar el valor de ver primero por mí y desplazar a Adrián a un, incluso, cuarto plano; lugar donde debí colocarlo muchos meses atrás.

—Me siento de maravilla —respondí con una sonrisa.

CAPÍTULO 36

Casi siempre iniciaba el día con alguna reflexión, palabras de aliento que me ayudaban a sobrellevar el día, pero, en aquella ocasión, no tenía ánimos para pensar demasiado en el asunto de Adrián.

Estaba cansada, harta de todos los conflictos, las dudas e inseguridades, de no saber qué esperar. De estar pendiendo de un hilo muy delgado, con miedo a que éste se rompiera y me dejara caer de cara a la realidad, antes de ser capaz de escalar hasta la seguridad.

Uno se fastidia cuando solo juegan con sus sentimientos, cuando no lo toman en serio, y cuando solo eres un entretenimiento para pasar el rato. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de ello, pero lo importante era que por fin lo había notado: Adrián no me quería, y, si es que lo hacía, no había indicios de que algún día decidiera demostrarlo de una manera “normal”. Durante un tiempo lo justifiqué, diciendo que había diferentes formas de querer, pero no existía pretexto válido para aceptar algo tan miserable.

Esa mañana, lo primero que hice al despertar, fue apagar el celular, decidida a desconectarme del mundo exterior. No quería hablar con nadie, o bueno, nadie que no fuera mi madre, el verdadero amor de mi vida. Una vez que la pantalla se puso negra, guardé el aparato dentro de un cajón del buró y lo cerré, mentalizada a que la comunicación estaba prohibida.

Me levanté de la cama y estiré los brazos hacia el cielo, desprendiéndome de la sensación adormilada de mi cuerpo. Estaba decidida a que ese sería un buen día, y nada ni nadie podría estropearlo.

Bajé al comedor de puntitas, creyendo que mi madre seguía dormida, pues cuando pasé frente a la puerta de su habitación ésta estaba cerrada, sin embargo, cuando llegué a la cocina, me topé con su figura frente a la estufa, donde había un sartén con aceite sobre la lumbre, y Sandra sujetaba varias tiras de tocino entre sus manos.

—Buenos días. —Saludé, sorprendiéndola.

—¡Ana! —Llevó su mano hacia el centro de su pecho, y se giró para mirarme—. ¡Qué susto me diste!

Me reí. —Lo siento.

Ella también se rio después de dejar escapar un suspiro.

—¿Quieres desayunar? —Se volteó hacia la estufa y puso las tiras sobre el aceite caliente, el cual de inmediato comenzó a chisporrotear—. Haré huevos con tocino, y hay jugo de naranja en el refrigerador.

—Sí, gracias.

Ayudé a mi mamá acomodando los platos y cubiertos sobre los manteles individuales que había en la mesa del comedor. Durante los últimos años me había acostumbrado a que, casi siempre, solo fuéramos dos a la hora del desayuno; al principio sentía que un par de personas dentro de un hogar eran muy pocas, añorante por la presencia de mi padre y, en algunas ocasiones, la de un hermano o hermana menor.

Recuerdo que, de pequeña, en una Navidad le pedí a Santa Claus que no me trajera juguetes, sino un hermanito con el cual pudiera jugar. Me decepcioné cuando debajo del árbol me encontré con casi una decena de increíbles regalos, los cuales me parecieron aburridos e inútiles, pues no tenía con quién compartirlos. Años después, ya en una edad lo suficientemente madura para comprender cuál era el proceso para engendrar un hijo, mis padres me contaron que fue muy complicado embarazarse de mí, y, aunque lo intentaron muchas veces, nunca pudieron concebir a su segundo hijo. Desistieron de ello, conformes con la felicidad que yo les proporcionaba, seguros —en ese entonces— de que siempre seríamos una familia feliz los tres juntos.

Aún era feliz con ellos, aunque fuera por separado.

Nos sentamos una frente a la otra y comimos el sencillo platillo que Sandra preparó. Su comida, por más común que pudiera resultar, para mí era la mejor. Tenía el ingrediente secreto que utilizaban la mamá en la cocina: el amor. Ridículamente cursi, pero no encontraba una mejor explicación para su deliciosa sazón.

—¿Por qué estás tan alegre? —preguntó luego de darle el último sorbo a su jugo.

—¿Por qué lo dices? —La miré, expresando confusión.

Escrutó mi rostro, deteniéndose sobre mis ojos. —Porque te conozco, y sé que algo sucedió.

Mi madre era mi mejor amiga, y era imposible ocultarle, inclusive, la mínima de mis emociones, era como si tuviera el poder de leer mis pensamientos con tan solo mirarme o con escuchar una variante en la tonalidad de mi voz.

Sonreí de forma involuntaria. —No lo sé... simplemente me siento bien.

Extendió sus manos por encima de la mesa, incitándome a que las tomara, lo cual hice sin dudar. Creamos aquella íntima conexión, descargando un centenar de dulces emociones en mi interior. A eso era lo que le llamaba bienestar, rodeada de tranquilidad y alegría, una experiencia que solo muy pocas personas conseguían darme, entre ellas, la hermosa mujer que estaba frente a mí.

—Eso es una de las mejores cosas que una madre puede escuchar. — Sonrió con gentileza—. Y me tranquiliza saber que estás mejor después de todo lo que has enfrentado.

Sé que anteriormente dije que había distintas clases de amor, pero todos ellos compartían algunas características indispensables, muy necesarias para que se le pudiera considerar de tal forma. Así debía ser: incondicional, puro, protector y desinteresado.

Apreté sus manos. —Todo marcha bien.

Me devolvió el gesto antes de soltarme y continuar comiendo su desayuno, al cual solo le quedaba una pequeña porción de huevos y la mitad de una tira de tocino; en cambio, mi plato ya estaba vacío, al igual que el vaso de cristal.

—Hija... hay algo que no te he dicho —comentó, mostrándose un tanto avergonzada.

—¿Qué...?

—Hace unos días, por la mañana, cuando tú aún estabas dormida, vino Adrián a buscarte.

Sentí un temblorcito en la espalda. —¿Y qué te dijo?

Negó. —Nada, en realidad. Le dije que estabas en casa de Sam.

—Oh... —Me quedé callada un momento, pensando en mis siguientes palabras—: ¿Y por qué no me lo habías dicho?

Se rio. —Porque no lo creí necesario.

Sus creencias eran suficientes para mí, tan válidas como un argumento bien fundamentado. Mi madre, al siempre procurar mi estabilidad, sabía lo que era mejor para mí y lo que podía afectarme de manera negativa, por lo que no presenté objeción ante lo hecho.

—¿Has hablado con él? —preguntó tras mi prolongado silencio.

—No... —Me quedé pensativa, rememorando—, desde hace una semana.

Siete días en los que disfruté de la compañía de Cristina, Fabiola y su prima, Abigail, quien había venido de visita y quería conocer la ciudad. Las cuatro disfrutamos de momentos divertidos en diferentes lugares, como

cafeterías, centros comerciales, restaurantes varios, y una amplia lista de lugares que nos hicieron coleccionar agradables memorias juntas.

—¿Y quieres hablar con él?

—Realmente no lo sé. —Tamborileé con los dedos sobre la mesa—. No tengo nada que decir.

—Quizás sí, pero no quieres hacerlo. —Sugirió, utilizando una tonalidad comprensiva.

Exhalé. —Me da miedo volver a caer en lo mismo, seguir el círculo vicioso del que he sido presa.

—Cariño... —Acarició mis nudillos con sus pulgares—, el miedo es el peor obstáculo que existe. Nos frena, nos atormenta, y nos impide avanzar.

—Sí, tienes razón. —Ladeé la boca.

—No importa si te equivocas, un error no puede definir tu vida.

Asentí. —Gracias, mamá.

—Te amo, Ana.

—Yo también te amo.

Cuando ella terminó su comida, me ofrecí a lavar los trastes sucios como retribución a sus atenciones. Ella no se negó, me agradeció con un beso y subió a su habitación para acostarse otro rato, disfrutando sus últimos días de vacaciones, los que añoraba como cualquier persona trabajadora que necesitaba un descanso de la ajetreada y aburrida rutina laboral.

En la soledad de la cocina, mis pensamientos comenzaron a hacer demasiado ruido, tanto que incluso creí que se trataba del eco de cientos de voces devueltos en mi dirección, y entre alguna de ellas, encontré la verdadera respuesta a la interrogante de mi madre.

¿Quieres hablar con él?

Sí.

¿Sobre qué?

Aún no estaba segura.

Regresé a mi habitación luego de haber limpiado la mesa y de acomodar los trastes en el escurridor. Mis pasos eran lentos, pues sabía que entre más tiempo demorara en llegar a mi habitación, tendría un lapso mayor para pensar en las palabras que quería decirle a Adrián.

Sin embargo, no podía aplazar por demasiado tiempo un acontecimiento, la hora para enfrentar un hecho siempre llegaba, pues la arena en el reloj nunca se detenía, para nadie.

Me senté en una orilla de la cama, justo a un lado del buró que guardaba

mi teléfono celular, semejante a una caja fuerte... pero sin candado que me impidiera tomar el valioso contenido de su interior.

Extendí el brazo con la intención de sacar el celular, pero no pude hacerlo. Me quedé ahí, con mi extremidad suspendida en el aire hacia aquella peligrosa dirección, meditando, considerando si en verdad era el mejor momento para enfrentar dicha tormentosa situación.

Y decidí que no era prudente, no aún.

* * *

Durante horas, muchas, muchas horas, estuve recostada en mi cama observando hacia el techo blanco de mi alcoba, donde se dibujaban diferentes cuadros de los pros y los contras de lo que podría ocurrir después de llamar a Adrián. Casi ningún final era bueno, en la mayoría se desencadenaba una serie de cuestiones incómodas y absurdas.

Pero sabía que no podría estar en paz hasta que enfrentara el problema. Siempre intentaba tener el control y orden de los sucesos de mi vida, pero desde que conocí a ese chico, todo se desbordó, alterándose y convirtiéndose en un horroroso caos que casi me destruye.

—Una última vez. —Me repetía—. Solo habla con él una última vez.

Me levanté de mi suave lecho y abrí el cajón sin mayores miramientos, antes de que me arrepintiera de esa cápsula de valor que estalló en mi interior, permitiéndome actuar de una manera ajena a lo que era común para mí.

Encendí el aparato, y cada segundo de espera me hizo enfadar. Una vez que el sistema se inició, entré directo a la aplicación de llamadas y tecleé el número, esos dígitos que conocía de memoria al derecho y al revés. Permanecí varios segundos con el teléfono frente a mí, con mi pulgar cerca del botón de llamada, preparado para accionarlo cuando mi cerebro se lo ordenara.

—Al carajo —dije en voz baja.

Y le llamé.

Tomé varias bocanadas rápidas de aire antes de acercar el teléfono a mi oreja.

Por un momento creí que no obtendría respuesta, pues el timbre de espera se escuchó cuatro veces antes de que aquella familiar voz respondiera al otro lado de la línea.

—*¿Hola?* —Su tono se escuchó mecánico.

—Hola Adrián, ¿estás ocupado?

—*No* —respondió con premura—. *¿Por qué?, ¿qué sucede?*

—Mmm... ¿tienes algún plan para hoy?

Di que sí, di que sí, di que sí.

—No.

Diablos.

Continuó: —*Pensaba quedarme en casa a ver alguna película.*

—Oh, genial. —Apreté los párpados, ya no podía retractarme del plan inicial—. Entonces, ¿crees que podemos vernos hoy para platicar?

—Sí, claro. —Lo imaginaba recostado en su cama, indiferente ante mi sugerencia—. *¿Quieres que vaya a tu casa, o que salgamos a algún lugar?*

—Donde sea me parece bien —respondí, porque, honestamente, no esperaba llegar hasta ese punto de la conversación.

—*Pasaré por ti en quince minutos, ¿sí?* —Mi hipótesis se confirmó cuando escuché el rechinado de su cama al levantarse—. *Y ya veremos a dónde ir.*

—De acuerdo, iré pensando en algún lugar.

¡No tenía cabeza para pensar en nada!

—*Entonces te veo en un rato.*

—Sí, nos vemos.

Y colgué, presa del nerviosismo, una emoción que creía haber superado tratándose de Adrián.

—¿Qué diablos fue eso? —pregunté en voz baja.

Negué, no tenía por qué darle tan importancia a un hecho tan insignificante, ni por qué martirizarme por ello. No de nuevo, ya comenzaba a comprender que eso no funcionaba de nada, sino meramente para generar descontrol en mi cuerpo y hacerme sentir enferma.

—Toc, toc. —Se escuchó la voz de mi madre al otro lado de la puerta, la cual se abrió un par de segundos después—. ¿Puedo pasar?

—Sí, mamá. —Dejé el teléfono sobre el colchón.

Sandra iba ataviada con un lindo conjunto invernal que la hacía lucir más joven y hermosa de lo que era. La observé con atención, y en mi mente deseé verme así de increíble cuando tuviese su edad, tan bella, pero, especialmente, feliz y en paz consigo misma.

—Saldré un rato con las chicas —dijo, mirándose en el espejo de mi habitación—. ¿Cómo me veo?

—Te ves increíble. —Crucé las piernas debajo de mi cuerpo—. ¿A dónde irán esta vez?

—Victoria quiere ir a un nuevo restaurante que inauguraron cerca del centro. —Caminó hacia mí y se detuvo enfrente—. ¿Quieres acompañarnos?

Moví la cabeza en forma negativa. —Veré a Adrián.

Sus ojos se abrieron ligeramente ante la sorpresa. —¿Estás segura de querer hacerlo?

—Sí. —Acarició mi mejilla izquierda—. Después te contaré qué fue lo que sucedió.

Se inclinó y besó mi frente. —Si las cosas se ponen mal, puedes llamarme, ¿entendido?

—Entendido. —Afirmé con una sonrisa teñida de ternura.

—Volveré más tarde, cariño. —Me guiñó un ojo como símbolo de complicidad antes de retirarse de mi habitación.

De nuevo sumergida en la soledad de mis pensamientos.

Aguardé algunos minutos hasta que escuché el motor del carro de mi madre alejándose por la calle hasta que no logré escucharlo. Enseguida, bajé hacia la cocina y busqué dentro de la despensa por algún aperitivo que pudiera servirle a Adrián.

En ese pequeño lapso, entre la salida de mi madre y el momento que estaba viviendo, tuve la idea de quedarme en casa con él, aprovechando la seguridad que mi hogar me daba. Era terreno seguro, en el que podría pedirle a Adrián que se marchara si me sentía incómoda, o inventar algún pretexto para terminar el encuentro. Estar protegida ahí me brindaba puntos a favor, los cuales me ayudaban a encontrar el poco valor que me hacía falta.

Encontré un paquete con dos panqués de vainilla, esponjosos y suaves. Era lo mejor que había, y pensé que sería adecuado para la situación, algo trivial que nos ayudara a mantener una conversación fluida, entonces, recordé que a Adrián le gustaba el café, demasiado, y no existía mejor combinación que aquella bebida con una golosina dulce para acompañarlo.

Me apresuré en poner a funcionar la cafetera y metí los panqués al horno de microondas para calentarlos. Un plan improvisado, pero funcionaría.

Y entonces, más pronto de lo que me hubiera gustado, se escuchó el timbre dos veces seguidas.

—Oh, maldición. —Creo que nunca había maldecido tantas veces en un día.

Observé mi reflejo sobre la reluciente superficie del horno. Acomodé algunos mechones de mi cabello y me aseguré de que mi atuendo, por lo menos la parte superior, estuviese presentable.

Ay, Ana, de nuevo haciendo el ridículo.

Adopté una postura relajada y un semblante despreocupado, aunque la

realidad fuera que comenzaba a emerger una sensación de inseguridad, ocasionada por la falta de un discurso para proclamar una vez que tuviera la oportunidad de hacerlo; sí, había pensado en qué decirle a Adrián, pero sabía por cuenta propia que, la mayoría de las veces, terminaba diciendo todo menos lo que pretendía.

Inspiré profundo cuando estuve frente a la puerta y me aventuré a una inquietante situación cuando la abrí.

—Hola. —Saludó con una sonrisa.

La brisa helada se colocó al interior de mi hogar, haciéndome retroceder un paso, impaciente por volver a cerrar la abertura con el mundo exterior y recuperar la calidez a la que estaba acostumbrada ahí dentro.

—Hola. —Yo también sonreía—. Pasa, está haciendo mucho frío.

—Gracias.

Di media vuelta, sin detenerme en las absurdas y viejas trivialidades de recibirlo con un beso en la mejilla. Me dirigí hacia la cocina, sabiendo que me estaba siguiendo de cerca. El olor a café comenzó a impregnar cada rincón del lugar, embriagando a la casa con un exquisito antojo que combatiera el violento clima que nos perseguía.

El microondas emitió un pitido, anunciando que mi rápida preparación estaba lista. Saqué el plato con los dos panqués, los cuales desprendían una estela blanquecina que anunciaba la caliente temperatura a la que estaban, perfectos para el invierno.

—Fue lo mejor que pude conseguir —dije, fingiendo diversión—. También preparé café, porque sé lo mucho que te gusta.

—Te lo agradezco. —Tomó asiento en uno de los taburetes de la barra que dividía a la cocina del comedor.

—Mi madre no está, así que se me ocurrió que nos podríamos quedar aquí. —Dejé el plato frente a él y después fui hacia la alacena, de donde saqué dos tazas para el café—. A menos que tengas una mejor idea y quieras ir a otro lugar...

—No, aquí está bien. —Me miraba con fijeza.

—De acuerdo.

Serví el café en las tazas y añadí una cucharada de azúcar a su bebida, y cuatro a la mía. Incluso para algo tan sencillo como el café, éramos tan diferentes, opuestos. Caminé con cuidado, llevando ambos recipientes conmigo, y los dejé a un lado del plato que aún humeaba, anunciado el delicioso sabor que nos aguardaba.

Me senté en el taburete de su lado e hice lo posible por no quedar ni un centímetro girada en su dirección.

—Tanto tiempo sin vernos —comentó mientras sujetaba la taza entre sus manos.

—Te lo dije, estaba ocupada —dije con indiferencia. Tomé uno de los panqués y lo despojé del envoltorio rojo que cubría la parte inferior de éste.

—Sí, me di cuenta de ello. —Le dio un trago a su café—. Pero me alegra que por fin podamos charlar.

—También me da gusto.

—Vi que saliste con las amigas de Miguel. —Con ello consiguió llamar mi atención, pero no lo miré—. ¿Ustedes dos de nuevo están...?

—¡No! —Lo interrumpí, sintiéndome en la necesidad de mirarlo—. Nosotros no volveremos a estar juntos... mi amistad con ella es un asunto diferente.

—Oh... eso es grandioso.

Asentí en silencio, no quería seguir hablando sobre algo relacionado con la disfuncional relación que tuve con Miguel, mucho menos con alguien que fue, en cierta medida, responsable de la ruptura.

—Ana, por eso quería verte... porque quiero disculparme, de nuevo. —Le vi tamborilear la taza con la punta de los dedos, acción que le hizo apartar su atención de mí—. Fui un idiota por haberte pedido que tuvieras sexo conmigo, y sé que no es una excusa válida, pero soy hombre, y la mayor parte del tiempo no pensamos con la cabeza correcta.

Me quedé callada, reflexionando sus palabras. En numerosas ocasiones escuché que los hombres se dejaban llevar por sus antiquísimos instintos, pensando principalmente en lo carnal y arcaico, en satisfacer sus deseos primarios derivados de aquellos que sus cuerpos les pedían.

Pero él tenía razón: no era una excusa válida.

—Lo entiendo —En realidad no lo hacía—, pero se suponía que tú eras mi amigo. Y deberías de saber que yo no querría algo así. —Negué por lo bajo—. No juzgo a las chicas que lo hacen, porque es su cuerpo, es su decisión, pero yo no considero que sea correcto acostarse con alguien solo por diversión. El día que lo haga será porque estoy con la persona a la que amo, y porque me entregaré a él de forma completa, no solo en cuerpo, ¿comprendes?

—Sí, entiendo. —Se giró para mirarme—. Me equivoqué. No solo en eso. En todo. Cometí terribles equivocaciones contigo, cuando tú solo velabas por mi bienestar. Fui un malagradecido, y no entiendo cómo es que continúas

siendo mi amiga... Si es que aún lo eres.

—Aún soy tu amiga, Adrián. —Suspiré pesadamente—. Aunque creo que ninguno de los dos sigue siendo el mismo de antes.

—No, supongo que no.

—Pero las personas cambiamos con el tiempo —todas lo hacemos—, y solo tus verdaderas amistades siguen a tu lado a pesar de eso. —Le dediqué una sonrisa ladeada—. Además, yo te quiero, idiota.

Sí, aún lo hacía.

—¿Todavía? —preguntó.

—Todavía —respondí.

Derivado de ese momento de sentimentalismo, Adrián llevó su mano hacia mi mejilla, la cual acarició con la punta de los dedos, rozando con delicadeza mi piel, como si nunca nada hubiera sucedido, como si tuviera el derecho de fingir que todo estaba bien.

Y no, aunque yo también trataba de creer que todo estaba bien, no era así.

Me aparté con brusquedad de él, echándome contra el respaldo del taburete para alejarme de él y de sus cariñosas y desvergonzadas manos.

—¿Qué fue eso? —preguntó, sorprendido.

—Hay un pequeño detalle en todo esto.

—¿Cuál? —Levantó las cejas de forma inquisitiva.

—No quiero que vuelvas a acariciarme de esa manera —contesté de forma tajante.

—¿Por qué no? —Me observó, denotando verdadera confusión—. Siempre lo he hecho.

—Lo sé. —No podía seguir mirándolo, dentro de mí había una antítesis de emociones y sentimientos, los cuales no conseguía domar, aunque lo intentara—. Pero no creo que sea correcto que lo hagas si nosotros no compartimos una relación romántica. Ya vimos los problemas que ese comportamiento nos causó, así que, por favor, te pido amablemente que no vuelvas a hacerlo.

—Quieres decir que...

—Creo que es obvio. —Me reí, divertida por su incredulidad—. Nuestros días como amigos con derechos terminaron, y todo ese teatro en el que interactuamos con tanto cariño. A menos que nosotros...

—A menos que nosotros... ¿qué?

Ay, Adrián.

Era todo o nada conmigo, ya no existía un término medio.

—Nada.

—A menos que nosotros seamos... ¿novios? —interrogó.

Pum. Pum. Pum.

¡No, maldita sea, no!

No se suponía que me sentiría así de nuevo, no después de todo lo reflexionado y aprendido, no después de haberme armado de valor para olvidarlo. Pero no entendía qué era lo que me sucedía cuando estaba con Adrián, era como si perdiera todo rastro de inteligencia y me entregara a un estado donde los latidos de mi corazón mandaban, absurdos, sin sentidos, disparatados. No podía estar sucediéndome eso otra vez. Esa conversación solo tenía un único propósito, el cual era alejarlo de mi vida para intentar ser feliz de nuevo.

Pero ahí estaba, esa aceleración, esos nervios que me devoraban.

—¿Tú quieres? —cuestioné, perdiendo la partícula de dignidad que había conservado.

—Ana...

—Oh, no, ese mismo “Ana...” fue el que utilizó Miguel antes de terminar conmigo. —Pensé en voz alta, riéndome por lo irónico y contraproducente que podía resultar una situación.

Se rio, pero lo siguiente que dijo no era motivo de burla.

—Tengo que ser honesto contigo.

—Dime...

Aunque tenga miedo de escucharlo.

—Eres una chica increíble, hermosa, inteligente, y juro que podría continuar por muchas horas diciendo todas tus cualidades. —Observó mi rostro, analizándolo, buscando alguna señal de algo que yo no alcanzaba a comprender—. Y si queremos que lo nuestro funcione creo que solo debemos darnos un tiempo para que eso suceda.

—¿Un tiempo?

Asintió. —Dejemos que las cosas sigan su camino, y todo sucederá cuando deba suceder.

Mamá, perdóname por decepcionarte de nuevo.

Perdón por permitir que un chico jugara con mi corazón, algo que te costó tanto trabajo formar.

CAPÍTULO 37

Considero que dar segundas oportunidades *a veces* es bueno, y nótese que hago hincapié en que no siempre es una grandiosa idea, pues no todas las personas saben valorarlo, algunas vuelven a aprovecharse de la situación, ignorando el dolor que pudieron haber causado.

Sin embargo, puedo admitir que Adrián no fue uno de aquellos desvergonzados que desperdició el perdón otorgado. Realmente se esforzó en demostrar que estaba arrepentido por todo lo que había sucedido entre nosotros, compensándolo de cientos de maneras distintas durante las últimas semanas juntos.

Compartimos momentos divertidos con los chicos, la mayoría de las veces en el hogar de Adrián. Se trataron de reuniones tranquilas, más de lo usual, ya que existían determinadas condiciones para ser recibidos en ese cálido hogar: algunas de ellas consistían en terminar los encuentros antes de la medianoche, nadie podía embriagarse, y la casa debía permanecer limpia. Si podíamos cumplir con esas simples reglas, éramos bienvenidos.

La diversión de la que fui parte me hizo sentir más tranquila, muy diferente a lo que experimenté en las semanas anteriores. De nuevo me integré al grupo con facilidad, alegre de volver a estar con todos ellos, aunque en la mesa estuviese vacío el lugar donde solía sentarse Mario, justo a un lado de Andrés. Me gustaba pasar el rato con ellos, la diversidad en sus personalidades era interesante.

Pero existía un detalle que me incomodaba.

Creían que no me percataba de ello, pero la poca discreción que tenían era el motivo por el cual me daba cuenta de los comentarios que le hacían a Adrián respecto a mí. Inventaban historias sobre lo grandiosa que podría ser nuestra relación, hacían comentarios sobre lo bien que nos veíamos juntos, pero, en especial, Melissa se burlaba, insinuando que nos estábamos demorando en confesarle nuestro amor al mundo.

Toda esa situación me hacía enojecer y sentir una oleada de nerviosismo, pues nunca comprendía cuál era la respuesta que Adrián les daba, si es que lo hacía. Siempre se mantenía firme, con un semblante inescrutable, carente de emociones que revelara lo que pasaba por su mente. Era un bloque de concreto

impenetrable, o por lo menos mostraba esa faceta con los demás, lo que me inquietaba y hacía desesperar.

Cuando estábamos solos, donde nadie podía vernos ni escucharnos, se comportaba de una manera distinta, muy alejada de lo que mostraba con el resto. Conmigo, en la privacidad, me abrazaba de todas las maneras posibles: algo tan atrevido como levantarme del suelo entre sus brazos, hasta un gesto tan delicado como el de rodear mi cintura con su brazo.

Los roces entre nuestras pieles continuaban siendo constantes, no podíamos estar lejos el uno del otro, era como si una fuerza magnética nos atrajera, uniéndonos, haciendo que nuestras manos se unieran y que no quisiéramos separarnos. A él le gustaba jugar con mi cabello, y para mí era divertido acariciar sus mejillas.

Parecíamos dos tórtolos enamorados, pero la realidad era que no sabía en qué situación nos encontrábamos. Adrián dijo que necesitábamos tiempo para averiguar en cuál posición nos dejaban todas esas dudosas caricias, y el ridículo hecho de que nos queríamos, pero luchábamos contra tal sentimiento.

Éramos unos tontos, así de sencillo. Especialmente yo, quien iba en contra de todas sus convicciones por unos ojos bonitos y una sonrisa resplandeciente. Aunque, si se me permitía estar orgullosa de mí misma, confieso que en muchas ocasiones quise besarlo, probar sus dulces labios de nuevo, pero me abstuve de hacerlo... tentada en varios momentos, cual él besaba mis mejillas, mi nariz, mi frente, y, a veces, mi cuello.

Quería dar un discurso sobre lo importante que era tener dignidad y conservarla frente a cualquier situación, pero creo que había perdido el derecho para hablar de ella desde mucho tiempo atrás, quizás desde que acepté que Adrián fuera mi amigo luego de lo sucedido con Tania; ya no tenía heridas que me recordaran ese día, pero una cicatriz en mi frente sería el eterno recordatorio de ese fatídico día.

Aunque, lo más interesante, aún estaba por venir.

* * *

Un viernes por la tarde, cuando el frío calaba hasta los huesos e ir a un bar no era la mejor de las opciones, quedamos de reunirnos en la casa de Andrés, quien solo pidió que no dejásemos evidencias de que su hogar fue el punto de encuentro para un grupo de jóvenes alocados —pero responsables— que ansiaban de disfrutar de sus últimos días de vacaciones.

Después, durante la conversación, nos enteramos de que Catalina fue la que ejerció el poder de convencimiento con Andrés, mediante dulces y

melosas caricias, mejor conocidas como: besos. La influencia que éstos tenían sobre las personas era sorprendente, pues muchas veces fungían como un punto débil que hacía temblar a la mayoría, si es que la persona quien lo daba era la indicada.

El reloj marcaba las seis treinta cuando Adrián y yo llegamos a la casa de Andrés. El cielo ya casi oscurecía, pero el interior de la primera planta de la casa se veía iluminado. Mi acompañante se bajó del carro y me abrió la portezuela, ya como una tierna costumbre. Caminamos en silencio por el sendero adoquinado del jardín delantero hacia la puerta, la cual ni siquiera nos molestamos en tocar para anunciar nuestra llegada. Me resultaba curiosa la confianza que se tenían entre ellos en ese aspecto.

Al entrar, nos encontramos con un cálido cuadro, en el que los demás ya estaban reunidos en la sala de estar. La televisión estaba encendida en un programa de divertida temática, en el que los concursantes debían enfrentar diversos retos para ir sumando cantidades de dinero a su cuenta. En ese momento había una pareja que debía escalar por una pared empedrada cubierta de lodo, volviendo la tarea más difícil.

Sobre la mesa de centro había una gran cantidad de golosinas saladas, aperitivos y bebidas endulzadas. Todas las bolsas estaban abiertas, algunos dulces se hallaban desparramados en la superficie, y pequeñas gotas tintaban la madera.

—¡Qué bueno que llegaron! —Ximena fue la primera en levantarse de su asiento para saludarnos, consiguiendo que todos apartaran su atención del televisor y nos mirasen.

Ella era tan linda y amable, su presencia me generaba paz, pues, desde que la conocía, nunca la había visto quejarse por algo o ver el lado negativo a las cosas, siempre tenía una sonrisa que iluminaba su rostro.

—¿Por qué? —Adrián preguntó, sonriéndole.

—Traje un juego de mesa, y necesitamos ser por lo menos seis personas —respondió, volteándose para contar en voz baja a los presentes, uno a uno —. ¡Y con ustedes ya somos siete!

Todos la observamos dirigirse hacia la pila de mochilas que se encontraba sobre una silla del comedor, donde comenzó a buscar en el interior de su bolso y, tras solo un instante de búsqueda, extrajo una caja delgada y rectangular de color verde.

Las voces de los demás se alzaron para manifestar su deseo por comenzar con el juego, cansados de ver fallar a los integrantes de los equipos que

luchaban por ganarse el dinero de aquella ronda.

—¿Quieres jugar? —Mi acompañante preguntó en voz baja, mientras me ayudaba a despojarme de mi abrigo. Ahí dentro hacía calor.

—Claro —respondí tras un asentimiento—, aunque no soy muy buena en ningún tipo de juego.

—Descuida, será divertido. —Me dedicó una sonrisa y un guiño.

Observé a Adrián dejar mi abrigo en el perchero que se encontraba detrás de la puerta y me alejé de él para ir a saludar al resto. Le di un afectuoso beso en la mejilla a todos los presentes, intercambiando amables palabras como lo hacía siempre que los veía. Sin embargo, con la única que me detuve más tiempo fue con Catalina, la cual me abrazó con fuerza.

—¡Qué gusto me da verte, Ana!

Me reí. —Nos vimos ayer, Cat.

—Lo sé, pero siento que ha pasado una eternidad. —Se apartó unos centímetros de mí, sin soltarme.

—Supongo que eso sucede cuando quieres a una persona —comenté con gentileza.

Sonrió con cariño. —Claro que te quiero, pelirroja.

De soslayo noté un movimiento, y centré mi atención en Adrián, el cual se dirigía hacia la cocina con David caminando detrás de él, muy de cerca, mientras conversaban en un tenor que era imposible escucharlos desde donde me encontraba, combinando la distancia con el murmullo de las otras voces reunidas en la sala.

Cat siguió mi mirada hasta encontrarse con aquel par, y al notar que los estaba observando se apartó de mí con una risa.

—¿Cómo van las cosas entre ustedes?

Exhalé y volví mi atención a ella. —Realmente no lo sé. A veces creo que lo nuestro puede funcionar, pero hay ocasiones en las que quiero darme por vencida.

—Comprendo. —Chasqueó la lengua—. Él te quiere, Ana. A su manera, pero lo hace.

—Una manera muy extraña de hacerlo, ¿no crees?

Ladeó la boca. —Descuida... si él no es para ti, lo sabrás.

Antes de que pudiera responder a su reflexión, Ximena se acercó a nosotras y nos sujetó de la mano para incitarnos a seguirla hasta la mesa del comedor, donde ya había acomodado y organizado los lugares para iniciar con el juego de mesa. Se trataba de un tablero dividido en varias casillas, cada una

marcada con una imagen diferente y un precio que señalaba el valor de la propiedad que se pretendía adquirir con el transcurso de la partida.

—Pueden sentarse donde gusten —comentó con la afabilidad de cualquier anfitrión, aunque esa ni siquiera fuera su hogar.

—Andrés, Melissa, vengan para acá. —Les hizo una seña con el dedo índice para atraerlos hacia ella—. Ya vamos a comenzar.

Mel se levantó de inmediato, obedeciéndola como una fiel súbdita que se embelesaba ante la primera nota emitida por su voz.

—¿Me puedo sentar a tu lado? —Le preguntó a su pareja mientras se acomodaba los mechones más cortos de su cabello.

—Eso lo sabes bien —dijo con una sonrisita.

Era envidiable la forma en la que se querían. Se veían tan felices juntas, como una pareja que proyecta el verdadero significado del amor, sin miedo a expresar sus sentimientos en un mundo donde lo diferente era tachado como malo, donde muchos se escondían por el temor al rechazo; a ellas dos no les importaba lo que el resto dijera sobre ellas o su relación, lo único que necesitaban para ser felices y estar en paz, era tenerse la una a la otra.

Y anhelaba, algún día, encontrar a la persona con la que pudiera protagonizar una historia tan intensa y significativa como la de ese par.

Casi todos, a excepción de los dos que estaban en la cocina, tomamos asiento en las sillas que bordeaban la mesa del comedor. Cada uno tenía una bebida, Melissa era la única que estaba fumando, y Ximena tenía un paquete de caramelos de fresa junto a su cerveza. Estábamos preparados para comenzar con la partida, cuando el dúo faltante se unió a nosotros... o eso fue lo que creí antes de notar el pálido semblante de Adrián.

—Tengo que irme —dijo, haciendo que todos lo miraran.

Sentí una punzada en el pecho, pues sabía que yo no estaba incluida en esa huida.

—¿Qué? —preguntó Andrés, robándome las palabras—. ¿Por qué?

—¿Estás bromeando? —cuestionó Melissa, exhalando el humo de su cigarrillo—. Acabamos de llegar, aún ni siquiera abrimos las cervezas. —Señaló las bebidas frente a nosotros.

—Lo sé, pero surgió un imprevisto.

Volteó hacia donde me encontraba y nuestros ojos se encontraron. No pude disimular la inquietud que su noticia causó en mí, demostrándola a través de mi angustiado semblante, el cual pedía una explicación de lo que estaba sucediendo, pero no la obtuve.

—¿Está todo bien? —preguntó Cat, quien estaba sentada a mi lado derecho.

—Eso creo, Cat. —Dejó de mirarme y se centró en ella—. Hablaremos después chicos. Diviértanse sin mí.

Lo vi marcharse por la entrada principal, sin mirar hacia atrás una vez más, simplemente se fue y me dejó ahí, confundida y con el corazón acelerado por la duda que lo carcomía. Tenía muchas suposiciones, ninguna buena, pero esperaba estar equivocada.

Se creó un silencio entre todos los presentes, y sentí las miradas de algunos de ellos sobre mí, pero yo no me sentía lista para enfrentar a ninguno, a sabiendas de que alguien sacaría a tema lo sucedido, y yo sería la primera en ser interrogada, creyéndolo así porque habían dejado en claro que entre Adrián y yo había un romance no formalizado.

Y en lo que no podían estar más equivocados.

Lo conocía lo suficiente para saber que esa huida no era por algo relacionado con su madre, sino se hubiese mostrado más alterado y asustado, lo que solo dejaba cabida para algo más... o, mejor dicho, para alguien más, cuyo nombre ni siquiera me atrevía a deletrear en mis pensamientos. Un nombre que protagonizaba mis peores pesadillas.

—Mmm... entonces... ¿quieren jugar? —preguntó Ximena, en un vago intento por disipar la incómoda atmósfera que se creó entre nosotros.

—Sí.

—Claro.

—Por supuesto.

—En realidad... —Todos me miraron—, quiero ir a casa.

—¿Por qué? —Cat se inclinó hacia mi silla para mirarme más de cerca.

—No me siento bien —respondí en voz baja, con un leve temblor en los labios.

—Ana...

Negué. —Por favor.

David quien había permanecido de pie todo ese rato, sacó las llaves del bolsillo de su pantalón, emitiendo un tintineo que captó la atención del grupo.

—Vamos, te llevaré a casa —dijo con seriedad.

—David, no...

Cat interrumpió a Melissa. —No, tiene razón, no podemos tener a Ana aquí a la fuerza.

Le dediqué una sonrisa de agradecimiento. —Lo siento, chicos, pero creo

que tendremos que dejar el juego para otra noche.

—Espero que te sientas mejor —comentó Ximena, aunque estaba segura de que ella entendía el motivo por el cual quería irme.

—Gracias. —Me levanté de la silla, empujándola hacia atrás y emitiendo con ello un rechinido—. Los veré después, y gracias por todo.

No me detuve a despedirme de ellos como solía hacerlo, con la misma calidez y amabilidad como lo hice cuando llegué, apenas unos minutos atrás. Caminé hacia la entrada, sabiendo que todos me estaban observando, con pesar o burla, quien sabe, pero no me importaba, simplemente tomé mi abrigo y me lo puse de forma desinteresada, ya que en ese instante no podía sentir nada más que la decepción quemándome la piel. Ni siquiera el frío sería capaz de inmutarme.

Abrí la puerta y escuché los pasos de David muy cerca de mí. No sabía si debía estar agradecida o avergonzada con él por sacarlo de aquella reunión, arruinando su noche por completo. Ya tendría tiempo para disculparme, en ese momento solo quería irme y refugiarme entre las sábanas de la cama en la casa de mi padre. Ansiosa por olvidar que existía algo más que la tranquilidad de uno de mis hogares.

David oprimió el botón de la llave de su carro y las luces de éste se encendieron, iluminando por unos segundos la oscuridad de la calle. Con él no esperé a que tuviera la cortesía de ayudarme a subir al vehículo, solo me acerqué hacia la puerta y la abrí con pesadez, subiéndome con un rápido movimiento, aunque, cuando intenté cerrarla, mi nuevo acompañante ya la tenía sujeta, preparado para hacer dicha acción por mí.

—Gracias. —Le susurré.

Y a cambio solo me dedicó una sonrisa pesarosa.

No lo observé, no le presté atención, no nada, simplemente supe que estaba a mi lado cuando escuché que cerró la puerta de su lado y encendió el motor, el cual emitió un ronroneo que nos adentró hacia el sendero principal de la colonia.

Recargué la cabeza contra la ventana y miré hacia el panorama de afuera: el sol se había escondido para dar paso a la noche, los faroles de la calle comenzaron a encenderse uno a uno hasta formar una constelación a lo largo de la ciudad, desapareciendo la mayor parte de los escondites sumergidos en el color negro. Los interiores de algunas casas se iluminaron, anunciando la vida que había ahí dentro. De pronto el panorama había cambiado, en cuestión de minutos, tan rápido como la desaparición de Adrián.

—¿Estás bien? —preguntó sin despegar la mirada del frente.

—¿Eso importa? —respondí con otra interrogante.

—Claro que importa, Ana.

Exhalé. —Su madre está bien, ¿cierto?

—Sí. —No fue capaz de mentirme, lo que se agradecía.

—Y está con... *ella*, ¿verdad?

No quería escuchar la respuesta, a pesar de que ya la conociera.

—Surgió una situación que debía solucionar lo más pronto posible. —Fue lo que dijo, manteniéndose en un terreno neutral.

—Entiendo.

No lo hacía, en realidad.

Y ya no deseaba saber más sobre el tema.

Durante una parte del trayecto ambos permanecimos en silencio, el cual no me pareció incómodo, pero no se asemejaba a aquellos momentos de parsimonia que algún día compartí con Adrián. Esa quietud era más como una muestra de comprensión por parte de David, quien era lo suficientemente prudente para no seguir conversando sobre algo que sabía me afectaba, lo que era de aplaudir.

En ocasiones, uno no quería hablar de su dolor, solo quería tragárselo y fingir que no sucedía nada, pero las personas insistían en preguntar, creyendo que hablar sobre ello era la mejor manera para desahogarse, aunque a veces quedarse con algunos sentimientos era bueno, pues nos ayudaban a comprenderlos mejor, sin opiniones de terceros que pudieran confundirlos o estropearlos.

—David... ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Me da curiosidad saber, si eres un chico tan... como tú, ¿por qué no tienes novia?

—Tan... ¿cómo yo? —preguntó con una risa.

—Sí, ya sabes. —Despegué la cabeza del cristal y lo miré. Estaba sonriendo—. Educado, atento, caballeroso e inteligente.

—Pues gracias por pensar así de mí. —Su atención no se apartó ni un segundo del camino—. Pero a veces no considero que eso sea suficiente.

—¿A qué te refieres?

Ladeó la boca, menos alegre. —Hay un motivo que responde a tu pregunta.

—¿Cuál? —cuestioné, con verdadera curiosidad.

—Verás... —Pareció sumergirse en un recuerdo—, hace algún tiempo, me enamoré de una chica. Ella era magnífica: hermosa, divertida, inteligente... simplemente lo tenía todo.

Quise imaginarla. Se trataría de una chica de escandalosos ojos azules y sonrisa de ensueño, su cabello sería rubio y combinaría a la perfección con el color rojizo de sus labios. Delgada, con una pequeña cintura, de cuerpo esbelto. Una chica ideal para cualquiera.

—¿Y qué sucedió?

El camino se nos estaba agotando.

Y él tardó varios segundos en responder, casi medio minuto, lo que me pareció una eternidad, considerando la cuestión sobre la que estábamos hablando.

—Adrián comenzó a salir con ella.

—¿Qué...?

Se rio. —Antes de que lo conocieras tuvo una historia con esta chica. Su nombre no importa, en realidad. —Su semblante perdió un ápice de alegría—. Se gustaban, salieron, y creo que tuvieron algo, realmente no lo sé. Y yo... estaba perdidamente enamorado de ella.

—¿Y por qué nunca se lo dijiste?

—Porque sabía que Adrián la quería, ¿y en qué clase de amigo me convertiría si le hubiese dicho que estaba enamorado de su chica?

—David...

No pareció escuchar mi voz. —Después de eso simplemente perdí el interés en todo tipo de relaciones amorosas.

—Pero no puedes cerrar tu mundo a una sola persona. —Me erguí en el asiento, adoptando una postura tensa ante tal historia—. Hay cientos de personas allá afuera, donde puedes encontrar a alguien que te quiera y tú a ella.

Sonrió. —¿Alguna vez has pensado en seguir tus propios consejos?

¡Touché!

Fue mi turno de reír. —¿Cómo pudiste seguir siendo amigo de Adrián después de eso?

—Una chica nunca me va a separar de mi mejor amigo.

Detuvo el auto frente a la casa de mi padre. La luz de la sala estaba encendida, y desde ahí podía verse el contraste de colores emitido por la pantalla del televisor. Seguramente mi padre no esperaría a que regresara tan pronto, y estaría despreocupado viendo alguna película o documental con una

cerveza y bocadillos sobre su regazo.

—¿Cómo eres capaz de controlar tus sentimientos con tanta facilidad?

—Creo que es cuestión de aprender a enfrascarlos, no de reprimirlos, sino de guardarlos en algún lugar dentro de ti, para después poder sacarlos y poder aprender de ellos.

—Lo dices como si fuera tan fácil...

—Te diré un secreto, pero no puedes decirle a nadie que te lo dije, ¿de acuerdo? —Su sonrisa se intensificó.

Asentí. La curiosidad me carcomía el pecho.

—Adrián es mi mejor amigo, pero es un idiota... y tú, Ana, mereces el cielo con cada una de las estrellas en él dibujado.

Sentí las mejillas calientes.

—No te lo digo de una forma romántica —continuó—, sino como una realidad de lo que mereces, y de lo que no vale la pena dentro de tu vida.

Me quedé callada durante algunos segundos, y mi siguiente pregunta pareció sorprenderle.

—¿Quieres pasar un rato?

CAPÍTULO 38

Contra todo pronóstico, englobados dentro de un cuadro que nunca imaginé, nos encontrábamos David y yo, cómodos en el silencio de mi hogar, con dos tazas de chocolate caliente frente a nosotros y en la plenitud de una inesperada confianza.

Mi padre no estaba en casa, la verdad es que no sabía a dónde había ido o cuánto tiempo tardaría en regresar, pero ninguno de los dos parecía estar preocupado por ello, ya que no había nada por lo cual alterar la tranquilidad de mi padre.

Estábamos sentados en el sofá de la sala, David jugueteaba con un cigarrillo apagado entre sus dedos y yo tenía las rodillas abrazadas contra mi pecho, hecha un ovillo en la esquina del sillón. La distancia entre nuestros cuerpos era significativa, pero existía alguna extraña clase de conexión que me hacía sentirlo más cerca de lo que en realidad estaba.

—Gracias —dije en voz baja, mirándolo.

Apartó su atención del cigarrillo y levantó la mirada hacia mi rostro. —¿Por qué?

—Por estar aquí conmigo.

—No tienes nada de qué agradecerme, Ana. —Sonrió—. Intento imaginar cómo es que te sientes.

Me incliné hacia la mesa y tomé una de las tazas entre mis manos. La temperatura de la porcelana contra mi piel disparó una cálida oleada a través de mis extremidades superiores, aliviando la fría sensación que segundos antes me hacía tiritar de una forma imaginaria.

—Debes de creer que soy patética. —Le di un trago a mi bebida.

—No. —Arrugó su entrecejo—. ¿Por qué piensas eso?

Bajé la taza hacia mi regazo. —Porque tú conoces toda la historia... o por lo menos la mayoría.

—Sí, así es, pero sigo sin comprender por qué crees que eres patética.

Resoplé. —Para responderte esto, primero necesito hacerte una pregunta.

—¿Cuál? —cuestionó con una risa.

Estaba convencida de que las palabras eran peligrosas armas que podía lastimar a las personas, incluso a veces con más fuerza que cualquier ataque

físico. Yo conocía ambas experiencias, y podía asegurar que el dolor de un golpe desaparecía en cuestión de horas o días, pero la voz de una persona haciéndote sentir miserable o minimizándote, podía prolongar un sufrimiento por varias semanas, retumbando dentro de tu cabeza como el sonido de un cañón de guerra.

Y estando ahí, conversando con el mejor amigo del chico que rompió mi corazón en cientos de pedazos, era como intentar abrirme paso en un campo minado, corriendo sin una estrategia ni equipo de protección que pudiera, cuando menos, disminuir el daño provocado por mis impulsivas acciones.

Por un momento no hablé, me limité a pensar si realmente quería formular mi siguiente pregunta, pues la respuesta que pudiera obtener quizá no sería la mejor, y ello podría llevarme a experimentar un quiebre que no podría controlar. Y quizás no era una buena idea quebrarme frente a un chico que, apenas media hora atrás, me confesó que su amistad con Adrián no terminaría por nada, lo que me indicaba que podría decirle mi reacción ante la verdad.

Sus ojos escaneaban mi rostro, a la espera, aunque quizás David comprendía que me resultaba difícil hablar sobre cualquier cuestión relativa a Adrián, y por ello no me presionaba ni insistía para conseguir una contestación a su última interrogante.

Una palabra puede cambiar todo el rumbo de una historia. Un simple “sí” o un insignificante “no” puede estar cargado de una enorme connotación que desata cientos de acontecimientos distintos, con rumbos opuestos y finales inesperados. Por ello pensaba tanto en cuál podría ser mi reacción ante cualquiera de las dos opciones antes mencionadas.

Le sonreí.

—Adrián... él... ¿alguna vez estuvo enamorado de mí?

La expresión de su semblante cambió, volviéndose seria.

Se removió en su lugar, mostrándose un tanto incómodo. Entonces consideré que mi idea de conversar con él había sido terrible, ¿en qué estaba pensando cuando lo invité a pasar? Era evidente que David no traicionaría la confianza de Adrián para responderme una pregunta así de infantil y ridícula.

—Ana, no creo que yo sea el indicado para que hables de ello.

—Eres su mejor amigo, debes saberlo. —Tamborileé la taza con todos los dedos—. Solo quiero que me digas: sí o no.

Cerró los párpados y los mantuvo apretados un par de segundos antes de volver a abrirlos, y centrar su punto de enfoque sobre mis ojos.

—Habla con él, creo que será lo mejor para ambos.

Negué por lo bajo. —Con lo que pasó hace rato, creo que él ya dijo demasiado.

David extendió su brazo hacia la mesa y tomó la taza humeante que le llamaba, la cual llevó hacia su boca y dio un largo trago, deleitándose con el sabor de un improvisado chocolate caliente, al que ambos atribuimos parte de nuestras nada refinadas ni experimentadas cualidades culinarias.

Lo observé detenidamente mientras se dedicaba a guardar el cigarrillo en la cajetilla que había mantenido oculta en uno de los bolsillos de su chaqueta. Cuando llegamos le pedí que no fumara en el interior de la casa, pues mi padre detestaba el olor del tabaco, e impregnar la sala con ese aroma sería un buen motivo para que se enfadara, lo que menos deseaba en un momento como aquél.

David era atractivo, su físico no resaltaba mucho del resto, pero había algo en su personalidad que lo hacía destacar: no estaba segura si era su pasiva seguridad, la inteligencia con la que hablaba y se expresaba, lo sofisticado de su conducta, o la sencillez con la que trataba al resto. Tenía tantos dotes, que era imposible elegir el mejor de ellos.

Solo recuerdo, que a mí me gustaba la forma en la que sonreía cuando todo iba mal, como si ese gesto pudiera ayudarlo a convencerse de que las cosas mejorarían.

—¿Entonces eso es lo que me recomiendas? —Aparté mis ojos de él—. ¿Hablar con Adrián?

Asintió. —A veces puede ser una cabeza hueca, por ello necesitas ayudarlo a ver la realidad de la situación.

¿Qué tan idiota podría ser Adrián para no darse cuenta de lo que estaba sucediendo?

O, mejor dicho, ¿qué tan egoísta era para notarlo y aún así permitirlo, sabiendo el daño que me hacía?

—¿A veces? —pregunté con una risa.

Él también se burló. —De acuerdo, la mayoría de las veces.

Estaba levemente tranquila, suponiendo que la compañía de David era uno de los principales motivos. Comenzaba a comprender por qué era el mejor amigo de Adrián. Ese chico era cuidadoso, educado, discreto y prudente, cualidades que muchos carecían a esa edad. Era racional, moderado y acertado. Podría continuar describiéndolo hasta llenar un libro, lo cual no me hubiese molestado, pero aun así seguía siendo, repito, el mejor amigo de Adrián, y estaba segura de que le era fiel a su amistad, mucho más que al poco

afecto que pudiera sentir por mí, si es que lo hacía.

Por lo que debía ser precavida con lo que decía o con lo que no, la verdad es que no sabía si la conversión que suscitara ahí quedaría entre nosotros... o se esparciría como el polen durante el apogeo de la primavera.

—David...

—¿Sí? —Volvió a dejar la taza sobre la mesa, con el líquido a medio beber.

—Quiero que seas mi cómplice por un día.

—¿Tu cómplice? —Levantó las cejas de forma inquisitiva—. ¿A qué te refieres?

Me reí ante su expresión confundida. —Necesito que me hagas una promesa.

Su expresión se manchó por la curiosidad, denotándola con una sonrisa inquieta y la completa atención de sus ojos hacia mi semblante.

—¿Cuál? —preguntó con divertido interés.

Tragué saliva y relamí mis labios, nerviosa de que no aceptara. —Prométeme que no le dirás a Adrián ni a nadie de lo que hablemos hoy aquí.

Extendí el brazo derecho en su dirección, levantando el meñique hacia él.

Miró mi mano, sin comprender lo que estaba haciendo.

—Si lo prometes, debes enganchar tu meñique con el mío. —Le dije, mirándolo fijamente a los ojos.

Rio. —¿Qué clase de ritual es éste?

—Entonces, ¿lo prometes? —pregunté, ignorando su interrogante.

No respondió ni se movió durante un par de segundos, los cuales se asemejaron a una terrible eternidad, repleta de duda e inseguridades, de temores y desconfianza. Hasta ese momento no había dicho algo que pudiera comprometerme, pero no podría continuar conversando con él sobre lo que acontecía en mis pensamientos si no correspondía a la promesa.

—Lo prometo —dijo tras ese cortísimo lapso de silencio, uniendo su meñique con el mío.

Sonreí, inundada en la tranquilidad.

—Gracias —dije en voz baja.

—No hay de qué. —Rompimos esa pequeña conexión entre nuestras manos—. De todas formas, no pretendía decir nada. —Se encogió de hombros, como un cómico que se burla de su público.

Abrí la boca, fingiendo una mueca de indignación. —¿Por qué no me lo dijiste, entonces?

Volvió a reírse. —Porque tu gesto con el meñique me pareció tierno.

Sé que me sonrojé, pude sentir el calor en mis mejillas extendiéndose a todo mi rostro, y en ese momento no existía la posibilidad de que pudiera disimularlo bajo la sombra de la oscuridad, mucho menos cubriendo mi rostro con el cabello, pues para ese punto de la noche ya lo había atado en un moño alto.

Solo pude reírme con él.

—Entonces, ¿sobre qué quieres hablarme? —Se acomodó en el sillón, adoptando una postura más relajada.

—Sobre *quién*. —Corregí de manera burlesca.

—Bueno, ¿sobre qué quieres hablar de Adrián?

Ya no sabía si escuchar su nombre me alegraba o me generaba una sensación de melancolía.

Me encontraba dentro de esa confusión, en la que radicaba un insistente “sí”, acompañado de un cambiante “no”, pero en el medio existía la frecuente pregunta: *¿y ahora qué hago?*

—¿En serio tienes tanto tiempo? —cuestioné a modo de broma.

Pero él, seriamente, respondió: —Puedo estar aquí todo el tiempo que me necesites.

Me quedé sin palabras, casi sin aliento, en realidad. La intensidad de su mirada era imponente, haciéndome sentir un poco más pequeña de lo que era. David tenía esas facetas, la de un chico amable que cualquier desea tener como amigo, pero también contaba con un lado serio, digno de un sabio que controla cada fibra de su cuerpo, y cada emoción dentro de su mente. Sereno, objetivo.

No sabía cuál lado me agradaba más.

Con el que podía hablar como una adolescente normal, o con el que sabía me aconsejaría de la mejor manera frente cualquier adversidad.

Supongo que estaría a punto de descubrirlo.

—De nuevo gracias. —Le dediqué una tímida sonrisita—. Espero no enfadarte con todo esto...

Negó. —Me gusta saber que puedo ayudar con algo.

Respiré profundo, tratando de que no se percatara del exagerado vaivén de mi pecho. Confiaba en él, la prueba era que estaba ahí a punto de abrir mi mente y mi corazón sin miedo a ser juzgada, pero mi naturaleza hacía que me inclinara al miedo, a la inseguridad. A la mayoría de las personas les resultaba gracioso reírse de los sentimientos de los demás, como si fueran un juego, y

ello lo había comprobado en mis anteriores años como estudiante en la secundaria.

Pero David no era así.

—Te escucho con toda mi atención —comentó con una tonalidad que me incitaba a relajarme.

Exhalé sonoramente. —Quiero saber... qué tienen en común aquella chica de la que me contaste y Tania.

Asintió, adentrándose en sus pensamientos. Quizá no era buena idea preguntarle sobre esa misteriosa chica, considerando su previa confesión: *Después de eso simplemente perdí el interés en todo tipo de relaciones amorosas.*

En lo que él buscaba en lo más profundo de sus memorias, yo reflexioné sus palabras. Tenía miedo de que me pasara algo similar, que después de Adrián no pudiera volver a entregarme al amor, que, la decepción fuera tan grande, que perdiera todas las esperanzas en el romance. Por lo que había escuchado de otras personas, a eso se le llamaba “golpe de realidad”, con el que descubrías que una relación no era tan hermosa como la pintaban, sino un mundo repleto de fantasías que, tarde o temprano, terminaba quebrándose y enviándote a lo más profundo.

Tenía miedo, porque no quería seguir sintiéndome así por alguien toda la vida.

Porque... ¿realmente conseguía olvidarse a alguien por completo?

Yo creía que no.

Así pasaran los años, en algún momento, en algún lugar, por alguna razón cualquiera, las imágenes de las personas volvían a tu mente. A mitad de una risa, en el medio de la oscuridad de tu habitación, al escuchar una canción en la radio. Siempre había algo que te hacía recordar.

Quizás los sentimientos ya no eran los mismos, pues estos cambiaban con el tiempo, pero yo pensaba que en tu corazón quedaban pequeñas espinas, tal vez ya no lastimaban como antes, pero estarían ahí para cuando fuera necesario rememorar aquellos errores que no pretendíamos repetir.

Tal vez era muy pronto para preocuparme por ese tipo de cuestiones, pero era imposible no sentirme aterrada, temerosa de que esa grieta en mi corazón no pudiera sanarse ni con el pasar de los meses. Solo quería que mi amor por Adrián se desvaneciera con las estaciones. Que aquél frío que anidaba en mi pecho se esfumara junto con el invierno, y que la primavera trajera su característica alegría pintada de centenares de colores.

—Bueno... —Sus ojos permanecieron sobre los míos mientras hablaba—, la verdad es que no les encuentro ningún parecido entre ellas. Ni física ni emocionalmente.

—¿No? —pregunté, sorprendida.

—No —respondió, y sus siguientes palabras lo hicieron sonreír—. *Ella* era dulce, comprensiva y divertida. —Pero esa mueca cambió al hablar de la siguiente chica—. Y Tania... no me gusta hablar mal de las personas, pero ella no se parece en lo absoluto.

—¿Entonces por qué se enamoró de Tania? —Interrogué, sin medir la ferocidad de mi tono, sin detenerme si quiera a pensar en lo que estaba diciendo.

Pareció notar mi arrebato. —Realmente nadie lo entiende.

—David, eres su mejor amigo, lo conoces mejor que él mismo.

—Y tú eres su mejor amiga. —Apuntó, solo como un mero recordatorio.

Reí. —Sabes a lo que me refiero.

—Lo sé. —Se inclinó hacia la mesa y sujetó la taza por el asa, sin embargo, no bebió de ella—. Y en serio me lo he preguntado muchas veces, Ana. —Su semblante se tornó serio—. Quizás no debería decir esto, pero he sido testigo del sufrimiento de Adrián por esa chica, y él, así de idiota como puede llegar a ser, no merecía sentirse así por ella.

Quise reír, porque aquellas palabras estaban tintadas por la preocupación de un mejor amigo. Lo sabía, porque Sam, la cual se preocupaba por mí y no por Adrián, me dijo en repetidas ocasiones que él se merecía lo peor, que ojalá un rayo le cayera encima y lo partiera por la mitad, y que, quizás, solo así su cerebro podría comenzar a funcionar.

Era interesante que en el mundo existieran tantos puntos de vista, la mayoría guiados por las emociones que nos dominaban, por una orientación hacia aquello que nos gustaba, a pesar de que en muchas ocasiones supiéramos que no era lo correcto o lo mejor para otros, sino para nosotros mismos.

Adrián no merecía sentirse así por Tania.

Y yo no merecía sentirme así por él.

Creo que nadie merecía sentirse mal por una persona que no lo quería.

—Tienes razón.

—Sufrió mucho, Ana. —Continuó, enfrascado en sí mismo—. Y no solo por ella, sino por lo que sucedió contigo.

—¿Realmente lo crees? —pregunté, mi voz manchada por la melancolía.

Asintió. —Está confundido, finge que no sabe qué es lo que quiere.

—¿Y qué es lo que quiere?

Se giró para mirarme. —Te quiere a ti, pelirroja.

—Eso no es cierto. —Me apresuré a asegurar.

—¿Por qué les cuesta tanto trabajo admitir lo que sienten? —Interrogó, ladeando la boca.

—A mí no me cuesta hacerlo —respondí con tristeza—. Lo hubiese hecho desde el principio si tan solo él hubiera sentido lo mismo por mí... —Suspiré—. Y no lo hago ahora porque él aún está enamorado de Tania.

—No está enamorado de ella. —Afirmó.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé. —Se encogió de hombros—. Tú misma lo dijiste: lo conozco mejor que él mismo.

Reí sin ánimos. —Si Adrián me quisiera... ¿por qué no estamos juntos?

—Tal vez aún no es su momento.

—Pero... quiero que sea nuestro momento. —Le dije.

—Entonces haz que suceda. —Sugirió, sonriéndome.

Me levanté del sofá y caminé hacia la cocina, donde recordaba que había una pequeña libreta y una pluma en el cajón de los cubiertos, en la cual mi padre solía escribir los recados o mandados para pegarlos en la puerta del refrigerador, como una agenda que le recordaba sus pendientes, a la antigua.

—¿Qué haces? —Me preguntó David desde la sala.

—Tengo una idea, y necesitaré de tu ayuda —respondí, mostrándole mis armas.

Resopló. —¿Adrián y tú no saben lo que es hablar en persona?

—No. —Me senté de nuevo a su lado y jalé la mesita de centro más cerca de nosotros, para que pudiera recargarme sobre ella—. Así que me harás el favor de entregarle esta nota.

—¿Cuándo acepté ser parte de esta guerra? —cuestionó, mirando hacia el cielo.

—No seas exagerado. —Me reí—. Solo necesitas dársela, sin explicaciones ni mayores formalidades. Por favor. —Hice un puchero.

Negó. —Eso nunca ha funcionado conmigo.

—Por favooooooooor... —Extendí la palabra hasta quedarme sin aliento.

David cerró los ojos, apretando sus párpados y haciendo una mueca de disgusto con la boca. Parecía estar en una lucha interna entre el bien y el mal, de un lado le aconsejaban que cediera a mi sencilla y noble petición; y del otro le pedían que huyera antes de involucrarse en un problema que no era

suyo.

Al abrir los ojos, me miró. —Está bien, pero será la última vez que lo haga.

—¡Gracias! —Me abalancé contra él y lo abracé, hundiendo mi rostro en su cuello.

Me sujetó por la cintura y negó contra mi cabeza, riéndose.

Permanecimos así apenas durante unos segundos, antes de que me apartara de él para continuar con mi plan.

—Lo haré rápido. —Informé, centrando toda mi atención en el pequeño rectángulo de papel que estaba frente a mí, a la espera de ser el confidente de mis sentimientos.

—No te apures. —De soslayo le vi sacar su teléfono celular—. Ya te lo dije: estaré aquí todo el tiempo que me necesites.

Olvidé todo aquello que me rodeaba, creé una burbuja a mi alrededor, dispuesta a solo escuchar aquello que mis pensamientos tenían para decir. Era el momento, por fin había llegado ese instante para vaciar mi mente, de confesar todo lo que llevaba meses atormentándome. Sin miedo, sin frenos ni inseguridades.

Era el momento para elegir entre todas las palabras que revoloteaban, desesperadas por expresar mi sentir. Aunque, quizás sería más difícil de lo que esperaba.

Durante algunos minutos me quedé ahí, con el bolígrafo entre mis dedos, reacios a escribir lo que deseaba. Me quedé en blanco, al igual que el papel que aguardaba por ser tatuado con la más honesta confesión que pudiera emitir hacia Adrián. Tenía una vaga idea de lo que quería decirle, pero nada parecía ser suficiente para abarcar todo aquello que ansiaba hacerle saber, y lo que menos deseaba era escribir una extensa carta que pudiera abrumarlo... o aburrirlo.

—Solo escribe. —La voz de David fracturó la coraza que formé en mi entorno—. Entre menos lo pienses, es más fácil.

Asentí.

Él tenía razón.

Suspiré, armándome de valor, imaginando que la hoja desaparecía, y que frente a mí se encontraba el destinatario de tales palabras. El rostro de Adrián se dibujó, tan real que incluso podía contar las pestañas que enmarcaban a sus ojos. Y su sonrisa, aquella que quizás se borraría tras escucharme decirle lo que pensaba.

Lo miré.

Y ya no tuve dudas de aquello que quería decirle.

"Querido Adrián:

No creo que seas tan idiota para que no te hayas dado cuenta de que estoy enamorada de ti desde hace mucho tiempo.

Y debo confesar que toda esta situación me lastima. No puedo seguir con mi vida con normalidad, porque una duda me carcome el corazón cada que pienso en ella: Si acaso me quieres, ¿por qué no estamos juntos? Y si no me quieres, ¿por qué no me desmientes de una buena vez?

Deja de jugar con mis sentimientos, para que pueda dárselos a alguien más, simplemente para que pueda continuar. Solo quiero una respuesta, y no pienso esperar otros seis meses para que te decidas, así que, por favor, dime, ¿qué soy para ti?

Te quiero, pedazo de imbécil."

CAPÍTULO 39

Diez días.

Diez días en los que no obtuve respuesta.

Diez días en los que pasé las noches en vela, preguntándome si mi mensaje en realidad fue entregado.

Diez días cuestionándome qué pasaría por la mente de Adrián.

Diez días en los que me maldije por haber sido tan patética por escribir aquella nota.

Fueron largas horas, largos días, casi dos largas semanas.

Pero no quería demostrar que estaba angustiada por la situación. Las únicas personas que conocían lo sucedido eran David, quien fungió como mensajero; mi madre, la cual me notó extraña desde aquella noche; Sam, ya que no pude esconderle mi acción por demasiado tiempo; y Adrián, el desaparecido de Adrián.

Mi momento de debilidad estaba en las manos de todos ellos, pero sabía que tres de esos individuos no me dejarían caer, sin embargo, el más importante, el pilar del centro, el que cargaba la mayor parte del peso, no sabía hacia qué lado se estaba inclinando, o si permanecería estable el tiempo suficiente para que el desenlace diera un giro inesperado en mi favor.

Traté de no preocuparme, permití que las circunstancias fluyeran a su antojo. Si algo tenía que suceder, sucedería. Ya no tenía potestad sobre el destino, si éste quería jugar a mi favor sería estupendo, pero si no, lo aceptaría sin reprochar.

Quería a Adrián, lo hacía con locura.

Pero ya era momento de tratarme, de recobrar la cordura.

* * *

Cuarto semestre de preparatoria, un paso más cerca del final.

Volver a la escuela resultó ser un alivio, contrariando las facetas quejosas de la mayoría de mis compañeros, quienes aseguraban que los dos meses de vacaciones no fueron suficientes para descansar y liberarse del estrés que les generaba el colegio.

Para mí, significó regresar a un ambiente más animado, donde no había posibilidades de perderme en la inmensidad de mis alterados y melancólicos

pensamientos. Las risas de los estudiantes, las profundas voces de los profesores instruyéndonos, el bullicio del saber ahondando a lo largo de los pasillos. Estar rodeada de personas era tranquilizador, a diferencia de otras veces, me gustaba estar ahí viendo el rostro de desconocidos, escrutando sus semblantes alegres. Sintiendo su presencia, alejando con ello la soledad que me atormentaba.

Especialmente, estar de nuevo en el salón de clases, acompañada de aquellas amistades que un día creí lejanas, era como volver a estar en ese pedacito de paraíso, el que estaba teñido por animados colores y decorado con amenos momentos que me hacían sonreír.

Marlene, Natalia, Miguel, un nuevo chico llamado Sebastián, una chica que se cambió al turno de la mañana, llamada Vanessa, Cristina y yo, conformamos un grupo unido desde los primeros días.

Para los demás resultaba extraño que Miguel y yo continuáramos siendo amigos, pues una relación fallida era motivo suficiente para que nos odiáramos y no quisiéramos saber nada el uno del otro. Inclusive, escuchamos un comentario, una voz dispersa a la que no le tomamos mayor importancia, la cual difundió un pequeño rumor, acerca de que alguno de los dos cambiaría de salón para no tener que volver a vernos.

¡Los rumores se hacían y corrían tan fácilmente!

Sin embargo, ambos teníamos la madurez suficiente para saber que no importaba una ruptura, si durante el tiempo que estuvimos juntos hubo respeto, cariño y amistad de por medio. Valorábamos aquellos buenos momentos que pasamos como pareja, conscientes de que podrían continuar si optábamos por seguir siendo amigos, lo que hasta entonces nos había funcionado mejor de lo que hubiéramos imaginado.

El primer viernes del nuevo semestre estaba transcurriendo de maravilla, como cualquier otro día. Estábamos reunidos en la cafetería de la escuela, desayunando el nuevo platillo que incluyeron en el menú: pan francés acompañado de un tazón de frutas y un café al gusto. No era un manjar elaborado por los dioses, pero distaba de la cotidianidad a la que nos habíamos acostumbrado desde que entramos a la escuela un año y medio atrás.

Miguel y Sebastián se levantaron de sus asientos para ir a comprar otro café, argumentando que necesitaban energía para realizar un proyecto que tenían entre manos. Al parecer mi expareja había encontrado un amigo que compartía su amplio interés por la ciencia y los experimentos, lo cual me daba gusto por él.

—¿Y qué haremos hoy? —preguntó Vanessa.

—¿A qué te refieres? —Fabiola interrogó antes de darle una mordida a su pan.

—Oh, vamos, es el primer fin de semana de vuelta a la escuela, debemos salir para celebrar.

Vanessa, era una chica alegre y educada, pero su personalidad era un poco diferente a la nuestra. A ella le gustaban las fiestas, pero le encantaba sentarse al frente del aula y aprender hasta el último punto y detalle que tuvieran los catedráticos para enseñarnos. Era aventurera, pero prudente; alocada, pero responsable; extrovertida, pero siempre con una pizca de discreción. Realmente no entendíamos cómo fue que prefirió estar con nosotros que con los demás, pero nos alegraba compartir el tiempo a su lado.

—¿Solo nosotras cinco? —Inquirió Sam.

—¡Claro! —Miró en la dirección donde se encontraban los otros dos integrantes del grupo—. Hagamos una noche de chicas.

—Acepto —dije sin dudar, consiguiendo que las cuatro me miraran—. Saldré con ustedes con la única condición de que no haya hormonas masculinas cerca de nosotras.

—¡Yo también me apunto! —Exclamó Marlene.

Vanessa rio.

Me generó tanta confianza que, durante un momento de soledad, le conté una pequeña parte de mi historia con Adrián, omitiendo las numerosas noches en vela que pasé llorando y suplicando que el dolor desapareciera, aunque, para ese punto, ya conocía el nombre del susodicho y las anécdotas que lo perseguían respecto a lo que tuvimos, y la respuesta que aún esperaba, si es que ésta algún día se dignaba a llegar.

—Y ustedes, ¿qué dicen?, ¿vienen o no?

El par que faltaba por aceptar intercambió miradas.

—Está bien, yo iré. —Habló Natalia, fingiendo rendición.

Sam resopló. —¡De acuerdo! Pero tienen que pasar por mí a mi casa.

—¡Es un trato! —Exclamó Vanessa.

—¿Qué es un trato? —preguntó Miguel, apareciendo en la escena junto con Sebastián.

Incliné la cabeza hacia arriba para mirarlo. Estaba de pie justo detrás de mi silla, observándome con curiosa atención.

—Cosas de chicas —respondió Fabiola.

Sebastián bufó. —Las mujeres siempre hablan en código. No importa cuán

inteligente podamos ser —Se dirigió a Miguel—, nunca conseguiremos entenderlas.

Todos reímos.

Ahí estaba, otro de esos momentos que atesoraba, los cuales me brindaban calma y hacían que me olvidara de la tormenta que azotaba en mi interior. No importaba que Adrián pudiera estar cerca, rondando el perímetro donde me encontraba, pues cuando estaba con mis amigos, riendo, disfrutando de su compañía, nada externo parecía poder tocarme, mucho menos hacerme daño.

* * *

Era de tarde, los últimos rayos del sol se filtraban a mi habitación a través de las cortinas abiertas de la ventana, las cuales se ondulaban con la fría corriente que entraba desde el pasillo y refrescaba el lugar. A esa hora el clima aún no alcanzaba grados peligrosos ni insoportables, pero la noche presagiaba que la temperatura disminuiría lo suficiente para ser cuidadosos en cuanto a los abrigo que uno llevase consigo.

Me encontraba frente al espejo, indecisa entre cuál atuendo sería el indicado para ir al famoso Billar Rock & Bar en el centro de la ciudad. Aquellos lugares los solía frecuentar con Adrián y sus amigos, pues mis amistades se inclinaban más por sitios tranquilos como un café en la plaza o un paseo por las calles más transitadas y pintorescas.

Aquel viernes preferí quedarme en casa de mi madre, a pesar de que la rutina indicara que era el día para ir al hogar de Jorge, a quien no le molestó que decidiera cambiar de planes con él, bajo el argumento de que casi toda mi ropa estaba en la habitación de la primera vivienda.

La verdad era que me sentía mejor ahí, en mi alcoba de la infancia, donde casi todos los recuerdos eran agradables y repletos de alegría, a excepción de aquellos en los que el matrimonio de mis padres comenzó a tambalear. Y donde la protección de mi madre se hacía presente en cada momento, siendo capaz de consolarme por si la oscuridad amenazaba con consumirme, cuestión que mi padre aún no entendía, a causa de que no me atrevía a contarle sobre mi situación amorosa.

El timbre inundó la primera planta, anunciando que teníamos una visita esperando a que la recibiéramos. Sandra no me dijo que estábamos esperando a alguien, pero, por la hora y el día, imaginé que se trataría de alguna de las chicas.

—¡¿Ana, puedes abrir?! —La voz de mi madre llamó desde su recámara —. ¡Estoy terminando de vestirme!

Gruñí. Yo también estaba intentando elegir un atuendo para arreglarme. Se estaba haciendo tarde y yo seguía ataviada con mi cómoda pijama, la cual consistía en un pantalón afelpado de color azul y una blusa de manga larga de color blanco. Mi cabello estaba húmedo por el baño que tomé una hora antes, y mi rostro solo contaba con pequeños detalles de maquillaje que aún tenía que arreglar antes de salir.

—¡Ya voy! —Le grité.

Bajé las escaleras, emitiendo un rechinado con la suela de mis pantuflas contra el suelo de madero recién pulido. Mis pasos resonaron, avisándole a la persona al otro lado de la puerta que alguien se acercaba a su encuentro. Como dije, esperaba que fuera alguna de las amigas de mi madre, quien seguramente había llegado antes de la hora acordada, siendo impuntual, aunque se creyera que la anticipación se tratara de una buena cualidad.

Abrí la puerta y mis ojos se toparon con el rostro de un atractivo muchacho que sonreía de manera avergonzada.

—¡David!

Maldita sea, ¿por qué les gustaba aparecer sin avisar?

—Hola, Ana. —Sonrió, era evidente que estaba incómodo. Igual, o más que yo.

Pero ¿por qué?

—¿Quieres pasar? —pregunté después de un instante de silencio, en el que intenté entender qué estaba sucediendo. Me hice a un lado para permitirle el acceso, incitándolo a entrar.

Miró rápidamente hacia el cielo que comenzaba a oscurecer y volvió su atención a mí.

—Quizás solo un momento.

Caminó frente a mí y avanzó solo unos pasos en el interior, desabrochando un par de botones de su abrigo mientras yo cerraba la puerta, alejándonos de la crueldad del frío de allá afuera.

—¿Te encuentras bien? —Le pregunté, inquieta por su repentina e inesperada presencia.

Asintió, volteándose hacia mí para mirarme. —La verdad es que no estoy aquí porque yo lo haya planeado.

Se escuchaba apurado.

—¿Entonces? —Levanté las cejas de manera interrogativa.

Curveó la boca en una mueca de preocupación, el semblante de David era un lienzo en blanco, en el cual se dibujaba con demasiada facilidad, denotando

cuáles emociones lo embargaban. Exhaló pesadamente al mismo tiempo en el que sacaba una hoja doblada del bolsillo de su abrigo. Tenía las manos amoratadas por el frío, las cuales temblaban con notable ligereza.

—Te enviaron esto. —Extendió el papel en mi dirección.

—¿Es en serio? —pregunté, mirando la nota suspendida en el aire entre sus dedos.

—Sí.

Me rehusé a aceptarla, apartando mi atención de ella. —Han pasado diez días...

—Lo sé. —Bajó el brazo, a sabiendas de que no la quería—. Yo también conté los días.

La hoja aparentaba un tamaño pequeño, quizás su contenido era igual de corto que el mío, solo podría saberlo si la leía, pero algo dentro de mí me decía que no lo hiciera, pues si Adrián realmente tuviera un interés en mí, me habría buscado e intentado solucionar el problema de forma correcta, hablando de frente, terminando de una vez por todas con aquel tonto juego de niños al que yo también cedí por cobarde.

Pero no. Había transcurrido un lapso considerable, los días suficientes para demostrar demasiado. El no hacer algo también era una forma de decir las cosas.

Y Adrián ya había dicho bastante.

—Dijiste que me quería.

Agachó la mirada. —Ana...

Negué, interrumpiéndolo. —Él no me quiere, David.

—Lo lamento, no sé qué decirte.

Me acerqué a él y lo sujeté por el hombro, consiguiendo llamar su atención con ello. Sus ojos se encontraron con los míos, en ellos podía ver una combinación de decepción y vergüenza, emociones de las cuales él no debía de ser acreedor. David solo se trataba de un débil eslabón tratando de mantener unidas a dos personas que ya se habían lastimado lo suficiente, cuya fractura y separación era inevitable.

—Solo puedo darte las gracias. Por todo. —Bajé la mano por su brazo hasta llegar a la mano que aún sujetaba la nota—. Pero creo que a partir de ahora Adrián y yo debemos de resolver nuestros problemas solos.

Le arrebaté aquello que me pertenecía, y él no opuso resistencia ante mi acto. Permitted que mis dedos se apoderaran de la nota y la arrugasen contra la palma cuando hice un puño con la mano.

Me alejé de él dos pasos, sin dejar de mirarlo.

—Gracias. —Repetí.

—¿Vas a estar bien? —preguntó, centrando su atención en el pedazo de papel arrugado.

—Descuida. —Le sonreí—. Sobreviví estos últimos meses, creo que puedo hacerlo una noche más.

Se rio. —No lo dudo ni un poco, pelirroja.

—Te veré luego, ¿cierto?

—Por supuesto. —Se acercó a mí hasta que la distancia entre nuestros cuerpos fue mínima.

Él también era alto, y así como debía levantar la cabeza para mirar a Adrián directo a los ojos, tuve que hacerlo con David, el cual se inclinó hacia abajo para estar más cerca de mí. Nos miramos en silencio, compartiendo una complicidad que quizás nunca se repetiría, embriagados únicamente por la calidez del momento.

—Cuídate. —Me dijo en voz baja. Su fresco aliento rozó mi mejilla.

—No es una despedida —comenté con el mismo tenor.

—No. —Aseguró—. Pero nunca está de más pedirte que lo hagas.

Me sujetó por la nuca y tiró de mí para acercarme aún más a él. De pronto la distancia desapareció, y sus labios tocaron mi frente en un suave y tierno beso que duró apenas unos segundos, tan pocos que hubiese deseado que se prolongaran, pero fueron los suficientes para que su tacto quedara grabado como una huella ardiente que palpitaba con encantadora fiereza.

—Nos vemos, *Little Darling*.

Terminó con aquella caricia, alejándose rumbo a la puerta de entrada, sin reparar en absurdas formalidades de despedida. Simplemente se marchó sin decir más ni mirar hacia atrás, como si aquello fuera el final de una escena que marcaba una despedida, un inevitable adiós que culminaría con un capítulo más en mi vida.

Observé la estela que dejó detrás de sí, hasta que me fue casi imposible detectarla.

Y entonces me quedé sola en la sala de estar, escuchando el tic tac del reloj que anunciaba el paso del tiempo, el cual comenzaba a agotarse en cuanto a mi salida se trataba. Me quedaba menos de veinte minutos para arreglarme, aunque en ese momento era lo que menos me importaba.

Desdoblé la hoja, sintiendo un corte en la piel de mis dedos en cada movimiento, una sensación meramente psicológica, como una reacción

nerviosa de mi cuerpo ante lo que pudiera descubrir en las letras plasmadas con tinta negra que me llamaban para ser leídas. Le eché un rápido vistazo a la nota antes de hallar el valor necesario para enfrentarla.

Y, finalmente, lo hice:

"Querida Ana:

Tienes razón, no soy tan idiota como para no haberme dado cuenta de que estás enamorada de mí desde hace mucho tiempo... Desde que nos conocimos, si no me equivoco.

Respecto a tu pregunta. Claro que te quiero, pero es complicado que estemos juntos; como tú lo dijiste, soy un pedazo de imbécil. No te merezco, y sé que puedes encontrar a alguien mejor.

Espero que no me odies después de decirte esto, pero creo que es momento de que me olvides y continúes con tu vida.

Eres una chica increíble, y mereces que alguien te amé de la manera más sincera y desinteresada.

Lastimosamente, yo no soy esa persona.

Pero nunca olvides que te quiero, pedazo de boba."

Me reí para no llorar.

Durante meses esperé una respuesta clara, una respuesta que me dijera todo aquello que Adrián pensaba sobre lo nuestro. Y por fin la tenía, atrapada entre mis manos, tangible y visible, tan real que ni siquiera podía creerlo.

Sus sentimientos estaban plasmados en un pedazo de papel arrugado.

Tan arrugado como mi corazón, tan inservible, que debía botar ambos a la basura.

* * *

El reloj marcaba las ocho treinta cuando llegamos al Billar Rock & Bar, un poco más tarde de lo que habíamos acordado, debido a que me demoré luego del incidente sucedido en mi hogar.

A pesar del mal clima en la ciudad, el lugar estaba repleto de personas de diferentes gustos y apariencias. Había una mezcla de identidades, entre rockeros vestidos de negro, y personas comunes como nosotras, quienes se fundían con facilidad con el resto de los presentes. La terraza estaba vacía, lo que resultaba extraño para aquel sitio, donde las mesas de afuera eran reñidas por la mayoría de los visitantes, y las que pocos conseguían sin una influencia trabajando entre el staff del bar.

La música que resonaba en el interior provenía de las bocinas distribuidas a lo largo del establecimiento, abarcando puntos estratégicos que ofrecieran

una agradable experiencia musical. Sin embargo, el verdadero atractivo en dicho ámbito se encontraba en la banda que estaba terminando de organizar los instrumentos sobre el amplio escenario, rodeado de mesas con personas que ansiaban el inicio del espectáculo.

El único lugar disponible era una mesa cerca de la barra, en el centro del bar. Las chicas siguieron de cerca a la mesera que se encargaría de atendernos aquella noche. Era difícil caminar entre el vaivén de personas que andaban entre cada espacio.

Me sentía feliz, estar acompañada de ellas era una amena experiencia, y el entorno donde nos hallábamos facilitaba que una liviana sensación me embriagara; era como si estuviéramos en otra ciudad, alejadas de los problemas que intentaba atarse a nuestros talones.

Vanessa se acercó a mí para que alcanzara a escucharla, y contra mi oreja susurró. —La mejor manera de curar un corazón roto es bebiendo hasta perder el conocimiento, despertarse con resaca, y quizás con algún chico lindo a tu lado.

Todas ellas estaban al tanto de la nota que recibí apenas unas horas antes, lo cual las impulsó a fijar como objetivo que aquella noche fuera inolvidable para mí, enfocándonos en hacerme pasar una experiencia tan fantástica, que no hubiese cabida para pensamientos negativos o manchados por la melancolía.

Aunque, ciertamente, era difícil no pensar en las palabras de Adrián, las cuales había quedado plasmadas en mi pupila como un tatuaje. Durante el trayecto, cuando veníamos en el automóvil de Vanessa, todas me dedicaron amables palabras, en un vago intento por consolarme.

Deja de pensar en él.

Encontrarás a alguien mejor.

Solo olvídale, no vale la pena.

Era sencillo decirlo cuando tus sentimientos no estaban involucrados. Es decir, comprendía su preocupación, pero ninguna entendía cómo me sentía. Tal vez Sam tenía una vaga idea, porque a ella también le había roto el corazón, aunque su circunstancia fue distinta a la mía; su relación terminó y perdieron todo contacto, no continuaron tocando la herida, simplemente la dejaron cicatrizar con el paso del tiempo, y tarde o temprano llegaba ese parcial olvido.

Pero yo... después de tantos meses, seguía atrapada en las redes de un amor no correspondido. Sin embargo, estaba a punto de liberarme de él, de la manera más inesperada que se me hubiera podido ocurrir.

—¡No voy a perder la virginidad con un extraño! —Ambas reímos—. Además, prometimos que sería noche de chicas.

Asintió. —Solo bromeaba. Esta noche es para nosotras.

Observé el lugar con detenimiento, me encantaba su decoración ambientada con un estilo de Rock clásico. Las paredes estaban tapiadas con fotografías de bandas reconocidas mundialmente. Al fondo había varias mesas de billar ocupadas por grupos de jóvenes no mucho mayores que nosotras. Del techo pendían luces opacas que combatían la oscuridad, pero mantenían cierto anonimato entre las personas ahí reunidas. Una delgada capa de humo se arremolinaba en el interior, desprendida de los cigarrillos que se consumían entre los labios de nuestros vecinos en las mesas.

Me detuve a mirar cada detalle, como estaba acostumbrada en cada lugar al que iba. No importaba cuántas veces asistiera, si un sitio me parecía impresionante no podía dejar de contemplarlo, aunque no hubiera cambios, aunque el tiempo transcurriera y todo siguiera igual.

Giré varios centímetros hacia la izquierda, hacia el fondo del bar, embelesada por cada imagen empotrada a la pared. En ellas descubrí viejos talentos, los cuales después me encargaría de buscar y admirar su trabajo. Pero, entonces, el sueño en el que creí estar viviendo por una noche se vino abajo, propiciándome un golpe de realidad que me hizo, incluso, trastabillar sobre mi lugar.

Sentí un martillazo en las costillas que me arrebató el aire. Allá, en un rincón, tratando de esconderse de mi mirada, se encontraba Adrián. Estaba acompañado por su grupo de amigos, pero una presencia resaltaba de resto, una chica de sonrisa maliciosa.

Nuestros ojos se encontraron por apenas una fracción de segundo, durante la cual creí que el mundo tambaleó debajo de mis pies. Fue como si una oleada me sacudiera el esqueleto, volviéndome débil e inestable. Esa efímera conexión descargó una corriente en mi cuerpo, y me vi en la necesidad de terminarla de inmediato, nerviosa.

—¿Qué sucede? —preguntó Sam, acercándose a mí.

Las demás, al notar que mi actitud se tornó diferente de forma repentina, se acercaron para escuchar mi respuesta, ignorando a la chica que nos consiguió, quizás, la última mesa disponible.

Negué, pero aun así respondí. —Allá, en el fondo.

Primero, me miraron confundidas, pero dirigieron su atención hacia el punto que les indiqué, hacia la mesa donde se encontraba el único chico en la

faz de la tierra que realmente podía estropear la velada.

—¡Oh, ese cabrón hijo de...! —Sam se volteó hacia mí y me sujetó de la mano—. Vámonos de aquí.

—No. —Me liberé de su agarre y me senté, de forma en la que fuera imposible toparme con su imagen—. No permitiré que nos arruine la noche.

—Ana... —La voz de Marlene denotaba pesar—, no hay problema si quieres irte.

Les sonreí. —Quiero quedarme.

Noté que entre ellas intercambiaron miradas dubitativas, pero no dejaría que la presencia de Adrián me inmutara. Ya estaba cansada de vivir según lo él hiciera, a la espera de que decidiera actuar, empujándome a ir detrás de él como una fiel seguidora.

Esos días habían terminado.

—De acuerdo, si eso quieres... —Vanessa se sentó a mi lado derecho.

Y Sam a mi lado izquierdo, como una de las mejores escoltas.

Marlene y Natalia ocuparon las sillas frente a nosotras, lo que las dejaba en la única posición posible para informarnos qué era lo que estaba sucediendo detrás de la mesa. Aunque les pedí que se olvidaran de ellos.

Me sentí un poco herida al saber que los chicos aceptaron a Tania de vuelta en su grupo, especialmente David, con el que tuve varios encuentros teñidos de complicidad, y durante los cuales me afirmó que esa chica no era buena, y que su presencia en la vida de Adrián solo se trataba de un detonante que no tardaba en hacer explosión.

Pero ahí estaba ella, reunida con los chicos que llegué a considerar mis amigos, quienes plantearon en repetidas ocasiones la posibilidad de que Adrián y yo fuésemos felices juntos. Quizás habían cambiado de opinión en las últimas semanas, por alguna razón que desconocía, o simplemente Tania volvió a ganarse el cariño de todos con alguna de sus artimañas.

¡Quién sabe!

No quería descubrirlo, no me dedicaría a buscar una respuesta que no necesitaba ni quería. Sabía que, si pretendía buscar mi tranquilidad y felicidad, debía deslindarme de todo aquello que me recordaba al chico que me hizo sufrir durante tantos meses, aunque eso implicara dejar atrás buenas amistades que un día me hicieron sonreír.

La misma mesera que nos condujo a la mesa regresó para tomar nuestra orden. Vanessa fue la encargada de pedir por todas, eligiendo una ronda de bebidas preparadas, las cuales tardaron solo unos minutos en llegar a nosotras.

—¡Salud! —Gritó Vanessa, elevando su bebida por encima de nuestras cabezas, en el centro de la mesa—. Por una noche inolvidable.

—¡Salud! —Coreamos las demás antes de chocar los vasos, emitiendo un repiqueteo con el cristal.

Bebimos el líquido de un solo trago, ganándonos la atención de los chicos que estaban a nuestro lado derecho, quienes no consiguieron disimular el interés que les causamos. Sin embargo, no estábamos ni cerca de corresponder a dicha atracción.

El sabor amargo me hizo apretar los labios y cerrar los ojos, en una mueca que hizo reír a las demás. Aún no era aficionada de las bebidas alcohólicas, ni siquiera después de las noches que pasé con los otros chicos con una cerveza entre mis manos. Supongo que solo cedí a ello para formar parte del grupo y no desentonar, acción que todos hacíamos por lo menos una vez en la vida, temerosos de ser rechazados.

—Te está mirando —comentó Natalia, olvidándose de la simple petición que le hice sobre no centrarse en esa mesa.

Por mero instinto miré hacia aquella dirección, encontrándome con una imagen que me heló la sangre y me robó el aliento durante varios segundos. Tal vez fue coincidencia, o fue una actuación planificada en el momento preciso para que la mirase. Lo que me encontré fue con Tania susurrándole un secreto al oído a Adrián, denotando cercanía, intimidad. A lo que él respondía con una sonrisa embelesada que manifestaba lo placentero que le causaba estar con ella.

David se había equivocado: Adrián no me quería a mí, la quería a ella.

Y ese era el motivo por el cual me escribió aquella nota.

No fue una respuesta a la que yo le envié.

Era una forma sutil de pedirme que me alejara de él para que pudiese ser feliz con Tania.

Fue el turno de Adrián de susurrarle dulces palabras, haciéndola sonreír con amplitud. Ambos se veían felices, de ello no había duda. Entonces él la rodeó por los hombros y la llevó más cerca de su cuerpo, e incluso entre el bullicio del lugar, una combinación de voces, risas y sonidos diversos, conseguí escuchar la risa de ella, divertida, satisfecha.

Y así, con la misma claridad, escuché el palpitar de mi angustiado corazón.

—Iré al baño —dije cuando las lágrimas comenzaron a arder detrás de mis ojos—. Enseguida regreso.

—¿Quieres que te acompañe?—preguntó Sam, percatándose de que algo no marchaba bien.

—No, yo... —Me levanté de mi asiento, apresurada—, quiero ir sola.

Me miró fijamente.

Así como David conocía muy bien a Adrián, Sam lo hacía conmigo, y de inmediato comprendió que necesitaba estar sola, que ese momento debía ser mío, sin la interrupción de otras voces que me angustiaban. Ella sabía que, de vez en cuando, la soledad era mi mejor aliada, pues en ella encontraba serenidad y sabiduría, y aquella era una escena en la que necesitaba estar a solas con mis pensamientos.

Antes de que alguna otra pudiese objetar, me marché con pasos presurosos, alejándome de cualquier posible interrogatorio que no sería capaz de responder. Caminé entre las mesas, zigzagueando con la intención de no toparme con los rostros de la pareja que estaba a pocos metros del pasillo que guiaba a los sanitarios, pero en un lugar tan pequeño como aquel fue imposible no hacerlo.

Sentí la mirada de todos los presentes de aquella mesa sobre mí, siguiéndome, pero un en especial se incrustó en mi espalda como una daga que se encarnó en la parte posterior de mis costillas, haciendo que una desagradable sensación se esparciera por todo mi cuerpo.

—*Respira, respira.*—Me repetí en voz baja mientras caminaba por el estrecho pasillo.

Los latidos de mi corazón se aceleraron, y una oleada de pánico me azotó, haciéndome temblar y respirar con dificultad.

—No de nuevo, no de nuevo. —Susurraba con la voz entrecortada.

No podía... realmente no podía olvidar aquellos ojos que un día me hicieron soñar, ni esa risa tan melodiosa que me dio motivos para suspirar durante tanto tiempo. No importaba cuánto intentara negarlo, aún estaba enamorada de Adrián, a pesar de todo el daño que me hizo.

Y no quería olvidar aquello que un día me hizo feliz.

Corrí los pocos metros que me separaban del baño y entré dando un portazo. Mis piernas temblaban, amenazando con flaquear. Revisé los cubículos para asegurarme de que no hubiese nadie en el lugar, y solté maldiciones al aire cuando reafirmé mi soledad.

Y entonces las lágrimas comenzaron a caer sobre mis mejillas, pequeñas gotas impregnadas por el dolor mojaron mi piel, y la punzada de mi pecho aumentó hasta que me fue casi imposible respirar. Sollocé lo más bajo que

pude, a pesar de que la música de afuera embriagara el interior del cuarto de baño. No quería que nadie me escuchara, ni siquiera mi sombra, pues hasta ella estaba decepcionada de mí misma.

Tomé un pedazo de papel de uno de los dispensadores y limpié mi nariz. Me incliné sobre el lavamanos y observé mi reflejo en el espejo. Había algunas manchas blanquecinas sobre la superficie que distorsionaban mi imagen. Por un momento vislumbré a una chica diferente, a una Ana débil y terriblemente vulnerable, tan alejada de la persona que creí haber construido en los últimos años.

La puerta del baño se abrió e intenté disimular, lanzado mi pañuelo improvisado al basurero y escondiendo mi rostro entre mi cabello mientras fingía lavar mis manos. La persona que entró se quedó parada en su lugar por varios segundos, sin moverse, a menos de dos metros de mí.

Levanté la vista hacia ella, sorprendiéndome al encontrarme con una figura masculina que me observaba con abrumadora atención. Por un segundo sentí que el mundo se detuvo, y que todo a mi alrededor se volvía tan etéreo como una nube.

—¿Qué haces aquí?—preguntó con la voz ronca que tanto me gustaba.

Me quedé quieta, petrificada, con los músculos tensos por la sorpresa, encadenándome al suelo como una estatua.

Esa sensación fue como estar frente a un completo desconocido, pero no uno cualquiera, sino aquel que poseía un arma mortal que apuntaba en mi contra, a la espera de cualquier reacción de mi parte para atacar y acabar conmigo. Por ello, no pude moverme, no pude hacer nada más que observarlo con dolorosa atención, preguntándome cuándo fue que pasó de ser mi mejor amigo a convertirse en una silueta ajena que apenas reconocía.

—Lo que se supone que se hace en un baño: pipí —respondí como si no me atormentara escuchar su voz.

Me giré y nuevamente lavé mis manos, sabiendo que esa acción no pasaría por desapercibida para él. Pero qué más daba, si ya había perdido casi toda mi dignidad con la última nota que envié, siendo rechazada mediante un trozo de papel.

Dejé que el chorro de agua fluyera, esperanzada de que desistiera de lo que fuera que quisiera hacer, pero, tras varios segundos en pausa, con su presencia aún muy cerca de mí, levanté la vista para mirarlo a través del reflejo, y cuando nuestros ojos se cruzaron, se atrevió a hablar.

—Lamento lo de la nota —dijo en voz baja.

—Eh, sí, descuida. —Aclaré mi garganta para disolver el nudo que se formó en mi garganta—. Realmente no tiene importancia.

Cerré el grifo y tomé otro pedazo de papel para secar mis manos. En ningún momento me atreví a despegar la mirada de la suya, pues sabía que al hacerlo le demostraría que me ponía nerviosa, y era lo que menos quería aparentar.

—Quiero explicártelo...

—No es necesario. —Le dije, pero pareció no escucharme.

—Es que no estoy listo para una relación.

Nunca creí que una simple oración conseguiría quebrar toda mi paciencia, pero escuchar aquellas palabras salir de su boca fue como si me hubiese dado una bofetada y se burlara frente a mí. Era un jodido insulto a mi inteligencia y dignidad, y vaya que ambas las había perdido debido a su culpa.

—¿Disculpa?—Me giré para encararlo.

—No estoy listo para una relación —repetió, e hizo ademán de acercarse a mí para tomarme de los hombros, pero retrocedí hasta que mi trasero se estrelló con el lavabo.

—¿No estás listo para una relación?—pregunté sarcásticamente.

—Ana, yo...

No le permití continuar. —Oh, y venir aquí con tu exnovia, abrazarla cariñosamente mientras le susurras algo al oído supongo que es una manera de darle a entender que no quieres nada con ella, ¿no?

Exhaló. —Lamento haberte lastimado, no quise hacerlo.

Claro, supongo que todo fue una equivocación.

—Lo sé. —Agaché el rostro un segundo y me esforcé en sonreír antes de volver a mirarlo—. Fue culpa mía por haberme ilusionado con alguien como tú.

—¿Con alguien como yo? —preguntó, confundido—. ¿A qué te refieres?

—Ya sabes, que tus palabras no valen nada.

Se quedó callado, mirándome con penetrante fijeza. Era como si quisiera desvelar mis pensamientos con tanta simpleza, como antes solía hacerlo, pero ese truco ya no funcionaba conmigo, pues la Ana que se mostraba tan abierta desaparecido.

—No, Ana, escucha... —A pesar de que intenté dejarle en claro que no quería que me tocara, se acercó a mí y me atrapó en un abrazo, rodeando mi cintura con sus extremidades para acercarme a su cuerpo, lo que hizo que me tensara—. Podemos seguir siendo amigos. Olvidemos todo esto, finjamos que

nunca sucedió.

Lo aparté con brusquedad, empujándolo por los hombros, haciendo que trastabillara dos pasos hacia atrás.

Mi cuerpo temblaba debido a la colisión de emociones que dio lugar dentro de mí. Era como experimentar la erupción de un volcán en medio de una tormenta de nieve. Me embargaban decenas de emociones, algunas buenas y otras no tanto, y no sabía cuáles predominaban.

Aunque no tardé mucho tiempo en descubrirlo, cuando, por fin, llegué a un límite.

—¡Te quiero! —Grité con la voz temblorosa—. Mierda, ¿cómo quieres que te siga saludando como si nada hubiese ocurrido? ¿Cómo pretendes que venga a contarme sobre tu nueva novia cuando yo estoy enamorada de ti? Cómo... ¡Oh joder! ¿Cómo quieres que te abrace si mi puta vida tiembla cuando estás cerca?

Tenía la respiración agitada, al igual que el ritmo con el que avanzaban los latidos de mi angustiada corazón.

Adrián se quedó perplejo, observándome.

—Yo también te quiero... Y desde el primer día en que descubrí tus sentimientos he intentado corresponder de la misma manera, pero... —Frotó su rostro con ambas manos—, solo eres mi amiga, eres como mi hermana menor, no puedo verte como algo más que eso.

Sus palabras fueron golpes certeros en el centro de mi pecho. Por un segundo me sentí devastada, inclusive creí escuchar cómo se partía mi corazón por la mitad, separándose por fin por completo. Fue un sentimiento que jamás olvidaré, pues la sensación de atragantarme con un nudo mientras me forzaba a hablar casi hizo que comenzara a sollozar de nuevo.

Respiré profundo al mismo tiempo en el que cerré los ojos, apreté mis manos en duros puños, y me tragué el dolor que sentía en ese momento. Una ráfaga de furia me invadió cuando cerré los ojos para recordar lo que había ocurrido en los últimos meses: Me vi enamorada de la manera más pura. Me vi por las noches lloriqueando por un amor no correspondido. Me vi golpeada por querer defender una amistad que no valía la pena. Me vi destruida mientras él sonreía con alguien más. Me vi como una completa estúpida.

—Sólo tengo algo que decir. —Abrí los ojos y lo miré. Su hermoso rostro estaba apenado, pero la tranquilidad de su mirada me hizo entrar en razón: él nunca me amó—. ¡Vete mucho a la mierda!

Hice ademán de marcharme, pero me sujetó del antebrazo y me hizo

volver a su lado, haciendo que retrocediera.

—Ana, no puedes simplemente dejar de quererme —dijo con tono indignado.

—¿Quieres apostar?—Me zafé de su agarre.

Los pedazos afilados de mi corazón roto lastimaban mi pecho con cada latido de éste. Permití que las lágrimas surcaran mi rostro hasta perderse en el abismo de mis clavículas, pero limpié el rastro que dejaron con rapidez.

Mi antiguo mejor amigo pasó a mi lado, dedicándome una última mirada antes de salir del sanitario, devolviéndome con ello la parsimonia que me generaba la soledad tras un caótico momento como aquél.

Me quedé ahí, escuchando cada una de mis exhalaciones aceleradas, y decidí que esa sería la última vez que mi cuerpo se sintiera fuera de sí debido a un amor no correspondido; no volvería a caer en un tormentoso juego romántico que solo consiguiera destrozarme.

Inhalé profundamente y hablé por lo bajo: —*Adiós*.

Me miré en el espejo donde mi reflejo me demostró lo mal que estaba. Mi delineador estaba corrido, mis mejillas estaban rojas por haber llorado, el vestido estaba levemente torcido, y mi boca estaba curvada hacia abajo. Si quería despedirme como era debido, necesitaba cambiar mi apariencia, para ello mojé mi cara y limpié el maquillaje arruinado, acomodé mi atuendo, pinté mis labios de su color preferido... y sonreí.

—Hora de despedirme.

Regresé al bar con una postura firme y semblante alegre. Pasé a un lado de la mesa donde él se encontraba sentado, pero en aquella ocasión no vacilé ni me atemoriqué, al contrario, fue un catalizador para la idea que tenía en mente.

Desde la lejanía mis amigas me hicieron señas para volviera con ellas, sin embargo, negué por lo bajo y les indiqué que me dieran solo un momento. Asintieron, sin comprender lo que estaba sucediendo.

Y puse manos a la obra.

Me dirigí al extremo más alejado del bar, a donde se encontraba el escenario; en el trayecto robé una cerveza al grupo de chicos que nos miraron de manera seductora cuando llegamos, y fui a donde se encontraba la banda de rock tocando una canción de AC/DC.

La música se detuvo cuando me subí a la pasarela con ellos, y un chillido de disgusto se escuchó por todo el lugar. Gritos, voces disgustadas y comentarios volaron en mi dirección, pero eso no me importaba, no en ese momento.

—¿Qué ocurre? —preguntó el vocalista, denotando molestia—. ¿Quién eres?

—¿Me prestas tu micrófono un momento?

Intercambió miradas confundidas con el resto de los integrantes; uno de ellos, el que sujetaba la guitarra entre sus manos, le dedicó un asentimiento y una sonrisa traviesa, mostrándome su complicidad. El líder de la banda dudó por un momento, pero terminó por acceder y me entregó lo solicitado.

Golpeé la punta del micrófono con mi dedo índice para asegurarme de que el sonido era adecuado. Todos en el bar me observaban con atención, de pronto el bullicio de sus voces se había apagado, dejando que mi voz fuera el único sonido que predominara en el lugar.

Le dediqué una sonrisa a mis amigas, quienes estaban sorprendidas de lo que estaba haciendo, y después lo miré a él, recordando todo lo que había pasado.

—Esto, queridos amigos, quiero decírselo al chico que durante mucho tiempo fue muy especial para mí.—Bebí del tarro hasta que la última gota de cerveza se deslizó dentro de mi garganta. Dejé el recipiente sobre una bocina, limpié mi boca con el dorso de mi mano, y sujeté el micrófono con fuerza—. Querido amigo, debo confesar que eres alguien increíblemente guapo y carismático, en realidad, esas fueron unas de las cualidades por las cuales me enamoré de ti, pero eso no te quita lo imbécil. —Se escuchó un fuerte *juhhh!* por parte de todos en el bar—. Te aprovechaste de que mis sentimientos eran reales. —Bajé del escenario y comencé a caminar entre las mesas—. Me hiciste llorar, me hiciste sufrir, incluso me hiciste dudar de mí misma. —Miré hacia la mesa donde él se encontraba—. Pero es la última vez que caeré en tus tontos juegos... ¡¿Quieren saber por qué?! —Chiflidos y gritos se escucharon por todo el lugar, animando mi discurso—. ¡Porque no soy la misma idiota de antes!

Casi todas las mujeres del lugar se levantaron mientras aplaudían y gritaban con los puños en alto; algunos hombres permanecieron sentados, pero se unieron al coro de alabanzas hacia mí. El bar se convirtió en un caos armonioso de corazones rotos que estaban felices por compartir el mismo sentimiento de desilusión.

—Esta despedida —continúe con una enorme sonrisa plasmada en mi rostro— es para ti, *¡para el chico que nunca me amó!*

Voces.

Recuerdo todas esas voces que se elevaban hacia el cielo con alegría,

cautivadas por mi discurso.

A mí alrededor había un caos, las personas saltaban, derramaban sus bebidas con cada brinco, aplaudían y reían mientras brindaban en mi dirección, dedicándome guiños y reverencias que me hacían sonrojar.

Algunas chicas se acercaron para conversar, expresando la admiración que sentían por mí, por ser tan valiente para abrir mi corazón ante varias decenas de desconocidos, sin temor a ser juzgada, sin inseguridades de manifestar lo que guardaba en mi pecho.

La verdad era que aún no entendía el motivo real por el cual lo había hecho. Siempre me jacté de ser una persona racional, la cual meditaba sus acciones antes de hacerlas, pero aquella vez me sentí dominada por los impulsos, por una irremediable necesidad de expresar lo que llevaba meses callando.

Y se sintió bien.

Me convertí en el centro de atención del Billar Rock & Bar.

En realidad, me convertí casi en una leyenda que dejaría huella en aquel lugar.

De soslayo, miré hacia la mesa donde se encontraba reunido el grupo de amigos de Adrián, todos ellos me observaban, pero me percaté de que David ni él estaban presentes. En algún momento del maremoto de personas que alucinaron con mis palabras, ese par escapó, huyendo lejos del inesperado castigo que le proporcioné al segundo de ellos.

Ver su asiento vacío en la lejanía fue suficiente para comprender aquello que me negaba a notar.

¿Recuerdan cuando hablé del amor más importante de todos?

Esa noche lo descubrí.

El amor más importante de todos era el amor propio.

Y gracias a Adrián lo entendí.

CAPÍTULO 40

Me miré en el espejo por un largo rato. La imagen que veía frente a mí distaba mucho a lo que estaba acostumbrada a ver por las mañanas. Mi apariencia era diferente, pero seguía siendo la misma chica, o quizás una más madura.

La Ana que me saludaba desde el otro lado iba ataviada con un uniforme azul marino, conformado por una falda por debajo de las rodillas, una blusa blanca de manga corta, y un saco optativo formal. Mi cabello iba recogido en una coleta alta atado con un listón rojo. Llevaba calcetas altas y zapatos negros. Me asemejaba a la copia de una caricatura, cómica y con un vago intento de elegancia.

No detestaba mi atuendo, pero aún no me acostumbraba a él. Ni al hecho de que mis siguientes semestres los pasaría en un colegio, alejada de mis amistades y de todos los recuerdos que aquella preparatoria traía a mi mente.

La primera semana después de la noche en el bar las cosas cambiaron mucho en mi vida. Pasé de ser una chica invisible para convertirme en una estrella del internet, de la mejor manera que pueda imaginarse. En la escuela se me dio una atención que me agobiaba. Recibía constantes miradas, y saludos por parte de desconocidos a los cuales correspondía; las voces se alzaban a mi paso, algunas buenas y otras no tanto. Varias estudiantes se acercaban a mí para felicitarme por mi valentía, diciéndome que yo era una clase de heroína.

Pero se equivocaban. Yo no tenía nada de especial, no tenía poderes ni dotes sobrenaturales. Mi única condición era la de saber sonreír con un corazón roto de por medio. Y no creía que eso fuera merecedor de un reconocimiento, mucho menos el desliz que tuve en el Billar Rock & Bar, porque cualquiera era capaz de expresar sus sentimientos frente a unas cuantas decenas de personas, ¿no?

Fuera como fuese, comenzaba a cansarme de ser el centro dicha atención. Mis amigos aseguraban que era algo de lo que debía de sentirme orgullosa, pero no podía hacerlo. La verdad era que sentía un poco de vergüenza, aunque suponía que ello derivaba de todas las miradas que se clavaban sobre mí durante todo el día.

Entonces tomé una precipitada decisión: cambiarme de escuela. Era terrible, lo sabía, considerando que el nuevo semestre había comenzado hacía un par de semanas, que la idea de pedir una transferencia era complicada, en especial de una escuela pública a una particular. Sin embargo, mi promedio destacado y los múltiples reconocimientos que tenía sirvieron como factor para influir en la decisión de la directora.

Gracias al prestigio que me gané por mi esfuerzo académico, fui aceptada en uno de los bachilleratos más importantes de la ciudad, becada con un porcentaje considerable, el cual les permitiría a mis padres costear las altas mensualidades.

El sistema escolar era muy diferente, comenzando con la cuestión que me mantenía de pie en mi habitación frente al espejo: el uniforme. En el Instituto Belare, las apariencias eran importantes, y por ello optaban por un conjunto que denotara sofisticación y, de cierta manera, un toque recatado entre los alumnos.

Era algo a lo que tendría que acostumbrarme, tarde o temprano. Aunque creía que sería más tarde.

Esa mañana mi madre me llevó a la escuela, ansiosa porque llegara la hora de la salida para que le contara sobre mis nuevas amistades, los profesores y las instalaciones. Me hizo prometerle que le contaría cada detalle, sin obviar alguno que tratara sobre miradas crueles o comentarios que intentaran minimizarme debido a mis pecas, como en ocasiones anteriores. Se lo juré con el meñique, lo que significaba una promesa irrompible.

Y el recuerdo de David surgió a mi mente, esa tarde cuando prometió que no le diría nada a juramento intacto.

Experimenté un atisbo de melancolía al pensar en él, pues de forma inmediata aparecieron en mi mente las imágenes de los rostros de los demás chicos del grupo. Cada uno de ellos se materializó en mis pensamientos, haciendo de la situación un momento un tanto más difícil y taciturna. Los extrañaría, y lo decía de aquella forma pues sabía que nada volvería a ser lo mismo después de mi partida. Ya no tenía ningún vínculo con ellos, solo la comunicación que tenía con Cat gracias a Sam.

Y mis amigos, mis verdaderos amigos, aquellos a los que vería solo de vez en cuando, durante esas tardes en las que los deberes no nos mantuviesen ocupados y ensimismados frente a una libreta en el escritorio. Como cualquier amistad, prometimos que no permitiríamos que la distancia significara un obstáculo para nosotros. Y estoy orgullosa de decir que, a comparación de

aquéllos, nosotros si cumplimos con nuestra palabra, viéndonos por lo menos una vez a la semana.

Con Sam, era evidente que nuestros encuentros serían más frecuentes, pues una separación de esa índole no era nada para nosotras, considerando que su hogar estaba tan cerca del mío, y que nuestra amistad había sobrevivido a través de los años. Solo necesitaba convencerla de que la escuela no sería tan mala sin mí, pues ahora contaba con nuevos amigos que le ayudarían a sobrellevar esos ratos en los que creía que sería consumida por la soledad.

El camino al bachillerato estuvo lleno de preguntas y consejos maternos, advertencias sobre mantener oculta la información sobre el acoso, indicaciones para tomar el bus y regresar a salvo a casa a la hora de la salida, y sin número de cuestiones relativas a la importancia de intentar ser más sociable con mis compañeros, lo que, realmente, sería lo más difícil.

El edificio se alzó imponente frente a nosotras. Era una construcción antigua, de grandes ventanales y una ancha puerta de roble en la fachada. Su estructura era sencilla, pero con el conjunto de adornos y pancartas sobre los clubes a los que los alumnos podían inscribirse, se veía más grande.

—Bueno, hemos llegado —comentó mi madre mientras detenía el vehículo en el carril exclusivo para ascenso y descenso de los estudiantes.

—Así es... —Me asomé por la ventanilla, observando a los que podrían ser mis nuevos compañeros de clase.

El jardín delantero estaba tapiado por pequeños grupos de estudiantes que conversaban, alegres y relajados entre sí. La monotonía consistía en el mismo atuendo que todos llevaban; al igual que las mujeres, los varones llevaban un uniforme azul marino, a diferencia de que el de ellos consistía en un pantalón, evidentemente.

—Ana... —Mi madre tomó mi mano entre las suyas, captando mi atención —, todo irá bien. Estoy segura de que tus compañeros de adorarán.

Asentí. Yo no lo creía así, pero no quería preocuparla con mi propia preocupación.

—Recuerda que, si pasa algo, puedes acercarte con la directora y...

—Descuida. —La interrumpí—. Ya lo sé.

Ladeó la boca en una mueca de comprensión. —Te amo, cariño.

—Yo también te amo, mamá.

Nos abrazamos. Su perfume inundó mis fosas nasales, ese olor tan característico de ella, era el mismo desde que tenía memoria, y el cual me encantaba. Disfrutar del calor de su cuerpo contra el mío me hizo suspirar de

alivio. El mejor lugar del mundo se hallaba entre los brazos de mi madre.

Me dio un beso en la frente y acarició mi mejilla con dulzura.

Le sonreí antes de bajar del auto, emprendiendo el sendero que me llevaría a una nueva y desconocida aventura, la cual me traía muy nerviosa. Avancé sobre el camino de adoquines que conducía hacia la entrada principal. Desde ese momento sentí miradas sobre mí, algo de lo que intentaba huir, pero que, como aprendí con los años, a veces era difícil considerando el llamativo color de mi cabello, y el hecho de que mi cuerpo fuera un lienzo con cientos de manchas de pintura café.

No me detuve, no dudé, solo continué caminando con la cabeza bien en alto, fingiendo que no había nadie a mi alrededor, que todas esas siluetas se trataban de estatuas dentro de un museo. Sin vida, sin juicio ni criterio.

Al entrar al edificio, me encontré con tres posibles caminos. No tenía ni la menor idea de a dónde dirigirme; recordaba que la dirección estaba por el pasillo de la derecha y después hacia la izquierda, podría pedir ayuda ahí, pero lo que menos quería era denotar esa etiqueta de “eh, mírenme, soy la chica nueva y la directora me escolta hasta mi salón”. En realidad, esa era la peor de las opciones.

Suspiré. Aún era temprano, faltaban quince minutos para las ocho, tenía todo ese tiempo para vagar por los pasillos y encontrar mi clase. Aunque, en caso de que no lo hiciera, tendría que recurrir a la ayuda de algún estudiante que no aparentara detestar el contacto con extraños: un tanto difícil, considerando la clase de personas que ahí asistían.

Aferré mis manos a las correas de la mochila y opté por el pasillo del centro, siguiendo a la oleada de estudiantes que caminaban sin aparentes preocupaciones. De nuevo hubo miradas, alguno que otro comentario que no conseguí distinguir, pero a las chicas no les interesaba disimular cuando hablar de otra se trataba.

—No te detengas, Ana. —Susurré entre dientes.

La puerta de cada aula tenía marcado con letras negras el número de clase de la que se trataba, pero ninguna era la que yo estaba buscando, y eso comenzaba a ponerme nerviosa, pues iba adentrándome más y más en los pasillos de la escuela, alejándome de la entrada —o posible salida, depende de cómo se le viese—. Ese apenas era el primer nivel, y hacia arriba había otros dos más. Tal vez me perdería y me encontraría una semana después, moribunda y con mucha hambre.

Me reí en alto ante mi propio pensamiento y conseguí llamar la atención

de unos chicos que caminaban a mi lado. Estupendo, ahora parecía ser una loca.

—¿Puedo ayudarte con algo? —preguntó una voz masculina.

Estaba tan apresurada y nerviosa, que no me interesé en él lo suficiente para mirarlo.

—Estoy buscando mi salón —respondí sin detener mis pasos.

—Quizás pueda llevarte —comentó, emparejándose a mi andar—. ¿Cuál clase es?

Me detuve, pero seguí sin prestarle atención. A ambos costados había varias puertas, pero seguía sin aparecer el número que buscaba. Comenzaba a creer que fue una pérdida de tiempo el querer mostrar una faceta independiente, cuando quizás lo que necesitaba era un poco de ayuda; al final de cuentas todos la necesitábamos en algún momento de nuestras vidas.

Giré unos centímetros hacia la derecha, y por fin encaré al chico amable que se había acercado para ofrecerme su apoyo.

Me topé con una figura alta, tanto que tuve que inclinar la cabeza levemente hacia arriba para encontrar sus ojos, una mirada fría de color azul que me observaba con fijeza, sin mayores dudas. El chico denotaba seguridad, sin llegar a ser petulante. Sonreía, y un hoyuelo se le dibujaba en su mejilla derecha.

—Taller de oralidad, de cuarto semestre. —Le dije, utilizando una tonalidad tranquila.

Se quedó pensativo un momento. —¿Con la profesora Aguirre?

Asentí como respuesta.

—Es por acá, en el segundo nivel, sígueme. —Hizo un gesto con la cabeza para incitarme a ir detrás de sus pasos.

Exhalé, un tanto aliviada.

El chico caminaba de manera despreocupada, sus brazos colgaban a sus costados, pero su espalda estaba derecha, haciéndolo parecer más alto de lo que era. Llevaba el saco del uniforme desabotonado a pesar de que hiciera frío, y su mochila tenía varios broches de la escuela: de inmediato reconocí el símbolo del equipo de fútbol.

—Gracias —dije de pronto, recordando mi falta de modales—. Mi nombre es Ana, ¿y el tuyo?

—Thiago. —Noté que me miró de soslayo—. Eres la chica nueva, ¿cierto?

—¿La chica nueva? —Reí—. ¿Ya había rumores de mí desde antes de que

llegara?

El también rio. —No, pero eres la única chica pelirroja de por aquí. Así que supuse que eras nueva.

—Sí, hoy es mi primer día, ¿se nota demasiado?

Volvió a reírse. Su sonrisa era bonita, muy blanca. —Creo que deambular por los pasillos no es la mejor manera de disimular que eres nueva.

Regresamos al inicio de mi recorrido, y doblamos al pasillo por donde se encontraba la dirección y las escaleras principales. Los alumnos caminaban a nuestro lado, con simpleza, y por alguna extraña razón me sentía menos observada al estar acompañada de Thiago, era como si me brindara un escudo de la atención del resto.

—¿Eres nueva en la ciudad? —Me preguntó. Su mirada iba fija al frente, no me había vuelto a mirar desde que acepté su ayuda.

—No.

—¿Entonces cómo fue que terminaste aquí?

Comenzamos a subir las escaleras y, con un movimiento disimulado, se atrasó un escalón y se hizo unos cuantos centímetros a un lado para caminar detrás de mí, caminando con su hombro a la altura de la mitad de mi espalda. Aquel gesto lo reconocí gracias a mi padre, quien de pequeña me enseñó que los caballeros deben caminar debajo de ti en las escaleras por si tropiezas, facilitando su facultad para sostenerte.

—Estoy huyendo —respondí con seriedad.

—¿De qué?, ¿o de quién? —Noté que la curiosidad le picaba.

—No se lo digas a nadie, pero soy una agente encubierta.

Llegamos al segundo nivel y volvió a caminar a mi lado. Su estatura era imponente, y me hacía sentir más pequeña de lo habitual.

Se burló. —Eres pésima para ello, entonces.

—¿Por qué? —pregunté con falsa indignación.

—Tu apariencia llama la atención desde el primer momento. —Estaba sonriendo con amplitud—. Se supone que deberías pasar desapercibida, y no lo has conseguido desde que llegaste.

El calor se extendió a todo mi rostro, y agradecí que su mirada estuviera alejada de mí, pues no quería que se percatara del color rojo que manchó mi piel. Era ridículo intentar esconderlo, considerando que seguramente me enrojecí desde el primer momento en el que nuestros ojos se encontraron. Aquello era una desventaja de las personas de piel pálida, el rubor delataba cualquier indicio de vergüenza.

—Es aquí. —Anunció, deteniéndose frente a una puerta abierta del lado izquierdo del pasillo.

Me asomé dentro del aula, era un salón grande para las pocas bancas que ahí había, quizás eran veinte, de las cuales la mitad delantera ya estaban ocupadas, en su mayoría, por chicas. Sentarme al fondo de la clase nunca me había gustado, pero eso era una consecuencia de inscribirme dos semanas tarde, cuando todos los lugares seguramente ya estaban elegidos; aunque, siendo honesta, me sorprendía que casi todos los presentes compartieran mi gusto por sentarse cerca del profesor, exceptuando a un chico que estaba en la última banca de la última fila.

Centré mi atención en Thiago, quien por fin me miraba de nuevo.

—Te lo agradezco, si no fuera por ti tal vez seguiría dando vueltas allá abajo. —Le sonreí—. Espero verte pronto por los pasillos.

Sus ojos escrutaron mi rostro. —Descuida, me verás más seguido de lo que crees.

—¿Por qué lo dices? —Ladeé la cabeza en una muestra de confusión.

—Somos compañeros de clases.

—Oh, eso no lo esperaba —comenté sin poder disimular mi asombro.

Me hizo una seña con la mano para dejarme pasar primero. Agradecí con una sonrisita y entré al salón, obteniendo la atención por parte de mis compañeros nuevos. Me quedé paralizada por un segundo, sin saber qué hacer o qué decir.

—Buenos días. —Saludó Thiago en general.

La mayoría respondió, excepto un par de chicos que estaban sentados en la esquina más alejada, frente al escritorio.

—Ella es Ana, nuestra nueva compañera. —Me presentó, sorprendiéndome con ello.

—Hola —dije con voz nerviosa, sonriendo.

Respondieron con amabilidad, pero no hubo verdadero interés de su parte. Continuaron conversando, sin reparar demasiado en nuestra atención. Había una clara división entre los que ahí se encontraban, tres pequeños grupos bien delimitados, y quizá así sería con el resto de los compañeros que aún no llegaban.

Thiago caminó hacia una de las bancas del fondo y dejó su mochila en el suelo, a un lado de ella.

—Siéntate aquí. —Me dijo, señalando con la mano el pupitre que estaba entre su lugar y el del chico solitario que llevaba puestos unos audífonos rojos

—. Los demás asientos ya están ocupados.

—De acuerdo... —Avancé hacia ahí y dejé mi bolso en el suelo. No pude evitar notar que nuestro compañero me miró, me volteé hacia él y le dediqué una sonrisa—. Hola.

Sonrió con esfuerzo y solo me dedicó un asentimiento como respuesta.

—Gustavo, ¿cómo estás? —Thiago se dirigió a él, obligándolo a quitarse los auriculares.

—Bien, gracias. —Entonces sí nos estaba escuchando.

—Me alegra escucharlo. —Hablaba con una tonalidad cortés y educada

—. ¿Ya conociste a Ana? Será nuestra compañera a partir de ahora.

Asintió con timidez. —Hola.

Después de ello volvió a encerrarse dentro de su mundo, atrapado entre los versos de la música, fuera cual fuese la que estuviera escuchando.

—Discúlpalo —dijo Thiago de forma afable—, no le gusta hablar mucho.

Me senté en mi nuevo lugar, cuidadosa de manipular la falda de una manera apropiada para no arrugarla ni desvelar la piel de mis piernas más de lo quisiera. Thiago también se sentó, aun denotando parsimonia y relajación, parecía ser una de esas personas que tienen la consciencia tan limpia que no les importa lo que pase a su alrededor.

Una chica entró al aula, recibió algunas miradas desinteresadas y nadie intercambió un saludo con ella. Su apariencia, siendo muy dura al juzgarla solo por ello, era el de una persona conflictiva, de esas que detestan estar en la escuela, pero asisten por obligación. Tenía una perforación en su labio inferior, llevaba una coleta alta que delataba el corte a rapa que tenía en la nuca, y el tatuaje de una letra “H” en la parte posterior del cuello.

Caminó hacia nosotros y se detuvo en la banca frente a la mía. Nuestras miradas se cruzaron, y el color verdoso de sus irises me sorprendió por lo hermoso que era.

—¿Y tú eres? —cuestionó.

—Hola Camila, buenos días. —Thiago terció—. Ella es Ana, nuestra nueva compañera.

—Qué onda. —Hizo un gesto con la cabeza.

—Mucho gusto. —Le dije con una sonrisa.

Curvó una ceja hacia arriba, pero luego de ese gesto su semblante se relajó un poco, y la intensidad de su mirada disminuyó varios grados, volviéndose casi amable.

—Tu cabello —Lo miró—, ¿es real?

—Sí —respondí, no muy segura de a qué iba su pregunta.

—Es genial.

Me dedicó una sonrisa y se volteó, arrojando su mochila hacia el suelo y dejándose caer en el pupitre, emitiendo un desagradable chirrido cuando las patas de éste se deslizaron sobre el suelo, haciendo que varios de nuestros compañeros voltearan con disgusto, a lo que ella respondió con un ademán de ambos brazos, incitándolos a retarla.

El repiqueteo de unos zapatos comenzó a escucharse acercándose hacia el salón, lo que hizo que otros seis compañeros entraran con rapidez al aula, completando con ello la totalidad de los alumnos posibles, considerando la cantidad de butacas que había.

Una mujer adentrada, quizás en sus cuarentas, llegó al salón, cargando en su hombro izquierdo un portafolios negro y entre sus brazos llevaba varias carpetas blancas que estaban casi desbordándose.

—Jóvenes, buenos días. —Saludó. Su voz era dulce, de acuerdo con su apariencia.

Todos respondimos, excepto Gustavo.

Dejó sus pertenencias sobre la superficie del escritorio y dejó escapar un suspiro de alivio. Acomodó algunas de los archivos que llevaba consigo y abrió uno de ellos por el centro. Escaneó el salón con la mirada, y se detuvo sobre mí, sonriendo.

—Usted debe ser la señorita... —Se inclinó sobre la carpeta que estaba abierta y leyó una de las hojas de ésta—, Salazar, ¿cierto?

Asentí.

—Bienvenida. —Sonreía con gentileza—. Será tener un placer tenerla en esta clase, pero debe ponerse al corriente con todo lo que hemos visto en las demás clases, si alguien pudiera...

—Yo la ayudaré —Intervino Thiago, consiguiendo que algunos compañeros se giraran para mirarlo.

Lo miré, su actitud comenzaba a ponerme nerviosa. De una buena manera, supongo.

—Ambas se lo agradecemos, joven Olivera. —Le dijo, pareciendo sentirse satisfecha.

Thiago me devolvió la mirada, sonriente.

Era un nuevo comienzo, hasta entonces no había estado tan mal, pero no quería acostumbrarme a que las cosas resultaran así de sencillas. Lo cual, en efecto, no duró más de dos horas, pues luego de que se acabara la clase de la

profesora Aguirre, escuché mi nombre entre un murmullo de mis compañeras, diciendo:

Ella es la chica del bar.

Ella es Ana Salazar.

CAPÍTULO 41

Durante las siguientes dos semanas me dediqué a acostumbrarme al radical cambio por el que opté al transferirme de escuela. Las normas eran muy diferentes entre ambas preparatorias; en el Instituto Belare había horas específicas para salir del aula y tener un descanso, no había esa libertad de la cual gozaba con anterioridad. Los profesores eran más estrictos y menos amigables, solo algunos de ellos, como la profesora Aguirre, mostraban un lado más humano, tratándonos como sus semejantes a pesar de la diferencia de edades y la enorme brecha entre la sabiduría que poseía. El plan de estudios era más tedioso, abarcando horarios extensos que también incluían actividades extraescolares obligatorias, elegí fotografía, aunque la verdad no era muy buena con ello.

Sin embargo, la verdadera discrepancia radicaba en los estudiantes. Al tratarse de un colegio de paga, la actitud de la mayoría de ellos se inclinaba más hacia una insistente competencia entre la cantidad de ceros que tenían la chequera de sus progenitores. Disputas a las que yo podría entrar ni, aunque lo quisiera, puesto que mis padres solo podían costear los gastos gracias a la beca, por lo que prefería mantenerme al margen y no tocar temas relativos al dinero.

A veces me preguntaba si realmente fue una buena idea el abandonar mi vieja preparatoria y a mis amigos, guiada por los impulsos de la frustración que sentía. Pero, cuando recordaba que la presencia de Adrián me perseguiría por esos pasillos, llegaba a la conclusión de que había sido lo mejor para mí.

Alejarme de muchos recuerdos. Alejarme de grandes posibilidades de encontrarme con él de frente, de verlo con Tania tomados de la mano. Alejarme del pasado.

Al final de cuentas, no todo era tan malo. Bien decían que, para crear un arcoíris, se necesitaba un poco de lluvia. De igual manera, las amistades se valoraban más cuando se estaba lejos, pues solo así uno se percataba de lo mucho que se querían a esas personas. Aunque, quizás, yo no hubiese requerido de tal separación para saber lo mucho que apreciaba a mis amistades.

La parte positiva de la situación era que en Camila encontré un escape de

la melancolía, cuando decidí unir mi soledad a la de ella. Supongo que entre ambas encontramos una compañía que necesitábamos, a pesar de las notables diferencias que existían entre nuestras personalidades.

Ella era ruda, nada parecía intimidarla, expresaba su punto de vista sin temor a ser juzgada. Le daba risa que las personas la señalaran por los numerosos tatuajes que tenía, la mayoría de ellos en sus brazos. Jamás imaginé que sería amiga de una chica así, tan independiente, tan libre, tan a gusto consigo misma, y eso era refrescante, salir de la rutina donde todo debía ser perfecto.

Una mañana, mientras esperábamos al maestro del segundo periodo, Camila estaba dibujando un boceto de su siguiente tatuaje en mi brazo. Los trazos formaban una figura distorsionada, la verdad es que no entendía qué significaba o qué trataba de expresar con eso, pero ella parecía muy ilusionada con lo que estaba haciendo.

—Te verías bien con un tatuaje. —Me dijo, sin apartar su atención de la obra de arte que estaba creando sobre mi piel.

Me reí. —Mis padres me matarían si me hiciera uno.

—Eso dije del primero que me hice. —Se apartó un poco de mí para vislumbrar el dibujo desde un mejor ángulo y, tras hacerlo, continuó—. Y mírame ahora.

Negué. —No lo haré.

—Aburrida. —Siseó a modo de burla.

De reojo noté que Gustavo se quitó los audífonos y los guardó en la bolsa delantera de su mochila. Me preguntaba por qué, en cada oportunidad que tenía, se alejaba del mundo real y se encerraba en el suyo. Me intrigaba saber qué había dentro de su mente, qué clase de pensamientos lo dominaban, por qué no le gustaba hablar con los demás. No era una clase de maliciosa curiosidad, simplemente me llamaba la atención su actitud tan distante.

—¡Terminé!

Posé la mirada sobre mi antebrazo a la espera de encontrarme con una imagen más clara de lo que se supone que Camila quería tatuarse, sin embargo, seguía sin comprender qué era aquello, si se trataba de un complejo jeroglífico, si era algún idioma desconocido, o si no tenía la capacidad suficiente para comprender su arte abstracto.

—Está... increíble. —Le dije, sin poder disimular la confusión que me causaban sus garabatos.

Denotó enfado con la mirada. —Es obvio que no comprendes lo que

significa.

—Eh... la verdad no.

—Eres demasiado inexperta para entender. —Sentenció, girándose para darme la espalda.

Me quedé varios segundos observando la tinta de mi piel; tal vez, algún día, me revelaría y decidiría hacerme un tatuaje, pero éste debería tener un gran significado, algo que denotara un momento importante de mi vida o que simbolizara un cambio.

De nuevo me percaté de que Gustavo me observaba. No era la primera vez que lo descubría haciéndolo; por lo regular, su atención se centraba en mí cuando hablaba de cuestiones que no tenían nada que ver con la escuela, como si sintiera curiosidad por mis pensamientos expresados mediante palabras.

Traté de hablar con él en un par de ocasiones, pero no mostraba un verdadero interés en continuar la conversación, por lo que no entendía cuál era el motivo para que me observara con tanta insistencia, si se negaba cuando intentaba crear un vínculo.

Ese día, cansada de sentirme ignorada y, al mismo tiempo, perseguida por su mirada, decidí disipar las dudas y hablar con claridad, para lo que me incliné hacia su butaca y extendí mi brazo hacia él, captando su vista, sin posibilidades de que fingiera no escucharme.

—¿Tú qué piensas sobre los tatuajes? —cuestioné, mostrándole el dibujo que hizo Camila.

Levanté la vista hacia su rostro, encontrándome con una evasión de mirada. —No lo sé...

No pretendía seguir su juego por más tiempo.

—Creo que se te verías bien con un tatuaje. —Copié las palabras de mi amiga.

—No lo creo. —Torció la boca en una mueca de inseguridad.

Se mostraba reacio, pero estaba consciente de que esa actitud no era un ámbito personal en mi contra. Gustavo no hablaba con nadie, ni siquiera los profesores se molestaban en pedir su participación durante la clase, quizás sabiendo que no respondería.

—¿Puedo pedirte un favor? —Decidí cambiar de táctica. Sabía que era educado, pues su trato, un poco necio, no estaba manchado por ningún ápice malintencionado.

Y esa misma cortesía lo impulsaría a responderme de la forma que lo esperaba.

—¿Cuál? —preguntó, y levantó su vista hacia mí.

—¿Podrías acompañarme a la cafetería?

Arqueó las cejas. —Ya casi termina el descanso.

Entre el primer y segundo periodo nos daban un descanso de diez minutos, antes de volver a otras cuatro horas de clase sin posibilidad de salida, a excepción de que un profesor nos concediera un pase para ir al sanitario o la enfermería, las únicas dos opciones viables para escapar de lo tediosa que podía resultar una clase.

—Quedan cinco minutos, es tiempo suficiente. —Me levanté del asiento, pero permanecí inmóvil de pie, a la espera de que hiciera un ademán de seguirme.

—Pero...

—Por favor. —Pedí, pareciendo desolada.

Podía notarse que en su interior suscitaba una lucha interna, entre seguir sus instintos de supervivencia y quedarse protegido dentro de las cuatro paredes del aula; u obedecer a sus modales más destacados sobre ayudar a los otros. Y, por suerte, ganó el segundo de éstos.

—Está bien. —Le vi tragar saliva, nervioso—. Pero no tardemos mucho, sabes que al profesor Fonseca no le gusta la impuntualidad.

Le guiñé un ojo. —Será rápido.

Caminé hacia la entrada del salón, asegurándome de que me siguiera. Incluso sus pasos denotaban inseguridad y miedo, como si estuviera a la espera de algo malo sucediera, como si tuviera recelo de algo, lo cual no entendía, y lo que pretendía averiguar.

—Gracias por acompañarme —dije, utilizando la tonalidad más amable que pude.

Solo asintió.

—¿Puedo preguntarte algo?

Tardó un instante, pero volvió a asentir.

—¿Por qué me evitas?

Caminamos por el pasillo principal del segundo nivel, esquivando a los alumnos que iban de regreso a sus clases. Gustavo tenía buenos motivos para sentirse nervioso en cuanto a la puntualidad de entrada, pues a los profesores no les gustaba esperar demasiado y preferían cerrar la puerta, como un sutil anuncio de que su clase había comenzado, y nadie podía entrar después de ellos.

—No lo hago —respondió en voz baja.

—¿No? —Comencé a bajar las escaleras, con él siguiéndome muy de cerca—. ¿Entonces por qué no hablas conmigo?

—Porque no lo hago con nadie. —Objetó.

—¿Por qué? —Mis preguntas comenzaban a asemejarse a un interrogatorio.

Se quedó callado, meditando sus siguientes palabras, las cuales tardaron un poco más de lo que esperaba. No ejercí presión, pues sabía que las personas como él, por lo menos, necesitaban un poco de tiempo extra para acomodar sus ideas y liberarlas.

En el silencio también había sabiduría, incluso, a veces, más que en el descontrolado bullicio.

—Porque todos creen que estoy loco. —Soltó con voz temblorosa.

Bajé el primer escalón, pero él se detuvo de pronto.

—Quiero regresar al salón. —Anunció, dando media vuelta para recorrer el camino de vuelta sobre sus huellas.

Hizo ademán de marcharse, pero no quería que la situación se tornara así de extraña e incómoda para ambos, considerando que ya había tenido, aunque fuera, un mínimo avance con él al convencerlo de salir de su zona de confort, la cual consistía en estar sentado en la esquina, en silencio mientras escuchaba música —o fingía hacerlo—, donde nadie podía inmiscuirse en sus asuntos.

—Gustavo... —Mi voz lo detuvo—, no tienes por qué decírmelo si no quieres.

Le vi respirar con profundidad. —Me gustaría hacerlo, pero me da vergüenza.

—¿Vergüenza? —Sonreí, tratando de generar un estado de mayor confianza—. No tienes por qué sentirte así conmigo. —Me acerqué a él y coloqué una mano sobre su hombro—. Yo hice el ridículo frente a decenas de personas, y mírame, realmente ya no me importa.

No me importaba lo sucedido en el bar, pero me afligía que siguieran etiquetándome solo por lo ocurrido, como si un simple momento te definiera como persona. Era absurdo, pero así funcionaba la clasificación social, consistente en la relevancia de tus mayores actos.

Se quedó callado por varios segundos, observándome.

No había una buena razón para que insistiera en hablar con él, podría hacer lo que el resto de mis compañeros hacían: ignorarlo. Pero en secundaria aprendí que todos cargamos con algunos demonios, nadie sabe qué clase de lucha interna estamos lidiando y, muchas veces, nos gustaría que alguien

extendiera su mano en nuestra dirección para ayudarnos, o si quiera para hacer un intento de hacerlo. Quizás eso era lo que Gustavo necesitaba, un poco de apoyo y comprensión, una amiga con la que pudiera contar, con quién hablar cuando el silencio pesaba y oprimía tu pecho.

—No hay tiempo suficiente para contártelo. —Declaró con cierto pesar.

Miré la hora en la pantalla de mi celular.

Una actitud así, tan distante y errada, solo podía provenir de una delicada situación, algo que no podía simplemente hablarse como si se tratara del clima o la opinión de una serie televisiva. Había algo oscuro en la mente de mi compañero, algo que no le permitía vivir con tranquilidad, y quería descubrir de qué se trataba, no por mera curiosidad, sino porque realmente quería ayudarlo.

Yo había estado dentro de un pozo, sufriendo por no ahogarme con el dolor y la angustia. Sabía lo que era estar en el fondo luchando por sobrevivir al sufrimiento. Tuve ayuda de algunos flotadores, como fueron el apoyo de mi madre y Cristina, ellas me ayudaron a mantenerme a flote. Y, como pago, creía que mi deber era intentar ayudar a alguien como lo hicieron conmigo.

—¿Quieres que, realmente, vayamos por algo de beber a la cafetería? —
Le pregunté con una sonrisa.

—Nos meteremos en un problema... —comentó con nerviosismo.

—¿Eso importa?

Si algo había aprendido con el pasar de los últimos meses, era a valorar una amistad por encima de muchas cosas más, en especial cuando se trataba de asuntos superfluos que se podían solucionar con la firma de alguno de nuestros padres en una boleta de sanción escolar.

Se quedó pensativo por otro instante, sin apartar su mirada de la mía. Se mostraba dubitativo, pero, por primera vez desde que lo había conocido, ya un par de semanas atrás sonrió.

—De acuerdo, vamos.

Hice un gesto con la cabeza para incitarlo a bajar por las escaleras. Se emparejó a mi lado e hicimos el ademán de irnos, sin embargo, antes de que apartara mi atención de los alumnos que estaban afuera en el corredor, mis ojos se encontraron con el rostro de Thiago, quien, al parecer, había presenciado toda aquella escena con Gustavo.

Lo miré, y él a mí. Fue apenas por una fracción de segundo, sin embargo, ese cortísimo lapso, me bastó para entender lo que significaba la sonrisa que me dedicó. Era una muestra de apoyo y orgullo, alegre de que fuera capaz de

persuadir a Gustavo para hacer algo más que sentarse en el fondo del aula solo a escuchar a medias lo que sucedía a su alrededor.

Me volteé y seguí a Gustavo escaleras abajo, desinteresada al ver pasar a algunos de mis compañeros en sentido contrario, dirigiéndose hacia el salón. Algunos de ellos nos miraron con extrañeza, tal vez por la dirección que estábamos tomando a tan solo unos cuantos minutos de comenzar la clase, quizás porque les causaba curiosidad el hecho de que mi compañero saliera del salón cuando, hasta entonces, no parecía que lo hiciera; o simplemente nos dedicaban su atención como una morbosa cualidad.

El trayecto hacia la cafetería lo recorrimos en silencio, pero fue un momento agradable de parsimonia. Él tampoco parecía sentirse incómodo, o al menos eso era lo que yo creí al ver su semblante un poco más relajado, un tanto diferente al que solía denotar durante las horas de clase.

Los pasillos poco a poco fueron quedándose vacíos, y las aulas comenzaron a llenarse. Habíamos tenido suerte de no toparnos de frente con algún profesor que nos cortara el paso o nos enviara de vuelta al salón. Así sucedía, a veces había momentos de suerte.

Llegamos a la cafetería, la cual estaba completamente sola, a excepción de los dos empleados que se encargaban de atender la barra, los cuales nos miraron de manera inquisitiva después de echarle un vistazo a la hora en el enorme reloj colgado en la pared. Nos acercamos a ellos y ordenamos, cada uno, un batido de fresa y una galleta de chocolate para acompañarlo. No tuvieron objeciones y de inmediato nos entregaron la orden.

Le sugerí que nos sentáramos en una mesa del fondo, alejados de los ventanales que tenía una vista hacia el panorama del jardín trasero de la escuela, desde donde podía verse el campo de fútbol y parte de la pista de atletismo.

—Y bien... —Le dije, interrumpiendo el trago que le estaba dando a su bebida—, te escucho.

Sus mejillas se sonrojaron. —Eh...

—No temas, yo no pienso juzgarte. —Afirmé, siendo honesta con mis palabras.

Me percaté del cambio que hubo en el vaivén de su respiración. Se agitó, pero intentó disfrazarlo cruzándose de brazos por encima de su pecho. Se notaba nervioso, con dificultad para hablar, lo que consideré normal al tratarse de algo tan delicado, si es que realmente había un motivo turbio para su manera de comportarse.

—Bueno... es que... —Apartó su mirada de mí y la centró en el vaso de cristal que tenía frente a él—, todos creen que estoy loco por algo que hice.

—¿Qué hiciste? —Interrogué con voz calma, sin ánimos de presionar.

Soltó una larga exhalación, después relamió sus labios, tragó saliva y se removió en su asiento. Era evidente que hablar de ello lo incomodaba, pero a veces era necesario sacar las palabras que se atoraban en nuestra garganta, eso nos ayudaba a respirar y calmarnos, a inhalar y exhalar para renovar el oxígeno contaminado que nos asfixiaba.

—Cuando tenía quince años intenté suicidarme. —Confesó, sin mirarme.

Tic tac, tic tac.

Pasaron algunos segundos, en los que no encontré las mejores palabras para responderle. Solo me atreví a preguntar.

—¿Por qué?

Sonrió de lado, con melancolía. —Estaba saliendo con una chica: Susana. Éramos novios, en realidad. Llevábamos más de un año juntos, nos conocimos en la secundaria, y desde el primer momento en que la vi, varios años atrás, me enamoré de ella.

—¿Y qué pasó? —pregunté luego de que se quedara callado, recordando.

—Fue hasta el último año que me atreví a pedirle que saliera conmigo. Ella aceptó con gusto, diciendo que había esperado mucho tiempo por mí. — Su mirada denotaba tristeza—. Comenzamos una relación y todo parecía estar de maravilla... hasta que entramos a preparatoria. Sus padres no podían costearle esta escuela, así que tuvo que asistir a la escuela pública, donde conoció a Ricardo...

—Oh.

—Exacto. —Se rio sin algún atisbo de diversión—. Me dejó por él, después de todo lo que hicimos, después de todo lo que vivimos.

—¿Y cómo...? —Dejé las palabras al aire.

—¿Cómo intenté suicidarme? —Eso sí parecía darle gracia.

—Mi madre estaba bajo un tratamiento por depresión. —Sujetó el vaso con ambas manos y lo apretó, quizás sin darse cuenta de ello—. Tomé todas las pastillas de su frasco, estuve a punto de morir, pero mi hermana menor me encontró en el baño y les advirtió a mis padres.

Silencio. No sabía qué decirle.

—Me llevaron al hospital y consiguieron salvarme. —Negó con la cabeza—. Pero en esta ciudad las noticias corren muy rápido. En lugar de recibir tarjetas emotivas para una pronta recuperación, mis compañeros me enviaron

mensajes de burla, tratando de humillarme por lo que había hecho. El chisme se regó por toda la escuela y quedé marcado.

—¿Y por qué volviste aquí?

—Mis padres lo hicieron como una forma de castigarme —respondió, entornando los ojos—. Yo lo acepté, porque fue una estupidez lo que hice. Pero aquí tienes las consecuencias: un rechazado, incomprendido, *loco*...

Sus escleróticas se enrojecieron.

—Gustavo...

—No necesitas tener compasión ni lástima conmigo —comentó con cierta brusquedad.

Extendí la mano por encima de la mesa y lo sujeté por el antebrazo, atrayendo con ello el punto de enfoque de su mirada.

—Nunca intenté acabar con mi vida, pero yo también hice demasiadas estupideces por amor. —Fue mi turno de sonreír con melancolía—. La primera de ellas fue perderme a mí misma por alguien que no me amaba...

Me miró con demasiada atención.

Y, por primera vez desde que todo había comenzado, fui capaz de contar mi historia con Adrián sin llorar, sin sentir que el mundo a mi alrededor se derrumbaba. Tuve el valor de explorar en el pasado, sin temor a perderme de nuevo, sin necesitar de alguien que sujetara mi mano para guiarme por esos turbios parajes que por tanto tiempo me habían atormentado.

Le conté lo que sucedió.

Dándome cuenta de que Adrián ya no ocupaba un espacio importante en mi vida, ni en mi corazón.

CAPÍTULO 42

La forma en la que se manifiesta la confianza en uno mismo es curiosa. A veces te sientes en la cima del mundo, y en ocasiones crees que estás en el fondo de un drenaje. Pero creo que así es con todos. Hay sucesos que te marcan, que te impulsan o te intimidan, lo importante, supongo, es nunca permitir que te definan.

Así fue como sucedió conmigo. Hacía apenas unos meses atrás estaba sumergida entre el incontable número de lágrimas que derramé por un amor no correspondido, luchando por respirar, por salir a flote y dirigirme hacia una orilla estable, donde pudiera decir: *estoy bien*. Sin embargo, había encontrado un flotador que me llevó hasta ese punto.

El amor propio, como había comentado con anterioridad, era el más importante de todos.

Mirarte en un espejo, encontrar a una persona valiosa, sin llegar a ser creída. Saber que tu reflejo era una muestra de tu fortaleza, porque, a pesar de tantos golpes que da la vida, sigues de pie, luchando. Esto, lo reforcé gracias a la plática que tuve con Gustavo unas semanas antes, cuando desveló su faceta más turbulenta y dolorosa, mostrándome que es muy fácil quebrarse, pero que lo importante siempre es volver a armarse con o sin ayuda de otros.

Aprendí que el mejor maestro es el tiempo, colmado de paciencia, serenidad y constancia. Quizás todos deberíamos prestarle mayor atención, especialmente cuando se dice que no hay mal que dure cien años.

Aquello que duele, deja de doler; aquella fecha que tanto se espera, llega; aquello que parecía interminable, termina; también dicen que el café se enfría; y esa persona a la que no podías olvidar, cuyo recuerdo te atormentaba cada madrugada, en algún momento se convierte en un simple recuerdo almacenado en un álbum dentro de tu mente.

Puedo decir que, después de diez meses, se convirtió en una de las mejores decisiones que había tomado, aunque haya sido de forma improvisada. Mis viejas amistades continuaban intactas a pesar de la distancia, lo que me mantenía tranquila y feliz, saber que aún contaba con el apoyo de todos ellos, y que sabían que yo también les ofrecía mi mano cada que la necesitaran. El estar en una escuela privada, por más elitista que

podiera escucharse, la verdad es que me facilitó el acercamiento con docentes de importantes universidades en el estado; una de ellas llamó mi atención desde que leí su plan de estudios, y recordaba haber escuchado su nombre en algún otro lugar, pero no conseguí descubrir dónde: Facultad de Medicina en la Universidad de Quiroz. Ese era mi siguiente objetivo.

Pero, lo más significativo que sucedió tras mi transferencia de escuela, fue que llegó ese parcial olvido. Por las noches ya no pensaba en él, su nombre ya no retumbaba dentro de mis pensamientos, y su imagen se borró de mis párpados. Podía recordar los momentos que pasamos juntos, pero su rostro estaba borroso, como una simple mancha que quedó después de que lo borrara. Mentiría si dijera que nunca se me escapó un suspiro en su memoria, pero era algo que sucedía de vez en cuando, solo para recordarme que no podía dejar de respirar de nuevo.

Me hice fuerte con base en luchas contra mí misma, me hice independiente emocionalmente tras dormir decenas de noches con lágrimas mojando mis mejillas, me hice valiente cuando fue mi turno de enfrentarme a la soledad y al miedo que me causaba escuchar mis pensamientos. Aunque tuve un poco de ayuda, lo admito, pues si Adrián nunca me hubiera roto el corazón, no habría aprendido todo ello. Era ridículo agradecerle por algo así, pero me dio varias lecciones de mi vida sin siquiera pensarlo.

Entonces mis días se hicieron más llevaderos, repletos de momentos de parsimonia y diversión, acompañada de mis nuevas amistades. Mi madre me dijo que tendía a elegir una clase de personas para convertirlos en mis amigos: reservados, tímidos, pero responsables, con valores y convicciones fuertes y, especialmente, se trataban de muchachos de buen corazón.

Sí, ella tenía razón. Prefería a las personas calladas, esas que solo hablaban cuando realmente tenían algo bueno para aportar, en lugar de aquellos que hacían mucho ruido vacío. Había sus excepciones en ambos extremos, claro, pero así era por lo regular. Conocía a algunos que pertenecían al segundo grupo, pero cuyas personalidades eran agradables, y con los cuales compartí buenos momentos.

Mi nuevo grupo de amigos se reducía a tres personas: Camila, Gustavo y yo. Y así, pocos, pero leales, era como disfrutaba de los días de escuela.

Aunque había alguien más que estaba luchando por asentar un espacio en mi vida, alguien a quien ya le había permitido la entrada a mis días, pero el cual se mostraba inseguro respecto a aventurarse a buscar más allá de afables saludos, indiscretas miradas, y sonrisas constantes.

Thiago, dulce y encantador Thiago.

Desde el primer día que llegué a la escuela mostró interés en mí, y a partir de ese momento nunca dejó de velar por mi bienestar, aunque no lo hiciera de una forma tan cercana.

Él tenía sus amistades, pasaba la mayor parte del tiempo con ellos, pero siempre encontraba, aunque fuese, un minuto para acercarse a mí y preguntarme cómo estaba.

Podría decirse que éramos amigos, o unos conocidos que se llevaban muy bien. Simplemente no teníamos una etiqueta bien definida, lo cual no me incomodaba.

Se trataba de un chico carismático, amable con todos; extrovertido, sin llegar a ser el chico que desea ser el centro de atención. Educado, inteligente, comprometido. Y si a ello le sumábamos su atractiva apariencia, teníamos como resultado al protagonista de una novela de amor, digno de relucir en la pantalla grande.

Sin embargo, me resultaba extraño que ninguna chica proyectara algún interés romántico en su persona, considerando todas las cualidades que mencioné con anterioridad. Algunas eran amables con él, pero nadie traspasaba esa línea entre la cordialidad y el coqueteo. No sé si se trataba de algo bueno, o de qué preocuparse.

Y, quizás, estaba más cerca de descubrirlo de lo que creía.

Fue un viernes, cuando las clases terminaron. Otra diferencia entre mi vieja preparatoria, y el Instituto Belare, era la demostración de alegría que contagiaba a los estudiantes el último día escolar de la semana. Ahí nadie brincaba, nadie suspiraba de alivio por estar más cerca de las vacaciones, nadie hacía nada más que tomar sus cosas y salir con una actitud despreocupada y, ciertamente, aburrida. No entendía cómo podían vivir así, de forma mecánica y monótona.

Ese día, mientras terminaba de guardar los útiles dentro de mi mochila, fue que noté la presencia de Thiago en la entrada del salón, esperando a pesar de que sus amigos ya se hubieran ido.

Poco a poco mis compañeros fueron saliendo, desalojando el salón hasta que solo mis dos fieles amigos y yo estuvimos dentro, compartiendo un exquisito silencio del que todos disfrutábamos en nuestra compañía. Camila estaba acomodando su cabello mientras Gustavo la observaba con atención.

Dirigí la mirada hacia la puerta, desde donde podía ver una parte del pasillo, justo ahí, donde continuaba una presencia a la espera, pero ¿de qué?

O, mejor dicho, ¿de quién?

—¿Nos vamos? —pregunté, cuando noté que ya habían pasado más de cinco minutos desde que el aula quedó despoblada a excepción de nosotros.

—¿Cuál es la prisa? —preguntó Camila, usando una tonalidad burlesca.

Negué. —Ninguna. Simplemente quiero ir a casa para descansar, fue una semana tediosa, ¿no creen?

—Completamente de acuerdo contigo. —Secundó Gustavo, tomando su mochila del suelo y colgándosela en los hombros—. Quiero dormir hasta el domingo.

Aquella vez asentí, ansiosa por salir y descubrir qué era lo que Thiago quería.

Cuando Camila por fin recogió sus pertenencias y se levantó de su asiento, me dirigí de inmediato hacia la salida, dándoles la espalda y no aguardando por ellos ni un segundo más. Sin embargo, continué con la conversación, como una señal de que el momento era normal.

—¿Qué harán el fin de semana? —Les pregunté, a pocos pasos del marco de la puerta.

—Saldré con Tom y sus amigos —respondió ella, refiriéndose a su novio.

—Ya se los dije: dormiré desde hoy hasta el domingo —contestó Gustavo, el cual era el que caminaba más cerca de mí.

Tomé una bocanada de aire y salí, agachando la cabeza hacia mis pies, como solía hacerlo cuando caminaba.

Thiago estaba de pie al otro lado del pasillo, deambulando cerca de la puerta del salón vecino. Pasé frente a él, pretendiendo que no me había percatado de que estaba ahí, aunque era imposible no hacerlo, considerando su imponente estatura. Los chicos entonces me siguieron de cerca, como una barrera que me separaba de nuestro compañero.

—¿Ana? —Su voz me llamó.

Y me detuve.

¿Me estaba esperando a mí?

Giré apenas unos centímetros, los suficientes para mirarlo. Sus ojos buscaron los míos de forma inmediata, sonriendo cuando se encontraron.

—Thiago... ¿qué sucede? —cuestioné, fingiendo inocencia y, después, mintiendo un poco—. Creí que ya te habías ido.

Mis dos acompañantes caminaron otros pasos, rebasándome un par de metros, pero sin alejar su atención de nosotros. Se detuvieron y se centraron en la escena que se desarrollaba, consiguiendo que una oleada de nervios

recorriera mi espalda como una helada sensación.

—¿Podemos hablar?

—Ya lo están haciendo —comentó Camila, inmiscuyéndose en la conversación.

Le dediqué una fugaz mirada, con la que le pedí que se callara.

—Por supuesto —dije, volviéndome hacia Thiago.

De reojo miró a mis amigos. —Pero ¿podemos ir a otro sitio?

—Claro... ¿a dónde?

Sonrió. —En realidad, me gustaría llevarte a casa.

—¿A casa? —Indagué, mirándolo fijamente.

—Sí... —Se sonrojó muy apenas—, es decir, a tu hogar. Mis padres acaban de regalarme un auto, y me gustaría dar un paseo... ¿qué dices?, ¿aceptas?

Hubo un corto silencio, en el que podía imaginar la expresión de las dos personas que se encontraban detrás de mí. Ambos tenían solo buenos comentarios de Thiago, pues él era, también, una de las pocas personas que los trataba bien, como los valiosos humanos que eran: diferentes, pero, al final de cuentas, de carne y hueso como todos.

—Acepto —respondí, dedicándole una tímida sonrisita.

—Entonces hablamos después, Ana. —Sugirió Gustavo y, por el timbre de su voz, entendí que él sabía que esperaba que se marcharan y me dejaran a solas con él—. Adiós, Thiago.

—Mándame un mensaje cuando llegues a casa, pelirroja. —Se despidió Camila—. Nos vemos —dijo, dirigiéndose a mi nuevo acompañante.

—Hasta el lunes, cuídense.

Ambos permanecemos inmóviles, aguardando a que los pasos de mis amistades desaparecieran en la lejanía. Solo se escuchaban las voces de los pocos estudiantes que aún quedaban en los salones de los alrededores, muy pocos para generar bullicio.

—¿Lista? —preguntó, y asentí como respuesta—. Entonces vámonos.

Hice ademán de caminar, pero me detuvo cuando su antebrazo se posó contra mi costado, deteniendo mi andar, y obligándome con ello a mirarlo.

—¿Qué sucede?

—Déjame cargar tu mochila.

No era necesario, pero seguía el consejo de mi madre sobre permitirle a los hombres mostrar acciones de caballerosidad. Para ello, me descolgué la mochila y la extendí en su dirección, de la cual se apropió de inmediato y se

puso ambas correas en un solo hombro; el izquierdo, aún lo recuerdo.

—Gracias. —En todas las conversaciones que teníamos terminaba agradeciéndole por algo.

—No es nada.

Caminaba con la mirada al frente, una característica muy marcada de él. Casi no observaba a las personas al rostro cuando conversaban, prefería centrar su atención en otro punto, pero aquello no solo sucedía conmigo, sino que era algo que hacía con todo, o al menos eso era lo que había notado tras estudiarlo por algunos días.

—Entonces tus padres te regalaron un coche —comenté—. Eso es fantástico.

—Sí, estoy muy agradecido con ellos.

Conversamos sobre algunos detalles de su vehículo nuevos mientras bajábamos las escaleras y atravesábamos los pasillos para llegar al estacionamiento, a un costado del edificio principal del Instituto. Los corredores estaban casi vacíos, pero en el exterior se hallaba un tumulto de estudiantes que intentaban parecer despreocupados, como una absurda faceta de ricachones que no les interesaban los problemas de simples mortales.

Su carro, por lo poco que sabía de ellos, era un modelo reciente, muy bonito, de color blanco y vidrios polarizados. El cual emitió un pitido cuando Thiago oprimió el botón de sus llaves, desbloqueando los seguros de las puertas.

No preguntó, no dudó, ni se detuvo en miramientos, simplemente caminó hacia el lado del copiloto y abrió la portezuela, haciendo un gesto con la mano para dejarme pasar, indicando que él me ayudaría y esperaría hasta que estuviera cómoda en mi lugar. Seguí el protocolo, sujetando su mano para apoyarme de ella, aunque no fuera necesario. Su tacto era cálido, sensación que se extendió a toda mi extremidad. Cerró la puerta una vez que estuve dentro, y dejó las mochilas en la cajuela antes de subir a su respectivo lugar.

—Bien, tú me dirás por dónde es —dijo cuando nos encerró en la cabina, apartándonos del mundo exterior.

Asentí. Mi casa no estaba muy lejos de ahí, pero en el horario de la tarde, cuando los niveles del tráfico vehicular incrementaban, el trayecto podía extenderse hasta por quince minutos, volviéndose tedioso bajo los potentes rayos del sol de septiembre que apenas comenzaba a refrescar.

—Hacia La Tarima. —Aquél era un nuevo bar que tuvo un boom sorprendente cuando se inauguró, y el cual era identificado por la mayoría de

los chicos de mi edad.

—¿Alguna vez has ido ahí? —preguntó mientras ponía el vehículo en marcha.

—No. —Quería mirarlo, pero no consideraba que fuera prudente, por lo que opté por hacerlo con discreción, de soslayo—. La verdad es que no suelo ir a esos lugares.

—*¿Esos lugares?* —Interrogó con una risa.

Yo también reí. —Ya sabes, donde hay... mucho escándalo.

—Entiendo. —Hablaba con calma—. A mí tampoco me gusta mucho salir a sitios donde la música hace retumbar las paredes y no puedes conversar con tus amigos.

Por lo menos ya no me sentía como un bicho extraño a su lado.

—¿Entonces a dónde te gusta ir? —pregunté con verdadero interés.

—¿Conoces El Club 83?

Negué con la cabeza, pero no creí que me hubiera visto, por lo que me apresuré en responder: —No, ¿qué es ese lugar?

—El mejor lugar de la ciudad para comer una hamburguesa y un batido mientras ves algún deporte transmitido en una de sus decenas de televisores —contestó con ánimo, quizás recordando alguna noche ahí.

—Suena fantástico.

—Lo es. —Tamborileó el volante con los dedos—. Cuando vayamos me darás la razón.

¿Dijo “cuando vayamos”?

Me quedé callada por algunos segundos, meditando sus últimas palabras.

—De acuerdo, tendremos que ir para darte mi opinión.

Le vi sonreír.

El resto del camino conversamos sobre trivialidades, cosas comunes, pero eso no significó que fuera aburrido, sino, por el contrario, compartimos numerosas risas y compartimos comentarios que después se convertirían en aquello conocido como “chistes locales”. Era un chico simpático, y siempre tenía las palabras correctas para decir.

Cuando llegamos a la casa de mi madre, Thiago estacionó el automóvil frente a la cochera. El sol de la tarde nos calaba a ambos en el interior de la cabina, solo el aire acondicionado nos mantenía frescos, porque, a pesar de que el clima ya no fuera tan hostigador, estar bajo esas condiciones era desagradable, y sabía que la conversación aún no había terminado.

—Mmm, ¿quieres pasar? —pregunté, esquivando el contacto visual con

él.

Meditó su respuesta un par de segundos. —Claro, si no hay algún problema con ello.

Negué. Aún era temprano, por lo que mi madre no se encontraría en casa, y, en dado caso de que llegase antes del trabajo, no sería un inconveniente el presentarle a uno de mis compañeros. Del cual sabía la opinión que podría tener sobre él: demasiado atractivo y amable, ¿por qué no sales con él, cariño?

Me pidió que esperara a que se bajara primero del auto para ir a abrirme la puerta, lo que acepté con gusto. Le vi caminar frente al vehículo, su postura siempre era firme, haciéndolo ver imponente. Y cuando llegó al lado del copiloto, por una extraña razón, sentí un cosquilleo en el estómago, sensación que se incrementó cuando abrió la portezuela y extendió la mano en mi dirección.

Nuestros dedos se unieron y me vi en la necesidad de respirar con profundidad para calmarme, pues comenzaba a experimentar un leve temblor en mis extremidades.

Le agradecí con una sonrisa y caminé hacia la entrada de la casa mientras Thiago baja mi mochila de la cajuela. Intenté meter la llave en la cerradura, pero los movimientos de mis manos eran torpes, imprecisos. Escuché que sus pasos se acercaban y comencé a alterarme en una buena manera. Era extraño, cómo de pronto una persona podía cambiar tu forma de comportarte.

Por fin, cuando me percaté de que su presencia estaba a tan solo dos metros, conseguí introducir la llave y la puerta se abrió tras un pequeño chasquido. Entré a la casa y giré sobre mis talones para voltear a ver a mi acompañante, quien se veía sereno ante la situación, como si no le incomodase ir por primera vez a la casa de una de sus compañeras de clase.

—Adelante, estás en tu casa. —Le dije con una vocecita nerviosa.

—Gracias. —Entró y echó un vistazo a los detalles del lugar.

La casa de mi madre no era muy llamativa, solo contábamos con lo indispensable y muy pocos adornos para la decoración. Sandra prefería mantener un estilo minimalista, pues decía que así era más sencillo limpiar cada rincón del hogar, sin cachivaches que estorbaran.

—Es muy linda —comentó, caminando hacia uno de los sofás.

—Te lo agradezco.

Dejó mi mochila en el suelo, cerca de la mesita de centro, y tomó asiento en la orilla del sillón.

—¿Quieres un vaso con agua? —Señalé la cocina con el pulgar.

Negó con una sonrisa. —Descuida, conmigo puedes olvidar los formalismos.

¿Formalismos?

¿En verdad estábamos siendo tan corteses que resultaba extraño?

Me senté en el mismo sillón que él, pero dejando una brecha significativa entre nuestros cuerpos. Aquella era una situación diferente, tan improvisada que no se me permitió hacer el boceto de algún guion, o, aunque fuese, el atisbo de un pensamiento que me diera pauta para aclarar mis ideas y comportarme de una manera más relaja, y siendo capaz de controlar el nerviosismo.

—Ana...

Me resultaba curioso que así comenzara cada nueva conversación conmigo.

—¿Qué sucede? —Lo observé con fijeza.

Y él también centró su atención en mí.

—Hay algo de lo que quería hablar contigo desde hace mucho tiempo...

—¿Sobre qué? —pregunté con verdadera curiosidad.

Sonrió con un ápice de inseguridad. —Tú... te convertiste en una estrella después de algo que hiciste en el Billar Rock & Bar.

Oh, no.

Aparté la mirada de él, incómoda cuando todos los recuerdos de aquella noche inundaron mi mente como aguas encharcadas.

—No, no —Se apresuró en añadir—. No quiero hacerte sentir avergonzada con eso. Es sólo que... —Frotó su rostro con ambas manos—, me pareció extraño...

—¿Extraño? —cuestioné, volviéndolo a mirar.

—¡No! —Sus mejillas se sonrojaron. Era la primera vez que lo veía perder la serenidad y el control de una situación—. Ah, creo que solo estoy arruinando todo.

—No entiendo, ¿qué quieres que te diga sobre esa noche? —Interrogué con seriedad. No quería hablar de ese tema, especialmente casi un año después de lo sucedido.

—Escucha, el motivo por el que quiero hablar de ello es que... —Tomó una profunda bocanada de aire—, me gustas... y quiero saber si ya olvidaste al chico del que hablaste esa noche.

Tic tac, tic tac.

A nuestro alrededor solo se escuchó el sonido de las manecillas del reloj avanzando.

Me percaté de la fuerza con la que mi corazón golpeteaba contra mis costillas. Mi respiración se volvió tan pesada que el vaivén de mi pecho era muy notorio, pero en ese momento no me importó demostrar lo que sus palabras provocaron en mí.

Ya no tenía miedo de volver a mostrar lo que sentía.

—Ana, me gustas desde el primer día que te vi en la escuela. —Confesó—. Desde que vi el color anaranjado de tu cabello, cuando noté tu expresión confundida mientras buscabas el salón, entonces vi de cerca tus pecas y quise contar cada una de ellas, pero, después, sonreíste y eso fue suficiente.

—¿Y por qué me lo dices hasta ahora? —Fue lo primero que se me ocurrió preguntar.

Acortó la distancia que nos separaba, pero aun así mantuvo algunos centímetros de lejanía.

—Porque lo que vi en el video, lo que dijiste aquella noche, era evidente que estabas enamorada de ese chico. —Agachó la mirada solo un instante, pero volvió a levantarla para encontrarse con la mía—. Y cuando te conocí eso era reciente...

Suspiré con pesadez. —Tienes razón, estaba enamorada de ese chico.

—¿Y ahora...?

Hubo un momento de quietud, en el que todo pareció detenerse a mi alrededor, incluido Thiago, quien tenía su mirada clavada en mí.

Me detuve para escuchar mis pensamientos, para ahondar en mis recuerdos. Había pasado un largo tiempo desde la última vez que hablé de lo sucedido, y desde la última noche que pensé en Adrián. Hubo lugares que me hicieron recordar lo bueno que un día compartimos, pero su presencia se mantuvo alejada, casi inexistente.

Observé al chico que estaba sentado frente a mí. Era atractivo, sin duda, pero eso no era lo que me llamaba la atención de él, sino su personalidad. Como había comentado, él era uno de los pocos que nos trataba bien a mis dos amigos y a mí, a pesar de que fuéramos extraños. A él no le importaba el pasado de los demás ni su apariencia, mucho menos el hecho de que fuera una chica nueva que no encajaba en el estatus social de la mayoría de los alumnos.

Lo conocía desde hacía diez meses, tuve la oportunidad de ver algunas facetas de él, todas agradables, aunque estaba consciente de que podría esconder alguna que no fuera tan amistosa, así como todos teníamos un lado

oscuro que intentábamos mantener escondido.

Thiago, a lo largo de ese tiempo, demostró ser un chico valioso.

Pero, lo más importante, era la respuesta que tenía para él aquella tarde.

Negué. —Ya no siento nada por él.

CAPÍTULO 43

Otros siete meses después...

—Estoy orgulloso de ti. —Thiago apretó mi mano.

Él no dejaba de mirarme, pero yo no podía apartar mi atención de la pizarra frente a nosotros. Justo ahí, donde había solo ochenta nombres, entre los cuales se encontraba el suyo en el apartado de los apellidos iniciados con la letra “O”, y el mío hasta arriba de todos, saltándose el orden alfabético, con una leyenda, en la cual versaba lo siguiente:

Por haberse distinguido como una candidata sobresaliente y haber obtenido una puntuación perfecta en el examen de admisión para la facultad de medicina, la Universidad de Quiroz se enorgullece en otorgar una beca completa a la alumna Ana Salazar.

Mi corazón palpitaba con fuerza, una magnitud diferente a la que estaba acostumbrada, guiada por un exquisito nerviosismo que no terminaba por comprender, pero el cual tiraba de las comisuras de mi boca hacia arriba en una sonrisa. Una sonrisa llena de incredulidad y alegría, una combinación extraña, pero real.

—No puedo creerlo... —susurré, más para mí que para mi novio.

—¿Por qué no? —Su mirada insistía sobre mí—. ¿Por qué no puedes creer que eres la mejor?

Releí por enésima vez las palabras cursivas que destacaban del resto, casi como si estuvieran escritas con tinta de oro, relucientes frente a los rayos del sol de mediodía.

Thiago me sujetó por los hombros, obligándome a girar y mirarlo de frente. Sus ojos brillaban mientras escrutaban mi rostro. Jamás lo había visto sonreír de esa manera... o tal vez sí, cuando me pidió que fuera su novia y acepté sin dudar ni un segundo. Era esa clase de expresión que nunca se olvida, una tan diferente al resto que queda grabada en tu memoria como uno de los más bellos recuerdos.

—Estoy tan orgulloso de ti —repitió, mirándome fijamente por primera vez desde que llegamos a ese lugar, donde se nos revelaría el rumbo que tomaría nuestra vida escolar y, en un futuro, profesional.

—Gracias —dije con una vocecita.

Se inclinó hacia abajo y unió nuestros labios en un tierno beso. Mis ojos se cerraron por instinto ante su cálido tacto, y mis manos lo rodearon por la cintura, tratando de mantenerlo tan cerca como fuera posible. Con Thiago no me disgustaban las demostraciones de cariño en público, por el contrario, me causaba una sensación de bienestar, el saber que a él le gustaba mostrarle al mundo que estábamos juntos y que nos queríamos —por supuesto, sin llegar a un punto en el que esas caricias se volvieran arcaicas y desagradables—. Se apartó apenas unos centímetros de mí, solo para decir:

—Éste apenas es el inicio de una nueva aventura —habló en voz baja, casi susurrando—, la cual quiero vivir contigo.

Fue mi turno de besarlo, muy apenas, rozando sus labios con los míos, descargando una corriente de sensaciones a lo largo de todo mi cuerpo. Una experiencia que se hacía más fuerte con el pasar de los días, con la cercanía que compartíamos, y con cada momento que vivíamos juntos como pareja.

—Te quiero. —Le dije. Mi boca pegada a la suya.

Le sentí sonreír. —Yo también te quiero, princesa.

Princesa. Le gustaba decirme de esa manera porque me comparaba con Ariel, la Sirenita; argumentando un parecido físico entre ambas —exceptuando las pecas y el color de nuestros ojos— y la personalidad tan despreocupada y liberal que teníamos. Al principio me reía, negando todo tipo de analogía, pero él insistía en que yo podría ser una perfecta caracterización de ese personaje del mundo fantástico de Disney. Era gracioso, porque, si se pensaba, Thiago era el príncipe Eric en carne y hueso: físicamente eran altos, de piel blanca, cabello negro y ojos azules como el cielo, y en su forma de ser eran decididos, educados y luchaban por ver feliz a su pareja. Entonces... sí, acepté que me dijera de esa forma si él accedía a que lo llamara “mi príncipe”.

Terriblemente cursi, pero me gustaba.

Me aparté de él sin dejar de mirarlo. Era sencillo perderme en la profundidad de su mirada cuando lo único que podía ver en ella era un futuro prometedor para ambos. Quizás era apresurado pensarlo a nuestros casi dieciocho años, pero así funcionaba el amor: crear esperanzas prematuras por las cuales luchar, eso era lo que mantenía viva una relación.

—¿Quieres llamarles a tus padres para darles la gran noticia? —preguntó, entrelazando sus dedos con los míos.

Negué. —Los haré sufrir un poco, les diré hasta que regresemos a casa.

Se rio. —La mayoría del tiempo eres la mujer más dulce que conozco,

pero a veces puedes ser la chica más malévola de todas.

Comenzamos a caminar por la plazuela que estaba frente al campus central de la Universidad de Quiroz, justo en el centro de la ciudad, como un atractivo turístico. Faltaba un mes para entrar a clases, pero las calles comenzaban a teñirse con los coloridos de algunas maletas de los estudiantes que se mudaban o regresaban a la ciudad. Pronto nosotros nos sumaríamos a ellos, alejándonos de nuestras familias para emprender una nueva aventura, así como lo había afirmado Thiago.

El sol resplandecía en lo alto, llenando la ciudad con los luminosos y alegres colores de mediados de julio. El verano estaba en pleno apogeo, el calor era abrumador, pero las personas ahí parecían estar acostumbradas a esas desagradables temperaturas —claro, viéndolo desde mi punto de vista, pues había quienes adoraban ese clima árido—.

Nos refugiamos bajo la sombra de varias copas de árboles que circundaban el quiosco del centro, donde había algunas parejas enamoradas que se besaban sin aparente pudor. No queríamos alejarnos mucho de ahí, pues el hotel donde estábamos hospedados estaba cerca y yo tenía una importante reunión en una cafetería a pocas cuadras de ahí en menos de veinte minutos, y no nos creíamos capaces de ir a recorrer las callejuelas sin perdernos en el intento.

De soslayo observé al chico que iba a mi lado. Llevábamos juntos poco más de un año, y las cosas habían funcionado de maravilla hasta entonces. Como cualquier pareja tuvimos pequeñas discusiones, las cuales se solucionaron con una conversación y un beso para reconciliarnos, nada lo suficientemente grave para estropear lo que teníamos.

Thiago era lo más cercano a aquello que un día imaginé como el protagonista de mi historia de amor. Una verdadera historia de amor. Con él no tenía miedo de despertar un día y saber que no estaría, o que se alejaría sin darme un motivo; en realidad, con él no tenía miedos de ninguna clase, pues me enseñó a ser fuerte y a valerme por mí misma.

Me enseñó lo que es tener pareja, pero seguir siendo un ser individual; me enseñó lo que es estar acompañada, pero aun así disfrutar de la soledad; me enseñó lo que es querer a alguien más, pero siempre quererse primero a uno mismo —sin llegar a ser egoísta—; me enseñó que el amor a veces es un remolino de emociones, pero a veces se trata de vivir en la calma. Creo que nunca había aprendido tanto del romance, hasta que lo conocí a él, ni siquiera en los libros, ni en las novelas que transmitían a las nueve por el canal libre.

Nada ni nadie me había mostrado tanto sobre el amor romántico, hasta que mis manos los acariciaron y sus labios se unieron a los míos.

Oh no, no éramos una pareja perfecta, ¡ni cerca de serlo! Pero nos queríamos, y eso era lo que más importaba.

Durante otro rato estuvimos paseando por la plazuela, aprovechando cada espacio de sombra y la leve frescura que los árboles proporcionaban. El reloj marcaba las doce con veinticinco minutos. Y fue Thiago quien se dio cuenta de la hora, haciéndome saber que debíamos irnos o llegaría tarde a mi encuentro.

Caminamos sin prisas, disfrutando de la arquitectura que cubría los costados de las calles, edificios viejos, pero “remodelados”, como en cualquier ciudad pequeña, donde el centro estaba repleto de construcciones antiguas que eran conservados como patrimonio cultural. Algunos se veían bien, cuidados, aunque otros parecía que no habían sido tratados desde que se construyeron, quizás un par de siglos atrás. Aun así, Quiroz era una ciudad hermosa.

—¿Te imaginas viviendo aquí? —Me preguntó. Su mirada, como siempre que caminábamos, iba hacia el frente.

Pensé mi respuesta durante algunos segundos. —Sí, aunque no sé si vivir con Camila sea una buena idea.

Rio. —Vivir con cualquier persona no es sencillo.

—Creo que tienes razón en eso.

Le dediqué una fugaz mirada y no pude evitar tener un pensamiento:

Contigo tal vez sí sería sencillo vivir, y espero algún día descubrirlo.

Recorrimos los últimos metros en silencio hasta llegar a la Cafetería Gilbert, un pequeño lugar en la esquina de una intersección, donde las luces tricolores del semáforo se proyectaban sobre el asfalto de la avenida y los carros transitaban con moderada velocidad. Cruzamos la calle por el paso peatonal, el cual parecía recién pintado, y llegamos a la entrada del establecimiento, donde ya me esperaba mi acompañante.

—Ana... —Hacía tanto que no escuchaba su voz en persona, solo mediante llamadas telefónicas.

Me acerqué a él y lo abracé, nuestros cuerpos se columpiaron de un lado a otro. Sí, así como cuando abrazas a alguien y la inercia de la felicidad los mueve como un par de péndulos, viéndose ridículos, pero sin importarles.

—David, qué gusto verte. —Le dije, mi boca cerca de su cuello.

Nos apartamos, ambos estábamos sonriendo. Supongo que era algo inevitable en un reencuentro luego de casi un año y medio de estar

distanciados, comunicándonos a medias por mensajes y llamadas rápidas.

Retrocedí dos pasos. —Te presento a Thiago, mi novio.

Se saludaron con un amable apretón de manos y una cordial sonrisa.

—Mucho gusto, Ana me ha hablado tanto de ti —comentó mi vieja amistad.

—Te aseguro que también me ha hablado mucho de ti —dijo con una risa, cortando el contacto con él—. Bueno, será mejor que los deje solos, seguro que tienen mucho de qué hablar.

Me puse de puntitas y le di un rápido beso en los labios. —Llegaré para comer.

—Demórate el tiempo que necesites, esperaré en la habitación del hotel. —Acarició mi cabello con la punta de los dedos, y entonces se dirigió a David—. Espero verte pronto de nuevo.

—Igualmente. —Le dedicó un asentimiento con la cabeza, ese que solo los chicos hacen.

Me dio un beso en la cabeza antes de marcharse sobre los pasos que dejamos atrás, rumbo al hotel donde reservamos una habitación para pasar la noche, pues el viaje de Quiroz hasta nuestro hogar era tedioso y queríamos aprovechar la tarde en la ciudad... especialmente yo.

—Parece ser un gran chico. —Afirmó cuando estuvo lo suficientemente lejos para que nos escuchara, llamando mi atención.

—Lo es —dije, posando la mirada sobre él.

—¿Quieres pasar?

Asentí como respuesta y abrió la puerta de cristal para dejarme entrar primero. Sus modales seguían siendo los mismos, los de un envidiable caballero.

El interior del establecimiento era acogedor, aunque tenía una esencia diferente a la que creía. En lugar de tratarse de un lugar rústico, se asemejaba al interior de una de esas cafeterías pertenecientes a una gran franquicia, con electrodomésticos modernos, aire acondicionado y sabores de cafés que solo los hípsters conocían —sin ofenderlos, aclaro—; la verdad es que a mí me hubiese gustado algo más tradicional, pero lo que me importaba era el chico que fungía como mi compañía.

Ambos ordenamos un frappé de galleta, lo más sencillo que encontramos en el menú, y yo, además, pedí un panqué de chocolate con relleno de chocolate y cubierto de chispas de chocolate. No, a pesar del tiempo aún no superaba mi gusto culposo por lo dulce.

Nos sentamos en una mesa de la esquina, lo más alejados posibles de la barra, como una creencia de que así nadie nos podría molestar mientras conversábamos, cosa que necesitábamos con urgencia.

—¿Cómo has estado? —Acaricié su mano por encima de la mesa, a sabiendas de que no malinterpretaría ese gesto.

—Bien. —Me sonrió con ternura, correspondiendo a mi tacto—. ¿Y tú? Te veo bien, Ana, realmente bien.

Entendía a qué se refería.

Asentí. —Lo estoy... por fin.

—Me alegra saberlo. —Apartó su mano de la mía.

—Fue un difícil, debo admitirlo. —Lo miré directamente a los ojos, los cuales estaban oscurecidos por las amoratadas ojeras que los rodeaban—. Pero toda tragedia se supera, solo es cuestión de aprender a cambiar la página.

Su mirada escaneó mi rostro con rapidez antes de volver a posarse sobre la mía.

—¿Has vuelto a hablar con él? —preguntó, sin miramientos.

—No. No después de esa noche en el Billar Rock & Bar —respondí con seriedad—. Pero quiero saber... cómo está.

Sonrió de lado. —Bien, sigue siendo él mismo, pero un poco más maduro.

—Bueno... por lo menos tuvo un cambio —comenté con una risa.

Mes esforcé en no pensar en él, no quería que mi memoria volviera a juntar los fragmentos de su imagen, prefería que se quedara como una estela dispersa, de la cual apenas podía percatarme.

—Sí. —Le dio un trago a su bebida—. Pero no me reuní contigo para hablar de él. Quiero saber más de ti, de qué has hecho estos últimos meses.

—¿Recuerdas que te conté sobre presentar el examen de admisión en la facultad de medicina de aquí? —Mordisqueé la pajilla de mi vaso mientras lo veía asentir—. Me complace anunciarte que aprobé y que, además, obtuve una mención honorífica.

Su rostro se iluminó al compás de su sonrisa. —¿Bromeas?

Negué, también sonriendo. —No.

—¡Ana, eso es fantástico! —No podía controlar la emoción que denotaba a través de la tonalidad de su voz—. Estoy seguro de que serás la mejor.

—Casi la mejor. —Me dedicó una expresión confundida—. Aún tengo que superarte a ti, porque, si no mal recuerdo, tú también obtuviste esa mención cuando entraste hace un año.

Se rio. —Necesitaba obtenerla si quería mantener en alto el apellido de

los Arana.

—¿Tus padres aún...?

Asintió. —Cada vez me exigen más.

—Cómo es posible. —Quizás por eso se veía tan cansado—. ¿Qué más quieren de ti?

—La perfección, supongo —comentó con tranquilidad—. Pero eso no importa. Dime cómo están tus padres.

Me detuve un segundo a pensar en mis progenitores. Las cosas no habían cambiado mucho con ellos, es decir, el verdadero cambio surgió en mi interior y, a pesar de que mis pensamientos eran muy diferentes a la Ana de casi dos años atrás, mis relaciones interpersonales continuaban siendo casi iguales, a excepción de que sumé unas cuantas amistades y una relación amorosa a mi lista.

—Bien —respondí tras un cortísimo lapso de silencio—. Mi madre está saliendo con un ingeniero llamado Alejandro. Es un buen sujeto; divorciado, con una hija de doce años, trabajador y simpático. Me agrada.

—¿Y tu padre?

—Sigue siendo él mismo. Sale a trabajar, se olvida de todo cuando está con sus amigos... —Reflexioné otro momento—. Se metió al gimnasio como resultado de una crisis por la cercanía de sus cincuenta años. Está tranquilo, pero le entristece pensar que ya no pasaremos los fines de semana juntos. —Me encogí de hombros—. Ya sabes, el proceso que viven los padres en estas situaciones de inevitable separación.

—En realidad no lo sé. —Enarcó una ceja—. Nunca tuve una relación tan buena con mis padres como tú la tienes con los tuyos.

¿Qué tan cierto era eso?

¿Realmente podía decirse que tenía una buena relación con ellos?

¿Qué no se suponía que eso no era lo normal? Es decir, hablar con ellos sobre lo que me sucedía, decirles cuando estaba mal, cuando prefería que me dejaran sola para pensar y reflexionar sobre mis decisiones. Conversar mientras cenábamos, contarnos cómo nos había ido durante el día, preguntarnos sobre trivialidades.

Todos hacían eso con sus padres... ¿o no?

Recordé que un día, cuando era más pequeña, discutí con mi madre porque no me dejó ir a dormir a casa de Cristina cuando ella enfermó de varicela. Me molesté porque yo quería ir a cuidar a mi amiga, pero Sandra me dijo que era imprudente, puesto que debía dejarla descansar y así permitirle

una pronta recuperación, ya saben, ese discurso sobre la salud que los padres te dan cuando ni siquiera entiendes qué es un resfriado. Pues esa vez hice un berrinche, argumentando que su prohibición era injusta y que escaparía de casa por la noche, cuando ella estuviera dormida.

Aún recuerdo sus palabras como si me las hubiese dicho apenas unas horas antes:

A veces ustedes —los hijos— creen que los padres tomamos decisiones egoístas por ustedes solo porque somos adultos y “no los comprendemos”, pero lo hacemos porque sabemos qué es lo mejor para ustedes, o por lo menos en la mayoría de las ocasiones. Pero, cuando crezcas, lo vas a entender, porque voy a dejar que te equivoques para que aprendas por ti misma las lecciones que tiene la vida para ti.

Oh, mamá, siempre tuviste la razón.

Una noche, mientras lloraba en la soledad de mi habitación, mi madre entró sin avisar. Aún era muy temprano para que estuviera dormida, pero lo suficientemente tarde para que la oscuridad dominara en el recinto. Cubrí mi boca e intenté no hacer ruido con mis sollozos, escondiéndome como una cobarde debajo de las sábanas. Quería que se marchara y me dejara sola. Escuché cuando dejó un cesto en el suelo y cerró la puerta; creí que se había marchado, pero sus pasos resonaron sobre el suelo y después su cercanía me proporcionó calor. Se acostó junto a mí y pegó su pecho a mi espalda, rodeándome con los brazos...

—Duele mucho. —Le susurré.

—Lo sé. —Acarició mi cabello—. Un corazón roto es uno de los peores malestares que podrás experimentar en la vida, pero algún día dejará de doler, y te reirás de esto.

Me giré para estar de frente a ella, a pesar de que no pudiera verla. —¿Y si nunca deja de doler?

Buscó mi mano y enganchó su dedo meñique con el mío. —Te lo prometo: tarde o temprano no sentirás nada por él.

Repito: ella siempre tenía razón.

Y estar ahí, sentada frente al mejor amigo del chico que me rompió el corazón, era una buena prueba para mí misma de que el recuerdo de Adrián ya no me atormentaba, sino que lo veía como una experiencia más, una lección.

Nuestra conversación continuó por alrededor de otra hora y media, durante la cual las bebidas se acabaron, y el panqué de chocolate desapareció de mi plato sin que me percatara de ello, aunque el sabor en mi boca era lo

único que amparaba que alguna vez existió. Nos preparábamos para marcharnos, cuando de pronto David habló, cambiando el tema en cuestión del que hablábamos.

—Ana...

—¿Qué sucede?

Pareció meditar sus siguientes palabras, en una disputa interna entre decir las o no.

—Si sabes que... Adrián vive aquí, en Quiroz, ¿cierto?

Me quedé callada algunos segundos, observándolo. Era evidente que la situación planteada le causaba cierta angustia. Pobre David, desde que lo conocí supe que sufría de ese defecto —¿o cualidad? — de ser tan aprehensivo. Aunque en ese momento no sabía si estaba preocupado por mí... o por su amigo. Fuera cual fuese la respuesta a lo anterior, yo tenía una para su comentario.

—Lo sé. —Sonreí—. Y la verdad no me importa.

CAPÍTULO 44

Aquel día tan inesperado y temido por fin había llegado. El día en el cual me mudaría a Quiroz para empezar con mi vida como universitaria, como la chica que obtuvo una mención honorífica en el examen de admisión, y la estudiante que algunos catedráticos estaban entusiasmados por conocer.

Todavía ni siquiera abandonaba mi vida normal, y parecía que las etiquetas comenzaban a aparecer por todos lados, pegándose a mi piel sin autorización, aunque, por lo menos, eran adjetivos buenos, prometedores para un grandioso futuro como médica especialista. Sin embargo, eso no significaba que no estuviese nerviosa por lo que la universidad podía depararme.

La casa que me esperaba en dicha ciudad era una pequeña vivienda de dos pisos, consistente en un par de habitaciones, un baño y medio, sala y cocina-comedor. El espacio suficiente para Camila y para mí, las cuales nos convertimos en *roomies* luego de una seria y detallada conversación, en la cual participaron los padres de ambas. La verdad fue difícil convencerlos, pues nosotras mismas ni siquiera estábamos seguras de compartir casa. Nos llevábamos muy bien, pero éramos completamente distintas.

Transcurrió casi un mes antes de que pudiéramos darle una solución a tal indecisión, dispuestas a dar lo mejor como compañeras de piso, abiertas a cualquier queja de inconformidad.

Así fue que rentamos el hogar que previamente describí. Se encontraba en el centro de Quiroz, muy cerca de la facultad a la que asistiríamos. Camila optó por entrar a enfermería y yo a medicina, por lo que estaríamos en el edificio de *Ciencias de la salud*. Nos entusiasmaba el hecho de que viviéramos en un lugar tan privilegiado, pagando una renta accesible en consideración al precio que fijaban para ello.

Decidimos mudarnos una semana antes de que iniciara el nuevo ciclo escolar, ansiosas por decorar el que se convertiría en nuestro hogar por —en mi caso— seis años y medio. Cam estaba tan emocionada que no pudo esperar por más tiempo, marchándose en el primer autobús que salió de la central esa mañana. Thiago se había marchado hacía ya dos días, pues era el único día que sus padres podrían ayudarle con la mudanza.

Mis padres se ofrecieron a llevarme —cada uno por su lado, por supuesto

—, pero no quise mostrar favoritismo por alguno de ellos, por lo que les planteé la solución de ir los tres juntos como la familia que una vez fuimos. Mi madre accedió, no muy satisfecha, pero lo hizo; en cambio, mi padre se negó rotundamente, argumentando que era una mala idea. No quiso admitir el motivo de su negativa, pero estaba segura de que se relacionaba al hecho de que Sandra estaba saliendo con Alejandro.

Para evitar penas que pudieran fragmentar más a mi pequeña y ya rota familia, tomé la decisión de irme por mi cuenta. Ni siquiera yo misma podía creerlo cuando se lo conté a mis padres. Siempre fui esa clase de chica que busca apoyo en sus progenitores, pero eso había comenzado a cambiar incluso antes de que cumpliera la mayoría de edad.

A ninguno de los dos pareció agradarles mi idea, pero me mantuve firme con ella. Les advertí que estaba cansada de estar en el medio, tambaleando sobre una cuerda por la relación que había entre ellos, y mi oferta fue que, si querían ir conmigo, podrían hacerlo al día siguiente. Ambos aceptaron, hasta se ofrecieron a ayudarme con la mudanza, ahorrándome con ello el gasto que haría por mero orgullo.

Entonces, ese día tomé un autobús yo sola, llevando conmigo solo una maleta, la cual contenía mi ropa y unos deseos indescriptibles de lo que esperaba en esa nueva etapa de mi vida. Irme significaba un cambio, uno de los más grandes, llena de miedo e incertidumbre, nerviosa por lo que Quiroz podría depararme.

El camino me resultó muy corto, quizás porque me quedé dormida la mayor parte de él, pero, fuera como fuese, por fin había llegado a mi destino. La última vez que estuve ahí fue en compañía de Camila y sus padres, mi madre y Thiago. En esa breve experiencia que tuvimos fue cuando nos aventuramos a buscar la casa ideal que cumpliera con nuestras expectativas — muy difícil, si me lo preguntan; intentar tener a todos felices—. Y ahora estaba ahí, por mi cuenta.

Los automóviles transitaban por la avenida frente a la central. A mi alrededor había más chicos como yo, deambulando de un lado a otro con sus valijas en mano, sin embargo, a diferencia de mí, ellos se veían tranquilos, denotando ser estudiantes ya experimentados en el ámbito de la soledad viajera. Lo que, por supuesto, para mí era nuevo.

Recordaba que una mujer del centro, a la cual le preguntamos si sabía de algún piso en renta, nos habló un poco sobre la importancia de contar con una parada cerca de nuestro hogar, nos dijo el número de ruta que pasaba por ahí:

la 32, según lo que indicaba mi memoria.

Entonces, cuando un camión con ese dígito se detuvo frente a mí, no dudé en subirme. Una oleada de estudiantes se subió detrás de mí. Toda clase de personas la conformaban, algunos se veían felices y otros taciturnos; unos aparentaban cansancio, pero muchos manifestaban alegría, especialmente aquellos que iban acompañados.

Me senté al final del bus, a un lado de la ventana, y me puse los audífonos. La estación no estaba muy cerca del centro, por lo que tenía tiempo suficiente para reflexionar mientras observaba el paisaje. Aún era temprano, las dos de la tarde. El trayecto inició cuando el pasillo se llenó de pasajeros, todos apretujados.

La verdad es que mi mente se perdió por muchos minutos, enfrascada en la letra y melodía de las canciones que inundaban a mis oídos. Sin embargo, ese trance se desvaneció cuando la música fue interrumpida por la vibración de mi celular gracias a una llamada entrante.

Camila.

—¿Hola? —respondí sin quitarme los auriculares.

—¿En dónde estás? —preguntó con urgencia—. Este lugar es un desastre. No sabía que mi madre había traído tantas cosas cuando vino a mostrarles la casa a mis tías.

Reí. —No puede ser tan malo.

—¡Espera a que llegues y me entenderás! —Detrás de su voz se escuchó el estrepitoso ruido de un objeto pesado cayéndose—. Oh, maldita sea, espero que esa caja no contenga la vajilla.

—¿Está todo bien? —cuestioné. La chica de mi lado derecho me miraba de reojo, creyendo que no me daba cuenta.

—¡No! —Lloriqueó falsamente. O eso creía—. Por favor no tardes pelirroja, te necesito aquí.

—Llegaré en veinte minutos. —Calculé por lo que veía a través de la ventana.

—¡No tardes! —Repitió antes de terminar la llamada.

Suspiré con diversión y volví a reproducir la lista de canciones selectas que tenía en el celular.

El bus hizo varias paradas, en las que personas subían y bajaban, subían y bajaban. No había mucho tráfico en las avenidas, pero el conductor parecía respetar los límites de velocidad establecidos, lo que era admirable, aunque un tanto abrumador cuando se tenía prisa por llegar a tu destino.

Estaba entusiasmada, faltaba tan poco para iniciar con esa etapa; bueno, en realidad ya había iniciado, pero aún no me lo podía creer, era como estar dentro de un sueño que parecía muy improbable. Ni siquiera porque el hombro de la chica de mi lado chocaba contra el mío en cada curva terminaba por creérmelo.

Aunque toda fantasía debe estar teñida con un poquito de realidad. Y ese golpe que destruyó mis ensoñaciones fue cuando me percaté de que el autobús andaba por una avenida que no reconocí, y los letreros al costado de la vialidad indicaban que éste se dirigía lejos del centro.

¡Oh, oh!

Me levanté de mi asiento, asustando a la chica, quien dio un pequeño respingo cuando mi maleta chocó con sus rodillas al momento en que intenté abrirme paso entre las personas que estaban de pie para acercarme a la puerta. Apreté el botón naranja del pasamanos superior y emitió un pitido, lo que ocasionó que el chofer se orillara. Batallé para bajarme, empujando a un chico que estaba cerca de la bajada. Me disculpé con rapidez antes de andar por los tres escalones y jalar la valija, la cual se golpeó en el suelo.

Y otra vez estaba ahí, sola. En medio de un lugar casi desconocido.

—Genial, Ana. —Me dije mientras emprendía el camino por donde había llegado.

En la altura, contrastando contra el cielo, se veía una parte de uno de los pocos edificios modernos que había en el centro de la ciudad, quizás a dos kilómetros de distancia. Ese sería mi punto de referencia para ir a casa, si es que no me perdía entre las confusas calles de Quiroz.

Después de avanzar —y retroceder en algunas ocasiones—, llegué a una plazuela que me resultaba levemente familiar, pero cada rincón del centro de Quiroz era semejante entre sí. El edificio que vislumbré cada vez estaba más cerca, sin embargo, el calor y la resolana del sol era una combinación insoportable; mi piel comenzaba a adquirir un color rojizo, resultado de una posible insolación.

El imponente follaje de los árboles se ajetreaba con el cálido viento de verano y recurrí a esconderme debajo de su sombra para tomar un respiro e intentar aminorar el bochorno que me ahogaba. Era difícil, pero ansiaba llegar a casa para tomar un baño y refrescarme, así que decidí continuar en lugar de quedarme a disfrutar del paisaje y de la sombra, pues para ese punto ya no tenía mucha paciencia para ser yo misma, tan embelesada con lo que me rodeaba.

Continué con mi trayecto, escuchando mis pasos y las ruedas de la maleta sobre los adoquines; algunas voces de los peatones llegaban a mis oídos, también escuché en la lejanía el andar apresurado de alguna persona que de pronto se detuvo, perdiéndose quizás.

Y por fin las construcciones comenzaron a proyectar su sombra sobre la acera, aunque fuera solo a cada cierta cantidad de metros. Y los locales comerciales del centro fueron desapareciendo, convirtiéndose en pequeñas —pero acogedoras— viviendas. Estaba segura de que iba por el camino correcto, pero esa certeza desapareció cuando llegué a un parque que no reconocí, en donde solo había una pareja de enamorados que caminaba por delante. Mi memoria divagaba, burlándose de mí.

¿Conoces este parque, o no?

¿Te resulta familiar, o no?

Sí, no, sí, no, sí, no... ¡ahhhh!

Saqué mi teléfono celular para revisar la dirección: Horizonte #284. Sentí que estaba en el horizonte, acercándome al fin del mundo, tan cerca de caer... claro, si el mundo fuera plano y no existiera la gravedad que me mantenía anclada al suelo.

Y entonces sucedió.

Por un momento creí que mi mente me jugó una mala broma, una muy cruel.

—Ana...

Pero esa voz era inconfundible, a pesar de que hubiese transcurrido un año y medio desde la última vez que la escuché. No tenía dudas de a quién encontraría cuando diera media vuelta. La verdad es que hubiera preferido continuar con mi camino, fingir que no había escuchado nada, pero no había escapatoria; la parsimonia que nos rodeaba no daba cabida para esa clase de falsedad.

Así que giré sobre mi eje, tratando de demostrar indiferencia, como si no supiera de quién se trataba. Sin embargo, esa faceta de tranquilidad se desvaneció cuando nuestras miradas se encontraron.

—Adrián...

Juro que sentía que el mundo se había detenido en ese momento.

Su nombre cosquilleó en mis labios y una cálida, pero agradable sensación se expandió por ellos; fue como beber un trago de café en el medio del invierno, cuando ni siquiera te has dado cuenta que están tan fríos, hasta que lo opuesto de las temperaturas te embarga.

Realmente creí que todo se detuvo, pero su pestañear delató que el tiempo seguía transcurriendo a su velocidad normal, sin alguna clase de alteración real. Todo era parte de mi angustiada mente.

¿Angustiada?

Creo que ese sería un término muy equivocado para describir cómo me sentía. No estaba preocupada ni nerviosa. Honestamente ninguna de esa clase de emociones me invadía, era más semejante al de la confusión, causada por mi ineptitud para responder con normalidad. Pero es que no sabía qué decir o qué hacer.

Estaba *incómoda*.

¿Por qué?

Lo confieso. Las primeras noches después de lo sucedido en el Billar Rock & Bar las pasé imaginándome cómo sería mi reencuentro con Adrián; si lo encontraría en alguna plaza comercial, si su carro se atravesaría en el camino con el de alguno de mis padres cuando estuviéramos atorados en un embotellamiento, si en alguna función del cine nos tocaría estar sentado el uno al lado del otro; cientos de escenarios se dibujaron en mi mente durante aquel tiempo.

Quién diría que ese encuentro sería en mitad de una desolada calle, en una ciudad lejana a la nuestra, donde las posibilidades se resumían a encontrarnos en la escuela, pero desafiábamos todo pronóstico al estar ahí en ese momento.

—Ana... —Repitió mi nombre con más calma—. No puedo creer que seas tú.

Sonreí, porque no sabía que más hacer. —Pues créelo, soy yo.

—Sí, eres tú —dijo en voz baja, escaneando mi rostro con la mirada.

Me reí. Su expresión era transparente, podía ver a través de él con tanta facilidad que eso me sorprendió, casi como si lo hiciera a propósito, con el ánimo de que yo fuese quien descubriera todas las respuestas y que no se esforzara en explicar nada.

Pero de pronto, en un susurro, dijo: —Desapareciste.

El pesar que explayó fue demasiado, tuve que agachar la mirada, reacia a caer en ese absurdo juego.

—Tenía que hacerlo. —Me di cuenta de lo débil que esa acción me hacía parecer, por lo que volví a mirarlo, dispuesta a desvanecer todo ápice de inseguridad.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo? —preguntó, fijando sus ojos en los míos.

—Me cambié al Instituto Belare —respondí, sujetando el asa de mi maleta con fuerza innecesaria, pero denotando calma con el timbre de mi voz—. Y estuve muy ocupada con los estudios. Es una larga historia, en realidad.

Asintió, aunque no parecía muy convencido. —¿Y qué estás haciendo aquí en Quiroz? —Le echó una mirada a mi valija.

—Oh... —Le dediqué una sonrisa—, acabo de mudarme aquí para estudiar medicina en la UAQ.

—¿Entraste a la facultad de medicina? —Sus ojos se abrieron ante la sorpresa que le causó mi asentimiento—. ¡Ana, eso es increíble!

Sin previo aviso se acercó a mí para abrazarme, rodeando mi cintura con sus brazos, lo cual hizo que me tensara de inmediato. Su tacto contra mi cuerpo fue como recibir un chapoteo de agua fría encima. Mis brazos quedaron extendidos, con mis manos sujetando el asa de la maleta. Fui incapaz de moverme, pues su gesto no me inspiró ternura como antes solía hacerlo.

Supongo que, al notar mi falta de reciprocidad, se apartó de mí de golpe, consiguiendo con ello que su rostro se ruborizara y que su boca se torciera por la vergüenza.

—Lo lamento —dijo con premura.

—Descuida...

Ya no me duele que lo hagas.

—Lo siento. —Insistió, evitando mirarme— Es solo que me da gusto verte y saber que estás bien.

—Lo mismo digo, Adrián —comenté con honestidad.

Sí, a pesar de todo me daba gusto verlo bien. Un tanto diferente físicamente, pues su cabello estaba un poco más largo y alborotado, y parecía que había subido unos cuantos kilos que lo hacían parecer menos delgaducho.

—Y, eh... ¿vives por aquí cerca? —preguntó con cierto nerviosismo, el cual no pudo disimular.

—Sí. Bueno, solo he venido una vez a la casa que viviré. —Empecé a inspeccionar nuestro entorno, aún en la búsqueda de una señal que me indicara el camino correcto—. Pero no recuerdo con exactitud dónde es.

Rio por apenas un par de segundos. —¿Cuál es la dirección? Tal vez conozca el lugar y pueda acompañarte.

—Calle Horizonte, número 284 —contesté con voz mecánica.

Se quedó reflexionando un momento antes de decir: —Creo que es dos calles más adelante... ¿quieres que vaya contigo?

Fue mi turno de meditar. —De acuerdo, vamos.

Sujetó la maleta por la agarradera e hizo un gesto para indicarme que me ayudaría con ella. No obtuve objeción ante su ofrecimiento, por lo que permití que él la llevara.

Emprendimos el camino hacia mi nuevo hogar. La brisa soplaba entre las hojas del follaje que estaba sobre nosotros, emitiendo un tranquilizador sonido que se acompañaba a la constante sonata provocada por las ruedas que giraban en los adoquines irregulares del suelo. La parsimonia era tal, que creía ser capaz de escuchar las voces de las personas que estaban dentro de las casas que cubrían el costado de la calle.

—¿Y cómo has estado, Adrián? —pregunté, tratando de ser amable al terminar con aquel silencio—. ¿Qué tal te va en la universidad?

—Bien. —Tardó unos cuantos segundos en proseguir—: Aunque extraño la preparatoria.

—Sí, yo también extraño esos días. —Mentí... bueno, a medias.

—En la universidad todo es tan diferente. —De soslayo le vi negar con la cabeza—. Aquí puedes hacer lo que quieras; no hay padres, a los maestros no les importa si entras a clases o no, pues ellos cobrarán lo mismo si tienen dos o cien alumnos; ya no hay a quién culpar por nuestros errores, debemos hacernos responsables de ellos... —Parecía estar ensimismado en sus pensamientos.

—Nunca he tenido problemas con eso, así que no tengo de qué preocuparme —comenté a modo de broma, levantando el rostro para mirarlo.

—Tienes razón, tú eres una chica buena —comentó con una risa.

—Tú también lo eres, pero no te gusta admitirlo —dije sin pensar en el enorme trasfondo que podía albergar aquella frase.

—No soy tan bueno como me gustaría.

—Puedes trabajar en ello. —Me encogí de hombros, apartando mi atención de él.

—Siempre se puede ser mejor. —Pensé.

—Sí, pero...

Fue una mera coincidencia que, al mismo tiempo en el que Adrián comenzó a hablar, frente a nosotros se materializara mi casa. ¡Mi nueva casa!

—¡Mira, tenías razón! —Exclamé, apuntando hacia allá, hacia nuestra derecha—. Es aquí, Horizonte, 284.

Caminé más de prisa, emocionada por haber llegado luego de una dificultosa travesía. La casa era blanca, estrecha, pero bonita. Los marcos de las dos ventanas eran de madera, y en una de ellas colgaba una pequeña

jardinera con flores amarillas que destacaban con el contraste, así como las pequeñas tejas anaranjadas que cubrían todo el techo con un patrón.

Me encantaba, desde la primera vez que la vimos, con un enorme letrero rojo donde se leía la leyenda “en renta” supe que era el lugar indicado para iniciar con mi vida universitaria, acompañada de Camila, la enloquecida, pero noble Camila.

—Ahora no olvidaré que es la segunda calle después del parque — Afirmé, riéndome por mi propia mente despistada—. Muchas gracias por acompañarme, Adrián. Te invitaría a pasar, pero el interior es un desastre. — Ni siquiera estaba segura de ello—. Todas las sillas y sofás están llenos de cajas.

Que buen pretexto, Ana; deberías sentirte orgullosa por convertirte en una experta mintiendo.

—Descuida. —Me dedicó una sonrisa ladeada, casi parecía preocupado—. De todas formas, tengo que irme, unos amigos me están esperando.

—Oh, espero no haberte entretenido demasiado. —No quería ser una causa de molestia, irónico—. Lo siento.

—No, no tienes de qué disculparte, aún es temprano. —Sacó el teléfono celular del bolsillo de su pantalón y revisó la hora antes de volver a guardarlo—. Así que no hay problema.

—Bien, entonces no quiero entretenerte por más tiempo. —Ahora yo hurgué en el interior de mi bolsillo y saqué las llaves de esa casa, sujetas por una argolla con un moño rosa—. De nuevo gracias por acompañarme hasta aquí. Si no hubiese sido por ti tal vez seguiría perdida.

Se rio. —Fue una agradable casualidad haberte encontrado, Ana.

—Lo mismo digo. —Sujeté la maleta por el asa, rozando su mano con la punta de mis dedos por mero accidente. Su piel estaba tibia—. Y también gracias por ayudarme con mi equipaje. Caminar por esta ciudad con una maleta es una tortura.

No pensaba contarle mi trágica y vergonzosa historia.

—Sí, pero te irás acostumbrado. A eso y a todo lo demás. —Caminó hacia atrás, alejándose, aunque algo en su mirada me decía que aún no quería marcharse.

¿O acaso eso era lo que yo quería creer?

—Es cuestión de tiempo, supongo —comenté con cierto desinterés.

Introduje la llave en la cerradura. Por alguna extraña razón sentía un leve temblor en la mano, el cual me esforcé en disimular tensándola, no entendía el

porqué de ello.

Asintió. —Será como estar en casa, pero sin tus padres.

Abrí la puerta dándole un pequeño empujón con la cadera y tiré de la maleta para subirla al pequeño escalón. Me percaté de que su mirada se desvió al panorama que había detrás de mí, y el cual me daba miedo ver, temerosa de que las palabras de Camila referentes al caos fueran ciertas.

—Te veré después, ¿sí? —Le dije, atrayendo su atención de nuevo hacia mí—. Cuídate.

Conseguí meter la maleta a la casa sin demostrar un ápice de debilidad, a pesar de que una extraña sensación invadiera cada terminación nerviosa de mi cuerpo y me hiciera sentir etérea. Era algo semejante a un temblor, sin embargo, sabía que esa esencia era meramente mental, como un escalofrío que no llegaba a materializarse, pero el cual era detectado por mi cuerpo.

Me despedí una última vez con un gesto de la mano, sonriéndole con cortesía.

Debo admitir que aquella actuación me resultaba desalentadora y melancólica, pues de pronto mi mente se vio invadida por todas aquellas tardes y noches que pasamos juntos, y la manera tan afectuosa con la que nos despedíamos, con un abrazo y un tierno beso en la mejilla.

Ese era un adiós... o por lo menos eso creí.

Hice ademán de cerrar la puerta, para así terminar con aquella escena, la cual me traía nerviosa desde que inició, ocasionando que mis sentidos se retorcieran, un tanto confundidos.

Sin embargo, sobresaltándome, Adrián detuvo la puerta de golpe con la mano, exclamando: —¡Espera!

—¿Qué sucede? —cuestioné, sin poder disimular el asombro que me causó su reacción.

Se quedó pensativo un momento, parecía agitado. —¿Podemos vernos hoy por la noche? —Me miró con fijeza a los ojos—. Hay tantas cosas de las que quisiera hablar contigo.

—¿Hoy? —Ladeé la cabeza. Lo único que deseaba era descansar y disminuir el tiradero de la casa—. No lo sé, tengo que acomodar muchas cosas, y mañana mis padres traerás otras maletas con más ropa, y ya tengo un caos aquí.

Eché una mirada dentro por primera vez, y me di cuenta de que Camila no había mentido: había cajas y bolsas desparramadas por doquier. Desde ahí se veía buena parte de la sala, y los sofás que había estaban abarrotados de las

pertenencias de mi nueva compañera de casa.

—Puedo venir a ayudarte —sugirió, mostrándose ansioso—. Puedo barrer, trapear, cargar cosas pesadas, ayudarte a mover los muebles, cualquier cosa que necesites.

No fui capaz de responder, simplemente conseguí soltar una exhalación.

A lo que él respondió con voz suplicante: —Por favor...

Lo observé apenas por unos segundos, meditando.

¿Pero en qué diablos estás pensando, Ana?

¡Es una pésima idea!

Ya conoces la respuesta.

Cerré los ojos y apreté la boca... ¡en serio era una pésima idea!

—De acuerdo, está bien —dije, abriendo los párpados, pero evitando hacer contacto visual con él—. Pasa por mí a las siete en punto, no antes ni después. —Advertí.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó mi voz interna.

—Ni un segundo más, ni un segundo menos —comentó con entusiasmo.

Un entusiasmo que me confundía.

—Y yo también elegiré el lugar —dije con sequedad, un tanto arrepentida al haber aceptado.

—Si quieres hasta puedes elegir mi postre.

Quise reír, pero alcancé a cubrir mi boca con la mano, escondiendo la sonrisa que me robo. Adrián siempre fue un experto en hacerme sonreír, y parecía ser que aún tenía dicha cualidad, lo que me hacía enfurecer de cierta manera.

—Anda, ya márchate, tus amigos te están esperando. —Retrocedí un paso, lo suficiente para que pudiera emparejar la puerta hasta que solo existió una pequeña rendija, por la que apenas podíamos mirarnos—. Te veré en unas horas.

—Esperaré con ansias —dijo con una sonrisa.

Resoplé con falso fastidio y cerré la puerta.

Corazón, ¿estás ahí?

Silencio.

Me quedé ahí parada, observando la puerta, como si pudiera ver a través de ella y vislumbrar a Adrián alejándose. Pero no, no tenía esa clase de súper-poder, por lo que solo observaba el color opaco de la madera, a pocos centímetros de mí.

—¡Por fin llegaste! —Exclamó una voz desesperada.

Me giré y encontré a Camila con el cabello recogido con un paliacate en un moño alto, luciendo un atuendo muy distante a lo que solía utilizar en la cotidianidad de las tardes, ajena al uniforme y su ropa de colores oscuros. Su vestimenta estaba comprendida por unos pantaloncillos cortos de mezclilla y una blusa de tirantes holgada que dejaba al descubierto la mayor parte de la piel de sus hombros y brazos.

—¿Con quién estabas? —preguntó, ladeando la cabeza sin apartar su mirada de la mía—. ¿Quién era *ese*?

Negué. —No importa. —Caminé hacia ella y la saludé con un rápido abrazo y un beso en la mejilla—. ¿En qué te ayudó?

Entrecerró los ojos, inconforme con mi respuesta, aunque no insistió, lo cual agradecí internamente.

—Dejé una caja en tu cuarto con algunas cosas que necesito, ¿puedes traerla?

—Por supuesto —Accedí con una sonrisa.

Subí las escaleras con emocionante rapidez. Tras el encuentro con Adrián lo que menos quería era pensar en ello, aún faltaban algunas horas para verlo de nuevo, y necesitaba utilizar ese tiempo para reflexionar, para pensar con claridad qué era lo que ambos pretendíamos con esa salida.

Ya no había nada que arreglar, ¿o sí?

Todo estaba dicho, ya no tenía nada que hablar con él después de esa noche en el bar.

O tal vez sí.

La puerta de mi habitación estaba cerrada, la verdad es que no reparé demasiado en ello, pues mi mente comenzaba a divagar entre lo sucedido y la orden de olvidar lo sucedido. Qué extraña ambivalencia, considerando que al pensar en olvidar algo, estaba pensando en ello.

Entré a la recámara y ahogué un grito cuando me encontré con una imponente presencia situada a un lado de la base de la cama, sin embargo, no pude evitar reclamar esa sorpresa.

—¡Thiago! —Era extraño llamarlo por su nombre—. ¿Qué estás haciendo aquí?, ¡casi me matas de un susto!

Me incliné hacia abajo para sujetar mis rodillas, encorvada sobre mí misma, respirando con cierta dificultad, aunque a la vez sintiendo una aceleración en mis latidos, y no precisamente por el susto, sino por la persona que me acompañaba.

—Lo siento —dijo con una risita, acercándose a mí—. ¿Estás bien?

Asentí, aún echa un ovillo. —Sí, descuida.

Colocó su mano sobre mi hombro y lo apretó con dulzura.

—En verdad lo lamento, princesa.

Me enderecé para apaciguar su preocupación. Y fue hasta ese momento en el que me percaté de que sujetaba un pequeño ramo de tulipanes con una mano. El color de éstos variaba, eran seis en total, cada uno de distinto matiz, y en la sobriedad de la alcoba destacaban, brillantes.

—Amor... —susurré cuando vislumbré el detalle que tenía para mí.

—¿Te gustan? —Sonrió con timidez—. Creí que sería un buen regalo para darte la bienvenida a tu nuevo hogar.

Mis mejillas ardieron. —Es el regalo perfecto.

Me puse de puntitas para alcanzar a darle un beso en los labios, al cual correspondió tomándome por la nuca y acariciando mi cabello con ternura. No me soltó a pesar de que terminé con ese dulce gesto y regresara a mi baja posición.

Se quedó mirándome, escrutando mi rostro.

—¿Te encuentras bien? —cuestionó tras un par de segundos.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —contesté con una sonrisa.

—Escuché tu conversación con tu amigo —dijo.

Oh.

Reparé en que la puerta de entrada estaba debajo de la ventana de mi habitación.

—No es lo que tú crees... —comencé a decir.

Pero me interrumpió. —No, no te estoy pidiendo una explicación.

Acomodó un mechón de cabello detrás de mi oreja y después me acarició la mejilla hasta detenerse en el borde de mi barbilla.

—Lo sé. —Lo miré directo a los ojos, descubriendo que no estaba mintiendo. Se veía tranquilo, imperturbable—. Pero me siento en la necesidad de dártela.

—Si lo consideras necesario te escucharé.

—Ese chico... —respiré profundo por mera inercia—, Adrián, su nombre es Adrián, es alguien de mi pasado.

Sonrió. —Él es de quien hablaste en el bar, ¿cierto?

Sentí un pinchazo en el pecho. Lo dijo con tanta tranquilidad, que eso me abrumaba.

¿Cómo podía estar tan calmado?

Thiago sabía que estuve enamorada de Adrián, y parecía no importarle,

como si ese chico, justo con el que había quedado para salir, no fuera nadie. Pero lo fue todo en mi vida, por un tiempo se convirtió, metafóricamente, en el aire que respiraba, y mi novio se veía indiferente a ello.

¿Por qué?

Asentí. —¿Estás molesto? Puedo cancelar y...

—No estoy molesto. —Volvió a interrumpirme, no dejaba de sonreír—. Y no quiero que canceles.

—Pero...

Puso su dedo pulgar sobre mis labios, acallándome.

—Ana, confío en ti lo suficiente para saber que no debo preocuparme por nada. —Apartó su mano de mi boca—. No quiero ser un obstáculo si aún hay asuntos pendientes por resolver entre ustedes.

—Gracias —susurré.

Y me besó.

CAPÍTULO 45

Una extraña sensación me recorría el cuerpo.

La misma extraña sensación que me invadió desde mi —quizás— evitable encuentro con Adrián.

Realmente no sé cómo explicarlo. Ya lo comparé con un escalofrío inmaterial, un castigo psicológico que me hacía dudar de mi propia capacidad para sentir.

No lo entendía.

No conseguía comprender que era aquél cosquilleo. No se asemejaba al revoloteo de las mariposas en mi estómago, ni al nerviosismo que se extendía por cada fibra de mi ser. No. Era algo distinto, algo que nunca había experimentado hasta ese momento.

Busqué una señal en los latidos de mi corazón, asustada de encontrarme con un estremecimiento causado por la presencia de Adrián. Pero aquél se mantenía sereno, imperturbable, nada comparado al salvajismo con el que palpitaba con anterioridad.

¿Entonces qué me sucedía?

¿Qué generaba Adrián en mí?

¿Nada?

¿Nada de nada?

Quizá lo mejor hubiera sido que le restara importancia a esa carencia — ¿o presencia? — de emociones. Sin embargo, mi mente estaba enfrascada en la búsqueda de una respuesta. Quería averiguar qué era lo que estaba sucediendo conmigo. Me atormentaba no tener el pleno control de la situación, era como si me sumergiera en una fosa de aguas turbulentas que me agitaban, me inquietaban.

¿Qué sientes, Ana?

Tantas preguntas, y ninguna parecía tener una respuesta, lo cual me molestaba aún más.

De pronto recobré la noción de la realidad.

Estaba de pie frente al espejo de mi habitación. Detrás de mí solo estaba la cama, pero sobre ella se hallaba esparcido todo el contenido de mi maleta, la cual abrí y escarbé hasta encontrar un atuendo que me convenciera.

—Te ves hermosa. —Thiago se puso de pie detrás de mí y rodeó mi cintura con sus brazos, pegándose a su cuerpo mientras olfateaba mi cabello con placentero ímpetu.

—¿En verdad lo crees? —Recargó su barbilla en mi cabeza y lo miré a través del reflejo.

—Por supuesto. —Su mirada se encontró con la mía—. ¿Cuántas veces debo repetírtelo?

Reí. —Las suficientes para que te crea.

Pequeño error.

Enarcó una ceja de manera retadora, tomó una profunda bocanada de aire, y entonces comenzó con su cómica, pero tierna actuación.

—Eres hermosa. Eres hermosa. Eres hermosa —dijo con voz rápida, ajetreada y tintada de romántica diversión—. Eres hermosa. Eres hermosa...

Me giré, riendo a carcajadas, y lo abracé recargando mi mejilla contra su pecho.

—Eres hermosa... —continuaba.

—¡Basta! —Exclamé entre risas.

—Me detendré hasta que me creas. —Completó el abrazo, rodeándome por los hombros—. Eres hermosa...

—¡Amor! —Me puse de puntillas e intenté callarlo con un beso, pero él seguía diciéndome lo hermosa que le parecía, moviendo sus labios contra los míos en una lucha por obtener el poder de aquella tierna discusión.

—Eres hermosa...

—¡Te creo, te creo! —dije, apartándome de él solo unos centímetros para poder hablar, sin dejar de reír.

Se quedó callado, sonriendo con satisfacción, y me miró fijamente a los ojos, agachando el rostro para hacerlo. Entonces me soltó y retrocedió unos cuantos pasos, aun observándome, y se detuvo. Hizo un ademán con las manos, juntándolas como si tuviera enfocando con el lente de una cámara y cerró un ojo.

—En definitiva, eres la mujer más hermosa del mundo.

La piel de mis mejillas ardió; la de todo mi rostro, en realidad. Era cautivadora la manera en la que me hacía ruborizar, lo cual conseguía hacer, incluso, solo con una mirada. A pesar del tiempo que había transcurrido era capaz de hacerme sentir un huracán dentro de mi estómago con una facilidad sorprendente.

—Te he dicho el día de hoy, ¿cuánto te quiero? —cuestioné, acortando la

brecha que nos separaba.

Negó, permitiendo que la distancia entre nuestros cuerpos fuera mínima.
—¿Cuánto me quieres?

Me quedé sin respiración ante el bajo tenor que utilizó, saboreando cada palabra que emitió. Su aroma se impregnó en mi sentido del olfato, y el calor que su cuerpo irradiaba me hizo estremecer. Quería besarlo de nuevo, unir nuestros labios de la forma en la que sabíamos hacerlo, con pasión y ternura, un balance perfecto entre ambos, pero me contuve, limitándome a observarlo con atención, grabando cada detalle de su presencia en mi memoria, a pesar de que lo conociera ya tan bien.

—Demasiado —respondí con una vocecita.

Sonrió y besó mi frente. —Anda, o se te hará tarde.

—Tienes razón. —Suspiré, alejándome de él para tomar el bolso que dejé sobre la cama—. No se te olvide pasar por mí a las ocho en Attica.

—¿Estás segura? —Me miró de forma inquisitiva—. Apenas y les dará tiempo para cenar.

—Segura. —Fue lo único que respondí.

No parecía estar convencido con mi decisión, sin embargo, Thiago respetaba todas mis acciones, aunque a veces fueran opuestas a las que él haría. Supongo que esa era una pequeña parte por la cual funcionábamos tan bien, éramos un complemento en cuestiones adversas al tener opiniones diferentes que hacían más jugosa la relación.

Observé mi solitaria habitación, el lugar donde pasaría mis noches a partir de ese día. El sitio que se convertiría en mi nuevo refugio. Era un tanto extraño, si se me permitía ser honesta; saber que mi madre no estaría en la alcoba contigua, ni mi padre en la de enfrente. Sin embargo, trataba de tomar la postura de que “todo cambio era para bien”, y en definitiva aquél lo era.

Apagué la luz, dejando la segunda planta en la oscuridad, y tomé la mano de Thiago para bajar las escaleras. Rápidamente miré la pantalla de mi celular, faltaban solo cuatro minutos para las siete, y no estaba segura si Adrián sería puntual o no, pero solo pretendía dedicarle una hora, no más. Fuera lo que fuésemos a decirnos tendría que ser rápido.

En la sala, Camila estaba dormida sobre el sofá, todavía con la misma ropa que llevaba cuando llegué varias horas antes. Ella había pasado gran parte de la mañana acomodando sus pertenencias y algunos detalles de la cocina; en la tarde solo tuvimos tiempo para desempacar algunos adornos que irían en la sala y después de ello los tres nos sentamos en el suelo a comer la

comida que Thiago ordenó: fideos con soya y carne de res. Las sillas aún estaban repletas de objetos, por lo que optamos por algo rudimentario para nuestro pequeño convivio.

Nos miramos y reímos por lo bajo. Ver a Camila en un estado tan pacífico resultaba extraño, pues, si la conocías bien, sabías que era una muchacha parlanchina, de ocurrentes ideas y graciosos comentarios, su apariencia de chica solitaria y ruda solo era un camuflaje para alejarse del resto, pues la verdad era que no le gustaba socializar mucho, aunque eso no significaba que fuese una persona malvada.

—Diviértete, ¿sí? —Pidió en voz baja, sujetándome por los hombros.

Asentí. —Recuerda: te veo a las ocho.

—Si cambias de parecer puedes avisarme...

—A las ocho —repetí, a modo de advertencia.

Me dio un beso en la punta de la nariz. —Está bien, te buscaré a esa hora.

—Gracias —dije en un susurro.

—Por cierto... te ves increíble con ese vestido —comentó, observándome de pies a cabeza.

Agaché la mirada para escanear mi atuendo, como si hubiese olvidado lo que llevaba puesto, conjunto que demoré demasiado en elegir. No me esforcé para impresionar a Adrián, sino al chico que estaba frente a mí, con el cual tendría una cita después de la cena con mi vieja amistad.

Llevaba un vestido azul marino que me llegaba a la mitad de los muslos; el corto de aquél delataba que la piel pálida de ellos también estaba teñida de pecas al igual que mi rostro y brazos. Usaba zapatillas rojas a juego con el color intenso de mis labios, y el cabello lo tenía recogido en un moño alto que era imperfecto por algunos mechones que dibujaban el contorno de mi rostro.

Levanté la mirada cuando el sonido del timbre inundó el interior de la casa, haciendo un apenas perceptible eco que rebotó en las paredes desnudas. Dirigí mi atención de Thiago a la puerta y viceversa.

El se veía tranquilo, demasiado.

—Es hora —susurró con la misma calma que iba ataviado.

—Sí...

—Te veré más noche. —Levantó mi rostro, sujetándome con dos dedos por el mentón, para así darme un pequeño beso, el cual apenas sentí en los labios—. Y recuerda, no debes preocuparte por nada.

No estaba preocupada, en lo absoluto... ¿o sí?

—De acuerdo.

—Iré por un vaso de agua y después me marcharé, ¿bien?

Camila se quejó, informándonos que nuestro bajísimo tono de voz le resultaba molesto y había sido suficiente para interrumpir su descanso.

—Te quiero. —Articuló sin emitir palabra.

—Yo también te quiero —respondí de la misma forma.

Me guiñó un ojo y se adentró en la cocina, desapareciendo como un fantasma que ni siquiera deja una estela como muestra de que alguna vez estuvo ahí. Sin embargo, yo me quedé parada solo un par de segundos, observando el lugar donde estuvo parado.

Suspiré con profundidad.

Era momento de descubrir el significado de aquella extraña sensación que me traía tan inquieta, casi perdiendo el control y los estribos de la realidad a la que me aferraba. Quizá todo era ocasionado por la exageración que me causaba pensar tanto, tan detalladamente. Tal vez, y solo tal vez, no había nada que descubrir.

Abrí la puerta, envalentonada y me entregué a la aventura, un tanto incómoda al pensar que mi novio estaba dentro de la casa mientras yo me marchaba con el chico al que tanto amé.

Y ahí estaba Adrián de pie, sonriendo con las comisuras de su boca bien tiradas hacia arriba, sin conseguir disimular la alegría que el encuentro le causaba.

—Me hubieras advertido. —Se miró de forma peyorativa—. Si aún hay tiempo puedo ir a mi casa y cambiarme, incluso conseguiré un traje.

Me reí y cerré la puerta detrás de mí, comenzando así con el final.

—Descuida, al lugar al que vamos no lo necesitarás —comenté con calma.

—¿A dónde vamos? —preguntó, siguiéndome el paso.

El cielo aún tenía los últimos atisbos de coloridos arreboles, los cuales se empezaban a mezclar con la oscuridad de la noche, desvelando las estrellas que tintineaban con diversión sobre nosotros. La brisa era tranquila, placentera si se consideraba que estaba fresca a comparación del abrumador clima cálido que vagaba por las calles.

—Es el único lugar que conozco aquí, pero la comida me encantó —dije, recordando el día que emprendimos la búsqueda de nuestro hogar—. Es un restaurante llamado Attica, ¿lo conoces?

—Sí, una vez fui ahí con mis amigos —contestó. Me di cuenta de que no dejaba de mirarme.

—¿Y cómo son? —Lo miré de reojo.

—¿Mis amigos? —preguntó, aún sin apartar su atención de mí—. Pues ellos son... divertidos.

—¿Tanto como David y los demás?

Lo dudo, no hay nadie como ellos.

—No —dijo con cierto ápice de melancolía—. Ellos nunca tendrán comparación.

Por lo menos estábamos de acuerdo en eso.

A nuestro alrededor caminaba una gran cantidad de personas, entre las cuales se encontraban parejas que andaban tomadas de la mano, grupos de jóvenes que reían, algunos solitarios que caminaban despreocupados; simplemente había una exquisita diversidad de personalidades que avanzaban entre las calles de Quiroz.

La oscuridad se cernió sobre nosotros, ocasionando con ello que las luces de los faros se encendieran a nuestro paso. El murmullo de voces se fundía con la música que provenía de los restaurantes a los costados de la avenida por la que andábamos. Era una parsimoniosa escena, protagonizada en un ameno entorno y tintada de alegría... o por lo menos eso aparentaban los demás.

Llegamos a Attica, el restaurante que elegí para tener la conversación pendiente con Adrián, y durante ese trayecto de diez minutos mi acompañante se dedicó a contarme sobre sus nuevas amistades; sus descripciones fueron vagas, aunque dio los detalles suficientes para idealizarlos como unas agradables personas. Sin embargo, habló con mayor énfasis de Clarissa, una chica que conoció durante su primer día en la universidad. Su semblante cambió apenas pronunció aquel nombre, en lo cual no reparé demasiado esa noche.

Lo que más me gustaba de ese lugar era la rústica decoración, consistente en varios pilares envueltos por enredaderas tejidas con flores de distintos colores, todos llamativos, y unas grandes estructuras de metal de las cuales pendían macetas con plantas de distintas tonalidades de verdes, mostrando con aquellos colores la prominencia del verano.

Elegimos una mesa en el centro, debajo de algunas ramas que colgaban con un brillante follaje que se ondeaba ocasionalmente con la cálida brisa de verano. Adrián recorrió mi silla para que me sentara y le pidió a un mesero que trajera un perchero para que colgara mi bolsa. Estaba portándose como un fiel caballero. Y tras unos minutos de sospesar nuestras opciones, nos

decidimos por un platillo del menú y bebidas sin alcohol, lo que me resultó extraño en él, considerando las semanas que lo vi ebrio y perdido.

El chico que nos atendió regresó con nuestras bebidas tras solo unos minutos de espera, luciendo una afable sonrisa que te incitaba a regresar más seguido. Le agradecemos y se marchó, dejándonos en la parcial soledad que el lugar nos proporcionaba.

—¿Y qué hay de tus nuevos amigos? —Le dio un sorbo a su bebida amarillenta—. ¿Cómo son ellos?

—Son interesantes —dije luego de una brevísima reflexión—. No se parecen en nada a mí, y eso me gusta.

—Tú eres interesante —Señaló—, así que no puedo imaginar a qué te refieres con eso.

Le sonreí, su curiosidad era evidente.

—De acuerdo, te hablaré de ellos a grandes rasgos... Camila es esa clase de chica con la que debes tener cuidado, es impulsiva, a veces grosera, un poco refunfuñona, pero es leal y divertida. Fue la única que me habló en mi primer día. —No quería mencionar a Thiago, ni siquiera porque empecé a jugar con el anillo que me había regalado sin algún motivo en especial—. Era muy solitaria hasta que llegué yo. —Sonreí—. Parece que a los estudiantes del Instituto Belare les disgustan los tatuajes de Cam.

—Personas de mente cerrada —dijo. Sus ojos estaban fijos en mí.

Asentí, dándole la razón. —Después está Santiago... Digamos que es un chico muy reservado, casi no le gusta hablar ni convivir con los demás, prefiere apartarse y ser un simple espectador. —Así como yo lo fui mucho tiempo—. Pero dijo que le gustaba hablar conmigo, porque era la única que lo escuchaba sin burlarse por su pasado.

—¿Su pasado? —cuestionó.

Tal vez no era correcto hablar de él, considerando lo delicada que era su situación, pero, con el transcurso de los minutos, Adrián se había ganado —de nuevo— un poco de mi confianza, y me sentía segura al contarle sobre Santiago, a sabiendas de que quizás nunca se conocerían, pues mi amigo se mudó a una ciudad a cinco horas de distancia para estudiar su carrera, la vocación que tenía desde niño: veterinaria.

—Tiene tu edad, se atrasó un año en la escuela porque lo internaron en una clínica de salud mental. —Suspiré con el recuerdo de su melancólico rostro—. Intentó suicidarse cuando tenía quince años, tomándose las pastillas que le recetaban a su madre. Después de eso nadie quería estar cerca de él,

decían que era un loco sin remedio.

¿Por qué se les daba ese adjetivo a las personas que eran diferentes?

Se suponía que cada cabeza era un mundo, y el que habitaba en Santiago era uno abstracto.

—Pero tú veas más allá de los defectos de las personas.

—Todos cometemos errores, y yo no soy nadie para juzgarlos por ello. — Me quedé pensativa un momento, recordando todas esas equivocaciones que ambos cometimos durante nuestra historia, si es que se podía decir que hubo alguna—. El resto de mis compañeros eran amables, aunque no encontré afinidad con alguien más que ellos dos... bueno, en realidad había otro chico con el que solía llevarme bien, pero dejé de hablarle. Quizás lo conozcas.

—¿Quién? —preguntó con verdadera curiosidad.

—Leonardo Anaya. —Analiqué su rostro ante la mención de aquel nombre.

Leonardo fue mi compañero en el Instituto Belare. Un chico simpático, extrovertido y bromista. Le gustaba hacer reír a las personas a pesar de que él estuviese teniendo un mal día. Una de las frases que más utilizaba, y la cual recuerdo a la perfección, era: Si siembras felicidad en el corazón de otra persona, la cosecharás en el tuyo. Creo que nunca le vi estar de malhumor o enojado, en su rostro siempre había una afable sonrisa.

—Sí, sé quién es —comentó con naturalidad—. Pero, ¿por qué dejaste de hablarle?

Me llevaba bien con él, hasta que comenzó una relación con una chica.

—Porque empezó a salir con Tania, tu exnovia —dije con cierto desagrado. Intentaba no ser una persona rencorosa, pero las memorias de lo sucedido con ella a veces me asaltaban, recordándome el por qué me disgustaba pensar en ella—. Y no quería arriesgarme a que sucediera lo mismo que pasó contigo.

Agachó la mirada un momento. —Creo que hiciste lo mejor.

—¿Aún hablas con ella? —Le di un sorbo a mi bebida.

—No. —Se apresuró en contestar, aunque después se quedó pensativo un par de segundos—. Desde que salimos de la preparatoria no he vuelto a saber de su vida. Recuerdo que dijo que quería entrar a la facultad de medicina aquí en Quiroz, pero no aprobó el examen...

—Oh... —No pude evitar sonreír, sintiéndome un poco culpable—. ¿Y qué hay de los chicos?, ¿aún mantienes contacto con ellos?

Antes de que pudiera responder, el mesero llegó a la mesa con una bandeja que tenía los platillos humeantes de ambos. Habíamos ordenado

sencillo: pollo a la plancha para mí, un corte de carne para Adrián, y ensalada para compartir. El chico dejó nuestros platos sobre la mesa y se marchó dedicándonos otra amable sonrisa.

Entonces, Adrián retomó la conversación: —Podría decirse que algo así.

—¿Cómo que algo así? —cuestioné, enarcando una ceja de forma inquisitiva.

Negó por lo bajo. —Ya no es lo mismo.

—¿Por qué no? —Indagué con preocupación.

Si algo envidiaba del grupo de amigos de Adrián era la unión que tenían, tan cercana y especial que todos parecían haber crecido juntos, en un entorno de tolerancia y comprensión.

—Cada uno está demasiado ocupado con sus nuevos amigos, la universidad y los problemas de siempre —respondió como si no le interesara, enfocándose en su platillo.

—Mmm... ¿puedo saber qué pasó con todos? —Imité su acción, prestándole atención a la comida. Serví una porción de ensalada en mi plato y me hice de un trozo de pan de la canastilla del centro.

—Bueno, Catalina aceptó la oferta de una beca completa para estudiar enfermería en Ponan Mills. —Cortó un trozo de carne y lo llevó a su boca, callando por los segundos que duró masticando. Enseguida, continuó—: Y Andrés la siguió para estar junto a ella, aunque él optó por psicología clínica.

—Y ellos... ¿siguen juntos? —pregunté con vacilo. Lo que menos deseaba era escuchar una respuesta negativa para ello.

—Incluso hablan sobre la posibilidad de empezar a vivir juntos. —Sonrió con un tinte de diversión—. Aunque creo que es un poco apresurado, considerando que ninguno de los dos se ha independizado. —Exhaló—. Pero Catalina siempre ha sido tan enamoradiza.

También yo lo era, aunque no tenía planes cercanos de mudarme con Thiago, ni siquiera porque nuestra relación marchase de maravilla. Creía que esas decisiones se tomaban después de cierto tiempo y condiciones, cuando existiera una estabilidad de muchos aspectos entre ambos para dar un paso tan significativo.

—Me da gusto saberlo, Andrés es un gran chico y estoy segura de que hace feliz a Cat. —Sonreí, recordando lo dulce que me parecía esa chica—. ¿Y qué hay con Ximena y Melissa? Por favor dime que ese par sigue junto.

La respuesta era obvia. Esas chicas se amaban, lo noté desde el primer momento en que las vi juntas, por la manera en la que se miraban y la forma

tan tierna con la que se acariciaban. Creo que alguna vez lo dije, era evidente que Melissa estaba profundamente enamorada de Ximena, cualquier persona que las viera caminando por la calle, sin la menor idea de cómo era su relación cotidiana, podría decir que estaban destinadas la una a la otra para ser felices por siempre.

¿Verdad?

—No —respondió. Y sentí que un pedacito del cielo se rompía—. Terminaron casi inmediato después de que salimos de la preparatoria.

—¡Qué! —Mi sonrisa se esfumó—. ¿Pero por qué? Ellas se veían tan felices juntas.

—Sí, lo eran. —Ladeó la boca en un gesto de melancolía—. De hecho, su plan era ir a vivirse juntas. Lo único que Mel quería era escapar de la autoridad de su madre para ser felices, pero aún debía materias y no consiguió graduarse, así que se quedó para recursar las clases, y Ximena se mudó para estudiar Negocios Internacionales, prometiendo que la esperaría.

—Pero no fue así —dije, terminando con el relato.

Parecía que las siguientes palabras le resultaron difícil de pronunciar. — Ximena se enamoró de alguien más.

—¿De quién? —Negué, incapaz de creerlo—. ¿qué chica podría ser mejor para ella que Melissa?

—Ese es el problema. —Soltó un suspiro—. Se enamoró de un chico: Christian, su compañero de clases.

—Pero... —No encontré las palabras para continuar.

—Lo sé, todos estábamos igual de sorprendidos.

Era la segunda ruptura amorosa en ese grupo que me desilusionaba tanto como si hubiera sido mi propia historia de amor. Primero la relación de Cat con Alberto, y ahora esto. En muchas ocasiones me cuestioné si en verdad existía el amor entre dos personas que no incluyera un vínculo afectivo sanguíneo, eso a lo que denominaban amor romántico. Esa duda me visitó muy seguido durante las semanas que pasé tumbada en mi cama preguntándome por qué no funcionó con Adrián, sin embargo, eso cambió luego de que conociera a Thiago.

El amor... ¿cuántas veces hablé ya de él? Yo creo que las suficientes para no volver a dar un largo discurso sobre lo que opinaba y opino al respecto. Pero sería prudente decir que, a veces, creemos que una persona es el amor de nuestra vida, cuando la realidad solo fue una parte de nuestra vida; será una persona que nos enseñe muchísimas lecciones, algunas buenas y otras no tanto,

pero siempre debemos aprender algo. Que el sufrimiento y el dolor son pasajeros cuando nos rompen el corazón; que las promesas solo son palabras si no vienen acompañas de hechos; que una persona no puede definirnos.

—Oh, pobre Mel. —Realmente me daba pesar, pues yo entendía lo que era tener el corazón roto—. ¿Y cómo está ahora? Supongo que mejor, ¿no? Ya ha pasado un tiempo.

—Al principio fue difícil, todos estábamos tan lejos y ella nos necesitaba ahí. —Aún se mostraba conflictuado por lo que pasó—. Se embriagó durante semanas, discutió con su madre... Una noche se peleó con ella y la corrió de la casa.

—¿Y qué hizo? —pregunté con urgencia.

—Se fue a vivir con una tía, el tiempo suficiente para conseguir los créditos necesarios que le pedían para obtener su certificado. Cuando lo consiguió se marchó a Terracota y comenzó a trabajar como mesera en un bar. —Le dio un trago a su bebida—. Se esforzó muchísimo con sus estudios para presentar en la UND.

—¿UND? —Interrogué, interrumpiéndolo.

—Universidad Nacional del Deporte. —Aclaró—. Y hace un par de meses nos contó que le fue tan bien en el examen de admisión que la escuela le ofreció una beca del cincuenta por ciento. Tal vez merece más, pero en sus condiciones cualquier apoyo es bueno. —Se encogió de hombros.

—Perdí el contacto con ella cuando me cambié de escuela —Reflexioné en voz alta—, pero creo que sería apropiado enviarle un mensaje para hacerle saber que puede contar conmigo en lo que necesite.

—Sería bueno, ella te apreciaba mucho, y se entristeció cuando te fuiste.

—Lo haré —dije, sintiendo que mis mejillas se ruborizaban por la vergüenza que me generó el haber descuidado tanto aquella amistad.

Cada uno dio un bocado de su comida, generando un corto silencio.

Era abrumadora la facilidad con la que cambiaban las cosas, confirmando que a veces podías estar hasta el tope de cielo, y en otras ocasiones en lo más profundo de un pozo, aunque lo importante era la actitud que se tomaba en cada situación. En la primera de ellas debía aprenderse a ser humilde, y en la segunda a nunca rendirse.

—¿Y Mario? —pregunté para apartar la conversación de lo trágico.

Sonrió con dificultad. —Estar dos años alejado de nosotros lo llevó a considerarnos unos extraños. Lo único que sé de él por sus propias palabras es que está bien, y que le gusta vivir allá.—Levantó las cejas en una expresión

de inconformidad—. Lo demás lo sabemos por lo que publica en sus redes sociales: tiene novia, su nueva casa es igual de impresionante que la anterior, y su padre le regaló un convertible en su cumpleaños pasado. Su vida es buena, supongo.

—Mmm, por lo menos a él le va bien. —Con el tenedor removí el pedazo de pollo que aún quedaba en mi plato, jugueteando—. Bueno, exceptuando la situación de Mel, creo que todos tienen una vida plena, ¿no?

—Sí, eso creo. —Se quedó callado unos segundos, observándome a la espera de algo... lo cual no tardó en exteriorizar, preguntándome—: ¿Y no quieres saber cómo está David?

—¿Mmm? —Levanté la vista.

—Sí, aún no has preguntado por él.

¡Oh!

Después de nuestro último encuentro, David y yo mantuvimos una cercana comunicación, la cual consistía en escribirnos a diario, como si fuéramos íntimos amigos. Me gustaba saber de él, de lo que hacía en sus tiempos libres, y lo nervioso que estaba por entrar a un nuevo ciclo escolar, a pesar de que fuera el mejor de su clase. Él me preguntaba por Thiago y por cómo me sentía de ser parte de la facultad de medicina. Eran conversaciones que duraban poco, pero las cuales estaban cargadas de verdadero significado.

Sin embargo, me pidió que, si en alguna ocasión —y él esperaba que no— me topara con Adrián, no le dijera sobre nuestra naciente amistad. A lo cual acepté sin chistar.

—¡Ah, es cierto! —Fingí confusión, negando por lo bajo—. Es solo que él hace tiempo me contó que quería entrar a la facultad de medicina aquí en Quiroz, y conociéndolo estaba segura de que aprobaría el examen. ¿O me equivoco?

—El mundo se hubiera acabado si él no hubiese pasado el examen.

Reí, cubriendo mi boca un momento. —Y bueno, ¿cómo está él?

—Mmm, sigue siendo David el perfecto —comentó tras un momento de análisis interno—. Sus convicciones siguen siendo las mismas, es educado y honesto. —Torció la boca hacia un lado—. Pero envejeció algunos años en cuestión de meses por lo demandante de la carrera, sumándole ansiedades.

—Eso es lo que me espera —dije con cierto temor, pero tratando de hacerlo pasar por una broma.

—Te irá increíble, ya lo verás. —Apuntó.

Se quedó mirándome en silencio.

Era ridículo decirlo, pero sus ojos habían cambiado, y no, no me refería al color ni al tamaño, sino a lo que transmitían. Frente a mí estaba el mismo físico del chico que conocí varios años atrás, en una noche que el cosmos planeó para ambos. Seguía siendo tan él, tan atractivo y despreocupado por su apariencia —en un buen sentido—, despeinado y delgado.

Pero no era el Adrián que algún día amé.

Ya no generaba un estremecimiento en mi cuerpo ni aceleraba la velocidad de mis latidos. Sí, frente a mí se encontraba la misma caratula que envolvía a una persona totalmente diferente. Y fue entonces que descubrí que su perfección solo fue algo que mi mente creó, cegada por la venda que el amor colocó sobre mis ojos, haciéndome creer que era ideal para mí.

—Y tú, Adrián, ¿cómo has estado? —pregunté con bajo tenor. Apenas fui capaz de hablar.

Sus ojos escrutaron mi rostro varias veces con rapidez. Buscaba algo, algo que nunca descubrí, y lo que preferí se quedara de esa manera. Quizás buscaba a la vieja Ana, la cual también se había esfumado con el paso del tiempo, gracias a la madurez y estabilidad emocional que logré.

—Seré honesto contigo —habló tras ese lapso de silencio, el que no supe cuánto tiempo duró.

—Claro... —Levanté la mano y le indiqué que continuara.

Tomó una profunda bocanada de aire. —Desde esa noche en el Billar Rock & Bar mi vida se convirtió en una mierda —dijo son simplicidad, aunque su semblante denotaba lo contrario.

—¿Por qué? —pregunté luego de unos segundos, observándolo fijamente.

—¿Por qué? —preguntó con ironía—. Porque te fuiste sin siquiera despedirte, simplemente desapareciste.

—¿Y eso realmente te importaba? —Indagué de forma áspera—. Aún tengo la nota donde escribiste que lo mejor era que te olvidara y continuara con mi vida, y eso fue justo lo que hice.

Y era cierto, aquel trozo de papel aún estaba guardada en una caja que tenía desde pequeña, la cual prefería dejar en el hogar de mi madre, alejándome así del pasado, desprendiéndome por completo para iniciar con la nueva

etapa de mi vida.

—Lo recuerdo —mencionó con sorpresa—. Pero no creí que un discurso público hablando basura sobre mí fuera una forma sutil de decir que te marcharías.

No podía creer lo que estaba escuchando, pues las palabras de Adrián parecían que estaba cargadas de furia, tratando de inculparme por lo sucedido, lo cual no me agradó para nada.

Reí, un poco molesta. —Debes admitir que fueron palabras conmovedoras.

Llámenme cínica, pero me encantó decir aquello.

—Tal vez para ti, pero a mí me hicieron sentir...

—¿Cómo un idiota? —Lo interrumpí, completando su oración.

—Perdí a mi mejor amiga, la única chica en el planeta que realmente me importaba —dijo, su voz flaqueaba—. Ese ya era castigo suficiente, pero decidiste empeorarlo esa noche, y después irte sin darme otra oportunidad para hablar contigo.

—Adrián, no me culpes por lo que sucedió. —Me recargué en el respaldo de la silla y crucé los brazos sobre mi pecho—. No fuiste el único que salió lastimado de lo que hubo entre nosotros. Tal vez no lo recuerdes, pero yo te amaba. —Respiré profundamente—. Además, ¿para qué querías otra oportunidad de hablar conmigo?, ¿qué pudiste haber dicho en ese entonces para que las cosas cambiaran?

Lo pensé: ¿realmente algo hubiera cambiado la decisión que tomé de alejarme de él?

No.

Ni siquiera si me hubiera dicho que él también me amaba. Para ese momento, después de tanto daño y tristeza acumulados, su amor no hubiese sido suficiente para volver a pegar los trozos que me arrancó sin piedad alguna.

—Yo te quería, Ana.

¡Crash!

Nada dentro de mí se quebró, pero a mi alrededor algo estalló. Y entendí que, durante los últimos años alejada de Adrián viví dentro de una caja de cristal, con temor a ser lastimada a pesar de que estuviera saliendo con un chico grandioso. Era como si hubiese estado aprisionada en un mundo donde debía tener cuidado de no pincharme de nuevo con un alfiler.

Pero eso había desaparecido. Fue como volver a respirar con normalidad

después de tanto tiempo, y eso me hizo sentir un nudo en la garganta.

—No digas estupideces. —Mi voz tembló.

—Lo hacía, pero no de la manera que tú esperabas.

Y entonces todo tuvo sentido.

Por fin, después de tanto tiempo, supe la respuesta de la pregunta que me hice durante tantas noches entre lágrimas, abrazada a mi almohada suplicando que el dolor desapareciera. Ahí estaba la llave que busqué durante tanto tiempo para liberarme por fin de las ataduras que me mantuvieron atada a la sombra de Adrián.

Eso era todo lo que necesitaba para ser libre.

—*Solo porque alguien no te amé como tú quieres, no significa que no te amé con todo su ser* —dije en voz baja, mirando su rostro confundido—: Es una frase del escritor García Márquez. —Aclaré.

De inmediato, sujetó mis manos con las suyas por encima de la mesa. Su tacto era tibio, y juro que nunca lo había sentido con tanta claridad, como si por fin se hubiese convertido en un humano y no en una bella ensoñación de mi mente.

—Pues él tiene razón. —Su mirada denotaba un ápice de pena—. Ana, tal vez es demasiado tarde, pero quiero disculparme contigo por todo el daño que te hice. Nunca quise lastimarte.—Y, con pesar, añadió—: Eras tan importante para mí y solo lo arruiné.

—Adrián...

Ya no importaba, nada de nuestro pasado juntos importaba realmente.

Prosiguió, quizás no me escuchó decir su nombre. —¿Crees que algún día puedas perdonarme?

Lo observé con detenimiento. En verdad, el chico que estaba sentado frente a mí ya no era el mismo del que un día estuve enamorada. Sí, era Adrián Calixto, el mismo y en persona, pero, al no experimentar ningún sentimiento por él, lo convirtió en un ser completamente distinto, en un simple chico de bonita sonrisa y semblante de arrepentimiento.

—Sí —respondí tras un momento de silencio—. Te perdono, pedazo de idiota.

Sentí que mis ojos se cristalizaron por las lágrimas, pero no permití que ninguna aflorara. No era tristeza ni dolor lo que me embargaba en ese momento, sino algo similar a la nostalgia. Era extraño, sí, de pronto mostrarme vulnerable frente al chico que —tan solo unos segundos atrás dije— ya no generaba nada en mí, pero fue inevitable sentir una opresión en el pecho al

entender que esa historia había llegado a su fin.

El repiqueteo de mi celular sobre la mesa captó la atención de ambos. Quien sabe cuánto tiempo llevaba sonando, por lo que me apresuré a tomarlo, terminando así la conexión entre nuestras manos.

Thiago.

Le hice una seña con la mano a Adrián para disculparme por interrumpir nuestra conversación, a lo que simplemente asintió como respuesta. Y antes de que la llamada finalizara, respondí.

—Hola, amor.

—*Princesa...* —Su voz siempre estaba cargada de dulzura cuando hablaba conmigo—. *Estoy afuera, ¿quieres que te espere aquí o...?*

—¿Puedes pasar? —Le eché un rápido vistazo a Adrián, el cual no parecía estar prestando atención a mi charla—. Me gustaría presentarte a mi viejo amigo.

—*Entendido.* —Podía imaginarlo sonriendo con diversión—. *Te veo en un segundo.*

—De acuerdo. —Y colgué, regresando a la escena física donde me hallaba—. Adrián...

—¿Sí?

—Tengo que irme. —Anuncié, un tanto apenada por la corta velada, la cual no creí que transcurriría con tanta velocidad.

—¿Por qué? —Miró la pantalla de su celular—. Apenas son las ocho, y ni siquiera hemos pedido el postre.

Reí muy apenas. —No te lo dije antes, pero tengo otro compromiso.

—Oh, entiendo —comentó con una sonrisa ladeada—. Entonces déjame pedir la cuenta y te acompañaré.

—En realidad ya llegaron por mí —dije, desviando mi atención hacia el chico que iba entrando por la puerta principal.

—¿Quién?

—Thiago. —Su nombre era un deleite para mis labios.

Mi novio estaba vestido con una camisa gris que hacía resaltar su modesta musculatura, apenas tenía un par de meses de haber entrado al gimnasio, pero su dedicación le había ayudado a obtener buenos resultados para el poco tiempo que llevaba ejercitándose. Qué puedo decir, me gustaba, y para mí él era el hombre más atractivo en todo el restaurante, destacando por mucho del resto.

Cuando nuestras miradas se encontraron, a pocos metros de distancia, me

puse de pie para ir hacia él, ansiosa por abrazarlo. Se acercó con cautela, pero su sonrisa expresaba el mismo deseo que el mío, el cual se cumplió cuando me puse de puntitas y uní nuestros labios en un beso efímero, pero el cual hizo cosquillear cada fibra de mi cuerpo.

—Amor, te presento a Adrián, un viejo amigo de la preparatoria. —Lo miré, carente de emociones.

—Mucho gusto. —Extendió la mano en su dirección y la estrechó cordialmente—. Thiago Olivera, soy el novio de Ana.

—Adrián Calixto —dijo con una sonrisa calmada.

—No interrumpo, ¿cierto? —Thiago intercambió miradas con ambos, deteniéndose sobre mi rostro.

—No —respondí sin apartarme de él. Mis manos estaban aferradas a su cintura desde que llegó hasta ese momento—. Ya estábamos terminando.

—Oh, fantástico. —Sonrió—. Entonces ¿estás lista para irnos, princesa?

—Sí, solo necesito pagar mi parte. —Tomé mi bolso y metí la mano dentro de él, buscando mi cartera.

—No, descuida —dijo Adrián, señalando mi bolso en forma negativa—. Yo te invité, así que yo pago.

—¿Estás seguro? —Thiago dio un paso adelante—. No hay problema si yo pago lo suyo.

—No, no, insisto. —Se veía tan sonriente, que por un momento creí que estaba incómodo—. No hay ningún problema.

—Gracias —comenté con tranquilidad—. La cena estuvo excelente, y la conversación fue tan agradable, Adrián. —Me aparté de Thiago—. Espero que podamos vernos pronto de nuevo.

—Sí, yo también espero lo mismo.

—Fue un gusto conocerte, Adrián. —Mi pareja de nuevo extendió su mano hacia Adrián, despidiéndose.

—Igualmente. —Su semblante se veía inexpresivo.

Me percaté de que Thiago giró su cuerpo hacia la salida, como una forma de demostrar que respetaría ese íntimo momento entre Adrián y yo, pues al final de cuentas era una despedida, fuera como fuese la manera en la que se le viera.

—Cuídate, Adrián. —Le di un beso en la mejilla.

—Tú también, *Little Darling* —susurró con una sonrisa.

Nuestros ojos crearon una rápida conexión, mediante la cual intercambiamos cientos de palabras de agradecimiento. Dijimos tantas cosas

con esa simple acción, que sentí un estremecimiento en todo el cuerpo. Quizás ahí confesamos todo lo que nunca nos atrevimos a decir, cosas que tal vez debieron quedar como un secreto de cada uno, pero decidimos revelarlo esa última noche.

Tomé a Thiago de la mano y la apreté para indicarle que estaba lista para marcharme. Ambos caminamos hacia la salida, sin mirar atrás, enfocándonos en el camino que estaba delante de nosotros...

EPÍLOGO

No sé cuántas veces he dicho esto, tal vez tres o cinco, realmente no recuerdo, pero considero importante repetirlo, aunque sea una última vez: El amor más importante, es el amor propio, porque sin él la vida se torna abrumadora.

Durante meses me vi en un espejo y no reconocí a la chica que estaba frente a mí, se veía aburrída, frustrada y cansada de la vida misma. No había una verdadera motivación que me ayudara a levantarme de la cama por las mañanas, lo único que anhelaba era quedarme recostada sumergida en la miseria, creyente de que eso me ayudaría a salir adelante. Perdí muchas horas de sueño, poco a poco fui acabando con mi salud —tanto física como emocional— y bienestar. Todo lo anterior a causa de un amor no correspondido, al cual me aferré durante mucho tiempo.

Honestamente debo confesar que es difícil, porque una situación de tal magnitud ha llegado a terminar con la vida de muchas personas. Podría parecer exagerado, pero es la verdad. Cuando tu autoestima depende de alguien más, es como convertirse en un títere, otra persona controla los hilos y te mueve a su antojo, no importa si puedes resultar herido. Tal vez el titiritero no lo sabe, a lo mejor sí, pero en ambos casos, la mayoría de las veces, es él quien decide el desenlace de la obra, habiendo dos finales posibles: corresponde a tu amor, o te rompe el corazón.

Y a mí me lo rompieron en miles, si no es que en millones de pedazos.

Sin embargo, haré hincapié en que existen diferentes métodos para reparar un daño así. Se los prometo, es reversible, no hay porqué cundir al pánico ni a la desesperación. Para sanar un corazón roto se necesitan de varios elementos, y uno de ellos es el tiempo. Lo sé, que trillado, pero es la verdad.

Así como los alcohólicos lo manejan, creo que todos deberíamos hacerlo: un día a la vez.

Solo un día, no te enfoques en el ayer, porque no se puede cambiar; ni te atormentes por el futuro, porque no puedes planear nada con seguridad. Sin embargo, el día de hoy es el que importa, el que puedes controlar y llevar a tu antojo.

Les daré un consejo, cuando se sientan mal no se queden en cama

recostados viendo una serie, aunque si deciden hacerlo, procuren que sea para ver algo divertido, que les levante el ánimo. Distráigan su mente con cosas positivas, en lugar de intentar sanar lo negativo con otra cosa negativa (sí, conozco la ley de negativo x negativo = positivo, pero en este caso no aplica).

Levántense, dense una ducha y salgan con amigos. Yo sé que es difícil, que a veces no se cuenta con la energía suficiente para hacerlo, pero cuando estén allá afuera agradecerán el estar rodeado de personas que los quieren, que se preocupan y que los escucharán, no importa cuántas veces repitan la historia, siempre habrá alguien que querrá prestar atención a sus palabras.

Se lo doloroso que es, pero les prometo que el tiempo jugará a su favor. No se desesperen, porque no puede olvidarse a alguien de la noche a la mañana y, como dije, nunca se borra alguien completamente de nuestra memoria, pero el parcial olvido vendrá acompañado de paz y estabilidad, una combinación que será semejante al más delicioso elixir. Así que, por favor, ténganse paciencia y luchen por ver un reflejo sonriente frente a ustedes cada que se vean en un espejo.

Aprendí que llorar a las tres de la mañana no me ayudará a afrontar el problema, solo incrementará la cantidad de litros de lágrimas que se acumulen para tratar de ahogarme. Porque eso es lo que sucede cuando sollozas por alguien: no puedes ni respirar; sientes que la vida te abandona transcurrido un nuevo segundo. Pero no. Sigues vivo, y debes luchar contra ese sufrimiento.

Porque, te aseguro, que después de esa tormenta saldrá el sol. Siempre sale, aunque a veces parezca que la neblina no se marchará. Poco a poco los rayos comenzarán a iluminarte, obligándote así a abrir los ojos a la realidad, mostrando que la única persona que puede tomar decisiones sobre tu destino eres tú, y nadie más.

Así es como decido continuar con la historia, a raíz del momento en el que me di cuenta de que mis sentimientos por Adrián, si bien no habían desaparecido, ya no me afectaban. Sí, la verdad es que siempre guardaría un poco de ese cariño que sentí por él dentro de mí, simplemente como una buena —¿o mala? — memoria de mi primer amor.

Me di cuenta de que todo había terminado durante uno de los primeros días como estudiante de medicina en la universidad.

Caminaba tomada de la mano de Thiago, quien tenía la vista al frente como todas las veces. Una vez me detuve a preguntarle el motivo de aquello, a lo que respondió con simpleza: “porque cuando te veo no puedo dejar de hacerlo, me distraigo, y no quiero estrellarme contra un poste”. Y al parecer

era cierto, pues en una ocasión lo observé desde la lejanía cuando iba con sus amigos, y a ellos sí los miraba cuando andaban por doquier.

—¿Entonces hoy iremos a cenar a esa pizzería del centro? —preguntó. Sus dedos acariciaban mis nudillos.

—Sí.

A diferencia de él, a mí sí me gustaba observarlo mientras caminábamos. Su perfil me parecía atractivo, especialmente cuando sonreía y se le hacía un pequeño hoyuelo en la mejilla.

—¿Invitarás a todos? —cuestionó, haciendo alusión al nuevo grupo de amigos que teníamos.

Por azares del destino, a Thiago y a mí nos asignaron en el mismo salón, pero hicimos un pacto para que la relación no se viera afectada por esa cuestión: cada quien tendría sus amigos, e intentaríamos no estar juntos en ningún equipo de trabajo. Nos conocíamos lo suficiente para saber que esa “lejanía” nos ayudaría a mantener la calma, a pesar de que los primeros días los celos amenazaran con desatar un huracán en mi interior.

Honestamente era más segura de mí misma que antes, pero eso no implicaba que no sintiera el revoloteo de murciélagos en mi estómago cuando tres chicas se acercaron a él con claras intenciones de una conquista en diferentes ocasiones. Sin embargo, esos hechos me llevaron a confiar aún más en Thiago y nuestra relación, pues su respuesta ante dichas insinuaciones todavía me hace temblar: Les sonrió a las chicas, a cada una en su específica situación, y se giró hacia mí para presentarme con ellas, a pesar de que yo estuviese al otro lado del salón. Después de rechazarlas de esa manera, ninguna volvió a acercarse con distintas intenciones a las de una compañera común.

Thiago me quería.

Y yo lo quería a él.

Sin dudas, sin temores, sin inseguridades.

Asentí, aunque recordé que tal vez no me veía. —Sí, ya les avisé a todos.

Esas nuevas amistades solo eran cuatro: Gerardo y Jorge, dos chicos que, además de estudiar medicina, formaban parte del equipo de fútbol de la universidad al igual que Thiago. Realmente ellos eran amigos de mi novio, pero me llevaba muy bien con ellos. Y después estaban Lucía y Victoria, dos increíbles chicas con las que entablé una amistad casi desde el primer segundo en el que intercambiamos un saludo. Todos ellos eran personas amables, comprometidas y divertidas, sumando cientos de cualidades que no sería

capaz de escribir sin necesitar varias hojas.

Usualmente nos reuníamos en tercias, los chicos y las chicas por separado, sin embargo, todos los viernes organizábamos una salida entre los seis, a cualquier lugar de Quiroz, podía ser restaurante, un café, un bar, inclusive solo ir a sentarnos a una banca en el centro de la ciudad, cualquier actividad era divertida si la compartíamos.

Recuerdo que la primera noche que convivimos salió el tema de conversación sobre mi pasado, cuando Lucía no pudo contenerse por más tiempo y me preguntó sobre lo sucedido en el Billar Rock & Bar. Ella provenía de una ciudad aún más lejana que Quiroz, y mi motivador —y alocado— discurso llegó hasta allá gracias a la facilidad que proporcionaba el internet para volver algo viral.

Al parecer aquella escena sería algo que me perseguiría por un largo tiempo, o quizás para siempre, quien sabe; pero la verdad era que no me importaba hablar del tema, pues ya no me dolía pensar en los sentimientos que me embargaban durante esa trágica noche. Ahora solo era un manchón tan pequeño que no ensuciaba el panorama.

—Fantástico.

Nos detuvimos a un costado de su vehículo y sacó el control de las llaves para quitar los seguros de ambas puertas. Abrió el lado del copiloto y esperó a que subiera para después cerrarla. Lo observé caminar frente al carro, pero entonces mis ojos se encontraron con una imagen que captó toda mi atención.

Visualicé a Adrián caminando sobre el césped de uno de los jardines delanteros de la escuela, pero no estaba solo, iba tomado de la mano de una chica, la cual recordaba haber visto en los pasillos de la escuela en diversas ocasiones.

Era una chica terriblemente hermosa, hablando en el mejor de los sentidos. Era delgada, su cabello adquiría una tonalidad cobriza en el sol, y el llamativo color verduzco de sus ojos resaltaba en lo blanco de su piel. Sin embargo, lo que más destacaba en ella, era la sonrisa que tenía plasmada, y sabía que el principal motivo de ella era el chico que caminaba a su lado, el cual no dejaba de observarla con atención, embelesado.

Ella hablaba, hacía ademanes con la mano que tenía libre y se movía con alegría en cada paso que daba. Se notaba que era una chica energética, de esas que siempre tienen algo por contar, divertida y ocurrente.

Entonces centré mi punto de enfoque en Adrián, quien parecía fascinado... no, no parecía, *estaba* encantado con su compañía. Sus ojos no se despegaban

de ella, la seguía con la mirada en cada momento, como si tuviera miedo de perderla de su vista.

Lo cual me hizo sentir un exquisito revoloteo en el estómago.

Y justo ahí fue donde todo terminó.

Ese momento, cuando sonreí porque Adrián estaba enamorado de alguien más, fue que me di cuenta de que por fin lo había olvidado.

—Princesa, ¿te encuentras bien? —preguntó una voz a mi lado.

—¿Ah? —Apenas me giré, absorta en la escena que se desarrollaba a varios metros frente a nosotros.

Escuché la risa de Thiago, y solo eso consiguió que apartara mi atención de Adrián y su acompañante.

Lo miré, confundida. Él también estaba analizando la imagen al otro lado del parabrisas.

—¿Qué te da risa? —cuestioné.

—No te enfades, pero en cierta manera le agradezco por lo que pasó contigo —respondió con tranquilidad, volteando a mirarme.

—¿Por qué? —Interrogué con verdadera curiosidad.

—Porque te ayudó a entender cuántos vales. —Me dedicó una tierna sonrisa y acarició mi mejilla con la punta de los dedos—. Y mírate ahora, mira a la mujer en la que te has convertido.

Mi rostro se calentó por el rubor, y era evidente que Thiago se había dado cuenta, pues su sonrisa se intensificó.

—A veces necesitas tocar fondo para llegar hasta lo más alto. —Apuntó.

Y era cierto, solo cuando estuve sumergida en el abismo, acorralada y con miedo fue que comprendí la importancia de ser fuerte. La vida me puso en una situación tan difícil y vergonzosa, que me obligó a tomar represalias contra mí misma, pues la única capaz de salvarme era yo.

Yo era la heroína de mi propia historia.

Nadie más podía hacerme ver lo que estaba mal conmigo, porque decidí cubrir mis ojos con una venda y entregarme a lo desconocido, guiada por un sentimiento confuso que andaba a tientas, esperando encontrar algo recíproco, lo cual no sucedió, haciendo que cayera en muchas ocasiones, algunas veces más fuerte que otras.

Pero ahí estaba, dentro del vehículo de un chico increíble, el cual se mostraba reacio a apartar su mano de mi rostro, quien me comprendía incluso en los peores días, me apoya en cualquier situación, y me mostraba su amor cada día, aunque a veces no pudiera ser de forma directa: un mensaje, una

llamada, un saludo por la videocámara cuando debíamos quedarnos en casa a terminar un proyecto.

Thiago era el chico que siempre soñé.

Y les aseguro, a cada uno de ustedes, que esa persona especial llegará a su vida. No se apresuren, no busquen los brazos de alguien solo para no estar solos. Aguarden, como dije con anterioridad, el tiempo a veces es nuestro mejor aliado, y bien dicen que lo bueno siempre tarda en llegar, si es que no han encontrado a esa persona ya.

Otra cosa que les digo, es que el primer amor no siempre es el amor verdadero, sino que se trata de aquella persona que te enseña las primeras lecciones románticas y, por desgracia, sobre las tragedias amorosas. Pero debemos ver el lado positivo de las cosas, todo aprendizaje nos ayuda a ser mejores, para cuando la persona indicada llegue a nosotros.

Observé a la pareja una última vez. Ambos se veían felices, y se lo merecían. No le guardaba ninguna clase de rencor, porque en mi vida no había espacio para esa clase de sentimientos que pudiesen nublar mi juicio y felicidad.

—*Gracias, Adrián* —pensé.

Le daba las gracias por todos los momentos vividos, buenos y malos. Por la amistad que me brindó durante un largo tiempo, porque se convirtió en mi apoyo en diversas ocasiones, porque me hizo reír y sentir que la vida estaba teñida de hermosos colores. Y, a su vez, me mostró que en la paleta de colores también existen matices oscuros.

Si quieren saber qué fue de mi amistad con Adrián después de aquella cena en Attica, les contaré rápidamente...

Nunca más volvimos a hablarnos, ni siquiera cuando nos cruzábamos de frente en los pasillos de la escuela o en alguna avenida de la ciudad.

Nos convertimos en dos desconocidos, quienes luchaban por olvidar todos los recuerdos en común; tantos que era imposible enumerarlos.

¿Por qué no volví a hablar con él?

Sencillo.

Porque en mi vida ya no había espacio para el chico que nunca me amó.